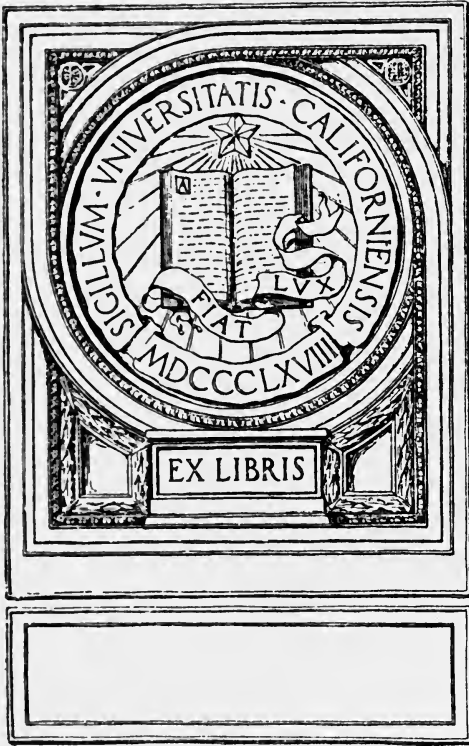


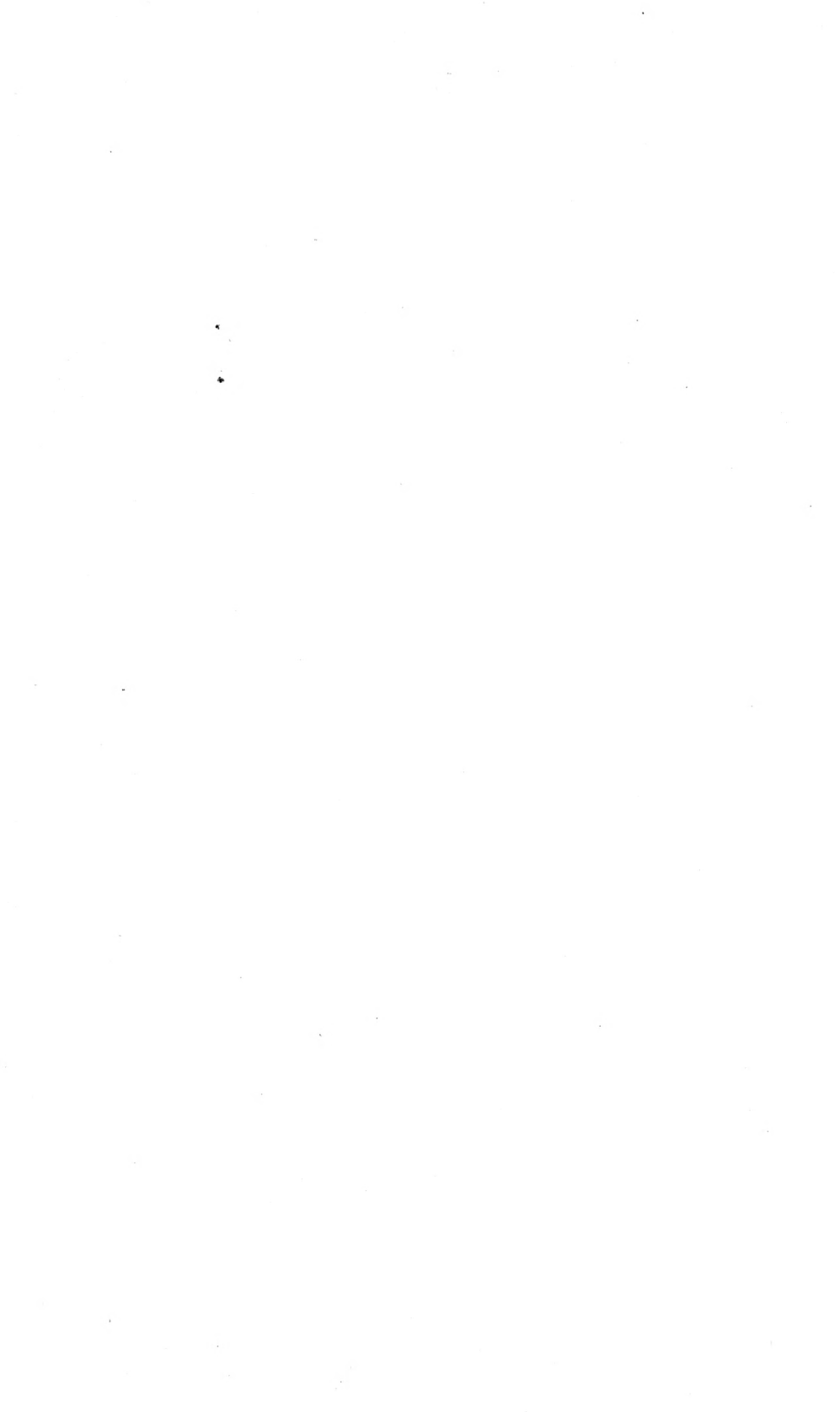
UC NRLF



8 4 530 085



EX LIBRIS



HISTORIA
DE LA
GUERRA DEL PACIFICO
(1879-1881)



OBRAS COMPLETAS

DE

DIEGO BARROS ARANA

TOMO XVI

HISTORIA
DE LA
GUERRA DEL PACIFICO
(1879-1881)



SANTIAGO DE CHILE

Imprenta, Litografía i Encuadernacion «Barcelona»

Calle Moneda, esquina de San Antonio

1914

E13

-B13

v.16



ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1880

Este libro fué escrito para ser publicado en frances; i en efecto, en estos momentos se imprime en Paris. Su autor se propuso hacer una narracion compendiosa pero completa de los antecedentes i desarrollo de la guerra que sostiene Chile contra las repúblicas aliadas del Perú i de Bolivia, narracion destinada especialmente para los extranjeros que deseen conocer estos sucesos sin necesidad de recurrir al inmenso dédalo de documentos que es difícil procurarse i mas difícil aun consultar.

Se sabe que en el extranjero, i principalmente en Europa, se han hecho en los diarios i revistas muchas publicaciones concernientes a esta guerra, i que por falta de conocimiento de los hechos i de la jeografía unas veces, i otras por las exajeraciones i falsas noticias que han dado a luz los agentes de las repúblicas aliadas, esas publicaciones contienen errores de toda naturaleza i las mas equivocadas apreciaciones. Solo una que otra vez se han publicado algunas pájinas regularmente



PRELIMINAR

Al separarse de la España para constituirse en estados independientes, las repúblicas americanas adoptaron como principio jeneral para la demarcacion de sus límites territoriales una regla que, a lo ménos en apariencia, estaba destinada a hacer desaparecer todas las dificultades. Los límites de los nuevos estados, se dijo, serán los mismos que tenían bajo el régimen español los virreinos, capitanías jenerales o provincias que ahora forman las repúblicas independientes. Este principio del derecho público americano es denominado *el uti possidetis de 1810*, por haber sido éste el último año en que la España ejerció sin trabas ni discusiones su soberanía sobre estos vastos territorios.

En teoría, nada había, pues, mas fácil que reglar todas las cuestiones de límites en estos países. Cada estado reconocía por demarcación de su territorio la que el soberano español había dado a la provincia que había pasado a formar la nueva república. En la práctica, ese principio debía ofrecer, i ha ofrecido en efecto, las mas serias dificultades.

Desde luego, la América española, poca poblada ahora, lo era mucho ménos bajo el réjimen colonial. Entre una provincia i otra habia a veces grandes porciones de territorio mal exploradas todavía, con frecuencia abandonadas a los salvajes, o despoblados, estériles o nó, pero de los cuales el estado rudimentario de la industria colonial hacia creer que no habia provecho alguno que sacar. Esas porciones territoriales podian ser reclamadas con títulos mas o ménos razonables, por las dos provincias colindantes.

El rei de España, por otra parte, no habia establecido siempre límites precisos a las diversas provincias de su imperio colonial. Las disposiciones que dictó a este respecto eran por lo jeneral sumamente latas, a veces vagas, sobre todo cuando se referian a rejiones cuyo estudio jeográfico era incompleto. Mas aun, siendo soberano de todos estos dilatados países, el rei encomendaba indiferentemente a éste o a aquel funcionario ciertos actos de jurisdiccion sobre un territorio que podian mui bien no estarle sometido; i esa comision creaba un título aparente de dominio que mas tarde ha podido ser invocado en las discusiones de límites de los nuevos estados.

Ha resultado de aquí que a pesar de lo absoluto i definitivo que parece el principio del *uti possidetis de* 1810, cada una de las repúblicas hispano-americanas ha tenido tantas cuestiones de límites como son los estados que tocan sus fronteras. La mayor parte de esas cuestiones no han hallado todavía solucion; pero hai algunas que han producido sérias complicaciones i han preparado verdaderos conflictos.

La cuestion que en Europa se ha denominado «la guerra del Pacífico», tiene su primer orijen en estas dificultades. Al pretender darla a conocer en sus causas i en su desarrollo, queremos comenzar por esponer ciertos antecedentes que, segun creemos, servirán para su mejor i mas fácil comprension.



PRIMERA PARTE

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

CAPITULO I

La república de Chile.—Pobreza i atraso de este pais bajo el réjimen colonial.—Se adelanta a todos los otros estados hispano-americanos en el afianzamiento de la tranquilidad interior i de su organizacion administrativa.—Esplicacion que han dado de este hecho algunos publicistas europeos.—Progresos alcanzados por esta república.

Aunque nacidos de un oríjen comun, conquistados por una misma raza, hablando el mismo idioma, practicando una religion igual, sometidos a una lejislacion uniforme, educados en los mismos sentimientos i en las mismas ideas, los pueblos hispano-americanos no han seguido el mismo camino al constituirse en repúblicas independientes. Su desarrollo no ha sido igual, i sus progresos han sido mui diferentes. Al paso que algunos han visto incrementarse en pocos años su poblacion; su

riqueza i su cultura, otros han adelantado tan lentamente que han podido discutirse si han ganado o si han perdido con su independencia.

A este respecto, la república de Chile ofrece un ejemplo que ha llamado con justicia la atención de algunos escritores del antiguo mundo. El historiador alemán Gervinus, después de referir con grande acopio de hechos i con una rara sagacidad el nacimiento de estos nuevos estados, no vacila en colocar a Chile en el rango de modelo de una república templada. «Vióse establecerse allí, agrega, una tranquilidad i un orden mas grande que en los otros estados, sin que el país haya tenido que sufrir el despotismo o una dinastía. El régimen del orden ha estado además favorecido por la feliz influencia de una constitución moderada. Pues bien, este único ejemplo ha bastado para que aun los republicanos hispano-americanos mas desalentados después de tantos desengaños, no hayan perdido toda esperanza de ver aparecer un día un mejor porvenir en aquellos vastos territorios»¹.

A primera vista parecía que ninguna de las antiguas colonias de España era ménos apta para llevar a cabo estos progresos, i para realizar los destinos de república independiente. Si talvez no era la mas pequeña de las provincias que formaban el estenso imperio colonial de los españoles, era sin duda alguna la mas pobre, i al mismo tiempo la mas atrasada. Su población no pasaba de 500,000 habitantes. Su comercio con las otras colonias se reducía a unos dos millones de pesos por año, i las rentas públicas apenas alcanzaban a medio millón. Un célebre jeógrafo español, particularmente conocedor de la América, decía a principio de este siglo: «Esta posesión (Chile) ha sido la ménos útil a la metrópoli, la mas costosa i la mas disputada»².

Ahora, desde el punto de vista de los intereses morales, el atraso de Chile durante el régimen colonial, era mucho mayor todavía. Siendo la mas apartada i la mas pobre de las posesio-

1. G. G. GERVINUS, *Histoire du XIX Siècle* (trad. Minssen), tomo X, página 336.

2. TORRENTE, *Jeografía Universal*, tom. II, páj. 380.

nes españolas del nuevo mundo, fué tambien la mas descuidada en el fomento de la instruccion. Chile tuvo mui pocas escuelas, un modesto seminarió, un colejio conventual i desde mediados del siglo último una universidad, modelada bajo el sistema de las de España, pero en pequeñas proporciones, i mucho mas atrasada. Al terminarse la dominacion española no habia en todo el pais diez hombres que hubieran podido comprender otro latin que el de los comentadores de las leyes de Castilla o de los tratados de teolojía i de derecho canónico, ni que pudieran leer una pájina en frances o en cualquier otro idioma moderno. Baste decir que miéntras Méjico i el Perú tuvieron imprenta desde el siglo XVI, i las otras colonias desde el siglo XVIII, Chile estuvo privado de este elemento de propagacion de las lucés hásta 1812, dos años despues de haber iniciado la revolucion de su independenciam.

Sin embargo, Chile venció estas dificultades al parecer insuperables, i estableció un gobierno regular i ordenado ántes que ninguna de sus hermanas. Su independenciam se consumó despues de una lucha tenaz i encarnizada, pero con ménos conmociones i trastornos interiores que en los otros pueblos del mismo orijen. Apénas libre de los enemigos esteriores, en 1820, organizó una escuadra i un ejército que fué a llevar la libertad al Perú. Desde entónces contrajo todo su empeño a la organizacion interior del pais, al arreglo de su hacienda pública, al pago puntual de todas sus obligaciones, al fomento i desarrollo de la instruccion pública, a la apertura de caminos, a la reforma de su lejislacion, en una palabra, a todo lo que constituye la grandeza i la prosperidad de los pueblos.

Estos afanes han sido coronados por un éxito que puede llamarse feliz. Desde 1830, Chile ofrece el ejemplo único en la América española, i poco comun en el resto del mundo, de la sucesion legal i ordenada de todos sus gobiernos. Desde 1830, todos los gobernantes se han sucedido en virtud de la lei, sin que ninguno de ellos haya sido impuesto por una revolucion ³.

3. El período presidencial dura cinco años, i la renovacion del presidente se hace el 18 de setiembre. Hasta 1871, la constitucion permitia la reeleccion i los cuatro primeros presidentes fueron reelejidos. Así, pues, Chile ha tenido

En este período de cincuenta años, solo ha habido dos conmociones que han alterado la paz pública en algunas provincias durante tres o cuatro meses, pero que no han interrumpido el órden legal del país. Durante los últimos veinte años, sobre todo, después de la última de esas conmociones, no se ha suspendido por un solo día, en parte alguna del territorio, el régimen de garantías i de libertad que asegura la constitucion. En Chile han pasado para siempre los estados de sitio, las disoluciones de congresos, la clausura de imprentas, los procesos políticos, los golpes de autoridad.

He ahí, se dirá, un ejemplo bien raro en la América española, i aun en muchos otros países. El hecho en efecto es poco comun, i por esto mismo ha llamado la atencion de muchos observadores que han tratado de explicárselo. Un ministro diplomático de la Gran Bretaña, que ha habitado este país durante algunos años, que lo ha estudiado seriamente, i que lo ha dado a conocer a su gobierno en un estenso informe oficial, M. Horacio Rumbold, después de esponer metódica i ordenadamente este estado de cosas, pasa a explicarse sus causas en los términos siguientes: «Las páginas que preceden, dice M. Rumbold, habrian sido escritas inútilmente si no diesen al lector la idea de una nacion sóbria, práctica, laboriosa, bien ordenada, gobernada prudentemente i formando un gran contraste con los otros estados del mismo oríjen i de instituciones semejantes que se estienden en el continente americano. Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administracion por los fundadores de la República; a la parte preponderante que la clase educada i acomodada ha tomado en la direccion de los negocios públicos; a la feliz estincion del militarismo; al cultivo esmerado de los instintos conservadores innatos en él, a la ausencia casi completa de esas fuentes accidentales de riqueza que la Providen-

desde esa época los mandatarios siguientes: Jeneral don Joaquin Prieto (1831-1841), jeneral don Manuel Búlnes (1841-1851), don Manuel Montt (1851-1861), don José Joaquin Pérez (1861-1871), don Federico Errázuriz (1871-1876) i don Anibal Pinto, actual presidente, que comenzó a gobernar el 18 de setiembre de 1876. Solo los dos primeros eran militares.

cia ha prodigado tan abundantemente en algunas de las naciones vecinas; a la necesidad, por consiguiente, de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensado por un suelo jeneroso; a la constancia paciente i a la aptitud para el trabajo de su poblacion; i sobre todo esto, quizá, a la negligencia de sus antiguos señores, que la obligó, cuando hubo sacudido el yugo a crearlo todo por sí misma, apelando a los esfuerzos escepcionales de la nacion.

«Todo esto puede resumirse en dos palabras, trabajo i cordura.

«Conviene tambien no olvidar que Chile debe mucho a un clima tan perfecto como es difícil encontrarlo en cualquier otro punto del globo; a un cielo puro bajo el cual todo prospera; a las montañas grandiosas que no solo han contribuido a su riqueza por una provision abundante de los metales mas comunes, pero los mas útiles al hombre, sino que lo han protegido i aislado en el período crítico de su infancia, de un contacto mui inmediato con las naciones turbulentas que lo rodean.

«En realidad, su destino, semejante en algunos puntos al de nuestro pais (la Inglaterra), ha sido materialmente influenciado por condiciones de clima i de posicion jeográfica. En fin, no debe poco, i Chile no debe olvidarlo, a la enerjía i a la ayuda de los estranjeros, principalmente de los ingleses; a las jentes de otros paises que han combatido por él, intruido a sus hijos, construido sus ferrocarriles i llevado el comercio a sus puertos i la mezcla bastante considerable de sangre estranjera que corre en las venas de su poblacion»⁴.

Un publicista frances, M. A. Rabutaux, que ha estudiado la situacion de Chile en un buen artículo del *Dictionnaire gé-*

4. El informe de M. RUMBOLD, presentado al gobierno de S. M. B. en diciembre de 1875, ha sido traducido al frances i publicado con este título: «*Le Chili, Rapport de M. Horace Rumbold, Ministre de la Grand Bretagne à Santiago, sur le progrès et la condition générale de la République, traduit du livre bleu présenté aux deux chambres par ordre de S. M.*» Paris, 1877 en 8.^o Este libro es bajo todos aspectos uno de los mejores que se puedan consultar para conocer la situacion política, financiera e industrial de Chile. Véanse las pájs. 44 i siguientes de donde copiamos el fragmento reproducido arriba.

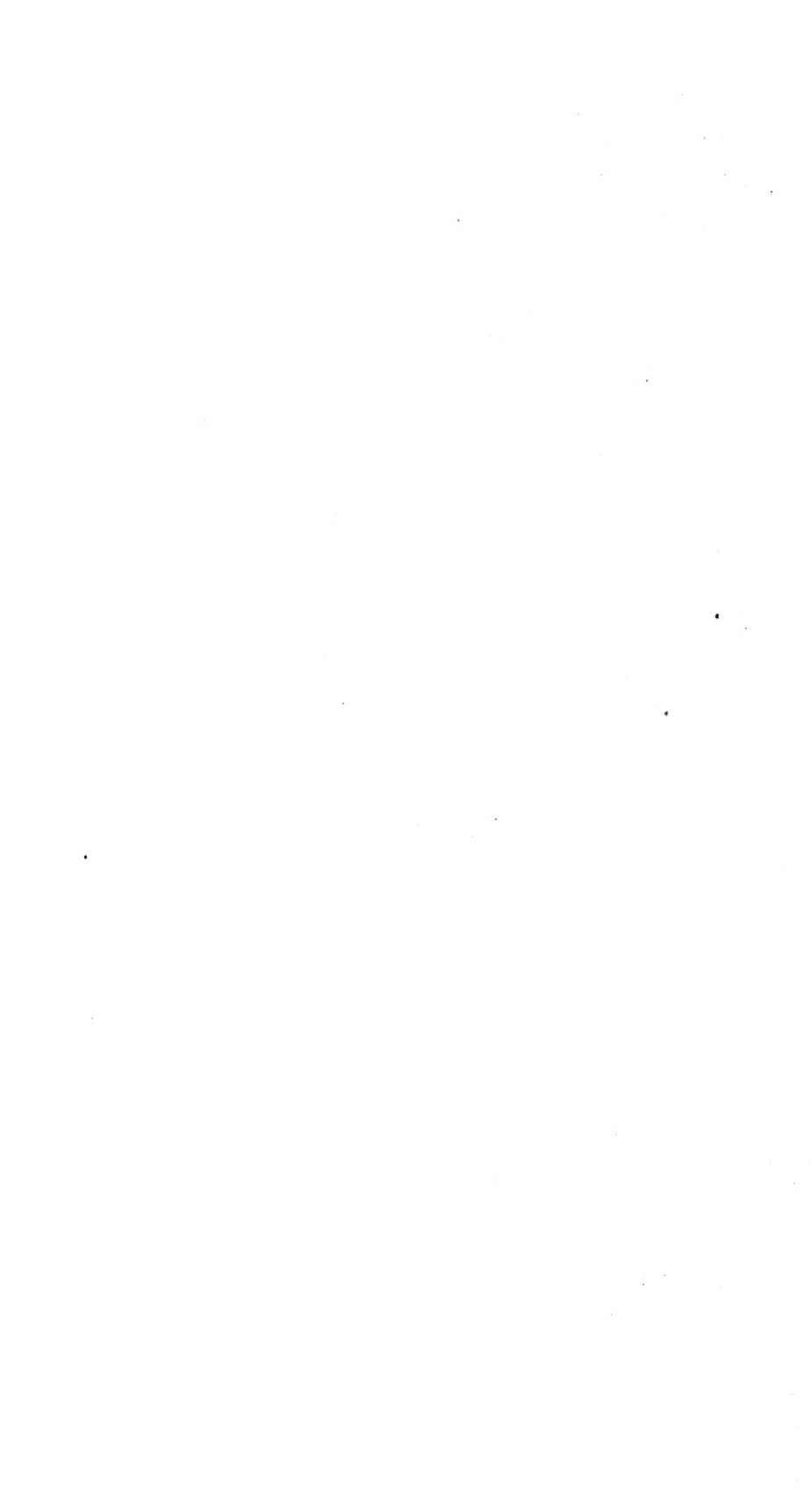
néral de politique de M. Maurice Block, se esplica en los términos siguientes las causas de su prosperidad actual. «Bajo la firme administracion del jeneral Prieto i de Portales (su ministro), la paz se consolidó, los hábitos de orden i de prudencia política se establecieron en el país; i Chile entró en una era de progreso, cuya marcha, desde entónces, no ha tenido que sufrir mas que raras i cortas interrupciones. Se ha preguntado de dónde ha venido a la república de Chile este feliz privilejio; i qué favorables circunstancias le han valido un destino tan diferente del de las otras democracias del sur. Se han indicado muchas causas. . . la pureza de la sangre criolla, que se ha mezclado poco con los indios, i por este medio ha conservado su vigor i su superioridad moral—el carácter distintivo de esta raza activa i seria, que desea igualarse a los ingleses, i que un viajero compara con la familia holandesa,—el profundo sentimiento nacional de que está dotada, su gusto por los negocios i por el comercio—el aislamiento del país que lo ha protejido contra la ambicion de sus vecinos—en fin, la disposicion territorial de este mismo país que no puede prestarse a largas guerras civiles i donde toda querella debe decidirse pronto»⁵.

Podríamos señalar otras causas de esta situacion escepcional de Chile; pero ello nos llevaria un poco léjos. Para nuestro objeto nos basta dejar constancia de que esta pequeña república, merced al orden que allí existe i al espíritu trabajador i emprendedor de sus hijos, ha sabido levantarse de la situacion lastimosa de la última i mas pobre colonia de la España a un estado de prosperidad i de riqueza a que no han podido llegar algunas de sus hermanas que fueron mas favorecidas por la naturaleza i por la proteccion de sus antiguos soberanos. Chile, en efecto, no solo se adelantó a las otras en la constitucion de un gobierno regular i en el establecimiento de la tranquili-

5. M. MAURICE BLOCK, *Dictionnaire général de politique*, tom. I, páj. 331. Conceptos semejantes a éstos se hallan en casi todos los libros de historia contemporánea, i en los mejores tratados o diccionarios de jeografía. Véanse sobre todo la *Encyclopedia Británica*, el *Grand Dictionnaire* de LAROUSE i el *Dict. de géographie* de M. VIVIEN DE SAN MARTIN.

dad interior, sino que acometió ántes que ninguna otra las obras que representan el progreso de un pueblo. Fué la primera que abolió la esclavitud, la primera que organizó en vasta escala la instruccion pública, i que sancionó la mas ámplia libertad comercial, como fué la primera que tuvo ferrocarriles i telégrafos en toda la América del sur. Tales son los beneficios de la paz.

A la sombra de la paz, igualmente, Chile ha realizado otro orden de progresos. Sus puertos, sus ciudades i sus campos han estado abiertos a los extranjeros de todos los países, i particularmente a los europeos, a los alemanes que han poblado las colonias del sur de Chile, a los ingleses que han hecho el comercio en grande, a los franceses que negocian con los artículos de lujo i de elegancia o que ejercen diferentes profesiones e industrias. Para nadie han sido obstáculo sus creencias, porque la lei chilena ha amparado no solo el ejercicio de todos los cultos cristianos sino tambien la facultad de tener escuelas i colejos donde se dé la enseñanza que prefiera cada secta. Un antiguo diplomático decia hace poco años que Chile era la nacion en que la diplomacia tenia ménos que ocuparse en jestionar en defensa de sus nacionales, porque en este país eran desconocidos los atropellos de que los extranjeros son con frecuencia víctimas en otros pueblos hispano-americanos, i porque en Chile el gobierno arreglaba rápida i amistosamente cualquiera dificultad que se suscitara.





CAPITULO II

Progresos industriales de Chile.—Los mineros e industriales de Chile comienzan a poblar el desierto de Atacama.—El gobierno de Bolivia reclama como suyo ese territorio.—Discusiones diplomáticas i amenazas de guerra en 1863.—Tratado en 1866.—Bolivia no cumple este tratado.—Rápido desarrollo de la industria chilena en el desierto.—La revolución ocurrida en Bolivia en 1871 produce nuevos embarazos para el cumplimiento del tratado.—Se firma en La Paz el pacto complementario de 1872.—Nuevas concesiones que por él hacia Chile a Bolivia.

Alejados de la via de las revoluciones por la accion de la lei i por la templada firmeza de los gobernantes, los chilenos contrajeron toda su actividad al desarrollo de la industria. Al mismo tiempo que el gobierno hacia explorar todo el territorio, estudiar minuciosamente la fauna, la flora i la mineralojía del pais, i levantar en grande escala la carta jeodésica i jeológica de su suelo ¹, la poblacion explotaba el comercio i la agri-

1. Para conseguir este resultado, el gobierno habia llamado a Chile una verdadera colonia de sabios europeos que han prestado los servicios mas importantes. Nos limitaremos a recordar los nombres de Gay, mas tarde miembro de la academia de ciencias de Paris, del jeólogo i mineralojista Domeyko, del naturalista Philippi, del astrónomo Moesta i del jeógrafo Pissis, que ha levantado, despues de 24 años de trabajo, la carta del territorio. No tenemos para qué hablar aquí de los profesores contratados en Francia i en Alemania

cultura en las provincias centrales, las minas de carbon de piedra en las provincias del sur, i las de plata i cobre en las del norte. Como consecuencia de esta iniciativa, la poblacion se ha quintuplicado, alcanzando en nuestros días a cerca de dos millones i medio; las rentas públicas que en 1810 alcanzaban apénas a medio millon de pesos, hoi pasan de 16 millones; i el comercio exterior que en esa época era de dos millones, hoi alcanza a la cifra considerable de sesenta millones. El puerto de Valparaiso, el cuarto o quinto del Pacífico por su importancia comercial en aquella época, i que solo tenia una poblacion de tres mil habitantes, es hoi el primero de la América española en estos mares, i encierra cien mil almas.

La explotacion de las minas en la rejion del norte tomó, sobre todo, un gran desarrollo. Sin hablar aquí de la plata, conviene decir que en 1870 Chile producía mas de la mitad del cobre que utilizaba la industria del mundo entero. Esa explotacion llevó a los chilenos a internarse poco a poco en el desierto de Atacama que durante siglos enteros se habia creído inútil para toda industria, tierra maldita, de clima insoportable, privada de agua i de vejetacion por donde el hombre no podia viajar sino a condicion de llevar consigo el agua i los alimentos para sí i para sus animales. La actividad de los chilenos halló allí, sin embargo, minas de cobre, depósitos de guano i de salitre o nitrato de soda, de que la industria podia sacar gran provecho. El gobierno de Chile hizo reconocer científicamente aquella rejion por tierra i por mar, para favorecer el incansable espíritu de empresa de sus nacionales. De este modo, las caletas i otros puntos del árido desierto, situados al sur del paralelo 23 de latitud, comenzaron a poblarse de industriales i de trabajadores chilenos.

El gobierno de Bolivia, aun en medio de las constantes revoluciones en que ha vivido envuelto, no habia mirado con

para enseñar la química, la medicina, la mecánica, la economía política, las humanidades, las lenguas clásicas, etc., etc. Conviene, sin embargo, agregar que Chile ha llamado igualmente a su servicio a algunos de los hombres mas distinguidos de la América española.

indiferencia los progresos industriales de sus laboriosos vecinos. En breve tiempo inició las reclamaciones diplomáticas, moderadas a veces, amenazadoras i belicosas en otras ocasiones. Parece que esta cuestion servia a los intereses de sus partidos interiores como un medio de tranquilizar la opinion con el anuncio o el temor de complicaciones exteriores. Bolivia pretendia que el territorio que comenzaban a poblar los chilenos estaba comprendido dentro de sus límites segun el principio del *uti possidetis de 1810*.

Chile contestó a estas reclamaciones con templada firmeza, desentendiéndose prudentemente de las provocaciones belicosas. Ambas partes exhibieron sus documentos históricos, i ámbas manifestaban la mas absoluta confianza en la bondad de sus títulos. Hubo un momento en que esta discusion estuvo a punto de dejenerar en un rompimiento armado. El 5 de junio de 1863, la asamblea lejislativa de Bolivia dictó una lei concebida en estos términos: «Se autoriza al poder ejecutivo para declarar la guerra al gobierno de la república de Chile, siempre que agotados los medios conciliatorios de la diplomacia, no obtuviere la reivindicacion del territorio usurpado o una solucion pacífica, compatible con la dignidad nacional». El gobierno de Chile oyó con calma i casi con indiferencia esta provocacion tan estemporánea i tan irregular. A pesar de las exigencias de una parte de la prensa i de algunos diputados que querian que se suspendiese toda negociacion con Bolivia miéntras no retirase aquella declaracion, el gobierno chileno continuó tratando i aun recibió en Santiago a un nuevo ministro plenipotenciario de ese pais.

Por el momento, estas negociaciones no condujeron a ningun resultado práctico; pero al fin, el 10 de agosto de 1866 se firmó un tratado que parecia destinado a poner término a todas esas cuestiones. En obsequio de la paz i de la buena armonía entre dos estados vecinos, Chile limitaba su soberanía efectiva hasta el grado 24 de latitud sur; pero en cambio se convenia que los productos de los depósitos i el de los derechos de aduana que hubieran de percibirse por la esportacion de los minerales que pudieran estraerse del territorio compren-

dido entre los paralelos 23 i 25, serian repartidos por mitad entre los dos gobiernos. Se estipuló ademas que ámbos gobiernos pagarian igualmente por mitad una indemnizacion de 80,000 pesos debida a diversos particulares. Para que se comprenda mejor el espíritu de esta estipulacion, debe decirse que todas las industrias establecidas en el territorio comprendido entre los grados 23 i 25 eran explotadas por ciudadanos i por capitales chilenos.

¿Fué éste un error del gobierno de Chile? El tiempo vino a demostrar mui pronto que se habia equivocado confiando en que un pacto de esta naturaleza podia afianzar la paz entre ámbos estados. Para que un tratado semejante produjera los resultados que se buscaban, era necesario que los estados contratantes, contando con gobiernos serios i estables, estuviesen animados de un mismo respeto por las estipulaciones hechas, i del propósito firme de cumplir lealmente los compromisos financieros contraidos. Bajo todos estos aspectos, Chile estaba perdido por el pacto de 1866.

En efecto, comenzó por pagar los 40,000 pesos que le correspondia por las estipulaciones del tratado. Bolivia no volvió a acordarse de ese compromiso. Chile estaba espresamente autorizado para nombrar interventores en las aduanas del territorio comprendido entre los paralelos 23 i 24, en virtud del artículo 3 del tratado que dice lo que sigue: «El gobierno de Chile podrá nombrar uno o mas empleados fiscales que, investidos de un perfecto derecho de vijilancia, intervengan en las cuentas de las entradas de la referida aduana de Mejillones i perciban de la misma oficina, directamente i por trimestre, o de la manera que se estipulare por ámbos estados la parte de beneficios correspondientes a Chile. La misma facultad tendrá el gobierno de Bolivia, siempre que el de Chile, para la recaudacion i percepcion de los productos de que habla el artículo anterior, estableciere alguna oficina fiscal en el territorio comprendido entre los grados 24 i 25». A pesar de una prescripcion tan terminante, Bolivia no solo no pagó jamas a Chile un solo centavo por la parte que le correspondia en los derechos de aduana percibidos, sino que espresando que

el derecho de intervencion por parte de Chile, lastimaba su soberanía nacional, embarazó i resistió la injerencia de los empleados de este pais en la inspeccion de las cuentas. La esplicacion de esta conducta, que importaba la violacion flagrante de un pacto solemne, se hallaba en el hecho siguiente consignado en los documentos oficiales de Bolivia. Hasta principio de 1873 no se habia llevado libro alguno de contabilidad en las aduanas de Antofagasta i de Mejillones, las únicas que existian en todo el territorio entre los paralelos 23 i 24. Esas aduanas habian percibido injentes sumas de dinero como derechos fiscales que correspondian por mitad a Chile i a Bolivia; pero no habia un solo libro, un solo papel por el cual constase a cuanto montaban esas sumas, ni mucho ménos el destino que se les habia dado. Solo habia dos hechos reales e incuestionables: las arcas estaban vacías; a Chile no se le habia pagado un centavo. ¿Qué burla mas cruel se podia hacer de sus derechos?

Esta situacion irregular vino a hacerse mas insostenible todavía cuando las industrias chilenas planteadas en aquel territorio tomaron un gran incremento. De 1866 a 1868 dos ciudadanos chilenos descubrieron en aquellos lugares vastos depósitos de nitrato de soda i de bórax. Queriendo esplotarlos, obtuvieron del gobierno boliviano diversas concesiones de terrenos salitreros bajo las condiciones siguientes: Los concesionarios debian pagar al estado una patente de 10,000 pesos. Debian construir a su costa un muelle en el puerto de Antofagasta. Estaban obligados a abrir hácia el interior un camino carretero de veinte i cinco leguas de largo, i ademas a establecer, tambien a su costa, depósitos de agua i abrigo para los viajeros. Estas condiciones fueron cumplidas con exceso por los concesionarios. Se organizó en Chile para la esplotacion de las salitreras una sociedad anónima; i los capitales chilenos afluyeron a aquellos lugares. La compañía pagó puntualmente la patente de 10,000 pesos, construyó el muelle de Antofagasta, estableció los depósitos de agua i las posadas en los lugares indicados; i por último, en lugar del camino carretero que estaba obligada a abrir, construyó un ferrocarril. La compañía

gastó en estas obras i en los trabajos necesarios para la explotacion, la suma de seis millones de pesos fuertes.

En aquella misma época, en 1870, otro industrial chileno no ménos emprendedor, penetró en el desierto de Atacama, i despues de trabajos i fatigas sin cuento, descubrió un poco al sur del grado 23, en unos cerros áridos e inhospitalarios que quizá no habia pisado nunca la planta del hombre, las ricas minas de plata de Caracoles, a cuya explotacion acudieron bien pronto los capitales chilenos. Sin arredrarse por las dificultades de tamaña empresa, llevando el agua, los víveres i los forrajes para los hombres i para los animales, cargando las maderas para construir sus habitaciones, soportando con igual coraje el sol abrasador de los trópicos durante el dia, i el frio intenso de las noches de los desiertos, los infatigables industriales de Chile levantaron allí un pueblo que adquirió en breve cierta importancia. El comercio se desarrolló rápidamente en aquellos lugares; i Caracoles, como el puerto de Antofagasta, pasaron a ser el centro de grandes especulaciones mercantiles e industriales. Los derechos percibidos desde entónces por las aduanas establecidas en el territorio comprendido entre los paralelos 23 i 25 fueron mucho mas considerables, i por tanto mas flagrante la violacion del tratado de 1866, violacion que privaba a Chile de la mitad de las rentas que le correspondian.

Ocurrió entónces una nueva revolucion en Bolivia. El gobierno que firmó aquel pacto, fué derrocado en 1871. La nueva administracion, como todas las que nacen de un movimiento revolucionario, declaró que el gobierno caido habia dejado funestos recuerdos en el pais, i por esta razon se preparaba a anular todos sus actos, aun los que provenian de un pacto internacional, o de un contrato que constituia una propiedad adquirida a título oneroso. Dos ingenieros, nombrados, uno por Chile, i otro por Bolivia habian demarcado la línea divisoria, en cumplimiento del tratado de 1866, i aquello era un hecho sancionado i consumado: se dijo en Bolivia que esa demarcacion estaba mal hecha i que era menester practicarla de nuevo. El gobierno de Chile, sin embargo, no perdió su calma

en medio de estas dificultades, i de este desconocimiento de sus derechos; i en vez de asumir una actitud resuelta i belicosa, prefirió entablar nuevas negociaciones. La compañía de Antofagasta, por su parte, se sometió a hacer aprobar otra vez su contrato por el nuevo gobierno de Bolivia.

Las negociaciones diplomáticas no marchaban, sin embargo, con la rapidez que Chile queria imprimirlas. Otras i otras revoluciones ocurridas en Bolivia venian a entorpecer a cada paso los trabajos pacíficos de la diplomacia. Un dia el presidente disolvia a mano armada la asamblea lejislativa de Bolivia: tres dias despues, ese mismo presidente, al salir de un festin en que habia injuriado a algunos jefes militares, cayó muerto con el cuerpo traspasado por siete balazos. A pesar de estos entorpecimientos, el ajente de Chile continuó negociando con una perseverancia digna de mejor resultado; i al fin, el 6 de diciembre de 1872, firmó en La Paz, capital de Bolivia, un tratado de nueve artículos destinados a resolver, de acuerdo con el pacto de 1866, las «cuestiones pasajeras» que habian podido nacer.

Este convenio era una nueva concesion de Chile en favor de la paz. Por el artículo 6 se estipulaba que ántes de pagar la mitad que le correspondia por su parte en los derechos de exportacion de los minerales esplotados en el territorio comprendido entre los paralelos 23 i 25, Bolivia apartase las sumas que creyese necesarias para pagar los empleados que tuviera en esa rejion. Esta república podia, pues, asignar los sueldos i gratificaciones que quisiese, i a cuantos funcionarios se le ocurriera, en la confianza de que Chile debia pagar la mitad de esas sumas, i no mas que la mitad, suponiendo que se procediese con una lealtad que los antecedentes de este negocio no daban lugar a esperar.

En Chile, la prensa i las cámaras conocieron los inconvenientes de este arreglo que obligaba a la república a pagar empleados en cuyo nombramiento no tenia participacion alguna. Sin embargo, deseando evitar toda causa de conflicto, el congreso aprobó este convenio complementario en 8 de enero de 1873.



CAPITULO III

El Perú estimula las intransijencias de Bolivia.—Deplorable situacion financiera del Perú en 1872.—Para salir de esa situacion, el gobierno pretende apoderarse de un modo u otro de las salitreras de Tarapacá.—Para impedir la intervencion de Chile en favor de sus nacionales, el Perú trata de suscitar complicaciones exteriores a esta república.—El Perú i Bolivia celebran un tratado secreto de alianza en febrero de 1873.—Esfuerzo^s de ámbos estados para ocultar este pacto a Chile.—El gobierno del Perú estanca la esportacion del salitre.—Limita en seguida la produccion de salitre.—Convencido del mal éxito de estas medidas, resuelve comprar los establecimientos salitreros.—Los compra, pero no los paga.—Perjuicios que estas medidas causan a los capitalistas chilenos.

La moderacion de Chile en la jestion de estos arreglos, era mirada por sus turbulentos i belicosos vecinos del Pacífico como una prueba de su debilidad. «No se puede negar, se decia en Bolivia i en el Perú, que Chile ha hecho grandes progresos en el afianzamiento de la paz interior, en la consolidacion de sus instituciones, en los trabajos materiales; pero estos mismos progresos han enervado su espíritu militar. Un pais que como Chile, se agregaba, gasta mas en el ministerio de instruccion pública que en el ministerio de la guerra, será todo lo que se quiera, pero no es un pueblo que pueda hacerse respetar por el extranjero». Ante naciones que miden la prosperi-

dad de un país por el número de sus soldados i de sus jenerales, Chile no podia contar con un gran prestijio.

Hasta entónces, sin embargo, el Perú no habia tomado parte alguna ostensible en aquella cuestion. Hai motivos para creer que privadamente estimulaba desde esa época las intranquias de Bolivia; pero en las apariencias se presentaba como el amigo sincero de Chile, i cuidaba de cultivar las mejores relaciones posibles. Pero, la marcha de aquellas negociaciones, la templanza con que Chile buscaba un arreglo pacífico, aun sacrificando los derechos que creia mas lejítimos, estimularon al gobierno del Perú a salir de aquella situacion en provecho de sus intereses.

Se sabe que el Perú, por las inmensas riquezas naturales de su suelo, ha estado en posesion de recursos que, manejados con intelijencia, con órden i con probidad, habrian hecho de ese país el mas próspero de la América meridional. Los depósitos de guano, explotados por el estado, le produjeron rentas verdaderamente enormes; pero esas riquezas se gastaban con la misma rapidez con que se producian, a causa del derroche de los dineros del estado, de las negociaciones fraudulentas, i del sosten de una clase numerosa de funcionarios pródigamente gratificados. «Este país, dice un distinguido diplomático belga, en posesion de productos naturales que encontraban una salida fácil i lucrativa, se ha adormecido largo tiempo en el olvido completo del porvenir. Cada nuevo gobierno lleva tras de sí una muchedumbre de favoritos al poder. Estos, convertidos en funcionarios, son retirados con buena renta por el resto de sus dias: sus viudas i sus hijos continúan gozando de pensiones ordinariamente mui subidas. Resulta de aquí que cada ciudadano cree que el estado está obligado a darle una renta, i la hacienda pública, minada por este lado, empeñada por aquí i por allá en especulaciones aventuradas, quedó bien pronto agotada.

«El Perú, lanzado bajo la presidencia del coronel Balta en una serie de empresas aventuradas, ha visto construir ferrocarriles, establecer diques, levantar monumentos públicos que son pesadas cargas del tesoro mas bien que fuentes de entra-

das. Despues de algunas sangrientas jornadas, don Manuel Pardo, bajo pretesto de reformas necesarias, ha contribuido a arruinar, no solamente el tesoro, sino tambien el crédito público. La mejor prueba de ello es que la renta peruana, cotizada en Lóndres, hace cuatro años al 74, ha bajado en 1876 al 12! El papel moneda, único valor en circulacion, pierde de día en día: yo he visto caer el «sol» a 25 peniques, cuando a la par estaria al 48. El comercio sufre naturalmente con este estado de cosas; la importacion disminuye, i parece imposible que en poco tiempo mas, el Perú, falto de recursos i de espedientes, no esperimente una de esas crisis terribles de que un pais se levanta con dificultad.

«No se crea, sin embargo, que Lima está en la postracion: la situacion parece solo orijinal; i cada cual, despertándose economista, desarrolla en los diarios un nuevo sistema para salvar la patria. Por lo que toca a la revolucion, ella está a la órden del día; i el primer pretendiente que aparezca, sea reaccionario o radical, se cree con derecho, si la ocasion se presenta, de llevarlo todo a sangre i fuego para el mayor bien de sus conciudadanos»¹.

Esta situacion financiera del Perú fué evidente desde 1872, cuando don Manuel Pardo tomó las riendas del gobierno. A los cincuenta días de haber asumido el mando de la república, el nuevo presidente se presentó en persona al congreso nacional para demostrarle que el Perú estaba próximo a una bancarrota, i que no podia cumplir las obligaciones contraidas, ni atender a los injentes gastos de la administracion. Acordóse entónces que todos los administradores del tesoro público bajo el gobierno anterior, fuesen sometidos a juicio como derrochadores de la fortuna². Este procedimiento, que no con-

1. Le comte CHARLES D'URSEL, *Sud-Amérique, Séjours et voyages*, Paris, 1879, páj. 291.

2. El acta de acusacion, presentada el 13 de agosto de 1872 por siete señores diputados, comprendia a los siguientes ex-ministros del gobierno anterior, don Manuel Santa María, doctor don Nicolas de Piérola (despues jefe supremo del Perú), don Manuel Angulo, don Camilo Carrillo, don Felipe Masías, doctor don Jorje Loayza, doctor don José Aranibar, doctor don Melchor García, don Juan Francisco Balta i don José Allende.

dujo a otro resultado práctico que a la preconización de los escándalos cometidos por todos los gobiernos, no mejoraba en nada una situación que cada día se hacía más angustiada.

La riqueza pasada había sido el estímulo para la contratación de injentes empréstitos que gastados imprudentemente, o invertidos en trabajos improductivos, pusieron al estado en el caso de suspender el servicio de su deuda. Cuando las entradas obtenidas por el guano comenzaban a desaparecer, el gobierno del Perú trató de reemplazar los recursos que se le escapaban, apoderándose bajo cualquier pretexto de los depósitos de nitrato de soda que abundan en el sur de su territorio.

Pero aquí se suscitaba una nueva dificultad: Esos depósitos de salitre eran explotados en su mayor parte por brazos i por capitales chilenos. Diversas compañías organizadas en Santiago i en Valparaíso i habilitadas por bancos de esas dos plazas comerciales, habían establecido grandes elaboraciones de nitrato en la provincia peruana de Tarapacá, i pagaban al erario considerables derechos de aduana, que no satisfacían sin embargo la escasez i la sed de nuevas entradas porque necesariamente pasaba entónces el Perú. El gobierno peruano debió preguntarse en esos momentos: ¿consentirá Chile en que sus ciudadanos sean despojados de sus propiedades? ¿aceptará tranquilamente que la lei peruana venga a privarlos del producto de su industria i de sus capitales? ¿aceptará Chile que la plaza comercial de Valparaíso, que ha sido el centro de donde han salido los capitales i el movimiento industrial de Tarapacá, se vea de repente privada de los recursos que le suministra la provision de los establecimientos que ha fundado, el fletamento de sus buques, la venta del salitre?

Para resolver esta situación embarazosa, el gobierno del Perú recurrió entónces al expediente de fomentar las dificultades internacionales de Chile, a estimular las resistencias de los estados que consideraba sus adversarios, i a crearle una situación ante la cual no debía quedarle otro arbitrio que resignarse a sufrir en silencio todos los ultrajes que quisieran inferirle.

No le fué difícil hacer entrar a Bolivia en este plan. A prin-

cipios de 1873 se hallaba en Lima, en tránsito de Europa, don Adolfo Ballivian que volvía a América para tomar el mando de la república boliviana. La prensa peruana, acojiéndolo con grandes aplausos, armó en esos momentos una estrepitosa gritería contra Chile i contra las pretensiones invasoras que se le atribuían. Por mas que entónces Chile no aspirase a otra cosa que a que se cumpliese el tratado de 1866, i a que se aprobase el pacto complementario de diciembre de 1872, que como hemos visto, era una nueva concesion hecha a Bolivia, los escritores i los estadistas del Perú, estaban empeñados en presentarlo como un usurpador atrevido i desvergozado. Solo el Perú, se decia, puede poner a raya la ambicion de una república que no tiene mas armas que su arrogancia, pues no cuenta con soldados ni con cañones. El Perú es bastante poderoso para esta obra, i es bastante jeneroso para acudir con sus recursos, con sus ejércitos i con sus escuadras, en apoyo de una hermana querida, cuya autonomía, por otra parte, conviene mantener en nombre del equilibrio americano. No es difícil imaginarse la manera como los gobernantes del Perú esplicaron el estado de los negocios entre Chile i Bolivia a aquel huésped que no podia traer de Europa una idea cabal de lo que estaba ocurriendo en su pais. Ballivian, hombre de vistas poco sagaces, se dejó enredar en aquella intriga, i dió su aceptacion a la alianza que se le ofrecia. Parece que el gabinete de la Paz no tuvo el menor conocimiento de aquella negociacion, i que el dia ménos pensado se encontró con que su ajente diplomático en Lima, por encargo de un mandatario que ni siquiera habia entrado en sus funciones, acababa de celebrar un tratado que arrababa a la república a una alianza que al fin habia de ser funesta a las dos partes que la estipularon. A los que conocen la manera irregular con que se dirijen los negocios públicos en los pueblos que como Bolivia i el Perú, han vivido envueltos en el desórden i las revoluciones, no debe sorprenderles esta conducta.

Sea de ello lo que se quiera, el hecho es que el 6 de febrero de 1873 se firmaba en Lima un tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva, por el cual ámbas partes contratantes se

comprometian a marchar unidas contra cualquier enemigo exterior que amenazase su independencia, su soberanía, o su integridad territorial. En esos momentos, ni Bolivia, ni el Perú estaban en vísperas de una guerra exterior; i aunque en aquel pacto no se nombraba para nada a Chile, a nadie, se le podía ocurrir que él fuese arreglado contra cualquiera otro estado. Pero otro hecho, secreto entónces, i hoi conocido, viene a demostrar mas claramente los propósitos que se tenian en vista.

Chile sostiene desde años atras una larga i complicada cuestion de límites con la República Arjentina. En 1873 las negociaciones diplomáticas habian tomado cierta vivacidad que no habian tenido ántes. El gobierno del Perú concibió la esperanza de hacer entrar a aquella república en sus planes; i al efecto envió a Buenos Aires un ministro diplomático encargado de negociar la adhesion arjentina al pacto de alianza contra Chile. El gobierno arjentino oyó esas proposiciones; i sin darles su aprobacion, las sometió en consulta a las cámaras lejislativas. El congreso trató este asunto en sesiones secretas; i por el momento no se supo nada de lo que allí pasó. Despues se ha sabido que el congreso arjentino, reconociendo que el estado de la cuestion diplomática no justificaba en manera alguna la celebracion de una alianza, i que mui al contrario ella podía producir las mas sérias complicaciones, acordó aplazar no solo la aprobacion sino hasta la discusion de las bases de aquel pacto. El Perú no logró, pues, hacer entrar a la República Arjentina en sus planes secretos contra Chile.

Casi es innecesario repetir que las dos partes interesadas en aquel convenio guardaron respecto de Chile la mas estudiada reserva. Mas aun, las relaciones entre esta república i el Perú continuaron tan amistosas como ántes; i si algun rumor de esa alianza llegó hasta Chile, el Perú supo desvanecerlo observando en sus relaciones diplomáticas la mas delicada i amistosa cortesía.

Miéntas tanto, el gobierno peruano, creyó que, aun sin contar con la cooperacion de la República Arjentina, la sola alianza con Bolivia le bastaba para poner en obra sus planes

financieros. Comenzó entónces a ejecutar las reformas que ban a herir de muerte a los industriales i a los capitales chilenos que estaban haciendo de la provincia peruana de Tarapacá un emporio de riqueza i una fuente de recursos para el tesoro del Perú, de que habria sabido aprovecharse otro gobierno mas provisor.

El 18 de enero de 1873, en los momentos en que terminaba la formacion del tratado de alianza con Bolivia, el gobierno del Perú promulgó la lei por la cual se declaraba estancado el salitre en toda la república. Como único negociante en todo el pais para el comercio exterior, el estado se comprometia a pagar a los productores de salitre dos pesos cuarenta centavos por quintal puesto en el sitio del embarque, reservándose como beneficio fiscal el mayor valor que obtuviera en la venta. La esportacion de salitre por cualquiera otra persona seria castigada con la pena de confiscacion del artículo. Esta lei, decia un artículo transitorio, comenzará a rejir dos meses despues de su promulgacion.

Fácilmente se comprenderá el disgusto que espermentaron todos los productores de salitre de la provincia de Tarapacá cuando se vieron despojados así del derecho de negociar libremente sus productos i sujetos a venderlos forzosamente a un gobierno cuya moralidad i cuyos rëcursos no inspiraban mucha confianza. Aprovechando con una actividad asombrosa los dos meses que se les daban de plazo para la ejecucion de la lei, aceleraron la esportacion al exterior; los depósitos de este artículo se llenaron en Europa; i como primer resultado de esta imprudente perturbacion, el precio del salitre bajó considerablemente. El gobierno peruano divisó las consecuencias de su error; pero en vez de adoptar el único remedio salvador, que era la proclamacion de la libertad comercial, agravó el mal con medidas contrarias a todos los principios económicos, i mas contrarias aun al réjimen liberal, sin el cual no puede progresar ninguna industria. Por otra lei de 23 de abril i por los decretos reglamentarios, el gobierno peruano limitó la produccion de salitre, buscando con esta medida absurda que no bajase el precio del artículo. Durante el año que tras-

curra desde el 1.º de setiembre de 1873 hasta el 31 de agosto de 1874, el estado, dijo la lei, comprará solo 4.500,000 quintales de salitre; i una comision compuesta de cinco productores nombrados por el prefecto de Tarapacá, fijará la proporcion en que debe hacerse esta compra, o mas claro cuanto deba comprarse a cada productor. No se necesita de mucha penetracion para conocer el error de esta medida, ni el campo que ella abria al favoritismo i a las especulaciones fraudulentas. ¿Quiénes serian los favorecidos en aquellas compras? En el Perú, i mediante el réjimen de corruptela que desgraciadamente ha subsistido durante tantos años, la contestacion a esta pregunta no podia ser mas que ésta: Venderán la mayor cantidad de salitre los que por un medio o por otro sepan congraciarse con la autoridad que nombra la comision i que preside a la venta.

Las consecuencias de estos desaciertos no tardaron en dejarse sentir. El viajero belga, que hemos citado mas atras, visitó el Perú bajo el réjimen de aquellos errores económicos; i ha comparado esa situacion con la historia de la gallina que ponia huevos de oro. El salitre explotado por el principio de la libertad, daba al tesoro del Perú un huevo de oro cada dia; pero el gobierno quiso una buena mañana apoderarse de todos los huevos de oro que quedaban, i estancó el salitre, es decir mató la gallina. En efecto, aquel sistema financiero podia ser mui útil a algunos traficantes que explotaban al estado; pero la situacion del tesoro público marchaba de mal en peor. Las trabas puestas a la libre produccion del salitre en la provincia peruana de Tarapacá, i que arruinaban a su comercio, habían dado nueva vida a las salitreras que los chilenos explotaban en Antofagasta. En Chile mismo, en el territorio que nadie se habia atrevido a disputarle, es decir al sur del grado 24, comenzaba a prepararse la produccion del salitre, creando así una nueva fuente de riqueza pública. El triste resultado de aquel sistema debió hacer meditar al gobierno del Perú, pero no bastó para curarlo de su error. Así, pues, en vez de acudir al remedio salvador de declarar la libertad de la industria del salitre, persistió en la idea del estanco, modificando solo su forma.

El 28 de mayo de 1875 dictó una lei por la cual derogaba las dos de 1873 que establecieron el estanco del salitre. Por el artículo 3.º de esta lei «se autoriza al poder ejecutivo para adquirir los terrenos i establecimientos salitrales de la provincia de Tarapacá, adoptando con este objeto las medidas legales necesarias. Se le autoriza igualmente para celebrar los contratos convenientes para la elaboracion i venta del salitre». Los productores de salitre que no quisieran vender sus establecimientos al gobierno, podrian seguir explotándolos por su propia cuenta, pero debian pagar al estado un derecho de exportacion; i como el gobierno era dueño de fijar la cuota de este impuesto, es claro que el dia que quisiese podria obligarlos indirectamente a renunciar a sus propiedades. El gobierno pretendia ser el único productor de salitre para venderlo sin competencia.

Pero ¿cómo pagaria el gobierno las salitreras i las fábricas que comprase? El tesoro del Perú estaba exhausto: no solo se habian paralizado las obras públicas, sino que el gobierno, con gran sorpresa i con gran disgusto de sus numerosísimos acreedores en Europa, habia suspendido el pago de la deuda exterior. La lei de mayo de 1875 habia previsto esta dificultad. Por su artículo 4.º autorizaba al gobierno para contratar un empréstito de siete millones de libras esterlinas. Cuatro millones debian invertirse en la compra de las salitreras, fábricas, máquinas, etc., i los otros tres para concluir los trabajos de los ferrocarriles contratados por el gobierno, i atender a las necesidades jenerales del estado. Pero ¿podia hallar quién prestase siete millones de libras esterlinas a un gobierno que desde dos años atras habia suspendido el pago de su deuda? ¿Habria alguien que prestase millones al Perú para concluir los ferrocarriles comenzados, cuando las declaraciones oficiales del presidente de la república i del congreso nacional en 1872 habian revelado que esos trabajos fueron el pretexto de un espantoso derroche, hasta el punto de mandar someter a juicio a todos los funcionarios que intervinieron en esos negocios? Casi es innecesario decir que el Perú no encontró en esos momentos quien le hiciese préstamo alguno.

Mientras tanto, los industriales productores de salitre, exasperados por aquella legislación que ponía sus fortunas a merced o al capricho de un gobierno que parecía no comprender sus propios intereses, arruinados muchos de ellos, no querían otra cosa que desembarazarse de sus propiedades. Al fin, muchos se vieron en la necesidad de vender al gobierno del Perú el fruto de su industria i de su trabajo, bajo las peores condiciones del mundo. Entregaron sus establecimientos, sus fábricas i sus depósitos en cambio de un papel por el que el estado se comprometía a pagarles su valor en tal plazo. El plazo fijado llegó hace tiempo a su término, i los infelices vendedores no han podido entrar en posesion de los capitales que se les deben.

Esta serie de desaciertos i de violencias hirió principalmente a los capitalistas chilenos que habian llevado su fortuna i su trabajo a la provincia peruana de Tarapacá. Ellos fueron la primera causa de la crisis comercial por que tuvo que pasar Chile en los años subsiguientes. El gobierno de esta república, sin embargo, no salió un instante de la mas fria moderacion. Reconociendo en la soberanía del Perú el derecho de arreglar como mejor quisiese sus cuestiones financieras, no entabló ningun reclamo por los enormes perjuicios que esas leyes inferian a sus nacionales.

En Chile se ha dicho en la prensa i quizá hasta en algun documento oficial, que aquellas leyes estaban calculadas para arruinar los intereses chilenos comprometidos en esas negociaciones. Nosotros no participamos completamente de esta opinion. Es verdad que la conducta observada por el Perú en este negocio autoriza a creer que su gobierno piensa que los extranjeros que llevan a un pais su trabajo i sus capitales para buscar la fortuna por medio de una industria honrada, enriqueciendo al mismo tiempo al pueblo que los hospeda, son malhechores a los cuales es permitido despojar por la astucia o por la violencia. Pero, nosotros creemos que en toda la conducta del gobierno del Perú en las cuestiones del salitre, tiene tanta parte el odio a los chilenos como el desconocimiento de sus propios intereses.



CAPITULO IV

Cambio producido en la actitud de Bolivia respecto de Chile despues de estipulado el tratado secreto.—El congreso boliviano aplaza la discusion del tratado celebrado con Chile en 1872.—El gobierno de Chile entabla nuevas negociaciones i celebra el tratado definitivo de 1874.—Concesiones que Chile hacia por este pacto.

El tratado secreto de alianza celebrado en Lima contra Chile el 6 de febrero de 1873 comenzó a producir en breve sus efectos en Bolivia. Se creyó allí que esa alianza ponía a la república chilena al borde de un abismo, ante el cual no le quedaba mas salida posible que desistir de sus pretensiones si no queria precipitarse a su ruina.

En Bolivia se tomaba a lo serio el poder naval i militar del Perú, se creía que las pretensiones de esta república al rango de la primera potencia del Pacífico eran perfectamente fundadas, i que no tenia mas que alzar un poco la voz para que Chile, sin ejército i sin escuadra, doblase la cabeza i aceptase las condiciones que se quisiera imponerle. La legacion peruana en Bolivia fomentaba artificiosamente esta confianza i parecia estimular abiertamente la intransijencia de sus secretos aliados. A fines de 1872, i segun lo espuso, por encargo espreso de su gobierno, esa legacion dió un banquete en la ciudad

de La Paz, al representante de Chile i a los gobernantes de Bolivia para celebrar el desenlace pacífico de todas las cuestiones pendientes, por medio del pacto complementario de 6 de diciembre. Pocos meses mas tarde, esa misma legacion se expresaba aun en documentos públicos, en términos tan inconvenientes contra Chile, que el gobierno peruano, que tenia el mas vivo interes en mantener secreta la alianza contratada, llegó a reconvenir a su ajente por el exceso de celo con que podía comprometer el resultado de toda aquella intriga.

Los gobernantes de Bolivia, por su parte, pasaron tambien por iguales alternativas en su opinion respecto de Chile. Antes de celebrarse la alianza Perú-boliviana, o mas propiamente ántes que la noticia de su celebracion llegase a La Paz, la cancillería de este país se manifestaba altamente satisfecha de haber hallado una solucion amistosa a todas las dificultades. Contestando la nota en que el gobierno de Chile le comunicaba la aprobacion definitiva del pacto de diciembre, el ministro de relaciones exteriores de Bolivia, doctor don Melchor Terrazas, decia lo que sigue: «De verdadera complacencia es para Bolivia que el excelentísimo gobierno de Chile, inspirándose de la elevada mira de consolidar la paz, la buena intelijencia i fraternal union que felizmente liga a esa República con su vecina i amiga, la nacion boliviana, ántes que tener en cuenta transitorios intereses, haya prestado su plena aceptacion a las estipulaciones consignadas en el referido protocolo. No podia esperarse ménos de la altura de ideas i sentimientos que distinguen al ilustrado gobierno de Chile. . . Por lo demas, es mui satisfactorio que el Excmo. gobierno de Chile conceptúe el convenio consignado en el indicado protocolo, como obligacion perfecta i se apresure a ejecutarlo; encontrándose en la misma favorable disposicion el de Bolivia, para darle cumplido efecto por su parte».

Estas amistosas protestas fueron escritas el 6 de febrero de 1873. El ministro que las firmaba no debia tener la menor noticia de que ese mismo dia i quizá a la misma hora, un funcionario boliviano de su dependencia, el representante de Bolivia en el Perú, estaba firmando en Lima un tratado de

alianza ofensiva i defensiva contra Chile. Cuando este tratado fué conocido por los gobernantes de La Paz, cuando creyeron que Chile se iba a ver en la necesidad de seguir adelante en la via de las concesiones, el tono del gabinete boliviano cambia completamente. Con fecha 27 de marzo de 1873, poco mas de mes i medio despues de aquella comunicacion, el mismo doctor don Melchor Terrazas decia al gobierno de Chile en términos secos i perentorios, no que Bolivia estaba dispuesta a dar cumplimiento desde luego al protocolo de diciembre, sino que iba a someterlo a la aprobacion de los representantes de la nacion «conforme a los principios del sistema representativo que rije en Bolivia»¹. El ministro añadía que la representacion nacional estaba convocada para el mes siguiente; i que a ella le tocaba resolver este asunto. De su nota se desprendía claramente que el protocolo en cuestion no seria aprobado.

Esto fué lo que sucedió, en efecto. El congreso boliviano acordó aplazar el conocimiento de este asunto hasta el año de 1874. Miéntas tanto, el 2 de julio de 1872 aprobaba en sesiones secretas el tratado de alianza celebrado con el Perú. Seguro ya de su poder, sancionaba despues otras leyes para gravar con nuevos impuestos las industrias chilenas establecidas en el territorio de esplotacion comun, acto que no podía ejecutar sin el conocimiento i la aprobacion de Chile.

1. Cuando leemos en la nota del ministro Terrazas este estemporáneo respeto por el sistema representativo que rije en Bólvía, involuntariamente se nos vienen a la memoria las palabras de un sabio mui distinguido, M. Charles Wiener, que ha recorrido palmo a palmo esa república i la del Perú en desempeño de una mision científica que le confió el gobierno frances. «En Bolivia, dice Mr. Ch. Wiener, el parlamento no existe, por decirlo así, mas que como parágrafo olvidado en la constitucion. Doscientos pretorianos, conocidos bajo el nombre de «el primer batallon», hacen i deshacen los presidentes de la república, de los cuales trece sobre catorce, desde la fundacion de la república, han muerto o desterrados o asesinados». Copio estas palabras abreviándolas lijaramente, de una serie de importantes artículos que sobre la guerra del Pacífico publicó M. WIENER en *Le XIX Siècle*, diario de Paris, del 2 al 19 de junio de 1879. Recientemente, en 1880, acaba de publicar el mismo autor el resultado de sus exploraciones en una obra monumental sobre esos paises, con el título de *Pérou et Bolivie. Récit de voyage, suivi d'études archéologiques et ethnographiques et de notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes, ouvrage contenant plus de 1100 gravures, 21 cartes et 18 plans*, Paris, Hachette, 1880. Grand in 8.º de 796 pages.

El gobierno chileno no sabia cómo esplicarse este cambio en la actitud de Bolivia. Atribuíalo a las alternativas consiguientes a las jestionés i ajitaciones de los partidos políticos de ese país que ha vivido siempre en la revuelta. Ni por un instante pasó por su mente la idea de que el Perú, que cada día se mostraba mas cortés i amistoso en sus comunicaciones con Chile, fuese el verdadero i único autor de aquellas dificultades, preparadas tan artificiosamente desde Lima por medio del tratado secreto. Seguramente el rompimiento que ha estallado en 1879, habria sobrevenido entónces, si Chile hubiera conocido en esa época la trama urdida contra él; pero ignorante de todo eso, creyó vencer las veleidades de Bolivia, que atribuía simplemente a inesperienza de algunos hombres públicos, i a mediados de 1873 hizo partir para La Paz una nueva legacion.

Esta vez, el gobierno de Chile estaba dispuesto a hacer nuevas concesiones para asegurar de una manera definitiva la situacion de las industrias chilenas establecidas en el desierto de Atacama. No buscaba en estas negociaciones ni mayor ensanche de su territorio, ni tampoco aumento de sus entradas fiscales por medio de la imposicion i la reparticion de los impuestos que debian pagar aquellas industrias. Quería solo que el réjimen de violencia i de inestabilidad que con demasiada frecuencia habia imperado en Bolivia, no se hiciese sentir en aquella rejion por medio de exacciones i de impuestos exorbitantes contra las personas i los bienes de los chilenos establecidos allí.

Estos fueron los principios que sirvieron de fundamento al tratado celebrado el 6 de agosto de 1874. Chile renunciaba en favor de Bolivia a toda la parte que le correspondia por los impuestos percibidos en aquellos lugares desde 1866. Iba mas léjos todavía: renunciaba para siempre a todos los derechos que en adelante se cobrasen allí, i de cuya mitad era dueño en virtud de los tratados anteriores. En compensacion de estas concesiones, solo exijió una garantía que fué establecida en el artículo 4.º del tratado en la forma siguiente: «Los derechos de esportacion que se impongan sobre los minerales explotados

entre los paralelos 23 i 25 no excederán la cuota que actualmente se cobra, i las personas, industrias i capitales chilenos no quedarán sujetos a mas contribucion, de cualquiera clase que sea, que las que al presente existen. La estipulacion contenida en este artículo durará por el término de 25 años». El gobierno contaba con que al cabo de estos veinticinco años, el desarrollo de la industria, la marcha progresiva del movimiento comercial, i una mayor civilizacion, en fin, harian comprender a Bolivia que los intereses del estado son los mismos que los de los particulares, i que las medidas vejatorias, los impuestos excesivos i arbitrarios, léjos de ser una fuente de entradas para el erario, paralizan i aniquilan la industria, como en esos mismos momentos lo estaba experimentando el Perú con el estanco del salitre. Para libertarse de nuevas complicaciones diplomáticas con motivo de la interpretacion i de la aplicacion de este tratado, Chile exijió i obtuvo en garantía el siguiente principio: «Todas las cuestiones a que diere lugar la intelijencia i ejecucion del tratado, deberán someterse al arbitraje».

La república de Bolivia no podia aspirar a bases mas favorables que las que le acordaba Chile renunciando condicionalmente a todos sus derechos sobre aquellos territorios. La diplomacia boliviana debia este triunfo a la disposicion en que se hallaba Chile de hacer las mas jenerosas concesiones para dar bases sólidas al establecimiento de las industrias de sus nacionales. Debíalo igualmente al carácter recto i a la elevacion de miras del majistrado que entónces gobernaba en Bolivia. Por muerte del presidente Ballivian, habia tomado el mando supremo de la república, el señor don Tomás Frias, el hombre público mas caracterizado de ese pais, por su intelijencia i por su probidad. En posesion de un tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva contra Chile, oyendo las sujesiones que contra esta república hacia el Perú, el gobierno del señor Frias debió desconfiar de la sinceridad de este aliado, que habia sido el enemigo tradicional de Bolivia, i prefirió hacer una paz sólida i durable ántes de entrar en la carrera de aventuras i complicaciones cuyo desenlace no podia ser otro

que el triunfo material i moral de Chile. El señor Frias trató porque queria evitar a Bolivia los males que han sobrevenido sobre ella cuando estuvo gobernada por manos mucho ménos puras i mucho ménos intelijentes; i al tratar, supo conseguir de Chile las condiciones mas favorables a que podia esperar





CAPITULO V

Revolucion ocurrida en Bolivia en 1876.—Elevacion del jeneral Daza a la presidencia de la república.—Condicion de los trabajadores chilenos en el desierto de Atacama.—Violencias de que eran víctimas de parte de las autoridades.—La administracion de justicia boliviana.—Creacion de nuevos impuestos en violacion de los tratados existentes.

El tratado de 1874 entre Chile i Bolivia no dejaba por resolver ninguna dificultad. Sin embargo, para que su cumplimiento no suscitase nuevas complicaciones se necesitaba que las dos partes contratantes estuviesen animadas del mismo espíritu leal i justiciero. Bajo este aspecto, Chile no tenia nada que temer de la administracion honrada de don Tomas Frias, sino los avances imprudentes de algun empleado subalterno, que indudablemente seria reprimido por la accion del gobierno jeneral.

Por desgracia para la prosperidad interior de Bolivia i para la paz exterior de estas repúblicas, la administracion del señor Frias no fué de larga duracion. En marzo de 1876 se apoderaba del gobierno el jeneral don Hilarion Daza, despues de una revolucion de cuartel con las tropas cuyo mando le habia confiado el gobierno. A la administracion honorable e ilustra-

da del señor Frias habia sucedido una dictadura violenta, atrabiliaria, vergonzosa para Bolivia i comprometente para la paz exterior. Se ha dicho alguna vez que esa revolucion fué fomentada por el gobierno del Perú, a quien ha gustado siempre ausiliar los movimientos revolucionarios i subversivos en los estados vecinos. Sea de ello lo que se quiera la verdad es que sobraron en Bolivia jentes que levantaron arcos triunfales en todas las ciudades para recibir al jeneral Daza en medio de los mas estruendosos aplausos con que se le aclamaba «salvador de la patria» ¹.

La numerosa colonia de laboriosos chilenos que habia llevado al desierto de Atacama su industria i sus capitales, comenzó a sufrir desde aquel dia las consecuencias del réjimen de violencias establecido por la nueva administracion. Sobre semejante estado de cosas, conviene oír el juicio de testigos desapasionados i desinteresados. Un célebre sabio frances, M. Charles Wiener, que en este tiempo recorrió esos lugares en desempeño de una mision científica de su gobierno, nos ha dado el cuadro compendioso pero animado de aquel estado de cosas.

«La explotacion de estos depósitos de guano i de nitrato de soda, dice, es de una estremada dificultad, porque la costa que termina la rejion del desierto, i que tiene su misma configuracion, carece absolutamente de agua. Los chilenos, mejor colocados que los bolivianos para sacar partido de este territorio, puesto que su pais es la continuacion natural de ese litoral, han empleado mucha enerjía i mucha actividad en estos lugares, han comprometido capitales considerables; i las ciudades mineras que allí existen, los inmensos aparatos que destilan el agua del mar para alimentar a los habitantes, son obra suya.

«De cada veinte habitantes se pueden contar diecisiete chi-

1. Dos viajeros distinguidos, el conde D'URSEL, diplomático i escritor belga, i M. CH. WIENER, sabio frances, fueron testigos de las fiestas i ovaciones grotescas de que fué objeto el jeneral Daza en esas circunstancias, i las han descrito con el mismo buen humor. Véanse los caps. XIII i XIV del libro titulado *Sud Amérique* (Paris, 1879) por el conde D'URSEL.

lenos, un peruano, un europeo i un coronel boliviano. El coronel boliviano es la autoridad.

«Los chilenos trabajan, los europeos trafican, i él (el coronel boliviano) manda. El aislamiento de la rejion que administra, lo convierte en una especie de dictador; i por lo tanto un réjimen de capricho i de mala voluntad, esencialmente vejatorio, hace tan desagradable como difícil la posicion de los chilenos»²

En efecto, cada correo que llegaba del norte, llevaba a Santiago i a Valparaiso la noticia de alguna violencia, de algun despojo, cuando no de algun asesinato perpetrado o amparado por la policía boliviana en la persona de algun trabajador chileno. Aquellos crímenes repetidos i dejados impunes por la autoridad, hacian hervir la sangre de todas las personas honradas por la indignacion que producian. Chile, es verdad, tenia cónsules en aquellos parajes; i esos cónsules tomaron resueltamente mas de una vez la defensa de sus nacionales; pero solo obtuvieron respuestas evasivas o esplicaciones que eran una burla de toda justicia i de toda consideracion. Una sociedad de socorros mútuos fundada por los chilenos i por otros estranjeros, fué particularmente el objeto de estas violencias, i fué el oríjen de una declaracion que revela el caso que se hacia de las jestioniones consulares.

En nota de 11 de diciembre de 1876, el prefecto de Antofagasta se desembarazaba de todas las quejas elevadas por el consulado de Chile, declarando que los cónsules «no tenian derecho para apoyar las reclamaciones de sus conciudadanos contra los actos de la autoridad del pais en que residen». El prefecto de Antofagasta queria que esas reclamaciones se entablasen por la legacion de Chile, en la ciudad de La Paz, a dieciocho dias de viaje del teatro de los sucesos, a fin de que la dificultad de aducir pruebas, la necesidad de pedir informes, i el trascurso del tiempo, sirviesen para hacer una burla cruel de esas jestioniones. Pero lo que hai de mas singular es que

2. Copiamos estas palabras de una serie de importantes artículos que acerca de estos paises publicó el sabio viajero en *Le XIX Siècle* de Paris del 2 al 19 de junio de 1879. Mas tarde, M. WIENER ha reunido sus observaciones en la obra monumental que hemos citado en una nota anterior.

un mes ántes de la declaracion del prefecto de Antofagasta en que negaba a los cónsules el derecho de reclamar por los atropellos que sufrían sus nacionales, el gobierno de La Paz había publicado una circular, con fecha de 16 de noviembre, a todos los cónsules de Bolivia recomendándoles que prestasen «la mas decidida proteccion a los ciudadanos bolivianos que residan bajo su jurisdiccion, haciendo en su favor, ante el gobierno cerca del cual está acreditado el cónsul, todas las reclamaciones que se juzguen necesarias en este caso». El prefecto de Antofagasta, sin inquietarse por los vejámenes que sufrían allí los chilenos, ponía, pues, en práctica principios diametralmente opuestos a los que proclamaba su gobierno, queriendo libertarse así de toda reclamacion.

Aquellos actos de arbitrariedad habrían sido en cierto modo soportables si los chilenos que daban industria i vida a las poblaciones del desierto hubiesen hallado siquiera respeto por sus propiedades de parte de los tribunales bolivianos. Pero, la justicia pasó a ser en aquella rejion la mas amarga burla de todo lo que es derecho i honradez. Nos bastará recordar que un juez de Caracoles, mui considerado por las autoridades de Bolivia, era un reo salido de la cárcel pública, donde había sido procesado en 1874 por un intento de asesinato consumado con heridas graves, i en 1875 por un robo de dinero i de otras especies ³. En 1876, bajo la administracion del jeneral

3. Este juez se llamaba don Bartolomé Rebollo. Como comprobante del hecho, publicamos en seguida un certificado espedido en 1876 por las mismas autoridades bolivianas, por la secretaría del juzgado del crimen de Cobija. Hélo aquí:

«El secretario que suscribe, certifica que a f. 24 i a f. 30 del libro de tomas de razon en lo criminal se registran dos decretos de acusacion, espedidos por la sala del crimen de este tribunal superior contra don Bartolomé Rebollo; el primero por tentativa de asesinato i consiguiente herida inferida en la persona de Sebastian López, su fecha 17 de diciembre de 1874; i el segundo por robo de dinero i especies de la propiedad del doctor Manuel María Berasain, en 20 de mayo de 1875; resultando de ámbos haberse librado los respectivos mandamientos de prision contra el reo i ordenándose la inscripcion de su nombre en el registro de la cárcel pública. Es cuanto puedo certificar en cumplimiento del anterior decreto i en obsequio de la verdad i justicia.— (Firmado)—C. Suárez.—Lamar (Cobija), noviembre 6 de 1876.»

Daza, ese mismo hombre era convertido en juez, i administraba justicia ¡i qué justicia! a los laboriosos industriales chilenos, algunos de los cuales fueron privados de una parte de sus bienes de la manera mas inicua.

Como Chile toleraba estas vejaciones, o se limitaba a reclamar de ellas por la via diplomática, i con la mas esmerada moderacion, el gobierno boliviano se creyó autorizado para pasar adelante. Creó en las poblaciones del litoral diversos impuestos nuevos, bajo el nombre de derecho adicional, de carguío, i de alumbrado, impuestos todos que recaian casi esclusivamente sobre los chilenos.

Para cohonestar esta violacion del tratado de 1874, el gobierno boliviano alegó las necesidades del servicio local; i el gobierno de Chile toleró los nuevos impuestos en el carácter de contribuciones municipales. Pero, el primer paso de Bolivia estaba dado. La complacencia de Chile habia alentado la arrogancia de sus vecinos. Tras de aquellos impuestos habian de venir otros, i luego la guerra si el gobierno chileno no consentia en tolerar indefinidamente la violacion de todos los pactos.





CAPITULO VI

Juzgando a Chile envuelto en las mas serias complicaciones, el congreso de Bolivia grava con otros impuestos las industrias chilenas del litoral.— El gobierno boliviano suspende los efectos de esta lei.— Poco mas tarde la manda poner en vigor.— Reclamaciones diplomáticas de parte de Chile.— Propone a Bolivia someter la cuestion a arbitraje.— El gobierno boliviano responde a estas proposiciones decretando el despojo de la compañía de salitres de Antofagasta.— Decreta la venta en remate público de los bienes de esta compañía.— El desembarco de 500 soldados chilenos impide la ejecucion del remate.

A poco de celebrado el tratado de 1874, el gobierno del Perú habia insinuado a los de Chile i Bolivia la conveniencia de uniformar el régimen tributario sobre los salitres en los tres paises. Parece que en esos momentos el Perú desconfiaba de la eficacia del tratado secreto de alianza con Bolivia, i pretendia ejecutar sus planes financieros por otros caminos. Chile, sin embargo, se negó a ligarse con compromisos internacionales que de un modo u otro pudieran llevarle a un régimen contrario a la mas amplia libertad comercial, que ha sido siempre el punto de partida de su sistema económico. Bolivia, por su parte, no pudo aceptar estas proposiciones porque estaba sujeta al cumplimiento del tratado en virtud del cual Chile ha-

bia renunciado condicionalmente a su soberanía sobre la región salitrera. Las cosas quedaron así hasta que creyendo que Chile estaba comprometido en las más serias complicaciones, juzgaron sus adversarios que era llegado el momento de proceder sin consideración alguna.

En los últimos meses de 1877 se anunció en esos países que Chile estaba próximo a un rompimiento con la República Argentina por causa de la cuestión de límites que sostiene desde muchos años atrás. El deseo de los gobiernos del Perú y de Bolivia de que aquellos rumores se realizaran, les hizo sin duda dar crédito a cuanto se decía. Hasta ahora faltan las noticias para conocer qué relaciones mediaron en esos momentos entre los gabinetes de Lima y de La Paz. Lo cierto es que el 14 de febrero de 1878, la asamblea nacional de Bolivia aprobaba una ley concebida en estos términos: «Se aprueba la transacción celebrada por el ejecutivo en 27 de noviembre de 1873 con el apoderado de la compañía de salitres y ferrocarril de Antofagasta a condición de hacer efectivo como *minimum* un impuesto de diez centavos por el quintal de salitre exportado». El poder ejecutivo sancionó esta ley nueve días después.

El congreso boliviano, revisando y modificando por su sola voluntad un contrato bilateral celebrado seis años antes entre el gobierno de la república y una compañía industrial, cometía al mismo tiempo la más flagrante violación del tratado de 1874, por el cual se había comprometido a no imponer dentro del término de veinticinco años, ningún nuevo derecho a las industrias planteadas por los chilenos en el desierto de Atacama. Es verdad que la contribución establecida por las cámaras bolivianas no era exorbitante; pero la ley tuvo cuidado de decir que ese derecho sería el *mínimum*, lo que equivalía a declarar que más tarde podía ser elevado.

El representante de Chile en La Paz reclamó del gobierno boliviano, en nombre del tratado de 1874, por aquella violación de un compromiso solemnemente contraído. Ese gobierno, persuadido al parecer de la justicia de la reclamación de Chile, suspendió la ejecución de la ley, cuidando sin embar-

go de no resolver definitivamente la cuestion que habia dado origen a la reclamacion.

Lo que habia producido este cambio en la política agresiva de Bolivia, no era en realidad el respeto por un solemne tratado internacional. Los gobiernos de las condiciones de la dictadura militar que entónces ultrajaba a ese país, miran con el mismo desprecio los compromisos internacionales que las leyes que rijen la administracion interior. Pero los rumores de rompimiento entre Chile i la República Arjentina se habian desvanecido, i el primero de estos estados parecia libre de complicaciones esterores. En una situacion semejante no convenia, a juicio de los gobernantes de Bolivia, provocar a Chile. La prudencia les aconsejaba esperar un momento mas propicio.

En efecto, a fines de 1878 se repitió con mayor insistencia todavía i con mayores visos de verdad el anuncio del rompimiento inevitable entre Chile i la República Arjentina. Decíase que ámbos estados ponian en movimiento sus escuadras, i que de un momento a otro debia hacerse la declaracion de guerra. El gobierno de Bolivia no quiso perder una oportunidad que creia la mas favorable para violar impunemente el compromiso que lo ligaba a Chile. Inútiles fueron los esfuerzos i las representaciones de la legacion chilena para evitar aquel acto de violencia. El gobierno boliviano estaba resuelto a atropellarlo todo: desatiende las observaciones que se le hacen en nombre del tratado, i haciendo alarde del mas inútil rigor, manda que la compañía chilena de Antofagasta pague 90,000 pesos como importe de los derechos que habria debido pagar despues de la promulgacion de la lei, cuyos efectos habian sido suspendidos. Parecia que no habia nada que esperar despues de esta última violencia.

El gobierno de Chile i su representante no desesperaron sin embargo. Entre esta república i la de Bolivia existia el compromiso formal de someter a arbitraje cualquier dificultad a que diere lugar la intelijencia i la aplicacion del tratado de 1874. Con el deseo de evitar un conflicto, Chile propuso con grande insistencia que aquella cuestion se sometiese a un tri-

bunal arbitral. En consecuencia, reclamó que se suspendiesen los procedimientos ejecutivos decretados contra la compañía de salitres i de ferrocarril de Antofagasta hasta la resolución del árbitro. Pero esta proposición fué el motivo de una nueva burla, i de un atentado mucho mayor aun de parte de Bolivia. En vez de aceptar con franqueza i sinceridad el arbitraje que se le proponía, o de pronunciarse abiertamente contra él, el gobierno boliviano prefirió mantener al representante de Chile en la expectativa mientras él se preparaba para ejecutar sin resistencia sus planes de despojo, i espedia con este objeto sus instrucciones secretas a las autoridades de Antofagasta.

Por fin, el 1.º de febrero de 1879 el gobierno boliviano resolvía perentoriamente la cuestión por un decreto definitivo, cuya parte dispositiva dice testualmente como sigue: «Queda rescindida i sin efecto la convención de 27 de noviembre de 1872, acordada entre el gobierno i la compañía de salitres de Antofagasta; en su mérito suspéndense los efectos de la ley de 14 de febrero de 1878. El ministro del ramo dictará las órdenes convenientes para la reivindicación de las salitreras detentadas por la compañía».

A primera vista no se comprende fácilmente todo el alcance de este decreto atentatorio que iba a producir el rompimiento definitivo. En él, el gobierno de Bolivia se desentendía por completo del tratado que lo ligaba a Chile. Suspended, sin embargo, i aun podría decirse por vía de burla, la contribución que había impuesto a la compañía chilena de salitres i del ferrocarril de Antofagasta; pero al mismo tiempo anulaba los títulos de propiedad de esa compañía, decretando la confiscación de sus bienes. Se comprenderá mejor la importancia de este despojo, recordando que el capital de esa sociedad importaba seis millones de pesos, representados en edificios, en máquinas, en la vía férrea, en muelles, en los almacenes de depósito, en animales i en todos los enseres necesarios para una vastísima explotación. La compañía chilena veía pues, que por un simple decreto se le arrebatában todos sus bienes, el fruto de injentes capitales i de diez años de sacrificios i de trabajo. El gobierno de Chile, por su parte, veía que Bolivia,

al paso que decretaba la abrogacion del impuesto, contestaba sus reclamaciones confiscando las propiedades de los chilenos.

El aquel decreto no era una vana amenaza. El prefecto de Antofagasta, en cumplimiento de las órdenes que recibia de La Paz, trabó embargo sobre los bienes de la compañía, i mandó suspender las faenas de explotacion, dejando en un solo dia privados de trabajo a mas de dos mil obreros chilenos que estaban al servicio de la compañía. Decretó al mismo tiempo la prision, del jerente de la compañía, el cual se vió obligado a buscar un asilo en un buque chileno que habia en el puerto. Como si esto no bastara para desvanecer toda esperanza de arreglo, el gobierno de Bolivia decretó que el 14 de febrero se vendiesen en pública subasta i al mejor postor toda la propiedades i enseres de la compañía chilena.

El gobierno de Chile tuvo noticia en un solo dia (11 de febrero de 1879) de todas estas violencias i de todos estos atropellos. En el acto comprendió que la diplomacia no tenia ya nada que hacer en esta cuestion. Todos los medios pacíficos estaban agotados ante la intemperancia de Bolivia i ante el hecho consumado de la ruptura de un pacto solemne i de la violenta confiscacion de las propiedades chilenas. El mismo dia 11 de febrero dió orden a su representante en Bolivia de dejar este pais. Habia llegado el momento doloroso para un pueblo pacífico i trabajador, de hacerse justicia por sí mismo con las armas en la mano.

Puesto que Bolivia rompía el pacto mediante el cual Chile habia cedido una parte del territorio poblado i trabajado por sus hijos, puesto que violaba las condiciones mediante las cuales se le habia hecho aquella cesion, el papel de esta república no podia ser otro que retrotraer las cosas al estado que tenian ántes de los tratados por los cuales habia renunciado a una parte de su soberanía en cambio de condiciones que no se queria cumplir. Habia pasado el tiempo de las negociaciones, e iba a comenzar la era de la lucha armada.

Chile habia esperado hasta la última hora para tomar esta resolucion suprema; pero cuando el despojo de sus nacionales estaba para consumarse, el mismo dia en que las propiedades

de la compañía de salitres i de ferrocarril debian venderse en remate público, el 14 de febrero de 1879, un cuerpo de quinientos soldados chilenos desembarcaba en Antofagasta e impedía la ejecucion de aquel injustificable atentado.





SEGUNDA PARTE

LAS OPERACIONES MILITARES

CAPITULO I

Antofagasta i Calama, febrero i marzo de 1879

Desembarca en Antofagasta una columna de 500 chilenos.—Las poblaciones vecinas se pronuncian por la causa de Chile i espulsan a las autoridades bolivianas.—Todas ellas piden su incorporacion a la república de Chile.—El presidente de Bolivia recibe la noticia del desembarco de los chilenos, i la oculta para no turbar las fiestas del carnaval.—Se decretan la espulsion de los chilenos de Bolivia i la confiscacion de sus bienes.—El ejército boliviano se dispone a salir a campaña.—Los chilenos se apoderan de Calama despues de un combate.—La escuadra chilena ocupa todo el litoral hasta la frontera del Perú.

Desde que el empleo de las armas fué una necesidad inevitable, el gobierno de Chile desplegó una grande actividad. El dia siguiente de aquel en que supo la confiscacion de las propiedades chilenas por mandato del gobierno de Bolivia i por

órden del prefecto de Antofagasta (el 12 de febrero), hizo salir de Caldera dos buques de guerra con quinientos hombres de desembarco, bajo el mando del coronel don Emilio Sotomayor. Se quería que esas fuerzas llegasen a Antofagasta ántes que se efectuase el remate de las propiedades confiscadas, para evitar así las complicaciones que podian resultar de la venta simulada a algun extranjero que hiciera intervenir en favor de aquella negociacion las reclamaciones de su gobierno.

El coronel Sotomayor desembarcó en Antofagasta en la mañana del 14 de febrero sin hallar la menor resistencia. La poblacion de aquella ciudad, compuesta casi esclusivamente de chilenos, recibió a sus compatriotas con los brazos abiertos, en medio de los mayores trasportes de alegría. Para aquellos laboriosos trabajadores, víctimas como hemos dicho de los peores tratamientos de parte de las autoridades bolivianas, el desembarco de sus compatriotas, importaba la suspension, cuando no la cesacion definitiva de sus sufrimientos. El prefecto del lugar, i los demas agentes del gobierno boliviano, fueron depuestos de su funciones i dejados en completa libertad para retirarse a donde quisiesen. Todos ellos se embarcaron para los puertos del norte.

La noticia de este suceso llegó rápidamente a los pueblos vecinos de Caracoles i de Mejillones i a los establecimientos industriales de ese territorio. En todos esos lugares, los chilenos formaban a lo ménos el ochenta por ciento de la poblacion i ellos así como los pocos europeos que allí residian en calidad de comerciantes i de empleados de los industriales chilenos-estaban hastiados de los atropellos i violencias de la dominacion boliviana. La accion de las tropas chilenas que llegaron rápidamente a esos puntos, se limitó a proteger a las antiguas autoridades de la saña del pueblo, que sin ese freno habria querido talvez vengarse de las crueldades i despojos de que habia sido víctima. En todas partes se dejó a las autoridades i a las guarniciones bolivianas en libertad i se les permitió replegarse al pequeño pueblo de Calama, situado a unas dieciseis leguas al norte del paralelo 23, i por tanto fuera del territorio que habia formado parte de Chile ántes de la cesion he-

cha a Bolivia por los tratados que esta república habia roto. En algunos lugares, como en Caracoles, los comerciantes chilenos hicieron una suscripcion para comprar zapatos a los soldados bolivianos a fin de que pudieran hacer la travesía del desierto. ¡A tanta miseria los tenia reducido el abandono la incuria de su gobierno!

Miéntas tanto, las fuerzas chilenas se aumentaban considerablemente en Antofagasta i en otros puntos inmediatos. Ademas de los pequeños refuerzos que habian llegado de Valparaiso, para hacer frente a cualquier evento, los trabajadores chilenos acudieron a organizarse en batallones de guardia nacional regularmente disciplinados i vestidos, i prontos a acudir a cualquiera parte. A mediados de marzo, esas fuerzas ascendian ya a cerca de cuatro mil soldados, todos resueltos i arduos. En todas aquellas poblaciones, los vecinos mas influyentes i acaudalados, habian espontáneamente estendido actas en que espresaban sus deseos i su propósito de reincorporarse a la república de Chile, bajo cuyas leyes habian poblado el desierto, i bajo cuyo amparo querian vivir, para respeto de sus propiedades i de sus personas. Esas actas, llenas de firmas de chilenos de la mayor parte de los europeos establecidos allí, eran elevadas al presidente de Chile, cuya autoridad querian todos reconocer. La anexion de ese territorio a la república chilena, de que habia estado temporalmente segregado, era, pues, un hecho inevitable, resultado de la monstruosa administracion boliviana, i a que no habria podido resistir el mismo gobierno de Chile.

El telégrafo comunicó inmediatamente a Tacna (en el Perú) la noticia del desembarco de los chilenos en Antofagasta, i de allí partió un emisario para trasmitirla al gobierno de Bolivia. Las comunicaciones iban dirigidas al presidente Daza, porque bajo el réjimen administrativo que éste habia planteado, era él i no los ministros, quien recibia los mas importantes despachos oficiales. El presidente recibió esa comunicacion el 20 de febrero, pero no dió conocimiento a nadie de tan graves ocurrencias.

En efecto, el jeneral Daza estaba ocupado en esos momen-

tos por otros negocios que llamaban mas su atencion. Desde muchos dias atras, i a pesar de que una hambre espantosa diezma la poblacion de algunas provincias del interior, a consecuencia de una pésima cosecha, el gobierno de Bolivia vivia en medio de fiestas en que de grado o por fuerza, tenian que tomar parte todas las autoridades i todos los habitantes. Festejóse primero durante algunos dias el aniversario del natalicio del jefe supremo de la nacion, «el natalicio del gobierno», decian algunos documentos oficiales; i luego el arribo de un nuevo ministro plenipotenciario del Perú, que habia llegado a la ciudad de la Paz a fortificar al gobierno boliviano en la actitud que desde fines del año anterior habia asumido contra Chile. El 20 de febrero, cuando Daza recibió las comunicaciones que le anunciaban la ocupacion de Antofagasta estaba preparándose para celebrar el carnaval. Los periódicos decian que el jefe supremo acababa de recibir de Europa unos lujosos vestidos para aquella fiesta. En consecuencia, el carnaval de 1879 fué mas festejado que el de cualquier otro año; i el presidente de Bolivia pasó distraido de todos los cuidados de la administracion hasta el 26 de febrero, miércoles de ceniza i término de las orjías del carnaval.

Este dia convocó a sus ministros para darles conocimiento de la ocupacion del litoral por las fuerzas chilenas. Para recuperar el tiempo perdido, el presidente i sus ministros se pusieron al trabajo con toda actividad. Sus primeros actos, sin embargo, no debian ser mui eficaces para el objeto que se buscaba. El jeneral Daza publicó dos proclamas, una al pueblo i otra al ejército, en que les anunciaba la guerra a Chile, declarando que los hijos de este pais eran jentes depravadas por la miseria i el vicio, bandidos cobardes, asesinos de puñal, ladrones que se habian enriquecido con los tesoros robados a Bolivia. «El ejército boliviano, agregaba mas adelante, hará conocer al mundo que la honra de Bolivia i la integridad de su territorio están bajo la salvaguardia de sus bayonetas, i que en esta ocasion, como en otras, sabrá castigar a sus cobardes agresores. Camaradas! añadia dirijiéndose a sus soldados. Todo lo espero de vuestro patriotismo, de vuestra serenidad

i disciplina. Si el gobierno que ha creído humillarnos ocupando nuestras desiertas playas, no retracta honorablemente sus actos vandálicos, quedará inaugurada para nosotros una gloriosa epopeya, porque todos cumpliremos a competencia el santo deber de combatir sin tregua ni desaliento a los enemigos de la autonomía nacional, a los usurpadores de nuestro territorio». En seguida decretó la espulsion de todos los chilenos del territorio de la república, i el embargo, i en caso necesario, la confiscacion de sus propiedades. En virtud de estas disposiciones consignadas en el decreto de declaracion de guerra de 1.º de marzo, se trabó el embargo de las propiedades chilenas, en el rico mineral de plata de Huanchaca i en las minas de cobre de Corocoro, causando a sus propietarios i a los trabajadores daños de la mayor consideracion.

El llamamiento a las armas fué, a lo ménos en apariencias, sumamente fácil. Dieciseis jenerales, cerca de cien coroneles, i como setecientos oficiales inferiores que se hallaban en la Paz, firmaron una acta por la cual se ofrecian a sellar con su sangre el castigo de los desleales i bárbaros chilenos. «Los jefes i oficiales del ejército permanente, decia ese documento, comprendemos toda la magnitud de los deberes que esta situacion nos impone. Antes de sellar con sangre el juramento prestado a nuestras banderas, ántes de cubrir con inscripciones i laureles estas sagradas insignias, protestamos contra el incalificable acto de deslealtad i de barbarie ejecutado por el gobierno chileno en Antofagasta, Mejillones i Caracoles. Poseidos de noble orgullo, los que tenemos al cinto una espada, que la patria nos ha confiado para defenderla i conservar incólume su honra, juramos mil veces mas que no envainaremos estas espadas ántes de vengar el ultraje que Chile ha inferido a Bolivia. Que la posteridad nos juzgue! ¡Viva Bolivia! ¡Abajo el salvaje gobierno de Chile!»¹.

1. Un escritor que se firma «El conde de Valras», i que es un oficial frances, el conde de LORT-SERIGNAN, ha publicado en la *Revue de France* unos artículos sobre la guerra del Pacífico, que, sea dicho de paso, contienen muchos errores históricos, jeográficos i de toda especie. Allí ha traducido esta curiosa acta de los jefes del ejército boliviano como muestra de «las costum-

Tan seguros estaban esos jefes i oficiales de las victorias que iban a alcanzar en esta guerra, que ellos i el presidente Daza anunciaban por todas partes que en el plazo de sesenta dias habrian espulsado de su territorio a los invasores. Inmediatamente se dieron las órdenes para reunir el ejército efectivo i para movilizar la guardia nacional. De los cuadros publicados con este motivo, se supo entónces que Bolivia contaba con un ejército permanente de 2,232 soldados, mandados por poco mas de mil oficiales, esto es un oficial aproximativamente para cada dos soldados. De esos oficiales, 22 eran jenerales, 135 coroneles i solo 72 subtenientes. Uno de esos batallones que llevaba el nombre del jefe supremo del estado, i que por lo mismo era el cuerpo de preferencia, era compuesto de 540 hombres, de los cuales solo 173 eran soldados. El séquito del presidente era compuesto de 20 edecanes, todos coroneles o jenerales. Esta organizacion militar era el fruto necesario de las constantes guerras civiles que han destrozado a Bolivia.

La movilizacion de este ejército ofreció desde luego las mas serias dificultades por dos causas diferentes, la escasez de recursos del erario público, i los obstáculos del terreno que era preciso atravesar para llegar a los lugares que ocupaban los chilenos, obstáculos perfectamente invencibles por las grandes distancias i por las asperezas de las montañas i de los despoblados. Mucho mas fácil habria sido al presidente Daza el despachar a uno de sus ministros a Lima a reclamar del gobierno peruano el cumplimiento de su palabra empeñada en el tratado secreto de alianza contra Chile.

Miéntas tanto, los soldados bolivianos que ántes guarnecian las poblaciones del litoral, permanecian reconcentrados en el pueblo de Calama; i aunque no recibian los refuerzos que esperaban del interior, eran bastante numerosos para intentar

bres militares de este pais», i para que se vea que «la raza de los matamoros» no está estinguida. Pudo haber agregado que esa pieza, así como las enfáticas proclamas de Daza, i los otros escritos que en esos dias circularon en La Paz llamando a los chilenos «salvajes araucanos, miserables piratas del Pacífico, cobardes, asesinos, etc., etc.», no eran mas que el preludio de la guerra de insultos ridículos e impotentes que los documentos públicos de Bolivia i del Perú habian de dirigir a Chile.

una sorpresa sobre cualquiera de los puntos que ocupaban los chilenos, i particularmente sobre el mineral de Caracoles que era el mas inmediato. Un abogado boliviano, el doctor don Ladislao Cabrera, hombre de empresa i de resolucion, era el inspirador de aquella resistencia. En el principio, el gobierno de Chile no habia pensado en pisar una pulgada de terreno mas allá del paralelo 23, que era lo que reclamaba como suyo desde que Bolivia rompía el pacto por el cual se le habia hecho la cesion condicional de ese territorio. Pero desde que el jeneral Daza habia declarado la guerra a Chile, i anunciaba que iba a mover sus ejércitos, fué necesario proceder mas resueltamente.

A la cabeza de unos quinientos hombres de las tres armas salió de Caracoles el coronel Sotomayor con rumbo hácia el norte. Esa pequeña columna pudo apreciar en esa ocasion la dificultad de las operaciones militares en aquella porcion del desierto, donde la industria no habia fundado aun ningun establecimiento. Las tropas no hallaban abrigo contra el ardor de un sol abrasador durante el dia, ni contra el frio intenso de las noches en aquellos áridos arenales en que el termómetro recorre una escala de 25 i 30 grados centígrados en el espacio de las veinticuatro horas. Era preciso llevar los víveres, el agua i los forrajes para los hombres i los animales, i abrirse paso por las ásperas serranías que interrumpen por intervalos la monotonía del desierto. Por fin, al amanecer del 23 de marzo, el coronel Sotomayor estuvo enfrente de Calama.

Es ésta una pequeña poblacion situada en un oasis del desierto, a orillas del rio Loa, i como descanso i reparo de los viajeros i de las recuas de mulas que trafican entre Potosí i la costa. El doctor Cabrera, que de antemano se habia negado a entrar en capitulaciones, habia colocado sus tropas entre las barrancas del rio, i detras de tapias i de espesos matorrales que hacian invisibles sus soldados. El combate se empeñó en esas condiciones; i a pesar de la superioridad de sus fuerzas i de sus armas, los chilenos habrian podido sufrir un descalabro sin su inquebrantable resolucion de ocupar el pueblo. El paso del rio presentó serias dificultades que al fin fueron vencidas.

Después de haber perdido en una emboscada doce hombres entre muertos i heridos, prendieron fuego a los montones de pasco seco i a los matorrales que ocultaban al enemigo, cargaron sobre él con un ímpetu irresistible, le mataron veinte hombres, le tomaron treinta prisioneros, i entre ellos un coronel i dos oficiales, i lo pusieron en completa fuga ². El doctor Cabrera se retiró con sus dispersos hasta Potosí.

En esos mismos días, cuatro buques de la escuadra chilena, con alguna tropa de desembarco, ocupaban sin resistencia de ningún género los puertos bolivianos de Cobija i Tocopilla. Los chilenos quedaron así dueños de todo el desierto de Atacama hasta la frontera del Perú.

La guerra con Bolivia estaba terminada de hecho. Chile no pretendía expedicionar en el interior de ese país por el placer de hacer una campaña dificultosísima i sin resultado alguno práctico. Bolivia, por su parte, i a causa de la configuración singular de su territorio, de las dificultades invencibles que le oponían las montañas i los desiertos, no podía llevar sus tropas hasta el litoral. Esta situación habría durado quién sabe cuánto tiempo si la acción del Perú que vino a intervenir poniéndose de parte de uno de los beligerantes.

2. En dos partes de esta jornada que dió a su gobierno el doctor Cabrera, uno en Canchas Blancas, el 27 de marzo, i otro en Potosí el 13 de abril, decía que los chilenos, que lo atacaron en «interminables columnas» perdieron 128 hombres, de ellos 118 muertos i 10 heridos, siendo que en realidad la columna chilena no tuvo mas que siete muertos i cinco heridos. En esos mismos partes, da tales proporciones al pequeño combate en que había sido derrotado, que dice de él que «no tiene igual en la historia moderna».

El doctor Cabrera tenía gusto por este género de pomposas alusiones históricas al hablar de las modestísimas operaciones militares que le tocó dirigir. En una comunicacion a uno de los ministros del presidente Daza, datada desde Calama con fecha de 22 de febrero de 1879, le decía que este pueblo, como centro de resistencia, era «superior al cuadrilátero del Austria».

Las exajeraciones de los partes bolivianos referentes a este combate se apreciarán mejor por este otro hecho. La division chilena tenía en Calama dos cañones de campaña que solo dispararon algunos tiros. El coronel don Severino Zapata, el último prefecto boliviano de Antofagasta, el mismo que había ejecutado el embargo de las propiedades de la compañía salitrera, se halló en ese combate como segundo jefe del doctor Cabrera. En el parte que dió de la jornada, dice que los chilenos tenían once cañones i dos ametralladoras.



CAPITULO II

Declaracion de guerra al Perú, marzo i abril de 1879.

Actitud de la prensa i del gobierno del Perú al saber la ocupacion de Antofagasta por los chilenos.—El presidente Prado.—Envío a Chile de una legacion encargada de ofrecer la mediacion del Perú.—Doblez de esta política.—El plenipotenciario peruano niega la existencia del tratado secreto de alianza entre el Perú i Bolivia.—Se descubre la existencia de ese tratado.—Declaracion de guerra entre el Perú i Chile.—El gobierno del Perú espulsa a los chilenos de su territorio.

El Perú atravesaba en esos momentos por una situacion poco favorable para embarcarse en aventuras de esa clase. Aparte de las dificultades financieras cada dia mas apremiantes, la paz interior, amenazaba poco ántes por el asesinato del ex-presidente Pardo en las puertas del senado, era tan poco sólida que el gobierno creia no poder vivir sino bajo el réjimen de las facultades extraordinarias i de la suspension de la constitucion. Sin embargo, desde que se vieron las dificultades que ponia Bolivia al cumplimiento del tratado con Chile, i la proximidad de un rompimiento entre los dos paises, una parte de la prensa peruana, la mas adicta al gobierno, asumió un tono belicoso i provocador. El Perú, se decia, no puede ser indife-

rente ante este conflicto; i sin tomar para nada en cuenta las causas que lo producian, se agregaba que era llegado el momento de poner a raya la infundada arrogancia de Chile. Los diarios que aconsejaron la neutralidad como lo que mas importaba al Perú, fueron ahogados, por decirlo así, por la destemplada gritería de los que pedian otra actitud.

Esta excitacion fué mas violenta todavía cuando llegó a Lima la noticia de la ocupacion de Antofagasta por los chilenos. Ese suceso produjo mas impresion en el seno del gobierno del Perú que la que habia causado en los gobernantes de Bolivia. Los politiqueros de Lima se ajitaron como si se tratase de una cosa propia. En los portales, en los cafés, en todas partes se hablaba de la necesidad de imponer a Chile, i en todas partes se repetia que para conseguir este resultado, el Perú no tenia mas que levantar la voz, hacer un despliegue de su gran poder naval i militar, e imponer las condiciones que quisiera. Chile debia anonadarse al saber que el Perú estaba resuelto a ponerse de parte de Bolivia. «Si Chile hubiera sabido, decia arrogantemente la prensa de Lima, que el Perú no toleraria que quede impune el ultraje inferido a Bolivia, Chile no se habria lanzado a una expedicion en que podia atraerse la enemistad del Perú».

Esta era tambien la conciencia del gobierno del Perú. Pero queriendo ganar tiempo para hacer sus aprestos, disimuló sus sentimientos; i ántes de pronunciarse abiertamente, quiso emplear otros medios. Gobernaba entónces el Perú el jeneral don Mariano Ignacio Prado que pasaba en esa república por afecto a Chile, a causa de haber vivido en este pais durante ocho años desde 1867, en que una revolucion militar lo habia derrocado del gobierno del Perú, hasta 1875, en que volvió a ser elegido presidente. Prado, en efecto, no era precisamente hostil a Chile; pero no estaba dotado de la entereza de carácter necesaria para evitar la complicacion a que atolondradamente lo precipitaban sus consejeros. Agréguese a esto que su falta de penetracion, su indolencia i su falta de estudios de cualquiera clase, no le habian permitido conocer i apreciar la situacion de Chile, a tal punto que sobre los recursos, el poder i los hom-

bres de esta república, las opiniones del presidente Prado eran las mismas de los mas petulantes de sus compatriotas. Como éstos, pensaba que Chile no podia hacer otra cosa que doblegarse prontamente a cualquiera exigencia del Perú. En aquellos dias de efervescencia, creyó desarmar la tempestad dirijiéndose a algunas personas que juzgaba influyentes en Chile para manifestarles su deseo de evitar un rompimiento. «Si Chile desocupa a Antofagasta, decia, yo aseguro que no habrá guerra». Tanto equivalia decir que si Chile aceptaba en silencio el ultraje que le habia inferido Bolivia, i la confiscacion de las propiedades de sus nacionales, la guerra no tendria lugar.

Este mismo era el pensamiento de su gobierno. El 22 de febrero zarpó del Callao don José Antonio Lavalle con el carácter de ministro plenipotenciario del Perú cerca del gobierno de Chile. Traia en su cartera el tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva que desde 1873 ligaba al Perú con Bolivia; pero no debia hacer uso de esta arma sino en el último momento, como una amenaza decisiva en caso que no pudiera conseguir por otros medios el resultado que se buscaba. En su carácter público, el plenipotenciario del Perú debia presentarse, no como parte interesada, i mucho ménos como aliado secreto de Bolivia, sino como mediador amistoso que venia a ofrecer sus buenos oficios a los belijerantes. No es necesario comentar esta conducta que en todo pais civilizado no puede dejar de ser considerada una perfidia; pero en el Perú, pais desmoralizado por las revoluciones i por todos los males que ellas traen consigo, fué calificada de habilidad. Meses mas tarde la prensa del Perú tejia una corona en honor de los que inventaron este arbitrio. «Si la mision tenia buen éxito, decia un diario de Lima, se habria evitado la guerra; i si la mision no era aceptada, se habria ganado un tiempo precioso para la defensa».

Las negociaciones entre el diplomático peruano i el gobierno de Chile se entablaron, pues, sin que a éste se le diese conocimiento del tratado secreto. El representante del Perú ofrecia la mediacion de su gobierno, que Chile no tuvo ocasion de rechazar; pero aquél exijia como primer paso que esta re-

pública retirase sus tropas de Antofagasta para apaciguar así a Bolivia a fin de que aceptase gustosa los buenos oficios del mediador. Chile debía, en consecuencia, deshacer lo hecho, retirar sus declaraciones, dejar subsistentes los actos depredatorios de Bolivia, ántes de saber siquiera bajo qué bases aceptaría esta república la mediación.

No era nada esto; miéntras el plenipotenciario Lav. lle iniciaba sus negociaciones en Chile, el gobierno del Perú daba aliento a la animosidad que desplegaba la prensa de su país, reconcentraba su ejército, mandaba crear nuevos cuerpos de tropas, reparaba sus naves, hacia partir para el sur del Perú algunas divisiones bien amunicionadas a fin de se acercasen al territorio que debía ser teatro de la guerra, i por último alentaba con promesas de toda especie la actitud del gobierno de Bolivia. En Lima i en otros pueblos del Perú se hacian manifestaciones belicosas contra Chile, paseando unidos los estandartes de las dos repúblicas secretamente aliadas. En diversas partes, i sobre todo en Bolivia, se hablaba ya con cierta franqueza del tratado secreto contra Chile i la prensa chilena acojió esos rumores señalando el peligro de la situacion.

El gobierno de Chile no salió, sin embargo, un solo instante de la mas perfecta moderacion, ni comprometió en nada su carácter tradicional de gobierno serio que sabe lo que quiere i a donde va. El presidente de la república, don Aníbal Pinto, hombre ilustrado i circunspecto, el único de los supremos mandatarios de las tres repúblicas que iban a entrar en lucha que no fuese militar, imprimió a la accion de su gobierno, el sello de templada firmeza que convenia asumir en aquella solemne situacion. Encargó al ministro de Chile en Lima que exijiese del gobierno del Perú «que definiese su actitud, pues no era compatible la mision de mediador que representaba en Santiago con la precipitacion que ponía en el alistamiento de su escuadra, aumento de su ejército, movimiento de las tropas hácia el sur, encargos de buques, armamentos i pertrechos de guerra». I en seguida, abordando de frente al plenipotenciario del Perú en Santiago, le hizo pedir que contestase categóricamente si existía o no un tratado secreto de alianza.

entre esa república i Bolivia. Se queria salir resueltamente de aquella situacion ambigua.

El gobierno de Chile, sin embargo, se engañaba cuando creia que el Perú asumiría desde luego la actitud que correspondía a la seriedad de un gobierno formal. En Lima se contestó evasivamente al representante de Chile, sin espresar por entónçes una declaracion cualquiera. El ministro del Perú en Santiago fué mas léjos todavía; i a la pregunta terminante que se le hacia, respondió «que no tenia conocimiento del tratado secreto, que creia que no existia, pero que como en Chile habia oido hablar de este pacto, habia pedido informes a su gobierno».

Pero ya no era posible mantener por mas tiempo aquel engaño. Apremiado sin descanso por el representante de Chile, el gobierno de Lima confesó que no podia hacer la declaracion de neutralidad que se le reclamaba, porque estando ligado a Bolivia por un tratado de alianza, no le era posible tomar una determinacion sobre este punto sin consultar préviamente al congreso peruano que con este objeto debia reunirse a fines de abril. El mismo representante del Perú en Santiago, que habia negado la existencia de este pacto, recibió la órden de ponerlo personalmente en conocimiento del gobierno de Chile.

Los gobernantes del Perú querian, sin embargo, aplazar toda solucion definitiva por un mes mas, para que el congreso, decian, decidiese si era llegado el caso de hacer efectiva la alianza. Pretendian así ganar tiempo para completar sus armamentos. Chile, por su parte, no se dejó enredar en esta red, declaró rotas las negociaciones, i el 5 de abril hizo, de acuerdo con las cámaras nacionales, la solemne declaracion de guerra. El dia anterior, el gobierno del Perú, impuesto por el telégrafo de la actitud de Chile, habia declarado en campaña el ejército i la escuadra «por cuanto el Perú, decia el decreto, se halla en estado de guerra con la república de Chile». Dos dias despues, el 6 de abril, el mismo gobierno hacia en Lima la publicacion solemne del tratado secreto, demostrando con el hecho que no necesitaba de la reunion del congreso para hacer efectiva la alianza i para declarar la guerra.

Esta declaracion fué acompañada de actos i de amenazas que el éxito de la campaña no ha permitido ejecutar. En esos dias el pueblo de Lima se reunia en meetings bulliciosos en que se hablaba de Chile con el mas soberano desprecio, se agolpaba a las puertas del palacio i pedia que el presidente de la república hiciese oír su voz. «Chile quiere la guerra, decia el presidente en una reunion popular que se efectuó en la estacion de un ferrocarril; pues bien! la tendrá treménda, terrible».

A pesar de estas enfáticas amenazas, el populacho de Lima persistia en dudar de que el presidente Prado estuviera dispuesto a hacer a Chile una guerra enérgica i eficaz. Así, pues, cuando pocos dias mas tarde llegó a Lima la noticia de las primeras hostilidades ejecutadas por la escuadra chilena, de que hablaremos mas adelante, la agitacion popular tomó en Lima un carácter alarmante. El presidente volvió a dirigirse al pueblo por otra proclama en que repetia sus amenazas con mayor ardor. «Confiad, compatriotas, decia el 8 de abril, en que la hora de las represalias por nuestra parte, i de la espacion de los chilenos, no se hará esperar mucho tiempo, i que me vereis siempre en el puesto de mayor peligro».

El populacho no estaba dispuesto a tranquilizarse con estas promesas. En las tumultuosas asonadas que tenian lugar cada noche en las puertas mismas del palacio, pedian con gritos amenazadores la espulsion de todos los chilenos del territorio peruano. El gobierno no pudo resistir por largo tiempo a esta exigencia; i por decretos de 15 i 17 de abril decretó esa espulsion que debia llevarse a efecto en el perentorio término de ocho dias¹. Aun este plazo fué reducido a solo dos dias en algunos puntos i en diversos lugares del litoral a solo dos o tres

1. Seria menester llenar muchas pájinas para referir todas las peripecias consiguientes a la espulsion de los chilenos del Perú en abril de 1879.

Por decreto del 15 de abril, el gobierno peruano sancionó la espulsion de todos los chilenos en el término de ocho dias. Solo eran esceptuados los que de antemano tuviesen carta de ciudadanía peruana, i los que habiendo residido mas de diez años en ese pais, fueren casados con peruana i propietarios de bienes raices. Por otro decreto de 17 de abril, la espulsion se hizo estensiva en todos los chilenos sin escepcion alguna. En cumplimiento de la parte penal de esos decretos, en Lima i el Callao fueron reducidos a prision los chi-

horas, con la particularidad de que no habiendo en algunos de ellos buques en que embarcarse, esos infelices tuvieron que emprender el viaje a pié por los estériles i abrazadores arenales de la costa. Se comprenderá mejor la dureza de estas medidas cuando se sepa que los chilenos que esplotaban alguna industria o trabajaban como obreros en el Perú, formaban una poblacion de cerca de cuarenta mil almas, comprendidos los ancianos, los niños i las mujeres.

En la forzada emigracion que los chilenos tuvieron que emprender, habrian sucumbido muchos, o no habrian podido continuar la marcha, sin el oportuno auxilio de los oficiales de la marina real de la Gran Bretaña i de un buque de guerra norte-americano que favorecieron su embarque. El gobierno de Chile que veia en la guerra algo mucho mas serio que estas insensatas hostilidades, no pensó nunca en espatriar a los peruanos i bolivianos que habitaban su territorio, i utilizó, por otra parte, la imprudencia cometida por el gobierno del Perú. Los trabajadores chilenos establecidos en la provincia peruana de Tarapacá, i en todo el sur de esta república, eran en su

lenos que por falta de recursos o por enfermedad, no pudieron embarcarse pero se respetó el plazo acordado para salir del territorio.

Pero, en los departamentos del sur del Perú, i especialmente en las poblaciones del litoral, donde se estaba reuniendo el ejército peruano, las autoridades locales acortaron a su antojo este plazo. Así, el prefecto de Arequipa, que resolvió por sí solo la espulsion de los chilenos dos dias ántes del primer decreto del gobierno supremo, les concedió solo 48 horas para salir al extranjero. En la provincia de Tarapacá se les concedieron dos o tres horas. En Iquique no habrian podido embarcarse sin la proteccion de los marinos ingleses i norte-americanos; i en Huanillos tuvieron que emprender su viaje a pié, por los arenales del desierto, hasta llegar a las orillas del Loa, donde fueron socorridos por las tropas chilenas que ocupaban estos lugares.

Como los diarios del Perú decian en esos dias que los chilenos espulsados del territorio eran bandidos, asesinos, manchados con todos los crímenes imaginables, conviene oír sobre este punto el juicio de los neutrales. El capitán Robinson, comandante de la fragata *Turquoise* de S. M. B., que se hallaba entónces en Iquique, daba cuenta de estos sucesos al almirantazgo ingles en los términos siguientes: «Nos hemos ocupado aquí en embarcar a los refugiados chilenos. Son jentes de la mejor condicion, que han ocupado posiciones de confianza al lado de muchos extranjeros. Sus patronos sienten mucho su partida, i pagan su pasaje a bordo de los vapores de la compañía de navegacion del Pacífico.»

mayor parte trabajadores de una constitucion de fierro i que conocian palmo a palmo ese territorio. Llegados a Antofagasta, se enrolaron en el ejército chileno que allí se organizaba, i fueron los mejores i mas útiles soldados de las campañas subsiguientes.





CAPITULO III

Los ejércitos de los belijerantes ántes de la guerra

Situacion militar del Perú ántes de la guerra.—El ejército i la marina de Chile.—Inferioridad numérica de las fuerzas de este pais.—En qué consistía su verdadera superioridad.

Antes de entrar a referir la historia de las operaciones militares, debemos consignar algunas notas sobre las fuerzas de los dos estados, el Perú i Chile, en el momento de la declaracion de guerra, como ya lo hicimos respecto de Bolivia. Trataremos de presentar estas noticias con toda brevedad.

A principios de 1879 el ejército del Perú se componia de ocho mil hombres, esto es, de 4,200 soldados mandados por 3,870 oficiales de todas categorías, de los cuales 26 eran jenerales ¹. Esta curiosa organizacion militar costaba al erario cerca de cuatro millones de pesos por año, a causa de los fuertes sueldos que era preciso pagar a un número tan crecido de oficiales. Despues de los triunfos de los alemanes en la guerra

1. En algunas reseñas estadísticas publicadas en Europa, se hace subir a 13,200 el personal del ejército permanente del Perú poco ántes de la guerra. pero en esta suma se incluian 5,400 jendarmes o policiales armados.

de 1870-1871, el gobierno peruano habia adoptado para sus tropas el traje prusiano en lugar del frances que ántes usaban, lo que habia ocasionado gastos considerables; pero cuidó tan poco su verdadera organizacion que casi cada cuerpo tenia armas de diverso sistema.

La marina de guerra del Perú era relativamente formidable, i segun los documentos oficiales de ese gobierno, se creia ademas «la mejor organizada i la mejor disciplinada de las de todos los estados del Pacífico»². Constaba ésta de cuatro buques acorazados, la fragata *Independencia* de 18 cañones, i los monitores *Huáscar*, *Atahualpa* i *Manco Capac*, de dos grandes cañones cada uno, las corbetas de madera *Union* i *Pilcomayo* de 13 cañones la primera i de 6 la segunda, i doce buques menores, uno de los cuales era tambien encorazado. El sostenimiento de esta escuadra costaba al Perú cerca de cinco millones de pesos por año, es decir, casi tres veces mas de lo que gastaba Chile en la suya.

Tanto en el ejército como en la marina del Perú dominaba el sentimiento de su inmensa superioridad de instruccion sobre las fuerzas militares de sus vecinos, i en especial sobre las de Chile. Las constantes revoluciones del Perú habian militarizado de tal manera a este pais que habria sido difícil hallar un jefe del ejército o de la escuadra que no hubiese capitaneado o secundado un pronunciamiento revolucionario, con la particularidad de que los jenerales que en una revolucion figuraban como amigos i aliados, aparecian peleando uno o dos años despues en filas opuestas, o vice-versa. Allí, como en Bolivia, se repetian estas palabras: «Nuestras revoluciones nos han hecho mucho mas militares que los chilenos que han vivido siempre en paz». La realidad era mui diferente, sin embargo, porque las revoluciones que habian creado tantos jenerales i coroneles, no habian hecho mas que desmoralizarlo todo.

Las fuerzas de Chile al comenzar la guerra eran mui inferiores. El ejército de tierra constaba de 2,440 hombres, de los

2. *Le Perou en 1878. Notice historique et statistique.* (Publicacion oficial hecha con motivo de la esposicion universal de Paris), páj. 38.

cuales 410 eran artilleros, 530 jinetes, i el resto infantes divididos en cinco pequeños batallones de 300 plazas cada uno. La marina chilena constaba de dos fragatas encorazadas (el *Blanco Encalada* i el *Almirante Cochrane* de 12 cañones cada una) de dos corbetas de madera (la *O'Higgins* i la *Chacabuco*) de una cañonera de madera (la *Magallanes*) i de cuatro buques menores o poco aptos para la guerra por su vejez.

En los años anteriores, el ejército permanente de Chile, sin ser verdaderamente considerable, era mas numeroso, puesto que se elevaba a 3,500 hombres. El congreso habia tomado a empeño el disminuir gradualmente esa fuerza al discutir cada año los presupuestos de gastos jenerales de la administracion, hasta dejarla reducida al número estrictamente indispensable para el servicio de guarnicion. Tan distante estaba Chile de pensar en la proximidad de una guerra, tan léjos se hallaba de preparar un conflicto internacional, como han pretendido hacerlo creer sus enemigos, que en diciembre de 1878, cuando la discusion diplomática de las cuestiones con Bolivia tomaba un carácter alarmante, las cámaras lejislativas al discutir el presupuesto para el año siguiente, querian reducir mas aun el número de las tropas; i en efecto hicieron supresiones importantes en el ministerio de guerra i marina. No es de extrañarse, pues, que el día en que la guerra vino, Chile se hallase con un ejército insignificante i con un armamento insuficiente para la campaña a que era provocado contra los deseos i las tendencias de pais.

Esas tropas tenian, como es fácil suponerlo, mucho ménos presuncion que sus orgullosos enemigos. En Chile, donde las revoluciones solo son conocidas por los lejanos recuerdos de la historia, el ejército no prestaba otro servicio que el de guarnicion; i la escuadra solo se ocupaba en los penosos i pacíficos trabajos de reconocimientos jeográficos en la costa i en particular en los intrincados archipiélagos del sur. Ni el ejército ni la escuadra habian tenido pronunciamientos que apoyar o que combatir; pero en cambio habian tenido paz i tranquilidad para disciplinarse i para instruirse en las escuelas que estaba obligado a mantener cada batallon i cada buque. La

moralidad, la disciplina i la mayor instruccion de los jefes i de los soldados, compensaban la inferioridad de su número respecto de los ejércitos contra los cuales iban a combatir.

Se hace mas evidente la inferioridad numérica de las fuerzas de Chile, recordando que el Perú estaba aliado a Bolivia, i que esta república, aunque desprovista de marina, podia poner sobre las armas un cuerpo respetable de tropas, i pasarlo sin graves inconvenientes, como lo hizo en efecto, a las provincias peruanas de Tacna i de Tarapacá, que iban a ser el teatro de la guerra. Agréguese a esto que la poblacion de las dos repúblicas aliadas (Bolivia cerca de dos millones i el Perú cerca de tres millones i medio) es superior en mas del doble a la de Chile, i se comprenderá que ademas de que aquellas estaban mas habituadas al ejercicio de las armas por las constantes revoluciones, podian poner en pié de guerra un ejército mucho mas fuerte que el de su enemigo. Así, cuando al iniciarse la guerra los diarios de América i Europa publicaban los cuadros estadísticos de las fuerzas de mar i tierra de los estados beligerantes, i la suma de sus poblaciones respectivas, las previsiones jenerales fueron las mismas que las que se hicieron en el Perú i en Bolivia, esto es que ántes de dos meses Chile derrotado i arruinado, tendria que aceptar la paz que se le impusiera. En Lima i en La Paz se hablaba de la guerra como de una campaña de aparato, i se pronosticaba no solo la anonadacion segura de su arrogante i débil adversario, sino la reparticion de una parte de su territorio.

Sin embargo, Chile llevaba a sus dos enemigos una gran ventaja. Tenia administracion sólida i seria. La corrupcion, enjendrada por las revoluciones i por el derroche de los caudales del estado, no habia llegado hasta él. La organizacion política i social no estaba agangrenada por esas dolencias que enervan el patriotismo verdadero, o que lo hacen consistir en la gritería de la plaza pública. El triunfo podia ser tardío, porque Chile no estaba preparado para la empresa a que se le provocaba; pero no podia dejar de ser suyo.





CAPITULO IV

Iquique, mayo de 1879

La escuadra chilena establece el bloqueo de Iquique.—Sale al mar la primera division de la escuadra peruana.—Es rechazada por la cañonera chilena *Magallanes*.—Hostilidades ejercidas en la costa del Perú por las naves chilenas.—El almirante de Chile se dirige al Callao a provocar a combate a la escuadra del Perú.—El mismo dia ésta habia salido para los puertos del sur conduciendo al presidente de la república.—Memorable combate de Iquique el 21 de mayo.—Pérdida de la fragata encorazada *Independencia* de los peruanos.—Aplausos que arrancó la conducta de los chilenos.—El monitor peruano *Huáscar* trata en vano de bombardear a Antofagasta, i se vuelve al Callao evitando el combate con una fragata chilena.

Chile comenzó la guerra estableciendo el bloqueo de Iquique, puerto principal de la provincia peruana de Tarapacá, i plaza comercial importante por la esportacion de nitrato de soda. Esa plaza tenia una guarnicion de mas de 3,000 soldados peruanos trasportados allí ántes de la declaracion de guerra, i engrosados con continjentes que llegaban de Lima i de todo el norte del Perú i que desembarcaban en los puertos vecinos.

Habria podido Chile sin duda ejecutar entónces operaciones mas atrevidas con plena confianza en el éxito. Desembarcan-

do resueltamente su ejército en ese lugar, i enviando su escuadra a destruir la del Perú, que estaba concluyendo sus reparaciones en el Callao, habria conseguido en el primer mes los resultados que alcanzó mas tarde con injentes sacrificios. Parece que este fué el primer plan del gobierno chileno; pero se dió crédito a las bravatas del Perú, se pensó que el decantado poder de esta república era realmente formidable, no se quiso aventurar un ataque peligroso, prefiriendo marchar con prudencia para llegar a un resultado plenamente seguro.

Durante el primer mes de la guerra las operaciones militares fueron de mui escasa importancia. El Perú continuaba empeñosamente los trabajos que habia iniciado desde principios de año. El 7 de abril, apenas rotas las hostilidades, hizo salir del Callao una division naval compuesta de las corbetas *Union* i *Pilcomayo* que a mas de estar artilladas la primera por 13 cañones i la segunda por 6, tenian en la rapidez de sus movimientos las condiciones necesarias para una sorpresa. Esta division salió bajo las órdenes del comandante don Aurelio García i García que gozaba de la reputacion de primer marino del Perú. Debía operar entre la escuadra chilena que bloqueaba a Iquique i el puerto de Antofagasta que servia de cuartel jeneral al ejército de esta república. Segun sus instrucciones, esa division no debia empeñar combate con los encorazados chilenos, mucho mas poderosos que sus naves, pero sí atacar los trasportes o buques menores que viajaban entre Iquique i Antofagasta.

El 12 de abril la division peruana avistó un poco al norte de la embocadura del rio Loa, a la cañonera chilena *Magallanes*, mandada por el capitan don Juan José Latorre. Despues de diversos movimientos i evoluciones, i de un cañoneo a la distancia de cerca de dos horas en que el buque chileno no sufrió daño alguno, las corbetas peruanas se retiraban al Callao, dejando el paso libre a su adversario. El éxito de este primer combate, denominado de Chipana por haberse empeñado enfrente de una punta de este nombre, solo ha podido ser explicado por el hecho de haber sufrido una serie avería la máquina de una de las naves peruanas.

El jefe de la escuadra chilena, el almirante Williams Rebolledo, permanecia, entre tanto, enfrente de Iquique a la cabeza de los buques de guerra i de algunos trasportes recién adquiridos por el gobierno i armados del mejor modo posible. Algunas naves salieron de allí a recorrer la costa vecina destruyendo los muelles i aparatos de embarque que el gobierno del Perú tenia en esos lugares para el carguío del guano. En algunos puntos, como en Pisagua i Mollendo, las lanchas chilenas fueron recibidas a balazos por las guarniciones de la costa, i los buques tuvieron entónces que romper el fuego sobre esas tropas i los parapetos i edificios tras los cuales se defendian ¹.

Después de estas primeras operaciones, el 16 de mayo, el almirante chileno reunió su escuadra i marchó al Callao a

1. La prensa peruana al dar cuenta de estos hechos se empeñó en exajerar los estragos causados por los chilenos, acusando a éstos de inhumanidad por haber hecho fuego sobre poblaciones pacíficas e indefensas. El hecho ocurrió de una manera diversa: los chilenos se limitaron a destruir las obras de embarque de propiedad del gobierno i solo hicieron fuego donde las tropas de tierra los provocaron a combate. Un periódico francés, el *Journal du Commerce maritime et des Colonies*, en su número de 15 de junio de 1879, refirió estos hechos con bastante exactitud agregando que desde tierra se hizo fuego sobre los botes ocupados por parlamentarios. «La conducta del almirante Rebolledo, dice ese periódico, ha sido, pues, la que habria observado en su lugar cualquier otro oficial, i aun deberian agradecersele el haber perdonado a Mollendo, que habria podido destruir completamente». El capitán Robinson, comandante de la *Turquoise*, de S. M. B., fondeada entónces en Iquique, informaba de estos sucesos al almirantazgo inglés con fecha 6 de mayo en los términos siguientes: «Estamos aquí desde hace un mes. Soy de opinion que durante este tiempo el almirante de Chile ha dado pruebas de tolerancia i de buena voluntad, a tal punto que los neutrales que habitan Iquique, deben estarle reconocidos. Durante este tiempo, la ciudad ha estado llena de soldados, de suerte que no le han faltado razones para tomar medidas enérgicas. Ni siquiera ha hecho requisiciones; i ha acordado toda especie de facilidades a los neutrales, a las mujeres i a los niños peruanos para salir de la ciudad».

Sin embargo, las exajeraciones de la prensa peruana, i las falsas noticias propagadas para acusar a los chilenos, produjeron en Lima asonadas populares que alarmaron seriamente a la poblacion. El presidente tuvo la debilidad de ceder ante esas asonadas; i firmó los decretos de espulsion de todos los chilenos establecidos en el Perú, de que hemos hablado anteriormente. medida imprudente que proporcionó mas de seis mil soldados al ejército que se organizaba en Antofagasta.

provocar a combate a las naves peruanas. El bloqueo de Iquique quedó a cargo de dos buques chilenos que por su poco andar i por el mal estado de sus cascos i de sus máquinas, se consideraban incapaces de entrar en combate. Eran éstas la corbeta *Esmeralda*, barco que tenia veinticinco años de servicio i que, por el trascurso del tiempo i por haber sufrido graves averías, estaba casi fuera de servicio; i la pequeña goleta *Covadonga*, quitada a los españoles en 1865. Al alejarse de Iquique, el almirante Williams Rebolledo estaba persuadido de que esos buques no tendrían otra cosa que hacer que conservar el bloqueo, impidiendo la entrada del puerto de Iquique a los buques mercantes.

Cabalmente, en la noche del mismo 16 de mayo salía del Callao la segunda division de la escuadra peruana convoyando al presidente Prado, que marchaba a los puertos del sur con una fuerte columna de tropas. Esa division era compuesta de los encorazados *Huáscar* e *Independencia*, bajo las órdenes de los comandantes don Miguel Grau i don Juan Guillermo Moore. Tres buques menores, o simples trasportes, completaban esta division.

Las dos escuadras debieron encontrarse en su camino; i en el caso de un combate todas las ventajas habrían estado a favor de los chilenos, que además de sus dos fragatas encorazadas, llevaban tres buenos buques de madera. Pero éstos navegaban lejos de tierra para ocultar sus movimientos, mientras los peruanos viajaban apegados a la costa, de tal suerte que se cruzaron en su marcha sin que ni los unos ni los otros tuviesen noticia de la proximidad del enemigo.

La fortuna parecia, pues favorecer al Perú, presentándole la ocasion de dar un golpe fácil i seguro. El capitán de un paquete ingles, encontró al convoi peruano i le comunicó que la escuadra chilena habia pasado para el norte, que el bloqueo de Iquique quedaba confiado a dos débiles embarcaciones, i que toda la costa de Chile estaba desguarnecida de naves de guerra. El 20 de mayo, al desembarcar en Arica con los refuerzos de hombres i de armas que llevaba para su ejército, tuvo el presidente del Perú la confirmacion de esta noticia.

En el mismo día se concertó un golpe de mano contra los chilenos. El monitor *Huáscar* i la fragata encorazada *Independencia*, aprovechándose del desamparo en que el enemigo había dejado esa costa, debían apoderarse de los dos buquecillos que bloqueaban a Iquique ², destrozar despues el campamento de Antofagasta i los trasportes chilenos que se hallasen en este puerto, i en seguida recorrer las costas de Chile haciendo daños análogos o superiores a los que acababa de sufrir el litoral del sur del Perú. Todo hacia creer que aquel plan seria ejecutado con completa felicidad, sin hallar resistencia seria en ninguna parte.

Desde cuatro dias atras, el bloqueo de Iquique estaba a cargo de dos jóvenes oficiales de la marina de Chile, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda*, i el capitán de corbeta don Carlos Condell, comandante de la *Covadonga*. La mision de estos oficiales estaba reducida a cerrar la entrada del puerto. Nada les hacia esperar un ataque del enemigo, cuando en la mañana del 21 de mayo divisaron a lo léjos dos embarcaciones que se dirijian hácia ellos. Eran los dos buques mas poderosos de la marina del Perú que venian seguros de hacer en ese día una fácil presa.

En efecto, toda lucha parecia imposible; i lo habria sido en realidad, para corazones ménos animosos que los que allí defendian la causa de Chile.

Sin vacilar un instante, los dos jefes chilenos convocaron a consejo a sus oficiales, i allí resolvieron todos pelear hasta

2. Se comprenderá el poder relativo de las naves que van a entrar en combate por las cifras siguientes:

Fragata encorazada *Independencia*, de 2,004 toneladas. Fuerza de 550 caballos. Tenia 22 cañones: de ellos dos de 150; 12 de 70; 4 de 9 pulgadas, todos del sistema Armstrong. Los cuatro restantes de 32.

Monitor *Huáscar*, de 1,130 toneladas. Fuerza de 300 caballos. Tenia 4 cañones Armstrong, 2 de 300 en una torre jiratoria, i 2 de 40 en cubierta.

La fuerza i el poder de los buques chilenos eran los que siguen:

Corbeta de madera *Esmeralda*, lanzada al mar en 1854, de 1,850 toneladas fuerza de 200 caballos, i con 8 cañones de 40.

Goleta de madera *Covadonga*, tomada a los españoles en 1865, de 412 toneladas, fuerza de 140 caballos, i con 2 cañones de 70.

morir. «La bandera chilena no se rinde jam.s», fué la voz de orden impartida a las tripulaciones.

El combate se empeñó luego. El *Huáscar* se dirige sobre la *Esmeralda* que por el estado de su máquina apenas podía moverse; i la *Independencia* se lanza sobre la *Covadonga* que se retiraba hácia el sur manteniendo un certero fuego de artillería. El pueblo de Iquique i el ejército peruano que lo guarnecía, presenciaban desde la playa este desigual combate. La artillería de tierra rompió sus fuegos sobre la *Esmeralda*; i Prat con una serenidad imperturbable, mandó contestarlos tambien con sus cañones i con sus rifles. La lucha se continuó así por mas de dos horas. El monitor peruano parecia invulnerable a los fuegos de la *Esmeralda*. Su comandante esperaba que los chilenos, convencidos de la esterilidad de su sacrificio, arriasen al fin la bandera tricolor que habian enarbolado en el tope de su nave.

Pero Prat no pensaba en eso. El fuego persistente de sus cañones reveló al enemigo que los chilenos no se rindian. El jefe peruano dirige entónces su proa de acero sobre el viejo casco de la *Esmeralda* para partirla con su espolon. El comandante Prat aprovecha ese momento para saltar sobre la cubierta del monitor enemigo dando a los suyos la voz de «¡al abordaje!» Pero las naves se separan de nuevo. Solo han podido seguirlo un sarjento apellidado Aldea; i ámbos sucumben como héroes, bajo el fuego de rifle que el enemigo invisible le dirige desde las escotillas del monitor.

La muerte heroica del comandante Prat exalta el ardor de sus subalternos. La *Esmeralda* está sembrada de cadáveres despedazados: su máquina, invadida por las aguas, no funciona ya; pero nadie piensa sino en pelear. El teniente don Luis Uribe toma el mando del buque al grito de «¡los chilenos no se rinden!»

Miéntas tanto, el *Huáscar* se precipita otra vez sobre la corbeta chilena para acabar de destrozarla. El teniente 2.º don Ignacio Serrano reúne un puñado de marinos, doce o catorce, i se lanza con ellos sobre la cubierta del monitor, resueltos a vencer o a vender caras sus vidas. Este empuje, sin em-

bargo, no podia conducirlos mas que al sacrificio; i en efecto, todos ellos sucumben heroicamente bajo una lluvia de fuego de rifle dirigido desde la torre i los parapetos.

Pero la *Esmeralda* resiste todavía. I cuando el tercer golpe del ariete enemigo la ha destrozado, i cuando se sumerge en el mar, los artilleros mandados por el guardia-marina don Ernesto Riquelme, hacen su última descarga a la voz de «viva Chile!» La bandera chilena fué lo último que desapareció bajo las aguas despues de cerca de cuatro horas de la mas sublime resistencia.

El *Huáscar* acribillado de balazos de cañon i de rifle habia sufrido pequeñas averías i la pérdida de un oficial; pero su espeso blindaje estaba intacto. Por todo trofeo del combate solo pudo recojer unos 60 marinos chilenos que flotaban todavía sobre las aguas. Pocas horas ántes, la tripulacion de la *Esmeralda* constaba de 180 hombres.

Este combate no era mas que la mitad del drama de ese dia. Mas al sur, la fragata *Independencia* perseguia a la *Covadonga*, i sus cañones habian agujereado en varias partes a este débil barquichuelo. El comandante chileno, sin embargo, estaba animado del mismo espíritu que sus heroicos compañeros que acababan de sucumbir con la *Esmeralda*, i sostenia el combate con igual resolucion. El fuego de sus dos únicos cañones, dirigidos con una maestría admirable, barria a cada paso la cubierta de la *Independencia*, ya que no podia romper su formidable coraza de fierro. Evolucionando con pleno conocimiento de la costa, i del poco calado de su buque, el comandante Condell pasa audazmente sobre las rocas submarinas, i atrae hácia ellas a la fragata peruana que va a encallarse en esos escollos. A pesar de que su buque hace agua por todas partes, vuelve entónces sobre la *Independencia*, i no se retira del sitio del combate, sino cuando ve que la poderosa nave peruana está completamente perdida, i que el *Huáscar*, despues de destrozarse a la *Esmeralda*, se dirige a toda máquina a prestar un auxilio tardío a su compañera. La *Covadonga*, haciendo agua por todos lados, llegó felizmente a Antofagasta a dar noticias de las peripecias de aquel combate mas digno de la

epopeya que de la historia ³. Allí remedió de cualquier modo sus averías mediante algunos días de trabajo, i luego siguió viaje a Valparaiso para repararse sériamente.

El combate de Iquique tuvo para los chilenos una grande influencia en la suerte de la campaña. Pocos dias despues, el 1.º de junio de 1879, el presidente de la república, don Aníbal Pinto, abria el congreso de Chile i le anunciaba la victoria de sus marinos con esa elocuencia sóbria que caracteriza a los documentos oficiales de un gobierno serio. «Allí hemos visto,

3. El combate de Iquique produjo una profunda impresion en todo el mundo. La prensa de Europa i de América no hallaba palabras bastante ardientes para pintar el heroismo de los chilenos; pero fueron los testigos de la lucha, los mismos peruanos que la presenciaban desde el puerto, i los marinos neutrales que entónces recorrían esas aguas, los que han tributado mayores aplausos a los marinos de la *Esmeralda* i de la *Covadonga*. «El Comercio», diario peruano de Iquique, decia que «el enemigo habia desplegado un heroismo espartano en este combate que no reconoce ejemplo en la historia del mundo». Mr. Jewell, vice-cónsul ingles en Iquique, en una carta de familia que ha visto la luz pública, decia con fecha 23 de mayo, lo que sigue: «La *Esmeralda* se fué a pique despues de uno de los combates mas audaces i mas heroicos (sin esperanza alguna de salvacion) que recuerdan los anales de las guerras marítimas. . . . Todo el mundo, peruanos i extranjeros, elojian con los mas elevados términos la manera como lucharon los buques chilenos; i aunque éstos han perdido la *Esmeralda*, eso no es nada en comparacion de la pérdida de la *Independencia* para los peruanos». Los marinos ingleses de la *Turquoise* ocuparon sus buzos en recojer en la bahía de Iquique, algunos restos de la *Esmeralda*, para guardarlos como recuerdo de tan memorable combate. I por último, un oficial superior de la marina norte-americana, escribia desde las costas del Perú la siguiente carta al cónsul de los Estados Unidos en Valparaiso.

«Al presente, estamos llenos de admiración. No pensamos mas que en la *Esmeralda* i la *Covadonga*. No se conoce combate naval que pueda compararse al que han sostenido esas dos naves. La nacion que cuenta entre sus hijos semejantes marinos, debe obtener necesariamente un triunfo completo.

«Si Ud. tiene ocasion de conversar con los oficiales chilenos de esos buques, sírvase decirles que sus hermanos, los oficiales de la marina del mundo entero, aprecian su brillante conducta, que servirá de estímulo i de mui digno ejemplo a los siglos futuros; aunque dudo que vuelvan a repetirse tales hechos.

«Nuestras opiniones estan basadas únicamente sobre los informes de los comandantes peruanos Grau i Moore; i espero que Ud. tenga la bondad de enviarnos los partes oficiales de Chile tan pronto como se publiquen».

decía, a los que montaban los mas débiles buques de nuestra escuadra, sostener con gloria el honor de nuestras armas contra los buques mas poderosos de la armada enemiga. Un pueblo que cuenta con hijos como los que han sabido morir gloriosamente en la *Esmeralda* o como los que con tanta entereza i arrojo han combatido en la *Covadonga*, tiene sobrados motivos para confiar en que los reveses de la guerra no quebrantarán su valor, i que aun la superioridad del enemigo no le arrebatará el triunfo».

Las palabras del presidente de la república eran la espresion de la verdad. Despues del combate de Iquique los soldados i los marinos de Chile adquirieron mayor confianza en la victoria, convencidos de que la fortuna debe ayudar al valor que no toma en cuenta la superioridad numérica de los enemigos.

Aquella heroica i al parecer desesperada resistencia, habia convertido en victoria una derrota que parecia inevitable. Los peruanos no solo perdieron su mejor nave de guerra, sino que vieron malograrse el plan de operaciones con que habian pensado dar un rudo golpe al poder de Chile, arrebatándole dos de sus buques, destruyendo el campamento de Antofagasta i sembrando el terror en la costa de Chile que en ese momento no tenia un solo barquichuelo para su defensa.

El monitor *Huáscar*, cuyo activo comandante se sentia con ánimo para ejecutar por sí solo este plan de campaña, perdió un tiempo precioso en socorrer a los náufragos de la fragata *Independencia* i en dejarlos en tierra i cuando siguió en persecucion de la *Covadonga*, esta goleta, a pesar de sus averías, le habia ganado la delantera i se habia sustraído a su persecucion. Solo cuatro dias despues de aquel memorable combate, el 25 de mayo, se presentó el *Huáscar* en el indefenso puerto de Mejillones, i allí destruyó algunas lanchas. Pasó en seguida a Antofagasta, donde estaba instalado el campamento chileno que se queria bombardear; pero el *Huáscar* solo, era incapaz de semejante empresa. Rompió, sin embargo, el fuego sobre el puerto el 26 de mayo; pero los cañones que los chilenos tenían en la costa i los de la *Covadonga* que ocupaba el fondo de

la bahía, lo obligaron a alejarse al día siguiente con ligeras averías en su casco.

El monitor peruano tenía que evitar un peligro mucho mayor todavía, i era el encuentro con la escuadra chilena que en esos momentos volvía al sur. Al saber en el Callao que las naves peruanas se habian dirigido a Arica, el almirante Williams Rebolledo ordenó inmediatamente la vuelta para presentarle combate. En su marcha tuvo noticia del suceso de Iquique, i marchó con su escuadra a restablecer el bloqueo de este puerto; i él con la fragata *Blanco Encalada* i la cañonera *Magallanes*, se dispuso a dar caza al *Huáscar* en toda la estension de la costa.

En esta operacion, la fortuna vino a ponerse de parté de los peruanos. El comandante Grau estaba profundamente convencido de que con su monitor no podia aceptar un combate franco contra los encorazados de los chilenos. En consecuencia, queria limitar toda su accioon a una guerra de sorpresas sobre los buques menores, i a evitar a todo trance un encuentro con alguna de las fragatas enemigas, para lo cual debia servirle maravillosamente la mayor ajilidad i el mejor andar del *Huáscar*. En esta primera retirada, el comandante Grau desplegó toda la intelijente actividad de su espíritu. Dos veces estuvo esa nave a la vista de los hilenos: una vez se cambiaron algunos cañonazos a gran distancia (3 de junio); pero desde que la *Blanco* quiso acercarse el comandante Grau forzó de nuevo su máquina, arrojó al mar los objetos que podian embarazar su marcha, i sin detenerse siguiera algunos minutos para recojer a un tripulante que cayó al agua i que al fin pereció ahogado ⁴, se alejó a toda prisa para evitar el combate, i el 7 de junio llegó sin contratiempo al Callao.

Esta feliz retirada, mas que el combate de Iquique, en que

4. Era éste un apreciable caballero de Lima llamado don Antonio Cucalon, que se habia embarcado en el *Huáscar* por curiosidad o por patriotismo, para asistir a las operaciones navales. Despues de esta desgracia que le costó la vida, el nombre de *Cucalon* ha sido dado en estos paises a los individuos que sin ser militares, acompañan a los ejércitos para presenciar las batallas; a los corresponsales de los diarios, etc., etc.

a gloria no habia estado de parte del *Huáscar*, estableció la reputacion militar del comandante Grau. Las poblaciones del Callao i de Lima, que deploraban la valiosa pérdida de la fragata *Independencia*, recibieron al diligente marino con los honores de vencedor. La prensa lo saludó llamándolo el primero i mas ilustre de los defensores del Perú. Estos ardorosos aplausos, al paso que servian para distraer al pueblo peruano del dolor que produjo en todo el pais el desastre de Iquique, estimularon al comandante Grau i a sus subalternos a ejecutar otras espediciones que tendremos que referir mas adelante.





CAPITULO V

Trabajos de reorganizacion militar de las tres republicas belijerantes, de mayo a julio de 1879

Aprestos militares del gobierno de Bolivia.—Espide patentes de curso sin ningun resultado.—Imposicion de empréstitos forzosos i confiscacion de las propiedades de los chilenos.—Desgobierno con que se manejan estos fondos.—Reunion del ejército boliviano en La Paz—Su marcha a la provincia peruana de Tacna.—El ejército peruano de Tarapacá.—El presidente Prado se prepara para salir a campaña.—Trabajos del congreso peruano.—El gobierno del Perú recibe los primeros refuerzos de armamento mediante la complicitad del gobierno neutral de Panamá.—El presidente Prado llega a Arica con un convoi considerable, i recorre toda la provincia de Tarapacá lanzando las mas ardorosas proclamas contra Chile.—Energía tranquila con que el gobierno chileno emprendió la creacion i la organizacion de su ejército.—Cuidado con que atiende todos los ramos del servicio militar.—Medidas financieras que le han permitido hacer frente a todas sus obligaciones i a los gastos de la guerra.

Miéntras tanto, las operaciones de los ejércitos de tierra de los tres pueblos belijerantes se limitaban solo a los trabajos de organizacion militar. Bolivia, el Perú i Chile remontaban sus tropas, creaban nuevos batallones i se disponian para abrir la campaña.

La república de Bolivia, así como el Perú, se hallaba bajo

el réjimen de la lei marcial. El jeneral Daza gobernaba ese pais con la suma del poder público i bajo un sistema de cuya violencia no se puede formar una idea aproximativa el lector extranjero. Nacido de una revolucion de cuartel, como casi todos los gobiernos que ha tenido Bolivia, el del jeneral Daza se habia entronizado en el poder persiguiendo i desterrando a sus adversarios, i dando rienda suelta a las pasiones de sus pretorianos. Al declarar la guerra a Chile, i al llamar a las armas a todos los bolivianos, tuvo el buen sentido de proclamar una amnistía jeneral; i merced a ella acudieron a servir bajo sus banderas muchos hombres que le habian sido desafectos.

Las otras medidas del gobierno boliviano fueron mucho ménos prácticas. Uno de los ministros de Daza inició un proyecto de alianza con la República Argentina, a la cual se le habria pagado su cooperacion en la guerra, con la cesion de sesenta leguas de costa sobre el Pacífico, que se arrancarían del territorio de Chile al fin de la campaña, esto es, desde el paralelo 24 hasta el 27. Casi es inútil decir que la República Argentina ni siquiera oyó estas proposiciones, que ademas estaban sujetas a otras condiciones favorables solo para Bolivia.

Por decreto de 26 de marzo, el presidente Daza mandó dar patentes de corso a todos los armadores, de cualquiera nacionalidad que fuesen, que quisieran hostilizar el comercio marítimo de Chile, concediendo los derechos de ciudadanos bolivianos a los extranjeros que se embarcasen en los corsarios. Este espediente, en que se esperaba hallar una rica fuente de recursos pecuniarios, no produjo ningun resultado. No se halló en ninguna parte del mundo un solo individuo que quisiese aceptar aquellas peligrosas patentes bolivianas, porque esta nacion no tenia un solo buque para defender sus corsarios, i porque éstos no habian de tener puertos en que vender sus presas, sino eran los del Perú, que a causa del estado de guerra, podian ser hostilizados allí por la escuadra de Chile.

Con mayor eficacia, i con un resultado relativamente mejor, se impuso a un banco la obligacion de dar en préstamo 600,000 pesos; i se repartió en todos los pueblos de la república la imposicion de un empréstito tambien forzoso, por un millon de

pesos que, sin embargo, no produjo sino poco mas de la mitad de esa suma, a pesar de la dureza que se empleó para recaudarlo. En cambio, la confiscacion de los bienes de ciudadanos chilenos en los minerales de Coroçoro i de Huanchaca llevaron al esquilmo tesoros de Bolivia una buena entrada. Sin embargo, aun en aquellos momentos de ardor patrio, en presencia de una guerra extranjera, aquellos caudales fueron administrados con el desgreño ordinario con que los coroneles i jenerales que han gobernado ese pais, han derrochado la fortuna pública. Los mismos documentos oficiales de Bolivia han revelado mas tarde que una parte de esos capitales fué sustraída por algunos de los amigos i socios del presidente Daza. Se cuenta que uno solo de éstos ganó en seis meses una fortuna de 200,000 pesos.

Cuando se tomaban esas medidas, iban llegando a La Paz los contingentes de tropas que el gobierno habia pedido a toda las provincias. Venian éstos calzados de ojotas (especie de sandalias de cuero), en su mayor parte vestidos de toscos capotes de bayeta, armados con armas de diversas clases, muchos con solo fusiles de chispa, una porcion de la caballería montados en mulas; pero todos sumisos, pacientes para el trabajo i para la marcha, i sino ardorosos para el combate, resueltos a obedecer las órdenes de sus jefes. Seguíanlos una turba de mujeres, las *rabonas* de los ejércitos del Perú i de Bolivia, i de niños de todas edades, que querian compartir las penalidades de la campaña con sus hijos, con sus padres, con sus maridos o con sus compañeros.

Ese primer ejército boliviano llegó a contar 4,500 hombres reunidos con grande afan en todas las provincias de la república. El 17 de abril rompió la marcha por los senderos de la montaña. El jeneral Daza, que dejaba organizado en la capital un gobierno provisorio que rijese los destinos de la república durante su ausencia, iba a la cabeza de sus tropas. Un séquito considerable de jenerales, coroneles i edecanes formaba su estado mayor. Sus secretarios preparaban periódicamente las mas pomposas proclamas a los soldados para recordarles que luego debian encontrar a los enemigos de su patria,

i que era menester que ese día se mostrasen dignos nietos de tales o cuales héroes de Bolivia.

La marcha por las cordilleras no ofreció ningun inconveniente. Los soldados bolivianos, en su jeneralidad de pura raza indíjena, son excelentes andadores, infatigables para la marcha, sufridos para todos los padecimientos, sóbrios i obedientes. Sin conocer la causa por que iban a pelear, sin entusiasmo pero sin abatimiento, marchaban resignados al teatro de la guerra; i el 30 de abril, despues de un viaje de trece días que habria rendido a hombres ménos pacientes que ellos, entraban silenciosos en la ciudad de Tacna, donde los esperaban sus aliados los peruanos con mas curiosidad que satisfaccion.

El ejército del Perú se agrupaba tambien en esos momentos en aquellas provincias. A las tropas que el gobierno del jeneral Prado habia hecho llegar allí ántes de la declaración de guerra, se habian agregado diversos destacamentos venidos de las provincias vecinas. Ademas de varios jefes militares, habia llegado al sur el jeneral don Juan Buendía que venia de Lima con el carácter de jeneral en jefe del ejército de Tarapacá. Esos oficiales superiores dirijian los trabajos de defensa de la costa, formaban los campamentos i atendian al servicio militar con mas precipitacion que eficacia. Faltaban armas i municiones, escaseaban los víveres; i, por todas partes, se hacia sentir el desgobierno precursor de una catástrofe. Cuando los chilenos se apoderaron de esas provincias, cayeron en sus manos los libros i los papeles del estado mayor de sus enemigos. Entónces se vió que si Chile hubiera ejecutado en esos momentos un resuelto desembarco en esos lugares aun sin contar con otro ejército que el que tenia en esa época, habria obtenido fácilmente las mismas ventajas que alcanzó seis meses mas tarde.

En verdad, el ejército peruano aguardaba lleno de zozobras un desembarco de las tropas chilenas. Sus esperanzas estaban cifradas en los refuerzos i en los ausilios que pudieran llegarle de Lima, i particularmente en los que debia traerle el presidente Prado, cuya próxima partida de la capital estaba anunciada. En efecto, el gobierno aunque revestido de antemano

de facultades extraordinarias, habia convocado al congreso peruano para arbitrar algunas medidas tendientes a la guerra, a fin de repartir con él responsabilidad de la situacion.

Habíase anunciado por todos los medios de publicidad oficial que tan luego como los cuerpos lejislativos sancionaran ciertas leyes que reclamaba el estado de guerra, el presidente de la república saldria a ponerse al frente del ejército. Desde el 8 de abril, el jeneral Prado habia comunicado a sus compatriotas en una proclama solemne que lo verian «siempre en el sitio de mayor peligro», para llevar a cabo el castigo de Chile.

En realidad, el móvil que estimulaba al presidente del Perú, no era el de buscar el sitio de mayor peligro. Desde que se anunció como inevitable el rompimiento entre los dos países, el populacho de Lima tomó una actitud poco tranquilizadora. En las altas horas de la noche, tocábanse las campanas de la iglesias, el pueblo se reunia en las calles i plazas, i en medio de gritos amenazadores se acusaba al gobierno de flojedad en la direccion de la guerra, i al presidente de la república de abrigar simpatías secretas por Chile, dondè habia residido ocho años, i donde habiadejado algunas propiedades. Las belicosas proclamas del jefe supremo del estado eran para el populacho de la capital i para el vulgo de los politiqueros, un simple espediente para engañar la opinion. El presidente Prado no tuvo valor para afrontar esta situacion que cada día se hacia mas amenazadora, i esperó solo que el congreso tomase ciertas resoluciones para abandonar una ciudad donde no hallaba ya seguridad para su persona.

Las resoluciones del congreso no fueron, sin embargo, de grande alcance. Rechazáronse diversos proyectos de contribucion de guerra; i para satisfacer a los gastos que ésta iba a ocasionar, se autorizó al gobierno para elevar hasta 25 millones de pesos la emision del papel moneda que habia comenzado a hacerse ese año. Esta medida, ademas de un fraude considerable a que dió lugar la emision, produjo el resultado inmediato de hacer bajar extraordinariamente la moneda de papel i de hacer subir en mayor proporcion aun la pérdida en el cambio sobre Europa. El congreso facultó ademas al podre

ejecutivo para aumentar las fuerzas de mar i de tierra en cuanto lo creyese oportuno para las necesidades de la guerra; i por lei de 9 de mayo concedió al presidente de la república licencia para «mandar personalmente la fuerza armada i salir del territorio». Sin duda la mente de los congresales del Perú, era facultar al jefe supremo para que efectuase la invasion a Chile de que se hablaba entónces en los diarios, en las reuniones populares i en los banquetes. Ya veremos mas adelante en qué forma i con qué objeto usó el presidente Prado de esta autorizacion ocho meses mas tarde.

En esos momentos, el gobierno del Perú comenzaba a recibir los primeros refuerzos de armas i municiones que, desde el mes de febrero, habia pedido a Europa i a los Estados Unidos. Recibia estos elementos por la via mas corta, por el istmo de Panamá, donde los ajentes consulares de Chile no pudieron conseguir que las autoridades de Colombia pusiesen atajo a un tráfico que importaba la mas escandalosa violacion de la neutralidad. La prensa de Bogotá, capital de la república colombiana, recordando poco mas tarde estos hechos, i tratando de esplicarlos, ha dicho que el gobernador del estado federal de Panamá habia sido comprado con una gruesa cantidad de dinero por los ajentes del Perú. Estos refuerzos permitieron al jeneral Prado llevar al sur, junto con un buen contingente de tropas, un valioso cargamento de armas i de municiones de todas clases. El vice-presidente de la república, jeneral La Puerta, se hizo cargo del gobierno.

Hemos dicho ya que el convoi que acompañaba al presidente del Perú, llegó a Arica el 20 de mayo.

El jeneral Prado habria creido faltar a su deber de presidente del Perú si al partir de Lima no hubiera dirijido al pueblo una de esas fantásticas proclamas que parecen ser mui del gusto del pais. Despues de anunciar allí de nuevo que iba a castigar a los bárbaros i crueles chilenos, agregaba las palabras siguientes: «Si la mas decidida abnegacion, si la disposicion al esfuerzo de todo jénero, incluso el sacrificio de la persona, pueden servir de augurio del triunfo, yo os ofrezco que nada escusaré en servicio de nuestra patria tan sin razon ul-

trajada». Cuatro días después, el 20 de mayo, al desembarcar en Arica, el presidente lanzaba una nueva proclama para anunciar a sus soldados que ya ha «desnudado la espada» para castigar a los vándalos chilenos, «pueblo tráfuga de la fraternidad americana»¹, i para prometerles «que en toda ocasion, favorable o adversa, estará a su lado como amigo i hermano».

En Arica, el presidente del Perú fué recibido por el general Daza, jefe supremo de Bolivia. Fué aquel un día de regocijo i de fiestas para peruanos i bolivianos que veian engrosado su ejército i que esperaban con la mas absoluta confianza la captura de los dos buquecillos chilenos que bloqueaban el vecino puerto de Iquique. La fiesta, como se sabe, fué turbada el día siguiente por la noticia de la pérdida irreparable de la fragata encorazada *Independencia*. En medio de la tristeza i de la perturbacion que produjo este suceso, se procedió activamente al desembarco de las tropas, de las armas i de las municiones, i se dió un nuevo impulso a los trabajos de fortificacion de Arica. En seguida, el presidente Prado se trasladó a Pisagua para inspeccionar por sí mismo al ejército peruano de Tarapacá, i para distribuirle los elementos militares que habia traído de Lima.

Diez días duró esta escursion (25 de mayo a 3 de junio). El presidente del Perú, i director de la guerra, recorrió los campamentos, recibió las saluciones i aplausos de sus tropas, repartió por todas partes nuevas i mas ardorosas proclamas, i se volvió a Arica, dejando a sus jenerales el cuidado de arreglar todos los detalles de la defensa. Las tropas peruanas i bolivianas establecidas en la provincia de Tarapacá, en número de ocho a nueve mil hombres, fueron distribuidas principalmente en los puertos de Iquique i de Pisagua, donde se construyeron fortificaciones respetables, artilladas por cañones de

1. Estos insultos prodigados cada día al pueblo chileno no solo están consignados en las proclamas sino en los decretos i en los documentos del carácter mas serio. El vice-presidente La Puerta, en el discurso solemne de clausura del congreso peruano, dijo pocos días después que Chile era «la vergüenza de la América.»

grueso calibre. La defensa de esa importante provincia ganó considerablemente con estos trabajos i con los refuerzos que acababa de recibir; pero ellos no la ponian a salvo de un golpe de audacia de los chilenos, que entónces mismo habrian podido ejecutar con el mas completo buen éxito.

Pero el gobierno de Chile, por su parte, procedia con una prudencia i una cautela que rayaba en la meticulosidad. Resuelto a no dejar nada a la fortuna, habia determinado no abrir la campaña sino en el momento en que se supiera que sus tropas estaban prontas, no para combatir sino para vencer. Contra la impaciencia del pais, que anhelaba una solucion inmediata confiado en el espíritu del ejército, el gobierno chileno habia comenzado los aprestos bélicos con la mas fria i tranquila resolucion de no precipitar los sucesos para no arriesgar nada, o para arriesgar lo ménos posible en la campaña a que habia sido arrastrado. Al revés de lo que en esos momentos sucedia en el Perú i en Bolivia, donde el gobierno estaba revestido de la suma del poder público, el presidente de Chile mantuvo intacto el réjimen constitucional, sopor-tando sereno e impassible la responsabilidad de la situacion, las censuras de la prensa i las acusaciones de algunos miembros del congreso que pedian una accion mas rápida.

El puerto de Antofagasta, situado, como se sabe, en la costa del desierto de Atacama, habia sido convertido en campamento de las tropas chilenas. Allí fueron reuniéndose los diversos cuerpos que formaban el diminuto ejército permanente con que contaba el pais, i se organizaron ademas algunos cuerpos de milicias con los trabajadores de aquella rejion. El gobierno dispuso que los batallones que constaban de 300 plazas cada uno, fuesen elevados a rejimientos de 1,200 hombres, todo lo cual se consiguió sin dificultad, gracias a los imprudentes decretos del gobierno del Perú, que habia expulsado de este pais a todos los chilenos. Las víctimas de esta persecucion, hombres fuertes i vigorosos, acostumbrados a los mas rudos trabajos, completaron en pocos dias el número de algunos de esos rejimientos; i todavía los que habian seguido su viaje hasta Valparaiso, formaron allí otro cuerpo.

Con la misma resolucion, organizáronse en todas las provincias cuerpos de guardia nacional movilizada; i se comenzó la instruccion de éstos bajo el réjimen de la mas severa disciplina, i con un teson que revelaba la seriedad de propósitos de quien obedece a un plan fijo e inmutable. Los nuevos soldados fueron vestidos enteramente a la europea, como lo estaba de antemano el ejército permanente, i armados con las mejores armas; con rifles Comblain la infantería, con sables franceses i carabinas Winchester la caballería, i con cañones Krupp o ametralladoras del último sistema los cuerpos de artillería. Como Chile habia vivido desde largos años en paz interior i exterior, i como la guerra lo encontraba desprevenido, le faltaban armas, municiones, vestuarios, monturas i los demas elementos para equipar todo el ejército que quería formar. Con una actividad enérgica, el gobierno estableció maestranzas en Santiago i Valparaiso para la fabricacion de los artículos que podian hacerse en el pais ², i por el telégrafo pidió a Europa las armas i los demas objetos que solo pueden construirse en talleres que no es posible improvisar. El gobierno no fijaba para estos encargos mas que una condicion, i ésta era que todo lo que se le enviase fuese de primera calidad lo mejor que se fabricase en Francia, en Béljica, en Alemania i en Inglaterra. Todo debia pagarse al contado para que no hubiera el menor retardo, i para que el crédito de Chile no sufriese ningun desdoro.

Con el mismo empeño se organizaba el cuerpo sanitario del ejército, i se atendian las mil necesidades de la intendencia militar para la provision de las tropas. Organizóse igualmente el servicio de ingenieros, agregando a los pocos que servian en el ejército permanente, algunos ingenieros civiles. Para las necesidades del campamento i de la campaña subsiguiente,

2. En la imposibilidad de dar a conocer con algunos detalles los inmensos trabajos de organizacion a que tuvo que hacer frente el gobierno de Chile, nos limitamos a recomendar la lectura de la Memoria pasada en 1880 al ministerio de la guerra i marina por la intendencia jeneral de ejército, i publicada en un opúsculo de 44 pájinas en 4.^o Ese valioso documento da una idea de la actividad que fué necesario desplegar para proveer al ejército i a la marina de cuanto se necesitaba para la campaña.

se reunieron tambien muchos carpinteros, herreros, mecánicos i todos los materiales necesarios para tender líneas telegráficas, iluminar el campo, montar i desmontar máquinas, para atender inmediatamente a las mil exigencias del servicio. El gobierno queria aprovechar todos los inventos de la ciencia moderna que simplifican i facilitan las operaciones militares, la luz eléctrica, el telégrafo, el heliógrafo, etc., etc., i su empeño así como la actividad que desplegaron los jefes i subalternos encargados de estos servicios, fueron coronados del éxito mas feliz.

No fué esto todo. Desde años atras existe en Chile una oficina hidrográfica encargada de dirigir los reconocimientos jeográficos encomendados a la marina, i de reunir todas las cartas i todas las noticias concernientes a la jeografía. Los trabajos de esa oficina, justamente apreciados por el mundo sabio, fueron temporalmente suspendidos, o mas propiamente contraidos esclusivamente al estudio del territorio que debia ser el teatro de la guerra. La oficina hidrográfica preparó así excelentes mapas de aquellos lugares, i tratados descriptivos de la mas perfecta claridad en que, a manera de los libros llamados «Guías del viajero», se agrupaban noticias acerca de los accidentes del terreno, de sus recursos, de las dificultades que habia que vencer i de los medios de subsanarlas ³. Los autores

3. Por el interes que puedan tener nuestros lectores por conocer la jeografía del teatro de la guerra, damos a continuacion una rápida noticia de las publicaciones hechas por la Oficina Hidrográfica de Santiago.

1.º *Jeografía náutica de Bolivia*, Santiago, marzo de 1879. Opúsculo de 35 pájinas en 8.º acompañado de una carta de la parte del desierto de Atacama comprendida entre los paralelos 22 i 25º 35'.

2.º *Noticia del desierto de Atacama i sus recursos*, opúsculo de 21 pájinas con una carta, Santiago, marzo de 1879.

3.º *Jeografía náutica i derrotero de las costas del Perú*, Santiago, abril de 1879. Un volúmen de 191 pájinas.

4.º *Noticias del departamento litoral de Tarapacá i sus recursos*, Santiago abril de 1879. Opúsculo de 23 pájinas, con una carta jeográfica del territorio comprendido entre los paralelos 24 i 19º 30'. De este opúsculo se hizo en agosto del mismo año una segunda edición mui mejorada i mucho mas completa; i la carta jeográfica recibió tambien mejoras de consideracion para servir al ejército de tierra.

5.º *Noticias de los departamentos de Tacna, Moquegua i Arequipa i algo*

de esos escritos reunieron con este objeto todos los datos seguros que hallaban en los libros i en los documentos, i los completaron con las noticias que podian suministrar los injenieros que habian recorrido ese territorio. Los escritos i los mapas salidos de la oficina hidrográfica, que son ahora lo mejor que existe sobre la jeografía de las costas del Perú, i de todo el territorio vecino al litoral, fueron impresos en un considerable número de ejemplares, i distribuidos en el ejército i la escuadra para que cada oficial, cada sarjento que tuviese que desempeñar alguna comision, conociera de antemano i con bastante exactitud las condiciones del terreno que tenia que recorrer. De aquí resultó mas adelante que el ejército chileno conocia el pais invadido mejor aun que los soldados que lo defendian.

El gobierno de Chile queria hacer una guerra intelijente, tal como la hacen las naciones mas civilizadas; i en efecto, como lo demostró el éxito, no se equivocaba en sus previsiones, porque así pudo vencer dificultades enormes i llevar a buen tér-

sobre la hoya del lago Titicaca, Santiago, marzo de 1879. Opúsculo de 44 pájinas, con una carta jeográfica del territorio comprendido entre los paralelos 19° 30' i 14° 30'.

6.º *Noticias sobre las provincias del litoral correspondientes al departamento de Lima i de la provincia constitucional del Callao*, Santiago, 1879. Opúsculo de 75 pájinas, con un plano estratéjico del territorio comprendido entre los paralelos 11° 3' i 12° 22'.

7.º *Noticias sobre las provincias litorales correspondientes a los departamentos de Arequipa, Ica, Huancavélica i Lima*, Santiago, 1880. Opúsculo de 40 pájinas, con una carta jeográfica del territorio comprendido entre los paralelos 17° i 13° 30'.

8.º *Datos sobre los recursos i las vias de comunicacion del litoral de las provincias de Chancaí i de Lima*, Santiago, 1880, con una carta del territorio a que se refiere.

9.º *Plano de Lima i sus alrededores*, Santiago, 1880.

Todos estos trabajos se recomiendan por el grande acopio de datos que contienen, i por su rigurosa exactitud.

Estando ocupada la escuadra en las operaciones de la guerra, la Oficina Hidrográfica no ha podido disponer que se hagan nuevos reconocimientos en todo el último año; i en este sentido decimos en el testo que ha suspendido sus otros trabajos. Pero, aun en medio de estas ocupaciones, ha continuado los estudios comenzados anteriormente, i ha hecho otras publicaciones jeográficas estrañas a las actuales necesidades militares.

mino i con rapidez las operaciones militares que parecian mas difíciles. Pero al mismo tiempo queria hacer la guerra culta. No le bastó para esto el declarar que se adheria a las resoluciones del congreso de Jinebra sobre hospitales de sangre, heridos i prisioneros, reglamentado conveniente i liberalmente este servicio, como ántes habia declarado que no emplearia los corsarios en la guerra ⁴, sino que hizo recopilar en un pequeño libro todas las disposiciones i declaraciones con que en los últimos veinticinco años se han querido limitar los horrores de la guerra. Ese libro fué igualmente distribuido a los oficiales del ejército i de la escuadra para que en todo caso reglasen su conducta a esas disposiciones ⁵. El gobierno chileno queria evitar todos los daños innecesarios, toda efusion de sangre inútil, i su perseverancia ha conseguido, como lo veremos mas adelante, realizar casi siempre estos nobles propósitos.

La guerra iba a crear a Chile una situacion embarazosa por el estado de sus finanzas. Si bien es cierto que la república n se hallaba en un estado de bancarrota como el que atravesaba el Perú desde 1872, si no sufría tampoco una penuria crónica como la que siempre se ha hecho sentir en Bolivia por causa de los trastornos i revoluciones, la situacion de la hacienda pública chilena distaba mucho de ser tan holgada como lo habia sido, merced al órden i a la economía de sus administradores, durante los últimos cuarenta años. La ejecucion de

4. Chile i el Perú habian aceptado en años atras las conclusiones del congreso de Paris de 1856; pero Bolivia no habia prestado su adhesion. Al principio de la presente guerra, el Perú sujirió a Bolivia la idea de dar patente de corso contra el comercio chileno. Felizmente, como ya dijimos, no se halló quienes quisieran aceptarlas, i la causa de la civilizacion no ha tenido que sufrir por esta causa.

5. El opúsculo a que nos referimos lleva este título: *El derecho de la guerra segun los últimos progresos de la civilizacion*, Santiago 1879; i contiene 1.º Las declaraciones del congreso internacional de Bruselas de 1874; 2.º La declaracion de San Petersburgo de 1868; 3.º Las declaraciones de la convencion internacional de Jinebra de 1864, con los artículos adicionales de 1868; i 4.º Las instrucciones para los ejércitos de los Estados Unidos en campaña. Los jefes i oficiales del ejército de Chile tuvieron encargo de respetar estas declaraciones como código de guerra.

grandes trabajos públicos, tres años consecutivos de malas cosechas, la baja del cobre en los mercados europeos, la pérdida de inmensos capitales en las salitreras del Perú por causa de las leyes de despojo sancionadas por el gobierno de este país, habian producido en Chile una fuerte crisis económica seguida de una alarmante disminucion en las rentas del estado. El crédito del país se conservaba sin embargo intácto en los mercados europeos por el puntual cumplimiento de todas las obligaciones esterior; pero apelar al arbitrio de los empréstitos estancieros en vísperas de una guerra que, a juzgar por el número i por las amenazas del enemigo, debía ser ruinosa para Chile, era esponerse a tener que sufrir un rechazo o que aceptar condiciones mui onerosas.

Fué necesario recurrir a otros medios. Comenzóse por establecer la mas estricta economía en los gastos jenerales i ordinarios de la administracion, suprimiendo los servicios ménos necesarios, i reduciendo otros en proporcion de su importancia. Así, pues, el gobierno continuó pagando todos los sueldos de la administracion i los intereses de las deudas interior i esterior; pero suspendió o redujo la construccion de obras públicas, caminos i edificios, e introdujo muchas otras economías de detalle. El resultado de este plan fué que al cerrarse el año de 1879, los gastos jenerales i ordinarios de la administracion eran inferiores en 2.610,000 pesos a la suma total del presupuesto, es decir, 15.247,000 en lugar de 17.857,000.

Esta economía, así como el producto de una nueva contribucion sobre las trasferencias de capitales en las transacciones bancarias i comerciales, no podian bastar para hacer frente a los gastos de la guerra. El gobierno fué autorizado para hacer emisiones de papel moneda de curso forzoso. Ejecutóse esta operacion gradualmente i segun las necesidades del erario, cuidando de no recargar el mercado de moneda de papel de un solo golpe, para mantener su valor en cuanto fuese posible. Ese papel, garantido por el estado, que se obliga a convertirlo mas tarde en moneda de plata o de oro, satisfizo las exigencias de la situacion, sin experimentar una baja sensible en su precio. Hoi, cuando las emisiones sucesivas han alcan-

zado a la suma de dieciseis millones de pesos, las leyes económicas se han cumplido, pero en una escala relativamente reducida, de tal suerte, que su depreciación no ha pasado de un veinte o un veinticinco por ciento.

Se debe en gran parte este resultado al orden i a la economía con que el gobierno de Chile ha hecho los gastos de la guerra. Las cuentas de la tesorería revelan, en efecto, que los gastos extraordinarios i fuera de presupuesto, incluyendo en ellos el valor de las armas adquiridas en Europa, así como el de los transportes comprados o alquilados, i pagados todos al contado, ha subido solo en el año de 1879 a la suma de 10.288,000 pesos, suma relativamente corta si se toman en cuenta la importancia de los resultados alcanzados en ese año i la magnitud de los aprestos militares.

El gobierno pudo contar tambien con los auxilios pecuniarios provenientes de las erogaciones particulares. Estos donativos, hechos en dinero i en especies, fueron principalmente destinados a la alimentacion del ejército i de la escuadra o a la formacion de las ambulancias. Debe decirse tambien aquí en honor de este pais, que despues de los primeros combates i cuando comenzaron a llegar a Chile los heridos, así amigos como enemigos, los mas ricos capitalistas de Santiago i de Valparaiso establecieron a su costa excelentes hospitales para descargar al estado del gasto que este servicio debia imponerle.





CAPITULO VI

El Huáscar, de julio a octubre de 1879

Escursion de la corbeta *Pilcomayo* hasta Tocopilla.—Nueva campaña del *Huáscar*.—Sorpresa nocturna en la bahía de Iquique.—Tercera campaña del *Huáscar*.—Daños causados en la costa setentrional de Chile.—Captura del transporte chileno *Rimac*.—Infructuosa expedicion de la corbeta peruana *Union* hasta Magallanes.—Suspéndese el bloqueo de Iquique.—Bombardeo ineficaz de Antofagasta.—Reorganizacion de la escuadra chilena.—Proyectado ataque de Arica.—Captura del *Huáscar*.—Importancia de este hecho.

A pesar de los grandes i activos aprestos militares de las tres repúblicas belijerantes, se pasaron seis meses sin combate alguno entre los ejércitos de tierra; i aun las operaciones marítimas fueron por mucho tiempo de escasa importancia. La escuadra chilena persistió en el bloqueo del puerto peruano de Iquique, mientras su ejército se completaba i disciplinaba en Antofagasta. Los peruanos, por su parte, pasaron este tiempo fortificando los puertos de su costa, o preparando ataques rápidos e imprevistos para sorprender a los transportes o a los buques menores de los enemigos.

El bloqueo de Iquique no producía mas que una ventaja, i era privar al Perú de las entradas que sin esto le habria pro-

ducido la esportacion del nitrato. En cambio, esa operacion, al paso que paralizaba la accion de la escuadra, i permitia a la de los enemigos concertar algunos golpes de mano, dejaba libres los puertos vecinos de Pisagua i de Arica por donde el gobierno peruano hacia llegar a su ejército del sur los auxilios i los refuerzos que necesitaba.

Esta situacion fué hábilmente aprovechada por algunos de los marinos del Perú. En los primeros dias de julio, la corbeta *Pilcomayo* llevaba desde el Callao a Arica un valioso cargamento de armas para el ejército de Bolivia. En seguida trasportaba a Pisagua una division de ese mismo ejército. I luego, pasando a espaldas de la escuadra bloqueadora de Iquique, fué al puerto de Tocopilla, ocupado por los chilenos, donde destruyó una nave mercante i varias lanchas, para dar despues de esto la vuelta al norte. Perseguida entónces por una de las fragatas chilenas, la corbeta *Pilcomayo* evitó diestramente el combate, i llegó a asilarse bajo los fuegos de las fortificaciones de Arica.

En esos momentos, el monitor *Huáscar*, el mas formidable de los buques que entónces componian la escuadra del Perú, terminaba sus reparaciones en el Callao para salir nuevamente a campaña. Su intelijente comandante don Miguel Grau desplegó una actividad incansable para atender a todos los ramos del servicio, reparar pequeñas averías, componer su máquina, limpiar sus fondos, pintar su casco con un color claro que lo hiciera ménos visible al enemigo, renovar i cambiar una porcion del armamento, sobre todo los rifles, sustituir una parte de su tripulacion por los marineros mas esperimentados, así nacionales como estranjeros, que pudo hallar en la costa del Perú, i sobre todo para proveerse del mejor carbon que habia en el Callao.

Terminados estos aprestos, el comandante Grau se hizo al mar el 6 de julio; i despues de cuatro dias de viaje llegaba a Arica a ponerse al habla con el supremo director de la guerra, para inquirir noticias de la escuadra enemiga, i para recibir instrucciones militares. El presidente Prado se las dió en el acto. Consistian ellas en el encargo de evitar siempre todo

combate peligroso, i en sorprender a los trasportes i buques menores de los chilenos siempre que pudiera hacerlo con ventaja i sin riesgo. Allí supo tambien el comandante Grau que algunos de los buques chilenos habian marchado al sur, i que los que bloqueaban a Iquique, incluso el buque encorazado *Cochrane*, se alejaban un poco de la costa durante la noche, i se mantenian voltejeando por los alrededores para evitar los torpedos que pudieran dirijirles de tierra. Con estas noticias i con esas instrucciones, el comandante Grau se hizo de nuevo al mar el mismo dia 9 de julio.

Minutos despues de media noche, estaba en Iquique. La bahía se hallaba desierta. El jefe peruano pudo comunicarse con las autoridades de tierra para saber el paradero de las naves chilenas. En seguida, se dirijió al oeste a ver si se presentaba la ocasion de dar un golpe de mano. En efecto, cerca de un islote que hai en ese puerto, halló al *Matías Cousiño*, vapor carbonero de la escuadra chilena, i le dirijió un cañonazo para intimarle rendicion. Esa nave no podia oponer resistencia ninguna, porque no tenia a su bordo mas armas que seis u ocho fusiles; pero cuando su capitán hacia bajar a los botes la jente de su mando para que no cayese prisionera, se presentó la cañonera *Magallanes*, bajo el mando del comandante don Juan José Latorre, a disputar resueltamente al *Huáscar* la presa que éste iba a cojer con tanta facilidad.

Aquel acto de audacia del oficial chileno perturbó por un momento al comandante Grau. No acertando éste a comprender que un pequeño buque de madera viniese a provocar a combate al poderoso monitor, se persuadió de que era atacado por el buque encorazado *Cochrane*; i en cumplimiento de sus instrucciones mas terminantes, emprendia su retirada cuando a pesar de la oscuridad de la noche, percibió por el tamaño de la nave que tenia enfrente que no era el encorazado chileno. Volvió entónces contra la *Magallanes* a toda fuerza de máquina para partirla con el formidable espolon; pero el comandante Latorre, manejando su buque con la mas admirable maestría, esquivó los golpes, sosteniendo al mismo tiempo un vigoroso i bien dirijido fuego de fusil i de cañon que si no al-

canzó a romper el blindaje del monitor, le causó, al ménos, algunas averías. El combate se prolongó así largo rato; pero la luna aparecia en el horizonte a las tres i media de la mañana, i a la débil claridad que despedia, el comandante Grau pudo percibir que el *Cochrane* se acercaba atraído por el estampido de la artillería, i que se hallaba a una distancia aproximativa de dos quilómetros. Resuelto a evitar un combate serio, puso su proa al norte i se dirijió a toda prisa a guarecerse bajo los fuertes de Arica, sin que la fragata chilena hubiera podido darle alcance (10 de julio). El heroismo del jóven comandante de la *Magallanes* habia salvado un trasporte de la marina chilena.

Este combate nocturno, aunque no tuvo resultado alguno definitivo, enalteció sobremanera el nombre de los dos campeones principales. El jóven comandante Latorre sentó esa noche la reputacion de valiente i de marino que habia de afianzar en breve con otros hechos de mas trascendencia sino de mas peligro. El comandante Grau, elevado poco mas tarde al rango de contra-almirante, fué el objeto de los aplausos de la prensa peruana, aplausos que se hicieron repetir en los diarios de Europa i de América, i que le constituyeron una aureola de gloria.

Alentado por estos aplausos, Grau se preparó con espíritu marcial para nuevas expediciones, es decir, para hostilizar al enemigo siempre que pudiera hacerlo con plena confianza en el éxito, pero sin comprometer jamas su nave en un combate en que hubiera de correr el menor peligro. En esos dias habia llegado a Arica la corbeta peruana *Union*; i como la rapidez de este buque lo hacia mui aparente para la guerra de sorpresas, fué puesto tambien bajo sus órdenes. El 17 de julio el *Huáscar* i la *Union* salieron de Arica con rumbo al sur; i alejándose de la costa para no encontrarse con la escuadra chilena, volvieron a acercarse a tierra cerca de Antofagasta, en cuyas inmediaciones apresaron dos buques mercantés que remitieron al Callao. En seguida, las naves peruanas recorrieron la costa del sur destruyendo las lanchas que encontraron en los puertos indefensos de Chañaral, Huasco, Carrizal i Pan

de Azúcar. Solo en Caldera, donde existia una pequeña guarnición sobre las armas, no se atrevieron a hacer daño alguno. A la vuelta de esta fácil correría, apresaron otra nave mercante en la bahía de Chañaral. El activo comandante habia conseguido todos estos resultados en solo cuatro dias de continuo movimiento, i sin hallar en ninguna parte la menor resistencia. Su primer elemento de éxito era, como se ve, el excelente andar de sus buques.

Pero la buena estrella que lo acompañó en esta campaña le iba a presentar la ocasion de hacer una presa mucho mas valiosa, la mas importante que haya hecho el Perú en toda la guerra. Al amanecer del 23 de julio, cuando el *Huáscar* i la *Union* volvian al norte, divisaron a pocas millas de Antofagasta, un vapor que parecia esforzarse por ganar este puerto. No les fué difícil alcanzarlo i obligarlo a detenerse despues de dispararle algunos cañonazos, que apenas fueron contestados, porque la nave perseguida solo contaba unas pocas piezas de artillería de corto alcance i casi desmontadas. Era el vapor mercante *Rimac* que el gobierno de Chile habia tomado en arriendo para conducir sus tropas, i que en ese momento trasportaba a Antofagasta un escuadron de caballería con 258 hombres i un número inferior de caballos. El transporte chileno, sin poder hacer la menor resistencia, fué capturado por las naves peruanas, i sus tripulantes llevados prisioneros a Arica, donde desembarcaban dos dias despues para ser en seguida trasportados al Callao.

La captura del *Rimac*, hemos dicho, era la ventaja mayor que los peruanos habian alcanzado en el curso de la campaña. Así, fué celebrada en todas partes, i anunciada a los pueblos americanos, i aun a los diarios de Europa como un gran desastre de las armas chilenas. Los boletines militares del Perú hablaban de esa presa como de una victoria que habia despertado el mas vivo entusiasmo en el ejército aliado i en las poblaciones.

En efecto, además del buque, que era un buen transporte, i de los prisioneros i caballos capturados, el gobierno peruano tomó posesion de muchas armas i municiones, i de la corres-

pondencia oficial i particular de que era portador el *Rimac*. Por esta correspondencia se impusieron los directores de la guerra de que Chile esperaba entónces dos cargamentos de armas que venian de Europa, i supieron o infirieron que miéntras no llegase ese armamento, el ejército chileno de Antofagasta no podria tomar la ofensiva. En el mismo momento se preparó en Arica un nuevo golpe de mano. La corbeta *Union*, bajo las órdenes del comandante García i García, partiria para los mares del sur, i penetrando en el estrecho de Magallánes, capturaria allí los dos cargamentos de armas que Chile esperaba con tanta ansiedad. El golpe parecia fácil i seguro, sobre todo estando confiado a un hombre que gozaba de la reputacion del marino mas intelijente del Perú.

El comandante García i García desplegó, en efecto, la intelijencia de un buen marino; pero la fortuna no secundó su accion. Venció felizmente las dificultades que los mares tempestuosos del sur oponen a la navegacion en los meses de invierno, i penetró en el estrecho de Magallánes cuando acababa de salir de él el primer cargamento de armas, i cuando éste seguia por el océano su viaje a Valparaiso. La corbeta peruana se presentó con bandera francesa en la colonia de Punta Arenas que Chile mantiene en el estrecho (18 de agosto); i cuando vió que allí no habia cañones ni mas guarnicion que unos treinta o cuarenta fusileros, se apoderó del carbon que habia en un pequeño ponton, i exijió que se le vendieran algunos víveres. El gobernador de la colonia chilena, imposibilitado para oponer la menor resistencia, consiguió, sin embargo, burlar al enemigo, induciéndolo a alejarse de aquellos lugares. Permitió que se le vendieran víveres; pero le hizo entender que ya habian pasado los buques cargados con armas, uno de los cuales, sin embargo, entraba en ese momento por la boca oriental del estrecho. La *Union*, creyendo perdido su viaje, dió inmediatamente la vuelta al Pacífico; i lo hizo con tal rapidez, que dos buques despachados con toda actividad de Valparaiso para darle caza en aquellos lugares, llegaron allí cuando ya aquella nave los habia dejado para no volver mas. Los buques

chilenos prestaron el buen servicio de convoyar hasta los puertos de Chile los dos cargamentos de armas.

Pero este resultado de las operaciones marítimas, las correrías que hacian impunemente las naves peruanas, la ineficacia de la accion de los buques chilenos, i sobre todo la pérdida del trasporte *Rimac*, habian producido en Chile cierto descontento, i una agitacion de la opinion que en el Perú i en los pueblos vecinos se interpretaban como los síntomas precursores de un movimiento revolucionario. Al paso que los gobiernos del Perú i de Bolivia tenian en sus manos la suma del poder público mediante el ejercicio de las facultades estraordinarias, el de Chile no habia suspendido ni siquiera por una hora, ninguna de las garantías constitucionales. La prensa continuaba gozando de la mas completa libertad, i el congreso funcionaba con la misma amplitud de atribuciones que en los dias de mas perfecta paz. En las cámaras i en la prensa se hicieron oír las quejas del patriotismo herido por aquellos accidentes, que sin importar una derrota para las armas chilenas, alentaban al enemigo dando cierto prestigio a su causa. Acusábase al gobierno de no dar a las operaciones de la guerra una direccion mas enérgica i mas activa, i a los jefes de la escuadra de poco vigor o de poca fortuna en la persecucion de las naves peruanas. Esta situacion de los espíritus, espresada con franqueza, dió lugar a que en el Perú se creyera i se repitiese en el extranjero, que la tranquilidad incontrastable i tradicional de Chile, iba a desaparecer bajo el peso de una tremenda conmocion.

En lugar de esa revolucion, solo sobrevino una modificacion parcial en el ministerio, i la designacion de uno de sus miembros, de don Rafael Sotomayor, como ministro de la guerra en campaña (20 de agosto). El bloqueo de Iquique suspendido desde dias atras, fué definitivamente levantado. Se mandó que las naves de la escuadra volviesen unas en pos de otras a Valparaiso a limpiar sus fondos i a hacer todas las reparaciones indispensables para una campaña mas eficaz. Solo algunas de ellas debian quedar en los puertos del norte para defender el campamento de Antofagasta.

Mientras tanto, el monitor *Huáscar*, alentado con el éxito de sus anteriores correrías, se presentaba de nuevo en las costas del norte de Chile. El 7 de agosto se hallaba en el desguarnecido puerto de Taltal, cuando se dejó ver uno de los encorazados de Chile, el buque *Blanco Encalada*. De nuevo también el contra-almirante Grau supo eludir el combate; i utilizando eficazmente la velocidad de su nave, se retiró al norte sin ser incomodado.

Pocos días más tarde (22 de agosto), el jefe peruano salía otra vez de Arica con el monitor *Huáscar* i dos rápidos transportes, i después de destruir algunas lanchas en los puertos indefensos de la costa, se presentó en la mañana del 28 de agosto delante del puerto de Antofagasta, donde, según sabía, no se hallaba ninguno de los encorazados de Chile. En el fondo de la bahía estaba la cañonera *Magallanes*, i otro pequeño buque de guerra, la *Abtao*, cuya máquina estaba desarmada i en reparación. En tierra había además algunos cañones prontos a romper el fuego.

Según las instrucciones de su gobierno, el contra-almirante peruano debía evitar resueltamente todo combate de éxito dudoso. En consecuencia, se mantuvo a la distancia, i se limitó a responder el fuego de los dos buques chilenos sin querer acercarse mucho a ellos. En un momento en que entró un poco más adentro en el puerto, dos de sus bombas ocasionaron algunas bajas i averías en la *Abtao*; pero también una bomba de a 300 disparada desde la playa, atravesó la chimenea del monitor peruano, i reventó sobre la cubierta haciendo grandes destrozos i causando la muerte de uno de sus mejores oficiales, el teniente don Carlos de los Heros, cuya muerte fué muy sentida por el comandante Grau. En cambio, ni las baterías de tierra, ni la población de Antofagasta habían sufrido el menor daño por este ineficaz bombardeo. Visto este resultado i temiendo el arribo de alguno de los encorazados chilenos, el *Huáscar* abandonó la bahía i se marchó al norte. El *Blanco Encalada* llegó a Antofagasta cuando el monitor peruano le llevaba cinco horas de delantera ¹.

1. Hemos puesto particular interés en referir detenidamente las campa-

Estas dos últimas campañas del *Huáscar*, aunque como se ha visto, no produjeron ningun daño al ejército o a los buques de Chile, i mui escaso a algunos comerciantes de los puertos del norte, vinieron a estimular la actividad que el gobierno ponía en reorganizar su escuadra. Las maestranzas establecidas en Valparaiso desplegaron un grande ardor para terminar estos trabajos. Limpiáronse perfectamente los fondos de los buques, reparáronse sus máquinas, dotando a algunas de ellas de nuevos i mejores calderos, completáronse su armamento i sus tripulaciones, i se introdujeron en todos los detalles de la organizacion naval las reformas que la esperiencia de seis meses de infructuosa campaña parecia aconsejar. El gobierno, ademas, acababa de comprar o de tomar en arriendo algunos vapores cómodos i espaciosos para hacerlos servir de transportes; i todos ellos fueron armados de poderosa artillería, i dotados de jefes i tripulantes de guerra para que no se repitiese el accidente del *Rimac*, esto es, para que en el caso de un encuentro, no estuvieran los transportes obligados a entregarse sin resistencia.

En esa misma época, el almirante Williams Rebolledo, cuya salud estaba debilitada i cuyo espíritu se sentia fatigado por el ningun éxito de las operaciones navales, dejó el mando de la escuadra. Su puesto fué confiado al capitán de navío don Galvarino Riveros, marino antiguo que a causa de sus enfermedades estaba separado del servicio, i que ahora volvía a él lleno de enerjía i de resolucion. Riveros debia mandar en persona una de los buques blindados, el *Blanco Encalada*: la comandancia de la *Cochrane* fué dada al capitán don Juan José Latorre, oficial jóven, cuyo nombre habia ad-

ñas del monitor peruano, porque ellas dieron mucho que hablar a los diarios de América i de Europa, sin conocer, sin embargo, el encadenamiento i la importancia verdadera de los sucesos. Para hacer la reseña de esas campañas, hemos tenido a la vista los documentos chilenos; pero nos ha servido principalmente de guía el libro copiador de su correspondencia que llevaba el comandante Grau, i el cual ha sido publicado íntegramente en Chile en 1880. Es una especie de diario completo de sus operaciones i de sus trabajos, escrito con una digna seriedad, i sin las exajeraciones tan frecuentes en los partes oficiales de los jefes peruanos.

quirido una justa nombradía despues del heroico combate que habia sostenido contra el *Huáscar* en la bahía de Iquique en la noche del 9 al 10 de julio.

En los momentos en que se hacian estos aprestos, llegaron a Valparaiso los dos primeros cargamentos de armas comprados en Europa por los agentes de Chile. Componíanlos un número considerable de rifles de los mejores sistemas, muchos cañones Krupp, un repuesto abundante de municiones, vestuarios para las tropas, en una palabra, todos los artículos que se necesitan para completar el equipo del ejército. Mas de 3,000 hombres estaban listos en Chile para entrar en campaña, i solo esperaban este armamento para marchar al norte a reunirse con el ejército acampado en Antofagasta. El 20 de setiembre zarparon de Valparaiso en un convoi de doce buques entre naves de guerra i trasportes.

Pero ántes de abrir la campaña terrestre convenia aniquilar el poder naval del Perú, o a lo ménos destruir el monitor *Huáscar* que le daba vida. En Santiago, en los consejos de gobierno, se habia resuelto esto mismo; i los marinos Riveros i Latorre, que habian tomado parte en estas deliberaciones, manifestaron su firme resolucion de no volver a Valparaiso sin haber realizado aquel importante propósito. Una vez en Antofagasta, prepararon las dos fragatas encorazadas, la corbeta *O'Higgins*, la goleta *Covadonga* i un transporte; i el 1.º de octubre zarparon para Arica, donde, segun todos los informes, debian hallarse los buques peruanos.

Arica era entónces una plaza militar verdaderamente formidable. Ademas de las fortificaciones de tierra, unas a flor de agua i otras situadas sobre las alturas que rodean el puerto, i todas provistas de gruesa artillería servida por una abundante guarnicion, habia en el fondo de la bahía un monitor de poco andar, pero terrible como máquina de defensa. El *Manco Capac*, éste era su nombre, era una batería flotante poderosa por sus cañones de a 500, i casi inespugnable por su construccion, pues en los momentos de combate apenas sobresalía de la superficie de las aguas. Los marinos chilenos iban, sin embargo, resueltos a trabar el combate contra las

naves peruanas dentro de aquel círculo de fuego. La suerte de las armas podia mui bien serles adversa.

Por fortuna suya, al presentarse en Arica en la madrugada del 4 de octubre, vieron que el *Huáscar* i la *Union* no se hallaban en el puerto. Por algunos pescadores cojidos en las inmediaciones, supieron que las dos naves peruanas habian salido en los dias anteriores para las costas de Chile, donde debian estar haciendo alguna nueva correría. Los marinos dieron entónces la vuelta al sur. Al llegar al puerto de Mejillones el 7 de octubre se informóron por las comunicaciones telegráficas del gobierno de Santiago, de que los dos buques peruanos, despues de recorrer la costa hasta la latitud de 30 grados, destruyendo las lanchas que encontraban a su paso, volvian a su abrigadero de Arica. En el mismo momento, los comandantes Riveros i Latorre, poniéndose de acuerdo por el telégrafo con el ministro de la guerra, que se hallaba en Antofagasta, combinaron un hábil plan de operaciones para dar caza a las naves peruanas que durante cinco meses habian burlado con tanta ajilidad la persecucion de los buques chilenos.

El comandante Latorre, con el *Cochrane*, la *O'Higgins* i un trasporte se quedó toda la noche voltejeando a la altura de Mejillones. El comandante Riveros con la *Blanco* i la *Covadonga*, avanzó un poco mas al sur, i pasó la noche a la altura de Antofagasta. Las naves peruanas debian necesariamente encontrarse con una de esas dos divisiones, a ménos que contra su costumbre, se alejasen mucho de la costa. El lazo estaba bien tendido, i era difícil que el enemigo se librase de caer en él.

Antes del amanecer del 8 de octubre el oficial que hacia la guardia en el *Blanco*, alcanzó a divisar a la escasa luz de la luna en menguante los humos de dos vapores que parecian inspeccionar las caletas de la costa en busca de alguna fácil presa. Eran el *Huáscar* i la *Union*, que gracias a la oscuridad de la primera mitad de la noche, habian pasado hácia el norte sin ser vistos por los que los esperaban a la altura de Antofagasta. El comandante Riveros emprendió luego la caza de esas naves que ya se hallaban a una distancia de cinco o seis millas.

El activo comandante Grau, tan hábil para evitar todo combate serio, pensó sustraerse ahora, como se habia sustraído tantas veces, a la persecucion de las naves chilenas; i forzando la máquina de sus buques, siguió avanzando rápidamente hácia el norte hasta casi perder de vista a la fragata chilena. Creíase libre de todo peligro, cuando divisa a lo léjos tres nuevos buques que parecen querer cerrarle el camino. Era la segunda division de la escuadra chilena, que a las órdenes del comandante Latorre venia a presentarle combate. Los marinos peruanos pensaron siempre que podrian evitar la lucha; i en efecto, la corbeta *Union*, mucho mas lijera que el monitor *Huáscar*, tomó la fuga dejando atras a su compañero. El comandante Latorre despachó en el acto en su persecucion a la corbeta *O'Higgins* i al trasporte que lo seguian, i quedó solo con el *Cochrane*. Fué inútil que el monitor peruano tratase de huir, ya por un lado, ya por otro: la fragata chilena, mucho mas rápida en sus movimientos despues de las últimas reparaciones, le cerraba el paso estrechando la distancia, i lo obligaba al fin a aceptar el combate.

Latorre i Grau se encontraban por segunda vez uno enfrente del otro. En las aguas de Iquique, en la noche del 9 al 10 de julio, el jóven comandante chileno, montando una simple cañonera de madera, habia sostenido un combate heroico con el poderoso monitor que mandaba el comandante Grau. Ahora las armas del primero eran mui diferentes. La lucha se iba a empeñar entre dos naves revestidas por una espesa coraza de fierro.

El *Huáscar*, sin abandonar el propósito de huir hácia el norte, rompió sus fuegos en retirada a las nueve i cuarto de la mañana, i a una distancia de mas de tres quilómetros. El *Cochrane*, por su parte, siguió avanzando con una tranquilidad imperturbable; i solo cuando hubo acertado considerablemente la distancia, hizo sus primeros disparos sobre la nave enemiga. Jamas los fuegos de artillería fueron dirigidos con mas precision i con mas seguridad. Los primeros cañonazos del *Cochrane* fueron a destrozar la torre blindada del *Huáscar*, destrozando tambien al comandante Grau que desde adentro

de ella dirijia la maniobra de su nave. Dos oficiales que fueron en seguida a tomar el mando, cayeron uno en pos de otro en el puesto de honor.

La derrota del monitor peruano parecia inevitable. Sin embargo, el combate se mantuvo con toda enerjía cerca de una hora mas, con un nutrido fuego de cañon i de las ametralladoras que el *Huáscar* tenia en su cofas. Hubo un momento en que este buque arrió su bandera, i el combate pareció terminado. Los fuegos se suspendieron durante algunos minutos; pero el monitor volvió a izar el estandarte peruano i emprendió de nuevo su retirada. Inmediatamente, el comandante Latorre mandó continuar el fuego acortando mas aun la distancia, i la lucha se prosiguió con mayor empeño i con movimientos diversos de las dos naves como para destrozarse con el espolon.

Miéntras tanto, la fragata *Blanco*, forzando su máquina, se acercaba al sitio del combate, rompía sus fuegos sobre el monitor peruano i seguia avanzando como para espolonearlo. La lucha se estrechaba mas i mas, i la espesa humareda de los cañones, de las ametralladoras i de los rifles, ocultaba a cada instante la verdadera posicion de cada nave. El comandante Latorre, por medio de un movimiento bien ejecutado, coloca al fin al *Huáscar* entre dos fuegos, i lo obligó a rendirse cinco minutos ántes de las once de la mañana. El combate habia durado hora i media. Algunos de los tripulantes del monitor peruano, creyendo sin duda que las naves chilenas querian sepultarlo bajo las ondas, se precipitaron al agua en la mayor confusion.

Los marinos chilenos no pensaban en cometer tamaño error. El *Huáscar*, aunque estropeado i agujereado, era una presa mui valiosa para que no quisieran aprovecharla. El comandante Riveros despachó sus botes para recojer los naufragos i para tomar posesion de la nave enemiga. La cubierta estaba sembrada de cadáveres i de restos humanos, pero quedaban vivos 28 personas entre jefes i oficiales, i mas de cien individuos de todas nacionalidades de la tripulacion del mo-

nitor. Todos ellos fueron hechos prisioneros ². Los peruanos habian abierto las válvulas del monitor para sumerjirlo, i el agua entraba en su casco en gran cantidad. Los asaltantes las cerraron prontamente i así lograron salvarlo.

En este rudo combate, el *Cochrane* habia recibido en su casco cinco balas de cañon que causaron, sin embargo, pocas averías, i que hirieron a diez hombres, uno de los cuales murió algunas horas despues. El *Blanco* no habia sufrido el menor daño. Parece que lo que mas sirvió a los encorazados chilenos, aparte de los bien dirigidos fuegos de artillería, fué su doble hélice, que les permitia jirar i evolucionar con mucha precision, evitando así los choques del monitor peruano que queria espolonearlos.

Aunque la corbeta peruana *Union* habia huido ántes de comenzar el combate, i aunque las dos naves chilenas que la persiguieron casi todo el dia no lograron alcanzarla, el poder naval del Perú quedaba virtualmente destruido despues de la pérdida de su poderoso i rápido monitor, i de la muerte del mas activo e intelijente de sus marinos. El combate de Angamos, nombre que se dió a esta jornada por la denominacion de una punta o cabo enfrente del cual tuvo lugar el encuentro, estableció, pues, de una manera definitiva la supremacía naval de Chile.

El *Huáscar*, reparado pocos dias despues de sus averías en Valparaiso, i considerablemente mejorado por algunas obras nuevas que en él se hicieron, pasó a ser uno de los mas pode-

2. Algunos diarios de Europa, inducidos en error por las noticias trasmittidas del Perú, anunciaron que despues de este combate, que segun estos informes, habia durado *siete horas*, solo sobrevivió un individuo de la tripulacion del *Huáscar*. Para desvanecer esta equivocacion, bastará decir que el monitor peruano tenia a su bordo el dia del combate, 205 hombres, i que el número total de prisioneros ascendió a 144, de manera que los muertos fueron solo 61. Todos éstos fueron respetuosamente sepultados el dia siguiente en Antofagasta, tributándoles el ejército chileno los honores militares.

Son altamente honrosas para los marinos chilenos las siguientes palabras del comandante Riveros en el parte oficial en que daba cuenta al gobierno de la captura del *Huáscar*. «La muerte del contra-almirante peruano don Miguel Grau, ha sido mui sentida en esta escuadra, cuyos jefes i oficiales hacian ámplia justicia al patriotismo i al valor de aquel notable marino».

rosos buques de la escuadra chilena. Mas aun, el mismo dia del combate de Angamos, llegaba a Valparaiso un vapor del mas lijero andar, comprado en Europa por los agentes de Chile; i despues de hacer en él las modificaciones aconsejadas por hábiles ingenieros, se colocaba sobre su puente una pieza de la mas poderosa i formidable artillería que jamas se haya conocido. Esa nave recibió el nombre de *Angamos*, en recuerdo del dia en que habia llegado a las aguas chilenas. Desde ese momento, Chile estuvo listo para imprimir a las operaciones de la guerra una vigorosa actividad.





CAPITULO VII

Pisagua, noviembre de 1879

Estado de la opinion en Chile despues de la captura del *Huáscar*.—Actividad desplegada por el gobierno para preparar la marcha del ejército.—Embárcase éste en el puerto de Antofagasta.—Confianza de los aliados perú-bolivianos en el poder de sus fuerzas.—Ventajas de su situacion para quedar a la defensiva.—Plan de ataque a Pisagua.—Topografía de esta plaza.—Desembarco de las fuerzas chilenas en medio de un reñido combate.—Victoria completa de los chilenos.—Consecuencias inmediatas de este triunfo.—Esploracion al interior: combate de Jermania.—Colocacion dada al ejército chileno.—Operaciones de la escuadra.—Captura de la corbeta peruana *Pilcomayo*.

El triunfo de Angamos produjo en Chile el alborozo que debe suponerse. El telégrafo que los chilenos habian tendido sobre los arenales del desierto a principios de la guerra, comunicaba desde Mejillones a Santiago, a 200 leguas de distancia, e instante por instante, todas las peripecias del combate, que los boletines de los diarios daban a conocer a las poblaciones, ávidas por saber el desenlace. Cuando se anunció la captura del *Huáscar*, se dejó sentir por todas partes un eco de simpatía por el comandante Grau, cuyos méritos eran justamente apreciados; i cuando en la tarde, el telégrafo anunciaba la muerte del distinguido marino, comunicada por las naves

chilenas que a esas horas volvian del combate, hubo una expansion de dolor en medio de los trasportes de júbilo que producía la victoria. La prensa de ese dia ha dejado estampada con letras indelebles esta transicion de impresiones en los grandes centros de poblacion.

El pueblo aplaudia en este triunfo no solo la satisfaccion del orgullo nacional i el reconocimiento de la superioridad militar de Chile, sino el término de una era de alarmas para la industria, puesto que el comercio marítimo de la república se habia visto inquietado i perturbado por las correrías de las naves enemigas, i se temia que esas perturbaciones pudiesen ser mayores todavía. Así se comprenderá que despues de aquel combate todos los valores esperimentaron una rápida alza en unos pocos dias, i que el tipo del cambio sobre Europa pasara por una modificacion favorable a los intereses comerciales de Chile de mas de un veinticinco por ciento. Todo anunciaba que el pais volvia a entrar en la antigua era de prosperidad de que lo habian apartado un momento, primero la crisis económica cuyas causas ya hemos explicado mas atras, ¹ i en seguida la guerra a que habia sido arrastrado.

Sin dejarse embriagar por el contento de aquellos dias, el gobierno chileno redobló su actividad para preparar la expedicion del ejército de tierra. Comenzó por enviar a Antofagasta nuevos cuerpos de tropas reunidos i disciplinados en diversas provincias, así como una gran cantidad de armas, municiones, víveres, forrajes para la caballería, i de todos los artículos que el ejército pudiera necesitar en la campaña. Aumentó el servicio sanitario, engrosó el número de bestias de carga para facilitar las operaciones en el desierto, remitió lanchas para el desembarco, i puentes movibles para atracarlos a la playa i hacerlos servir como muelles. Junto con estos elementos, el ejército fué provisto de un nuevo repuesto de instrumentos de carpintería i de herrería, de alambre i de máquinas eléctricas para los telégrafos, de lámparas o linternas para alumbrar los campamentos durante la noche, i de

1. V. final del cap. V de esta misma Parte II.

luces de bengala para las señales del ejército i de la escuadra. El ejército de Antofagasta quedó compuesto de quince a dieciseis mil hombres de las tres armas. Desde meses atras se habia confiado su mando al jeneral don Erasmo Escala, con un estado mayor en que figuraban algunos ingenieros distinguidos. El ministro de la guerra, don Rafael Sotomayor, hombre estraño al servicio militar, pero dotado de mucho sentido práctico i de una laboriosidad incansable, estaba a su lado para resolver cualquiera dificultad, i para dar impulso a las operaciones.

Las tropas, despues de ejercicios constantes durante varios meses, habian alcanzado al mas satisfactorio estado de disciplina. Perfectamente vestidas ², armadas de las mejores armas de precision, provistas de cuanto podian necesitar, estaban desde meses atras impacientes con la vida de cuartel, i ardiendo en deseos de romper cuanto ántes la marcha. Al fin, despues de revistar prolijamente el estado de los diversos cuerpos, de su instruccion i disciplina, se apartaron aquellos que no dejaban nada que desear en número de cerca de diez mil hombres de las tres armas, i el 26 de octubre se procedió a su embarque en la escuadra, que estaba lista en la bahía.

2. En algunos diarios estranjeros se ha dicho que los chilenos que entran en esta campaña estaban mal vestidos, i aun poco ménos que desnudos. Nace esto de un error de lenguaje que conviene explicar. Desde un tiempo inmemorial, las clases acaudaladas daban en Chile a las jentes del pueblo el apodo de *rotos*. El pueblo, por su parte, se habituó de tal modo a este nombre, que la palabra *roto* dejó de ser ofensiva. La prensa del Perú, en el propósito de insultar a los chilenos, les prodigaba a todos, soldados, oficiales, diputados i gobernantes de Chile, este apodo con que creía insultarlos. Ciertos diarios estranjeros tradujeron esa palabra, i dijeron que los soldados chilenos eran descamisados.

Mui léjos de eso, el ejército chileno está vestido con ropa de un confortable vecino al lujo. La mayor parte de su vestuario ha salido de las fábricas mas acreditadas de Europa, de la de Godillot, de Paris, principalmente, o ha sido trabajada en Chile sobre los mejores modelos europeos.

A este respecto, es curioso el dicho de un soldado chileno, que, viendo desfilar, despues de la batalla de Tacna, a una columna de cuatrocientos o quinientos prisioneros peruanos i bolivianos vestidos de bayeta burda o de harapos de todos colores, no pudo ménos de exclamar: «¡I éstos son los que nos llaman rotos!»

Componíase ésta de diecinueve buques de guerra o trasportes mas o menos bien armados, i provistos de carbon para una larga campaña. Los otros cuerpos, en número de cinco a seis mil hombres, quedaron en Antofagasta formando la reserva. Otros buques de la escuadra, el blindado *Blanco* i el monitor *Huáscar*, quedaba en Valparaiso reparándose o limpiando sus fondos para acudir al teatro de la guerra i transportar la reserva tan luego como el telégrafo comunicase que ésta era necesaria. El 28 de octubre zarpó la escuadra del puerto de Antofagasta con el ejército de operaciones. El ministro de la guerra marchaba al lado del jeneral en jefe. Solo ellos i los jefes superiores sabian cuál era el sitio designado para el desembarco.

En el Perú se esperaba esta invasion, pero se tenia la mas absoluta confianza en que seria fácilmente rechazada. La pérdida del *Huáscar*, que importaba para ese pais la destruccion de su poder naval, habia producido una profunda impresion, pero no habia debilitado su arrogancia, ni la seguridad que tenia en su poder.

Mui léjos de eso, la prensa de Lima proclamaba i repetia que el combate de Angamos habia sido un triunfo moral del Perú, puesto que él habia probado la superioridad del valor peruano, sobre sus cobardes enemigos. Levantáronse suscripciones en todo el pais para comprar nuevos buques de guerra; i mecidos por estas ilusiones, se mostraban todos contentos con repartir i con leer un diluvio de ardorosas proclamas. «El *Huáscar* ha sucumbido llenando de gloria a su patria, decia el presidente Prado. La victoria en realidad es nuestra. Nosotros hemos ganado el honor i la gloria: nuestros enemigos han ganado un casco destruido». El presidente Daza, por su parte, lanzó nuevas proclamas en que llamaba a Chile «nido de piratas cobardes, estigmatizados por la marca candente de la ignominia». En Tacna se hacian circular escritos concebidos en estos términos: «Vosotras, todas las naciones del nuevo mundo; vosotros, todos los pueblos del antiguo continente! ¡descubríos! La pérdida del *Huáscar* es la página mas brillante de todas las guerras marítimas ¡Chilenos! Raza de Cain! Co-

bardés! Infames! Nó! el crimen de leso-americanismo que habeis cometido no quedará impune: el mundo entero lo ha condenado ya. ¡Vamos! ¡Peruanos! al combate! El mundo nos contempla! Adelante!» I los peruanos i bolivianos quedaban mui satisfechos con esta inútil palabrería que concluía siempre con un reto lanzado a los chilenos desafiándolos a que se atreviesen a desembarcar en el suelo glorioso del Perú. El gobierno i los gobernados creían firmemente que los chilenos que osasen pisar el suelo peruano, encontrarían su tumba en el sitio mismo de su desembarco.

Con el carácter de director de la guerra permanecía en Arica el presidente de la república. El jeneral Prado, participando por completo de esa misma confianza, pasaba la mayor parte de su tiempo, segun sus propios compatriotas, en una mesa de juego con los jenerales i coroneles que formaban su séquito. El presidente de Bolivia, el jeneral Daza, por su parte, permanecía en la ciudad de Tacna, lanzando a su vez repetidas proclamas contra Chile i los chilenos, a quienes llamaba ladrones i cobardes; i ocupaba tambien la mayor parte de su tiempo en fiestas i diversiones, algunas de las cuales tenían el carácter tempestuoso de verdaderas orjías.

A pesar de este desgreño en la direccion de la guerra, la situacion militar de las provincias meridionales del Perú era verdaderamente formidable. La alianza Perú-boliviana tenía allí sobre las armas unos dieciseis o dieciocho mil hombres que con razon se juzgaban los mejores soldados de sus países respectivos, como los numerosos jefes que los mandaban eran los mas acreditados i prestigiosos. Esas tropas, conocedoras del territorio i defendiendo su propio suelo, habrían podido, siendo mandados con mediano acierto, rechazar cualquiera invasion, i mucho mas una de solo diez mil hombres como la que preparaba Chile.

Pero a estas circunstancias hai que agregar otras que hacian mucho mas fácil la defensa de ese territorio. La costa que se estiende desde la embocadura del Loa hasta la bahía de Arica, batida por un mar de ordinario mui inclemente en la proximidad de la playa, ofrece pocos lugares de desembarco,

i aun éstos tan poco aparentes para una operacion militar, que esas caletas en jeneral no tienen mas que un punto estrecho por donde pisar la tierra, de tal suerte que no es posible desembarcar muchos hombres a la vez. Agréguese a ésto que el ejército aliado ocupaba el litoral; i que los puertos mas abordables de éste, Iquique al sur, Pisagua al centro i Arica al norte, estaban defendidos por fortificaciones provistas de poderosa artillería, i guarnecidas por fuertes destacamentos de tropas.

El gobierno de Chile conocia perfectamente todas estas dificultades. Sus marinos i sus oficiales del ejército de tierra iban provistos de las mejores cartas hidrográficas i jeográficas que existen sobre esos lugares, i llevaban en la mano un tratado descriptivo de esa rejion, en que estaban prolijamente consignadas todas las noticias que podian interesarles. Pero se hallaban en la necesidad, no de buscar el desembarcadero mas cómodo, sino el mas estratéjico. Con este objeto se habia designado el puerto de Pisagua que, aunque de mui difícil acceso, iba a ofrecerles la inapreciable ventaja de cortar en dos partes a los ejércitos de la alianza establecidos en Iquique i en Arica. El plan era perfectamente estratéjico, pero su ejecucion exijia tropas excelentes i un espíritu resuelto a no retroceder ante ningun peligro.

El 1.º de noviembre, hallándose léjos de la costa para no ser percibidos de tierra, el jeneral chileno comunicó a los buques de la escuadra i a los comandantes de las tropas, el plan minucioso i detallado con que debia efectuarse el desembarco. Las naves de guerra debian batir las fortificaciones de tierra, guarnecidas por una brigada de la artillería peruana, i en seguida marcharia a tierra un cuerpo de dos mil soldados de desembarco, que empeñaria el combate contra los 1,200 bolivianos que allí habia, resguardados, segun se sabia, por numerosos parapetos. Los cañones de los buques debian proteger esta operacion, que dirijia en persona el coronel don Emilio Sotomayor, jefe de estado mayor. Miéntras tanto, el jeneral en jefe con los trasportes, iria a desembarcar en la vecina caleta de Junin para acudir a atacar, por la espalda a los defenso-

res de Pisagua. Se suponía, con razón, que la guarnición de aquella caleta, sabiendo que el combate estaba empeñado en otra parte, dejaría más o menos libre el desembarcadero, en la confianza de que el combate no iba a empeñarse por aquel lado.

Como estaba ordenado, la escuadra chilena se presentó en la bahía de Pisagua al amanecer del 2 de noviembre. Dos fortificaciones a flor de agua i regularmente artilladas, defendían el puerto. A espaldas de ellas i del reducido caserío del pueblo, se alzaba una cadena de cerros escarpados, de una altura de 150 a 200 metros, del más difícil acceso, i en ellos estaban construidas las trincheras, tras de las cuales se hallaban colocados los rifles bolivianos. La vía del ferrocarril que comunica a Pisagua con los distritos del interior, i que pasa por el costado de aquellos cerros formando zig-zag, había sido convertida en línea de defensa. A pesar de que los jefes chilenos tenían noticia cabal de todos estos obstáculos, a la vista de ellos deberían parecerles imponentes; pero el paso estaba dado, i era menester emprender el ataque con toda resolución.

Los cuatro buques de guerra que formaban la fuerza real de la escuadrilla chilena, rompieron el fuego sobre las baterías de tierra a las siete de la mañana; i lo hicieron con tal acierto, que antes de una hora, los artilleros peruanos después de perder algunos de sus jefes i oficiales, suspendían sus disparos i abandonaban sus cañones. En seguida, habiendo reconocido los estrechos sitios que ofrece el puerto para el desembarco por ser ellos los únicos puntos en que la playa no está sembrada de rocas inabordables, se desprendieron de los trasportes diecisiete botes que llevaban al desembarcadero de más al norte 450 hombres tomados de un batallón de zapadores i de un batallón denominado Atacama, compuesto de los vigorosos i ágiles mineros de Copiapó. Esta primera división iba bajo las órdenes del comandante don Ricardo Santa Cruz. A pesar del nutrido fuego de rifle que se les dirigía de todas las rocas vecinas, esos soldados pisaron tierra, plantaron en una pequeña altura el pabellón de Chile i emprendieron la persecución de las guerrillas enemigas que estaban allí cerca.

En esos mismos momentos, otro destacamento chileno, mas numeroso aun, venciendo las grandes dificultades que les oponia la reventazon de las olas, trataba de desembarcar en otro pedazo de playa baja que está mas cerca de la poblacion. El enemigo, protegido por las enormes rocas de la costa, oculto detras de las sinuosidades del terreno o de los parapetos construidos de antemano, resguardado en las casas de la ciudad, en la estacion i en los carros del ferrocarril, en las zanjias que quedan a uno i otro lado de la línea, i detras de las grandes rumas de sacos de salitre i de las pilas de carbon, hacia sobre los botes de los asaltantes el mas vigoroso fuego de rifle, i les causaban numerosas bajas. Los artilleros peruanos de las baterías, repuestos de su terror, i al parecer seguros de rechazar el desembarco, volvieron a sus cañones i rompieron de nuevo el fuego. A esa hora, la derrota de los chilenos parecia inevitable, tanto mas cuanto que las municiones de la primera columna que desembarcó, se habian agotado i que su jente esperaba un refuerzo que tardaba en llegar.

Pero las cosas iban a cambiar de aspecto. Los cuatro buques de guerra rompieron de nuevo sus vigorosos fuegos sobre las baterías enemigas, sobre los edificios i parapetos tras de los cuales se ocultaban los bolivianos, i sobre los sacos de nitrato o los montones de carbon que le servian de trincheras; i sus certeras bombas hacian destrozos por todas partes o producian el incendio. Los aliados se vieron así obligados a abandonar su primera línea de fortificaciones i parapetos.

Esta operacion facilita el desembarco; pero todavía era menester desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba en las laderas i en las alturas, i donde se replegaban los fujitivos i dispersos de la ciudad. Este segundo ataque presentaba las mayores dificultades por lo escarpado del terreno i lo inseguro i movedizo de su suelo. Los soldados chilenos treparon, sin embargo, por aquellas escabrosas laderas, recibiendo el fuego que se les hacia de las alturas; pero cuando llegaron arriba, arrollaron toda resistencia, saltando sobre los parapetos, plantando en ellos el pabellon chileno para que la escuadra suspendiese sus fuegos, i poniendo al enemigo en la mas

completa dispersion. El combate habia durado en tierra cerca de cinco horas. El jeneral Villamil, el coronel Granier, ambos bolivianos, jefes de la guarnicion de Pisagua, i el jeneral peruano Buendía, jeneral en jefe de todo el ejército aliado de Tarapacá, que se hallaba ese dia en esa plaza, huyeron al interior con los dispersos, dejando el campo sembrado de cadáveres, i en poder de los chilenos unos setenta prisioneros entre oficiales i soldados. De los 2,000 hombres que habian desembarcado, los vencedores habian tenido una pérdida de 350 soldados entre muertos i heridos.

El mismo dia, cuando el combate estaba empeñado, el jeneral en jefe del ejército chileno desembarcaba con sus tropas en la vecina caleta de Junin, casi sin encontrar mas dificultades que las que le oponia la braveza del mar. Las fuerzas que guarnecian este punto, huyeron sin combatir. Entónces las tropas chilenas avanzaron hácia Pisagua para tomar por la retaguardia a los defensores de esta plaza; pero cuando llegaron a las alturas que rodean el puerto, la victoria se habia pronunciado por los chilenos, i los aliados Perú-bolivianos habian tomado la fuga.

Tan activo habia sido el ataque, que los aliados no tuvieron tiempo para destruir los elementos i recursos de que podia aprovecharse el vencedor. Se sabe que en casi toda la provincia de Tarapacá, como en el desierto de Atacama, son sumamente raras las aguadas, i que en las poblaciones de la costa casi no se bebe otra agua que la que se saca de la destilacion del agua del mar, para lo cual hai grandes máquinas i aparatos, como hai grandes cubas que sirven para trasportar este artículo a algunos establecimientos del interior. Las tropas que abandonaban a Pisagua, dejaron intactas estas máquinas que desde luego fueron de grande utilidad al ejército chileno. Las oficinas telegráficas, con todos sus aparatos i hasta con los libros copiadores de la correspondencia militar, aun la del mismo dia de la batalla; las estaciones del ferrocarril con las locomotoras i los carros, todo, todo estaba en pié. Solo faltaban los operarios para utilizar esos elementos; pero el ejército chileno tenia consigo maquinistas, fagoneros, telegrafistas; i

desde ese mismo día comenzaron éstos a prestar sus servicios.

Las tropas chilenas ocuparon el campamento del Hospicio que los aliados tenían en las alturas inmediatas. Las partidas de exploración que recorrieron los campos vecinos, los hallaron desiertos, pero se sabía que cada establecimiento de elaboración de salitre estaba o había estado ocupado por cuerpos enemigos. El teniente coronel don José Francisco Vergara, secretario del general en jefe, salió el día 5 del campamento del Hospicio con 175 cazadores a caballo, y avanzó hasta el término de la vía férrea, a sesenta kilómetros, sin encontrar resistencia. Esa pequeña columna tomó posesión de diversos puntos donde los aliados habían estado acampados, y en ellos halló agua en abundancia, víveres y otros elementos que debía aprovechar el ejército chileno. Solo en los establecimientos más lejanos, los fujitivos habían puesto fuego a sus almacenes, pero los cazadores del comandante Vergara pudieron salvar del incendio una parte de las provisiones.

En uno de esos establecimientos, denominado *Jermania*, había aun un fuerte destacamento peruano, que, viendo la inferioridad numérica de la columna chilena, resolvió atacarla (6 de noviembre). El comandante Vergara finjó replegarse para reorganizar sus fuerzas, y para sacar al enemigo al campo libre; y volviendo entonces los cazadores con un empuje irresistible, dieron al destacamento peruano una tremenda carga de sable que lo destruyó en poco rato. Los enemigos, espantados con el vigor de este ataque, impotentes para resistir al empuje de los fogosos caballos chilenos, ni al esforzado brazo de los robustos cazadores, abandonaron el campo en completa dispersión, dejando en él sesenta muertos, y entre ellos el jefe que los mandaba, y algunos oficiales y soldados prisioneros. La persecución de los fujitivos se continuó por tres leguas más. Esta jornada, aunque de cortas proporciones, dejó establecida la superioridad de la caballería chilena, que fué el terror de los aliados en toda la campaña subsiguiente.

La ocupación de toda la vía férrea era de la mayor importancia para los chilenos. Pero aquella vía tenía una escasa dotación de locomotoras y de carros; y la movilización de las

tropas, la conduccion de los víveres i forrajes al traves de un pais que solo produce salitre, i donde no hai una sola mata de pasto, no pudo hacerse con toda la rapidez que se queria. Sin embargo, ántes de muchos dias, una division de cerca de 6,000 hombres de las tres armas, bajo las órdenes del jefe de estado mayor, coronel don Emilio Sotomayor, ocupó las importantes posiciones de Dolores. En los puntos intermedios entre ese lugar i Pisagua, quedaron escalonadas otras divisiones de ménos fuerzas, prontas a marchar a donde fuese necesario.

Miéntas tanto, los buques i trasportes de la escuadra no habian estado ociosos despues de la toma de Pisagua. Comenzaron por conducir a Valparaiso los heridos i prisioneros del combate, i por trasportar de Antofagasta nuevos cuerpos de tropas. De Valparaiso i de Coquimbo partieron tambien entónces otros batallones que fueron a guarnecer a Antofagasta para terminar allí su instruccion militar ántes de entrar en campaña. A mediados de octubre, el ejército chileno en campaña, incluyendo las fuerzas que guarnecian a Antofagasta, en número de unos cinco mil soldados, montaba a cerca de veinte mil hombres perfectamenté armados i equipados.

A las ventajas alcanzadas en tierra por las tropas chilenas, vino a agregarse otra no ménos importante en aquellos mismos dias. El buque blindado *Blanco Encalada*, despues de limpiar sus fondos en Valparaiso i de pasar por diversas reparaciones en su máquina, volvió a salir a campaña, siempre bajo el mando de don Galvarino Riveros, elevado ahora al rango de contra-almirante. Segun sus instrucciones, debia este jefe recorrer la costa del Perú al norte de Arica, para dar caza a las naves enemigas que seguramente traficaban entre este puerto i el Callao. En la mañana del 18 de noviembre, hallándose un poco al norte de Mollendo, divisó, en efecto, tres buques que navegaban un poco mas atras, pero con su mismo rumbo. Eran las corbetas *Union* i *Pilcomayo*, acompañadas por un transporte armado en guerra.

A pesar del mayor número de los enemigos, el almirante chileno se dirijió rápidamente sobre ellos. La *Union*, seguida

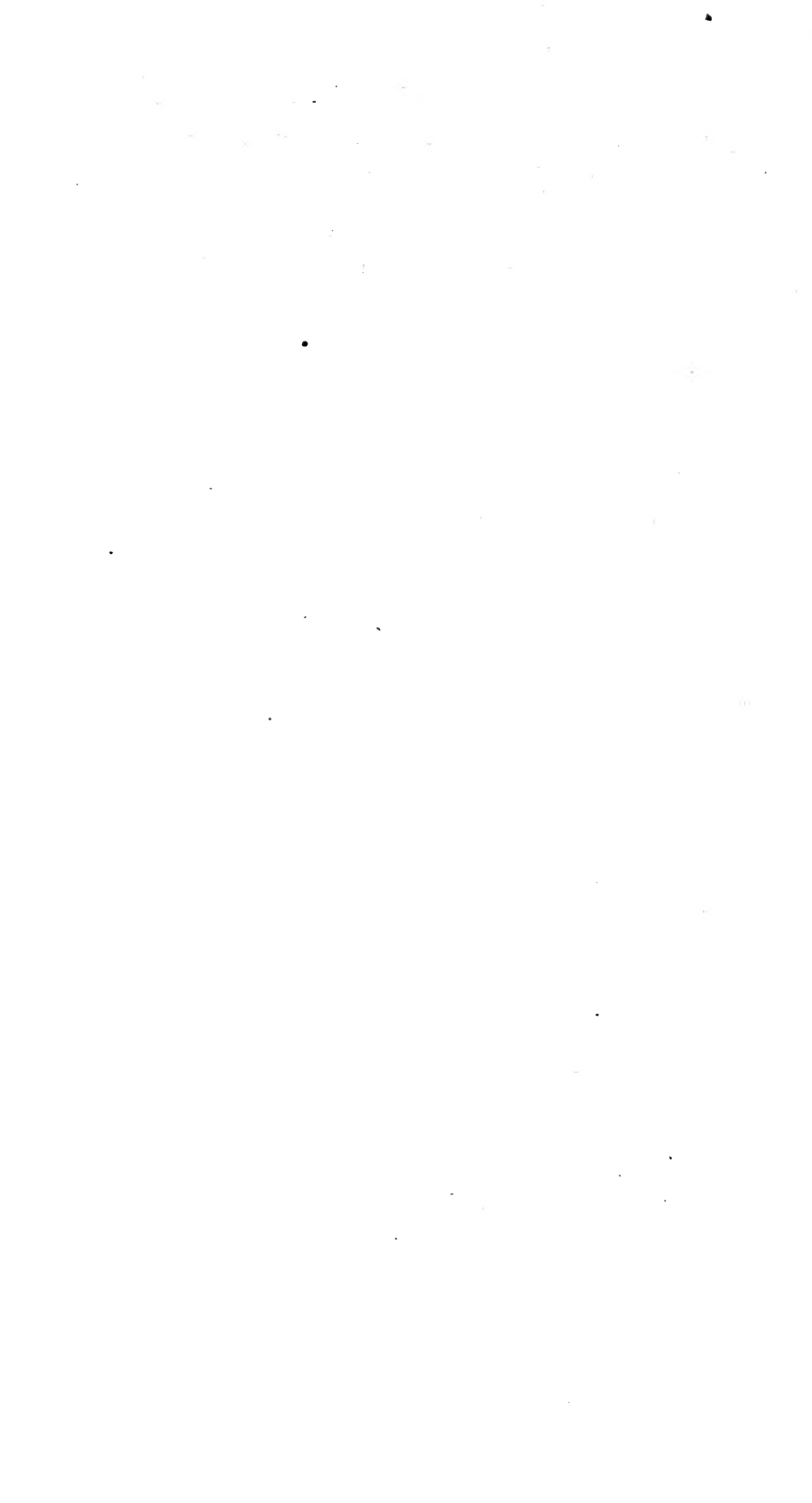
del transporte, hizo lo mismo que habia hecho el dia de la captura del *Huáscar*, es decir, huyó a toda prisa dejando sola a la *Pilcomayo* que no pudo sustraerse a la persecucion del *Blanco*. Los marinos peruanos estaban convencidos de que toda lucha era imposible, pero en vez de imitar el ejemplo de los tripulantes de la *Esmeralda* cuando este buque fué atacado por el *Huáscar* en la bahía de Iquique, tomaron otra determinacion mucho mas cómoda i segura, pero en cambio mucho ménos honrosa. Dispararon algunos cañonazos por simple aparato: en seguida pusieron fuego a la popa del buque, léjos de la Santa Bárbara, para no esponerse a ningun peligro, i tomando entónces los botes enarbolaron en ellos la bandera blanca declarándose rendidos. El almirante recojió humanamente al comandante de la *Pilcomayo* don Carlos Ferreiros i a los 166 hombres, oficiales i marinos, que componian su tripulacion. En seguida tomó posesion del buque, haciendo enarbolarse en él la bandera chilena.

Pero el incendio se habia pronunciado en esos momentos en la nave capturada, i tomaba proporciones alarmantes por la fuerza del viento sur que se hacia sentir. El contra-almirante Riveros desplegó entónces una grande actividad. Despreciando el peligro de una esplosion que parecia inminente, desde que el fuego podia llegar mui pronto hasta el almacen de las municiones, atracó la *Pilcomayo* al costado del *Blanco*; i usando de las poderosas bombas de este buque i haciendo cortar el fuego con el agua i con las hachas, consiguió extinguir el incendio. Todavía habia que vencer otro peligro no ménos serio. Antes de rendirse, los peruanos habian abierto las válvulas de su buque, i con uno de sus mismos cañones habian abierto desde a bordo, una via de agua en la línea de flotacion, para que la nave se sumerjiera si el incendio no alcanzaba a reducirla a cenizas. Los buzos de la fragata chilena cerraron esa abertura, i los marinos, despues de cerrar las válvulas, estrajeron el agua que inundaba el casco del buque apresado. Estos trabajos, ejecutados con gran prontitud, salvaron de su destruccion a la corbeta *Pilcomayo*. Convenientemente reparada poco despues en los diques de Valparaiso, i

mejorado su armamento, ese buque pasó a formar parte de la escuadra chilena, incrementando así su poder naval.

Tales fueron los primeros resultados de la atrevida campaña que Chile acababa de abrir. Dos semanas de guerra enérgica, habian cimentado la confianza en el poder de sus armas, i lo habian puesto en camino de obtener en pocos dias otros triunfos mas importantes i decisivos.







CAPITULO VIII

Batallas de Dolores i de Tarapacá, noviembre de 1879

Confianza de los aliados en su próximo triunfo.—Plan de campaña adoptado contra los chilenos.—Ocupan éstos las cerranías de la Encañada.—Dificultades de esta situacion.—Batalla de Dolores.—Victoria de los chilenos: sus consecuencias inmediatas.—Los peruanos abandonan la ciudad de Iquique que ocupan los chilenos.—Los restos del ejército peruano se retiran a la ciudad de Tarapacá.—Marcha a atacarlos una corta division chilena.—Sangriento combate de Tarapacá.—Resultados inmediatos de este combate.—Las fuerzas peruanas emprenden la retirada.—Los chilenos ocupan a Tarapacá.—Penosa marcha de los peruanos para llegar a Arica.—Toda la provincia de Tarapacá queda sometida a las autoridades de la república de Chile.

Pareceria natural que el desembarco de las tropas chilenas hubiese producido una penosa impresion en el cuartel jeneral de los aliados. Pero, a juzgar por las declaraciones de su prensa i por las amenazas de sus proclamas, los peruanos i los bolivianos, en Iquique, en Tacna i en Arica, recibieron con viva satisfaccion la noticia del combate de Pisagua. Tanto los directores de la guerra como los soldados vivian mecidos por las mas lisonjeras ilusiones respecto de su poder militar, i continuaban mirando con el mas altanero desprecio al ejército de Chile.

Contribuyó poderosamente a formar esta opinión el parte oficial que el jeneral Buendía dió al presidente del Perú, para disculpar su derrota en aquel combate. Contaba allí que con solo 900 hombres habia defendido la plaza durante siete horas contra fuerzas cinco veces mayores, que habia rechazado dos ataques de éstas, i que al fin se habia retirado en órden, con entusiasmo i con bizarría. Ese combate, agregaba, habia infundido en el soldado de la alianza el deseo de medir nuevamente sus armas, porque conocedor ahora de su inmensa superioridad de valor i de disciplina sobre las tropas chilenas, estaba seguro de alcanzar la victoria. «Grande es sin duda, decia con este motivo, la diferencia del temple moral de nuestro ejército con el ejército chileno. . . Es nuestra fuerza moral robustecida por la justicia de la causa que defiende la alianza; es el brio i la serenidad de nuestros soldados acreditados ya en numerosos combates, lo que hace indispensable nuestra victoria i seguro el triunfo que en el primer encuentro sabremos arrancar al enemigo». El jeneral boliviano don Pedro Villamil, aunque ménos explícito en sus amenazas, abrigaba la misma confianza i daba seguridades análogas sobre un próximo triunfo.

Se sabe que en esos momentos se hallaba en Arica el jeneral Prado, i que a su carácter de presidente del Perú, añadía el de director jeneral de la guerra. En Tacna estaba acampada una division de cerca de cuatro mil bolivianos bajo las órdenes del presidente de esta república, jeneral don Hilarion Daza. Ambos jenerales, a juzgar por sus repetidas proclamas, ardian desde tiempo atras en el mas vivo deseo de volar a la guerra, para tomar cerca del soldado el puesto de mayor peligro. A pesar de este bullicioso entusiasmo, tantas veces anunciado, los dos presidentes habian encontrado pasatiempos ménos peligrosos i ménos incómodos que los azares de los combates o que las penalidades de la marchas. Los mismos aliados han contado mas tarde, como dijimos en otra parte, que miéntras el jeneral Prado pasaba su tiempo en Arica en una mesa de juego, el presidente de Bolivia habia hallado en Tacna distracciones ménos inocentes aun, puesto que vivía en

frecuentes i borrascosas bacanales. El desembarco de los chilenos en Pisagua vino a distraerlos de estas ocupaciones i a llamar su atencion hácia los negocios de la guerra.

El plan de defensa fué concertado con mucha rapidez. Después de la derrota, quedaba en pié en Iquique i sus alrededores un ejército de cerca de catorce mil hombres entre peruanos i bolivianos. El jeneral Buendía, testigo del desastre de Pisagua, se habia retirado a aquellos lugares e iba a ponerse a la cabeza de esas tropas. Con ellas debia volver al norte a colocarse en el antiguo campamento que los peruanos habian ocupado en Dolores para esperar allí al ejército boliviano de Tacna, que a las órdenes del presidente Daza estaba encargado de avanzar hácia el sur a marchas forzadas. Las fuerzas chilenas desembarcadas en Pisagua iban, pues, a encontrarse entre dos ejércitos, i se creia que debian sucumbir sin remedio. El presidente del Perú, que contra sus promesas tantas veces repetidas, se quedaba en la plaza de Arica a pretexto de sus numerosas atenciones i de los quebrantos de su salud, se apresuró a comunicar a Lima la próxima e inevitable destruccion del ejército chileno. Ni en el Perú ni en Bolivia se puso por un momento en duda el triunfo seguro i completo de los aliados.

Pero los jenerales peruanos i bolivianos no habian contado con la enerjía i con la rapidez de los movimientos de las tropas chilenas. Las primeras partidas de éstas que salieron de Pisagua para el interior, se apoderaron de los telégrafos del enemigo, i en las oficinas que ocuparon hallaron las copias de sus últimas comunicaciones. En los reconocimientos practicados en seguida, pudieron recojer mas datos i noticias sobre los planes de los aliados. Así, pues, aunque al principio habian creido que tendrian que expedicionar por tierra hasta Iquique, se vieron en el caso de aceptar una lucha que podia ser mas peligrosa, pero que en cambio los eximia de las fatigas de una marcha penosísima por los salitrales de Tarapacá. De este modo se esplica la actividad que empleó el estado mayor chileno para ocupar las posiciones de Dolores, que a mas de poseer una aguada abundante, tenian una grande importancia estratéjica. Allí se fueron reuniendo diversos cuerpos del ejér-

cito hasta formar, como dijimos en el capítulo anterior, una division de cerca de seis mil hombres, bajo el mando del coronel don Emilio Sotomayor. El resto del ejército chileno quedó escalonado en diversos puntos entre Dolores i Pisagua.

El campamento de Dolores, situado cerca de la estacion de este nombre, tiene a su espalda por el lado del sur, un pequeño cordon de cerros que forman en su estremidad mas inmediata, un morro de alguna elevacion, denominado de San Francisco. Mas adelante, esos cerros se abajan un poco, i solo en la estremidad austral del cordon, se levanta otro morro conocido con el nombre de la Encañada. Esas alturas, desde donde se domina con la vista una grande estension, fué el terreno elejido por el coronel Sotomayor para dar colocacion a sus tropas. Al pié de ellas corre el ferrocarril que lo ponía en comunicacion con el cuartel jeneral; i segun todas las noticias i conjeturas, era allí tambien donde debian reunirse las tropas que el jeneral Buendía debia traer de Iquique i las que llegasen del norte con el presidente de Bolivia.

Los chilenos creian equivocadamente que serian éstas las que se presentarían primero al teatro de la guerra; i en efecto, desde los dias anteriores se habian dejado ver por el norte algunas partidas que se tomaron por avanzadas del ejército boliviano, i que fué necesario dispersar. El coronel Sotomayor tuvo que hacer avanzar por ese lado una columna de mas de dos mil hombres para detener en su marcha al presidente Daza, si en efecto trataba de acercarse a su campamento.

Pero, por las causas de que hablaremos mas adelante, el peligro no estaba por aquel lado. En efecto, luego se supo que por el sur avanzaba una division enemiga, que parecia ser la vanguardia del ejército del jeneral Buendía. Un cuerpo de mas de dos mil chilenos, bajo el mando del comandante don Domingo Amunátegui, tuvo que avanzar tres leguas adelante, hasta la estacion de Santa Catalina, para cerrar el paso a esa division. Se comprenderá así cuán azarosa debia ser la situacion del campamento chileno esperando el ataque, ora del norte, ora del sur.

La division enemiga que el comandante Amunátegui se

proponia atajar en Santa Catalina, no habia llegado a ese lugar. En cambio, al anoecer del 18 de noviembre supo por sus exploradores que todo el grueso del ejército de Buendía venia forzando las marchas desde Iquique, que se habia engrosado con los cuerpos destacados en los establecimientos inmediatos a aquella ciudad hasta completar cerca de doce mil hombres, i que en esa misma noche debia llegar a Santa Catalina para seguir avanzando inmediatamente hasta Dolores. El jefe chileno corria el riesgo inminente de verse cortado por fuerzas seis veces superiores; pero supo vencer la dificultad de esta situacion. Despues de avisar al coronel Sotomayor la proximidad del enemigo, emprendió su retirada favorecido por la oscuridad de la noche, i ántes de amanecer llegaba al campamento de su division. Habia hecho una parte de su trayecto por un sendero paralelo al que llevaba el enemigo, a ménos de una legua de éste; i sin embargo, era tan poco el cuidado que en estas operaciones ponia el estado mayor peruano, que nadie en este ejército supo que con la misma direccion i a tan corta distancia, marchaba una columna enemiga que habria sido mui fácil cortar i rendir.

Al amanecer del siguiente dia, 19 de noviembre, toda la division chilena del coronel Sotomayor estaba reconcentrada en Dolores. A esa hora tomó este jefe las últimas disposiciones para distribuir convenientemente sus tropas a fin de estar en situacion de rechazar cualquier ataque enemigo, i de dar tiempo a que llegase el jeneral en jefe del ejército chileno con los refuerzos necesarios. En efecto, esa misma mañana, ántes de amanecer, el jeneral Escala salia del campamento del Hospicio a la cabeza de una gruesa division. La escasez del material del ferrocarril de Pisagua hacia imposible que estas fuerzas llegasen a Dolores ántes de diez o doce horas. Miétras tanto, la division estacionada en este lugar, se iba a hallar enfrente de un ejército con el cual tendria que pelear en razon de uno contra dos (de cinco a seis mil chilenos contra once a doce mil perú-bolivianos).

El ejército de Buendía habia llegado ántes de amanecer enfrente del campamento chileno, i con la primera luz del dia

comenzó a tomar posiciones, tendiendo su línea con todo orden i tranquilidad, al son de las músicas militares i en medio de un grande entusiasmo, que se dejaba sentir por las frecuentes aclamaciones de «¡Viva el Perú! ¡viva Bolivia! ¡viva la alianza! ¡mueran los chilenos cobardes i usurpadores!» A pesar de que los dos ejércitos estaban separados solo por una distancia de dos quilómetros, el jeneral peruano, de acuerdo con el consejo de los jefes superiores, acordó no dar la batalla hasta el dia siguiente, esperando, sin duda, que en la noche llegase el jeneral Daza con los cuerpos bolivianos que habian salido de Tacna. El estado mayor de la alianza no se imaginaba que en esa misma tarde o en la noche debian llegar refuerzos a la division chilena, i que el dia siguiente podia hallarse enfrente de un ejército de diez mil hombres en lugar de los cinco a seis mil que entónces tenia el coronel Sotomayor.

Pero este jefe ni siquiera quiso esperar estos refuerzos. Confiando en la buena calidad de sus tropas, i en las ventajas de las posiciones que habia elejido, se resolvió a empeñar el combate en la misma tarde, sin tomar en cuenta la inmensa superioridad numérica del enemigo.

A las tres de la tarde, una batería de cañones de montaña, colocada en el centro de la línea chilena, i confiada al mando del sarjento mayor don José de la C. Salvo, rompió el fuego sobre una columna enemiga que avanzaba para cambiar de posicion. Contra los propósitos del jeneral peruano, esa columna empeñó el combate contestando los primeros disparos de los chilenos con un nutridísimo fuego de rifle i de cañon.

No se necesitó de mas para que la pelea se hiciese bien pronto jeneral. Los fuegos de los aliados caian sobre toda la línea de los chilenos; pero la artillería de éstos, manejada con una maestría admirable, rechazaba sin cesar el ataque del enemigo. Un destacamento de diversos cuerpos peruanos, favorecido por las ondulaciones del terreno, consiguió, sin embargo, avanzar sobre las baterías del centro de los chilenos.

Los cañones de éstas, colocados en la falda i en las alturas del cerro, no podian ya dirigir sus fuegos sobre las tropas que se hallaban al pié. Las fuerzas peruanas pudieron, pues, co-

menzar a subir el cerro sin mayor peligro; pero cuando ya se acercaban a las baterías, fueron recibidas por una carga vigorosa a la bayoneta que vino a cambiar la faz del combate. Algunas compañías de fusileros, sacadas de dos batallones formados por los esforzados mineros de Copiapó i de Coquimbo, acometieron a los asaltantes con furor irresistible, los arrollaron tres veces consecutivas i barrieron con ellos hasta la llanura. Parece que en esos momentos, los fuegos que los aliados dirijian sobre los chilenos para secundar el asalto, hicieron mayores destrozos en las fuerzas de los asaltantes, i contribuyeron poderosamente a aumentar la confusion i el desorden del ejército aliado.

Miéntas tanto, las baterías que guardaban los dos extremos de la division chilena, mantenian el fuego con todo vigor, introduciendo el desorden i el espanto en las filas enemigas. Fué inútil que el ala derecha del ejército aliado pretendiese avanzar por ese lado para cambiar la faz de la batalla: la batería chilena de cañones Krupp que habia enfrente, bajo el mando del sarjento mayor don Benjamin Montoya, apoyada por el fuego de algunas compañías de fusileros, hizo retroceder al enemigo i dispersó por completo su caballería. Producido ese desconcierto en este punto, introducida la confusion en el centro de su línea por la dispersion i la fuga de los destacamentos que habian pretendido subir al cerro, los aliados comenzaron a retroceder, i acabaron por abandonar el campo a las cinco de la tarde ¹.

1. Como se ve por esta rápida reseña, el triunfo de los chilenos en Dolores fué debido principalmente a la maestría de sus artilleros i al poder de sus cañones; si bien la valiente carga a la bayoneta de los batallones de Atacama i de Coquimbo rechazó un ataque que pudo haber cambiado la suerte del combate. Pero los jefes del ejército de la alianza han buscado muchas razones para escusar una derrota que no entraba en su prevision, la derrota de once a doce mil hombres por una division de solo cinco o seis mil. Segun unos, los culpables del desastre eran los cuerpos bolivianos que habian hecho fuego sobre los destacamentos peruanos rechazados por las bayonetas chilenas en la subida del cerro. Segun otros, la responsabilidad de la derrota recaia sobre el jeneral Buendía i su estado mayor, por no haber empeñado la batalla por la mañana, como si la hora hubiera tenido alguna importancia para que los chilenos manejaran ménos bien sus cañones. A juicio del estado

La retirada del ejército aliado se hizo al principio con cierto orden a pesar de los fuegos de cañon que continuaban haciéndoles los chilenos desde sus baterías, i de la persecucion de algunos cuerpos de infantería desplegados en guerrilla. Pero, cuando hubo llegado la noche, i sobre todo cuando una neblina espesa, frecuente en aquellos desiertos, donde se le conoce con el nombre de camanchaca, hubo cubierto la tierra, fué tal el desconcierto de los fujitivos, que nadie guardó formacion, ni oia, ni obedecia voz alguna de mando. Las tropas, que casi no habian dormido la noche anterior para llegar al teatro del combate ántes de amanecer, i que en todo ese dia solo habian comido por la mañana algunos bocados, estaban estenuados de cansancio i de fatiga, desmoralizadas por la derrota, i temiendo a cada rato verse acometidas por el enemigo. Si a esas horas hubiese caido sobre ellas un rejimiento de caballería, o si siquiera se hubiese hecho sentir el toque de carga, la dispersion de ese ejército habria sido completa i definitiva. Aun así, sin ser eficazmente perseguidos, los aliados abandonaron en la fuga sus heridos, tanto oficiales como soldados, toda su ar-

mayor, la batalla se perdió no solo por causa de los bolivianos que introdujeron la confusion haciendo fuego sobre los peruanos, sino que por atolondramiento de algunos jefes, se empeñó el combate en la tarde, sin querer esperar el dia siguiente, como estaba pensado. Lo cierto es que los vencidos no han querido dar la única esplicacion verdadera de su derrota, esto es, la mejor calidad i organizacion del ejército chileno.

En enero de 1880, un diario de Nueva York, deseando darse cuenta del resultado de esta batalla, quiso aprovechar la residencia accidental del jeneral Prado, el ex-director de esta guerra, en aquella ciudad; i al efecto se recojieron de su boca las esplicaciones del caso, que el referido diario reveló a sus lectores en la forma siguiente: «Los jenerales aliados querian dar una batalla científica, segun los principios de la estrategia, i que correspondiese a la cultura i civilizacion del Perú i a la instruccion militar del ejército de su mando. Con este objeto habian designado el dia siguiente para tomar todas las medidas del caso, a fin de dejar bien puesto el nombre del Perú en un combate que debia asombrar a la América. Pero los chilenos que son unos bárbaros ignorantes, incapaces de apreciar lo que vale la táctica militar, anticiparon la batalla, i atacaron i destrozaron al ejército peruano sin darle tiempo a acabar de combinar sus planes estratégicos». Dejando a un lado todo lo que hai de burla en esta esplicacion, queda sin embargo en ella un gran fondo de verdad.

Conviene advertir aquí que los peruanos i bolivianos llaman a esta batalla de San Francisco, por el nombre de uno de los cerros en que tuvo lugar.

tillería, sus pertrechos, sus víveres, sus mulas de carga i un número armamento.

En la tarde de ese día, i cuando los aliados habian emprendido ya la retirada, llegó al campamento chileno el jeneral Escala; i tras de él algunos cuerpos del ejército chileno que no habiendo alcanzado a entrar en combate, habrian podido activar la persecucion. Pero el jeneral en jefe casi no acertaba a creer lo que veian sus ojos, i no podia comprender que un ejército de once a doce mil hombres hubiera sido puesto en fuga por una division que apenas contaba la mitad de ese número.

Por un exceso de prudencia, mui comprensible sin embargo, para quien conozca los antecedentes, i siendo entrada la noche, el jeneral en jefe suspendió la persecucion, i contrajo toda su vijilancia a impedir cualquiera sorpresa. Solo en la mañana siguiente, cuando salieron del campamento las primeras partidas a recojer noticias del enemigo, se supo por los dispersos i por los heridos que la derrota de éste habia sido completa. Esas partidas tomaron mas de cien prisioneros, i entre éstos un jeneral i un coronel, doce cañones abandonados por los fujitivos, i un número considerable de armas, de vestuario i de municiones. En cuatro leguas a la redonda no habia un solo enemigo en estado de oponer la menor resistencia. El campo estaba sembrado de mas de quinientos cadáveres de peruanos i bolivianos. En cambio, el ejército chileno solo habia tenido 62 muertos i 187 heridos, entre oficiales i soldados.

El dia siguiente de la batalla de Dolores, esto es el 20 de noviembre, la desorganizacion del ejército aliado era completa. La caballería se habia dispersado de tal suerte que no se hallaba un solo soldado de esta arma. La artillería habia abandonado sus cañones. Los cuerpos bolivianos, aterrorizados con la suerte del combate, i víctimas de las acusaciones que les hacian los peruanos, no quisieron acompañar mas tiempo a éstos, i marcharon hácia la cordillera para internarse en Bolivia. Una parte de las mismas tropas peruanas, desobedeciendo a sus jefes, tomaron en dispersion los caminos del norte para llegar a Arica.

En medio de aquel desorden, sin embargo, el jeneral Buendía, o mas propiamente su jefe de estado mayor, el coronel don Belisario Suárez, consiguió reunir algunos cuerpos i marchar en cierto orden a la pequeña ciudad de Tarapacá, capital de la provincia del mismo nombre. El propósito de estos jefes era reorganizar allí sus fuerzas, i en seguida marchar ordenadamente a Arica. Antes de ponerse en camino, comunicaron a las autoridades de Iquique el desastre que acababan de sufrir, disponiendo que una division del ejército peruano que habia quedado en esta ciudad, avanzase a marchas forzadas a reunirse con ellos en Tarapacá.

Ya habia llegado a Iquique la noticia de la derrota de las armas aliadas; pero mui pocas personas querian darle crédito. Parecia imposible que el ejército que algunos dias ántes habia salido tan seguro de la victoria, hubiese sido destrozado por los chilenos. Toda duda desapareció cuando mas tarde se recibió un mensaje del jeneral Buendía.

El 22 de noviembre se reunió un consejo a que asistieron los jefes militares i las autoridades de la ciudad. Allí se decidió abandonarla el mismo dia despues de inutilizar las armas que no pudieran llevarse. A las tres de la tarde, salieron los batallones que quedaban en la plaza en número de mas de 1,500 hombres, para marchar a reunirse en Tarapacá con el jeneral Buendía. El prefecto de la provincia, jeneral López Lavalle, no se halló con ánimo para correr las aventuras de esa campaña, i buscó en la fragata de S. M. B. *Turquoise* un asilo que los marinos ingleses le concedieron cortesmente. La ciudad quedó guardada por las compañías de voluntarios bomberos, compuestas en su casi totalidad de extranjeros.

Iquique estaba bloqueado en ese momento por dos buques de la escuadra chilena. En la misma tarde, los cónsules de los Estados Unidos, Alemania, Inglaterra e Italia pasaron a bordo del *Cochrane* a comunicar a su comandante que las autoridades civiles i militares de la ciudad la habian abandonado en manos del cuerpo consular extranjero, i que por tanto, el jefe chileno podia tomar las medidas que considerase oportunas. En consecuencia, el comandante Latorre impartió inme-

diatamente aviso a Pisagua, i en la mañana siguiente hizo desembarcar a uno de sus oficiales con 125 hombres que tomaron posesion tranquila de la ciudad. Cuarenta i siete marineros de la *Esmeralda*, salvados del naufragio de este buque el 21 de mayo, i retenidos allí como prisioneros de guerra, fueron restituidos a la libertad.

Iquique quedó desde entónces en poder de los chilenos. El mismo dia 23 de noviembre llegaba de Pisagua el ministro de la guerra, trayendo por mar una guarnicion considerable, i restablecia la administracion pública bajo el amparo de la bandera victoriosa de Chile. Los nacionales no tuvieron nada que sufrir con este cambio de dominacion, porque se les dejaba la libertad de vivir en paz bajo las nuevas autoridades o de salir de la provincia a donde mejor quisiesen. Los extranjeros, por su parte, vieron en el nuevo órden de cosas la inauguracion de un réjimen de honradez i de justicia bien diferente al que constituia el fundamento de la administracion peruana.

Hasta ese momento, sin embargo, no se apreciaba debidamente en el campamento chileno la importancia de la victoria de Dolores; i lo que fué un verdadero error de parte del jeneral en jefe, no solo no se habia emprendido la persecucion formal i efectiva de los restos dispersos del ejército enemigo, sino que ni siquiera se habian hecho los reconocimientos convenientes acerca del rumbo que llevaban los fujitivos.

Este error, que solo puede esplicarse por un exceso de prudencia, por el temor de esponer a las divisiones chilenas al peligro de una sorpresa, permitió al jeneral peruano reorganizar alguna parte de sus fuerzas i llegar por fin al pueblo de Tarapacá en la mañana del 22 de noviembre. Las fatigas i sufrimientos de esa marcha de dos dias exceden a toda descripcion. El cansancio, el insomnio, el hambre, el calor, habian quebrantado de tal suerte el ánimo del soldado, que sin la enerjía del coronel Suárez, jefe de estado mayor peruano, el aniquilamiento de esas tropas habria sido completo. En Tarapacá hallaron descanso i víveres, i allí debian esperar que se les reuniese la division que habia quedado en Iquique, para continuar en seguida la retirada al norte.

La primera fuerza que salió del campamento chileno, fué un cuerpo de 400 soldados de caballería bajo el mando del coronel Sotomayor. Su encargo no era perseguir a los fujitivos, sino marchar al sur a tomar posesion de todas las localidades que hai al norte i a las inmediaciones de Iquique. El coronel Sotomayor puso en el desempeño de esta comision toda la actividad i la enerjía que habia desplegado desde el principio de la campaña. Recorrió en cuatro dias toda aquella rejion, estableciendo en diversos puntos las autoridades chilenas, capturando las armas i municiones del enemigo, i persiguiendo las últimas partidas que allí quedaban del ejército peruano. A una de éstas quitó todo el archivo del estado mayor peruano que habia sido sacado de Iquique para trasladarlo a Tarapacá. Por los prisioneros tomados al enemigo en esta campaña, conoció el plan de retirada de los jefes peruanos, i el número de jente que reunian con este objeto. Inmediatamente dió el aviso de todo a las autoridades chilenas de Iquique i al campamento del jeneral en jefe; pero sus comunicaciones no pudieron llegar con oportunidad para disponer las operaciones subsiguientes de la guerra.

Miéntas tanto, el 24 de noviembre habia salido del campamento chileno de Dolores, bajo las órdenes del teniente coronel don José Francisco Vergara, un cuerpo de unos 400 exploradores. Se habia adelantado hácia el pueblo de Tarapacá, i recojió de los dispersos la noticia de que los enemigos refujados allí no pasaban de 1,500 a 2,000 hombres, i que éstos se hallaban mas o ménos desmoralizados. El comandante Vergara detuvo su marcha para comunicar esta noticia al campamento i para recibir refuerzos. El jeneral en jefe hizo salir el dia 25 un cuerpo de 1,800 hombres a las órdenes del coronel don Luis Arteaga, que debia ponerse a la cabeza de toda la division. Las fuerzas de ésta, formaron un total de 2,285 hombres de las tres armas con ocho piezas de artillería.

Pero el enemigo no se hallaba ya en situacion de ser sorprendido impunemente por una fuerza como la que marchaba a buscarlo. A las tropas que habian llegado allí en formacion junto con los jefes, se habia reunido mas de un millar de dis-

persos que iban a buscar un asilo contra el hambre i la sed de los áridos salitrales del desierto. Todos ellos preferian los riesgos de una retirada en masa a las fatigas i a la muerte por estenuacion en aquellas inhospitalarias soledades, e iban a agregarse a sus batallones, movidos por el instinto de la propia conservacion.

El dia 26 de noviembre se reunió tambien allí la otra division que venia intacta de Iquique, sin haberse batido una sola vez, i sin haber sufrido mas quebrantos que el cansancio de la marcha. El jeneral Buendía llegó a contar en Tarapacá mas de cinco mil hombres. En ese pueblo habian hallado agua en abundancia, una regular provision de víveres i el descanso necesario contra las fatigas de las jornadas anteriores. Los jefes peruanos sabian bien que con esas fuerzas no podian recomenzar la campaña contra el ejército chileno, i solo pensaban en continuar su retirada hácia el norte para reunirse con las tropas que quedaban en Tacna i Arica. Tan léjos estaban de pensar que serian perseguidos, que el mismo dia 26 mandó el jeneral Buendía que marchasen adelante dos destacamentos con unos 1,400 hombres, i él se quedó en Tarapacá con otros 3,600 que necesitaban todavía de una noche mas de descanso. Allí durmieron como en los dias de mas perfecta paz, sin siquiera colocar centinelas avanzadas en los alrededores, i sin sospechar que el enemigo se hallaba en las inmediaciones.

Tarapacá es un villorio de 1,200 almas, situado a orillas de un riachuelo que corre en el fondo de un estrecho valle que descende de las serranías de la cordillera hácia las llanuras salitrosas del desierto. Ese valle, encerrado de uno i otro lado por dos cordones de cerros, mide solo un quilómetro de ancho, i forma una especie de oasis en el desierto, porque hai allí vegetacion i cultivo. Este era el teatro en que se iba a desenvolver uno de los mas sangrientos episodios de la guerra que contamos.

La division chilena, despues de caminar todo el dia por los ásperos salitrales del desierto, se reunió a la avanzada que mandaba el comandante Vergara a las once de la noche, i tres leguas ántes de llegar a Tarapacá. Allí se dió un corto descan-

so a los soldados, mientras los jefes disponían el plan de ataque para sorprender al enemigo. Las tropas se dividirían en tres columnas de fuerzas diferentes, según la importancia de las operaciones encomendadas a cada una de ellas. Así, mientras la más numerosa, bajo las órdenes del comandante don Eleuterio Ramírez atacaría de frente por el fondo del valle, las otras dos ocuparían las alturas de los lados para encerrar al enemigo i obligarlo a rendirse o a dispersarse. Esas columnas debían ponerse en camino a las tres de la mañana, para romper sus fuegos a la primera luz del día siguiente 27 de noviembre.

La primera columna de la división chilena, compuesta de solo 400 hombres, bajo las órdenes del comandante don Ricardo Santa Cruz, se extravió en su marcha por causa de la espesa neblina que se levanta cada noche en aquellos lugares. Llegó a los bordes de la barranca que cierra por el norte el valle de Tarapacá, no antes de amanecer, como estaba previsto, sino a las ocho de la mañana. Llevaba la orden de cruzar el valle i de ganar en seguida las alturas que lo encierran por el lado del sur. Pero a esa hora, este movimiento ofrecía las mayores dificultades, porque el enemigo, aunque no esperaba el ataque, estaba en pie i había de empeñar un combate cuyo éxito no debía ser dudoso, vista su inmensa superioridad numérica sobre esa pequeña columna. La prudencia aconsejaba no bajar a la quebrada; i en efecto, si cambiando de plan, hubiera esperado en la altura al resto de la división chilena, ésta, servida por sus cañones, habría podido desbaratar i dispersar desde allí las fuerzas peruanas que ocupaban el valle. Pero pudo más el principio de obediencia militar, apoyado también por la confianza que daban al soldado sus triunfos anteriores; i la columna continuó su marcha por los estrechos senderos de la barranca.

En esos instantes, los cuerpos peruanos comían descuidados las provisiones que se acababan de distribuírseles para continuar la retirada. A la vista de los chilenos que comenzaban a asomarse por las laderas del norte, los tambores tocaron jenerala i todo el mundo corrió a formarse en sus cuerpos res-

pectivos. Bajo el impulso de los jefes i oficiales, los soldados se precipitaron a su vez a las alturas por diversos senderos, i en poco rato colocaron a la columna chilena en la situacion desventajosa en que ellos se hallaban poco ántes. Esa columna, sin embargo, contestó los fuegos que por todas partes se le hacian, i aunque sufriendo grandes pérdidas, sostuvo cuanto pudo el combate, dando tiempo a que entrasen en él las otras dos columnas. Fué inútil que éstas tratasen de ejecutar el plan convenido. La batalla se habia empeñado en circunstancias en que era imposible llevarlo a cabo, i fué necesario aceptar la lucha en esas condiciones.

Imposible es describir en sus pormenores las peripecias de aquel rudísimo combate. Las relaciones de los actores solo consignan los rasgos principales, o dan detalles aislados que no bastan para encadenar todos los incidentes. Se peleaba en la altura i en el valle, i se peleaba con un encarnizamiento sin igual, cuerpo a cuerpo muchas veces, cambiando constantemente de frente, segun las necesidades de la defensa, i por destacamentos aislados.

En esos movimientos rápidos i repentinos, los chilenos se vieron forzados a abandonar algunos de sus cañones, que por lo demas no eran de ninguna utilidad en un combate empeñado en estas condiciones. Sus tropas, agobiadas por el cansancio i por el insomnio, devoradas por una sed rabiosa, parecian próximas a desfallecer ante el número doble de sus enemigos, i de enemigos repuestos de sus fatigas por uno o mas dias de descanso, i libres de los tormentos del hambre i de la sed. Pero el vigor físico i moral del soldado chileno, su orgullo de vencedor en los combates anteriores, i la obediencia a los jefes i oficiales, se sobrepusieron a todo. Esos hombres de fierro, avezados a los mas duros trabajos de la industria, hasta el dia que la patria reclamó el auxilio de sus brazos, resistian con un heroismo impetuoso que ni aun en un trance tan desfavorable desesperaba de alcanzar la victoria. Los chilenos, oficiales i soldados, cubrian el campo con sus cadáveres, pero vendian caras sus vidas, i a cada rato abrian con el rifle i con la bayoneta anchas brechas en las filas enemigas.

A la una del día, cuando su situación parecía mas desesperada, la suerte de la batalla vino a cambiarse en su favor. La division chilena tenia un cuerpo de caballería de 115 granaderos que por causa de las condiciones del terreno no habian podido entrar en combate en las laderas del valle. A esa hora habian bajado a la llanura; i a la voz del sarjento mayor don Jorge Wood, ayudante del jefe de la division, ese cuerpo de jinetes se formó en batalla, reuniendo a su lado a los soldados a quienes la confusion de la pelea habia separado de sus compañeros. La caballería iba a hacer un último esfuerzo; i en efecto, lanzada a galope sobre los pelotones enemigos, los acometió, sable en mano, con ese vigor irresistible que ha hecho famosos en la guerra a los caballos i a los jinetes chilenos. Aquella, mas que un combate, fué una carnicería espantosa. Recobrados con este apoyo, los infantes estrechan de nuevo sus filas, i cargan otra vez con un enemigo que comenzaba a ceder. Poco mas de una hora de esta lucha bastó para que los peruanos principiaran a batirse en retirada, abandonando el campo a sus audaces vencedores. Los chilenos, aunque casi quintados en la refriega, i estenuados de fatiga, pudieron cantar victoria. En el momento se diseminaron por el valle para beber en las aguas del riachuelo, para recoger a los heridos, para tenderse a descansar a la sombra de los árboles o en las chozas i enramadas que habia en el campo vecino.

Ese habria sido el momento de disponer una prudente i segura retirada; i éste fué, segun parece, el pensamiento de los jefes. Pero la tropa no se sentia con fuerzas para contramarchar por los abrasadores sañitales del desierto, i no habria habido peligro que la decidiese a privarse de algunos momentos de descanso. Los caballos mismos necesitaban refrescarse; i fué necesario dejarlos beber en las aguas del rio. A las cuatro de la tarde, solo unos 400 hombres habian ganado la altura: el resto de la esquilhada division se hallaba todavía en el valle, diseminado i sin la idea del menor peligro. Solo algunos pelotones mantenian el fuego contra las partidas enemigas que habian tardado mas en retirarse.

A esa hora cabalmente llegaba a éstas un refuerzo poderoso,

Los dos destacamentos peruanos que en número de 1,400 hombres habian emprendido el dia anterior su marcha hácia el norte, se hallaban en la mañana del dia de la batalla a dos leguas de Tarapacá. Al saber la primera aparicion de los chilenos en las alturas que dominan aquel pueblo, el jeneral Buendía habia enviado la órden de hacer volver esas tropas; ellas llegaban a las cuatro de la tarde a renovar el combate contra los restos destrozados i estenuados de la division chilena, que despues de cinco horas de la mas dura pelea habian quedado dueños del campo.

La faz del combate iba a cambiar. La aparicion de estos auxiliares que venian de refresco, renovó el aliento de los dispersos peruanos; i ántes de mucho habian entrado en batalla cerca de cuatro mil hombres. Los chilenos que ocupaban el valle resistieron todavía al empuje de esas fuerzas. Apoderados de algunas casas i chozas, abrieron troneras en las paredes, i por ellas vomitaban verdaderas lluvias de fuego nutrido. Los enémgos no hallaban otro medio de vencer esa tenaz resistencia, que prender fuego a los techos de paja de esos edificios; i el incendio vino a hacer lo que no habian podido ejecutar los hombres. En otros puntos del valle, la lucha se sostenia cuerpo a cuerpo, uno contra tres, i solo los que podian abrirse camino llegaban replegándose a las alturas. En el encarnizamiento de la lucha, los peruanos no querian hacer prisioneros, que, por otra parte, los habrian embarazado en la marcha que proyectaban, i mataban sin piedad a todos los dispersos que veian a su paso i aun a los heridos que yacian tirados en el campo. Las crueldades de esta última hora son indescriptibles, i apénas salvaron de ellas unos pocos heridos que fueron dejados por muertos, i unos cincuenta prisioneros salvados por la humanidad de uno o dos jefes.

Las descargas de fusilería eran mas débiles a cada rato, i a las seis de la tarde se suspendió del todo el fuego. Los soldados peruanos, en número de cerca de 4,000 hombres no se atrevieron a moverse de su campamento, miéntras los restos de la division chilena, es decir 1,400 hombres estenuados de hambre i de fatiga, se retiraban en órden, sin ser molestados

i llevándose algunos de sus cañones i todos los prisioneros que habian quitado al enemigo.

¿De quién era la victoria en esta sangrienta jornada? Hé aquí una pregunta que es mui difícil contestar, porque las dos partes se han proclamado vencedores ². Para resolver esta cuestion conviene examinar las pérdidas respectivas i las consecuencias finales del combate.

La division chilena habia entrado a la pelea con 2,285 hombres; i se retiraba dejando muertos en el campo tres jefes de batallon, el mas célebre de los cuales era el comandante don Eleuterio Ramírez, 18 oficiales i 525 soldados. Sus heridos eran 21 oficiales i 191 soldados. Dejaban tambien algunos de sus cañones i 56 prisioneros, de los cuales uno solo era oficial. En cambio, se retiraban llevando un número un poco inferior de prisioneros, i entre éstos ocho oficiales.

En los despachos oficiales del estado mayor peruano no se dice con fijeza el número de sus soldados que entraron en combate. En el cuadro de las pérdidas de esa jornada, el jeneral Buendía habla de 236 muertos, entre ellos 29 jefes i oficiales, i de 261 heridos, i cuenta como dispersos a los oficiales i soldados que cayeron prisioneros en poder de los chilenos. Hai en todo esto la misma exajeracion que siempre se halla en los documentos peruanos; i no es difícil demostrar que en las listas de los heridos peruanos faltan algunos oficiales que al día siguiente fueron recojidos por el ejército chileno. Se sabe sí de positivo que el ejército de Buendía que se batió en Tarapacá, incluyendo los cuerpos que en la tarde entraron de refresco, pasaba de cinco mil hombres, i que el día siguiente el campo i sus alrededores estaban sembrados de mas de ochocientos peruanos muertos o heridos de tal gravedad que no habian podido seguir la retirada.

2. El gobierno del Perú hizo anunciar en Europa i Estados Unidos que el combate de Tarapacá era una victoria espléndida i decisiva de sus *armas*, añadiendo que era la batalla mas *estratégica* que se haya dado en la América del Sur. La sumaria relacion que dejamos hecha revelará cuánta exajeracion hai en estas apreciaciones i cuán léjos estuvo de haber una regular *estrategia* en este combate.

Pero si aquel combate fué una victoria para las armas peruanas, como lo dijeron sus documentos oficiales i su prensa, fué la victoria mas desastrosa i mas ineficaz que recuerden los fastos de la historia. Es verdad que los peruanos habian quedado dueños del campo, pero no solo no pudieron perseguir a los restos de la division chilena, sino que ni siquiera les fué posible conservar sus posiciones.

En efecto, a las once de esa misma noche, i tan pronto como la tropa hubo tomado algun descanso, el jeneral dictó las medidas del caso para emprender la retirada. No pudiendo llevarse los cañones que los chilenos habian abandonado, los ocultaron cuidadosamente debajo de tierra para que no volvieran a caer en manos de sus primeros dueños. Fueron tambien abandonados algunos cajones de municiones i de víveres que era difícil o penoso trasportar, así como una gran cantidad de armas de los soldados muertos en el combate. Nadie pensó en sepultar los cadáveres de los amigos i mucho ménos de los enemigos, que estaban tirados en todo el valle i que embarazaban algunas de las calles del pueblo, o las casas i chozas de las inmediaciones ³. Pero lo que mejor esplica las circunstancias bajo las cuales se emprendia esta retirada, fué el abandono de todos los heridos que no podian marchar por sí mismos i entre los cuales habian unos 16 oficiales i cerca de 200 soldados peruanos. Algunos de esos oficiales eran de un rango elevado (uno de ellos era el coronel don Miguel Rios, jefe de la division que habia llegado de Iquique el dia anterior), i gozaban de gran consideracion en el ejército. Este abandono era tanto mas cruel cuanto que nadie podia suponer cuánto tiempo pasaria ántes de que esos infelices fueran socorridos. En Tarapacá no quedaban ni médicos, ni botiquines, ni nada de lo que podian necesitar los pobres heridos que sus compatriotas abandonaban tan inhumanamente, por la

3. Los oficiales peruanos buscaron con el mayor empeño en las mochilas de los soldados chilenos las cartas jeográficas que éstos llevaban para guiarse en sus marchas. Esas cartas les fueron de grande utilidad en la retirada que emprendieron.

necesidad urjentísima de retirarse de ese lugar i de evitar un nuevo combate.

Preciso es advertir que esta extraordinaria actividad que los peruanos ponian en continuar su retirada era perfectamente justificada. En la tarde del mismo dia 27 de noviembre llegó al campamento chileno de Dolores un aviso remitido del campo de batalla. Decíase allí que la division del coronel Arteaga habia empeñado combate contra un ejército mas de dos veces superior. Por ausencia accidental del jeneral en jefe, mandaba allí el jeneral don Manuel Baquedano; i éste con una prontitud admirable, se ponía en marcha en la misma tarde a la cabeza de una division de mas de cinco mil infantes i de tres baterías de artillería. En el camino debian juntársele unos quinientos jinetes. Con esa division marcharon tambien algunos cirujanos i todo el material necesario para los hospitales. Se comprenderá fácilmente la suerte que habria cabido a los restos del ejército peruano si hubiesen quedado algunas horas mas en Tarapacá.

Pero el jeneral Baquedano no necesitó llegar a esa ciudad. En las altas horas de la noche supo lo que habia ocurrido en el combate, i sus exploradores le comunicaron en breve que el enemigo habia abandonado el campo de batalla, i que debia hallarse a muchas leguas de distancia, lo cual hacia imposible su persecucion por aquel lado. Limitóse en consecuencia, a hacer avanzar algunas fuerzas hasta Tarapacá i a enviar dos cirujanos i todo el material de ambulancias para atender a los heridos.

Tarapacá ofrecia en esos momentos el cuadro de la desolacion mas espantosa. El pueblo se hallaba casi desierto porque sus habitantes lo habian abandonado el dia del combate. Los heridos estaban confundidos con los muertos, i algunos de ellos habian perdido tanta sangre que fué imposible salvarlos. Los cirujanos del ejército chileno hicieron todo lo que era humanamente posible para curar a los amigos i a los enemigos. La ambulancia hizo trasportar a aquellos heridos de ménos gravedad, i estableció en el mismo pueblo un hospital para curar a los que no era posible mover. Sin ese pronto

ausilio, muchos de aquellos infelices habrían perecido en el mayor desamparo. Así se salvaron las vidas de algunos oficiales que los chilenos habían creído muertos, cuando vieron que faltaban en las filas después del combate.

Las tropas se ocuparon igualmente en sepultar los cadáveres que yacían tirados en el campo i en las calles del pueblo. Del mismo modo, se recojió un numeroso armamento, compuesto de mas de quinientos fusiles, algunas municiones i otros objetos abandonados por los dos combatientes. Por último, se descubrieron los lugares donde habían sido enterrados los cañones, i se colocaron sobre las cureñas que estaban tiradas en el campo.

La retirada de los restos del ejército peruano desde Tarapacá hasta Arica forma uno de los cuadros mas terribles i conmovedores de toda esta campaña. Los fujitivos seguían su marcha por las faldas de la cordillera para evitar todo encuentro con las tropas chilenas que eran dueñas de las llanuras, i tenían que andar sin descanso por laderas asperísimas, sin abrigo contra los rayos de un sol abrasador durante el día, i de un frío intenso durante las noches. Allí no había ni árboles ni verdura, ni mas camino que estrechas laderas, con frecuencia bordeadas por despeñaderos horribles. Era preciso andar jornadas enteras sin encontrar agua; i a veces cuando se hallaba, era de mala calidad. En el camino se hallaban algunos villorrios miserables, poblados en mejores días por dos o mas centenares de habitantes, casi desiertos ahora, i además saqueados por los dispersos peruanos fujitivos de la batalla de Dolores, que pocos días ántes habían pasado por allí llevándose los víveres i cuanto encontraban. Muchos soldados murieron de estenuacion i de sed: otros se suicidaron con sus propias armas para evitarse una muerte mas cruel. La disciplina había desaparecido completamente sin la energía desplegada por algunos de los jefes; i aun así el soldado que se apoderaba del caballo de un oficial, lo retenía para su uso, a ménos que el dueño lo defendiese con su revólver en la mano.

Se comprenderán mejor estas penalidades inauditas cuando se recuerde que la marcha duró veinte días, i que sin em-

bargo la distancia jeográfica que media entre Tarapacá i Arica, que era el término del viaje, no pasa de cuarenta leguas. Pero a los inconvenientes que oponian la aspereza i las dificultades del camino, el cansancio de la tropa, la carencia de bestias de carga, i el mal estado de las pocas con que contaban los fujitivos, hai que agregar otra no ménos grave. Los restos de la division peruana creian verse acometidos cada dia por las avanzadas chilenas, sobre todo desde que se apartaron de la falda de la montaña para dirijirse a Arica. Para evitar esos ataques, casi siempre imaginados por el miedo, era preciso retroceder, hacer un desvío i en definitiva, prolongar la marcha con todas sus angustias i sus sufrimientos. Si los pequeños destacamentos de caballería chilena que éntonces estaban cerca del rio Camarones, hubieran conocido esa situacion, habrian pedido algun refuerzo a Pisagua i habrian dispersado casi sin combatir los últimos restos del ejército peruano de Tarapacá.

Aquella sangrienta jornada pone término a la primera campaña del ejército chileno en el territorio del Perú. Desde éntonces, toda la importante provincia de este nombre quedó sometida al ejército de Chile, i bajo la jurisdiccion de esta república. Un mes escaso de campaña activa habia bastado para conseguir este resultado. Los puertos fueron abiertos al comercio, i la industria, colocada bajo el amparo de una administracion mejor, comenzó a tomar un nuevo i mas vigoroso desenvolvimiento.





CAPITULO IX

Caida de los presidentes del Perú i de Bolivia, diciembre de 1879

El presidente del Perú cede al de Bolivia el mando del ejército aliado para que marche a atacar a los chilenos.—Sale a campaña el jeneral Daza.—Retirada de Camarones.—Al saber las victorias de los chilenos el presidente Prado abandona a Arica i se marcha a Lima.—La escuadra chilena establece el bloqueo de Arica i recorre toda la costa del Perú.—Descontento en Lima.—Don Nicolas de Piérola se niega a aceptar un ministerio.—Ajitacion política en Lima.—Fuga del presidente Prado.—Sus causas.—Revolucion en Lima i en el Callao.—Piérola asume la dictadura.—Trabajos del contra-almirante Montero en Arica.—Descontento de peruanos i bolivianos contra el jeneral Daza.—Propone éste un nuevo plan de campaña que le permitiria volver a Bolivia.—Deposicion de Daza por sus tropas i por el pueblo de La Paz.

La pérdida de la provincia de Tarapacá despues de la desastrosa campaña que acabamos de referir, fué causa de las mas graves perturbaciones en el Perú i en Bolivia. Esas perturbaciones produjeron cambios trascendentales en el gobierno de los dos paises, sin llevar en realidad a la lucha nuevos contingentes de poder para la resistencia.

Hemos contado que el mismo dia que el telégrafo comunicó a Arica el desembarco de los chilenos en Pisagua, los presidentes del Perú i de Bolivia se preocuparon del plan de cam-

pañã que convenia adoptar, i que este plan se redujo a atacar a los invasores por el norte i por el sur, para destruirlos con dos ejércitos que debian obrar en combinacion. Segun las estipulaciones que existian entre los dos gobiernos aliados, en caso de encontrarse en campaña los dos presidentes, el jeneral en jefe seria aquel en cuyo territorio se combatia. Así, pues, en esos momentos correspondia al jeneral Prado, presidente del Perú, el mando supremo de los ejércitos de la alianza. Pero, a la hora de salir a campaña, ese jeneral, que siempre habia anunciado en sus proclamas la firme resolucion de hallarse siempre al lado de sus soldados i en el puesto de mayor peligro, declinó este honor, manifestando que el estado de su salud i las graves ocupaciones que lo rodeaban, no le permitian dejar a Arica. El jeneral Daza, presidente de Bolivia, asumió entónces el cargo de jeneral en jefe de todo el ejército aliado.

Se sabè que las tropas peruanas i bolivianas que se hallaban en Iquique i sus inmediaciones subian a cerca de catorce mil hombres, i que ellas emprendieron resueltamente la campaña contra los chilenos. En el norte, es decir en Tacna i en Arica, los aliados tenian mucho ménos tropas. Además, el presidente Prado sosteniendo que necesitaba jente para defender a Arica de cualquier ataque por mai, dejó en esta plaza todas las fuerzas peruanas que formaban un efectivo de cerca de cuatro mil hombres. El jeneral Daza, por su parte, sacó de su campamento de Tacna todas las tropas bolivianas que estaban en situacion de emprender la marcha, i que montaban a poco mas de 2,500 hombres. En Arica se les dió algun dinero, que no habia de servirles de nada en la travesía del despoblado, pero se les suministraron pocos víveres i pocos elementos de trasporte, que habrian sido necesarios para la campaña. Sin embargo, en la mañana del 11 de noviembre rompieron la marcha llenos de entusiasmo i de fé en el resultado de la guerra. Daza les habia prometido la victoria en cien proclamas en que los chilenos eran llamados miserables, ladrones i piratas cobardes.

La sed, el calor, la falta de medios de movilidad, hicieron

su efecto en aquellas tropas, de suerte que el 16 de noviembre se hallaban sólo un poco al sur del río Camarones. El jeneral Daza, despues de consultar a sus consejeros mas íntimos, no queria pasar adelante. Tenia poca confianza en el resultado de la campaña que iba a mandar en jefe, i estaba persuadido de que un desastre cualquiera habia de ser funesto a su poder. Desde tiempo atras vivia preocupado por los temores de reueltas i de trastornos que amenazaban la estabilidad de su gobierno. Presumia que volviendo derrotado a Tacna, estallaria en Bolivia i quizá en su propio campamento, una revolucion que habia de costarle la pérdida de la presidencia de la república. Para él, entre la conservacion del mando supremo de su pais i la ruina de la alianza, no habia lugar a vacilacion; i por eso, mas que en la guerra que él mismo habia provocado, pensaba en mantenerse en el gobierno.

Durante la marcha, no habia cesado de telegrafiar al presidente del Perú para manifestarle las dificultades que encontraba en el camino, i la dificultad en que su division se hallaba para seguir avanzando. El presidente Prado, seguro del poder de sus tropas, i no queriendo que los bolivianos se llevasen la gloria del triunfo que, segun creia firmemente, debia alcanzar el ejército peruano del sur, bajo el mando del jeneral Buendía, previno a Daza que de acuerdo con una junta de guerra, habia resuelto que aquel jeneral atacase a los chilenos sin esperar las tropas bolivianas que iban del norte, i que por tanto seria inútil i hasta peligroso que éstas siguieran avanzando. El presidente Daza dió conocimiento de este despacho a los jefes de su ejército, i en la tarde del 16 de noviembre impartió a sus tropas la orden de contramarchar.

Por un momento, se dejaron sentir en los batallones bolivianos los síntomas del mas vivo descontento. Se habló de deponer i hasta de fusilar a Daza, a quien acusaban de cobardía; pero con la intervencion de algunos de los jefes, los ánimos se tranquilizaron, i el ejército emprendió la retirada hácia Arica. Solo quedaron al sur del río Camarones algunos cuerpos lijeros que avanzaron hasta inquietar a los chilenos cuando, como hemos dicho atras, tomaban sus posiciones. El pre-

sidente Daza, que habia quedado en aquellas inmediaciones, alcanzó a oír el cañoneo de la batalla del 19 de noviembre, i se replegó precipitadamente a Arica cuando supo por los primeros dispersos que los chilenos estaban vencedores.

La noticia de la victoria de las armas chilenas produjo en Arica la impresion que es fácil suponer. El presidente del Perú hacia mil conjeturas para esplicarse la causa del desastre de su ejército, i acogia todas las excusas que le daban los primeros dispersos de la batalla que llegaban hasta Arica. Los chilenos, le decian unos, tenian doble número de tropas el día del combate. Los bolivianos, decian otros, hicieron fuego sobre los peruanos. La batalla debió empeñarse en la mañana, a juicio de éstos: o el día siguiente, segun la opinion de los otros. El presidente Prado lo aceptaba todo; pero se inclinaba mas a atribuir toda la responsabilidad de la derrota a la impericia del jeneral Buendía i de su estado mayor, esto es de los mismos hombres a quienes él habia confiado la direccion de la campaña, i a la retirada de las tropas bolivianas desde Camarones, que él mismo habia autorizado i aconsejado.

La turbacion de su espíritu producida por este desastre, no le permitia tomar ninguna resolucion; i para mayor desgracia suya, los consejeros que lo rodeaban no discurrieron nada que revelase cordura ni conocimiento cabal de la situacion. Así fué que las únicas medidas que adoptó fueron o inconducentes o erróneas. Mandó que el jeneral Buendía i su estado mayor fuesen sometidos a juicio. En seguida, entregó el mando de las tropas que le quedaban, al contra-almirante don Lizardo Montero, hombre inquieto i turbulento que habia tomado parte en veinte revoluciones en que nunca habia demostrado las dotes necesarias para el mando. Despues de esto, el presidente del Perú se embarcó el 26 de noviembre en uno de los vapores de la compañía inglesa que recorren las costas del Pacífico, i se dirigió al Callao para reasumir el gobierno de la república, que habia dejado siete meses ántes en manos del vice-presidente.

Creíase entónces que el jeneral Prado iba a reunir nuevos ejércitos en la capital del Perú, i que luego llegarían a Arica

numerosos continjentes de tropas para organizar una vigorosa resistencia, capaz no solo de defender esta plaza sino de reconquistar la provincia de Tarapacá. Estas esperanzas no fueron, sin embargo, de larga duracion. Dos dias despues de la partida del presidente Prado, el 28 de noviembre, tres buques chilenos establecian el bloqueo de Arica, i otras naves recorrian la costa hasta Mollendo para impedir que llegase a los peruanos todo socorro que pudiera enviárseles por mar. Al mismo tiempo, algunos destacamentos chilenos desembarcaban en diversos puntos de esa costa para destruir los telégrafos e incomunicar así al ejército de Arica con el gobierno de Lima.

No se limitó a esto solo la accion de la escuadra chilena. Miéntras algunas de sus naves iban a cruzar enfrente del Callao i de los puertos del norte del Perú para perseguir a los trasportes enemigos, otra destruia los elementos de carguío de guano en las islas de Lobos, en las de Chincha i en la bahía Independencia, i apresaba una valiosa lancha-torpedo salida de Panamá para los peruanos. La situacion del Perú comenzaba a ser verdaderamente crítica.

En Lima, entre tanto, no se desconocian los embarazos de esta situacion, si bien se abrigaba todavía una confianza ciega en los recursos i en el poder del Perú. La pérdida de la provincia de Tarapacá habia producido la mas ardiente irritacion. Acusábase al presidente de la república i a sus jenerales de ser los autores de todos los males que caian sobre la nacion. Se les maldecia poco ménos que como a traidores; i a favor de las desgracias de la patria, comenzaron a ajitarse los antiguos partidos políticos movidos por algunos ambiciosos que querian escalar el poder aun en aquellas circunstancias. Sin embargo, el presidente Prado fué recibido en Lima con frialdad, pero sin desacato; e inició en seguida los trabajos de reorganizacion militar.

Su primer pensamiento fué aunar todas las voluntades para continuar la guerra sin estorbos. Para esto, no bastaba el aconsejar la confraternidad de todos los peruanos para rechazar al enemigo comun, sino que era preciso atraerse a los

hombres que pasaban por los mas ardientes enemigos del gobierno.

En este número se hallaba el doctor don Nicolas de Piérola, antiguo ministro de hacienda a quien el congreso peruano habia mandado encausar en 1872 como malversador de los caudales del estado. Desde entónces se habia hecho conspirador franco i resuelto, i durante las administraciones de don Manuel Pardo i del jeneral Prado habia dirijido diversas revoluciones que no lograron trastornar el gobierno establecido. Se juzgará el terror que causaban sus maquinaciones recordando el hecho siguiente. En 1878, cuando fué asesinado en Lima el ex-presidente Pardo, Piérola se hallaba en Europa, i no era posible suponer que él fuese el preparador de este crimen. Sin embargo, se creyó que el complot habia sido fraguado en su casa, i su esposa fué reducida a prision. Despues de esto, Piérola habia residido en Chile; i cuando estalló la guerra con el Perú, condenaba la conducta del gobierno de este pais por conviccion honrada, segun sus amigos, por un obsecado espíritu de partido a juicio de sus adversarios. Sea lo que se quiera, desde que su patria estuvo empeñada en la guerra, i desde que ésta no se presentaba bajo un aspecto favorable, se trasladó a Lima, para prestar a su manera el contingente de su voluntad a la causa de la defensa nacional. Su fama de conspirador audaz lo revestia del prestigio de hombre de carácter de acero, i las turbas creian que solo él podia salvar al Perú en su infortunio. Agréguese a esto que en Lima habia tomado el mando de un batallon de la guardia nacional con el título de coronel.

Para congraciarse con la opinion popular, el presidente Prado olvidó los antiguos odios de partido, i ofreció a Piérola un puesto en su ministerio. Piérola se negó abiertamente a aceptar este cargo, declarando que la salvacion de la patria no podia llevarse a cabo sin un cambio mucho mas radical en el gobierno.

Al mismo tiempo, la prensa de Lima tomaba un tono de censura verdaderamente amenazador. Se acusaba al gobierno de ser la causa de todos los desastres del Perú. En una reu-

nion de personajes notables de la capital, que tuvo lugar en la noche del 16 de diciembre, a que asistieron un obispo i algunos miembros de los tribunales de justicia, i en que se pidió el enjuiciamiento de los jenerales del ejército de Tarapacá i la caída del ministerio, se habia hablado de fortificar la accion del presidente de la república rodeándolo de nuevos consejeros; pero allí mismo se dejó ver que el supremo mandatario no contaba con simpatías mui ardientes ni con partidarios dispuestos a defenderlo resueltamente. Por otra parte, en esa misma reunion se exijia del presidente de la república, como «el deseo enérgico del pais», que el gobierno espulsara inmediatamente de la provincia de Tarapacá al ejército chileno que acababa de afianzar su dominacion en ese territorio con las mas espléndidas victorias. Esta exigencia, mui fácil sin duda de formularse, era de imposible realizacion. Ella imponia al presidente de la república una responsabilidad que era mui peligroso aceptar.

Ante una situacion semejante, el presidente Prado acabó por creerse perdido; i temiendó ser descuartizado un dia u otro por el populacho de Lima, cuyos instintos son feroces en los dias de revuelta triunfante, no pensó mas que en tomar una resolucion suprema que lo pusiera a salvo de tamaño peligro.

El 18 de diciembre el jeneral Prado asistió, como siempre, a su despacho en el palacio de Lima. Como ese era el dia de su cumpleaños, recibió la visita de muchos funcionarios civiles i militares, i manifestó tanta tranquilidad como en los mejores dias de su gobierno. A las tres de la tarde tomó el tren que partia para el Callao. Las personas que lo vieron salir creyeron que el presidente iba a visitar las fortalezas i los cuarteles; i nadie tuvo la menor inquietud.

En las primeras horas de la noche se leia en las calles de Lima la siguiente proclama:

«El presidente constitucional de la república, a la nacion i al ejército:

«Conciudadanos: los grandes intereses de la patria exigen

que hoi parta para el extranjero, separándome temporalmente de vosotros en los momentos en que consideraciones de otro orden me aconsejaban permanecer a vuestro lado. Mui grandes i mui poderosos son con efecto los motivos que me inducen a tomar esta resolucion. Respetadla, que algun derecho tiene para exigirlo así el hombre que como yo sirve al pais con buena voluntad i completa abnegacion.

«Soldados: Si nuestras armas sufrieren parciales desastres en los primeros dias de noviembre, el 27 del mismo se cubrieron de gloria en la provincia de Tarapacá. Seguro estoi de que en cualquiera circunstancia imitareis el ejemplo de vuestros hermanos del sur.

«Peruanos: S. E. el primer vice-presidente de la república queda encargado del poder ejecutivo conforme a la lei. Os recomiendo presteis a sus actos toda vuestra cooperacion.

«Al despedirme os dejo la seguridad de que estaré oportunamente en medio de vosotros.

«Tened fe en vuestro conciudadano i amigo.

Mariano Ignacio Prado.»

«Lima, diciembre 18 de 1879.»

Junto con esta proclama circulaba impreso el decreto siguiente:

«Mariano Ignacio Prado, presidente constitucional de la república.

«Por cuanto estoi autorizado para salir del pais, por la resolucion lejislativa de 9 de mayo de 1879, i asuntos mui importantes i urjentés demandan mi presencia en el extranjero, i es mi deber i mi deseo hacer cuanto pueda en favor del pais,

«Decreto:

«Artículo único. Encárguese de la presidencia de la república S. E. el vice-presidente, conforme a los artículos 90 i 93 de la constitucion.

«Imprímase, publíquese i circúlese para su debido cumplimiento.

«Dado en la casa del supremo gobierno, en Lima, a 18 de diciembre de 1879.—MARIANO IGNACIO PRADO.—*Manuel G. de la Coterá.*—*B. Elguera.*—*Adolfo Quiroga.*—*F. M. Quimper.*»

Esa próclama i ese decreto, leídos en todas partes con la mayor avidez, revelaban a las poblaciones de Lima i del Callao un acontecimiento de la mayor gravedad, la fuga del presidente de la república. En efecto, el jeneral Prado llegó al Callao cerca de las tres i media de la tarde, en compañía de dos de sus ministros i de algunos de sus amigos mas íntimos. Minutos despues tomaba una chalupa de la capitania del puerto, i se dirijia a bordo de uno de los vapores de la compañía inglesa, del *Paita*, que en esa misma tarde seguia viaje para Panamá. Allí mismo se despidió de sus compañeros, asegurándoles que se dirijia a los Estados Unidos i a Europa a comprar buques i armas para volver en pocos meses a castigar a los cobardes chilenos. El *Paita* salió del Callao a las cuatro de la tarde; i solo una hora despues comenzó a divulgarse en el puerto la partida del presidente de la república.

Tan estraña determinacion del jefe supremo del estado, inspirada indudablemente por el deseo de sustraerse a la enorme responsabilidad que le imponia la situacion, habia sido tambien aconsejada por sus ministros, que, como se ve por el decreto que hemos copiado mas arriba, estaban en el secreto de todo. Pero ¿qué podia inducir a los ministros del jeneral Prado a aconsejarle que se ausentase del Perú en momentos tan solemnes? Es fácil comprender que lo ménos en que se pensaba era en que el presidente fuese capaz de adquirir i de organizar una escuadra en el extranjero. Esa empresa habria exijido muchos recursos de dinero i grandes dotes de intelijencia i de actividad; i despues de la campaña de Tarapacá, a nadie se le podia ocurrir que Prado poseia esas cualidades.

Hai, pues, en este imprevisto desenlace de aquella situa-

TOMO XVI.—11

cion, algun misterio que la historia no puede descubrir por el momento, pero acerca del cual no tardarán, sin duda, en aparecer las mas curiosas revelaciones. Es posible que los ministros, conociendo la incapacidad del presidente para dirigir la guerra, quisieran alejarlo del Perú para organizar la defensa del pais con mayor enerjía; pero es mas posible que alguno de esos ministros, probablemente el jeneral don Manuel Gonzalez de la Cotera, hombre de espíritu inquieto i turbulento, que había tomado parte en otras revoluciones, viera en aquel suceso la ocasion de apoderarse del mando supremo. Despues de haber alejado del gobierno al jeneral Prado, nada era más fácil que hacer a un lado al jeneral La Puerta, anciano valetudinario que no inspiraba confianza a nadie.

Sea lo que se quiera. El presidente Prado, que veia destrozado su ejército en el sur, i que comprendia los peligros de la situacion interior, cuando con discursos i proclamas se le exijia que arrojase a los chilenos de Tarapacá, tuvo razon para persuadirse de que estaba perdido. Pero no la tuvo para abandonar el pais de la manera que lo hizo. Se recordará que ocho meses ántes, en marzo de 1879, cuando en el Perú se hablaba con la mayor confianza de invadir a Chile i de obligarlo a firmar la paz en Santiago i bajo la presion de un ejército victorioso, el congreso peruano habia autorizado al jeneral Prado para tomar el mando en jefe de las tropas i para salir del territorio. Esa autorizacion era invocada ahora por el presidente del Perú para embarcarse secretamente, i para abandonar el gobierno i el pais en la situacion terrible a que por falta de intelijencia i de carácter habia dejado arrastrarlo, provocando una guerra que un verdadero hombre de Estado habria sabido i habria podido evitar ¹.

1. A pocas leguas del Callao, el *Paita* fué detenido i visitado por dos cruceros chilenos. El jeneral Prado, creyendo que se le queria sacar a bordo, se hizo ocultar cuidadosamente, i el *Paita* siguió su viaje sin otra novedad. Se ha dicho, no sabemos con qué fundamento, que los marineros chilenos supieron que ese vapor trasportaba al presidente del Perú, i que se hicieron desentendidos calculando que su prision, sin producir ventaja alguna para Chile, daria a ese alto personaje una parte del prestigio que habia perdido con la fuga.

Tan luego como el pueblo de Lima tuvo noticia de la partida del presidente, se hizo sentir en la ciudad una confusion indescriptible. En la misma noche (18 de noviembre) el pueblo tocó a rebato las campanas de la Catedral, i las calles i plazas se llenaron de jentes de un aspecto amenazador. Por todas partes no se oian mas que gritos de furor i de indignacion. ¡Muera Prado! decian unos. ¡Mueran los chilenos que gobiernan al Perú! ¡Mueran los traidores! gritaban otros. Dos de los ministros de estado, seguidos de fuertes escoltas, recorrian las calles, e impidieron por el momento el estallido de una revolucion. La noche se pasó sin ningun suceso definitivo.

A la mañana siguiente, la agitacion volvió a renacer. La prensa alzó la voz para condenar en los términos mas enérgicos la fuga del jeneral Prado. El vice-presidente de la república, jeneral La Puerta, agregaban los diarios, no está en situacion por su vejez i por sus enfermedades de asumir el gobierno supremo en estas circunstancias, i mucho ménos de mandar las tropas que deben operar contra Chile. En tal continjencia, el jeneral Daza, el presidente de Bolivia, debe ponerse a la cabeza de los ejércitos aliados; i el Perú no puede consentir en que sus batallones sean mandados por un Daza. Los agitadores indicaban la necesidad de confiar el gobierno a un hombre de la mas probada enerjía, i comenzaron a señalar a Piérola como el salvador de la situacion. Sin embargo,

El jeneral Prado tocó en Guayaquil el 22 de diciembre, i desde allí dirijió a Lima una larga carta destinada a justificar su conducta, explicando los móviles de su viaje i las razones que habia tenido para hacerlo clandestinamente. «Volveré pronto, decia allí, sea para sepultarme en el mar, sea para ofrecer al Perú una espléndida victoria». Esta carta fué publicada por toda la prensa del Perú, i en todas partes no despertó mas que arranques de indignacion, o las burlas mas sangrientas.

Cuando los diarios de Estados Unidos publicaron en enero de 1880, un telegrama que anunciaba la fuga del presidente Prado el 18 de diciembre, el encargado de negocios del Perú en Washington hizo desmentir la noticia, declarando que era una invencion de los agentes de Chile. El encargado de negocios del Perú decia que él tenia comunicaciones de Lima del 20 de diciembre, i que este dia el presidente Prado estaba tranquilamente a la cabeza del gobierno de su pais. Se comprenderá fácilmente el descrédito en que despues de ésta i otras aseveraciones análogas, cayeron en el extranjero las declaraciones oficiales de los ajentes diplomáticos del Perú.

el día 19 de diciembre pasó en tranquilidad. Solo en la noche volvió el pueblo a reunirse en las calles i plazas de la ciudad, i fué necesario que de nuevo acudiese la tropa a dispersarlo.

Pero aquella situacion no podia durar mucho tiempo. El descontento del populacho iba en aumento; i la tropa comenzaba tambien a inquietarse. En la tarde del 21 de diciembre, uno de los batallones que guarnecian a Lima, se pronunció en abierta rebelion. El jeneral La Coterá, ministro de la guerra, se puso a la cabeza de los otros cuerpos, i apoyado por cuatro piezas de artillería, marchó a atacar en su cuartel al batallon sublevado. Hubo allí un combate encarnizado que duró cerca de dos horas sin resultado decisivo.

Miéntas tanto, la revolucion asomaba en otros barrios de la ciudad. El jeneral La Coterá se vió obligado a suspender el ataque del cuartel en que se defendian los rebeldes para ir a resguardar el palacio de gobierno que se decia amenazado. En efecto, otro batallon igualmente sublevado, se presentó en la plaza principal de la ciudad, capitaneado por su comandante Piérola. El combate se renovó allí, i duró hasta despues de las diez de la noche, sin que el triunfo se declarase por ninguno de los dos contendientes. Diversos piquetes de tropa se habian agregado a los revolucionarios, desertando así de las filas del gobierno. El populacho estaba armado, i se pronunciaba abiertamente por la causa de la revolucion; pero las tropas resistian siempre, i disputaban el triunfo con bastante ardor. A esas horas, las calles i plazas de Lima estaban sembradas de mas de 300 muertos, entre ellos algunos jefes militares. Un número considerable de heridos era asistido en las casas i en las boticas de las calles vecinas. La parte acomodada de la poblacion se hallaba sumida en la mayor consternacion en presencia de un combate cuyo término nadie podía prever.

El coronel Piérola, temiendo que la prolongacion del combate pudiera producir el desaliento de sus partidarios, cambió de plan. Reunió todos los cuerpos que lo acompañaban (que a esas horas ya eran cuatro), i las turbas armadas que los seguian, i se puso en marcha para el Callao, cuya guarnicion

estaba preparada i convenida para apoyarlo. Las fuerzas del jeneral La Cotera no se atrevieron a perseguirlo. El caudillo revolucionario pudo así penetrar en esa ciudad al amanecer del dia 22, i tomar posesion de los cuarteles, i poco mas tarde de los fuertes, sin disparar un tiro. La revolucion quedaba triunfante en aquella importante plaza militar, mientras el gobierno permanecia en Lima rodeado de una poblacion cuya mayoría le era hostil, i de un ejército que no le inspiraba mucha confianza.

El aspecto que presentaba la capital en esa mañana era el de un campamento. Las casas, los almacenes i las tiendas de la ciudad permanecian cerrados, i la mayor intranquilidad reinaba en todas partes. En las calles no se veian mas que destacamentos de tropas armadas como para un combate. El arzobispo i otros dos obispos que se hallaban en Lima, simpatizaban con la causa de Piérola, que siempre habia pertenecido al partido devoto; pero disimulando sus sentimientos, e invocando solo el interes de la patria i de la humanidad, proponian que la revolucion se terminase sin mas efusion de sangre, dejando el jeneral La Puerta el gobierno de la república en manos del caudillo revolucionario. Méenos exigentes que ellos fueron algunos vecinos respetables que se acercaron al palacio a pedir solo que se entablasen negociaciones con los jefes revolucionarios que mandaban en el Callao. El vicepresidente de la república, a pesar de su avanzada edad, manifestó grande entereza. Se negó a entrar en ningun arreglo con los sublevados; i de acuerdo con sus secretarios dispuso que el ministro de la guerra marchase a atacar el Callao a la cabeza de sus tropas.

El jeneral La Cotera parecia resuelto a ejecutar este acuerdo; i aun salió de la ciudad con algunas fuerzas de caballería. Pero sus tropas no estaban dispuestas a acompañarlo en esta empresa. El pueblo habia hecho fuego en la mañana contra un destacamento de soldados en uno de los barrios de la ciudad, i todo hacia creer que la situacion era insostenible, i que la poblacion se sublevaria de nuevo tan pronto como el gobierno sacase las tropas para atacar al Callao. Los jefes mili-

tares desconfiando hasta de sus soldados, i sin ánimos para seguir resistiendo a la conmocion popular, acordaron plegarse al fin a ella, i en consecuencia declararon al ministro de la guerra su firme resolucion de no prolongar mas tiempo la lucha. En vista de esta situacion, uno de los obispos logró reducir al vice-presidente La Puerta a dejar el mando. Antes de anochecer, la revolucion estaba terminada; i en la mañana siguiente (23 de diciembre) Piérola hacia su entrada solemne en la capital.

En el Perú se ha acostumbrado dar el título de jefe supremo del estado a los caudillos que despues de apoderarse del mando por una revolucion, invisten el carácter de dictadores. El coronel Piérola tomó ese título, i en consecuencia procedió a organizar su poder con toda actividad i con toda enerjía. Con el nombre de estatuto provisorio, dictó el 27 de diciembre una constitucion de doce artículos que habrian podido refundirse en uno solo que dijese: «La suma del poder público reside en el jefe supremo del Estado, quien queda investido de facultades omnímodas i absolutas»². Aunque el estatuto provisorio creaba un consejo de estado, este cuerpo, ademas de ser compuesto de funcionarios nombrados por el jefe supremo, no tendrian mas que voto consultivo, de tal suerte que sus

2. Como documento curioso e importante para la historia, insertamos aquí la constitucion decretada por el dictador. Héla aquí:

«Nicolas de Piérola, jefe supremo de la república,

«Por cuanto es mi ánimo conciliar los respetos debidos a la justicia natural i a la tradicion política de la república con la accion amplia i espedita, que demandan la rejeneracion de nuestras instituciones i el definitivo i glorioso triunfo de las armas nacionales.

«He venido en sancionar el siguiente estatuto provisorio:

Art. 1.º La soberanía e independencia del Perú son el fundamento de su vida política i social.

«Art. 2.º La unidad de la familia peruana i la integridad del territorio que histórica i jurídicamente le pertenecen, no pueden romperse, ni menguarse sin cometer un atentado de lesa patria.

«Art. 3.º No se altera el artículo 4.º de la antigua Constitucion relativo a la religion del Estado.

«Art. 4.º El gobierno garantiza la instruccion primaria a todos los ciudadanos i fomenta la instruccion superior i facultativa.

«Art. 5.º Queda sancionada la independencia del poder judicial; pero el

acuerdos carecian de fuerza legal sin el beneplácito del dictador. No ha sido la menor de las desgracias que han caído sobre el Perú en esta guerra, el ver constituido un poder de esta naturaleza.

La dictadura comenzó por ejercer estas amplias atribuciones con cierta moderacion. Fuera de una corta prision aplicada a todos los periodistas de Lima por no haber firmado sus escritos, i de haberlos obligado a suscribir una declaracion humillante, no hubo en los primeros dias mas que uno que otro acto de violencia. Piérola guardó al principio algunos miramientos a sus antiguos enemigos políticos; pero luego cayeron sobre muchos de ellos providencias ultrajantes i vejatorias. El ex-presidente Prado fué suprimido de la lista de los jenerales de la nacion, i privado de sus derechos de ciudadano. Para congraciarse con la plebe, que hacia la fuerza de

gobierno se reserva el derecho de velar eficazmente por la prouta i exacta administracion de justicia.

«Art. 6.º Los códigos civiles i penales quedan en todo su vigor i fuerza miéntras se vayan háciendo en ellos las reformas necesarias.

«Art. 7.º Quedan garantizados bajo la lealtad del gobierno: la seguridad personal, la libertad i la propiedad, el derecho al honor, la igualdad ante la lei, la libertad de imprenta, quedando proscrito el anónimo, que se perseguirá como pasquin.

«Los delitos cometidos por medio de la imprenta no cambian su naturaleza. En su consecuencia, serán juzgados por los tribunales respectivos.

«La libertad de industria, en cuanto no sea dañosa de modo alguno.

«La libertad de asociacion.

«El derecho de pedir justicia o gracia individual o colectivamente; pero guardando las formas i por los conductos regulares.

«Art. 8.º La traicion a la patria, la cobardía e insubordinacion militar, la desercion en campaña, el peculado, la prevaricacion, el cohecho, la defraudacion de bienes públicos, el homicidio premeditado i alevoso, i el bandolerismo, cualquiera que sea la condicion del culpable, o el carácter que invista, serán, durante la presente guerra, juzgados militarmente, i penados con la pena capital.

«Los bienes de sociedades anónimas, de bancos industriales o mercantiles, serán considerados como bienes públicos para el juzgamiento i aplicacion de la pena.

«Art. 9.º Las virtudes cívicas i las acciones distinguidas i heroicas serán premiadas por la munificencia de la nacion, ejercitada por su jefe.

«Art. 10. Créase un consejo de estado compuesto del reverendísimo Metropolitano, del presidente actual del Congreso de juristas, del presidente

su poder, el dictador agregó a su título de jefe supremo el de «Protector de la raza indijena.»

La moderacion de los primeros dias de la dictadura habia tenido por causa un cálculo político. El ejército del sur estaba mandado por el contra-almirante Montero, espíritu inquieto i revolucionario, enemigo irreconciliable de Piérola, i el mas encarnizado de sus acusadores en el congreso de 1872. El dictador temia que Montero desconociese su autoridad, i que viniese a crearle una situacion embarazosa i quizá insostenible. Pero en vista del peligro comun, el jefe del ejército del sur depuso sus odios, i reconoció al nuevo gobierno. Desde ese momento, Piérola se creyó libre del peligro que lo amenazaba por ese lado.

Miéntras tanto, en Arica se continuaba la reorganizacion del ejército encargado de sostener la guerra contra los chilenos. El 17 de diciembre habian llegado allí los restos salvados de la desastrosa campaña de Tarapacá. Montero los esperaba afuera de la ciudad, i en el mismo lugar comunicó a sus jefes, el jeneral Buendía i el coronel Suárez, que quedaban separados del mando i sometidos a juicio. Los dos jefes habrian querido entrar al pueblo a la cabeza de sus tropas, para ahorrarse,

de la suprema corte de justicia, del presidente del tribunal mayor de cuentas, del prior del consulado, del rector de la Universidad de Lima, i de seis consejeros mas, nombrados por el jefe supremo de la república, entre los cuales figurará un jeneral del ejército.

«Art. 11. A este consejo pedirá el gobierno su voto consultivo respecto de los asuntos que en su concepto lo requieran.

«Ejercerá igualmente las funciones de tribunal de apelaciones i última instancia en los asuntos contenciosos administrativos.

«Art. 12. Este estatuto rejirá miéntras se den las instituciones definitivas a la república.

«Dado en la casa de gobierno, en Lima, a 27 dias del mes de diciembre del año de 1879.—N. DE PIÉROLA.

«El secretario de Estado en el despacho de relaciones exteriores i culto encargado accidentalmente del de gobierno i policia, *Pedro José Calderon*.

«El secretario de Estado en el despacho de justicia e instruccion, *Federico Pamoso*.

«El secretario de Estado en el despacho de fomento, *Mariano Echegarai*.

«El secretario de Estado en el despacho de guerra, *Miguel Iglesias*.

«El secretario de Estado en el despacho de marina, *Manuel Villar*.

«El secretario de Estado en el despacho de hacienda, *Manuel Barrinaga*.»

a lo ménos, la vergüenza de verse degradados delante de ellas. Montero no lo consintió, sin embargo, como si hubiera tenido placer en humillar a esos dos militares que acababan de ejecutar con buen éxito la penosísima retirada de Tarapacá, i a quienes al mismo tiempo se les proclamaba vencedores en el último combate de la campaña, que la prensa i el gobierno persistian en llamar una espléndida victoria de las armas del Perú.

El contra-almirante peruano inició inmediatamente, con un grande aparato de proclamas i de decretos, los trabajos necesarios para reorganizar su ejército i para concluir las fortificaciones de Arica. Pero, si la arrogancia natural de este jefe habia cedido en nombre de la patria hasta reconocer el gobierno de su antiguo enemigo Piérola, él no estaba dispuesto a quedar sometido bajo las órdenes del presidente de Bolivia, a quien, en virtud de las anteriores estipulaciones, correspondia el mando de todo el ejército miéntras no saliese a campaña el jefe supremo del Perú.

El jeneral Daza se hallaba entónces en Tacna, i habia llegado a ser un objeto de odio para peruanos i bolivianos. Acusábanlo los primeros de cobardía i de traicion, haciéndolo responsable de los desastres de la campaña de Tarapacá, por no haber acudido con sus tropas al teatro de la guerra. Los bolivianos, hastiados con el despotismo grosero de un soldado ignorante, que no veía en la guerra mas que un medio de conservarse en el poder, cansados de oirse llamar cobardes i traidores por sus propios aliados, no se resignaban a tolerar por mas tiempo aquella situacion. Desde principios de diciembre no se hablaba en el campamento boliviano mas que de proyectos de revolucion; i cada correo que llegaba del interior, anunciaba tambien que el pueblo de Bolivia estaba resuelto a darse un nuevo mandatario.

Estos rumores mantenian intranquilo al presidente Daza. Para él, la guerra era cuestion secundaria. Su pensamiento fijo e invariable, era volver a Bolivia con una parte de sus tropas a castigar a sus adversarios i a consolidar su poder. «Ya veremos si se rien de mí cuando me vean llegar a la ca-

beza de mis mas fieles soldados. Ya veremos lo que valen las fortificaciones i las trincheras que hagan en La Paz contra los cañones Krupp con que ahora cuento. Solo deseo envolver a los periodistas que me insultan, en los mismos papeles que han escrito, para ponerlos de blanco a mis rifleros». Tales eran las amenazas que a cada hora proferia delante de los hombres que él creía sus mas decididos partidarios.

Pero, para regresar a Bolivia, el presidente Daza tenia que inventar un pretesto que lo justificase ante sus aliados, los peruanos, i ante sus propios soldados. Discurrió entónces un plan de campaña, irrealizable a todas luces, i en que él mismo no podia tener la menor confianza, pero con el cual creyó engañar a los suyos i a sus aliados.

Consistia este proyecto en volver a Bolivia, para engrosar allí su ejército, i en repasar en seguida las cordilleras mucho mas al sur, para caer por la espalda sobre el ejército chileno que ocupaba tranquilamente todo el litoral, desde Antofagasta hasta el rio Camarones. Los jefes bolivianos oyeron con disgusto la esposicion de este plan de campaña; i conociendo perfectamente cuál era el verdadero propósito del presidente Daza, resolvieron deponerlo del mando para evitar a su patria la vergüenza de haber desertado de la alianza, i los nuevos dias de venganzas i de despotismo que se esperaban a Bolivia en el interior.

Sin embargo, la deposicion de Daza ofrecia las mas serias dificultades. Los pueblos que no han tenido que sufrir el despotismo del caudillaje militar, comprenden dificilmente a esos hombres ignorantes i viciosos que sin mérito verdadero i hasta sin valor personal, tienen, sin embargo, la astucia necesaria para imponerse a los soldados, i captarse su voluntad, estimulando todos sus malos instintos.

Bajo este aspecto, el presidente Daza era el tipo perfecto del caudillo. Familiar con sus soldados, arrogante i altanero con los jefes i con sus ministros i consejeros, incapaz de concebir nada grande ni nada recto, i hasta desprovisto de valor, sabia, sin embargo, imponerse a todos por su resolucion para tomar un partido o para impartir una orden, por su presencia

arrogante i hasta por los bordados i plumeros de su traje. Sus soldados, o a lo ménos, algunos de sus batallones, lo amaban con delirio; i a pesar de las decepciones de la campaña, Daza mantenía su prestigio en una parte de su campamento. Los jefes militares sabian bien que el día en que se tratase de su deposicion, habian de hallar una resistencia mas o ménos formidable.

Fué necesario obviar esta dificultad. El contra-almirante Montero, interesado como el que mas en la deposicion de Daza, i por otra parte mui avezado en este jénero de empresas por una larga carrera de conspirador, facilitó el camino para llevarla a cabo. Llamó a Arica al presidente de Bolivia para discutir su plan de campaña; i éste, sin sospechar el lazo que se le tendía, se presentó allí en la mañana del 27 de diciembre.

Durante algunas horas el jefe peruano i el presidente de Bolivia discutieron cordialmente las futuras operaciones de la guerra. Daza espuso su proyecto para destruir al ejército chileno. Montero lo aprobó en todas sus partes, declarando que él mismo estaba pronto a secundarlo, atacando al enemigo por un lado, mientras los bolivianos lo atacaban por el otro. Los dos jenerales se separaron a las cuatro de la tarde como los mejores amigos.

Daza se dirijió entónces a la estacion del ferrocarril. Habia ya tomado el tren en que debia volver a Tacna, cuando un oficial peruano le mostró un telegrama que en el acto lo obligó a bajar de su asiento, como herido por un rayo. Ese telegrama anunciaba que durante su ausencia, el ejército boliviano se habia sublevado bajo la voz de algunos de sus jefes; i que sin encontrar la menor resistencia, habia depuesto al presidente Daza i reconocido como jefe al coronel don Eliodoro Camacho ³.

3. El mismo jeneral Daza ha consignado estos hechos en una nota que al día siguiente dirijió al contra-almirante Montero para pedirle que lo restableciese en el mando del ejército boliviano. El fragmento siguiente que copiamos de esa nota contiene la narracion completa de esta bien urdida i bien ejecutada intriga.

«Arica, diciembre 28 de 1879.—El presidente de Bolivia, capitán jeneral de sus ejércitos.—A su señoría el señor contra-almirante don Lizardo Mon-

En efecto, la revolucion se habia efectuado en el campamento boliviano. A la una i cuarto del mismo dia 27 de diciembre, dos batallones que estaban acantonados en la ciudad de Tacna, se pronunciaron en abierta rebelion; i luego llegaron otros cuerpos que estaban en los alrededores i que venian a segundar el movimiento, tomando las armas, i recorriendo las calles al son de músicas militares.

Miéntras tanto, los vecinos de la ciudad pasaron por algunas horas de angustia. Se temia que dos batallones adictos a Daza ocurriesen a presentar batalla a los revolucionarios; i esperando un combate en las calles de Tacna, cada familia cerraba las puertas de su casa en medio de la mayor confusion i del mas alarmante desórden. Sin embargo, a las tres de la

tero, jefe superior político i militar de los departamentos del sur.—Presente —Señor: Invitado por el señor prefecto, doctor Zapata, para venir a este puerto a una conferencia privada con US. con el objeto de acordar operaciones militares precisas sobre el enemigo de la alianza, vine ayer en el tren ordinario de las nueve de la mañana.

«La conferencia se verificó entre los tres i en ella acordamos solemnemente que US. con el ejército peruano avanzaria sobre el enemigo, por la via de Camarones, i que yo, como capitan jeneral del ejército boliviano, lo haria con dicho ejército por la via de Calama, entrando de paso a Bolivia.

«I habiendo observado que US. necesitaba de la ratificacion del Excmo. jefe supremo de esta república, para que dicho acuerdo se llevase en el acto a cabo, US. aceptando mi observacion, envió ayer mismo un extraordinario a Lima, para recabar del gobierno esa ratificacion.

«En esta virtud, regresaba a Tacna a disponer la marcha; i estando ya embarcado en el tren, recibí un recado de US. i con sorpresa se me participó al propio tiempo, que en Tacna habia tenido lugar un motin de cuartel con el objeto de deponerme del mando de las fuerzas i poner en mi lugar al coronel Eliodoro Camacho.

«Semejante nueva no la creí por el momento, porque jamas he podido imaginarme siquiera que hubiesen tan perversos e infames bolivianos, para complacerse en arrojar lodo al rostro de la patria i tratasen de hundirla en semejante escándalo, por lo cual insistí en mi regreso que pudo impedirlo el ilustrado razonamiento del cumplido comandante Maclean.

«Hoi, informado ya minuciosamente del suceso del dia de ayer i de la situacion en la que se hallan, tanto el ejército boliviano como la poblacion de Tacna; i tambien en cumplimiento de mi deber, así como en resguardo de mis derechos en el carácter que invisto de *Representante constitucional* de la nacion aliada, participo a US. de todo para que se digne remediar los graves males que se precipitan vertiginosamente, i que al no conjurarlos a su nacimiento, serán de consecuencias sensibles».

tarde, aquellos batallones, cuyas municiones habian sido tomadas por los revolucionarios, se creyeron imposibilitado para la resistencia, i acabaron por plegarse al movimiento; i saludaban al coronel Camacho como jefe del ejército bolivianos.

La deposicion del jeneral Daza quedó efectuada desde ese instante, sin disparar un tiro. Era tal la irritacion de algunos de los oficiales contra el jefe supremo que los habia mandado durante la campaña, que sin vacilacion acordaron fusilarlo el mismo dia. Con este objeto, salió de Tacna un destacamento de unos cien hombres, i fué a colocarse a la vecina estacion del ferrocarril. El tren fué detenido allí: fué registrado todo él con la mas esquisita prolijidad, pero no se halló en quien ejecutar aquel acto de justicia revolucionaria. Daza habia quedado en Arica. El aviso que se le habia dado al partir, le salvó la vida.

Pero ese caudillo no podia resignarse a verse privado del mando supremo de Bolivia. A su juicio, el contra-almirante Montero a la cabeza del ejército peruano i en nombre de la alianza que ligaba a las dos repúblicas estaba obligado a reponerlo en el poder, dominando a mano armada la revolucion que acababa de derrocarlo. Sin sospechar la burla de que habia sido víctima, el jeneral Daza se dirigió con esta pretension al jefe peruano.

«El motin escandaloso encabezado por el coronel Camacho i apoyado por unos cuantos jefes desleales, decia en su nota el jeneral Daza, ha sido una alevosa sorpresa al ejército i un engaño perverso para sepultar en la vergüenza la honra de la nacion que me ha confiado sus destinos. Todos los cuerpos de infantería se hallaban fuera de sus cuarteles en aseo, i por consiguiente sin un cartucho de municion para castigar el grito de rebelion que lanzaban aquéllos, a quienes ayer jeneroso, en lugar de castigar su cobardía e ineptitud, que han desprestijiado las armas bolivianas, les estreché la mano i los arranqué de la picota de la vergüenza pública, en la que se habian colocado. I por esto es, que actualmente los cuerpos de línea, sin tener cómo hacerse respetar, se hallan no acuar-

telados, sino custodiados por los que apoyan esa turba embriagada en su infamia i felonía, exasperando sí al soldado que con abnegado i verdadero patriotismo ha venido a defender la honra i autonomía de la nacion, i no a acechar ocasiones para desmoralizar i pervertir los sanos instintos del ejército, porque sus almas son tan mezquinas que no se superponen a ruines ambiciones.

«Así, pues, i conociendo que este estado en el que se halla el ejército, puede, no mui tarde, ocasionar un desborde que podría poner en serios conflictos a la poblacion de Tacna, es que deseo que US. con el tino i sagacidad que le caracterizan, restablezca el orden turbado, dejando que el ejército que clama por mi presencia, obre con absoluta libertad e independencia i no sujestionado por los traidores a Bolivia.»

Las esperanzas del jeneral Daza se vieron mui pronto burladas. El contra-almirante peruano, guardando todas las fórmulas de la mas solemne seriedad, se negó en los términos siguientes a apoyar las pretensiones del presidente de Bolivia.

«El acontecimiento de que me informa oficialmente V. E., es de suyo tan grave i trascendental, que no es posible aventurar calificativo alguno sin que el supremo gobierno de Bolivia, a quien desde luego lo he participado por conducto del encargado de negocios del Perú, se sirva dar a esta jefatura superior las convenientes esplicaciones sobre un hecho, en el que afortunadamente para el buen nombre de V. E. queda por completo excluido de toda responsabilidad, por el acto mismo de haberle negado obediencia el ejército que se ha subordinado al coronel don Eliodoro Camacho.

«Mientras tengo el honor, pues, de resolver con el gobierno de Bolivia i con V. E. en la parte que le concierne, la situacion escepcional en que han venido a colocarse los intereses de la alianza, he creido conveniente asegurar el orden de la localidad, disponiendo que el ejército boliviano salga a ocupar cantones; i una division del Perú se establezca mientras tanto en la ciudad de Tacna.»

Todas estas espresiones de consideracion i de respeto, ser-

vian apenas para encubrir una terminante negativa. Daza no tenia, pues, nada que esperar de sus aliados ⁴.

En el primer momento de despecho, solicitó asilo en algunos de los buques de guerra neutrales que habia en el puerto. Los comandantes de esos buques se negaron a recibirlo. No queriendo permanecer mas largo tiempo en Arica, el 4 de enero de 1880, Daza emprendió a caballo su viaje por los caminos de la costa hasta Mollendo, i en este puerto tomó el ferrocarril que lo condujo a Arequipa. En esta ciudad lo esperaba una nueva decepcion: los pobladores lo recibieron con una indiferencia vecina del desprecio; i cuando él creia que su pasada grandeza le mereceria alguna consideracion, solo recibió los desdenes de los que lo acusaban, ora de cobarde ora de traidor.

Parece que hasta entónces, Daza abrigaba alguna esperanza de verse repuesto en el gobierno de Bolivia. Creia que sus partidarios reaccionarian contra la revolucion operada por el ejército, i que lo llamarian para confiarle de nuevo el mando del estado. Por eso habia ido a establecerse a Arequipa, para tomar allí el ferrocarril que va hasta las orillas del lago Titicaca, i volver a La Paz al primer llamamiento que se le hiciera.

Pero en lugar de ese llamamiento recibió solo la noticia de una revolucion ocurrida en la misma ciudad de La Paz el dia 28 de diciembre. El pueblo habia depuesto a Daza del gobier-

4. El corresponsal que tenia en Arica el diario de Lima titulado *El Comercio*, en una estensa carta de 30 de diciembre, le dió noticia minuciosa de todos los hechos concernientes a la deposicion de Daza. Al referir las pretensiones de este jeneral para que las tropas peruanas lo repusieran en el mando del ejército boliviano, se espresa como sigue:

«El inócete jeneral Daza ha tenido el candor de dirigir una nota al contra-almirante Montero pidiendo apoyo i ayuda para que nosotros le salvemos de la estrepitosa caida, hecho que manifiesta que su cerebro no está en sus cabales, o que su astucia es mui atrevida.»

Este corresponsal, que se muestra ardiente partidario de Montero, i que se da por hombre de su confianza, parece estar al corriente de todos los detalles de la intriga que derribó del mando al presidente de Bolivia. Nosotros, sin embargo, no podemos entrar en muchos detalles, i nos limitamos a consignar los hechos que aparecen en los documentos mas serios i fidedignos.

no de la república i del mando del ejército, i habia nombrado una junta de tres individuos para que desempeñase el mando provisorio. El acta de esta resolucion, cubierta por centenares de firmas, decia «que la ineptitud, cobardía i deslealtad del jeneral en jefe del ejército boliviano don Hilarion Daza i que el funesto sistema de desaciertos de su ominosa administracion, habian producido la ruina del pais en el interior, i la deshonra nacional en la guerra, por causa de su bastarda ambicion, trayendo al mismo tiempo como consecuencia la bancarrota de la hacienda pública i la violacion de las garantías sociales»⁵. Cuando Daza leyó ese documento, se conven-

5. No entra en el cuadro de este libro el referir ésta i otras revoluciones que se siguieron en Bolivia. Debemos, sí, decir que el hastío producido por la dictadura de Daza habia llegado a su colmo, i que la prensa, a pesar del régimen de terror que reinaba en todas partes, se habia atrevido a alzar la voz contra aquel estado de cosas. Se comprenderá el sistema de gobierno sostenido en Bolivia por los delegados del jeneral Daza, por el hecho siguiente. A principios de diciembre de 1879, cuando llegaban al interior los fujitivos de Pisagua i de Dolores contando los desastres espantosos que habia sufrido el ejército aliado, la prensa, bajo la censura gubernamental, publicaba cada dia despachos de Tacna que daban cuenta de las repetidas derrotas que habian sufrido los chilenos en cuatro o cinco batallas que ni siquiera habian tenido lugar.

Como muestra del desprestijio a que habia llegado el jeneral Daza en Bolivia, publicamos en seguida el acta de su deposicion por el pueblo de La Paz. Héla aquí:

«El pueblo de La Paz, reunido en comicio popular, considerando:

«1.º Que la ineptitud, cobardía i deslealtad del jeneral en jefe del ejército boliviano, han llegado a afectar los vínculos de la alianza con la hermana la república del Perú; alianza que Bolivia está resuelta a sostener, sin omitir sacrificio alguno;

«2.º Que el funesto sistema de desaciertos de la ominosa administracion del jeneral Hilarion Daza ha conducido la ruina del pais en el interior, el descrédito en el exterior; a la deshonra nacional en la guerra que Bolivia sostiene con la república de Chile, habiendo burlado las nobles aspiraciones del pueblo boliviano, por la bastarda ambicion de su dominador, cuya política disolvente ha ocasionado la bancarrota de la hacienda pública i la violacion de las garantías sociales;

«3.º Que el departamento de La Paz, consecuente al espíritu de fraternidad con los demas de la república, considera como primera necesidad la organizacion del poder público, para lo que desea i espera el concurso de todos los pueblos, cuya voluntad respeta, declara:

«1.º Que el pueblo de La Paz ratifica i sostiene la alianza Perú-boliviana

ció de que estaba perdido para siempre en su país. Entonces se trasladó a Mollendo, i tomó allí el vapor inglés para seguir su viaje a Europa por la vía de Panamá. Los documentos públicos de Bolivia han demostrado mas tarde que durante toda la campaña habia estado sustrayendo fuertes sumas de dinero de la caja del ejército; i que por el intermedio de un comerciante extranjero, que habia sido su socio en muchos negocios con el Estado, habia enviado a Inglaterra injentes capitales. Bolivia quedaba arruinada, pero Daza se iba rico a gozar de su fortuna en el extranjero.

Prado i Daza, el presidente del Perú i el presidente de Bolivia, los instrumentos, sino los verdaderos autores de la guerra del Pacífico, habian perdido el poder con el intervalo de unos cuantos días. Ambos caian de la manera mas vergonzosa de que puede caer un jeneral i un mandatario. Despues de pasar seis meses consecutivos anunciando que ya «han desenvainado sus espadas, que van a buscar el puesto de mayor peligro, que están resueltos a sacrificarlo todo, la fortuna i la vida para castigar al enemigo», huyen cobardemente el día del combate, dejando tras de sí el desprecio de sus ciudadanos.

Pero es menester decir una palabra de justicia. Si bien es cierto que ni Prado ni Daza estaban preparados para salir airoso en la situacion a que los arrastraron sus consejeros, si no poseian ni la intelijencia, ni el carácter que las circuns-

para hacer la guerra a Chile; i protesta seguir la suerte comun hasta vencer o sucumbir en la actual lucha.

«2.º Que destituye al jeneral Hilarion Daza de la presidencia de la república i del mando del ejército boliviano i nombra jeneral en jefe de éste al jeneral Narciso Campero i ruega al señor contra-almirante jeneral Lizardo Montero se haga cargo del mando del ejército boliviano hasta que el jeneral Campero se constituya en el teatro de la guerra.

«3.º Que nombra una junta de gobierno compuesta de los señores coronel Uladislao Silva, doctor Rudecindo Carvajal i coronel Donato Vásquez, para que, poniéndose de acuerdo con los otros departamentos, convoque a la brevedad posible una convencion nacional, quedando privados del voto pasivo para la majistratura suprema los que hicieren la convocatoria. Miétras tanto, la junta de gobierno atenderá a las urjentes necesidades de la guerra.

«La Paz, diciembre 28 de 1879.—(Siguen las firmas).»

tancias requerian de su parte, tambien es verdad que la mayor responsabilidad recae sobre sus paises respectivos, o mas propriamente, sobre los hombres que desde tiempo atras se habian apoderado de su direccion.

Son estos últimos los que, descuidando los intereses serios del estado, sin querer comprender que la verdadera política no puede apartarse de la moral i de la probidad, fomentaban la corrupcion administrativa en el interior. Son ellos los que parodiando a ciertos políticos europeos, sin poseer la inteligencia i la penetracion de éstos, creaban complicaciones estereiores i celebraban alianzas secretas sin medir las consecuencias de sus actos i sin mas guía que una estraviada vanidad nacional. Son ellos, en fin, los que no pudiendo mirar sin rabiosa emulacion los progresos alcanzados por un pueblo hermano con el ausilio de la paz, del trabajo i de la honradez, preparaban contra este pueblo un pérfido complot en los mismos momentos en que se afanaban por espresarle su amistad i su adhesion. Prado i Daza, por grandes que hayan sido sus defectos, no eran mas que los herederos de un réjimen de falsía i de corrupcion que habia de arrastrarlos a su ruina.

Al estudiar el desenvolvimiento de esta guerra, preparada con tanto anhelo por los enemigos de Chile, es justo tambien reconocer que jamas resultados mas desastrosos correspondieron a una política mas perversa; pero como sucede con frecuencia, i en virtud de una lei histórica recordada en otras ocasiones por eminentes historiadores, los simples instrumentos de esa perfidia fueron los primeros en sufrir el peso de la espiacion.





CAPITULO X

Moquegua i los Anjeles, de enero a marzo de 1880

Espedicion a Moquegua de una columna chilena.—Aprestos de Chile para una nueva campaña.—Situacion del ejército aliado en Tacna i Arica.—Disensiones entre peruanos i bolivianos.—Provocaciones i amenazas dirijidas a Chile.—Plan de campaña adoptado por los chilenos.—Desembarca su ejército en Pacocha.—Impresion producida en Lima por este suceso.—Espedicion de una division chilena a Mollendo.—Los peruanos abandonan a Moquegua i se fortifican en la cuesta de los Anjeles.—Descripcion de estas posiciones.—Son asaltadas i tomadas por los chilenos el 22 de marzo.—Importancia de esta ocupacion para la marcha de la campaña.—Operaciones marítimas.—Combates sin resultado en la bahía de Arica.—Bloqueo del Callao.

Aun no se reponian las repúblicas aliadas de la perturbacion consiguiente a las dos revoluciones ocurridas en el Perú i en Bolivia al cerrarse el año de 1879, cuando un suceso de carácter alarmante vino a llamar su atencion. Un corto destacamento de soldados chilenos habia desembarcado en un punto de la costa peruana, se habia apoderado de un ferrocarril i habia viajado hácia el interior, en un trascurso de mas de cien quilómetros, poniendo en fuga a las autoridades i a las guarniciones de los lugares de su tránsito. Este golpe audaz venia a revelar la desorganizacion a que habia llegado la defensa de ese pais. Hé aquí los hechos.

El 30 de diciembre llegaron a la bahía de Ilo dos buques de la escuadra chilena. Al amanecer del siguiente día desembarcaron 550 soldados bajo las órdenes del comandante de ingenieros don Arístides Martínez, i sin hallar resistencia alguna, se apoderaron del pueblo de ese nombre i del vecino de Pacocha, situado como aquél, en la misma rada.

El primer cuidado de los soldados invasores fué cortar los telégrafos que comunican la costa con el interior, i posesionarse de la estación del ferrocarril i de todos los elementos de transporte. La expedición llevaba consigo maquinistas i fogoneros, de tal suerte que ántes de medio día estaban listos dos trenes. En ellos se acomodaron los soldados chilenos, colocando tambien en los carros dos cañones bajados de los buques, i en seguida se pusieron en marcha para el interior con la misma tranquilidad con que viajarían en su propio país, i en los días de mas perfecta paz. En su viaje no tuvieron que experimentar el menor tropiezo ni la menor contrariedad.

Los expedicionarios caminaban al sur de un valle fértil, cubierto de viñedos i de arboledas, i regularmente poblado, i al oscurecerse llegaron a las inmediaciones de la ciudad de Moquegua, que guarnecian 450 milicianos. Esta fuerza habria podido defender la ciudad, parapetándose en los edificios, i ocupando las alturas inmediatas; pero prefirió huir, dejándola abierta a los chilenos. El comandante Martínez penetró en ella en la mañana del 1.º de enero de 1880, al son del himno nacional de Chile que tocaba su banda de música, i fué a situarse en la plaza central de Moquegua. Como su propósito no era el establecerse allí, i como tenia resuelto volverse a la costa el mismo día, se limitó a pedir algunos víveres para sus tropas, los que le fueron entregados sin dificultad alguna.

Antes de abandonar el pueblo, organizó entre los vecinos una junta que mantuviese el orden hasta la vuelta de las autoridades i de la guarnición, que habían fugado la noche ántes, i a las cuatro de la tarde emprendió su viaje por el ferrocarril. En dos puntos del camino las milicias peruanas habían sacado algunos rieles para trastornar los trenes; pero las precauciones tomadas por el comandante Martínez evita-

ron todo accidente. Sus rifles persiguieron a los autores de esos trabajos i dieron muerte a algunos de ellos, i sus zapadores restablecieron fácilmente la línea. El 2 de enero, despues de desmontar las locomotoras del ferrocarril, que eran propiedad del gobierno peruano, los espedicionarios se embarcaron de nuevo, i volvieron a Pisagua.

Esta atrevida correría produjo, pues, el resultado que se buscaba. Se queria reconocer una rejion del territorio peruano donde los chilenos pensaban operar en breve; i merced a la sangre fria con qu se ejecutó el reconocimiento, la columna espedicionaria no tuvo nada que sufrir, i los ingenieros recojieron todos los datos que podian interesar al estado mayor para disponer los planes militares.

Preparábase entónces otra campaña de mas vastas proporciones. El ejército chileno recibia nuevos continjentes de tropas remitidos de Valparaiso, se acopiaban armas i pertrechos en Pisagua, se limpiaban los fondos de los buques de guerra i de los trasportes, i se tomaban con mayor actividad todas las medidas conducentes para continuar la guerra, La esperiencia recojida en la reciente campaña de Tarapacá. habia enseñado a los chilenos la manera de utilizar sus elementos i de mejorar la administracion militar.

Empleando la mayor actividad, introdujéronse importantes reformas en todos los ramos del servicio. El ejército en campaña, que llegó a contar mas de veinte mil hombres, fué distribuido en cuatro divisiones, aparte de una fuerte reserva que debia quedar en los territorios recientemente ocupados para atender a cualquier evento. Se aumentó el estado mayor con algunos otros ingenieros. La artillería i la caballería, que constituian la indisputable superioridad del ejército de Chile, fueron tambien engrosadas i provistas en todas sus necesidades. Construyóse un número mucho mayor de carros para conducir los víveres i pertrechos, i de toneles para trasportar el agua, elemento indispensable en los desiertos i arenales del sur del Perú, donde se hacen jornadas enteras sin encontrar un arroyo o un pozo. Del mismo modo se aumentaron las lanchas de desembarco, las bestias de carga i todos los ele-

mentos necesarios para la movilidad de las tropas i del parque.

El gobierno de Chile sabia perfectamente que los aliados peruanos i bolivianos habian reunido en Tacna i en Arica entre nueve i diez mil hombres, i que allí se daba tambien un poderoso impulso a la reorganizacion militar. El contra-almirante Montero, jefe de las fuerzas peruanas, dictaba en Arica numerosas órdenes de mero aparato, comenzaba trabajos que luego abandonaba; i procediendo en todo con mas arrogancia que cordura, molestaba a sus subalternos i suscitaba dificultades con sus aliados. Pero a sus órdenes habia otros jefes dotados de mas prudencia i de un espíritu paciente de trabajo. Estos eran los que perfeccionaban i completaban las fortificaciones del puerto, instruian las tropas, i hacian desaparecer en todo o en parte las dificultades que nacia cada hora entre los aliados. Entre esos jefes figuraban en primera línea el coronel don Francisco Bolognesi i el capitán de navío don Juan Guillermo Moore, el mismo en cuyas manos se perdió la *Independencia* el dia del combate con la *Covadonga*, el 21 de mayo del año anterior.

En Tacna se hallaban las fuerzas bolivianas bajo el mando del coronel don Eliodoro Camacho, el mismo jefe que encabezó el pronunciamiento contra Daza, el 27 de diciembre. En esta época, la revolucion triunfante en Bolivia habia confiado el gobierno provisorio de la república al jeneral don Narciso Campero, hombre culto, de orden i de enerjía, pero dotado de cierto candor de carácter que lo hacia poco apto para gobernar un país profundamente desmoralizado por el militarismo i las revoluciones. Sin embargo, pudo contraer toda su atencion a reprimir con mano de fierro diversos motines, a depurar la administracion de todos los vicios creados o fomentados por el gobierno del jeneral Daza, i a remontar su ejército para abrir una nueva campaña contra Chile. Campero tenia una confianza absoluta en el coronel Camacho, i en consecuencia lo dejó al mando de las tropas bolivianas acampadas en Tacna.

Conviene advertir que la confianza del presidente provisorio de Bolivia era bastante fundada. El coronel Camacho

reunía a una grande entereza, cierta ilustracion i muchas de las dotes necesarias para el mando. Reorganizó sus tropas, infundió en sus jefes i oficiales la esperanza en el triunfo en una nueva campaña, obtuvo de su gobierno algunos refuerzos de hombres, i no descuidó medio para disciplinar su ejército. Sin embargo, las rivalidades entre peruanos i bolivianos eran mas inquietantes cada dia. El coronel Camacho conocia perfectamente las cualidades i defectos del contra-almirante Montero, i no podia resignarse a estar sometido a sus órdenes. Por eso, desde entónces pedia que el jeneral Campero que saliese de Bolivia i que fuese a ponerse a la cabeza de todo el ejército aliado, en su calidad de jefe de una de las repúblicas empeñadas en la lucha.

Estas diverjencias entre peruanos i bolivianos eran imprudentemente fomentadas por la prensa de Lima que publicaba con frecuencia los escritos mas disolventes de la alianza. La vanidad nacional no podia esplicarse los desastres de la campaña de Tarapacá sino acusando, ora a los jefes peruanos Buendía i Suárez, ora a las tropas bolivianas, que, segun se decia, no habian querido continuar la lucha, huyendo miserablemente hácia el interior despues del primer combate. Llegóse a decir que la batalla de Dolores, o San Francisco no habia sido tal batalla, sino simplemente una insurreccion de las tropas bolivianas del ejército aliado para abandonar a éste i tomar la fuga. Fué un sarjento boliviano del batallon Illimani, se decia, el que disparó el primer tiro para dar la señal de la insurreccion; i algunos jefes peruanos, creyeron equivocadamente que se empeñaba un combate, i pusieron en movimiento sus fuerzas sin pensar en que eran miserablemente traicionados ¹.

1. En una publicacion hecha en Lima en esos dias por don R. HEREDIA, con el título de *Apuntes para la historia. El combate de San Francisco i la victoria de Tarapacá*, destinada toda ella a probar la traicion de los bolivianos, hallamos las líneas siguientes que han de parecer curiosas a los que conocen la verdad sobre los hechos a que se refieren.

«Pocos momentos hacia que se habia separado el coronel Suárez a cumplir las órdenes del jeneral en jefe (el 19 de noviembre de 1879), cuando se oyó la detonacion de un tiro (3 hs. 30 m. P. M.) disparado por un sarjento de la

A estas causas de inquietudes i de dificultades en el ejército aliado, hai que agregar otra no ménos grave. Algunos jefes i oficiales peruanos, recordando la antigua i profunda enemistad que existia entre el dictador Piérola i el contra-almirante Montero, estaban profundamente convencidos de que aquel tenia el plan fijo e invariable de no socorrer en manera alguna al ejército del sur, con el propósito de que éste no pudiera constituir un peligro para la estabilidad de su gobierno. La victoria posible de Montero, se decia, será una amenaza del poder del jefe supremo que gobierna en Lima. En la capital de la república habia muchas personas altamente colocadas que pensaban esto mismo, i que así lo escribían a Montero en cartas que fueron interceptadas por los marinos o por los soldados de Chile.

El contra-almirante peruano, por su parte, no habia dejado de manifestar a las personas que lo rodeaban la magnitud del sacrificio que él habia hecho en aras de la patria recono-

compañía del batallón Illimani, de la 1.^a columna lijera que estaba desplegada a seis pasos del lugar en que permanecia el jeneral en jefe i los demas jefes mencionados anteriormente. Los esfuerzos del jeneral Buendía i de los jefes que estaban con él, fueron inútiles para impedir que continuase el fuego. Los cornetas tocaban alto el fuego i los soldados bolivianos no obedecian. El coronel Suárez que oyó la primera detonacion, regresó inmediatamente i procuraba también impedir que continuase el fuego; pero todo en vano. Era la señal convenida para la defeccion i ya no se podia evitar. El coronel González, jefe del Illimani, preguntaba a su tropa de qué orden se hacia fuego, i los amenazaba i denostaba a fin de que lo suspendiesen; pero nada consiguió, haciéndose así jeneral el tiroteo e improvisándose una batalla, para la que nada habia preparado, ni acordado, pues en la noche de ese dia era cuando debia discutirse i adoptarse el plan de combate.

«Es indudable, segun se ha confirmado despues, que el disparo hecho por el sarjento del batallón Illimani, fué la señal acordada entre los cuerpos del ejército boliviano para la defeccion vergonzosa del 19 de noviembre, que ha proporcionado al enemigo las baladronadas de una gloria barata, pues no ha habido la tan decantada batalla de San Francisco, ni hubo precipitacion en el ataque, ni imprevision en los jefes que, viéndose sorprendidos por una traicion inícuca, tuvieron que aceptar las consecuencias de la culpable conducta de algunos jefes i soldados del ejército boliviano, únicos responsables del desastre del 19.

«Los jefes de las divisiones peruanas no recibieron orden para pelear, ni tenian proyecto alguno de ataque; sin embargo, su ardor bélico i la ambicion

ciendo como gobierno de hecho la dictadura de su mas mortal enemigo. El corresponsal que tenia en Tacna uno de los diarios de Lima, que segun se deja ver en sus escritos, gozaba de la confianza absoluta de Montero, se encargó de ensalzar el patriotismo de éste al prestar acatamiento al jefe supremo que habia asaltado el poder.

«En cuanto al jeneral Montero, decia ese corresponsal, su conducta ha sido digna i levantada, siguiéndolo todo el ejército acantonado en la plaza. Cualquiera otro hombre, en quien la vanidad i la ambicion hubieran ejercido una influencia funesta, capaz de sobreponerse a la honra del pais i al deber individual, habria respondido con el desden, o habria retado con las armas al ciudadano que le anunciaba la dictadura; pero el jeneral Montero no es de aquellos a quienes puede cegar el brillo de una gloria pasajera, despues de la cual está la infamia. Tras del rostro altivo de ese turbulento marino, se ajita el alma noble de Arístides. Nosotros lo hemos oido de

imprudente de gloria los arrastró en la conflagracion jeneral, tomando parte en el improvisado encuentro que diezmba a sus soldados.

«Es una lijereza decir que el 19 se dió batalla en San Francisco, i que el ejército aliado obtuvo una derrota. No tal. No hubo ni podia haber batalla formal; porque precisamente en la noche del 19 debian reunirse los jefes para acordar el plan de ataque, i con este objeto se les habia citado. Debiendo celebrarse previamente esa junta de guerra, es claro que no podia efectuarse el combate sino al siguiente dia. Algunos jefes, es cierto, tomaron parte en la refriega; pero lo hicieron sin orden del jeneral en jefe, siendo ellos los únicos responsables de su temerario arrojo.

«Este es un punto que debe esclarecerse debidamente en el juicio que se siguió en Arica, para apreciar la responsabilidad de los jefes que, sin previa orden, comprometieron el honor de nuestras armas en un descabellado ataque a la inespugnable fortaleza de San Francisco, sin fijarse en que la iniciativa del fuego de los cuerpos bolivianos no era sino la señal de un plan premeditado en las filas del ejército aliado, para desbandarse i comprometer el éxito de la batalla, como en efecto sucedió; pues al ponerse el sol del 19 de noviembre, no habia *ni un soldado boliviano* en el campo de batalla, ni en sus inmediaciones. Todos, absolutamente todos, habian, como por encanto, desaparecido.»

Aunque un poco ménos esplicito, el coronel Suárez, jefe de estado mayor del ejército aliado, daba esta misma explicacion, es decir, la traicion de los bolivianos, como la única causa del desastre de San Francisco o de Dolores, en el parte oficial de esta jornada, firmado en Tarapacá el 23 de noviembre de 1879.

cerca lamentar con el dolor profundo del patriotismo herido, la suerte inmerecida de la patria i traducir en actos levantados sus aspiraciones para salvarla. El jeneral Montero lo sacrificará todo por ella, no solo en el puesto a que hoi lo han llevado sus méritos, sino en el de último soldado si se le señalase. Ese bizarro guerrero es un creyente leal, que como los caballeros de las cruzadas, cumplirá con la consigna que la nacion ha impuesto a sus hijos. El ejército ha seguido la conducta de su capitan i marchará al combate llevándolo a su cabeza. Para él, el cambio de gobierno no tiene otra significacion política, que la que la nacion le ha dado.»

En medio de estas altisonantes alabanzas, no era difícil ver en aquella situacion un jérmen de desconfianzas que no alcanzó a hacer desaparecer el tan aplaudido patriotismo del contra-almiranté Montero. Piérola i sus parciales quedaron viendo en este jefe i en el partido político a que pertenecia, un enemigo disimulado pero tenaz de la dictadura.

Pero estos recelos, cualesquiera que fuesen los fundamentos, no hacian vacilar un solo instante la conviccion jeneral del Perú en los futuros triunfos de toda nueva campaña. Con el propósito de «retemplar el patriotismo», frase consagrada por la prensa i por los documentos oficiales del Perú, el gobierno de este país habia cometido el mas funesto de los errores políticos. Consistia éste en alentar la confianza ilimitada de sus nacionales, haciéndoles creer la inmensa debilidad de sus enemigos i el gran poder de los aliados. Con este fin, la prensa i el gobierno se empeñaban en presentar cada combate, aun las derrotas mas desastrosas, como una victoria de las armas peruanas, o como un triunfo efímero e insignificante del enemigo.

De la misma manera, tanto en los escritos de los diarios como en las proclamas i documentos del gobierno, no se cesaba de hablar de los grandiosos recursos militares del Perú, del número de sus soldados i de la confianza absoluta que debia abrigarse en la victoria. Como un medio de «retemplar el patriotismo», se manifestaba el mas soberano desprecio por el ejército i por la escuadra de Chile; i estas apreciaciones se

comunicaban al extranjero como un augurio infalible de victoria para el Perú.

A tal punto se llevaba adelante este errado sistema de engaño, que a mediados de diciembre de 1879, cuando el general Prado, convencido de su impotencia para resistir al ejército victorioso de Chile, se preparaba a abandonar el gobierno i el país, hablaba con la misma seguridad de los futuros triunfos de sus armas. Con fecha 15 de ese mes, don Adolfo Quiroga, ministro de relaciones exteriores del presidente Prado, había dirigido una circular al cuerpo diplomático del Perú en el extranjero para darle cuenta del estado de la guerra i de la situación interior del país. Decía allí que Chile había obtenido dos triunfos efímeros i de poca importancia; pero que el Perú había alcanzado la mas espléndida victoria de la campaña el 27 de noviembre. «Después de esta victoria, agregaba el ministro del general Prado, el ejército peruano halló conveniente abandonar la provincia de Tarapacá»; pero según aseguraba mas adelante, el Perú tenía un poderoso ejército en Lima i otro en Arica; i los chilenos, no solo no podían avanzar un paso mas, sino que pronto serían arrojados del territorio que pisaban. «El Perú, decía en seguida, tiene poder suficiente, mas que suficiente, para lanzar a su enemigo i sellar la presente guerra con una victoria decisiva.»

El gobierno de la dictadura siguió imperturbable en este sistema de exajeraciones i de amenazas para engañar a sus nacionales. Los diarios de Lima no cesaban de repetir que Chile estaba perdido, que las victorias de su ejército eran insignificantes i debidas a la casualidad, i que el día que acometiese una nueva empresa sobre el Perú, encontraría su tumba i su castigo. «Cuando los chilenos intenten atacar a los bravos soldados peruanos que defienden a Arica, decían con este motivo, se hallarán delante de un ejército de 20,000 hombres, a lo ménos, que sabrán escarmentarlos con usura». Con la misma confianza aseguraban que ántes de cuatro meses, el Perú tendría una escuadra poderosa, que, después de destruir la de Chile, reconquistaría el dominio del Pacífico ².

2. La prensa peruana, que como puede haberse visto en los cortos frag-

Todas estas amenazas solo producian desden en Chile. El gobierno de esta república estaba resuelto a abrir una segunda campaña para destruir el ejército aliado de Tacna i Arica. Su pensamiento fué encerrarlo en la rejion que ocupaba, pare impedirle toda comunicacion con el resto del Perú, de donde le podian venir recursos mas o ménos importantes, i para cortarle toda retirada i obligarlo a batirse. A fin de llevar a cabo este plan, Chile tendria que trasportar su ejército al norte de los campamentos enemigos, hacerlo emprender en seguida las mas penosas marchas al traves de arenales i despoblados desprovistos de todo, para empeñar al fin la batalla. El gobierno chileno i el estado mayor de su ejército no se hacian ninguna ilusion sobre el particular. Uno i otro sabian de sobra que las dificultades de la nueva campaña no consistirian en derrotar al enemigo, sino en llegar hasta él, impidiéndole que se dispersara ántes de combatir.

Desde mediados de febrero de 1880 estaba listo el ejército de Chile para emprender esta segunda campaña. En el puerto de Pisagua se habian reunido dieciseis buques de guerra i de transporte, i en ellos se embarcaron diez mil hombres el 24 de ese mes. Dos dias despues desembarcaron en Ilo, i se apoderaron de este pueblo i del de Pacocha sin hallar la menor resistencia. Los destacamentos peruanos que guarnecian esos

mentos que hemos reproducido, no habia cesado de amenazar a Chile desde el principio de la guerra con la mas altanera arrogancia, se hizo quizá aun mas provocadora al dia siguiente de constituida la dictadura de Piérola. En medio de las lisonjas que prodigaba cada dia a éste, i de los ultrajes incesantes al ex-presidente Prado, a quien llamaban imbécil, cobarde, jugador, etc., etc., se anunciaba enfáticamente que ya habia llegado la hora del tremendo castigo de Chile; que Chile estaba temblando de miedo, i que en dos meses mas los ejércitos de esta república serian arrojados de la provincia de Tarapacá. En la imposibilidad de reproducir en las páginas de este libro algunos de esos artículos, a los cuales dió mayor publicidad la prensa de Chile reproduciéndolos en son de burla, se nos permitirá copiar en seguida algunas líneas de las correspondencias que se enviaban de Lima a *La Raza latina*, periódico español de Nueva York, las cuales, aunque con mas moderacion en la forma, reflejan la misma arrogancia de la prensa de Lima. Hélas aquí:

«Lima, enero de 1880.—La dictadura Piérola esla salvacion del Perú i el triunfo seguro sobre Chile, que contaba como útiles aliados con la torpeza, fatuidad, indolencia i cobardía del ex-presidente jeneral Prado. Al saberse

puntos, los habian abandonado al divisar los buques chilenos dejando en pié los muelles, los telégrafos, las cañerías de agua i todos los elementos que habian de servir al ejército invasor. Solo faltaban las máquinas telegráficas i los libros copiadores de la correspondencia, pero el estado mayor chileno llevaba aparatos de esa naturaleza, i pudo restablecer inmediatamente las comunicaciones.

Apénas ejecutado el desembarco de la primera division, los trasportes volvieron a Pisagua, i condujeron otro cuerpo de tres a cuatro mil hombres que no habian podido llevar en el primer viaje. En el acto se emprendió la exploracion i la ocupacion del valle regado por el rio Ilo, i del camino que conduce a Moquegua, es decir, de los mismos lugares que dos meses ántes habia reconocido el comandante de ingenieros don Arístides Martínez con tanta fortuna como audacia.

La primera noticia del desembarco del ejército chileno en Pacocha se tuvo en Lima el 2 de marzo; pero era tal la persuacion de que Chile no se hallaba en situacion de acometer tales empresas, que pocas personas le dieron crédito. Un dia

en Chile que hoi está al frente de los destinos del Perú un hombre de talento, enerjía, actividad i valor probado como don Nicolas de Piérola, ha entrado el desconcierto en las operaciones de guerra i empezado a insinuarse en la prensa de Santiago la idea de celebrar tratado de paz.

«En los veinte dias que lleva de gobierno el señor Piérola ha dado al ejército la buena organizacion de que carecia i provistolo de elementos que le faltaban. El país, en poquísimo tiempo mas, quedará en estado de defensa i el ejército del sur espedito para emprender con ventaja operaciones sobre Tarapacá, donde los chilenos reconcentran hoi sus fuerzas.

«Diversos arreglos i combinaciones con la casa Dreyfus de Paris i un contrato ajustado con la misma sobre venta i consignacion de guano, han traído al erario del Perú un anticipo de muchos millones que se aplicarán a los gastos de la guerra. Miétras Chile se encuentra con su tesoro casi exhauto i pobre de recursos para mantener su escuádra i ejército, el Perú tiene hoi mas de lo preciso para sostener la guerra i llegar a la victoria. No pasará el mes de mayo sin que la preponderancia marítima que actualmente tiene el enemigo haya desaparecido, merced a la actividad i patriotismo del señor Piérola. No conviene ser mas esplicito en este punto.

«El honrado i entusiasta dictador ha realizado en medio mes i en bien del país i de su independencia, lo que Prado encontraba imposible. ¡Qué contraste de gobernantes!»

rio de la capital llegó a desmentirla solemnemente en los términos que siguen:

«Noticia relativa a desembarco chileno en Ilo no tiene fundamento fidedigno. El 27 circuló en Arica rumor de que 10,000 hombres habian desembarcado en Pacocha i en Camarones 3,000.

«Este rumor no se confirmó el 28.

«Esos desembarcos en Camarones i en Pacocha, i esos miles de ciudadanos rotos que se hacen aparecer aquí i allá, no son mas que invenciones antojadizas.

«Así lo sabemos de un modo casi fidedigno, i así nos lo dice nuestro corresponsal en el Callao que ha averiguado bastante en el asunto.»

Pero no pudo mantenerse por largo tiempo esta incertidumbre. El contra-almirante Montero habia comunicado por la via de tierra el desembarco de los chilenos, asegurando que abrigaba la mas absoluta confianza de que el ejército invasor encontraría su tumba i su castigo en Moquegua. La prensa de Lima repitió en todos los tonos esa misma seguridad, agregando los insultos i las provocaciones de costumbre a Chile i a sus soldados.

A juzgar por los escritos de la prensa del Perú, i por los documentos oficiales, aquella noticia no produjo mas que contento i satisfaccion. Los chilenos, se decia, son cobardes: no se atreven a medirse con el ejército de Montero, i por eso han ido a buscar para teatro de sus operaciones un lugar que está léjos de aquel ejército. Para alentar la confianza de las poblaciones, contaban i recontaban el número de los invasores i concluian que miéntras éstos eran apenas 12,000 hombres, muchos de ellos reclutas en harapos, el Perú tenia allí 20,000 magníficos soldados, provistos de todo i que contaban segura la victoria. El diario oficial de la dictadura, aunque con ménos arrogancia en sus provocaciones, asegura ha esto mismo el día 4 de marzo.

«Nuestro ejército del sur, decia con este motivo, no se encuentra felizmente desprevenido i nuestros enemigos tendrán

que luchar esta vez con mas sérias dificultades que en la provincia de Iquique.

«Las tropas aliadas, algunas de las cuales saben ya como se triunfa de los chilenos, los esperan hace dos meses con el arma al brazo, ansiando el momento de disputar, con su valor, a la fortuna los favores que ha querido conceder ántes a nuestros tenaces enemigos.

«En esta vez tienen ellos que atravesar por poblaciones orgullosas de haber sabido defender siempre la integridad del territorio nacional, i hasta la inclemencia de la estacion será otro enemigo contra quien tengan que combatir nuestros invasores.

«Bastante lo han conocido de antemano i de allí sus prolongadas vacilaciones para emprender su nueva campaña al sur, que ha comenzado ya para ellos bajo malos auspicios.

«Con estos antecedentes no hai por qué desconfiar del triunfo.»

Esta fué la conviccion jeneral en el Perú. Se sabia que era difícil sino imposible hacer llegar hasta Tacna i Arica nuevos cuerpos de tropas para ausiliar el ejército del contra-almirante Montero; pero al mismo tiempo se creia i se anunciaba que no solo era este ejército mui superior al de los chilenos, sino que los departamentos del sur acudirian presurosos con nuevos continjentes a defender el suelo de la patria i a rechazar a los invasores. Esos departamentos, Puno, Arequipa, Moquegua, eran las «poblaciones orgullosas de haber sabido defender siempre la integridad del territorio nacional», i segun se decia, eran bastante poderosas para castigar a los chilenos, aun sin contar con los 20,000 hombres que se daban al ejército de Tacna i de Arica.

Sabiendo el gobierno de Chile que los peruanos habian concentrado tropas en Arequipa i que éstas inquietarian a los chilenos que ocupasen a Moquegua, habia resuelto que se hiciera una espedicion por la costa para distraer su atención. En efecto, del campamento de Pacocha, zarpó el 8 de marzo una division de unos dos mil hombres bajo las órdenes del coronel don Orozimbo Barbosa. Despues de cortar el telégrafo

en una caleta que existe entre los puertos de Islai i de Mollendo, las tropas chilenas desembarcaron en el primero de esos puertos, venciendo fácilmente la resistencia que les opuso una corta guarnicion desde las alturas vecinas, i tomándole veinticinco prisioneros.

En seguida la division chilena marchó por tierra a Mollendo. Los peruanos tenian allí algunos cañones para la defensa del puerto, i una guarnicion mas considerable; pero sabedores del desembarco de los enemigos en el vecino puerto de Islai, abandonaron a Mollendo retirándose por el ferrocarril hácia el interior, i llevándose toda la artillería. La division chilena se limitó a destruir tanto en este puerto como en Islai, los telégrafos, el ferrocarril, el muelle i los demas elementos de propiedad del gobierno peruano que podian servirle para movilizar sus fuerzas. La prensa de Lima habló despues de estas destrucciones exajerándolas estraordinariamente. De las investigaciones mandadas practicar por el gobierno de Chile, resultó que la mayor parte de esas acusaciones eran falsas, i que gran parte de los daños causados i de los robos perpetrados allí, fueron cometidos por el populacho del mismo lugar despues de la retirada de los chilenos.

La espedicion del coronel Barbosa estuvo de vuelta en Pacocha el 14 de marzo. Si no habia alcanzado todo el objeto de su comision, puesto que no consiguió sorprender a la guarnicion de Mollendo, logró al ménos distraer la atencion de las fuerzas peruanas de Arequipa. Una parte de ellas tuvo que ocurrir a la costa, no para atacar a los chilenos, pero sí para resguardar los caminos que conducen al interior del departamento de Arequipa.

En esos momentos habia en Moquegua fuerzas peruanas mucho mas considerables de las que dos meses ántes habia puesto en fuga el comandante Martínez. Esas fuerzas, mandadas por el coronel don Andres Gamarra, no pensaban, sin embargo, en defender esa ciudad ni el valle inmediato, pero se habian fortificado un poco mas al norte, en una altura que se creía inatacable.

Era aquella, en efecto, una ventajosa posicion militar, cuya

defensa presentaba grandes facilidades. Para pasar de Moquegua á Torata, es necesario trasmontar una asperísima cadena de cerros que solo ofrece un pasaje abordable por la garganta o cuesta denominada de los Anjeles. Allí hai un camino abierto en zig-zag, pero siempre difícil i pendiente, i que ningun ejército puede recorrer desde que las alturas estén ocupadas por una fuerza cualquiera. Los cerros de los lados son de tal manera escarpados que siempre se habia creído que era del todo imposible llegar a los Anjeles con un cuerpo de ejército por otra parte que por el camino público. Las tropas colocadas allí no tenian, pues, nada que temer por sus flancos; i para la defensa del camino que conduce a las alturas, bastaba un puñado de hombres.

La garganta de los Anjeles gozaba en la historia del Perú una reputacion tal, que habia merecido el nombre de las Termópilas peruanas. En 1823, una division española habia derrotado allí al ejército independiente. En 1874, en una de las interminables guerras civiles del Perú, el caudillo revolucionario don Nicolas de Piérola, el mismo que mas tarde ha sido dictador de esa república, se apoderó de esas alturas i rechazó el ataque de los ejércitos del gobierno que mandaban el presidente Pardo i el jeneral Buendía. Esplicando esos sucesos, los jefes peruanos declararon oficialmente que desde esas alturas «bastaban quinientos hombres para resistir a un ejército de 10,000»³. Se comprenderá la importancia que el mismo Piérola daba a esas posiciones; i la confianza con que el coronel Gamarra se habia fortificado en ellas.

Los chilenos tenian conocimiento cabal de todo esto. Del campamento de Pacocha salió primero una columna de ca-

3. Sobre ese ataque de las posiciones de los Anjeles en 1874, pueden verse, ademas de las relaciones hechas por los mismos revolucionarios, los documentos siguientes: 1.º Parte del jeneral Buendía de 6 de diciembre de 1874, en que dice que despues de un ataque de nueve horas, sus tropas se retiraron con el *mayor entusiasmo*, (el entusiasmo de la derrota). 2.º Relacion del coronel don José de la Torre, jefe de estado mayor de su ejército, publicada en *El Comercio* de Lima del 13 de diciembre de ese año. 3.º El parte oficial del presidente Pardo, fechado en Arequipa el 31 de diciembre. Los tres declaran inespugnables las posiciones de la cuesta de los Anjeles.

ballería mandada por el jeneral don Manuel Baquedano, para reconocer el camino que conduce al interior, temiendo que el ferrocarril hubiese sido cortado. Establecida la comunicacion sin ninguna dificultad, avanzó en seguida la segunda division del ejército; i en la mañana del 20 de marzo, las tropas chilenas tomaron posesion de Moquegua, acampando el grueso de ellas en la ribera norte del rio, en el lugar denominado Alto de la Villa, que es el punto terminal del ferrocarril. Desde el mismo instante, los ingenieros, bajo la direccion del comandante Martínez, comenzaron a estudiar el terreno en todos sus detalles.

En realidad, el ejército de Chile, que no pensaba en especidionar sobre Torata, sino penetrar hácia el sur a buscar al ejército de Tacna, hasta habria podido desentenderse de las fuerzas que el coronel peruano Gamarra tenia en la cuesta de los Angeles. Pero era peligroso dejar allí tropas enemigas, tanto mas cuanto que ellas podrian ser el núcleo de un ejército que picase la retaguardia a los chilenos durante su marcha al sur. El jeneral Baquedano resolvió inmediatamente el ataque; i con pleno conocimiento del terreno, fué acordado en su campamento el plan para llevarlo a cabo.

Por la derecha del enemigo, las serranías eran sumamente escabrosas, i parecia que ni los hombres ni los animales podian pasar por allí. Un batallon, compuesto por los robustos i animosos mineros de Copiapó, bajo las órdenes de su enérgico comandante don Juan Martínez, aceptó el encargo de escalar las alturas por ese lado. Por el flanco izquierdo de los peruanos, el ataque presentaba dificultades de otro orden. La falda de los cerros, aunque áspera i pendiente, era mas transitable, pero se necesitaba hacer un rodeo de muchos quilómetros, tanto mas difícil de ejecutar, cuanto que la operacion debia practicarse de noche. El ataque debia darse al amanecer del 22 de marzo.

En efecto, poco despues de haberse oscurecido el dia anterior, salió de Moquegua una columna de cerca de mil hombres de las tres armas, mandada por el coronel don Mauricio Muñoz, para ir a tomar por aquellos rodeos el flanco izquierdo

de los atrincheramientos peruanos. A media noche alió del campamento del Alto de la Villa el batallón encargado de escalar las serranías por los despeñaderos de la derecha enemiga. Poco más tarde el general Baquedano colocó su artillería en un lugar del terreno bajo del valle, desde donde podía romper sus fuegos sobre los caracoles del camino público i las trincheras que coronaban las alturas.

En la noche se mantuvo la mayor vijilancia en los dos campamentos. A las dos de la mañana se sintió un nutrido tiroteo producido por una partida peruana que protegida por la oscuridad de la noche, bajó de las alturas para sorprender a las avanzadas chilenas que estaban al pié, i que rechazaron al enemigo. Pero nadie en el campamento del coronel Gamarra sospechó siquiera el ataque que los chilenos llevaban en esos momentos a cabo por los dos flancos.

Pero, al amanecer del día 22 de marzo, los defensores de los atrincheramientos de los Anjeles se encontraron flanqueados por su costado derecho. El batallón chileno que había trepado a las alturas caminando en medio de la oscuridad de la noche por esas escarpadísimas laderas, llegó justamente a tiempo para romper el fuego i para comenzar a disputar sus atrincheramientos a los peruanos, con la primera luz del día. La columna mucho más numerosa que debía atacarlos por la izquierda, estaba algo atrasada a consecuencia de la larga distancia que había tenido que recorrer; pero encontró también algunas compañías peruanas que estaban destacadas por ese lado, i empeñó el combate contra ellas al amanecer. La artillería chilena, que había ocupado su puesto en el valle, disparó al mismo tiempo una lluvia de granadas sobre las posiciones peruanas, i ayudó eficazmente a introducir en ellas el espanto.

Poco más de una hora se mantuvo así el combate. Los peruanos comenzaron a ceder, i en seguida a abandonar el campo con toda precipitación, dejando allí 28 muertos i un número mayor de heridos. Cuando la bandera chilena flameaba en los atrincheramientos que los peruanos habían ocupado en las alturas, el general Baquedano mandó suspender los

fuegos de su artillería i dispuso que el resto de su division marchara a ocupar esas posiciones por el camino público que habia quedado libre i espedito. La persecucion de los fujitivos se continuó cuanto fué posible, tomándoles 64 prisioneros, de los cuales 8 eran oficiales, muchas armas i municiones. Tora-ta, así como los otros pueblecitos i campos vecinos, cayeron el mismo dia en poder de los chilenos.

La ocupacion de aquellas ventajosas posiciones, que en el Perú se creian absolutamente inespugnables, produjo en todo el pais una esplosion de rabia. En el principio la prensa negó la efectividad del desastre; i cuando ya no se pudo ocultar la verdad, el coronel Gamarra, que no habia podido resistir a la audacia i al empuje de los chilenos, fué tratado poco ménos que como traidor a la patria. El dictador Piérola mandó someterlo a juicio, del mismo modo que pocos meses ántes lo habian sido los jefes en cuyas manos se perdió la campaña de Tarapacá.

Para los chilenos, el triunfo de los Anjeles no fué la satisfaccion de una simple vanidad militar. Conquistada aquella posesion, i dispersadas las tropas que la defendian, quedaban cerrados todos los caminos por los cuales el ejército peruano del sur podia comunicarse con el centro i con el norte de la república, i por donde podian tambien recibir refuerzos. Desde ese dia tambien, las tropas chilenas pudieron abrir la campaña i emprender su marcha hácia el sur sin temor de ser hostilizadas por la retaguardia.

Al mismo tiempo que por tierra se ejecutaban las operaciones que dejamos referidas, la escuadra chilena continuaba las hostilidades por mar. El bloqueo de Arica era sostenido por el monitor *Huáscar* i por la cañonera *Magallanes*. El 27 de febrero, el primero de estos buques se acercó a tierra para reconocer los fuertes peruanos, i fué recibido por los fuegos de las baterías i del monitor *Manco Capac* que, como hemos dicho, era una formidable batería flotante colocada en el fondo de la bahía. El comandante del *Huáscar* don Manuel Thomson, murió destrozado por una bomba peruana; pero el comandante Condell, que tomó el mando del bloqueo, sostuvo

el combate con toda energía. Habiendo llegado allí el día siguiente otros dos buques chilenos, continuaron el bombardeo de la plaza causando en ella estragos de consideración.

El bloqueo de Arica se continuó por dos semanas más sin incidente alguno que viniese a interrumpir su monotonía. Para defender la entrada de este puerto, no quedó allí más que el monitor *Huáscar* i un mal transporte, fuerza insuficiente para el caso, por ser la bahía de Arica sumamente abierta. En la noche del 16 de marzo, la corbeta peruana *Union*, despachada del Callao pocos días antes, burló el bloqueo i penetró al puerto, favorecida por la oscuridad i por su extraordinaria rapidez. Esa corbeta llevaba comunicaciones del gobierno de Lima i algunos auxilios para el ejército del contra-almirante Montero.

El día siguiente, cuando el *Huáscar* vió a la *Union* cerca de tierra i bajo la protección de las baterías, rompió sus fuegos sobre ella no solo con el objeto de ofenderla sino de impedir el desembarco de su carga. Luego llegaron al puerto otros dos buques chilenos que reforzaron el ataque. Por una estratagemata bien ideada por el oficial peruano don Manuel Antonio Villavicencio, que mandaba la *Union*, hizo salir de la máquina de este buque una gran cantidad de vapor, como si hubiese sufrido una grande avería. Los marinos chilenos cayeron en el engaño, suspendieron el ataque i en la tarde reunieron sus naves en el norte de la bahía para acordar las medidas que impidiesen a la nave salir del puerto durante la noche. Favorecida por lo abierto de la bahía i por lo rápido de su andar, la corbeta peruana se deslizó hacia el sur bajo la protección de los fuertes de tierra, i se alejó de Arica burlando hábilmente a sus perseguidores que no pudieron darle alcance.

Esta audaz operación de la corbeta peruana no había tenido en realidad más que un objeto, el de satisfacer de algun modo las exigencias del pueblo de Lima que reclamaba del dictador que socorriese al ejército del sur, incomunicado entonces por las tropas chilenas. Pero la *Union* no pudo llevar a Arica más que cuatrocientos pares de zapatos, algunos fardos de jénero para vestuario i dos ametralladoras desmonta-

das. Los oficiales peruanos de Tacna i de Arica, que veian a sus soldados casi desnudos, i que conocian todas las necesidades del ejército, se persuadieron de que las mezquinas rivalidades de los hombres públicos del Perú, no se habian acallado en medio de los conflictos de la guerra exterior. A juicio de ellos, el dictador Piérola estaba resuelto a sacrificarlos para evitar un triunfo que debia de enaltecer a Montero, i que podia ser una amenaza para el gobierno de la dictadura. Así, pues, el viaje de la *Union*, sin importar un auxilio de mediana importancia para el ejército de Tacna i Arica, vino a fomentar la desconfianza de los oficiales i aun a producir cierto desaliento en los espíritus.

Sea como se quiera, la empresa ejecutada con tanta fortuna por el comandante Villavicencio, fué celebrada en todo e Perú como una gran victoria, pero ella aceleró las operaciones de la escuadra chilena para impedir todo movimiento de las naves enemigas. En efecto, dejando subsistente el bloqueo de Arica, de Mollendo i de las costas adyacentes, el buque blindado *Blanco Encalada*, el monitor *Huáscar*, la corbeta *O'Higgins*, dos cruceros i otros buques menores pusieron el bloqueo efectivo al Callao i a los puertos vecinos el dia 10 de abril. Despues del plazo acordado a los buques mercantes de bandera neutral para dejar el puerto, rompieron el cañoneo contra los fuertes i contra los buques peruanos, que habian sido guardados en la dársena. Esta operacion venia a poner un término a las escursiones que las naves de este pais podian hacer en las costas vecinas.

Desde ese dia, las naves chilenas quedaron recorriendo los mares en todas direcciones, libres del peligro de cualquiera sorpresa. Se comprende fácilmente que este bloqueo rigurosamente sostenido, iba a causar grandes perjuicios al comercio del Perú, cerrándole sus puertos principales. La prensa de Lima, sin embargo, aparentó celebrarlo casi como una victoria, declarando que esta operacion perjudicaba mas al comercio de Chile que al del Perú. Por otra parte, la prensa i el gobierno de este pais creian ver en el bloqueo un oríjen de infinitas complicaciones internacionales para la escuadra chi-

lena; i al efecto, pusieron todo su conato en estimular las quejas i reclamaciones de los neutrales, esperando encontrar en estas dificultades un apoyo que les negaba la opinion pública de las naciones europeas.





CAPITULO XI

Campaña sobre Tacna, abril i mayo de 1880

Reorganizacion industrial i administrativa de la provincia de Tarapacá.— Liberales concesiones hechas por el gobierno de Chile a los acreedores hipotecarios del Perú.—Disposiciones relativas a la explotacion del salitre.—Inútiles protestas del gobierno del Perú.—Medidas financieras de éste para procurarse fondos.—Sus trabajos para organizar nuevos ejércitos.—El ejército chileno se prepara a marchar sobre Tacna.—Grandes dificultades que les oponen la naturaleza i la topografía de aquellos lugares.—Reconocimientos practicados por la caballería chilena.—Combate de Buenavista.—Marcha del ejército chileno.—Trabajos que impuso la conduccion de la artillería.—Reunion de todo el ejército en las márgenes del rio Sama.—Muerte repentina del ministro de guerra don Rafael Sotomayor.

Al mismo tiempo que se emprendian las operaciones militares que hemos referido en el capítulo anterior, el gobierno de Chile estaba empeñado en regularizar la administracion pública en la provincia de Tarapacá. Se sabe que la industria de esta provincia, rejida desde 1873 por un errado sistema económico, habia sufrido las mas sérias perturbaciones durante el primer año de guerra. La espulsion de los trabajadores chilenos al dia siguiente de rotas las hostilidades, la suspension del comercio exterior, ocasionada por el bloqueo

de Iquique, la ocupacion de la provincia por el ejército peruano durante mas de seis meses, i por último, las operaciones militares que dieron por resultado la posesion completa por los chilenos, eran causas del desórden, o mas bien, del desamparo industrial i administrativo en que habia caído.

El gobierno de Chile proveyó a esos lugares de empleados civiles que vijilasen por su administracion. Para dar facilidades al comercio, las aduanas fueron sometidas a un réjimen mucho mas liberal del que habian tenido ántes. Con el mismo celo, se establecieron nuevos tribunales de justicia, se organizó la policia de aseo i de seguridad, se crearon hospitales para los enfermos desvalidos i se abrieron escuelas bajo el mismo sistema establecido en Chile. Dos meses despues de la ocupacion chilena, el órden i la regularidad administrativa estaban satisfactoriamente establecidos. El comercio de Iquique cobró nueva vida a la sombra de este estado de cosas. Fundáronse allí nuevas imprentas, i la prensa periódica comenzó a funcionar bajo el réjimen de absoluta libertad que existe en Chile.

Un número considerable de acreedores europeos del Perú se habia dirijido desde meses atras al gobierno chileno solicitando permiso para cargar guano en los depósitos de Tarapacá i en las islas de Lobos. Manifestaban ellos que este abono estaba afectado preferentemente al pago de sus créditos; pero que el gobierno del Perú, burlando los solemnes compromisos contraídos con ellos, habia suspendido desde algunos años atras el pago de estas obligaciones, lo que habia dado oríjen a que los títulos de su deuda, sufriesen una depreciacion de un noventa por ciento. En esta representacion, el gobierno de Chile no vió mas que una prueba de la confianza que los prestamistas europeos tenian en la honradez con que siempre habia pagado a todos sus acreedores.

Pero el gobierno de Chile no queria hacer promesas cuando el estado de la guerra no lo habia puesto aun en posesion de esos depósitos de guano; i si bien oyó favorablemente esas proposiciones, esperó la ocupacion de Tarapacá para resolver esta cuestion en un sentido favorable para los acreedores

del Perú. Quería también que el mayor número de éstos se pusiera de acuerdo, para hacer más efectiva las ventajas de su resolución.

Esto fué lo que sucedió en diciembre de 1879 i en enero de 1880. Los tenedores de bonos peruanos celebraron algunas reuniones en Lóndres; i recordando allí la manera como habían sido cruelmente burlados en todas sus expectativas por el gobierno del Perú, acordaron acojerse a la honorabilidad del gobierno de Chile. Su confianza a este respecto, no era infundada. Por decreto de 23 de febrero de 1880, Chile otorgó a los acreedores hipotecarios del Perú, el permiso para cargar guano de los depósitos de Tarapacá, mediante el pago de 30 chelines por la esportacion de cada tonelada. Los trabajos para emprender el carguío comenzaron a ejecutarse desde luego.

Las protestas del gobierno dictatorial del Perú contra esta concesion, están consignadas en un decreto que lleva la fecha de 15 de marzo. El dictador Piérola declara allí que el permiso concedido por el gobierno de Chile a los acreedores del gobierno del Perú, es atentatorio contra la soberanía de este país, que los acreedores que lo hubieran solicitado o que se acogieran a él, han perdido *ipso facto* todos sus derechos, que no podrian hacerlos valer en ningun tiempo i bajo ninguna forma, i que el gobierno de este país perseguiria las embarcaciones que esportaran guano, i las confiscaria, cualquiera que fuere el pabellon que las cubriera. Como es fácil comprender, un decreto de esta clase, dado por un gobierno cuya escuadra había sido destruida en la guerra, i que por tanto no podia hacerlo cumplir, no debia ser tomado a lo serio.

La industria salitrera, la más importante de la provincia de Tarapacá, llamó también preferentemente la atención del gobierno de Chile. Se recordará que el gobierno peruano, obediendo a una errada política, estableció en 1873 el monopolio del salitre, i luego trató de adquirir todos los establecimientos, para ser el único elaborador i el único vendedor de este artículo. Según este sistema, el gobierno del Perú había celebrado con diversas personas contratos de elaboracion,

segun los cuales, estos empresarios elaboraban en las fábricas del Estado una cantidad determinada de salitre que debian entregar al fisco mediante el pago de 62 peniques por quintal, como costo de elaboracion. El Estado vendia i esportaba el salitre elaborado de esta manera.

Este sistema, que convertia en negociante al gobierno del Perú, con perjuicio de los intereses bien entendidos del comercio i de la industria, repugnaba al gobierno de Chile. Ni siquiera quiso exijir por entónces la entrega del salitre elaborado por cuenta del Estado peruano por las personas que tenian contratos pendientes, i el cual le correspondia de derecho como propiedad quitada al gobierno enemigo. En vez de seguir el pernicioso sistema de monopolio, decretó la libre esportacion del salitre, mediante el pago de un impuesto moderado de un peso cincuenta centavos por quintal.

Desgraciadamente, este réjimen liberal tardó mucho en producir sus frutos. La esportacion voluntaria no se desarrollaba por causas fáciles de comprender. En primer lugar, la perturbacion consiguiente al estado de guerra no podia asegurar el restablecimiento inmediato de la confianza entre los industriales i entre los comerciantes. En segundo lugar, el gobierno del Perú amenazaba hasta con la confiscacion de los bienes que tenian en las provincias de la república ocupadas por sus armas, a aquellos contratistas con el Estado que respetasen la lei chilena i se hiciesen esportadores de salitre. En tercer lugar, muchos especuladores creyeron que demorando la esportacion, obligarian al gobierno chileno a rebajar mas aun el impuesto con que habia sido gravada. Vióse, pues, éste obligado a vender por su cuenta el salitre ya elaborado, i a remitir una buena parte de él a Europa, para que fuese allá vendido. Estas providencias, sin embargo, se dictaron con un carácter transitorio. El gobierno de Chile, en posesion de todos los terrenos productores de salitre hasta el paralelo 19 de latitud sur, preparaba una lei para someterlos a un réjimen económico uniforme, sobre las bases de la libertad comercial i de la igualdad de impuesto.

Cuando el gobierno del Perú supo que Chile comenzaba a

beneficiar los depósitos de nitrato de la provincia de Tarapacá, hizo oír sus protestas. Esos depósitos, decia, son propiedad del Perú; i Chile no puede esplotarlos sino por un acto de piratería. Es cierto, agregaba, que Chile está en posesion de esos territorios, pero esa posesion es instable, i se debe mas que al poder de sus ejércitos, al error de los jenerales del Perú. Las naves que carguen el salitre por cuenta del gobierno, como las que carguen guano por cuenta de los acreedores del Perú, serán perseguidas en todas partes por las autoridades peruanas como naves piratas. Pero, esto era desconocer en todas sus partes la efectividad de un hecho material i consumado, como era la ocupacion efectiva i eficaz del territorio en cuestion, por las armas i por las autoridades de Chile, i el hecho no ménos real de que el Perú no tenia escuadra con que impedir el embarque del salitre, ni con qué perseguir las naves que lo condujesen a Europa. Ha resultado de aquí, que las protestas peruanas han quedado escritas en el papel i no han producido ningun resultado práctico.

El gobierno dictatorial del Perú dictaba al mismo tiempo otras medidas de hacienda. Creaba por sí i ante sí, nuevos impuestos que a pesar de ser mui onerosos, no produjeron las entradas que se buscaban. Decretó que se suspendiese el pago de todas las obligaciones que databan de una época anterior al 24 de diciembre de 1879, es decir, del dia en que se inauguró la dictadura, a ménos que esas obligaciones fueran calificadas segun reglas que no se indicaban, i aun así no serian pagadas sino mas tarde i con la aprobacion especial del gobierno.

Esta medida tenia por objeto demostrar que en adelante se cubririan con las rentas del Estado las nuevas obligaciones que se contrajesen, estimulando así que se hiciesen nuevos préstamos al gobierno; pero el dictador parecia desconocer que el establecimiento de este sistema acabaria por destruir por completo el crédito interior i exterior del Perú, puesto que dejaba establecido el hecho de que el gobierno podia fijar cualquier dia, que las obligaciones contraidas por el Estado ántes de tal o cual fecha no tenian valor. Esta teoría era por

demás peligrosa en un país en que los gobiernos revolucionarios suelen sucederse con mucha rapidez; i en efecto, despertó gran desconfianza en el Perú, lejos de producir el resultado que se buscaba.

Se contrajo también el dictador Piérola a promover arreglos financieros con los acreedores extranjeros del Perú, para distraerlos de tratar con Chile. Por decreto de 7 de enero de 1880, acordó la consolidación de la deuda exterior, la cual sería pagada inmediatamente por medio de la cesión de los ferrocarriles del Estado; i con la emisión de nuevas obligaciones amortizables con intereses por las cantidades que no alcanzasen a pagarse con las vías férreas ¹. Pero como los acree-

1. Siendo este decreto demasiado estenso para insertarlo íntegro en esta nota, vamos a copiar solo sus artículos principales.

«1.º Consolidanse en una sola las deudas contraídas en Europa en 1870, la que lleva el nombre de 1872 i los bonos emitidos para el ferrocarril de Pisco a Ica.

«2.º Adjudicase a los tenedores de la deuda externa del Perú la propiedad de los ferrocarriles nacionales de Mollendo al Cuzco, de Ilo a Moquegua, de Pisco a Ica, de Lima a Chancai i Huacho, del Callao a la Oroya, de Salaverrí a Trujillo, de Chimbote a Huaraz, de Pascamayo a Cajamarca i de Paita a Piura, en el estado en que se hallan, por la suma de su costo en efectivo, cambiando acciones por títulos de la deuda a la par.

«3.º Cada tenedor de bonos recibirá en acciones de ferrocarriles i en nuevos títulos de deuda el valor total de sus actuales bonos, en la proporción en que se hallan el valor en que se adjudican los ferrocarriles i el remanente de bonos por canjear.

«4.º Esta adjudicación es incondicional i real: por manera que el Estado no ejercerá sobre dichas líneas férreas otras atribuciones que las que correspondan sobre las construídas i explotadas por la industria privada.

«5.º Las compañías que se constituyan propietarias de estas líneas quedan autorizadas para llevarlas a su término i explotadas, gozando de un privilegio esclusivo de veinticinco años, contados desde la adjudicación, i de libertad de derechos de importación para los materiales que demande la terminación de las vías que no estuviesen enteramente concluídas.

«7.º Hecha la adjudicación de que hablan los artículos precedentes, el remanente de títulos de deuda externa será convertido en nuevos títulos a la par i de igual denominación que los canjeados, los cuales gozarán de un servicio anual de cuatro por ciento acumulativo, aplicable al interés de dos i medio por ciento en cada año, pagadero por semestres i de uno i medio por ciento de amortización.

«8.º Esta amortización se verificará semestralmente por propuestas cerradas bajo la par, presentadas a la agencia financiera, i por sorteo, a la par-

dores sabian que esos ferrocarriles rendian una escasísima produccion, i que algunos de ellos no pagaban ni siquiera los costos del tráfico, esta medida no produjo ningun resultado.

En la misma época el jefe supremo resolvía dictatorialmente todas las cuestiones que el gobierno del Perú tenía

en la parte en que no alcanzasen a llenar el fondo de amortizacion designado

«9.º A este servicio el Perú afecta, desde que restablezca la esportacion del guano, la cantidad de dos libras por cada tonelada que venda en los mercados de Europa i sus colonias, con escepcion de los mercados de Francia i Béljica, las cuales dos libras serán depositadas en el Banco de Inglaterra por el vendedor del guano peruano en los predichos mercados, tomándose de dicho fondo el servicio semestral de los bonos i reservando para el siguiente el exceso, si lo hubiere.»

Los acreedores del Perú en el extranjero recibieron este decreto como la mas amarga burla que el dictador Piérola podía hacer de sus derechos. Vamos a extraer en seguida algunas de las observaciones que se hicieron para rechazar terminantemente tales bases de arreglo.

1.º Solo por una cruel ironía puede el gobierno peruano proponer la cesion de los ferrocarriles del Estado para el pago de la deuda i por el precio de costo. Se sabe que la construccion de cada una de esas vías férreas fué un negocioescandaloso en que el Estado pagaba dos o mas veces lo que costaron los trabajos, para enriquecer al presidente de la república, a los ministros de Estado i a una turba de desvergonzados traficantes para quienes el tesoro público fué el patrimonio del mas osado.

2.º Una buena parte de esos ferrocarriles fué construida no para servir a los intereses industriales del Perú, sino como un pretexto para hacer grandesnegocios a espensas del Estado, i para autorizar toda especie de fraudes. De aquí ha resultado que algunas de esas vías férreas no producen ni siquiera para pagar el carbon que se consume en el tráfico. Los acreedores del Perú que las aceptaren en pago de su deuda, harian el mismo negocio de aquel individuo a quien le regalaron un elefante blanco, i que se vió arruinado en poco tiempo por los gastos que le ocasionaba el mantenerlo.

3.º La promesa de pagar con el producto del guano la amortizacion e intereses de la parte de la deuda que no alcance a cubrirse con el importe de los ferrocarriles, es una nueva i mas amarga burla. Este mismo compromiso existia en años atras, i entónces el Perú burló a sus acreedores suspendiendo el servicio de su deuda. Hoi, que se encuentra mil veces mas arruinado que en 1872, ¿pueden tomarse a lo serio sus ofrecimientos?

Así, pues, los acreedores del Perú rechazaron indignados tales proposiciones; lo que no impidió que la prensa de Lima dijera que la dictadura habia arreglado todas las cuestiones financieras, i pagado la deuda exterior de una manera ventajosa para el gobierno i para los acreedores del Perú; del mismo modo que decia que el dictador Piérola habia adquirido una escuadra que llegaría al Callao en el mes de mayo a destruir las naves chilenas i a reconquistar la supremacía del Perú en el Pacífico.

pendiente con los antiguos consignatarios del guano en Europa, i las resolvía en favor de éstos, a quienes la opinion pública acusaba de haber sido los socios del mismo dictador, cuando éste fué ministro de hacienda ántes de 1872, i mas tarde los proveedores de fondos para las revoluciones que Piérola habia intentado contra las administraciones subsiguientes. La supresion de la libertad de imprenta bajo el régimen de la dictadura, ha sido causa de que hasta ahora no se haya podido hacer toda la luz sobre estas negociaciones. Un diario que se atrevió a insinuar algo sobre las cuestiones financieras, fué suprimido inmediatamente, i fueron castigados sus editores.

Si todas estas medidas no dieron un resultado mui positivo para atender a las necesidades de la guerra, la actividad del dictador Piérola encontró otro campo en que ejercerse. Hizo un llamamiento jeneral a las armas a todos los peruanos, i comenzó a organizar en la capital i en las provincias numerosos batallones a cuya instruccion militar se dió un grande impulso. El gobierno peruano continuó recibiendo de Europa i de Estados Unidos remesas de armas i de pertrechos de guerra que llegaban por la via de Panamá, de manera que su ejército estaba suficientemente abastecido. Pero, por mas numeroso que éste fuera, no habia posibilidad de hacer llegar recursos al contra-almirante Montero que mandaba el ejército del sur. Por tierra era imposible hacer nada, no solo por las grandes distancias, sino por cuanto los chilenos ocupaban la provincia de Moquegua i cerraban todos los caminos. Por mar, el bloqueo de las costas del sur hacia difícil toda tentativa emprendida con ese objeto.

Sin embargo, la opinion pública comenzaba a acusar al gobierno de la dictadura de faltas que éste no pensaba talvez en cometer. Sabiendo que Montero i Piérola habian sido enemigos irreconciliables, se creia que el segundo tenia interes en abandonar a aquél para que fuese derrotado, i para verse así libre de un rival peligroso. Los chilenos interceptaron, como lo hemos dicho en otra parte, algunas cartas en que se hablaba de estas rivalidades i de estas asechanzas como de

una cosa positiva. Para acallar estas murmuraciones, i ya que no le era posible hacer otra cosa, el dictador Piérola ordenó el peligroso viaje de la corbeta *Union* a Arica, de que hablamos en el capítulo anterior, i que llevó a cabo con rara habilidad el comandante Villavicencio. Esta aventura tan audaz como feliz, no mejoró la situación del ejército del sur, puesto que solo recibió algun vestuario i mui pocas armas; pero poco mas tarde, el bloqueo del Callao vino a cortar toda esperanza de renovar las comunicaciones i de repetir el envío de cualquier auxilio.

Mientras tanto, el ejército chileno que habia ocupado a Moquegua, se preparaba para abrir la campaña sobre Tacna. El jeneral Escala habia vuelto a Chile dejando el mando en jefe de las tropas al jeneral don Manuel Baquedano, que acababa de ilustrarse por el bien preparado ataque de la cuesta de los Angeles. En la dirección de las operaciones militares, este jefe desplegó desde el primer día la mas enérgica actividad. La distancia que tenia que atravesar para llegar hasta el enemigo no era propiamente grande, i en otro país un ejército regularmente organizado, habria podido recorrerla en cuatro o seis días; pero en estos lugares la marcha exige de los jefes i de los soldados un esfuerzo mucho mayor que el que se necesitaba para derrotar al enemigo.

La rejion de la costa de la república peruana, es formada por una serie de desiertos separados entre sí por estrechos valles que riegan los rios que se desprenden de las montañas. En toda esta rejion, las lluvias son casi completamente desconocidas, i esos desiertos son llanuras secas i arenosas, interrumpidas a veces por ásperas serranías, o por colinas de terreno movedizo que hacen mui penosa la marcha del viajero sobre todo durante el día cuando el sol de los trópicos calienta el suelo i produce un calor abrasador. «La ausencia de humedad deja perecer todo en el suelo, i da al paisaje el aspecto mas desolado que se puede ver. La producción se aleja por consecuencia de esos lugares; e inmensas extensiones de terreno que por su naturaleza podrian ser mui fértiles, permanecen

cen inútiles para el mantenimiento de la riqueza i de la poblacion ².

En cambio, en los angostos valles formados por los rios, allí donde hai riego i humedad, existe una vejetacion exuberante; i la industria del hombre ha implantado cultivos que producen un pingüe resultado. Las plantaciones de cañas de azúcar en unas partes, las viñas en otras, constituyen la principal riqueza agrícola de esos lugares. En esos valles están situadas las ciudades que dan vida a toda la rejion de la costa, Piura, Trujillo, Lima, Ica, Arequipa, Moquegua, Tacna, etc.; pero aunque las distancias jeográficas que separan a unas de otras son muchas veces relativamente cortas, son pocos los viajeros que se atreven a internarse por esos desiertos, prefiriendo siempre trasladarse a los puertos vecinos i emprender el viaje por mar. Se comprenderá fácilmente que estas dificultades son inmensamente mayores todavía para la traslacion de un ejército que tiene que trasportar bagajes i artillería.

El trayecto de Moquegua a Tacna está sometido a estas condiciones. El ejército chileno tenia que recorrer un desierto seco, estéril i escabroso, interrumpido solo por los estrechos valles de Locumba i de Sama, donde podia encontrar agua para los soldados i para las bestias. En cambio, debia pasar por serranías i colinas de terreno suelto i movedizo, i por vastos arenales en donde los hombres i los caballos no pueden andar sin una fatiga abrumadora, i en donde no se encuentra un arroyo, ni un pozo siquiera donde matar la sed del viajero.

Antes de emprender la marcha, fué necesario comenzar por armar los carros que debian trasportar los bagajes, los víveres, los forrajes i el agua, i disponer que éstos se adelantasen protegidos por la caballería para que el soldado encontrase provisiones en cada punto de descanso. Para formarse una idea de estas dificultades, baste decir que el ejército chileno estaba obligado a trasportar una provision de agua que

2. JOURDANET, *Influence de la pression de l'air sur la vie de l'homme*, tomo I, páj. 110.

pudiese suministrar cada día cuarenta mil litros para los hombres i los animales.

El jeneral chileno i su estado mayor ejecutaron estos trabajos con toda actividad; pero tuvieron que vencer dificultades sin cuento. El valle de Moquegua, como la mayor parte de los valles de aquella rejion del Perú, está sometido en esta estacion del año, a la influencia de fiebres intermitentes, conocidas en el pais con el nombre de tercianas. Estas fiebres, orijinadas por los miasmas desprendidos a causa del calor en los terrenos regados o bañados por el rio, atacan principalmente a los extranjeros que por primera vez habitan esos valles. El ejército chileno sufrió los efectos de esta cruel enfermedad, de tal suerte que los trasportes de la escuadra estuvieron ocupados durante muchos dias en llevar cargamentos de enfermos a los hospitales de Pisagua i de Iquique, donde por la sequedad del aire no reinan las tercianas. En cambio, de aquellos puertos salieron otros continjentes de tropa para reemplazar a los enfermos. El jeneral Baquedano, de acuerdo con el cuerpo médico del ejército, trasladó el campamento al sitio denominado el Hospicio, situado en las alturas vecinas al valle, i a cerca de medio camino entre Ilo i Moquegua. Desde allí donde sus tropas debian romper la marcha. Estos variados afanes contribuyeron, como debe suponerse, a demorar cerca de un mes el progreso de las operaciones.

Durante este intervalo, la caballería chilena se ocupó en hacer diversos reconocimientos. Se sabia que los peruanos habian destacado de su campamento de Tacna algunas partidas volantes, con encargo de hostilizar al ejército enemigo o a sus avanzadas, durante su marcha. En efecto, un piquete de 25 soldados chilenos que se habian adelantado en exploracion, fué sorprendido en el pueblo de Locumba, i perdió entre muertos i prisioneros el mayor número de los suyos. Pero a principios de abril (el dia 7) habia salido del campamento el coronel don José Francisco Vergara a la cabeza de 500 soldados de caballería, con encargo de reconocer todos los caminos i de escarmentar a las avanzadas peruanas.

En el desempeño de esta comision, el coronel Vergara se

adelantó hasta el valle de Locumba sin encontrar la menor resistencia. Esploró un camino que iba del mar hacia el valle de Sama, camino que debía servir para el transporte de la artillería. En seguida, se dirigió hacia la sierra en busca del enemigo, penetró por escarpados desfiladeros hasta Mirabe e Ilabaya, donde halló víveres para su tropa i forraje para sus animales. En ninguna parte se presentaban destacamentos peruanos, ni se veía rastro alguno de ellos. Sin embargo, no le fué difícil descubrir por sus exploradores que en el valle formado por el rio Sama, i entre el pueblo de este nombre i Buenavista, existia una columna peruana de avanzada, compuesta de unos 400 hombres entre infantes i jinetes. El jefe de estas fuerzas era el coronel Albarracin, que gozaba en el Perú de la reputacion de montonero tan valiente como astuto. En el acto, resolvió el jefe chileno el ataque de esas tropas enemigas.

Para ocultar sus movimientos, e impedir que el enemigo se retirara, la columna del coronel Vergara hizo su marcha en la noche de 17 de abril; i a las diez de la mañana siguiente estaba sobre las fuerzas peruanas. La infantería de éstas pretendió hacerse fuerte en los edificios, mientras la caballería parecia dispuesta a defender el paso del rio. Las tropas chilenas, sin embargo, flanquearon al enemigo, obligándolo a abandonar sus posiciones, i en seguida cargaron sobre él con un ímpetu tan irresistible que lo pusieron al poco rato en la mas completa dispersion, con pérdida de cerca de ciento cincuenta hombres entre muertos i heridos i un número considerable de prisioneros. Los vencedores persiguieron a los fujitivos hasta pocas leguas de Tacna, sin darles un instante de descanso, i acuchillando a todos los que se ponian al alcance de sus sables. La jornada no les costaba mas que la pérdida de tres hombres.

Este combate, a pesar de sus reducidas proporciones, produjo importantes consecuencias. El coronel Albarracin, el hombre mas diestro del ejército peruano para esa clase de exploraciones de guerra i de avanzadas, perdió casi por completo su prestigio. El contra-almirante Montero, con la indis-

creta arrogancia que ofendia a todos los jefes i oficiales que estaban bajo sus órdenes trató a aquél de cobarde porque no habia podido resistir al empuje vigoroso de los jinetes chilenos. Pero desde ese dia (18 de abril) no volvió a desprenderse del campamento de Tacna ninguna partida para reconocer de cerca los movimientos del ejército chileno: tan grande era el terror que habian producido sus cargas de caballería.

El ejército chileno, entre tanto, habia emprendido su marcha desde el campamento del Hospicio, fraccionado en divisiones, para evitar así las dificultades consiguientes a la provision de víveres i de agua a grandes masas de tropas. Dos de esos cuerpos se hallaban ya en Locumba el 27 de abril, cuando salió del Hospicio otra division que marchaba a reunirsele.

El camino, a traves del desierto no debia encontrar mas dificultades que las que oponia la naturaleza. Las avanzadas de caballería, como dejamos referido mas atras, se habian encargado de desbaratar toda resistencia que pudieran oponer los peruanos por la vanguardia. Tampoco podian temer esas divisiones el ser atacadas por la retaguardia. Al emprender la marcha, el jeneral Baquedano habia dejado dos mil hombres entre Pacocha i Hospicio; i estas fuerzas, al mismo tiempo que estaban encargadas de impedir el paso a cualquiera division peruana que pretendiese avanzar por el norte para hostilizar a los chilenos en su marcha, debian servir de centro de apoyo para la reorganizacion de éstos en el caso improbable de que sufriesen cualquier contraste en el camino. Como se verá por estos pormenores, el estado mayor habia previsto todas las contingencias que podian ocurrir, i habia atendido a ellas con verdadera intelijencia.

Para la traslacion completa del ejército se habia suscitado una dificultad que parecia insuperable. El estado mayor habia reconocido que el transporte de la artillería de campaña era mas o ménos posible en el desierto que se estiende entre el Hospicio i Locumba; pero absolutamente impracticable entre este último lugar i Sama. En la primera parte del camino, es decir, entre Hospicio i Locumba, habia que afrontar

toda especie de obstáculos, desiertos de arena, barrancos, precipicios; pero el trabajo del hombre podia vencerlo todo. En la segunda seccion, es decir, entre Locumba i Sama, los arenales eran mucho mas grandes i mucho mas profundos, de tal suerte que los cañones de montaña se habrian sumido en ellos, i los hombres i los animales habrian sido impotentes para hacerlos rodar algunos quilómetros.

Fué necesario buscar otro camino para llevar la artillería al lugar denominado Buenavista, en las márgenes del rio Sama, que debia ser el punto de reunion de todo el ejército. Al efecto, se la remitió por mar desde Pacocha para desembarcarla en la pequeña caleta de Ite, i para trasportarla de allí por tierra al campamento chileno. El jefe de estado mayor, coronel don José Velásquez, con un cuerpo de cerca de dos mil hombres, siguió este mismo camino para dirigir i proteger el desembarco de los cañones i de la porcion mas pesada del parque.

Nuevas dificultades, unas previstas i otras inesperadas, los aguardaban allí. Durante los primeros dias del mes de mayo, el mar estuvo sumamente agitado en aquellos lugares; i como la caleta de Ite ofrece poco abrigo i carece de todo elemento de desembarque, la bajada a tierra de las tropas i de la artillería tuvo que hacerse con mucha lentitud i con precauciones infinitas. Pero era nada llegar a la playa. A espalda de ese pequeño puerto se levanta una cadena de cerros escarpados que no ofrecia ascenso alguno para los cañones i los carros. El estado mayor conocia este obstáculo, i estaba prevenido para vencerlo.

Fué necesario, pues, abrir una senda provisoria. Los soldados, bajo la direccion de ingenieros inteligentes, i armados de palas i azadones, desmontaron el terreno en algunos puntos, cargaron en otros casi a pulso los cañones, construyeron gruas en otros lugares para levantarlos a las alturas a donde no se les podia llevar de otra manera, i despues de cuatro dias del mas penoso trabajo, ejecutado con una constancia infatigable, vencieron esta barrera i se hallaron en la parte llana del desierto. El 10 de mayo se reunieron, por fin, al ejército chi-

leno en el campamento de Buenavista. Todavía fué necesario emplear algunos dias del mas penoso e incesante trabajo para la conduccion de los víveres, i para establecer una comunicacion fácil i continua entre el campamento i las naves que quedaban fondeadas en Ite.

El ejército chileno, reunido con tanta fatiga en aquellos lugares, llegó a contar 13,372 hombres con los últimos refuerzos que le llegaron de Pisagua, i que desembarcaron igualmente en la caleta de Ite ³. Su artillería era compuesta de cuarenta cañones de varios calibres, en su mayor parte del sistema Krupp, i servida por 550 artilleros; i su caballería por 1,200 jinetes montados en excelentes caballos. Los 11,622 hombres restantes eran soldados de infantería, zapadores o agregados al estado mayor. Este ejército permaneció acampado algunos dias en las márgenes del rio Sama, entre Buenavista i Yaras, dando descanso a los hombres i a los animales, renovando su provision de agua, i haciendo los últimos aprestos para marchar sobre el enemigo. A pesar de que solo estaban separados por unas cuantas leguas del campamento de los peruanos, nadie inquietó a los espedicionarios mientras estuvieron en aquellas posiciones.

En ese lugar espermentó el ejército chileno una pérdida bien dolorosa. En la tarde del 20 de mayo falleció el ministro de guerra don Rafael Sotomayor. Un violento ataque de apoplejía fulminante, le quitó la vida en pocos minutos. Despues de haber tomado una parte activa en toda la campaña, dando un poderoso impulso a los trabajos de organizacion militar i allanando las dificultades que se presentaban a cada paso, fallecia repentinamente cuando estaba a punto de ver terminada la campaña, a cuya preparacion habia consagrado su actividad incansable i su intelijencia tranquila i serena. Al abrir pocos dias despues sus sesiones ordinarias el congreso chileno, el presidente de la república chilena don Aníbal Pinto, recordó esta desgracia en los términos siguientes, que

3. En esta cifra no está incluida la division de dos mil hombres que se habia dejado en Pacocha i Hospicio,

constituyen el mas caracterizado elogio del ministro: «El señor Sotomayor ha desempeñado en el curso de esta guerra comisiones tan importantes como ingratas, molestas i de gravísima responsabilidad. Las desempeñó con la laboriosidad, con la intelijencia, con la elevacion de miras que siempre puso en el cumplimiento de sus deberes en una vida consagrada por entero al servicio del pais. Su muerte, en vísperas de una victoria preparada en gran parte por sus desvelos, le privó del único galardón que la nobleza de su alma apetecia».





CAPITULO XII

Tacna, mayo de 1880

Situacion de los aliados en Tacna i Arica.—Disidencias entre los jefes peruanos i bolivianos.—Llega el jeneral Campero a ponerse al mando del ejército aliado.—Sus afanes para reorganizar el ejército i para prepararlo para la campaña.—Recibe un nuevo contingente boliviano.—Descripcion de las posiciones elejidas por el jeneral Campero.—Reconocimiento practicado por el estado mayor chileno.—Confianza se acerca al triunfo algunos de los jefes aliados.—El ejército chileno se acerca al campamento de los aliados.—Sorpresa nocturna preparada por el jeneral Campero: se frustra.—Plan de ataque de los chilenos.—Batalla de Tacna (26 de mayo, —Resultados inmediatos de la batalla.—Los chilenos ocupan la ciudad de Tacna.—Llega a Lima la noticia de la derrota del ejército aliado.

¿Qué hacia entre tanto el ejército aliado en sus posiciones de Tacna i Arica, es decir a unas pocas leguas del campamento de los chilenos? Esto es lo que vamos a esplicar en seguida con la ayuda de los documentos i relaciones de los jefes peruanos i bolivianos.

A mediados de abril de 1880, los aliados tenian en esos lugares una fuerza de poco mas de diez mil hombres entre peruanos i bolivianos. Por un pacto complementario del tratado secreto de alianza, los dos gobiernos habian estipulado en mayo de 1879 que el mando de ámbos ejércitos correspondia

al presidente de la república en cuyo territorio operasen, i a falta de éste al de la aliada que estuviese presente; pero no se habia dispuesto nada para el caso en que no se hallase ninguno de ellos en el teatro de la guerra. En esos momentos, el contra-almirante Montero era el jefe de las tropas peruanas, i el coronel don Eleodoro Camacho mandaba a los bolivianos. Pero una situacion semejante no podia sostenerse hallándose a poca distancia del enemigo; i el contra-almirante Montero, en su calidad de jefe de mayor graduacion, se habia arrogado el mando. Su plan de campaña consistia en esperar al enemigo, tomando el puerto fortificado de Arica como punto de retirada, para el caso de una derrota, que él creia mui improbable. En esta ciudad habian quedado mas de dos mil hombres bajo el mando del coronel don Francisco Bolognesi.

El jefe boliviano, aunque se habia sometido a quedar bajo las órdenes del contra-almirante Montero, no aprobaba este plan. Creia que el ejército aliado debia marchar al encuentro del enemigo para batirlo ántes que hubiera podido reconcentrarse i reorganizarse de la perturbacion consiguiente a una espedicion como la que habia emprendido al traves de los ásperos desiertos que tenia que recorrer. A estas causas de disidencia se agregaban naturalmente otras nacidas del orgullo nacional de cada ejército, i de la desconfianza que inspiraban a los bolivianos las aptitudes militares de Montero ¹.

1. La situacion del contra-almirante Montero en el ejército aliado habia llegado a hacerse sumamente delicada. Aparte de la arrogante i altanera lijereza de carácter que no le permitia dar una orden ni siquiera una opinion sin hacer sentir la superioridad de su rango, sus mismos antecedentes de conspirador despertaban la desconfianza de los oficiales peruanos. Creian éstos que Montero no esperaba mas que alcanzar el primer triunfo en el sur para proclamarse a su vez jefe supremo del Perú, i marchar sobre Lima a derrocar al otro jefe supremo (Piérola) que era su enemigo antiguo e irreconciliable. Los soldados chilenos interceptaron algunas cartas en que se hablaba de esto con toda claridad. Conviene decir que la mayor parte de los oficiales del ejército peruano de Tacna, estaba resuelta a no acompañar a Montero en esta empresa.

El contra-almirante Montero, por otra parte, se habia enajenado la voluntad de los vecinos de Tacna i de Arica, i hasta del comercio neutral de esos lugares por la imposicion de onerosas contribuciones en especies i dinero; i de un fuerte empréstito forzoso que repartió entre nacionales i estran-

Por estas razones, el coronel Camacho se habia dirigido al presidente provisorio de Bolivia para pedirle empeñosamente que se trasladase a Tacna a tomar el mando de los ejércitos de la alianza.

Se sabe que poco despues de la deposicion del jeneral Daza en diciembre de 1879, habia tomado el mando provisorio de Bolivia el jeneral don Narciso Campero. Este jefe habia desplegado una grande enerjía para reprimir las revueltas en el interior, i estaba firmemente decidido a continuar la guerra contra Chile. Sabedor de lo que pasaba en el campamento de los aliados, Campero se puso en marcha precipitada a Tacna, i llegó a esta ciudad en la noche del 19 de abril. El dia siguiente se hacia reconocer en el rango de jeneral en jefe de los dos ejércitos aliados, i todas las tropas lo recibian en medio de las manifestaciones del mas ardoroso entusiasmo.

Desde ese momento inició los trabajos militares con la mayor actividad. El 22 de abril pasó una revista jeneral a todo el ejército, que por primera vez, segun dice el mismo presidente Campero, se formaba en línea i hacia los ejercicios combinados de batalla. «El espectáculo que presentaba el ejército era magnífico i su estado i condiciones hicieron buena impresion», dice el jeneral Campero en un estenso informe que acerca de esta campaña dió al congreso de Bolivia. Pero, aunque la presencia de este jefe prestigioso estrechara los vínculos que ligaban a ámbos ejércitos, quedaba subsistente la diverjencia de opiniones sobre el plan de campaña que convenia adoptar.

El jeneral Campero se decidió por el del coronel Camacho, que consistia en marchar hasta el valle de Sama para esperar allí al enemigo, en la confianza de que podria presentarle batalla ántes que éste se hubiera repuesto de las fatigas i de la desorganizacion consiguiente a una marcha penosa en el desierto, i cuando no hubiera podido reunir aun todas sus divisiones. Con este objeto, el ejército aliado emprendió la mar-

jeros para sostener sus tropas casi desnudas, i que no recibian auxilio alguno de Lima.

cha hacía Sama el 27 de abril; pero apenas había andado legua i media, se reconoció que era imposible seguir adelante. «Desde luego, dice el mismo jeneral Campero, carecíamos por completo de elementos de movilidad i de transporte, que no se habían procurado hasta entónces. No se podía movilizar la lejion boliviana; era imposible llevar agua i víveres para el ejército, sin lo que no podría aventurarse expedicion alguna por aquel desierto desprovisto de todo recurso; i, lo que es mas, no se había podido conducir el parque hasta el lugar en que nos encontrábamos, ni aun se había logrado sacarlo de Tacna. Estaba, pues, visto que la marcha era imposible, i que el ejército aliado estaba condenado, por decirlo así, a esperar al enemigo en su puesto, sin poder buscarlo».

Así, pues, mientras el ejército chileno recorría una gran distancia por entre los arenales del desierto, llevando consigo desde Chile todos los recursos necesarios para tan penosa marcha, el ejército aliado, por su falta de organizacion i de administracion militar, no podía atravesar unas pocas leguas de su propio país, porque no tenía ni carros, ni bestias de carga para arrastrar sus trenes, ni para conducir el agua. Pero no era esto todo: mientras los chilenos estaban al corriente del número de los aliados i de las posiciones que ocupaban, éstos ignoraban por completo la situacion del enemigo, i la fuerza con que contaba. Despues de la jornada de Buenavista, el 18 de abril, las avanzadas exploradoras de los aliados no se habían atrevido a ponerse a la vista de los chilenos; de tal suerte que desde ese día los jefes peruanos i bolivianos no volvieron a tener noticia alguna del enemigo, hasta que éste se presentó a inquietarlo en su campamento de Tacna.

«En este campamento, dice francamente el mismo jeneral Campero, toqué con el gravísimo inconveniente de no tener noticia alguna del enemigo i de verme reducido a obrar por meras conjeturas. No se había organizado un buen servicio de espionaje, siendo una cosa tan esencial en las circunstancias en que nos encontrábamos. No recibíamos avisos de ninguna parte, que nos dieran alguna luz respecto al número i situacion del enemigo. No parecía sino que estábamos en un

territorio enteramente extraño, i que los vecinos del lugar no se preocupaban de la suerte que tuviera la campaña. Ajitado por estas consideraciones, hice los mayores esfuerzos para organizar espionaje, valiéndome para ello del señor prefecto de Tacna i del jeneral Montero, como personas influyentes; pero nada serio se pudo conseguir i quedé condenado a la misma incertidumbre» ². Así se comprende que los jefes aliados creyesen que el ejército chileno, que, como hemos dicho en el capítulo anterior, apenas pasaba de 13,000 hombres, contaba mas de 22,000, error que han repetido aun despues de la batalla.

El ejército aliado acampado en las inmediaciones de Tacna, montaba entónces a poco mas de 8,000 hombres, sin contar los 2,000 que habian quedado en la costa para la defensa de Arica. Luego recibieron esas tropas un nuevo contingente. Al salir de La Paz, el 14 de abril, el presidente Campero habia dejado órden de reunir en Bolivia el mayor número de tropas que fuera posible, i de hacerlas marchar al teatro de la guerra. En efecto, a principios de mayo llegaron a Tacna unos mil quinientos soldados bolivianos, entre los cuales venia un escuadron de caballería, cuyos soldados, o al ménos, la mayor parte de ellos, estaban montados en mulas. El ejército aliado de Tacna contó entónces unos diez mil soldados ³.

2. El contra-almirante Montero ha rectificado despues en Lima algunos puntos del informe del jeneral Campero, declarando que las circunstancias de la guerra no le permiten todavía revelar los resortes que empleaba para adquirir noticias acerca del enemigo. Pero la verdad incuestionable es que en Tacna no se tuvieron nunca noticias exactas ni del número ni de los movimientos del ejército chileno.

3. El informe ántes citado del jeneral Campero dice espresamente que e ejército de la alianza que estuvo bajo su mando en Tacna, constaba de 9,300 hombres. La prensa del Perú, ántes de la batalla, lo hacia subir a 12 o 13 mil soldados, de los cuales cuatro mil eran bolivianos, así como poco ántes habia dicho que con los refuerzos de las provincias vecinas debia elevarse a 20 mil hombres. Creemos que puede aceptarse la cifra dada por el jeneral Campero como casi rigurosamente exacta.

Por lo demas, el informe del jeneral Campero es un documento escrito con la mayor seriedad, i no contiene mas errores que los que provienen de su falta de noticias sobre las fuerzas verdaderas i los movimientos del enemigo, i de las exajeraciones con que algunos de sus subalternos le refirieron los

Anunciábase de Bolivia que pronto llegaría un nuevo contingente de tropas. Al efecto, se habían impartido órdenes terminantes al general don Nicanor Flores, que mandaba las fuerzas militares de los departamentos del sur, para que acudiese con todas ellas a engrosar los ejércitos aliados. Ese jefe, sin embargo, no pudo emprender su marcha, no tanto por falta de recursos, cuanto porque en esos mismos momentos temió una invasión de los chilenos en aquella parte del territorio boliviano. Era efectivo que algunas partidas chilenas se habían dejado ver en la cordillera, en el camino que conduce del litoral a Potosí, i fué cierto que de Calama salió en esa dirección una pequeña división chilena; pero estas tropas no tenían el propósito serio de ejecutar una invasión formal en el sur de Bolivia. Su plan era simular un ataque por esa rejion; i esa estratajema se logró por completo. El general Flores no se atrevió a abandonar esas provincias; i por atender a su defensa, no pudo llevar ni enviar un soldado más al ejército aliado de Tacna. Así, pues, Campero no pudo recibir otro contingente.

El general boliviano, como hemos visto mas arriba, exajera extraordinariamente la superioridad numérica del ejército chileno; pero no desmayó en su empeño por organizar la resistencia. Creyó que en su situación le era posible equilibrar las fuerzas eligiendo una posición ventajosa para que su ejército, que estaba obligado a mantenerse a la defensiva, pudiera rechazar los ataques del enemigo. El terreno se prestaba admirablemente para ello. La ciudad de Tacna está rodeada por el noroeste por un número considerable de cerros áridos,

hechos que ejecutaron el día de la batalla. Los fragmentos de ese informe que publicamos en el texto, dejarán ver al lector que Campero era un militar conocedor de su oficio. En efecto, los ejércitos de la alianza no tuvieron jamás un general mas serio, mas entendido, ni mas diligente. El general Campero es un hombre de cierta ilustración, que ha pasado muchos años de su vida en Europa, i que ha hecho una parte de sus estudios en la escuela de minas de París. En su patria es justamente estimado por la rectitud i la probidad de su carácter; i hasta los mismos soldados peruanos tenían por él mucho mas consideración que por su jefe inmediato, el contra-almirante Montero.

desprovistos de vejetacion i de agua, de terreno arenoso i movedizo que hace difícil su subida. En esas alturas era fácil hallar posiciones ventajosas, casi inaccesibles para el enemigo, i sobre todo para su caballería, que era una arma en que los chilenos tenian una superioridad real i efectiva.

Despues de largos i detenidos reconocimientos, fijó su atencion el jeneral Campero, en una meseta que dominaba toda la llanura vecina, i acordó cambiar su campamento a ese sitio. «Una vez allí, dice él mismo en el informe ántes citado, me tranquilicé por completo, pues me convencí aun mas de que en aquella situacion, al mismo tiempo que evitaba un peligro real, adquiria una posicion verdaderamente militar. En efecto, estábamos en una meseta bordeada hácia nuestro frente por una ceja que la defendia, i de la que se desprendia una especie de glacis hácia la llanura i otra igual hácia nuestra espalda, ocupando nosotros la cima que dominaba el llano por ámbos lados. Nuestros flancos se defendian convenientemente por unas hondonadas profundas que limitaban la meseta a uno i otro costado. Por otra parte, la posicion indicada estaba situada de tal modo, que podíamos impedir la entrada del enemigo a Tacna, que era el objeto primordial que debíamos tener en vista. Aquella posicion, sin embargo, ofrecia el inconveniente de la falta de recursos, tanto para el ejército como para las caballadas; pero resolví obviar este inconveniente enviando éstas a abreviar a alguna distancia en los momentos en que no podia haber peligro, i proporcionándonos de Tacna, a cualquier costo, los recursos necesarios para el ejército, como agua, víveres, carbon de piedra i otros artículos.

«Permanecemos, pues, tranquilos allí i me contraje seriamente a tomar todas las disposiciones necesarias para esperar al enemigo.»

Despues de ocupada aquella altura, los jefes aliados se contrajeron a formar fortificaciones pasajeras que hiciesen mas difícil su acceso al enemigo, para lo cual se prestaba admirablemente la naturaleza del terreno, blando i movedizo. Entre otras medidas que se tomaron con este objeto, cada

soldado fué provisto de un saco que debia llenar de arena para servirse de él como de un parapeto contra las balas de los rifles enemigos.

Se comprenderán mejor las ventajas de esta posicion i la confianza que allí adquirieron los aliados en alcanzar una espléndida victoria, leyendo la descripcion que hace de su campamento el mismo jeneral Campero en otra parte de su informe. La copiamos en seguida.

«Estábamos situados en un paraje dominante i teníamos perfectamente resguardados los flancos de nuestra línea de batalla por unas hondonadas, que hubiera sido difícil flanquear, por lo medanoso del terreno. Así es que la caballería enemiga no habria podido obrar en aquel terreno, por nuestros flancos, sin esponerse a un fracaso. Con una carga por aquellos terrenos quebrados i medanosos, los caballos hubieran llegado sumamente fatigados i no habrian podido resistir el choque ni de una guerrilla. Por esto es que el enemigo no podia obrar con la caballería, sino por nuestra ala izquierda i casi de frente, mas nunca de flanco i mucho ménos por nuestra retaguardia, que estaba igualmente resguardada.

«La artillería enemiga tampoco podia obrar a su satisfaccion, a lo ménos en un principio. Ocupando nosotros la cima de una meseta, con una ceja bastante pronunciada por delante i con esplanadas o glacis al frente del enemigo i a nuestra retaguardia, nuestras dos líneas de batalla, i aun las reservas eran invisibles para el enemigo; de manera que no presentábamos blanco alguno pronunciado a los disparos del enemigo, especialmente a los de su artillería, que, por su poder, habria bastado para deshacernos en cualquiera otra posicion.

«Estas condiciones contribuian tambien a favorecer nuestra retirada, porque, sin la proteccion del terreno le habria sido mui fácil al enemigo rodearnos completamente con sus numerosas huestes.

«Bajo el punto de vista estratéjico, la posicion era, pues, favorabilísima i satisfacía a las prescripciones fundamentales del arte militar,

«Otra circunstancia especial de que debo hacer mérito es que la ceja donde estaba trazada nuestra línea de batalla, presentaba una semi-curva, cuya parte convexa o saliente daba al enemigo, i la cóncava a nuestra retaguardia. Había yo aprovechado de esta forma en consideracion a la superioridad numérica del enemigo, a fin de que tuviera él necesidad de estender sus fuerzas en un espacio mucho mayor, debilitándolas, por consiguiente, si queria abarcar toda nuestra curva. De este modo tambien nosotros podíamos obrar por detras de nuestra línea con suma rapidez, miéntras que ellos tenian que hacer sus movimientos mui lentos i tardíos por detras de la suya. Esto agregado al relieve de la ceja del terreno, nos daba mucha ventaja, sea para mover la segunda línea en cualquiera direccion, sea para trasladar reservas de un lado a otro, libres del fuego enemigo i fuera de la vista de aquel; al mismo tiempo que, dominando nosotros el declive o glacis que se desprende de la meseta, no perdíamos ninguno de sus movimientos».

Como se ve, el jefe boliviano habia desplegado la pericia de un verdadero jeneral en la eleccion del terreno en que debia esperar al enemigo, i creia poder resistirle con ventajas aun cuando el número de éste fuera, como creia equivocadamente, mas del doble superior al del ejército aliado. Pero, por la condicion de sus tropas, o mas bien por la falta de buena caballería, no pudo mantener el conveniente servicio de exploradores. Sus avanzadas no pasaron dos leguas mas allá de su campamento.

A pesar de este aislamiento, los jefes peruanos mantenian por los penosísimos caminos de la sierra, algunas comunicaciones con las autoridades de Puno, i de allí por el telégrafo con la ciudad de Arequipa. Estas comunicaciones, sin embargo, léjos de serles de una verdadera utilidad, contribuyeron a perturbarlos, infundiéndoles esperanzas que no debian realizarse. Se les anunciaba que de Arequipa salia un nuevo ejército peruano mandado por el coronel Leiva, que avanzaba sobre Torata, i que luego atacaria a los chilenos por la retaguardia. El contra-almirante Montero i algunos de los jefes

que estaban a sus órdenes, siempre dispuestos a dejarse engañar por este jénero de ilusiones, aceptaron confiadamente la existencia de ese ejército, i repitieron sus órdenes a Arequipa i a Torata a fin de que Leiva apurase la marcha para concluir de un golpe con los chilenos. Pero el llamado ejército de Leiva era una corta division de reclutas, que apénas habia podido llegar a Arequipa, i que aun cuando intentó moverse sobre Moquegua, le faltaron casi todos los elementos para hacer una marcha medianamente rápida.

El ejército chileno, entre tanto, estaba acampado a seis leguas de distancia de Tacna, en las márgenes del rio Sama, i hacia tambien los últimos aprestos para la batalla que iba a empeñar bajo condiciones mucho ménos favorables que las de los aliados. El jeneral Baquedano dispuso que el estado mayor de su ejército, se adelantase a reconocer prolijamente las posiciones enemigas. Organizóse al efecto una pequeña division de 400 hombres de caballería, 200 infantes montados i 2 cañones Krupp de campaña. Estas fuerzas, a cuya cabeza iba el jefe de estado mayor del ejército, acompañado por los comandantes de todas las divisiones, llegaron despues de algunas horas de marcha, a la vista del enemigo a las diez de la mañana del 22 de mayo. Este reconocimiento fué practicado con felicidad. El coronel Velásquez, jefe de estado mayor chileno, se acercó al campamento de los aliados hasta ponerse a tiro de cañon, i desde allí rompió sus fuegos para conocer el alcance de la artillería enemiga, que era inferior al de los cañones chilenos. Despues de una hora de aparatoso cañoneo i de destacar algunas partidas de caballería que reconocieran mas de cerca las posiciones de los aliados i la colocacion de sus cañones, sin poder apreciar convenientemente sin embargo la situacion de la infantería enemiga, oculta detras de las cejas de las colinas, la division exploradora dió la vuelta a su campamento sin perder un solo hombre. El estado mayor chileno adquirió la conviccion de que el ejército enemigo estaba resuelto a mantenerse a la defensiva.

Este reconocimiento fué materia de mucha discusion en el estado mayor de los aliados. Algunos jefes creian que el ejér-

cito chileno no se atrevía a presentar batalla, i que el retroceso de la division esploradora, importaba una verdadera retirada. En esas conferencias, el contra-almirante Montero no cesaba de manifestar su confianza absoluta en el resultado de la batalla. A su juicio, los chilenos eran tan ineptos como cobardes, i el jefe que los mandaba, a quien él habia conocido en otro tiempo, era por su incapacidad una garantía de la próxima victoria de sus enemigos ⁴. El jeneral Campero, por su parte, se mostraba mucho mas prudente. No dió al movimiento de las tropas chilenas otra importancia de la que realmente tenia, i se mantuvo firme en su resolucion de no abandonar sus posiciones. Parece que estas discusiones no hicieron mas que confirmarlo en la poca estimacion que hacia de las aptitudes militares de Montero, a quien habia confiado solo el mando de su ala derecha. El mando del ala izquierda i el del centro habian sido entregados a los coroneles bolivianos Camacho i Castro Pinto, que merecian la entera confianza del jeneral en jefe.

Recojidas todas las informaciones necesarias, el ejército chileno se puso en marcha el 25 de mayo, i fué a acampar en el mejor órden a dos leguas de las posiciones enemigas. El estado mayor habia elegido para pasar la noche, una hondonada del terreno, en donde al mismo tiempo que se consultaba la seguridad del campo contra toda sorpresa, se conseguia ocultar, cuanto era posible, a los aliados, la proximidad a que se hallaba el enemigo. En esta marcha, el ejército no esperimentó mas que la pérdida de una recua de mulas, que trasportaban una considerable provision de agua, i cuyos conductores se adelantaron imprudentemente mas léjos del sitio designado para acampar, i fueron cortados por las avanzadas del enemigo. Junto con las mulas, cayeron prisioneros dos de los arrieros que las conducian.

4. Tan seguros estaban los jefes peruanos de su próximo triunfo, que el día siguiente de aquel reconocimiento, el prefecto de Tacna enviaba a Arequipa, por la vía de Puno, el siguiente despacho:

«Tacna, 23 de mayo.—Ayer atacó vanguardia enemiga. Esperamos mañana definitiva. Triunfaremos. Mui conveniente si Leiva ataca, conforme instrucciones, retaguardia enemiga.—*Pedro A. del Solar.*»

Sin esta imprudencia, el jeneral Campero solo habria tenido una idea vaga de la proximidad a que se hallaba el ejército chileno. Sin embargo, las declaraciones que hizo tomar a los dos prisioneros contribuyeron a perturbarlo mas i mas. Los arrieros, con esa astucia instintiva en los campesinos chilenos, le dieron las noticias mas exajeradas de las fuerzas que componian su ejército, ocultando artificiosamente toda noticia acerca del lugar preciso donde debia acampar esa noche. El jefe boliviano, por su parte, se exajero los peligros de su situacion; i creyéndose amenazado por un ejército mas de dos veces superior al suyo, concibió el temor de que podria ser vencido a pesar de las ventajas indisputables de sus posiciones. Para equilibrar las fuerzas, haciendo desaparecer por un golpe estratégico la supuesta superioridad de los chilenos, discurrió Campero el sorprender a éstos de improviso, creyendo que así le seria mas fácil derrotarlos.

Oigamos al mismo jeneral Campero referir el plan de ataque que concibió, i la manera cómo fué ejecutado. «Decidí, dice, efectuar la marcha en aquella misma noche (25 de mayo) i caer sobre el enemigo al amanecer, procurando tomarlo de sorpresa, no dándole tiempo para desplegar en batalla sus masas i quizá aun impedirle aprovechar de sus dos elementos mas poderosos, su caballería i artillería, cuya accion podia inutilizarse solo con una sorpresa afortunada. Comunicué mi pensamiento a los señores Montero i Camacho, quienes lo aprobaron con entusiasmo, conviniendo con mis ideas.

«Acordado el plan, se tomaron las medidas convenientes, i se emprendió la marcha a las doce de la noche con admirable precision i silencio, conservando todo el ejército el mismo orden de batalla i guardando las distancias necesarias para poder formar la línea con la rapidez posible al acercarse al enemigo, el que no podria dejar de emplear un tiempo mui largo en desplegar sus fuerzas, por lo mismo que eran tan numerosas. Pero desgraciadamente, al cabo de dos horas de viaje, principió a notarse cierto desconcierto e indecision en la marcha. Los coroneles Camacho i Castro Pinto me hicieron advertir sucesiva i contradictoriamente que nos inclinába-

mos demasiado segun el uno a la derecha i segun el otro a la izquierda. Ordené que se reunieran los guias de ambas alas i el que dirijia el centro i que examinaran conjuntamente la situacion en que nos encontrábamos i la direccion que debíamos seguir. Despues de una larga discusion entre ellos, manifestaron que estaban inciertos, que no podian ponerse de acuerdo respecto a nuestra posicion ni mucho ménos orientarse, a causa de la densa niebla que cubria el espacio i nos envolvia ya por todas partes. En este estado noté que el desórden se habia hecho mayor i que varios cuerpos aun habian perdido sus posiciones, apareciendo algunos de la derecha en la izquierda. Ordené que se hiciera alto, i temiendo en estas circunstancias un encuentro con el enemigo, que nos hubiera ocasionado un desastre irremediable, siendo nosotros los sorprendidos en lugar de sorprenderlo, resolví volver al campamento, enviando algunos individuos por delante, a fin de que se encendieran allí algunas fogatas que nos guiaran. Hecho ésto se verificó la contramarcha i llegamos al amanecer del 26, ocupando todo el ejército las mismas posiciones que ántes».

Los aliados volvieron, pues, a formar precipitadamente su línea de defensa tal como lo habia dispuesto los dias anteriores el jeneral Campero. Su ejército, compuesto de 9,300 hombres, segun el cómputo de este jefe, se habia engrosado con 750 policiales i voluntarios armados que habia llevado ese dia al campamento el prefecto de Tacna, don Pedro A. del Solar, i que fueron colocados en la reserva. Aquel ejército de 10,000 hombres, formidable por su número, lo era mas aun por las ventajosas posiciones que ocupaba.

Miéntas el ejército aliado se fatigaba la mayor parte de la noche en esta frustrada operacion, el ejército chileno se reposaba tranquilamente en su campamento del cansancio de la marcha anterior. Allí se habian tomado todas las medidas de precaucion i de vijilancia para evitar una sorpresa. Las divisiones estaban convenientemente repartidas, i al primer aviso de los centinelas avanzados, se habrian puesto sobre las armas i habrian rechazado victoriosamente cualquier ataque. Antes de amanecer del 26 de mayo, todos los cuerpos estaban

en pié i amunicionados para marchar sobre el enemigo. La tropa recibió el alimento necesario para resistir a las fatigas del día.

En el cuartel jeneral de los chilenos se habia discutido largamente el plan de batalla. Dos opiniones habian sido particularmente el objeto de las deliberaciones. Segun una de éstas, el ataque debia llevarse de frente, tratando primero de obligar al enemigo a abandonar sus posiciones, i si esto no se conseguia, marchando resueltamente sobre ellas para tomarlas con la infantería. El segundo plan consistia en marchar hácia el oriente a alguna distancia del flanco derecho del enemigo para colocarse detras de él, i obligarlo a aceptar el combate en circunstancias en que no tuviera ninguna retirada posible para el interior. A este plan se le hallaba un inconveniente: la batalla se habria retardado un dia mas; i se temia que se agotase la provision de agua, de tal suerte que en el momento del combate, el soldado podia encontrarse desprovisto de este elemento tan indispensable para reponerse de la fatiga i del calor. El jeneral Baquedano se habia decidido por el primero de esos planes, es decir, por el ataque inmediato i de frente; i con arreglo a él se habian tomado todas las disposiciones de la marcha.

Apénas el ejército chileno habia avanzado un poco, divisó como a una legua de distancia los últimos cuerpos enemigos que volvian a ocupar sus posiciones despues de la inútil salida de la noche anterior. La artillería lanzó sobre ellos algunas granadas que los obligaron a acelerar su repliegue sobre las alturas que formaban su campamento. El ejército chileno formado en línea de batalla, i protegidos sus flancos i su frente por guerrillas de rifleros, continuó marchando hasta colocarse cerca del punto hasta donde, segun se habia observado cuatro dias ántes, alcanzaban los cañones del enemigo.

Allí separó el jeneral Baquedano, segun estaba dispuesto, un cuerpo de poco mas de tres mil infantes de sus mejores tropas, con órden de permanecer de reserva en ese lugar bajo el mando del coronel don Mauricio Muñoz. Ese cuerpo no debia entrar al combate sino en caso que las otras divisiones

sufriesen un serio descalabro; i entónces, cayendo de refresco en la pelea, habia de asegurar el triunfo de las armas chilenas. El resto del ejército continuó avanzando con la artillería que debia comenzar el combate rompiendo sus fuegos simultáneamente sobre el frente i los flancos del enemigo.

A las diez de la mañana se inició el combate con un vivo fuego de cañon. Por el número i por la calidad de sus cañones, así como por la maestría de sus artilleros, los chilenos tenian una indisputable superioridad; pero las condiciones del terreno venian a favorecer a los aliados. «En efecto, dice el jeneral Campero, teníamos desde luego la ventaja de no presentar blanco a sus tiros, pues nuestra primera línea se hallaba oculta detras de la ceja de la meseta, i solo se distinguian las piezas de artillería, al paso que dominábamos nosotros toda la planicie que él ocupaba. Por otra parte, sus tiros de cañon no nos causaban daño alguno; porque, o bien caian detras de nuestras filas, por la parábola que describen los proyectiles, o bien se enterraban las bombas en la arena, estallando allí i produciendo una especie de ebullicion en la tierra, pero sin causarnos mayor mal. Esto dió lugar a que el jeneral boliviano Pérez calificase cada disparo de «una onza de oro perdida», aludiendo al costo de cada tiro i a su completa ineficacia ⁵. En consecuencia, ordené que no se abandonaran las posiciones, ni se saliera de ellas, debiendo evitarse el fuego de rifles miéntras que el enemigo no se pusiera a tiro».

Convencido el jeneral Baquedano de que no habia medio de obligar al enemigo a abandonar sus posiciones, i de que la artillería i la caballería no podian nada contra ellas en esos momentos, mandó amortiguar el fuego de cañon, despues de una hora, i dispuso el ataque formal con sus infantes.

5. El jeneral Pérez murió, sin embargo, poco mas tarde, en las últimas horas de la batalla, herido en la frente por el casco de una granada chilena. Era un viejo soldado que sus compatriotas consideraban uno de los mas valientes i honrados jefes del ejército de Bolivia. El dia de la batalla de Tacna, era jefe de estado mayor de todo el ejército aliado.

Sin contar los cuerpos de reserva que, como dijimos, quedaron colocados un poco mas léjos, la infantería chilena estaba fraccionada en cuatro divisiones, cada una de las cuales constaba aproximativamente de dos mil hombres, i componian entre todas un total de 8,500 soldados. Estas tropas recibieron la órden de ir a desalojar a un enemigo superior en número i colocado en posiciones verdaderamente formidables. Aun, en el primer momento, solo entró en combate una de esas divisiones de 2,380 hombres, que fué a atacar al enemigo por las posiciones de su flanco izquierdo. Luego entraron en pelea otras dos divisiones con 4,200 hombres para atacar al enemigo por su centro i por su derecha. La otra division quedó mas atras, formando la primera reserva, para acudir a donde fuese necesario, es decir, al punto en que los aliados opusieran mas dura resistencia ⁶.

El punto mas accesible del campamento de los aliados, era su flanco izquierdo; pero el jeneral Campero, que habia observado de antemano esto mismo, habia cuidado de reforzar esta ala con mayor número de tropas, colocándolas bajo el mando del coronel Camacho, que era el jefe de toda su confianza. El jeneral Baquedano tambien habia enviado allí la mas numerosa de sus divisiones, i ésta, como hemos dicho,

6. Para la mas cabal intelijencia de la batalla de Tacna, que estamos obligados a referir en sus rasgos principales, vamos a dar alguna noticia acerca de las divisiones chilenas que entraron en combate.

1.^a division, formada por un rejimiento i tres batallones, i con un total efectivo de 2,380 hombres, bajo el mando del coronel don Santiago Amengual, fué a atacar la izquierda de los aliados.

2.^a division, formada por dos rejimientos i un batallon, con un total efectivo de 2,100 hombres, bajo las órdenes del teniente coronel don Francisco Barceló, fué a atacar el centro de las posiciones enemigas.

3.^a division, formada por un rejimiento i dos batallones, con un efectivo de 1,600 hombres, bajo el mando del coronel don Domingo Amunátegui. Quedó formando la primera reserva; pero luego entró en combate en apoyo de las divisiones que formaban la derecha i el centro del ejército chileno.

4.^a division, formada por dos rejimientos i un batallon, con un efectivo de 2,170 hombres, mandada por el coronel don Orozimbo Barbosa, fué a atacar la derecha del enemigo.

La artillería estaba mandada por el teniente coronel don José Manuel Novoa.

La caballería por el coronel don José Francisco Vergara.

trabó la lucha ántes que ninguna otra, i con la mayor decisión. A mediodía, el combate se hizo jeneral en todo el campo. Los cuerpos de ataque seguían avanzando sobre las posiciones de los aliados sin arredrarse por el vivo fuego de fusil i de cañon que se les hacía de toda la línea enemiga. La artillería chilena, que había quedado a retaguardia, protegía la impetuosa carga de sus infantes dirigiendo sus fuegos por elevacion. En el ala izquierda, los cañones chilenos reconcentraron sus fuegos sobre un fortin en que había cinco piezas de artillería enemiga, ventajosamente colocadas.

El vigoroso ataque de la division chilena que embistió contra el flanco izquierdo de los aliados, produjo ántes de una hora una seria confusion en esa ala. A pesar del número mayor de sus defensores i de las ventajas de su posicion, la línea se sintió vacilar, i un cuerpo peruano que había tomado el arrogante nombre de «batallon Victoria», volteó caras i se entregó a la fuga. Fué inútil que el jeneral Campero mandara hacer fuego contra él: los sfujitivos no querían volver al combate, i continuaron corriendo en dispersion. Entónces fué llamada la reserva, i con ella llegaron los mejores batallones del ejército aliado, que fueron distribuidos en los dos flancos, i principalmente en el ala izquierda. Con este refuerzo, los defensores de las alturas cobraron mayor ánimo i sostuvieron el combate con nuevo ardor. Hubo un instante en que dos de los cuerpos chilenos que formaban la estremidad de su ala derecha, horriblemente destrozados por el fuego enemigo, i con sus municiones casi agotadas, parecían vacilar, hasta el punto de tener que retroceder del lugar hasta donde habían avanzado. Un cuerpo de caballería chilena que estaba destacado en ese flanco, acudió a reforzarlos, mientras avanzaba la otra division que formaba la primera reserva.

En efecto, esa division, mandada por el coronel Amunátegui, compuesta solo de 1,600 hombres, llegaba a paso de carga, para reforzar a los chilenos que atacaban de frente el flanco izquierdo i el centro del enemigo. La artillería i las ametralladoras acortaron también la distancia, i el ataque de los infantes chilenos se hizo mas vigoroso i decisivo. Los

aliados, despues de pelear denodadamente durante dos horas, no se sentian con fuerzas para rechazar esta nueva i mas impetuosa embestida. Resistieron, sin embargo, algun rato mas; pero luego comenzaron a ceder, i su dispersion era completa a las dos de la tarde. La artillería chilena continuó sus fuegos para consumir la desorganizacion del enemigo, mientras la infantería ocupaba i recorria las alturas en persecucion de los fujitivos ⁷.

7. Las relaciones peruanas i bolivianas hacen una confusion completa de todos los hechos desde que comienzan a referir la segunda parte de la batalla. El jeneral Campero atribuye lo mas glorioso de la jornada a las tropas bolivianas que ocupaban el flanco izquierdo, en donde, sin embargo, fueron abandonadas por el batallon peruano Victoria, hecho que él no olvida de señalar. Segun Campero, los bolivianos no solo hicieron retroceder a los chilenos por aquel lado, sino que tomaron algunos prisioneros i algunas piezas de artillería, que tuvieron que abandonar cuando se vieron atacados por numerosísimas tropas de refresco. El contra-almirante Montero i el jefe del estado mayor peruano, coronel don Manuel Velarde, atribuyen la mejor parte de la defensa a las fuerzas peruanas que bajo el mando del primero, ocupaban el flanco derecho. Montero va mas léjos todavía. Segun él, la proteccion que fué necesario prestar a la division del coronel Camacho desde el principio del combate, debilitó el resto de la línea, i no impidió que aquélla fuera la primera en dispersarse. Debemos, sin embargo, advertir que la esposicion del contra-almirante Montero, en que rectifica el informe del jeneral boliviano, es mui poco noticiosa, i que contiene incidentes de pura invencion, como una valiente carga de la caballería que estaba bajo su mando, carga que segun él contuvo a los batallones chilenos, i que sin embargo, éstos no vieron nunca.

No se puede decir lo mismo del informe del jeneral Campero, documento serio i noticioso, en el cual se percibe claramente que los errores mismos que contiene, sobre el número de las fuerzas chilenas i la captura momentánea de los cañones enemigos, son consignados de buena fe i creyendo falsos informes de sus subalternos. No estará de mas advertir que durante todo el combate no hubo soldado alguno del ejército aliado que llegase a colocarse a una distancia de 400 metros de los cañones chilenos.

Por parte de Chile se han publicado varias relaciones, ademas del parte oficial del estado mayor. Algunas de esas relaciones discuerdan en diversos detalles, pero todas sirven para formarse una idea cabal de la batalla. Sin embargo, la abundancia de pormenores de algunas de ellas es causa de que el lector tenga que prestar mucha atencion para comprender los rasgos principales de la jornada.

Un diario de Santiago, *El Ferrocarril* del 8 de noviembre, dió a luz una descripcion de la batalla de Tacna, hecha por M. Raoul Duvison, antiguo oficial frances que reside en esa ciudad, i que fué testigo de vista de la jor-

La segunda reserva chilena, es decir, la division de poco mas de tres mil hombres que el jeneral Baquedano habia dejado esa mañana a ménos de una legua del teatro del combate, bajo las órdenes del coronel Muñoz, habia permanecido allí con el arma al brazo, esperando que sus servicios fuesen necesarios, para avanzar sobre el enemigo, i haciendo solo un despliegue de sus fuerzas, despues que entró en combate la primera reserva. La batalla se terminó sin que entrase en batalla aquella respetable division. Parece, sin embargo, que su presencia contribuyó poderosamente a desalentar al enemigo, que desde sus posiciones la divisaba como un segundo ejército que habria venido a arrebatárle la victoria, si le hubiera sido dado rechazar el primer ataque de los chilenos.

nada. Esta corta relacion es un cuadro sumario, pero de la mayor claridad; i por este motivo no vacilamos en reproducirla en seguida:

«Desde que se avistaron ámbos ejércitos, procuré hacerme cargo de la posicion i medidas tomadas en uno i otro campo. El ejército de la alianza estaba dividido en tres cuerpos, con una reserva colocada a retaguardia. Las alas i centro no estaban desplegadas en línea regular de batalla, sino colocadas en columnas mas o ménos unidas. Cada una de ellas desplegó a su frente algunos tiradores, mas bien como descubierta que como guerrillas, aprovechando las ondulaciones del terreno, para permanecer ocultas a la vista del adversario, i buscando el apoyo de sus baterías fijas.

«El ejército chileno hizo avanzar una línea de francos tiradores-guerrillas, perfectamente regular, i a distancia conveniente seguian los cuerpos que debian iniciar el combate, en órden de batalla, de tal manera formada que, a la distancia de donde yo observaba, no advertia el menor defecto. La marcha en avance de estas líneas era bastante rápida, tomando en consideracion las dificultades i lo pesado del terreno en que operaban.

«Al mismo tiempo se vió avanzar hácia el ala derecha una segunda i numerosa línea de infantería, dispuesta de tal modo que pudiese caer sobre el centro o el extremo de esa ala, segun lo exijiesen las peripecias del combate. Seguia la reserva que miraba el centro del campo de la alianza, i mas a retaguardia numerosos cuerpos de caballería. Numerosa artillería apoyaba casi los extremos, lo mismo que el centro de las líneas del ejército chileno.

«Junto con el avance de los cuerpos que debian iniciar la batalla, ví dividirse la numerosa caballería chilena i marchar, formando un ángulo, cuyo vértice era su posicion primitiva, para reforzar las alas; i, segun el concepto que me formé, estas tropas eran destinadas a amagar al ejército de la alianza en sus extremos derecho e izquierdo, como asimismo a precipitar su derrota, flanquearlo i perseguirlo.

«Momentos despues, las guerrillas chilenas descubrieron al enemigo, i el combate se inició con vigor por una i otra parte.

«Desde los primeros momentos, formé el mas alto concepto sobre la ins-

Tal fué el resultado de la batalla de Tacna. Para ocupar las formidables posiciones en que los aliados se defendían, los chilenos tuvieron que perder entre muertos i heridos, cerca de la cuarta parte de las fuerzas de ataque, es decir, 2,128 hombres. Esas pérdidas consistían en 23 jefes i oficiales muertos, i en 84 heridos; i en 463 soldados muertos i 1,558 heridos. Las bajas del ejército vencedor se comprenden fácilmente, recordando que los chilenos tenían que pelear a pecho descubierto para escalar las alturas, desde las cuales un enemigo invisible i perfectamente colocado desde el principio del combate, vomitaba sin cesar lluvias de balas i de metralla. De esas pérdidas, la mas importante es la del comandante don

truccion, valor i disciplina de las tropas chilenas, por el perfecto orden con que entraban en combate. En esas líneas no se veía cruzar de un punto a otro ni un jinete, lo que me indicó que jefes, oficiales i soldados se mantenían con notable firmeza en sus puestos respectivos.

«En el ejército aliado, por el contrario, no se desplegaron sus líneas con seguridad, i se advertía por las carreras de muchos en distintas direcciones, que reinaban aquella vacilación i desorden tan perjudiciales en los graves momentos de un combate.

«Una hora después de rotos los fuegos, el ejército de la alianza se había visto precisado a echar mano de todos los cuerpos de su reserva, jeneralizando la batalla en toda su línea mientras que el ejército chileno se mantenía aun con solo las tropas con que inició el combate.

«El jeneral en jefe del ejército aliado comprendió que, teniendo comprometidas todas sus tropas, era necesario el último esfuerzo para hacer retroceder i alcanzar algunas ventajas. Ordenó, en consecuencia, un ataque simultáneo en toda la línea, acumulando sus mejores cuerpos en el ala izquierda para flanquear i envolver a su adversario en su ala derecha, donde consiguió hacerlo retroceder, siendo rechazado a su vez con energía en su centro i derecha, cuyas posiciones fueron ganadas a la bayoneta.

«El retroceso del ala derecha del ejército chileno, producido por el ímpetu de algunos cuerpos bolivianos no fué duradero, pues en tal circunstancia la caballería que reforzaba ese extremo, cargó sobre lo mas fuerte de su enemigo. Al mismo tiempo la segunda línea de los asaltantes avanzó con rapidez para reforzar el centro i la derecha, entrando en combate con tal vigor que, no solo estableció el equilibrio sino que principió a arrojar a los aliados de sus posiciones, decidiendo por completo la batalla a favor de los chilenos, que ya solo era sostenida en esa única parte de la línea.

«Para mí, desde los primeros momentos de la batalla, fué seguro el triunfo de los chilenos. Todo me indicó en ellos una superioridad incontrastable; i abrigo la convicción que, si los aliados hubiesen sido superiores en número con los dos tercios de su tropa, solo habrían conseguido retardar un poco mas su derrota.»

Ricardo Santa Cruz, que se habia ilustrado brillantemente en toda la guerra, desde el desembarco de Pisagua, en que le tocó llevar a tierra las primeras columnas chilenas.

Pero las pérdidas de los aliados fueron mui superiores. Se calcula en mas de 2,800 el número de sus muertos i heridos, contando entre éstos solo a los que no pudieron retirarse del campo de batalla i de sus alrededores; i entre ellos figuraban muchos jefes de graduacion, jenerales, coroneles, comandantes ⁸. Segun los informes de orijen boliviano, solo en la division de esta nacionalidad las pérdidas del combate subieron a 1,200 muertos i a 900 heridos. Se habla en esos documentos de dos batallones bolivianos que sucumbieron casi enteros en la defensa del ala izquierda del ejército aliado, que los peruanos habian comenzado a abandonar. El número de prisioneros tomados por los chilenos ascendia a 2,500 hombres, entre los cuales habia un jeneral, diez coroneles i gran número de jefes i oficiales. En el campo de batalla, los vencedores se apoderaron de diez cañones en perfecto estado de servicio, i mas adelante de otros dos que estaban desmontados, de cinco ametralladoras nuevas, de cinco a seis mil rifles, i de un número inmenso de municiones de cañon i de fusil.

Los jenerales Campero i Montero salieron ilesos de la batalla. Ambos se dirijieron con una parte de los dispersos a la ciudad de Tacna, donde creian quizá poder organizar todavía una segunda resistencia. Allí se reconoció que esto era imposible; i ámbos jefes continuaron su retirada con el ma-

8. Los aliados, a causa de la dispersion consiguiente a la derrota, no han podido señalar exactamente las pérdidas que sufrieron en la batalla de Tacna, que ellos llaman del Campo de la Alianza. Sin embargo, en una publicacion hecha por el coronel don Manuel Velarde, jefe de estado mayor peruano aparece que este solo ejército tuvo entre jefes i oficiales las siguientes pérdidas: Muertos, 6 coroneles, 7 tenientes coroneles i 71 oficiales. Heridos, 1 coronel, 8 tenientes coroneles i 92 oficiales. El coronel Velarde añade que la pérdida de soldados fué relativa a la de los jefes i oficiales.

Las pérdidas de los bolivianos, entre las que se contaban dos jenerales, muchos coroneles i oficiales, fueron comparativamente mayores. Dos batallones bolivianos que defendieron valientemente el ala izquierda de los aliados, fueron casi completamente destruidos por las balas i las bayonetas de los chilenos en los momentos del asalto de esas posiciones.

yor número de dispersos que pudieron reunir. Del ejército de diez mil hombres que tenían esa mañana, solo se les juntaron en grupos desordenados, i eso despues de algunos dias, unos 2,800 soldados que habian pertenecido al uno o al otro ejército aliado. Los peruanos siguieron el camino de Tarata i Puno con el contra-almirante Montero, miéntras los bolivianos se dirijian a La Paz, trasmontando las cordilleras, bajo las órdenes del jeneral Campero.

La ciudad de Tacna quedó entónces abandonada, o mas propiamente ocupada por los heridos i contusos que no podian o que no querian huir, i por numerosos dispersos que arrojaban sus arreos militares para ocultarse a los vencedores, resueltos a no acompañar mas a sus jefes. Todo era allí confusion i desórden: los vecinos cerraban las puertas de sus casas, los dispersos comenzaban a saquear los despachos i bodegones en busca de licores. En esos momentos se presentó en las calles un parlamentario chileno que con bandera blanca iba en busca de las autoridades para exigir la rendicion de la ciudad. Ese parlamentario fué recibido a balazos en las calles, i apenas pudo regresar ileso al campo de batalla.

Creyóse, pues, que habria una resistencia organizada en la ciudad. En el momento el jeneral en jefe dispuso que avanzase sobre ella una division del ejército chileno. La artillería que la acompañaba, hizo algunos disparos por elevacion; i la infantería se disponia a tomarla a viva fuerza cuando llegaron los cónsules extranjeros a prevenir que Tacna estaba abandonada e indefensa, i que los chilenos podian ocuparla sin resistencia para evitar mayores desórdenes. Segun ellos, os que habian hecho fuego sobre el parlamentario eran unos soldados peruanos ébrios que tambien se habian dispersado. La division chilena hizo en efecto su entrada en la ciudad; i desde ese momento cesaron todos los desórdenes i se restableció la tranquilidad.

Miéntras tanto, en la tarde de ese dia i en los dias siguientes, diversas partidas del ejército chileno continuaron la persecucion de los fujitivos i de los dispersos; i cada una de ellas volvia al campamento con grupos de soldados peruanos i bo-

livianos, i con cargas del armamento abandonado. Muchos de esos soldados habian cambiado de traje, i algunos pudieron sustraerse así a ser capturados por los vencedores.

La noticia del desastre de Tacna corrió rápidamente en todo el sur del Perú llevada por los fujitivos de la batalla. No trataban éstos de ocultar la magnitud de su derrota, pero persistian en explicarla como el resultado natural de la inmensa superioridad numérica de los chilenos ⁹, cuyo ejército se hacia subir a 22 o 24 mil hombres. Esto mismo, como debe suponerse, contribuía a aumentar el sobresalto i la confusion.

En Lima circuló el primer rumor de la derrota el 1.º de junio. Ese día habia llegado al Callao un transporte chileno que llevaba al jefe de la escuadra bloqueadora la noticia cabal de la batalla. El almirante mandó hacer las salvas de estilo; i luego los comandantes de los buques neutrales se impusieron de lo ocurrido. En tierra se conoció mas o ménos la verdad de todo; pero ántes de dar crédito a la noticia del desastre, se prefirió buscar otra explicacion a las salvas de la escuadra chilena. Se dijo al efecto que ese día habia llegado un nuevo

9. La prensa de esos lugares, así como la de Lima, habian dicho hasta el cansancio que la segunda campaña de los chilenos, no debia causar el menor temor, porque su ejército del sur, mandado por el contra-almirante Monteros contaba con fuerzas mui superiores. Despues de la derrota, se invirtieron las cifras exajerándolas estraordinariamente. El ejército chileno, decian, constaba de 22 o 24 mil hombres; i el ejército aliado de 8 a 9 mil hombres.

La verdad es que en la batalla de Tacna, los chilenos tenian por junto, aun contando sus enfermos, que no eran muchos, 13,372 hombres, de los cuales no tomó parte alguna en el combate un cuerpo de reserva compuesto de 3,130, i mui escasa a consecuencia de las condiciones del terreno, los 1,200 soldados que formaban la caballería. Puede, pues, decirse que por parte de los vencedores solo pelearon 9,042. El ejército aliado que estaba a la defensiva, i colocado en posiciones formidables, tenia, segun el jeneral Campero, 9,300 hombres. A esta última cifra hai que agregar unos 750 policiales i voluntarios armados con que acudió ese día al campo del combate el prefecto de Tacna don Pedro A. del Solar.

Antes de la batalla de Tacna, las tropas aliadas eran denominadas en los documentos públicos del Perú «el 2.º ejército del sur», porque se llama «el primero» al que fué destrozado por los chilenos en la campaña de Tarapacá. Despues de la derrota, la prensa de Lima i los documentos oficiales, han trastornado este órden dando la denominacion de «primer ejército del sur» al destruido en Tacna.

almirante a relevar al que sostenia el bloqueo; i que como era natural, era recibido con los honores de su rango.

No fué posible conservar esa ilusion mui largo tiempo. El 2 de junio tocó en Pisco un vapor ingles que iba al sur; i él comunicó en el puerto las noticias que habia recojido en Arica, i que el telégrafo trasmitió inmediatamente a Lima. La prensa, sometida al réjimen dictatorial, publicó boletines en que los hechos estaban presentados de la manera siguiente: —«Ha habido en el sur una batalla que ha durado tres dias, i cuyo resultado no es decisivo. Los mismos chilenos confiesan haber sufrido mas pérdidas que las de los aliados. Como medida estratéjica, se dió a los chilenos paso para la ciudad de Tacna, pero el ejército aliado se ha retirado en buen orden i no ha dejado un solo prisionero. En cambio, Montero tiene consigo mil prisioneros chilenos. El jeneral Montero se halla en Palca con su ejército. El coronel Leiva estaba el 26 en Torata con otro ejército, i a la fecha debe hallarse en el teatro de la guerra. En Arica se encuentra Bolognesi con las divisiones de su mando. De manera que los restos del ejército chileno deben hallarse a estas horas encerrados por un círculo de fuego, i tienen que sucumbir indispensablemente».

I esta noticia circuló durante muchos dias en Lima i en todo el norte del Perú i ser emitió a Europa i a Estados Unidos por la via de Panamá, como si los descalabros de la guerra pudieran remediarse con la publicacion de tales boletines. De todos esos detalles, no habia mas que uno verdadero. En Arica quedaba en pié una division peruana bajo el mando del coronel don Francisco Bolognesi. Todo el resto del Perú, desde el valle de Moquegua al sur, quedaba en tranquila posesion de los chilenos.

Para terminar la segunda campaña de esta guerra, el ejército chileno tenia aun que hacer un nuevo i mas vigoroso esfuerzo para apoderarse de las formidables posiciones de Arica.





CAPITULO XIII

Arica, junio de 1880

La plaza de Arica i sus fortificaciones.—Las minas de dinamita.—El monitor *Manco Capac*.—La guarnicion de la plaza.—Instrucciones dadas al jefe de ésta.—Ignorancia en que quedó este jefe de los sucesos de Tacna.—Concibe la esperanza de defenderse en Arica miéntras le llegaban socorros.—Los chilenos restablecen el ferrocarril para marchar sobre Arica. Frustrada esplosion de una mina de los peruanos.—Acampa enfrente de Arica una division del ejército chileno—El jeneral chileno pone sitio a la plaza i le intima rendicion.—La ataca sin resultado con la artillería de mar i tierra.—Resuelve asaltar con su infantería las fortificaciones peruanas.—Los chilenos proponen nuevamente una capitulacion al enemigo: éste la rechaza.—Asalto de Arica (7 de junio).—El ejército chileno queda dueño de la plaza despues de un combate encarnizado.—Los marinós peruanos echan a pique el monitor *Manco Capac*, i en seguida se rinden.—Consecuencias de este combate.

La ciudad de Arica, mucho mas populosa ántes de los grandes terremotos de 1868 i de 1877, contaba a principios de la guerra un vecindario de unos 3,000 habitantes. A pesar de esto, conservaba su prerrogativa de la plaza marítima mas comercial del Perú despues del Callao, i de puerto de entrada i de salida de la mayor parte del comercio de Bolivia.

La guerra de 1879 vino tambien a convertirlo en el segundo puerto militar del Perú, para lo cual se prestaba admirable-
TOMO XVI.—16

mente la configuracion de su terreno. La ciudad se levanta a orillas del mar, resguardada por el sur por una serie de alturas de ascenso mas o ménos difícil que la mano del hombre puede convertir en poco tiempo en formidables fortificaciones. Al norte de la ciudad se estiende una llanura bañada por el pequeño rio de Arica, que despues de formar en su trascurso un valle estrecho, pero de abundante vejetacion, viene a vaciar allí sus aguas en el mar. En ese terreno bajo se habian construido tres baterías a flor de agua, provista cada una de dos cañones de a 100, 150 i 300 libras. Esos cañones defendian a la ciudad de toda tentativa de desembarco, i dominaban tambien con sus fuegos todas las tierras bajas que constituyen la última porcion del valle de que hemos hablado.

Al sur de la ciudad, en los puntos dominantes de esas alturas, se habian construido otras tres fortificaciones mucho mas poderosas. Esas fortificaciones habian sido resguardadas con excelentes parapetos de sacos de arena, para defensa de los artilleros, i estaban dotadas de catorce cañones, de los cuales once eran tambien de a 100, 150 i 300 libras. Por su disposicion, estos fuertes se dominaban los unos a los otros, de tal suerte que despues de perdidos los que estaban situados mas léjos de la ciudad, quedaban éstos bajo el fuego de la fortaleza del Morro, la mas poderosa de todas ellas. El Morro es un cerro de 150 metros de elevacion, cortado a escarpe sobre el mar, apegado a la ciudad por su lado sur, i del mas difícil acceso. Ademas de que el declive del cerro es mui pendiente, está cubierto por una espesa capa de terreno arenoso i movedizo donde el hombre no puede asentar el pié sino en los estrechos i tortuosos senderos que se han abierto en sus flancos. La fortaleza del Morro, servida por ocho cañones, debia ser el último asilo de los defensores de la plaza; i desde allí podian quemar i destruir fácilmente a los enemigos que hubieran conseguido apoderarse de todos los otros fuertes.

Para ello, los peruanos contaban tambien con otro elemento de resistencia. Todos los fuertes dominados por el Morro habian sido minados con depósitos encubiertos de pólvora i dinamita, i debian volar uno en pos de otro desde que fueran

cayendo en manos del enemigo. Por una traza de guerra que la moral no puede aplaudir, se habia colocado en un hospital bajo el amparo de la Cruz Roja, i por tanto fuera de todo peligro i de todo ataque del enemigo, la batería eléctrica de donde partian los alambres ocultos que debian hacer saltar esas minas.

Arica tenia ademas otra fortaleza no ménos poderosa, el monitor *Manco Capac*, verdadera batería flotante colocada en el centro de la bahía i provista de dos grandes cañones de a 500 libras, que por la movilidad del buque podian trasladarse de un punto a otro i hacer sus fuegos sobre tierra o sobre el mar, según las necesidades del combate. Hemos dicho ya que este monitor, aunque mui pesado para andar, era una máquina de guerra casi inatacable, porque en los momentos del combate apenas sobresalia unos 50 centímetros de la superficie de las aguas.

La guarnicion de la plaza, sin contar en ella a los marinos del monitor, se elevaba a poco mas de dos mil hombres. De estos, 350 eran artilleros de los fuertes; i el resto, con excepcion de unos 70 jinetes, eran rifleros ejercitados en todo el curso de la campaña. Esas fuerzas estaban mandadas por mas de trescientos jefes i oficiales, doce de los cuales eran coroneles o tenientes coroneles. Una parte de los rifleros estaba distribuida en los fuertes i baterías para defenderlos en caso de una sorpresa. La otra, en prevision de un ataque de la infantería enemiga por el valle que da entrada a la ciudad, estaba destinada a la defensa de ésta desde una línea de atrincheramientos de sacos de arena, construida en circunvalacion, que partiendo de las orillas del mar, encerraba las tres baterías del norte i venia a apoyarse en los cerros en que se levantaban las fortificaciones del sur.

Los oficiales peruanos habian tenido mas de un año, desde los principios de la guerra, para ejecutar estos trabajos, pero en el principio se llevaron con mucha lentitud. La pérdida de la provincia de Tarapacá en noviembre de 1879, hizo comprender a los jefes peruanos que la fortificacion de Arica era una necesidad imprescindible, i luego, el desembarco de los

chilenos en Ilo, en febrero de 1880, vino a estimularlos a poner la mayor actividad en la conclusion de estas obras. A mediados de mayo, Arica estaba perfectamente fortificada, i podia resistir ventajosamente por mar i por tierra a tropas cinco veces superiores a las que la defendian.

El mando de la plaza habia sido confiado al coronel don Francisco Bolognesi, soldado antiguo que habia adquirido en sus viajes por Europa una instruccion militar mui superior a la del mayor número de los jefes peruanos. Las formidables baterías del Morro estaban mandadas por el capitan de navío don Juan Guillermo Moore, en cuyas manos se habia perdido la fragata encorazada *Independencia* en el combate naval de Iquique, el 21 de mayo del año anterior, i que estaba resuelto a hacer olvidar esa desgracia con la defensa heroica de aquella fortaleza. A juzgar por las manifestaciones exteriores, los otros jefes estaban animados de un espíritu igualmente resuelto i decidido. En efecto, cada vez que la escuadrilla chilena que bloqueaba el puerto, habia roto los fuegos contra los fuertes de tierra, éstos se habian defendido con toda enerjía i con no poco acierto.

Desde que el contra-almirante Montero salió de la plaza para ocupar su puesto en el ejército de Tacna, Bolognesi, dió mayor impulso a la instruccion de sus tropas temiendo verse atacado allí mas tarde o mas temprano. Por el telégrafo supo que los chilenos avanzaban sobre Tacna, i recibió tambien la noticia mas o ménos fantástica de que un nuevo ejército peruano mandado por el coronel Leiva habia salido de Arequipa, de que marchaba hácia el sur i de que en breve picaria la retaguardia a los enemigos. La derrota de estos parecia inevitable; i así lo aseguraba el contra-almirante Montero en todas sus comunicaciones.

Hemos contado en el capítulo anterior que cuatro dias ántes de la batalla de Tacna, una division del ejército chileno habia practicado un reconocimiento de las posiciones de los aliados, i que en seguida se habia retirado tranquilamente sin ser molestada. Montero comunicó a Arica por el telégrafo este movimiento de los chilenos como una prueba de la debi-

lidad de éstos, i como una prenda de confianza en el próximo i seguro triunfo de las armas aliadas. Solo la víspera de la batalla, cuando, como se recordará, por las declaraciones de unos arrieros chilenos se supuso en el campamento de Tacna que el ejército de éstos pasaba de 22 mil hombres, i cuando se vió que el anunciado ejército peruano de Arequipa tardaba mucho en llegar, comenzó a creer Montero que entraba en lo posible el sufrir una derrota. Sin manifestar, sin embargo, esta desconfianza, telegrafió al jefe de la guarnicion de Arica, en estos términos: «Mañana será la batalla. Cualquiera que sea su resultado, Ud. debe resistir a todo trance».

El dia 26, en efecto, se sintió en Arica el lejano cañoneo de la batalla de Tacna. Desde las alturas se creia divisar la humareda del combatê. La inquietud estaba retratada en todos los semblantes; pero se pasó el dia entero, i se pasaron cuatro mas sin que se recibiese ni por el telégrafo ni por ninguna otra via, noticia segura del desenlace de la jornada. En la noche de ese mismo dia, los chilenos habian despachado de Ite un vapor aviso con comunicaciones acerca de la victoria para el gobierno de Chile, i ese vapor a su paso por Arica, habia trasmitido la noticia a las naves que bloqueaban el puerto. Estas se empavezaron en señal de victoria, e hicieron las salvas de estilo en los dias de triunfo. La guarnicion peruana no dió entero crédito a estas manifestaciones. A su juicio, eran probablemente trazas de los chilenos para disimular un contraste. Se preferia esperar un aviso mas digno de fe.

Pero este aviso tardaba en llegar. Cuenta el contra-almirante Montero que a su paso por Tacna, despues de la derrota, se dirijió al telégrafo para comunicar sus últimas órdenes a los defensores de Arica, pero que el telégrafo habia sido cortado por los chilenos. Sin duda, a causa de la confusion de la fuga, descuidó despachar un espreso que llevase a aquéllos la noticia del desastre. Parece tambien que muchos de las dispersos de la derrota pensaron en retirarse a Arica; pero el ferrocarril estaba tambien cortado, i los dispersos tuvieron miedo de caer en manos de los chilenos si emprendian la marcha a pié o a caballo. Lo cierto es que solo el 31 de mayo lle-

garon a Arica tres o cuatro fujitivos peruanos que contóron lo que habian visto, esto es la destruccion completa i definitiva de los ejércitos de la alianza.

No quedó duda entónces de la realidad de la situacion. Pero se creyó que ésta estaba mui léjos de ser desesperada. La plaza poseia los elementos i la guarnicion necesaria para rechazar cualquier ataque, tanto mas cuanto que los chilenos, aunque vencedores, debian haber sufrido grandes pérdidas en la batalla, que segun los informes de los fujitivos peruanos, habia sido mui encarnizada. La ciudad estaba provista de agua por unas vertientes que nacen dentro de la línea de las fortificaciones, i poseia víveres abundantes para soportar un largo sitio. Abundaban igualmente las municiones de guerra, a tal punto que habian podido destinarse grandes cantidades de pólvora a las minas abiertas dentro i fuera de la ciudad. El ataque del enemigo, a juicio de los defensores de la plaza, debia reducirse a un sitio mas o ménos largo; pero ántes de mucho podia llegar otro ejército peruano, el de Leiva, sobre todo, que segun los informes recibidos debia haber salido ya de Torata; i se creia que reuniendo éste en su marcha los dispersos peruanos, podria presentar una nueva batalla en que los chilenos habian de sucumbir.

Desde el siguiente dia de la victoria de Tacna, i en medio de los afanes consiguientes a la persecucion de los fujitivos i del establecimiento de hospitales en la ciudad para curar a los heridos el jeneral Baquedano dictó las medidas del caso para marchar sobre Arica. Un cuerpo de pontoneros salió a reparar las destruccioncs del ferrocarril bajo la direccion de algunos de los ingenieros del ejército, i protegido por una division de caballería. Estos trabajos fueran ejecutados con tanta actividad que cinco dias despues la comunicacion por la via férrea estaba restablecida hasta cerca del pequeño rio de Chacalluta, pocos quilómetros al norte de Arica. El puente que existe sobre ese rio, habia sido destruido por los peruanos, pero este punto era el designado para campamento del ejército chileno; i de allí para adelante las tropas debian avan-

zar en son de guerra, i con las precauciones que requería la proximidad del enemigo.

En la tarde del 1.º de junio casi al oscurecerse, llegaron a esos lugares un rejimiento i un escuadron de caballería chilena, i despues de reconocer el campo en las inmediaciones del puente destruido, los soldados comenzaron a bajar al rio por secciones para dar de beber a sus caballos, siguiendo al efecto el único sendero practicable. De repente se hace oír una estruendosa detonacion, el suelo se conmueve i se levanta por los aires una masa de piedras envueltas en una gruesa columna de fuego i de humo. Los caballos se encabritan i tratan de arrancar en todas direcciones aumentando la confusion de aquella sorpresa. Era una mina de dinamita que acababa de estallar.

El jefe del destacamento chileno, a cuyos piés habia tenido lugar la esplosion, el sarjento mayor don Rafael Vargas, que era considerado uno de los primeros sableadores de la caballería chilena, estaba ileso i no perdió por un solo instante su serenidad. El corneta que llevaba a su lado para impartir sus órdenes, tenia un brazo quebrado, i otros dos soldados habian recibido algunas heridas; pero éstos eran los únicos daños que habia causado la esplosion. El mayor Vargas reunió a los suyos; i habiendo distinguido a la última luz del dia, tres bultos que se alejaban a toda prisa de una casita de madera, situada en la orilla opuesta del rio, i que se ocultaban entre los matorrales, emprendió resueltamente su persecucion sin temer que pudieran estallar otras minas. Uno solo de los fujitivos consiguió escaparse: los otros dos fueron tomados prisioneros i salvados por el mayor Vargas de la muerte que querian darles los soldados. Uno de ellos era un ingeniero peruano, encargado de dirigir los trabajos de minas de aquellos alrededores.

El plan de los peruanos para destruir o desconcertar al ejército chileno en el paso del rio de Chacalluta, quedaba, pues, frustrado. En la casita de madera de que hemos hablado se encontró la batería eléctrica que debia comunicar el fuego a las minas. Inmediatamente se cortaron los alambres;

i el siguiente día se continuaron los trabajos. En las márgenes del río, en el punto por donde necesariamente debía pasar el ejército chileno, los peruanos habían construido diez minas rellenas de dinamita, pedazos de fierro, piedras i tierra fuertemente comprimidas, i bastante bien dispuestas para hacer los mas terribles estragos. Solo una de ellas había hecho explosion. Los ingenieros peruanos creyeron que ésta bastaría para aterrorizar a la columna enemiga que entónces tenían a la vista, pensando hacer estallar las otras cuando se acercasen mayores fuerzas. La serenidad de los soldados chilenos se burló, como hemos visto, de esas previsiones. Todas esas minas fueron desmontadas sin accidente alguno el día 2 de junio, de tal suerte que el terreno quedó libre para establecer allí el campamento. El estado mayor chileno sabía que mas adelante, en los alrededores de la ciudad, i en torno de los fuertes que la defendían, existían otras minas, i que por lo tanto era necesario avanzar con mucha precaucion.

Ese mismo día (2 de junio) estaba en movimiento el ferrocarril que conduce a Tacna, i comenzaba el transporte de las tropas que debían atacar a Arica. En efecto, en la tarde llegaron al campamento de Chacalluta unos tres mil soldados de infantería que por haber constituido la reserva del ejército en la batalla de Tacna, no habían necesitado entrar en combate. El 3 de junio llegaba también el jeneral Baquedano con su estado mayor, con otro rejimiento de infantería i con cuatro baterías de cañones de campaña. Las fuerzas chilenas acampadas al norte de Arica, se elevaron así a cerca de cinco mil hombres.

Por mas que el jeneral chileno quisiera emprender el ataque con toda actividad, le fué forzoso retardarlo para reconocer perfectamente el terreno, i para dar a sus tropas la mejor colocacion. En efecto, el día 4, miéntras una parte de su infantería, marchando por las faldas de los cerros arenosos que se levantan al oriente de Arica, iba a guardar la entrada del valle formado por el río de ese nombre, los ingenieros examinaban todas las alturas i todos los bajos que podían aprovecharse militarmente. Estas operaciones se continuaron du-

rante la noche entera, de tal suerte que al amanecer del siguiente día 5 de junio, la artillería chilena estaba estendida en línea en las faldas de esos cerros, mientras la infantería i la caballería, perfectamente distribuidas, cerraban el acceso a la plaza dejándola sitiada por todos lados.

Deseando evitar una inútil efusion de sangre, el jeneral Baquedano creyó que era llegado el caso de proponer una capitulacion a los defensores de Arica. Con este objeto, comisionó al mayor de artillería don José de la Cruz Salvo para que marchase a la plaza como parlamentario. El oficial chileno fué recibido por el coronel Bolognesi. Les espuso allí que por el estado de la guerra despues de la completa derrota del ejército peruano de Tacna, era un deber de humanidad el poner término a una resistencia inútil, desde que no pudiendo recibir refuerzos de ninguna parte, la plaza tendria que sucumbir mas tarde o mas temprano. El coronel Bolognesi, despues de conferenciar con los jefes que estaban bajo sus órdenes, contestó resueltamente que estaba determinado a salvar el honor de su pais quemando el último cartucho.

No quedaba mas que hacer que iniciar las hostilidades. En efecto, la artillería chilena disparó algunos cañonazos a la plaza, que fueron inmediatamente contestados por los fuertes peruanos. Este ataque no produjo ningun daño a ninguna de las dos partes, i solo sirvió para demostrar el poder de la artillería peruana. Los chilenos carecian de cañones de sitio, i estaban espuestos al fuego de las poderosas piezas de 100, de 150 i de 300 libras de los enemigos.

El conocimiento de esta situacion se completó por otros medios. Aunque los jefes peruanos estaban seguros de poder defender a Arica, i aunque estaban persuadidos de que no tardarian en ser socorridos por el ejército que suponian en marcha desde Torata, en la guarnicion no faltaban oficiales i soldados que viendo las cosas bajo un prisma diferente, temian los horrores consiguientes a un asalto. Varios de ellos, entre otros un sarjento mayor i un capitán, habian desertado. Por las declaraciones tomadas a algunos de esos fujitivos, supieron los jefes chilenos cual era el poder defensivo de la

plaza. Sin embargo, creyeron todavía que un ataque simultáneo i combinado con los buques de la escuadra podria determinar al enemigo a aceptar una capitulacion.

Emprendióse este ataque el dia 6 de junio. A las once de la mañana rompieron el fuego los cañones de campaña del ejército sitiador; i a la una i media se acercaron resueltamente a las fortalezas del puerto los cuatro buques que mantenian el bloqueo, i dirijieron contra ellas en el espacio de tres horas unas ochenta bombas, que fueron igualmente contestadas por las baterías de tierra i por los poderosos cañones del *Manco Capac*. Los resultados de este ataque no fueron apreciables: no sabemos qué daños causó en tierra, pero sí consta que uno de los buques chilenos recibió en su casco dos balazos, que no le causaron ninguna pérdida de vidas, i que el blindado *Cochrane* fué alcanzado por una granada que chocó en el canto alto de una de sus portas. Un casco de ese proyectil penetró en la batería, i cayó sobre el saquete de pólvora con que los artilleros chilenos cargaban en ese momento uno de los cañones. La esplosion de la pólvora, sin hacer daño alguno al buque, hirió a veintisiete hombres, algunos de los cuales murieron poco despues.

En vista de este resultado, el jeneral Baquedano se decidió a no demorar mas tiempo el asalto de la plaza. Habia confiado el mando inmediato de esta operacion al coronel don Pedro Lagos; i este jefe, eficazmente ayudado por algunos injenieros, habia desplegado la mayor actividad para reconocer el terreno i para estudiar las condiciones del ataque que pensaba ejecutar. Se habia comprendido que solo un golpe de mano tan rápido como audaz podia decidir de la ocupacion de la plaza; i el coronel Lagos conocia perfectamente las dificultades de la empresa, i la manera de vencerlas.

Segun el plan convenido, la artillería chilena debia conservarse en sus posiciones, sin tomar parte alguna en el combate. La caballería limitaria su accion a perseguir a los soldados peruanos que huyesen de los fuertes en los momentos del ataque. Solo la infantería debia ejecutar el asalto simultáneo de todas las baterías enemigas.

La infantería chilena que estaba acampada en frente de Arica ascendía a cuatro mil hombres. De ella se apartó una división de 1,200 soldados que debía quedar de reserva de las fuerzas de ataque, para acudir a los puntos en que su auxilio fuese necesario. El resto de esas tropas, es decir, 2,800 hombres, debían dar el asalto distribuidas en dos cuerpos, uno de 900 para atacar los tres fuertes situados en los bajos del norte de la ciudad, i otro de 1,900 para trepar a los cerros i asaltar las fortificaciones del sur, que eran las más formidables. Esas fuerzas iban a empeñar el combate contra una guarnición de más de dos mil hombres, colocada en posiciones casi inespugnables, defendida detrás de parapetos excelentes, armados de la más poderosa artillería, i con minas de pólvora i dinamita para hacer volar a todos los que se acercasen a los fuertes. Los soldados chilenos conocían perfectamente todas estas dificultades; i sin embargo, se preparaban animosos i resueltos para el combate. El asalto debía efectuarse al amanecer del 7 de junio.

Antes de tomar sus últimas disposiciones, el coronel Lagos quiso evitar los horrores de un combate que debía ser sumamente sangriento. En la tarde del mismo día 6 despachó a la ciudad al ingeniero peruano que había caído prisionero después de la explosión de una mina de dinamita en el paso del río de Chacalluta. Llevaba éste el encargo de representar a los defensores de la plaza la inutilidad de la resistencia, i el peligro que corrían esponiéndose al furor del soldado chileno, rabioso delante de un enemigo que no peleaba sino detrás de atrincheramientos formidables i empleando armas de defensa como las minas. Pero los jefes peruanos estaban envalentonados con el ningún resultado del cañoneo de ese día, que ellos consideraban como una victoria de sus armas; creyeron que estos ofrecimientos de capitulación no eran inspirados como se decía, por el deseo de evitar nuevos horrores i nueva sangre, sino por la impotencia i por el miedo ¹. Así, pues, el

1. Tan convencidos estaban de esto los jefes peruanos que el santo dado esa noche a los centinelas de la plaza eran las palabras siguientes: «Enemigo cobarde tenemos».

ingeniero peruano volvió a media noche al campamento chileno comunicando que los jefes de la plaza se negaban resueltamente a capitular.

Entre tanto, a las siete de la tarde, i cuando las sombras de la noche habian cubierto todo el campo, avanzaron con el mayor silencio las columnas de ataque que debian asaltar los fuertes del sur, hasta colocarse a un quilómetro de ellos, i por lo tanto bajo el fuego de sus poderosos cañones. Allí acompañaron para pasar la noche, i para tomar el descanso conveniente ántes del asalto. La caballería quedaba a retaguardia alimentando el fuego del campamento de la tarde, a fin de engañar mejor al enemigo. Esta operacion se practicó con tanto orden que los defensores de la plaza no tuvieron la menor sospecha de la proximidad de las columnas chilenas. En uno i otro campo se pasó la noche en la mayor tranquilidad.

Antes del amanecer del siguiente dia (7 de junio) los 1,900 hombres que debian atacar los fuertes del sur, se hallaban listos para emprender la marcha, guiados por los oficiales del estado mayor que habian estudiado el terreno. En efecto, a la primera claridad del dia, se lanzan a paso de carga, i caen como el rayo sobre las dos primeras fortificaciones. Sin cuidarse del vivo fuego de fusil de los peruanos, rompen con sus bayonetas los sacos de los parapetos; la arena se desparrama; i una vez abierta la brecha, cargan sobre los defensores de los fuertes con un ardor tal que en pocos minutos los destrozan i los ponen en vergonzosa fuga. Todos los que escapan a la muerte tratan de replegarse a las alturas del Morro, donde se pensaba organizar la mas vigorosa resistencia.

La aparicion de los chilenos en las alturas del sur, era la señal convenida para que la columna de novecientos hombres que habia quedado al norte, cayese sobre los fuertes situados en aquella parte. Sin cuidarse del fuego de cañon de esos fuertes, ni de los que le dirijian desde el monitor *Manco Capac*, esa columna avanzó resueltamente, i trabó tambien el combate con la misma decision que habian mostrado los asaltantes de las alturas. La resistencia de los peruanos no fué allí

de larga duracion. Confiando mas que en todo en el poder de sus minas, se resuelven prontamente a abandonar sus fuertes para que los haga saltar la pólvora i la dinamita. En efecto, los ingenieros peruanos encargados de dar fuego a las minas, sobrecojidos de pavor por aquel ataque tan rápido como audaz, viendo al enemigo por todas partes, aplican indiscretamente la electricidad a algunas de las guias, i saltan dos minas en las baterías de los cerros i otras dos en los fuertes de la llanura, levantando columnas de humo, de fuego i de piedras, i haciendo volar por los aires uno o dos centenares de combatientes, peruanos en su mayor parte, de tal suerte que el empleo de esta arma terrible venia en auxilio de los asaltantes contra quienes se habia preparado.

Los soldados chilenos no se desanimaron un solo instante por esas esplosiones, ni por el temor a las otras minas que podian estallar mas adelante. Léjos de eso, cobran mas ardor; i con una rapidez i una decision inquebrantables, se lanzan sobre las alturas del Morro, escalando por todas partes el empinado cerro, i persiguiendo i matando con sus balas i sus bayonetas a los soldados peruanos que corrian a reforzar la guarnicion de la cumbre. En su marcha reciben una lluvia incesante de fuego que se les hace desde los parapetos de la fortaleza. Cae allí herido de muerte el teniente coronel don Juan José San Martin, que mandaba el asalto, por aquella parte, i caen tambien numerosos soldados; pero a la voz del segundo jefe del rejimiento, don Luis Solo Zaldívar, la tropa llega a las trincheras enemigas, las asalta i penetra en el fuerte arrollando en pocos miutos toda resistencia. El coronel Bolognesi, comandante militar de la plaza, el comandante Moore, jefe de aquellas baterías, i muchos jefes, oficiales i soldados peruanos sucumben allí. Algunos de ellos se precipitan de las alturas por las barrancas que miran al mar, prefiriendo esta muerte horrible a la del combate.

En esos momentos de suprema ansiedad, llega al Morro la noticia de que las baterías del norte han sido tomadas igualmente por asalto, de que los peruanos han hecho reventar los cañones con dinamita ántes de replegarse a las alturas, i de

que en un hospital, colocado bajo la salvaguardia de la Cruz Roja, desde donde se ha hecho fuego sobre los chilenos, estaban las baterías eléctricas que habian hecho saltar las minas. Anúnciase además que existian muchos otros depósitos de dinamita, i que los oficiales del estado mayor estaban ocupados en cortar las guias que partian de aquel hospital. «¡Hoi no hai prisioneros!», gritaron los soldados chilenos; i cargan rabiosos sobre los aterrorizados defensores del Morro. Los jefes i los oficiales chilenos consiguieron con gran trabajo dominar el ardor de su tropa, i salvar en ese último atrinchamiento de los peruanos a mas de sesenta jefes i oficiales i a mas de trescientos soldados enemigos. La bandera chilena fué enarbolada en aquellas alturas cuando aun no habia cesado el fuego del combate.

El combate habia durado cincuenta i cinco minutos. La actividad impetuosa e irresistible de las tropas chilenas se habia apoderado de todos los fuertes i trincheras con que los enemigos habian rodeado la plaza de Arica, casi en el mismo espacio de tiempo que habrian necesitado para recorrer pacíficamente esas posiciones.

La reserva, entre tanto, habia cerrado el paso a todos los fujitivos, i una parte de la caballería chilena habia penetrado por las calles de la ciudad recibiendo el fuego que se le hacia desde los edificios. Esta resistencia exalta el ardor de los soldados chilenos. Allegan fuego a algunas de las casas en que se parapetan los enemigos, sablean sin piedad a todos los hombres armados que encuentran a su paso, i quedan en breve dueños de la ciudad.

Pero, quedaba todavía en pié otra batería que no podian asaltar las tropas de tierra, el poderoso monitor *Manco Capac*. A las seis de la mañana, cuando se hicieron oír los primeros tiros del combate, esa batería flotante abandonaba su fondeadero, i acercándose a la plaza, rompía sus fuegos sobre la columna chilena que avanzaba a asaltar los fuertes del norte. Cuando la bandera de los vencedores flotaba sobre las alturas que habian ocupado los peruanos, se le vió alejarse lentamente de tierra. Creíase que iba a dirigirse sobre las na-

ves chilenas que bloqueaban el puerto, para estrellarse sobre alguna de ellas, sucumbiendo así en un choque de suprema desesperacion i de verdadera gloria, que podia costar mui sensibles pérdidas al enemigo. La ansiedad de los que observaban los movimientos del monitor peruano no fué de larga duracion. Vióse luego a los tripulantes de esta nave descender del buque en dos lanchas de vapor, i remolcar algunos botes cargados de jente para dirigirse a pedir asilo a los buques neutrales, miéntras el *Manco Capac*, abandonado, sin un solo hombre a su bordo, se hundia bajo las aguas del puerto a las ocho de la mañana. Los marinos peruanos habian limitado su defensa a abrir las válvulas del buque i a aplicarle algunos torpedos para sumerjirlo i perderlo en un punto del mar cuya profundidad no permitiera volver a ponerlo a flote.

Este último episodio de la defensa de Arica no tuvo, pues, el heroísmo que se aguardaba. Los marinos neutrales se negaron resueltamente a dar asilo a los tripulantes del *Manco Capac*. Desesperados por esta firme negativa, los fujitivos resuelven buscar su salvacion entregándose rendidos i prisioneros en las naves chilenas que en esos momentos se acercaban a la plaza conquistada por el ejército de tierra. Solo una lancha que llevaba a su bordo unos cuantos marinos peruanos, se dirije al norte a toda máquina i logra sustraerse por su prodijiosa rapidez a la persecucion de los chilenos. Creyéndose al fin libres de todo peligro, los fujitivos se acercan a tierra en una caleta vecina al puerto de Ilo, i allí desembarcan aplicando un torpedo a su propia embarcacion, para hacerla volar e impedir así que fuese presa del enemigo. Pero los chilenos ocupaban esa costa desde meses atras, i los soldados que guarnecian esa caleta, capturaron i desarmaron a los únicos militares peruanos que habian podido salvarse de Arica.

La toma de la plaza costaba al ejército chileno las siguientes pérdidas: Muertos, 30 oficiales i 114 soldados; heridos, 18 oficiales i 237 soldados; por todo 372 bajas. Pero las pérdidas de los peruanos fueron cuatro veces superiores, en parte causadas por la imprudente i atropellada esplosion de las minas

de los fuertes. El estado mayor chileno calcula que el enemigo tuvo mas de mil muertos i como doscientos heridos. El número de prisioneros peruanos ascendia a 1,328 individuos, de los cuales 118 eran jefes i oficiales, i el resto soldados i marineros. El material de guerra tomado por los vencedores era tambien mui numeroso. Consistia en trece cañones de varios calibres (nueve de a 100 i uno de a 300), en perfecto estado de servicio; siete cañones destrozados por la dinamita; mas de 1,500 balas i granadas para cañones; 1,500 rifles de diversos sistemas con su respectiva dotacion de municiones; i una cantidad considerable de dinamita, guías, pólvora, herramientas i útiles para el servicio de los fuertes. Los chilenos habian ejecutado con tanta rapidez la ocupacion de la plaza que el enemigo no habia alcanzado a destruir mas que una parte reducida de su material de guerra, es decir, los siete cañones de que hemos hablado mas arriba. De la misma manera, volvemos a repetirlo, habian conseguido que no se escapase uno solo de los defensores de Arica. «El que no cayó prisionero, rindió la vida», dice lacónicamente el parte del jefe de estado mayor chileno.

Despues de la victoria, desplegaron la misma actividad para hacer cesar la confusion i el desórden consiguientes a una batalla dada en estas condiciones. Instaláronse hospitales para atender a los heridos. Los cirujanos chilenos desplegaron un gran celo en este trabajo; pero es justo recordar que fueron eficazmente ayudados por el cuerpo médico de una fragata de guerra alemana, la *Hansa*, que bajó a tierra con vendajes i medicinas i que desplegó en esta obra humanitaria tanto interes como intelijencia. En el cuartel jeneral de los peruanos se halló un plano de las fortificaciones i de las minas de la plaza. Por él se vió que esas minas eran 84, que quedaba todavía intacta la mayor parte de ellas, i que éstas podian estallar de un momento a otro, por un descuido cualquiera, o por el incendio de algunos edificios. Los soldados emplearon dos dias en desmontar esas minas, i lograron hacerlo sin ningun accidente.

El estado mayor chileno tuvo tambien que atender a tra-

bajos de otro orden. Al mismo tiempo que se disponia el envío a Valparaiso de los prisioneros tomados en las dos últimas batallas, i que se remitian a los hospitales de Iquique i de Pisagua a los heridos que era posible trasportar, se equipaban dos buques para que llevasen al Callao los heridos peruanos que estando imposibilitados para tomar de nuevo las armas, no habia peligro en dejar en libertad. Esta medida humanitaria, al paso que descargaba considerablemente a las hospitales militares, permitia a esos desgraciados volver al seno de sus familias, i recibir atenciones que no es fácil prestar en el campamento. Ellos, ademas, debian ser los mejores mensajeros del desastre, i como tales habian de desmentir las versiones fantásticas con que el gobierno del Perú convertia en victorias, o a lo mas en batallas sin importancia i sin consecuencia, las espantosas derrotas de sus ejércitos.

Chile, por su parte, no necesitó exajerar la importancia de los triunfos alcanzados por sus soldados. Al terminar la segunda campaña de la guerra del Pacífico, quedaba en tranquila posesion de todo el territorio peruano que se estiende al sur de Ilo; al paso que su escuadra, engrosada con dos naves quitadas al enemigo, bloqueaba el Callao i los puertos vecinos, i recorria toda la costa del Perú sin hallar resistencia alguna. Habia tomado al enemigo en los campos de batalla mas de tres mil prisioneros, mas de cuarenta cañones i ametralladoras i mas de cinco mil rifles, i en mar i en tierra habia asentado el poder i el prestigio de la República.

Despues de estas grandes victorias del ejército chileno, la guerra iba a cambiar de teatro.





TERCERA PARTE

LA CAMPAÑA A LIMA

CAPITULO I

Las repúblicas belijerantes despues de Tacna i Arica, junio de 1880

Confianza del Perú en el triunfo de sus armas.—Decretos del dictador Piérola contra sus enemigos.—La prensa de la dictadura acusa a Montero de ser el culpable de las últimas derrotas.—Se desiste de esta acusacion.—Exajeraciones i errores con que la prensa de Lima contaba las batallas de Tacna i de Arica.—Algunas rectificaciones.—Seriedad de los documentos chilenos concernientes a la guerra.—La prensa extranjera subvencionada por el Perú.—Belicosa proclama de Piérola.—Llega a Bolivia la noticia de la derrota de su ejército.—Actitud del pueblo boliviano en los primeros dias que siguieron al desastre: Campero es confirmado en la presidencia de la república.—Las falsas noticias que llegan al Perú alientan de nuevo a los bolivianos i los estimulan a proclamar la continuacion de la guerra.—La actitud de Bolivia en el curso de la nueva campaña.—Establecimiento de la dominacion chilena en Tacna

i en Arica.—Estado de la opinion en Chile despues de las últimas victorias.—La prensa pide la campaña sobre Lima.

El desenlace de la segunda campaña del ejército chileno en el Perú, los espléndidos triunfos alcanzados por su ejército sobre la alianza Perú-boliviana en Tacna i en Arica, el bloqueo del Callao por la escuadra chilena i la impotencia del enemigo para resistirla, hacian esperar que la guerra del Pacífico encontraria su término. En Chile i en el extranjero se creyó así durante algunos dias; pero luego se supo que aun no habia llegado la hora de cordura para los provocadores de esta sangrienta lucha.

En efecto, a juzgar por el tono de la prensa i de los documentos oficiales, en Lima no se perdía allí la confianza amplia i absoluta en el resultado definitivo de la guerra, en la superioridad del poder del Perú i en el aniquilamiento completo en que se consideraba a Chile a pesar de sus victorias. Esta confianza, como veremos en el curso de esta historia, no era hija de esa resolucion suprema del patriotismo que está dispuesto a los sacrificios de todo orden para salvar a un pueblo de su desgracia. Nacia solo de una antigua vanidad nacional que hacia estimar a Chile como un rival despreciable e insignificante, de la ignorancia en que sistemáticamente se mantenía el pueblo sobre la marcha de la guerra i sobre la verdadera situacion del Perú, i mas que todo quizá, de la esperanza quimérica de hallar alianzas fantásticas que vinieran a encargarse de derrotar a los ejércitos victoriosos de Chile.

Antes de pasar adelante en la narracion de los hechos, debemos explicar aquí cual era el estado de los ánimos en Lima en los momentos en que la guerra preparaba en el sur los grandes desastres de las armas peruanas.

Durante los últimos dias de la campaña de los chilenos sobre Tacna i Arica, es decir durante el mes de mayo de 1880, la prensa i el gobierno de Lima no habian cesado de manifestar la mas tranquila seguridad en el éxito de la guerra. Los diarios, en cuyas columnas no podia escribirse sino la que era del agrado del dictador, publicaban de vez en cuando corres-

pondencias finjidas, que se decían escritas en Tacna, en las cuales se contaba algún combate de avanzadas en que los chilenos habían sido derrotados ¹.

Un diario de Lima, *El Nacional*, decía a sus lectores el 22 de mayo que el ejército peruano de Tacna no tenía que temer de los chilenos sino alguna sorpresa o alguna acechanza muy poco probables: «Si hai un combate jeneral en debida forma, agregaba, la que pudiéramos llamar una gran batalla, tenemos la convicción de que el triunfo se inclinará inevitablemente del lado de la alianza». El gobierno de la dictadura peruana, por su parte, haciendo alarde de no abrigar ningún temor por la suerte de la campaña del sur, dictaba en esos mismos días numerosos decretos mas o ménos relacionados con la guerra, pero estraños a los peligros del momento.

El dictador Piérola había instituido una Lejion de Mérito, especie de orden de caballería con condecoraciones de tres clases, para premiar a los heroicos defensores del Perú. Debía tambien abrirse un registro denominado «El Gran Libro de la República», en que se inscribirían las hazañas de aquéllos. Por decreto de 28 de mayo mandó instruir un proceso sobre la pérdida del monitor *Huáscar* en el combate de Angamos, en octubre anterior, para inscribir en el registro referido la historia de ese combate; i sin esperar el resultado de este esclarecimiento, distribuía por el mismo decreto las condecoraciones de la lejion a los oficiales muertos en la defensa de esa nave ².

Estas providencias, destinadas a exaltar la vanidad nacional, eran como se ve, del carácter mas inofensivo. No son así

1. Una de esas correspondencias, que se daba como escrita en Tacna el 23 de mayo, i publicada por la *Patria* de Lima, refería que el 12 de ese mes había sido derrotada una division chilena por la «gran guardia» peruana. Se sabe que no solo no hubo tal derrota, pero que ni siquiera hubo mas combate de divisiones que la desastrosa derrota de las avanzadas peruanas el 18 de abril.

2. Llama la atencion en este decreto el hecho de que miéntras se concedía al retrato o a la memoria de Grau la condecoracion de 2.^a clase de la Lejion de Mérito, se acordaba la de 1.^a clase a dos de sus subalternos. Justicia de los partidos políticos, sin duda.

otros cinco decretos que llevan la fecha de 22 de mayo, i que revelan el espíritu político que animaba al dictador. Por uno de ellos se arrogaba el derecho de nombrar por sí solo su reemplazante o sucesor en el gobierno del Perú para el caso de hallarse él impedido temporal o absolutamente para atender a la administracion del Estado. Por otro declaraba unido a su carácter de jefe supremo de la república el de «Protector de la raza indijena», «que ha sido i es aun en el pais, dice el decreto, objeto de desafueros i exacciones contrarias a la justicia i que reclaman eficaz reparacion»; medida con la cual el dictador creia afianzar su influencia sobre las clases inferiores de la sociedad, en las cuales estaba cimentado principalmente su poder. Finalmente, los otros tres decretos iban dirigidos contra sus enemigos políticos, el jeneral don Mariano Ignacio Prado, a quien despues de prodigarle todo jénero de ultrajes, privaba para siempre del título i de los derechos de ciudadano del Perú, condenándolo a degradacion pública tan pronto como pueda ser habido ³; el jeneral López Lavalle i

3. El jeneral Prado se hallaba en Nueva York cuando tuvo noticia de este ultrajante decreto. Inmediatamente firmó una violenta protesta que fué publicada en español i en ingles, en que justificando su conducta por haber abandonado el Perú en tan críticos momentos, repite que lo hizo con autorizacion del congreso, con conocimiento de sus ministros, i con el propósito de buscar en el extranjero elementos con que continuar la guerra contra Chile. En esa protesta califica a Piérola de traidor a su patria por haberse aprovechado de las perturbaciones consiguientes a la guerra exterior para asaltar el poder, de «pobre hombre, descarado i ruin», que aun en los grandes conflictos del Perú, «no olvida sus innobles i mezquinas pasiones», i que apela a la persecucion de sus enemigos para disimular su ineptitud i el descrédito en que habia comenzado a caer en la opinion del pais. La protesta del jeneral Prado deja ver la conviccion profunda que abrigaba éste de que Piérola no era mas que un caudillo atolondrado i petulante, inca paz de salvar al Perú de la situacion en que se hallaba.

Esta protesta fué reproducida por los diarios de Chile, así como todos los documentos relacionados directa o indirectamente con la guerra. (V. *El Ferrocarril* de Santiago, de 15 de agosto de 1880).

Posteriormente, el jeneral Prado publicó un manifiesto mas estenso para justificar su conducta i para hacer a Piérola la mas tremendas acusaciones. Se nos permitirá reproducir aquí algunas palabras de ese manifiesto que reflejan la opinion de los adversarios de Piérola.

«¿Cuál ha sido el provecho i cuáles las ventajas que la guerra i la adminis-

otros oficiales que abandonaron a Iquique refugiándose en los buques neutrales en noviembre anterior, a todos cuales degradaba para siempre del rango militar; i por último, contra los jefes i oficiales que despues del desastre de Dolores tomaron el camino de Arica, i contra algunos de los oficiales de la escuadra.

Estas medidas, dictadas al parecer para cimentar la moralidad del ejército peruano, pero recaidas todas ellas en hombres que habian sido enemigos antiguos de Piérola, exaltaron, como debe suponerse, al partido político que lo habia combatido ántes i que ahora tenia que someterse a su dominacion. Acusaba éste a Piérola de no haberse levantado a la altura de la situacion solemne por que atravesaba el Perú, de no haberse sacudido de sus antiguos odios en presencia del peligro de la patria, i de querer sacrificar a Montero en el sur para desembarazarse de un rival peligroso ⁴. Para los hombres de ese partido, que en su mayor parte pertenecian a las altas clases sociales, la campaña de Tacna iba a cerrarse con un nuevo desastre de las armas peruanas; pero esos hombres

tracion pública han reportado con la revolucion de Piérola? Ninguna, absolutamente ninguna. La guerra, de mal en peor cada día, va llegando a un término fatal. La administracion pública es un fárrago de contradicciones i de enredos, de ridiculeces i de desatinos, de injusticias i venganzas, de iniquidades i excesos. En verdad, no hai administracion en el Perú: lo que hai es la necia voluntad de un insensato. Sin una accion buena, sin un sentimiento jeneroso, son incalculables los males que ha causado i tiene que causar como necio i como malo. Este hombre (Piérola) nunca ha sido patriota ni ha prestado servicio alguno; sin dignidad ni mérito propio, se empeña de preferencia en hacer su negocio i en acumular sobre su persona títulos, oro-peles i condecoraciones. Medrar a la sombra del poder, satisfacer ambiciones i venganzas personales, es toda la política de su gobierno. El nombre de Piérola será fatídico para el Perú. Sus hechos lo condenan: el castigo no tardará en venir.»

Aunque el manifiesto del jeneral Prado no tiene fecha, de su contesto se deduce que fué escrito en los últimos meses de 1880.

4. Como prueba de esta situacion, vamos a copiar en seguida una carta de una señora de la familia del contra-almirante Montero a otra señora pariente suya que residia en una provincia vecina.

«Lima, marzo 8 de 1880.—Querida N:—Con mucho gusto contesto tu carta i por ella veo estás bien lo mismo que N.

«No tienes una idea la vida tan angustiada que llevo hace mucho tiempo,

no podían espresar en público sus temores i su desconfianza. La dictadura les habia cerrado todos los caminos de la publicidad; i el populacho, enteramente adicto a la dictadura, no habria dejado de hacer sentir su venganza contra el que intentara combatirla.

Tal era el estado de los ánimos en Lima cuando llegó allí la noticia del desastre de Tacna. En otra parte hemos referido que en el primer momento la prensa quiso explicar éste el suceso como una batalla que habia durado tres dias sin desenlace definitivo, pero en que todas las ventajas habian estado por las armas peruanas, cuyo triunfo lcompleto no se haria esperar largo tiempo. La verdad no pudo ocultarse por muchos dias, i la misma prensa de la dictadura tuvo que declarar con mas o ménos franqueza que aquella habia sido una derrota espantosa.

En esos momentos, los mas ardorosos partidarios de Piérola quisieron atribuir al contra-almirante Montero toda la responsabilidad del desastre. «Mientras no se pruebe lo contrario, decia *La Patria* de Lima el 8 de junio, toda derrota es

esperando por momentos una desgracia en Arica. Montero i su ejército carece de todo: está desnudo, sin víveres, ni dinero tampoco tiene. Este titulado dictador no le hace la guerra a los chilenos sino a Montero: éste lleno, de patriotismo i creyendo que Piérola lo tiene. Este, todo su deseo es enriquecerse con la fortuna de todo hombre honrado, como verás por sus últimos decretos, i con ellos alucinar a este pueblo imbécil.

«Carlos indirectamente lo hace salir el gobierno: dicen que hai en lista cuarenta, en los que figuran Candamo, Carranza, Alvarez, Miró i Riva Agüero i otros tantos. Aquí hai una odiosidad mui grande a este gobierno, como nunca lo ha habido a ningun otro; pero no hacen sino hablar. El espionaje es mui grande i con el mayor descaro.»

Los robos atribuidos al dictador a que alude esta carta, i de que tambien habla el jeneral Prado en su manifiesto, son los arreglos sancionados por los decretos a que ya hicimos referencia, (V. mas atras, pat. II, cap. XI de esta Historia). Con fecha de 18 de mayo, Piérola por sí i ante sí resolvía las cuestiones pendientes entre el tesoro del Perú i los antiguos consignatarios del huano en Europa, a los cuales el tribunal mayor de cuentas de Lima hacia cargos de la mayor consideracion. El fallo del dictador peruano era en todo favorable a los intereses de aquellos negociantes, amigos antiguos de Piérola, i, segun la opinion jeneral en ese país, los suministradores de fondos para las diversas revoluciones que fraguó este caudillo durante las dos administraciones anteriores del Perú.

una falta gravísima, de la cual es responsable el jefe. Esa falta necesita, pues, esclarecerse i repararse por la sancion. La derrota es por sí misma una formidabile acusacion para los que presiden al desastre. Miéntas no prueben su inculpabilidad, la acusacion gravita sobre ellos i los abruma con su peso... Los jefes derrotados son i deben considerarse reos: el pueblo tiene derecho para exigirles estricta cuenta!.. Na hai razon para que el pueblo peruano, nobilísimo, patriota, abnegado i confiado, soporte resignado las bofetadas que permiten se le aplique en el rostro los que siendo sus adalides, sus centinelas guardianes del sagrado depósito de su decoro, no saben quedar en el campo, o clavarse la espada en el pecho como los vencidos de Roma... Justicia sea i castigo sin miramientos. Esa es la única salvacion».

Las amenazas que dejamos copiadas, iban dirijidas contra Montero; porque si bien es cierto que él no habia mandado en jefe la batalla de Tacna, en Lima se creía que él habia sido el verdadero director de la campaña, i ademas que el jeneral Campero se hallaba herido i casi moribundo. Pero esas amenazas produjeron el mas funesto efecto contra la dictadura. Montero pertenecia a un partido político mui numeroso i en su mayor parte compuesto, como hemos dicho, de hombres de posicion i de fortuna. Sin voz en la prensa, sin medio alguno de protestar en público, ellos sin embargo, se indignaron de esta venganza del dictador, i en sus círculos recargaron mas que ántes sus acusaciones contra éste. «El culpable del desastre, decian, no es el jefe que ha mandado nuestras tropas en la batalla, sino el gobierno que por un ruin espíritu de partido, se obstinó en sacrificarlo, negándole los ausilios que necesitaba».

Ante esta tempestad que nacia, Piérola se vió obligado a ceder. Su prensa no volvió a hablar de los culpables de la derrota ni del proceso terrible con que se les habia amenazado. Al dia siguiente, el 9 de junio, el mismo diario *La Patria* tenia otro tono. Despues de protestar enérgicamente contra los que aumentaban los obstáculos de la situacion con malévolas críticas i con inútiles palabrerías, agregaba: «Nadie ha

puesto jamas en duda el valor de nuestras tropas». I en seguida, para distraer la atencion de esas peligrosas acusaciones, i para alentar las ilusiones populares, o para «retemplar el patriotismo», segun la frase consagrada, ese mismo diario i los otros que se daban a luz en Lima, pasaban a demostrar que despues de la derrota, el Perú era mas poderoso que ántes, i que entónces como siempre era mas poderoso que Chile. «Aun no están agotados los elementos para llegar hasta la victoria, decia con este motivo. Tenemos mas elementos que ayer, i con ellos llegaremos al fin a triunfar, como debemos triunfar».—«Chile, decia otro artículo, no puede soportar la prolongacion de la guerra. Si no le faltan recursos, le faltan hombres; i hombres i recursos le sobran al Perú para llevar la guerra hasta el triunfo definitivo».

Aun no salia la poblacion de Lima del estupor que le habia producido el desastre de Tacna, estupor tanto mas comprensible cuanto que la prensa de la dictadura le habia hecho esperar una espléndida victoria, cuando llegó allí la inesperada noticia de que Arica, que se creía inespugnable, habia sido tomada por los chilenos. Inmediatamente se inventaron telegramas, correspondencias, i poco despues declaraciones de los 500 heridos peruanos que llevó al Callao un buque chileno, como referimos al terminar el capítulo anterior. Las esplicaciones que dieron los diarios acerca de este último desastre no solo eran absolutamente falsas por la estraordinaria exageracion, sino de todo punto inverosímiles i absurdas.

Refirióse que los soldados chilenos que asaltaron a Arica pasaban de 9,000; i que aun así no se atrevieron a atacar sino detras de parapetos, como si fuera posible asaltar una plaza permaneciendo los asaltantes adentro de sus trincheras, que como se sabe, los chilenos no podian tener en Arica. El asalto habria sido infructuoso sin la traicion de un oficial peruano que habia vendido a los jefes chilenos los planos de las fortificaciones i de las minas de la plaza. Bolognesi i Moore, que murieron a bala defendiendo el Morro, habian sido degollados despues de prisioneros, i sus cadáveres mutilados inhumanamente. Los jefes chilenos, sin esponerse a ningun peli-

gra, alentaban desde léjos la matanza de los que se rendian. «Todos nuestros marinos, decian testualmente, los demas jefes, oficiales i tropas, han sido pasados a cuchillo despues de heridos i prisioneros en número de 2,500. En Arica pasaron a cuchillo los infames chilenos a toda clase de extranjeros de toda nacionalidad, en número considerable, la mayor parte españoles e italianos, mujeres, ancianos i niños, saquearon i robaron la poblacion sin perdonar la vida a nadie». «Los chilenos, decia ademas otro diario, asesinaron mas de 60 mujeres despues de profanarlas. A su ferocidad no escaparon extranjeros ni extranjeras, ni los niños del lugar».

Se sabe la verdad sobre todos estos hechos. En Tacna, donde los dispersos peruanos habian hecho fuego sobre un parlamentario chileno, i donde habian comenzado el saqueo de las tiendas i almacenes, el cuerpo consular extranjero se habia presentado a uno de los jefes vencedores para pedirle que ocupase inmediatamente la ciudad, i pusiese atajo al robo i a los excesos de una soldadesca desmoralizada por la derrota; i en efecto, una division chilena restableció el órden en la misma tarde.

En Arica, el soldado chileno, enfurecido contra un enemigo que no combatia sino detras de fortificaciones formidables, i que empleaba armas desleales i cobardes como las minas de dinamita, habria querido ser inexorable en su castigo; pero los jefes i oficiales contuvieron su ardor, i consiguieron su jeneroso propósito a tal punto que de los 2,200 a 2,300 defensores de la plaza, tomaron 1,328 prisioneros, de los cuales 118 eran jefes i oficiales. Las pérdidas de los peruanos en ese dia fué debida en no pequeña parte en la precipitacion i la impericia con que sus mismos oficiales dieron fuego a las minas, cuyas esplosiones causaron mas destrozos entre los defensores de la plaza que entre los asaltantes. Todavía hubo algunos jefes i oficiales peruanos que por huir de la refriega, se arrojaron cerro abajo en el Morro, i perecieron desastrosamente en su caida. Los marinos peruanos, que como se recordará, se rindieron sin oponer la resistencia heroica de que hablaba la prensa de Lima, fueron hechos prisioneros sin que

entre todos ellos hubiera un solo muerto ni un solo herido. Los daños causados a la ciudad de Arica, fueron la consecuencia natural i lójica del combate, en que algunos puñados de defensores de la plaza, parapetados en edificios particulares, hacian fuego sobre los chilenos desde las ventanas, obligando a estos a incendiar las casas que se habian convertido en fortalezas peligrosas. Por último, los prisioneros i los heridos fueron tratados jenerosamente por los vencedores.

Tales son los hechos que debe consignar la historia seria de esta guerra. Los informes oficiales de los jefes vencedores, revelaron a Chile estos hechos; i aquí debemos consignar la circunstancia de que el gobierno de este pais habia encargado siempre a sus subordinados que en ningun caso se le dijera otra cosa que la verdad, sin disimulo i sin exajeraciones. A esto se debe el que los ajentes de Chile, en el interior i en el extranjero, no hayan publicado nunca una noticia falsa, un solo triunfo inventado. De aquí ha provenido que despues de los primeros meses de la guerra, la prensa extranjera, i particularmente la de Europa i de Estados Unidos, haciendo plena justicia a la lealtad chilena, hayan aceptado como verdad incuestionable toda comunicacion emanada de los ajentes oficiales de este pais ⁵.

Pero el gobierno i la prensa del Perú, obedeciendo a un errado sistema de publicidad, i creyendo, como decian, «retemplar el patriotismo», publicaban a sabiendas esas falsas noticias, anunciaban triunfos imaginarios, resistencias heroicas que no habian existido, i crímenes i horrores que no se habian cometido. La prensa de Chile, por un exceso de des-

5. En el estudio detenido que hemos estado obligados a hacer de todos los documentos relativos a la guerra, no hemos hallado uno solo de un carácter oficial, emanado del gobierno de Chile, que contenga un hecho que no sea perfectamente exacto. En algunas ocasiones, los ajentes del gobierno comunicaban noticias dudosas, recojidas de los escritos de la prensa peruana, pero tenian cuidado de advertirlo, de tal suerte que esta misma reserva sirve para esclarecer al historiador en sus investigaciones. En jeneral, la prensa chilena, tambien tuvo este mismo empeño en no comunicar sino noticias exentas de exajeraciones, i en rectificar los errores en que algunas veces la hicieron caer los informes equivocados de los primeros momentos.

den por esas noticias, les daba publicidad sin querer refutarlas, i contribuía así a su mayor circulacion.

El Perú tenía además otros medios de desarrollar este plan de conducta. A pesar de las penurias de su tesoro, que no alcanzaba para atender a las necesidades más dremiosas del ejército, sus ajentes en el extranjero tenían subvencionados algunos diarios en Buenos Aires, en Guayaquil, en Panamá, en la América Central, en Nueva York i hasta en Europa, para publicar noticias desfavorables a los chilenos, derrotas que éstos no habían sufrido, o atrocidades que no habían tenido lugar. Cuando los archivos del gobierno peruano cayeron en poder de los soldados, se vió con lástima la insensatez de un gobierno cuyas escasas rentas eran presa de la codicia de algunas empresas de publicidad que cobraban fuertes sumas por dar a luz cada una de esas falsas noticias, i aun por retardar la publicacion de las que no convenian al plan de la dictadura peruana. Mas adelante tendremos ocasion de hablar algo más a este respecto.

El dictador del Perú, ante la situacion embarazosa que le creaban los nuevos desastres de sus ejércitos, quiso asumir una actitud franca i resuelta, dando a luz el programa de su conducta futura. Este fué el objeto de una arrogante proclama lanzada desde Lima el 14 de junio de 1880. Se sabe que los ejércitos peruanos derrotados i destruidos en Tacna i en Arica, habían pasado cinco meses fortificándose en sus atrincheramientos sin alejarse nunca de ellos ni siquiera unas pocas leguas. Se recordará, además, que para llegar hasta los campos fortificados en que se abrigan los aliados, el ejército chileno tuvo que hacer la más penosa campaña de tres meses, que ocupar valles insalubres que diezaban a sus soldados, que atravesar desiertos horribles, que rendian de cansancio i de sed a los hombres i a los animales, que cargar todos sus víveres i hasta el agua, que trasportar casi a manos sus cañones para llevarlos a las alturas, i que sufrir todas las penalidades de esa marcha abrumadora sin que el enemigo hubiera intentado nunca oponerse a su camino. Piérola, teniendo que hablar a sus gobernados de los desastres de su ejército,

los refiere de una manera enteramente opuesta. Queremos copiar sus propias palabras: «Esos desastres, dice su proclama, solo pueden esplicarse por la impaciencia de nuestro ejército de encontrar al enemigo, lo que ha dado a éste, con grandes pérdidas; la inútil ocupacion de Tacna i Arica despues de la mas heroica i memorable resistencia».

Despues de apreciar los hechos consumados con la verdad que revelan esas palabras, el dictador pasa a dar a conocer la situacion de Chile, i a hacer sentir a este pais el peso de su ira. «Chile, dice, labra con sus triunfos efimeros su propia ruina, i gasta en cada uno de los golpes que nos infiere, la fuerza que le podria servir para resistirnos mas tarde. Nuestros recursos están intactos. Los de ellos agotados, viven de lo que piden prestado para su propia ruina i la de las incautas personas que confian en sus estériles triunfos ⁶. Han jugado todo en un golpe de fortuna que les es completamente inútil, que los postra, i que nos hace levantarnos mas vigorosos i resueltos que ántes... Mi deber es perseguir la recuperacion de nuestros derechos sin descanso; perseguirlos a cualquier costo, perseguirlos hasta obtenerlos. Me sostienen seis millones de hombres».

Con esta amenazadora proclama, la actitud del dictador i de la nacion peruana, quedó bien definida. Se queria la guerra a todo trance i se hacia alarde de la confianza absoluta en una próxima victoria. En adelante, los diarios del Perú no hablarán de los triunfos de Chile sin acompañarlos de los calificativos de «inútiles, efimeros, ridículos». Las amenazas de la inmediata venganza fueron mas ardorosas que en los principios de la guerra.

La actitud de Bolivia delante de los últimos desastres de la alianza, fué, a lo ménos en los primeros momentos, mucho

6. Hemos referido en otra parte que el gobierno de Chile, desde los primeros dias de la guerra, resolvió no solicitar en el exterior empréstito alguno para no comprometer su crédito haciendo un anegociacion que necesariamente debia ser mas o ménos onerosa. Sin embargo, en el Perú el gobierno i la prensa se obstinaban en creer que habia algunos negociantes de Lóndres que en secreto suministraban fondos a Chile. A ellos hace referencia Piérola en esta parte de su proclama.

mas sería i mucho mas digna que la del Perú. Allí no se pretendió engañar al país con falsas noticias de batallas indecisas i de triunfos parciales. Desde luego se anunció la verdad entera i completa; i el pueblo la oyó con amargo dolor, sin proferir baladronadas estériles ni amenazas ridículas, i sin hacer acusaciones injustas o aventuradas a los jefes o a los aliados.

Bolivia habia hecho un esfuerzo supremo para reunir las tropas que habia hecho marchar al sur del Perú, sacrificios de dinero i de hombres, de tal suerte que si esas tropas no formaban un ejército respetable, eran cuanto se podia exigir del país. Casi no habia familia regularmente acomodada en la república que no tuviese uno o mas de sus hijos en el ejército. La ansiedad que reinaba en las poblaciones del interior, era verdaderamente indescriptible; pero aunque, como era natural todos deseaban la victoria, nadie se hacia grandes ilusiones sobre el resultado de la campaña. Del campamento de Tacna, al reves de lo que habia sucedido bajo el gobierno de Daza, no se enviaban a Bolivia noticias de victorias imaginarias en los finjidos combates de vanguardia, como las que se publicaban en Lima. Léjos de eso, las correspondencias del teatro de la guerra que daban a luz los diarios de La Paz, eran siempre exactas, i constituyen por esto mismo un valioso documento histórico que hemos consultado con provecho.

El 29 de mayo se esparció en la capital de Bolivia el rumor vago de una derrota. ¿Quién la habia llevado? Nadie lo sabia, i sin embargo, todo el mundo daba crédito a esa fatídica noticia. El día siguiente llegaron al fin por diversos conductos informes circunstanciados, i luego el parte oficial del jeneral Campero, escrito en medio pliego de papel, en uno de los lugares en que pudo pararse a tomar algun descanso de las fatigas de la fuga. «El día de ayer, decia ese parte, en una meseta situada a dos leguas de Tacna, camino de Sama, despues de un reñido i sangriento combate de cuatro horas, fué deshecho el ejército unido de mi mando». Todo en ese documento, escepto la apreciacion del número del ejército chileno, era la espresion de la verdad. Campero terminaba esa corta comu-

nicacion asumiendo la responsabilidad de la direccion de la campaña, i sometiendo su conducta al fallo de la convencion nacional. El contra-almirante Montero en su parte oficial al gobierno de Lima, habia intentado achacar a la division boliviana la culpa del desastre; i esta acusacion injusta fué consignada con toda claridad i en los términos mas duros, por otros oficiales peruanos 7. El jeneral Campero no acusaba a nadie, i ántes por el contrario hacia igual elogio de peruanos i bolivianos.

La convencion nacional se reunió el mismo dia 30 de mayo. Despues de dar lectura en medio de un respetuoso silencio a los informes que hasta entónces se tenian acerca de la derrota, acordó allí mismo por 46 votos, sobre 64 votantes, confirmar a Campero en el puesto de presidente de la república, i en despachar una comision de tres de sus miembros para recibirlo en el camino. El pueblo de La Paz organizó a toda prisa una especie de ambulancia para ir a Tacna a atender a sus heridos i para trasladar a Bolivia a aquellos a quienes la jenerosidad de los vencedores permitiera volver a sus hogares.

Campero entró a La Paz en la tarde del 10 de junio, acompañado solo por sus edecanes. El pueblo salió a recibirlo tributándole casi los honores de vencedor, tales eran las muestras de respeto de que se le rodeaba. Los restos del ejército derrotado en Tacna llegaron pocos dias despues; pero la dispersion habia sido tan grande que el prefecto de La Paz tuvo que emplear la policia en perseguir a los desertores en los campos vecinos. Tanto los soldados como los heridos fueron saludados con toda la efusion de sentimientos que debia inspirar tan terrible desastre. En los discursos que entónces se pronunciaron, i en los primeros escritos de la prensa, no se hizo oir ninguna acusacion contra nadie sino contra Daza, que habia arrastrado al pais a esta funesta guerra.

Pero esa seriedad en la actitud de Bolivia no debia ser de larga duracion. Pasadas las primeras horas del dolor, como

7. Mas adelante publicaremos por via de nota una de esas acusaciones, la carta dirigida a Piérola por el prefecto de Tacna don Pedro A. del Solar, sobre el resultado de la batalla, i la cobardía de Campero i de los bolivianos.

si con ellas hubiera pasado tambien la cordura de un momento, la prensa volvió a dar crédito i a dar circulacion a las noticias mas fantásticas que llegaban del Perú. Montero, decian, se ha reunido con Leiva en Locumba, i amenaza a los chilenos que han ocupado a Tacna. El Perú ha puesto treinta, cuarenta, cincuenta mil hombres sobre las armas. Los chilenos están perdidos i deben sucumbir en pocos meses mas. La prolongacion de la campaña los arruina irremisiblemente, luego el deber de la alianza es proclamar guerra, i guerra eterna a Chile. Los periodistas bolivianos, mui aficionados a las referencias históricas, comenzaron de nuevo a hablar de griegos i de romanos, de la Francia i de la Alemania; i en un tono altisonante i a veces incomprendible, declararon que estaban dispuestos a imitar a Mucio Scevola, que segun ellos, prefirió quemarse la mano ántes que firmar la paz.

A pesar de la grande adhesion que demostraban por la alianza, los estadistas bolivianos adoptaron un plan de guerra que importaba tanto como abandonar resueltamente a sus aliados del Perú a los nuevos desastres que se les esperaban. Ya desde ántes de terminarse la última campaña, uno de ellos habia propuesto como el mejor plan de guerra contra Chile, el de abandonarle todo el litoral, i retirarse al interior del pais, a donde el enemigo no podria llevar sus buques i difícilmente sus cañones. Despues de la derrota, este plan fué seguido religiosamente; i como vamos a verlo en las páginas siguientes, en todo el resto de la campaña el ejército chileno no volvió a ver un solo soldado boliviano. El Perú en sus mayores conflictos no ha recibido tampoco de su aliado la menor cooperacion. Así, pues, a pesar de las entusiastas proclamas de Campero en que hablaba de hacer una guerra de ocho siglos, como la que sostuvieron los españoles contra los sarracenos, i de los escritos recargados de referencias históricas de sus periódicos, la paz de hecho ha existido entre Bolivia i Chile desde el dia en que los ejércitos de aquella fueron destrozados en las alturas de Tacna.

Las ilusiones de los aliados de que se habia hecho eco la prensa de Bolivia, carecian de todo fundamento serio. Los

desastres de Tacna i de Arica habian sido de los mas abrumadores que recuerde la historia de estos paises. Los soldados peruanos, fujitivos de la derrota de Tacna, llegaron en el mayor desórden i quebranto al pequeño pueblo de Tarata, el 29 de mayo. Allí fueron reuniéndose unos 1,500 soldados, destruidos por la fatiga i el cansancio, i casi desarmados i desnudos. Entre ellos habia un jeneral i veintitres coroneles, proporcion inconcebible entre jefes i oficiales en otros ejércitos, pero comun en los del Perú. El 31 de mayo celebraron esos jefes una junta de guerra; i reconociendo su absoluta imposibilidad de permanecer mas largo tiempo en ese lugar, determinaron continuar por las montañas su camino a Puno, i en seguida dirigirse a Arequipa. Esta retirada los obligó a soportar los mayores sufrimientos. El contra-almirante Montero se separó allí de los suyos, i siguiendo las marchas mas penosas que es posible imaginar, se dirigió a Lima. En la montaña inmediata a Tacna se organizaron algunas montoneras peruanas, pero las tropas chilenas dieron cuenta de ellas al cabo de pocos dias, apresando a los cabecillas i dispersando a los soldados. La dominacion chilena en esas provincias quedó tan tranquila como si nunca hubiese existido allí un solo enemigo. Arica fué abierto nuevamente al comercio, i Tacna quedó convertida en cuartel jeneral de los vencedores, i en centro de sus futuras operaciones.

En Chile, como es fácil suponer, la noticia de los triunfos de su ejército en aquellas dos memorables jornadas, causó un júbilo universal. Mas que la satisfaccion del orgullo militar de la república, se veia en ellas la aproximacion del término de una larga guerra que habia venido a distraer al pais de los tranquilos trabajos de la paz a que estaba habituado. No se queria creer que el enemigo llevase su insensatez hasta prolongar por mas tiempo una lucha estéril en que no habia cosechado mas que derrotas, i en que no debia recojer en adelante mas que nuevos i mayores desastres.

Pero la opinion pública de Chile se engañaba cuando creia que la razon no habia abandonado del todo a los aliados. Un dia, el 29 de junio, el telégrafo de Iquique comunicó a San-

tiago la arrogante proclama de Piérola de que hemos dado cuenta mas atras. Las amenazas del dictador del Perú produjeron las burlas de los diarios de Chile; pero ellas vinieron a probar que no era llegado aun el momento de la cordura para sus enemigos, i que era indispensable asestarles otro golpe mas duro i decisivo todavía.

¡A Lima! dijo la prensa i la parte mas ardorosa de la opinion del pais. Solo en Lima obligaremos a nuestros enemigos a firmar la paz. Otros creyeron, sin embargo, que no habria necesidad de imponer al pais nuevos sacrificios de dinero i de sangre, i que la paz vendria por otros caminos ménos dispendiosos; pero nadie dudó del resultado feliz que debia tener esa operacion si llegaba a acometerse.

En prevision de cualquiera eventualidad, el gobierno mandó llenar las bajas que habian sufrido los cuerpos del ejército en la última campaña, movilizó nuevos cuerpos de guardia nacional, i renovó sus encargos de armas i de material de guerra a fin de estar prevenido para todo evento.

Ocurrió entónces en Chile una renovacion ministerial que por un momento pudo hacer creer a los aliados Perú-bolivianos un cambio en la marcha política de su enemigo, o el resultado de algunas dificultades interiores. No habia nada de esto, sin embargo, El ministerio chileno, incompleto despues del repentino fallecimiento del ministro de guerra don Rafael Sotomayor, renunció en masa a los pocos días de las victorias de Tacna i de Arica, para dejar al presidente de la república en libertad de organizar su consejo de gobierno en la forma que mas le conviniera. Los nuevos ministros que llamó a su lado el presidente Pinto, estaban animados de los mismos propósitos que los que bajaban del poder, i obedecian a un programa idéntico, hacer una guerra séria a los enemigos de su patria para llegar a una paz honrosa i duradera.





CAPITULO II

El proyecto de Confederacion Perú-Boliviana, junio 1880

El Perú solicita en vano la alianza de la República Argentina.—Instrucciones dadas al ministro plenipotenciario del Perú.—Mal éxito de estas negociaciones.—La legacion peruana en Buenos Aires contrae sus trabajos a exitar la prensa periódica contra Chile.—Buscando amigos contra Chile, el Perú celebra un tratado con España.—Ineficacia de ese tratado para los planes del Perú.—El dictador peruano propone entónces el proyecto de Confederacion Perú-Boliviana.—Antecedentes históricos de esta Confederacion.—Ann despues de celebrado el pacto de alianza secreta Bolivia i el Perú estuvieron a punto de declararse la guerra en 1878.—El jeneral Daza hace proposiciones a Chile en 1879 para abandonar la alianza.—Odios recíprocos de peruanos i bolivianos durante la guerra.—Bases de la proyectada confederacion.—El consejo de Estado de la dictadura peruana aprueba el proyecto; pero la opinion pública lo recibe mal.—En Bolivia es mal recibido.—Fracaso natural del proyecto.

Desde los primeros dias de la guerra, las repúblicas coligadas del Perú i de Bolivia habian buscado por todas partes nuevos aliados que arrastrar a sus planes contra Chile. Hemos dicho en otra parte que apénas iniciado el rompimiento, en Bolivia se habia propuesto el plan de ofrecer a la República Argentina tres grados del territorio chileno, desde el paralelo 24 hasta el 27, asegurándole así sesenta leguas de litoral

sobre el Pacífico, en el caso de que marchase con sus ejércitos a combatir hasta anonadar a los chilenos ¹. Este proyecto, dijimos entónces, ni siquiera alcanzó a ser propuesto en debida forma.

Pero desde que el Perú, descubriendo el tratado secreto que los ligaba a Bolivia, tuvo que asumir el papel de beligerante, renovó estos esfuerzos en favor de nuevas alianzas, i despachó misiones diplomáticas a varios Estados americanos. Sus mas firmes esperanzas estaban cifradas en la República Arjentina, que desde muchos años atras sostenia con Chile una enojosa cuestion de límites. Los estadistas peruanos estaban convencidos de que el gobierno arjentino no podia dejar de aprovecharse de los embarazos de Chile, empeñado en una guerra contra dos repúblicas aliadas, para obligarlo a aceptar las condiciones que se quisiera imponerle.

Este fué el objeto de una mision diplomática que el Perú, gobernado entónces por el jeneral Prado, confió a don Aníbal Víctor de la Torre; i removido éste por el dictador Piérola a principios de 1880, fué reemplazado por don Evaristo Gómez Sánchez. Ambos diplomáticos, antiguos ministros de Estado en el Perú, llevaban el encargo de recabar del gobierno de Buenos Aires que se pusiera en armas contra Chile, o a lo ménos que simulase una actitud hostil que pudiera amedrentar a este país.

Las instrucciones dadas a este último por el dictador Piérola con fecha de enero de 1881, eran del carácter mas reservado; pero ellas cayeron en poder de los soldados de Chile, fueron publicadas, i nos permiten dar alguna luz sobre esta negociacion. Así, pues, comenzaremos por insertar íntegros sus principales artículos. Hélos aquí:

«1.^a Lo primero que se esforzará en conseguir es la alianza de la República Arjentina en la actual guerra que Bolivia i el Perú sostienen contra Chile.

«2.^a A este intento, ofrecerá a dicha república el decidido apoyo del Perú en las cuestiones de límites que aquella de-

1. Véase mas atras, part. II, cap. V.

bate con Chile, i aun jestionará cerca de Bolivia la cesion a la República Arjentina, por el lado del desierto de Atacama, de la parte del territorio que el jeneral Melgarejo cedió a Chile por el pacto de límites de 1866.

«3.^a Si la alianza pública sufriese objeciones de parte del gobierno arjentino, propondrá que se celebre en secreto, mientras se completan los preparativos bélicos que se están haciendo en aquella república i, si ni aun esto se aceptase, tratará de obtener al ménos la promesa formal de ajustar la referida alianza, una vez que los mencionados preparativos se hallen terminados.

«9.^a Encarecerá a nuestro representante en el Brasil, la necesidad de insistir, ahora mas que nunca, en el mantenimiento de la neutralidad del Imperio, aun en el caso de que la República Arjentina, tome parte por el Perú i Bolivia, en la actual contienda con Chile.

«El espíritu de las presentes instrucciones es que se adquiera, en la mayor medida posible la cooperacion política i social de la República Arjentina, sin omitir medio ni sacrificio alguno, con tal de que dicha cooperacion sea positiva i eficaz; i que se proceda en este gran asunto sin tregua i con cuanta rapidez lo consienta la misma naturaleza de las cosas.»

Llaman la atencion estas instrucciones tres hechos diferentes que vamos a indicar: 1.^o La ilusion de los mandatarios del Perú de creer que podian hacer servir a sus planes al gobierno del Brasil, al cual se le queria arrancar una declaracion de neutralidad que no tenia para qué hacer, i que en la forma en que se la pedian i en el momento en que debia darla, habria sido un estímulo para consolidar una nueva alianza contra Chile. El gobierno serio i discreto del Brasil se abstuvo hábilmente, como debia esperarse, de comprometerse en los planes i confabulaciones de la dictadura peruana. 2.^o El Perú no escarmentaba todavía de andar estipulando tratados secretos, a pesar de que la leccion que estaba recibiendo por haber celebrado el de 1873 debia haberlo correjido para siempre de esta peligrosa manía. 3.^o El territorio de que habla el artículo 2.^o lo poseia Chile no por cesion de Melgarejo ni de nadie,

sino por derecho propio, indisputable i reconocido en todo tiempo i por todos los tratados i por todos los jeógrafos. El Perú i Bolivia habian inventado esta forma de reivindicacion para justificar el proyecto que concibieron desde los primeros dias de la guerra, como ya hemos referido, de quitar a Chile tres grados de su territorio para dárselos a la República Arjentina en pago de la cooperacion que le pedian para la guerra en que se habian empeñado. Conviene advertir que este ofrecimiento de territorio era de tal manera quimérico que segun creemos, ni siquiera fué formalmente propuesto al gobierno arjentino, que en todo evento, aun cuando hubiere aceptado la alianza, lo habria mirado con desprecio.

Hasta ahora no se conocen todos los incidentes de esta negociacion de carácter profundamente reservado; pero desde que los archivos del ministerio de relaciones exteriores del Perú han caido en manos del ejército de Chile, no tardarán en aparecer las mas curiosas revelaciones. En el momento en que escribimos se sabe con toda certidumbre que el gobierno arjentino no quiso tomar parte en la alianza Perú-boliviana, i que se negó a representar la comedia de finjir que pensaba ponerse a la cabeza de un movimiento contra Chile; i se conocen las apreciaciones que esta conducta prescindente i honrada mereció a la diplomacia peruana. He aquí lo que a este respecto decia Gómez Sánchez a su gobierno en nota de 12 de noviembre de 1880:

«A medida que avanzo en el estudio de la política internacional arjentina, veo con mas i mas claridad, no solo que es egoista, sino, lo que es peor si cabe, que carece de plan, de prevision, de sagacidad i firmeza. Su egoismo está de manifiesto en la conducta que observó el gobierno Avellaneda con el Perú i Bolivia.

«No solo no dijo a Chile una sola palabra contra la conquista, las hostilidades ilícitas, las cruéldades i destrucciones imotivadas i bárbaras, pero ni siquiera encontró en mas de un año un medio de conciliacion que proponer a los belijerantes, i léjos de ello, concibió i acarició la idea de sacar partido de su exajerada neutralidad i de su silencio injustificable para

conseguir la solución ventajosa de las cuestiones de límites que tiene pendiente con nuestro enemigo.

«La falta de las condiciones que caracterizan una hábil política, se ha hecho patente en todo el curso de las negociaciones que su diplomacia ha sostenido con la de Chile a propósito de esas mismas cuestiones, durante la contienda del Pacífico.

«El gobierno arjentino pudo emplear el ardid de activar los tratados de alianza con el Perú i Bolivia, o el de hacer creer a Chile que iba a ponerse a la cabeza de un movimiento americano, i permaneció inactivo i sin dar síntomas de que se ocupaba de las cuestiones exteriores.

«Tuvo sobrado tiempo i oportunidad para explotar la situación de Chile o para llevarle la guerra por honrosa causa i con resultados seguros i gloriosos, i dejó pasar los días i despreció las ocasiones, i no solo el honor i la gloria, sino el provecho.

«En la imposibilidad, pues, de seguir negociando, me he limitado en los últimos días a insistir en que se aumenten las demostraciones bélicas que pudiera tomar Chile como síntomas de una próxima invasión del ejército arjentino, i a instar en que se activen los aprestos marítimos, pues he podido apercibirme de que el estado de la escuadra llamada a defender el Plata deja mucho que desear.

«Lo espuesto en este oficio, el conocimiento que voi adquiriendo de los hombres públicos mas eminentes, i aun la circunstancia de no estar terminados, pero ni siquiera bastantemente adelantados los armamentos, despues de tan largo período de preparativos, todo ello apoya los recelos i temores que abrigo de fracaso en mi delicada i trascendental misión».

En todo el curso de su nota, el ministro Gómez Sanchez califica de bisonños i egoistas a los estadistas arjentinos, sin pretender siquiera suavizar sus espresiones. El crimen de que los acusa es simplemente el de no prestarse a servir al Perú en la realización de sus planes, i el de no cometer una deslealtad internacional aprovechando la situación de Chile para arreglar sus cuestiones de límites.

Desilusionado en sus esperanzas de hacer entrar a la Re-

sino por derecho propio, indisputable i reconocido en todo tiempo i por todos los tratados i por todos los jeógrafos. El Perú i Bolivia habian inventado esta forma de reivindicacion para justificar el proyecto que concibieron desde los primeros dias de la guerra, como ya hemos referido, de quitar a Chile tres grados de su territorio para dárselos a la República Argentina en pago de la cooperacion que le pedian para la guerra en que se habian empeñado. Conviene advertir que este ofrecimiento de territorio era de tal manera quimérico que segun creemos, ni siquiera fué formalmente propuesto al gobierno arjentino, que en todo evento, aun cuando hubiere aceptado la alianza, lo habria mirado con desprecio.

Hasta ahora no se conocen todos los incidentes de esta negociacion de carácter profundamente reservado; pero desde que los archivos del ministerio de relaciones exteriores del Perú han caido en manos del ejército de Chile, no tardarán en aparecer las mas curiosas revelaciones. En el momento en que escribimos se sabe con toda certidumbre que el gobierno arjentino no quiso tomar parte en la alianza peru-boliviana, i que se negó a representar la comedia de finjir que pensaba ponerse a la cabeza de un movimiento contra Chile; i se conocen las apreciaciones que esta conducta prescindente i honrada mereció a la diplomacia peruana. He aquí lo que a este respecto decia Gómez Sánchez a su gobierno en nota de 12 de noviembre de 1880:

«A medida que avanzo en el estudio de la política internacional arjentina, veo con mas i mas claridad, no solo que es egoista, sino, lo que es peor si cabe, que carece de plan, de prevision, de sagacidad i firmeza. Su egoismo está de manifiesto en la conducta que observó el gobierno Avellaneda con el Perú i Bolivia.

«No solo no dijo a Chile una sola palabra contra la conquista, las hostilidades ilícitas, las cruéldades i destrucciones imotivadas i bárbaras, pero ni siquiera encontró en mas de un año un medio de conciliacion que proponer a los belijerantes, i léjos de ello, concibió i acarició la idea de sacar partido de su exajerada neutralidad i de su silencio injustificable para

conseguir la solución ventajosa de las cuestiones de límites que tiene pendiente con nuestro enemigo.

«La falta de las condiciones que caracterizan una hábil política, se ha hecho patente en todo el curso de las negociaciones que su diplomacia ha sostenido con la de Chile a propósito de esas mismas cuestiones, durante la contienda del Pacífico.

«El gobierno arjentino pudo emplear el ardid de activar los tratados de alianza con el Perú i Bolivia, o el de hacer creer a Chile que iba a ponerse a la cabeza de un movimiento americano, i permaneció inactivo i sin dar síntomas de que se ocupaba de las cuestiones exteriores.

«Tuvo sobrado tiempo i oportunidad para explotar la situación de Chile o para llevarle la guerra por honrosa causa i con resultados seguros i gloriosos, i dejó pasar los días i despreció las ocasiones, i no solo el honor i la gloria, sino el provecho.

«En la imposibilidad, pues, de seguir negociando, me he limitado en los últimos días a insistir en que se aumenten las demostraciones bélicas que pudiera tomar Chile como síntomas de una próxima invasión del ejército arjentino, i a instar en que se activen los aprestos marítimos, pues he podido apercibirme de que el estado de la escuadra llamada a defender el Plata deja mucho que desear.

«Lo espuesto en este oficio, el conocimiento que voi adquiriendo de los hombres públicos mas eminentes, i aun la circunstancia de no estar terminados, pero ni siquiera bastante adelantados los armamentos, despues de tan largo período de preparativos, todo ello apoya los recelos i temores que abrigo de fracaso en mi delicada i trascendental misión».

En todo el curso de su nota, el ministro Gómez Sanchez califica de bisonños i egoistas a los estadistas arjentinos, sin pretender siquiera suavizar sus espresiones. El crimen de que los acusa es simplemente el de no prestarse a servir al Perú en la realización de sus planes, i el de no cometer una deslealtad internacional aprovechando la situación de Chile para arreglar sus cuestiones de límites.

Desilusionado en sus esperanzas de hacer entrar a la Re-

pública Argentina en la coalición contra Chile, convencido de que el gobierno de este país no se prestaba siquiera a aparentar una actitud belicosa que no quería asumir, Gómez Sánchez se limitó a continuar en la misma línea de conducta que se había trazado su antecesor. Consistía ésta en hacer publicar en algunos diarios los artículos i las noticias que se escribían i arreglaban en la legación del Perú, para que el tono amenazador de esos escritos, ya que no la actitud del gobierno argentino, amedrentase a Chile. Pero, la publicación de esos artículos, tanto en ese país como en los otros en que había agentes del Perú, costaba tanto más caro cuanto más conminatorios eran; i llegó día en que faltó el dinero para mantener esta guerra. «Como el tiempo viene cada día más estrecho para nosotros, decía tristemente con este motivo Gómez Sánchez en una de sus notas, me desespera el no tener en mis manos los recursos de que he menester»².

2. Estas premiosas exigencias de dinero para subvencionar la prensa, para pagar banquetes i para otros objetos tan inútiles o superfluos como éstos, es el tema obligado de una gran parte de la correspondencia oficial que la legación peruana en Buenos Aires dirijía a su gobierno. Se nos permitirá transcribir un pasaje de otra nota de Gómez Sánchez en que recaba de su gobierno que se provea a la legación «de un fondo para gastos de imprenta» para cubrir los compromisos que tiene contraídos i para llevar al Brasil su propaganda contra Chile. Dice así:

«En esta capital, donde hai numerosos diarios, aunque algunos de ellos defiendan ya con entusiasmo nuestros intereses, hai otros, por cierto de mucha circulación i crédito, que los dañan con una propaganda tan perseverante contra la intervención de esta república en los asuntos del Pacífico, que se hace indispensable combatirlos, momento a momento, no solo en un diario enteramente nuestro, sino en otros que hasta hoy permanecen indiferentes o neutrales.

«Para que V. S. se penetre de mi situación a este respecto, debo agregar, que en muchas ocasiones no he podido conseguir que se publiquen aquí los escritos que para combatir aquella propaganda nociva se han redactado en la legación, teniendo que mandarlos a Montevideo, o que pasar por el sentimiento de que quedasen inéditos.

«Importaría mucho que en el Brasil, especialmente en Rio de Janeiro, se agitasela prensa, pues en su totalidad permanece muda respecto de nuestros asuntos. En aquel país tan importante, i en el cual busca éste ayuda en el presente i para las eventualidades del porvenir, la prensa, i consiguientemente la opinión ha manifestado ántes de ahora simpatías por Chile, i por tanto, interesa, hoy más que ántes, trabajar mucho para atraernos aquel

Hasta ahora no se conocen con certidumbre las exigencias que la diplomacia peruana llevó a otros pueblos americanos; i si desde entónces quiso tambien que otros gobiernos hicieran lo que pedia al gobierno arjentino, esto es la adhesion franca i resuelta a la alianza Perú-boliviana, o a lo ménos una manifestacion oficial de tal naturaleza que bastase para intimidar a Chile. Si estos fueron sus propósitos, los resultados de sus trabajos no correspondieron a sus deseos. En cambio, los ajentes del Perú consiguieron, mediante fuertes desembolsos de dinero, subvencionar muchos diarios en varias ciudades, publicar las noticias de triunfos que no habian existido jamas, i aparentar en casi toda la América una opinion decididamente hostil a Chile.

Pero el Perú, en los primeros meses de la guerra, llegó a lisonjearse con la esperanza de hallar aliados en Europa. A consecuencia de la guerra de 1865-1866, las cuatro repúblicas ribejanas del Pacífico del sur, se hallaban en estado de entredicho con la España. En 1871, los representantes de Bolivia, de Chile, del Ecuador i del Perú, celebraron en Wáshington con el representante de España un pacto de tregua indefinida. Las cuatro repúblicas americanas estaban acordes en creer que solo de comun acuerdo podian reanudar sus relaciones con España.

El Perú, sin embargo, creyó que el estado de guerra con

elemento, que nos daría el de la opinion; i, con el apoyo de ésta, la decidida cooperacion del gobierno imperial.

«Ruego pues a V. S. se digne tomar en consideracion este asunto, i remover los obstáculos con que en esta parte, tropieza mi mision.»

Los obstáculos con que tropezaba la mision de Gómez Sánchez, provienen, como lo dice en ésta i en otras notas, de la falta de fondos para subvencionar la prensa. Parece, sin embargo, que el gobierno del Perú, cuyos apuros financieros eran cada dia mayores, no se dió mucha prisa para remitir los fondos que se le pedian. Así se ve que en diciembre de 1880, Gómez Sánchez repetía que se hallaba acosado por el director de un periódico a quien se le tenia insoluta una deuda que databa de mediados de 1879.

No sabemos si la diplomacia peruana intentó efectivamente subvencionar algun diario en el Brasil para llevar adelante su propaganda contra Chile; pero si lo hizo, sus proposiciones fueron desatendidas. La prensa brasilera fué jeneralmente reservada en éstas materias i cuando llegó a espresar sus simpatías, éstas fueron siempre francas i esplicitas en favor de Chile.

de Madrid, en que esa declaracion estaba consignada con la mas resuelta franqueza. En cumplimiento de esta promesa, el gobierno español impidió poco mas tarde la salida de Barcelona de un buque cargado de armas para los enemigos de Chile. Las esperanzas que el Perú habia concebido en sus negociaciones con España, quedaron así frustradas.

Dolorosamente desengañado en sus esperanzas de hallar aliados en América o en Europa, el gobierno peruano tuvo que reconcentrar su accion a los únicos elementos que podian suministrar los dos paises que mantenian la guerra contra Chile. Pero el dictador del Perú creyó que era posible alarmar profundamente a su victorioso enemigo i despertar la admiracion de la América entera con una creacion altamente prestigiosa. Con este objeto, proclamó la Confederacion Perú-Boliviana, que segun los documentos públicos de esa época, estaba destinada a constituir el estado mas fuerte i poderoso del Pacífico.

Permítasenos, ántes de pasar adelante, abandonar por un momento nuestro plan de evitar en estas pájinas las digresiones de cualquiera naturaleza que puedan interrumpir la ilacion de la crónica de la guerra que contamos. Nos vemos obligados a agrupar aquí ciertos antecedentes que son indispensables para comprender bien los hechos que vamos a referir en este capítulo.

El territorio que en nuestro siglo ha constituido la república de Bolivia, formaba parte casi en su totalidad del virreinato de Buenos Aires al terminarse la dominacion española. Aunque era conocido con el nombre de Alto Perú, entre él i el Bajo Perú, a pesar de la antigua mancomunidad o aproximacion de las razas indíjenas, los quichuas i los aimaraes, no habia ningun vínculo de union. Léjos de contribuir a unificar a los dos pueblos, la guerra de la independencía vino a separarlos mas i mas. Los habitantes del Alto Perú lanzaron el grito revolucionario en 1809 i sostuvieron una lucha de quince años. Los del Bajo Perú, por el contrario, quedaron fieles por largo tiempo al rei de España, se enrolaron en los ejércitos que organizaba el virrei de Lima, e hicieron a sus vecinos

una guerra implacable que enjendró en ámbos pueblos una profunda i recíproca odiosidad.

Cuando el ejército colombiano consumó la independencia de estos países en la memorable jornada de Ayacucho, Bolívar tuvo el pensamiento de formar con ámbos un solo Estado. Los habitantes del Alto Perú, sin embargo, temiendo este resultado, se adelantaron al libertador, i frustraron sus planes con tanta decision como habilidad. Una asamblea nacional reunida en Chuquisaca, declaró por unanimidad la independencia i soberanía del Alto Perú bajo la forma republicana el 6 de agosto de 1825, i dió al nuevo Estado el nombre de Bolívar. El libertador no se dió por vencido con este respetuoso rechazo de sus planes. Se presentó en persona en el Alto Perú, recorrió algunas de sus provincias, fué recibido en todas partes con las demostraciones mas entusiastas de admiracion i de aplauso, pero le fué forzoso convencerse de que era imposible la union de los dos pueblos en un solo estado. Su espada victoriosa fijó los límites de las dos repúblicas, i les dió sus primeras instituciones republicanas.

Bolivia i el Perú siguieron cada una por su lado la vida tormentosa de casi todas las repúblicas hispano-americanas. Una serie no interrumpida de sangrientas revoluciones i de escandalosos motines de cuartel que derrocaron del poder a los mas ilustres de sus mandatarios, a Sucre en Bolivia i a La Mar en el Perú, iniciaron esa cadena de borrascosos desórdenes que aun no ha llegado a su término. Bolivia alcanzó ántes que su vecina un período de tranquilidad relativa bajo el gobierno del jeneral Santa Cruz que se empeñó en organizar una administracion estable, i que realizó en parte sus propósitos. Pero los motines i revueltas del Perú iban a despertar la ambicion de ese caudillo i a precipitarlo en una carrera de ruidosas aventuras en que debía encontrar la tumba de su poder i de su prestijio.

Llamado al Perú en 1835 por uno de los partidos políticos que se disputaban el mando de este pais, Santa Cruz se pone a la cabeza de su ejército, obtiene dos victorias decisivas que empaña con injustificables fusilamientos, i sobre los cadáve-

res de sus rivales funda la Confederación Perú-Boliviana (28 de octubre de 1836). La presidencia de ella quedó en manos de Santa Cruz con el título de protector.

Chile se llenó de emigrados peruanos. Antiguos presidentes de la república, ministros, jenerales i coroneles llegaban a pedir al gobierno chileno que los auxiliase para derrocar un poder que avasallaba i que ultrajaba al Perú. En esos momentos, la república chilena se ocupaba en afianzar la paz interior, en reformar sus instituciones, en abrir caminos i en crear escuelas; i por nada habria querido embarcarse en la empresa de una guerra exterior por el solo gusto de mezclarse en las cuestiones domésticas de sus vecinos i por complacer a los emigrados peruanos. Pero el protector de la Confederación Perú-Boliviana cometió la imprudencia de provocar a Chile. Sus medidas financieras tenian por principal objeto el hostilizar el comercio chileno. Pensando hacer el mismo juego que habia jugado con el Perú, pretendió fomentar revoluciones militares en esta otra República. Descubierta la trama, Chile salió de su calma habitual, armó tropas; i despues de una corta i brillante campaña, destruyó para siempre la Confederación Perú-Boliviana en los campos de Yungai, el 20 de enero de 1839.

El tiempo vino a demostrar en breve que Chile no habia hecho mas que anticipar uno o dos años una catástrofe fatalmente inevitable. «La Confederación, dice un distinguido historiador, no era mas que un edificio sin base, una bella decoración de teatro adaptada a un drama que debia terminar pronto, puesto que ni los pueblos, ni los hombres que figuraban en la escena, contaban con los antecedentes i elementos necesarios para dar consistencia i vida histórica a ese drama»⁴.

En efecto, en los momentos mismos en que Chile destruia el ejército de Santa Cruz, en el Perú i en Bolivia asomaba la revolución que habria puesto término a la confederación aun en el caso de una victoria sobre las armas chilenas. Cuarenta años trascurrieron sin que nadie, aun en la vorájjine revolu-

4. SOTOMAYOR VALDES, *Estudio histórico sobre Bolivia*, páj. 72.

cionaria en que se han ensayado tantas constituciones, pretendiera hacer revivir, i ni siquiera defender aquel régimen detestado. La Confederacion, que ni siquiera alcanzó a cimentarse medianamente, no habia dejado mas que recuerdos odiosos i sangrientos en el Perú i en Bolivia.

Las mutuás rivalidades de esos dos pueblos se reagvararon mucho mas despues de aquellos sucesos. En medio de las guerras civiles que ha sido la enfermedad crónica de ámbos, Bolivia i el Perú se dieron tiempo para tenderse mutuamente asechanzas i celadas, i para hacerse la guerra cada vez que han tenido pretextos o medios para ello, como sucedió dos años despues, en 1841, cuando el Perú sufrió una de las mas grandes derrotas que recuerde su historia; i como estuvo a punto de suceder en 1860, cuando ámbos pueblos se preparaban de nuevo para recomenzar la lucha i crearon un estado tirante de suspension de relaciones que duró tres largos años.

No se crea que esta actitud de resistencias i de odios recíprocos entre el Perú i Bolivia habia desaparecido con la celebracion del tratado secreto de 1873, que constituyó la alianza de ámbos pueblos contra Chile. Hubo un momento en 1878 en que la guerra pareció inevitable entre ellos. La mayor parte del comercio exterior de Bolivia se hacia por el puerto peruano de Arica. El gobierno del Perú percibia allí los derechos de aduana, i daba anualmente a su aliada una cantidad que ésta creia inferior a lo que a su juicio le correspondia. En el año que dejamos indicado, el gobierno del jeneral Daza entabló sobre este motivo tan premiosas reclamaciones para modificar aquel estado de cosas, que en uno i otro pais, se hablaba sériamente de un próximo rompimiento. El Perú, sin embargo, cedió a las exigencias de Bolivia, i se restablecieron las buenas relaciones. Ambos paises contrajeron entónces sus maquinaciones para dañar a Chile en virtud del pacto secreto de 1873.

Aun despues de perfeccionada la alianza con la declaracion de guerra a Chile, los gobiernos i los pueblos del Perú i de Bolivia, en medio de las manifestaciones de una finjida fraternidad, seguian detestándose tan cordialmente como ántes.

Relaciones recientes hechas por los mismos agentes que el presidente de Bolivia empleó en estas negociaciones, han probado hasta qué punto eran débiles los vínculos de union entre esos pueblos. En mayo de 1879, ese presidente, jeneral don Hilarion Daza, enviaba a Chile un agente confidencial que ofreciera a su nombre que Bolivia abandonaria a su aliado, i aun que volveria sus armas contra éste, si el gobierno chileno aceptaba el plan siguiente. Bolivia tomaria posesion definitiva de las provincias peruanas de Tacna i Arica. Chile conservaria como territorio suyo indisputable hasta el paralelo 23 de latitud sur. La escuadra peruana seria distribuida entre Chile i Bolivia, reservándose para ésta a lo ménos dos naves de guerra. Chile daria una cantidad de dinero, sin expresarse su monto, i sin indicarse si esa suma era para el tesoro boliviano, o un simple premio personal para el presidente Daza. El agente confidencial tenia el encargo de no dejar nada por escrito hasta que estuviesen convenidas i aprobadas todas las bases de la convencion. El gobierno de Chile cometió el grave error de entrar en tales negociaciones, que bajo todos aspectos eran perjudiciales para él.

Ocurria esto en el mes de junio de 1879. Daza, visto el estado de la guerra, i la ineficacia de la escuadra chilena para dar caza al *Huáscar*, creyó que Chile estaba definitivamente perdido i que iba a sucumbir en la lucha. Prefirió, entónces, romper las negociaciones, i comunicarlas al Perú presentándose ante este pais como su mas decidido amigo, que rechazaba indignado las proposiciones del enemigo ⁵. La diplomacia peruana no creyó talvez en la sinceridad de su aliado, pero se apresuró a dar una ostentosa publicidad a la negociacion, presentándola como una perfidia de Chile, i como un rechazo de sus pretensiones ejecutado por la lealtad caballeresca e incontrastable del presidente Daza. ...

5. Véanse sobre este particular las revelaciones i documentos publicados en Bolivia a principios de 1881 por don Gabriel René-Moreno. No teniendo a la vista el folleto que los contiene, he estado reducido a tomar estas noticias de los diarios de Chile que lo reprodujeron. Pueden hallarse en *El Ferrocarril* de Santiago, de 27 de febrero de 1881.

En el curso de la guerra, i a pesar de las manifestaciones ardorosas de la prensa i de algunos de los documentos oficiales de los dos pueblos, esos débiles vínculos de union se relajaron mucho mas. Peruanos i bolivianos se reprochaban recíprocamente todos los desastres que sufrían. En los partes de los jefes, estas inculpaciones estaban mas o ménos veladas, pero en los escritos de la prensa, la rivalidad i el odio se dejaban ver a cada paso; i en la correspondencia confidencial de los jenerales, de los prefectos i de los mas caracterizados personajes, se daba rienda suelta a estas pasiones ⁶.

6. La publicacion de los documentos tomados por los chilenos despues de sus victorias, ha de hacer las mas curiosas e importantes revelaciones. Creo que el documento que publicamos a continuacion dará bastante luz sobre el particular.

(RESERVADA)

Tarata, 29 de mayo de 1880.

«Señor don Nicolas de Piérola.

«Mi mui distinguido amigo:

«Oficialmente como prefecto doi al gobierno parte del desgraciado acontecimiento del 26. Como comandante de una division, lo he pasado al jeneral en jefe del ejército por el conducto regular, i lo mando para que sea publicado.

«Haré a usted en ésta mis especiales apreciaciones e indicaciones.

«El número de nuestras fuerzas efectivas que entraron en batalla, ha sido segun el parte del dia anterior, 5000 hombres, i el de los bolivianos no llegaba a 4000.

«Las fuerzas enemigas segun todos los datos recojidos de prisioneros i cálculos de los intelijentes, fluctuaba de 18 a 20,000 hombres. Así es que nos formaron con su primera línea un arco que excedía a nuestro frente. Solo éste entró en combate; i las masas de sus tropas, su numerosa artillería i sus formidables ametralladoras, nos destrozaron sin hacer uso de su reserva.

«El número, pues, ha sido la primera causa de nuestros contrastes. Pero no lo ha sido ménos la mala direccion dada por Campero, la falta de plan, o mas bien dicho, la no ejecucion del plan acordado anticipadamente.

«En el campo han peleado nuestras fuerzas con valor heroico; pero los cuerpos bolivianos se dispersaron ántes de los diez minutos, de una manera incontenible: yo los he hecho lancear i he tratado de contenerlos a riendazos i con revólver en mano; era imposible, nos hacían fuego. A un mayor boliviano llamado Marcial despues de abofetearlo, para hacerlo regresar al combate, se arrodilló suplicándome que no lo obligara, ni lo matara; le hice arran-

En los momentos en que estos odios eran mas profundos, en que en todo el Perú se acusaba a los bolivianos de ser los causantes del desastre de Tacna, i en que los mismos bolivianos se retiraban al otro lado de sus montañas para no volver a aparecer en la guerra, el dictador Piérola concibió el pensa-

car las presillas que conservo en mi poder i lo boté conteniendo a los que me rodeaban de que lo mataran.

«El estupendo número de jefes muertos i heridos i el de oficiales peruanos, con el de bolivianos que casi está reducido al jeneral Pérez muerto, i Camacho mui mal herido, es el mejor argumento.

«Pero hai algo mucho mas grave. Cuatro dias ántes del combate, practicó el enemigo un reconocimiento bastante atrevido i desde ese dia mandó el jeneral Campero llevar su equipaje i algunos víveres a Palca. El dia del combate, él i los suyos, la primera orden que dieron fué poner a salvo sus carpas i equipajes i hacerlos conducir en esa direccion. Terminado el combate, ha abandonado el campo ántes que yo i muchos otros; i cuando llegué a la poblacion, todo su empeño era salir en esa direccion. Designó primero el alto de Lima, luego Pocollay, cuando estuvieron allí, Pachía, i al llegar a este punto, me manifestó su resolucion de irse a Bolivia por Palca; entónces me separé de él i seguí mi camino, con la fuerza que llevaba, para Tarata.

«Dos jefes lo acompañaron: hoi han regresado de Palca i ámbos me afirman que cuando llegó Campero, lo esperaban sus mozos con un magnífico equipaje i buenas provisiones.

«Las tropas bolivianas han hecho un saqueo devastador por donde han pasado, se han llevado brigadas enteras, cargadas con cuanto encontraban, i hacian fuego a los que se defendian. La segunda edicion de San Francisco, correjida i aumentada.

«La opinion unánime en el ejército i la mia, i la de todos, es no volver a pelear mas juntos con los bolivianos.

«Esta causa i la falta de disposiciones militares, i la de recursos, que es absoluta, ha hecho que no se reuna el ejército derrotado, i dificulto todavía que no sea gran cosa.

«En cuanto a mí, yo estaré en el territorio de mi jurisdiccion hasta que me sea posible, i en último caso me retiraré por Púno.

«Se ha perdido la mayor parte del armamento, casi toda la artillería i municiones, i la desmoralizacion de la oficialidad i tropa es incalculable.

«Deseo que por allá las cosas marchen en otra forma i que sus resultados correspondan a los esfuerzos de usted.

«Mis recuerdos a la señora i niños, al doctor Paniso i demas amigos, i usted mande a su amigo.—*P. A. del Solar*».

El autor de esta carta es don Pedro Alejandrino del Solar, amigo de toda la confianza de Piérola. Era prefecto de Tacna el dia de la batalla de este nombre, i despues fué nombrado por Piérola prefecto de Arequipa, uno de los puestos mas importantes de la administracion, al mismo tiempo que jefe superior militar de los departamentos del sur del Perú.

miento de intimidar a Chile con la reconstrucción de la confederación Perú-boliviana.

Por sugerencias de Piérola, en Bolivia se había tratado esta cuestión en los consejos de gobierno, en los meses anteriores; pero parece que había hallado grandes resistencias entre muchos miembros influyentes de la asamblea nacional. Estas resistencias, sin embargo, no tenían grande importancia para el dictador peruano que no veía en su proyecto una obra realizable, sino simplemente un fantasma con que asustar al enemigo.

En efecto, en la primera semana de junio había llegado a Lima un nuevo ministro plenipotenciario de Bolivia muy aparente para prestarse a secundar los planes de Piérola. Era éste el doctor don Melchor Terrázas, el ministro de relaciones exteriores de Bolivia en 1873, en la época en que sin su conocimiento se firmaba en Lima el tratado secreto de alianza que ha traído tantos desastres para ambos países ⁷. Dados estos antecedentes, se comprenderá que no podía ser lenta la elaboración de las bases del proyecto. El 11 de junio todo estuvo arreglado, redactado i firmado.

Según este plan, Bolivia i el Perú pasarían a formar una sola nación denominada *Estados Unidos Perú-Bolivianos* ⁸. «Esta unión, dice el primer artículo del proyecto de constitución de la nueva Confederación, descansa sobre el derecho público de América, i es formada para afianzar la independencia i la inviolabilidad, la paz interior i la seguridad exterior de los estados comprendidos en ella, i para promover el desenvolvimiento i la prosperidad de éstos». Cada uno de los departamentos de Bolivia i del Perú pasaría a formar un estado federalizado, con un gobierno propio i con una legislatura especial. Pero, en este punto se suscitó una grave dificultad.

7. Véase sobre este punto más atrás, part. I, cap. I.

8. El plenipotenciario boliviano, dando cuenta a su gobierno de esta negociación, explica en estos términos el origen del nombre dado a la proyectada república: «Se ha adoptado la denominación de Estados Unidos Perú-Bolivianos para la nueva entidad mixta, desechando la de *Confederación*, marcada en nuestra historia *con ingratas reminiscencias*».

Los departamentos de Tacna i de Tarapacá estaban ocupados por los chilenos; i éstos no habian de cederlos graciosa-mente a la proyectada Confederacion. El jenio del dictador peruano, fecundo e inventivo para esta clase de aparatosas combinaciones, discurrió un arbitrio que los interventores en esta negociacion hallaron excelente, pero que en realidad era mui poco eficaz. «Los departamentos de Tacna i de Oruro, de Potosí i de Tarapacá, formarán los estados denominados *Tacna de Oruro* i *Potosí de Tarapacá*». De este modo se creia aminsonar la importancia de los triunfos de Chile i la ocupacion por sus armas victoriosas de una estensa porcion del territorio peruano. Chile, se decia, no ocupa mas que una parte de dos estados de los Estados Unidos Perú-Bolivianos. La constitucion, sin embargo, a pesar de la manera sencillísima que habia hallado de destruir todos los efectos i consecuencias de la guerra, olvidó decir a cual de los estados federales pertenecian los vastos territorios que Chile ocupaba en todo el desierto de Atacama.

Pero, fuera de esta notable omision, aquél código lo habia previsto todo, i aun habia fijado la forma, color i símbolos del escudo de armas i de la bandera de la nueva Confederacion. El presidente provisorio de ella seria el del Perú, es decir, Piérola; i el vice-presidente, el jefe que gobernaba a Bolivia, es decir, Campero. Tan seguro estaba el dictador peruano del éxito de esta combinacion, que en su proclama de 14 de junio, que hemos recordado mas atras, decia arrogantemente que él estaba sostenido por seis millones de hombres.

Arreglados estos detalles, el dictador convocó el consejo de estado el 16 de junio. Se presentó en persona en la sala de sesiones a darle cuenta de «un acontecimiento de la mayor trascendencia, decia un diario de Lima (*La Patria*), destinado a cambiar la faz de las cosas, i a establecer en la historia patria i de América una nueva i brillante éra». El discurso de Piérola, que abundaba en los mismos conceptos, es un manifiesto semi-personal, semi-político que no sabríamos como calificar equitativamente. Recordando su carrera de diez años de conspirador i de revolucionario, pide que no se le confunda

con «uno de tantos revoltosos de la América española», porque él está «desnudo de toda ambicion que no sea el renacimiento de su patria». «Yo no soi ni he sido, agrega, sino el instrumento de sus aspiraciones i el bien intencionado ejecutor de sus propósitos». En la parte política de su discurso, i en medio de frases de cuyo sentido no podemos darnos cuenta cabal, el dictador se felicita de los contrastes sufridos por los aliados en la guerra contra Chile, porque esos contrastes han dado nacimiento a los nuevos Estados Unidos. En seguida se pronuncia ardientemente por la forma de gobierno federal, como el único que ha dar buenos resultados en América i que puede asegurar la libertad con el progreso. Previendo, sin duda, la objecion que pudiera hacerse con el ejemplo de Chile, república unitaria que de la nada se habia levantado ántes que ninguna de sus hermanas para fundar una nacion floreciente i libre, sin revoluciones ni motines, agrega esta observacion: «La república central no puede ser sino el estadió necesario del réjimen monárquico a la vida nueva de las naciones».

Tres dias despues de esta ceremonia, el 19 de junio, tuvo lugar la solemne recepcion del plenipotenciario boliviano. «Chile sin haberlo previsto i a despecho suyo, dijo el doctor Terrázazas en su belicoso discurso, va a ser el providencial resorte del nacimiento i de la grandeza de los Estados Unidos del Pacífico, a la vez que fautor predestinado de su propia espacion». Chile segun ese diplomático, era el perturbador del continente, porque tan a pesar suyo se habia decidido a aceptar la guerra a que se le habia provocado por medio de alianzas secretas celebradas desde siete años atras; pero iba a recibir en breve un castigo tremendo e inexorable. El dictador, por su parte, le contestó anunciando los dias de efusion i de júbilo que se iban a seguir a los grandes triunfos que debian alcanzar mui pronto «bajo el estandarte victorioso de los Estados Unidos Perú-Boliviano».

Aunque este pensamiento habia nacido profundamente desprestijiado, todavía se volvió a hablar de él en algunos documentos oficiales. El presidente del consejo de Estado del

Perú, que lo era el arzobispo de Lima, habia anunciado al dictador que ese cuerpo se ocuparia de estudiar este asunto, deliberando «lo que sea conforme a las exigencias del patriotismo, a los intereses de la alianza i al triunfo de las armas nacionales». En efecto, el 8 de julio, tres de los consejeros de Estado presentaron a esta corporacion un estenso informe, lleno de referencias mas o ménos incongruentes a la historia antigua i moderna, i de alabanzas «a las luces i al patriotismo» de Piérola. Allí se declaran ardientes partidarios del sistema federal, opinan en favor de la confederacion, sin entrar, sin embargo, a examinar las bases del proyecto que habia sido sometido a su estudio. Finjiendo desconocer por completo la historia de esos paises, los consejeros de Estado de la dictadura llegaban a esta conclusion: «El Perú i Bolivia han sido una misma cosa: tienen que serlo en adelante sino caminan al suicidio, o cuando ménos a la lánguida postracion del egoismo».

Como en esa situacion no podia producirse en el Perú ningun documento público que no contuviese insultos a Chile, los consejeros de Estado pagaban allí mismo su tributo a esta moda. Chile, decian ellos, hace la guerra porque en su posicion solitaria i de tristísimo aislamiento, tiene envidia a los pueblos que como el Perú i Bolivia «lo aventajan en cuanto engrandecer puede a una nacion». Estos pensamientos, aunque mui del gusto del pueblo peruano, no dieron mas prestigio al proyecto de Confederacion. Se le siguió mirando como una simple arma de guerra; i poco tiempo despues nadie volvió a hablar de él.

En Bolivia revivieron los recuerdos del pasado, i en jeneral fué mal recibido el proyecto de confederacion. Oigamos lo que a este respecto dijo *La Patria* de La Paz en su número de 26 de julio:

«Creer, dice, que un protocolo de Confederacion, es bastante para unir dos naciones, es suponer que una tela de araña bien urdida tenga bastante consistencia para unir dos fogosos corceles. La uníon de dos pueblos ya constituidos independientemente, para formar una sola nacion, no está librada a la di-

plomacia que forma pactos mas o ménos atinados entre las cuatro paredes de un gabinete. Así como la felicidad de dos pueblos no se decreta en sus códigos, su union no se realiza por simples pactos firmados por los poderes que los rijen». I mas adelante agregaba todavía: «La comunidad de oríjen i tradiciones del Perú i Bolivia i las condiciones topográficas de ámbos territorios, no son bases seguras para levantar sobre ellas una colosal República de las dos,—tanto mas si no se deja de ver que, al traves de esas tradiciones de unidad i de oríjen, corren torrentes de amargura de una i otra parte, i que sobre ese territorio silba un viento que quiera el cielo, no sea el precursor de siniestras tempestades. Para salvar el porvenir de las dos repúblicas por medio de la Confederacion Perú-Boliviana, preciso es corrèjir de antemano los vicios de ámbas, destruir los elementos disolventes que las corroen, i prepararlas por medio de la educacion, a su futuro enlace. Para hacerse jigantes, no basta empinarse sobre la punta de los piés. Para formar una colosal República, no basta recostar en el lecho comun de un «protocolo» de Confederacion a dos naciones enfermas».

Estas sencillas i naturales observaciones que podia hacerse todo el mundo, fomentaban la resistencia jeneral que habia inspirado aquel proyecto. Sin embargo, se habia organizado una asociacion patriótica que tenia por presidente al doctor don Ladislao Cabrera, el mismo que habia mandado las fuerzas bolivianas en el combate de Calama (marzo de 1879), i ella pretendia dar prestigio a la Confederacion en odio a Chile, creyendo que ese quimérico pensamiento iba a dar a la alianza perú-boliviana un poder maravilloso. En la convencion nacional, no se abrigaba la misma confianza, i aun existian tenaces resistencias a que se avanzase mas en esta idea que a ser realizable, habria sido funesta para Bolivia, a juicio de muchos de sus hombres públicos. Pero no era posible desairar en aquellas circunstancias al Perú, i se prefirió adoptar otro camino. Con fecha de 13 de julio, una comision de la asamblea propuso la aprobacion jeneral del proyecto, sin pronunciarse por los detalles de organizacion, i pidió que en seguida se sometiera a la decision de los ciudadanos inscritos en los rejis-

tros cívicos, si aceptaban o no la union federal de los estados Perú-bolivianos. La convencion, se decia, vendrá mas tarde a discutir las bases orgánicas consideradas en los protocolos.

Sin embargo, el proyecto en que habia puesto tantas esperanzas el dictador del Perú, estaba tan desprestijiado que ni aun bajo esta forma mereció ser aprobado. Algunos meses mas tarde nadie hablaba en Bolivia de la anunciada Confederacion; i la conducta observada por esta república en la última parte de la guerra, curó por completo de sus ilusiones a los pocos hombres que en el Perú esperaban algo de este proyecto.

La Confederacion Perú-Boliviana de 1836, hemos dicho mas atras, fué la decoracion pintada para un drama sangriento que se desenlazó de una manera que no esperaban sus autores i protagonistas. El proyecto de Confederacion de 1880 fué una pobre comedia que ni siquiera alcanzó a representarse. Ella tenia por objeto intimidar a Chile; i Chile la recibió con una sonrisa del mas desdeñoso desprecio. «¿Qué valor, ni qué significacion puede tener para Chile, decia un diario de Santiago, ni para el desarrollo de las operaciones de la guerra, un intento de Confederacion que, léjos de dar fuerza i prestigio a nuestros enemigos, seria solo una prueba mas de la postracion moral de Bolivia i de la insensatez incurable del Perú?» I en efecto ¿qué fuerza nueva podia llevar a la alianza Perú-boliviana la proyectada confederacion?

En Chile no volvió a preocuparse nadie de ella; i la historia por su parte, no tendria para qué mencionarla, puesto que no dejó rastro ni huella en la marcha posterior de los sucesos, sino fuera porque meses mas tarde la diplomacia chilena recordó este proyecto en la primera ocasion en que tuvo que proponer algunas bases para llegar al desenlace de la guerra.





CAPITULO III

Bloqueo del Callao: combate delante de esta plaza abril a setiembre de 1880

Las fortificaciones del Callao.—La escuadra chilena establece el bloqueo del puerto.—Primer combate contra las fortalezas de tierra (22 de abril).—Segundo combate (10 de mayo).—Bloqueo de los puertos vecinos.—Combate de lanchas cañoneras (25 de mayo).—Conducta tranquila del almirante chileno en estos combates.—Suspende los ataques a la plaza.—Un torpedo peruano echa a pique al crucero *Loa*.—Llegan al Callao los heridos peruanos de Arica.—Tercer combate contra las fortalezas (fines de agosto i principios de setiembre).—Naufragio de la cañonera *Covadonga* causado por un torpedo peruano (13 de setiembre).—Los peruanos intentan un desembarco nocturno en la isla de San Lorenzo i son rechazados (16 de setiembre).—Nuevo combate de las lanchas cañoneras (17 de setiembre).—Bombardeo de los puertos vecinos al Callao (22 de setiembre).—El gobierno i la prensa de Lima cantan victoria despues de cada uno de estos combates, i anuncian el aniquilamiento i la ruina de Chile.

Durante los primeros meses que se siguieron a los triunfos de los chilenos, las operaciones de la guerra estuvieron casi esclusivamente limitadas al bloqueo del Callao. Como hemos referido en otra parte ¹, este puerto estaba cerrado por las naves chilenas desde el mes de abril; i este bloqueo fué mas

1. Véase mas atras, part. II, cap. X.

tarde el origen de una serie de peripecias mas o menos importantes, que nos proponemos referir en este capítulo.

El puerto del Callao, con una poblacion de 35 a 40 mil habitantes, es como se sabe, la plaza marítima mas importante del Perú bajo el punto de vista comercial. Como puerto de guerra, era indudablemente el primero del Pacífico. Cerrado por la pequeña isla de San Lorenzo, la naturaleza habia favorecido estraordinariamente el trabajo de los hombres para convertirlo en una poderosa plaza militar, i bajo este respecto ha sido justamente famoso en toda la historia de las guerras civiles i exteriores de ese pais. Los reyes de España lo habian fortificado lujosamente con castillos formidables, con numerosa artillería, con almacenes i casas-matas que lo hacian intomable a viva fuerza, ya fuera por mar, ya por tierra. La república destruyó algunas de esas fortificaciones, que habian llegado a ser inútiles por los progresos alcanzados en la construccion de las modernas armas de ataque, i las habia reemplazado por nuevas baterías provistas de artillería moderna i de almacenes de municiones ricamente dotados. Las fortalezas del Callao costaron a los reyes de España incalculables tesoros durante los tres siglos de la dominacion colonial; la república habia gastado quizá mayores sumas para adaptarlas a las necesidades de la guerra de nuestros tiempos.

Al declararse la guerra entre Chile i las repúblicas aliadas del Perú i de Bolivia, el Callao era ya una plaza militar de primer órden. Ademas de las baterías, se habia construido alli por una compañía industrial, i para servir a los intereses del comercio, una costosísima obra que debia ser fácilmente aprovechada para la defensa del puerto. Era ésta una magnífica dársena de la mas grande solidez, i capaz de contener cómodamente hasta veinticinco naves, i por lo tanto mui apta para abrigar todas las embarcaciones de guerra que formaban la escuadra del Perú ². Desde los primeros rumores de rompimiento, en febrero de 1879, el gobierno peruano habia au-

2. La dársena del Callao tiene la forma rectangular, i mide 250 metros de largo por 200 de ancho.

mentado las defensas del puerto, i habia engrosado su armamento con las remesas considerables que recibia del extranjero por la via de Panamá ³. En abril de 1880, el Callao estaba en situacion de rechazar a una escuadra cuatro veces mas poderosa que la chilena ⁴.

Resuelto por el gobierno de Chile el bloqueo de aquella formidable plaza militar, el 6 de abril zarpó del puerto de Ilo

3. Mas atras (Part. II, cap. V) dijimos que segun la prensa de Bogotá, el gobernador del estado federal de Panamá habia sido comprado por el gobierno peruano para que permitiera pasar sus armamentos por la rejion del istmo con abierta violacion de la neutralidad. Mas tarde se han hallado en los archivos de Lima los documentos irrefutables que prueban este cohecho. El presidente del estado federal de Panamá, Casorla, recibió varias cantidades de dinero del gobierno peruano en recompensa «de los importantes servicios que ha prestado al Perú», dicen los decretos de pago a que aludimos. I no fué éste el único funcionario extranjero que se vendió al Perú.

Los documentos de los archivos de Lima han demostrado este otro hecho que prueba el espíritu desmoralizador que desde años atras ha dominado en la administracion pública del Perú. La compañía inglesa de vapores del Pacifico habia declarado su neutralidad, negándose resueltamente a conducir armas o artículos de guerra para cualquiera de los beligerantes. El gobierno cohechó a algunos de los capitanes de esos vapores, i éste se prestaba a servir al gobierno del Perú en estas dilijencias, desobedeciendo las órdenes de los directores i administradores de la compañía.

4. Segun los informes seguros que tenia el gobierno de Chile al disponer el bloqueo del Callao, esta plaza estaba defendida de la manera siguiente:

- 1.º *La Punta*, batería de barbata, 2 cañones Delgren de a 1,000.
- 2.º *Maipú*, fuerte armado con seis cañones Armstrong de ánima lisa de a 32.
- 3.º *Merced*, torre blindada jiratoria, dos cañones Armstrong rayados de a 300.
- 4.º *Zepita*, fuerte armado con seis cañones Armstrong de ánima lisa de a 32.
- 5.º *Santa Rosa*, batería con dos cañones Blakeley de a 500.
- 6.º *Provisional*, fuerte armado con diez cañones Armstrong, de ánima lisa de a 32.
- 7.º *Abtao*, fuerte armado con ocho cañones de ánima lisa de a 32.
- 8.º *Manco Capac*, torreón armado con cuatro cañones Vavasseur de a 300.
- 9.º *Independencia*, torre armada con dos cañones Blakeley de a 500.
10. *Independencia*, fuerte con tres cañones Blakeley de a 500.
11. *Ayacucho*, batería, con dos cañones Blakeley de a 500.
12. *Pichincha*, fuerte, con cuatro cañones Blakeley de a 500.
13. *Junin*, torre blindada, con dos cañones Armstrong de a 300.

Cuando la escuadra chilena llegó al frente del Callao, encontró, en efecto, todas estas fortificaciones que estaban marcadas en sus planos, i ademas

el contra-almirante Riveros con una division naval compuesta de el buque acorazado *Blanco Encalada*, el monitor *Huáscar*, la corbeta *O'Higgins*, los cruceros *Loa* i *Angamos*, dos lanchas porta-torpedos, la *Janequeo* i la *Guacolda* (nombre de dos lejidarias heroinas araucanas), i un trasporte carbonero. En la tarde del 9 de abril se hallaba en frente del Callao, i allí dispuso que en la noche entraran al puerto las dos lanchas, i que fuesen a aplicar sus terribles máquinas de guerra a las naves peruanas que permanecian ancladas dentro de la bahía, i bastante cerca de tierra. Esta operacion fué ejecutada con toda audacia por el teniente don Luis A. Goñi, comandante de la *Guacolda*, que penetró al puerto en medio de las tinieblas de la noche, recorrió el fondeadero para buscar las naves enemigas en medio de los buques neutrales i mercantes que allí habia, i al fin llegó delante de la corbeta *Union*, en los momentos en que se daba en tierra la alarma de la presencia del enemigo, comunicada por unos pescadores. La lancha chilena aplicó el torpedo: éste hizo una terrible explosion; pero la corbeta peruana estaba defendida detras de una espesa palizada, i el golpe se malogró. Los buques peruanos hicieron un nutrido fuego sobre la *Guacolda*, pero ésta se retiró sin haber recibido la menor lesion.

El bloqueo del puerto fué establecido en la mañana siguiente (10 de abril) con las formalidades de estilo, i dando a los buques neutrales el plazo conveniente para que dejaran la bahía, plazo que fué jenerosamente prorrogado por algunos dias mas, a peticion del cuerpo consular estanjero. Las familias acomodadas del Callao, temiendo un próximo bombardeo, abandonaron tambien sus casas i se retiraron a la vecina ciudad de Lima. El terror se habia esparcido por todas partes; i

otra batería nueva de reciente construccion. Durante el bloqueo aumentaron todavia los peruanos las defensas de la plaza.

Ademas de estas baterías i fortificaciones, el Callao tenia otras defensas que aumentaban estraordinariamente su poder. Dentro del puerto estaban los buques de guerra que formaban los últimos restos de su escuadra, tres de los cuales, la *Union*, el *Oroya* i el *Rimac* estaban en condiciones de intentar una sorpresa, i otro, el monitor *Atahualpa*, aunque casi inútil para la marcha, era una poderosa batería flotante armada de dos cañones de a 500.

sin embargo, la prensa de Lima redoblando sus insultos a Chile i los chilenos, anunciaba que el bloqueo del Callao iba a ser la tumba del poder i del orgullo de éstos. En los primeros dias, las naves bloqueadoras apresaron algunas embarcaciones que quisieron entrar al puerto, i cuyos papeles no estaban en regla.

Los buques chilenos que estaban enfrente del Callao tenian el encargo de no empeñar un combate formal contra los fuertes de tierra. Se sabia perfectamente que una lucha en esas condiciones, debia serles funesta, o costarles a lo ménos la pérdida de una o dos naves sin conseguir una ventaja apreciable sobre las numerosas i bien artilladas baterías del puerto. El contra-almirante chileno debia encerrar al enemigo, cortarle toda comunicacion por mar, i hostigarlo con frecuentes ataques en que habia de usar sobre todo los pocos cañones de largo tiro que cargaba algunas de sus naves. En cumplimiento de este plan, Riveros colocó su escuadrilla fuera del alcance de los fuertes, i esperó doce dias ántes de acometer cosa alguna.

Por fin, el 22 de abril, habiendo espirado el segundo plazo concedido a los neutrales, i despejada la bahía de buques mercantes, el contra-almirante Riveros dispuso el reconocimiento de los fuertes enemigos i de su artillería. Tres de sus buques, armados de cañones de doble recámara, se avanzaron al puerto i rompieron los fuegos sobre las naves peruanas que habian sido colocadas dentro de la dársena. El cañoneo, contestado inmediatamente por los fuertes de tierra, se sostuvo durante tres horas; pero los fuegos de éstos quedaban cortos, de tal suerte que solo una bomba llegó cerca del *Huáscar*, que se habia adelantado mas que los otros buques chilenos. Así, miéntras éstos se retiraban sin haber sufrido daño alguno, su poderosa artillería habia causado diversas averías a las naves peruanas i la pérdida de catorce hombres.

La escuadra bloqueadora estaba espuesta a los torpedos que podia dirijírseles de tierra. Los peruanos tenian en el Callao excelentes lanchas de vapor. Las noches siempre sombrías i nebulosas durante las altas horas en aquellos mares, se pres-

taban admirablemente para intentar una empresa de esta clase, que solo exijia un momento de audacia. Los directores de la guerra, sin embargo, prefirieron otro espediente que no ofrecia el menor peligro. Construyeron torpedos flotantes, en forma de boyas, i los lanzaron al mar sin cuidarse de si podian estallar cerca de los buques de guerra neutrales que permanecian en el puerto. El 5 de mayo, uno de los cruceros chilenos distinguió dos de esos torpedos; i con no poco peligro, logró destruirlos sin recibir ningun daño.

Esta estratajema, aunque frustrada, provocó un nuevo ataque a la plaza, que tuvo lugar el 10 de mayo. Los buques chilenos rompieron sus fuegos sobre las baterías de tierra i sobre las naves enemigas que permanecian dentro de la dársena, i sostuvieron durante algunas horas un vivo cañoneo. El *Huáscar*, bajo las órdenes del osado comandante Condell, se acercó mas que otro alguno de los buques chilenos a las baterías enemigas, i recibió una bala bajo la línea de flotacion sin sufrir pérdida alguna de vidas. Los buques se retiraron a su apostadero sin tener otras averías. En tierra, los estragos fueron mas formidables, i causaron la muerte o las heridas de algunas personas, soldados, bomberos i paisanos.

El siguiente dia 11 de mayo, la escuadra bloqueadora que se habia engrosado con otras naves, estendió el bloqueo a los otros puertos vecinos al Callao. La corbeta *O'Higgins*, que quedó en Ancon, impidió con sus cañones, despues de algunos dias, que funcionase el ferrocarril que corre por la playa entre ese puerto i Lima. Las comunicaciones de la capital del Perú con las provincias del norte i del sur, i aun con el extranjero, se hicieron desde entónces mucho mas difíciles, por las condiciones de los ásperos i penosos caminos de tierra.

Antes de mucho tiempo se renovaron los combates en la bahía del Callao. El 25 de mayo, notando los chilenos que se movia en actitud hostil una lancha a vapor de los enemigos, despacharon contra ella dos de sus embarcaciones menores, i le aplicaron un torpedo que la destrozó i echó a pique con pérdida de echo marineros. Los chilenos, por su parte, perdieron tambien una de sus lanchas en ese encuentro, i tuvie-

ron un hombre muerto; pero volvieron a reunirse a la escuadra llevando consigo siete prisioneros, uno de los cuales era el oficial que mandaba la embarcacion peruana. Estando éste herido, el jefe enemigo tuvo la jenerosidad de mandarlo a tierra para que fuera asistido por su familia.

Por un momento, los marinos peruanos se lisonjearon con la esperanza de salvar la lancha chilena que se habia ido a pique en este combate. Durante catorce dias trabajaron sus buzos en ponerla a flote; i cuando creian haber conseguido el resultado de sus afanes, i cuando la tenian amarrada a una boya para concluir de suspenderla al dia siguiente, los chilenos, entrando al interior de la bahía en la noche del 7 de junio, acabaron de destrozarla para que no cayera en manos del enemigo.

Estos frecuentes ataques interrumpian la monotonía del bloqueo, pero no podian tener un resultado medianamente decisivo desde que la escuadra chilena no pensaba en proteger un desembarco, ni siquiera en empeñar un combate formal con las fortificaciones de la plaza, que como hemos dicho, estaban preparadas para resistir con buen éxito a fuerzas cuatro veces mas considerables. Ellas no dieron otro fruto que causar algunos daños en tierra i echar a pique tres pontones que tenian los peruanos cargados de carbon, i que mantener a la guarnicion del Callao en la mas constante alarma. La escuadra chilena, como hemos visto, no sufrió en todos ellos mas que averías insignificantes i la muerte de un solo hombre.

Sin embargo, cada uno de estos combates era seguido de una nueva recrudescencia de los insultos i provocaciones de la prensa de Lima. Se forjaban las historias mas estraordinarias de los destrozos que habian sufrido los buques chilenos. I esas noticias eran tanto mas singulares cuanto que en los mismos escritos se decia que los enemigos del Perú, abusando del alcance prodijioso de algunos de sus cañones, se mantenian cobardemente fuera del alcance de la artillería de tierra, bien seguros de que no se les podia ofender. En efecto, los cañones de doble recámara que poseian los chilenos, les per-

mitian alcanzar con sus bombas a las fortalezas del Callao, sin que los de éstas llegaran hasta ellos. Pero esta superioridad del material de guerra de sus enemigos, enfurecía de tal suerte a los escritores peruanos que cada artículo de sus diarios era la mas insultante provocacion ⁵.

El contra-almirante Riveros, que en otros lances de esta misma guerra habia probado que no economizaba su persona cuando era necesario un golpe de audacia, no perdió un momento su sangre fría. Su mision en esos momentos, no era esponer sus buques en un combate que necesariamente debia serle desastroso, sino estrechar al enemigo, cansarlo, fatigarlo i preparar así las futuras operaciones de la campaña, bajo el plan de atacar al Callao cuando llegase el caso por las fuerzas combinadas de mar i tierra. Un gran combate contra las fortificaciones de ese puerto, habria sido una temeridad del todo innecesaria, en que los chilenos llevaban noventa i cinco probabilidades sobre ciento de ser completamente destrozados; i no puede empeñarse la lucha en esas condiciones sino cuando no queda otro recurso que pelear o dejarse matar, i no cuando no hai necesidad alguna de combatir i se obedece a grandes combinaciones que en poco tiempo mas han de llevar a una victoria segura. El contra-almirante chileno sabia perfectamente que la pérdida de una sola de sus naves de algun poder, comprometia sériamente las operaciones posteriores de la campaña. Por eso, contra las provocaciones de la prensa enemiga, i contra la impaciencia de los diarios chilenos, no abandonó un instante su calma serena, guardándose para hacer sentir el arrojio de sus marinos cuando éste fuera necesario.

Todo el mes siguiente (junio) se pasó sin que se renovaran los combates en la bahía del Callao. Los marinos chilenos,

5. Las provocaciones i los insultos de la prensa de Lima habian adquirido de tiempo atras una justa celebridad en toda la América i aun en Europa. El *Daily Telegraph* de Lóndres, en su número de 8 de julio de 1879 publicaba una correspondencia de Lima en que hallamos estas palabras: «La prensa de Lima es incorrejible. Nos ha brindado el repugnante espectáculo de la ignorancia i torpeza que caracteriza a estos diarios. Tratando de amènguar las dotes verdaderas de sus enemigos, los insulta con el lenguaje mas descomedido i a cada paso los llama cobardes».

despues de los grandes triunfos de su ejército de tierra en Tacna i en Arica, habian querido conceder al Perú algunos dias de tregua a fin de que ellos le diesen la tranquilidad necesaria para apreciar su verdadera situacion, i lo indujesen a tomar un camino mas cuerdo que la insensata prolongacion de la guerra que ya le costaba tantos i tan inútiles sacrificios. «La faz tranquila que ha tomado el bloqueo, no ofrece material de ningun jénero que haga interesantes las cartas que de aquí dirijo al *Nacional*», escribia a Lima el corresponsal de ese diario con fecha de 1.º de junio. Pero en esos momentos, el gobierno del Perú preparaba contra los buques chilenos una de esas celadas que tienen la ventaja de no esponer a peligro alguno al que las tiende. •

En la tarde del dia 3 de julio, el crucero chileno *Loa* estaba de servicio i voltejeaba en la bahía del Callao. Habiendo divisado cerca de la costa una lancha a la vela, se adelantó a ese lugar i despachó un bote a reconocerla. La lancha estaba fondeada, con sus velas izadas, cargada de comestibles i sin un solo tripulante. Esta circunstancia infundió a algunos de los oficiales chilenos la sospecha de que aquella fuese una acechanza. El comandante del *Loa*, sin embargo, mandó atracar la lancha al costado de su buque i dió orden de que la descargaran. Cuando se terminaba esta operacion, se hizo oír una terrible esplosion, i el *Loa* cuyo costado habia sido abierto, comenzó a hundirse inmediatamente, i acabó de sepultarse en el mar al cabo de cinco minutos. Fácil es suponer la confusion de sus tripulantes en esos momentos: muchos de ellos, sin embargo, consiguieron mantenerse sobre las aguas i dar tiempo a que se les socorriese. El contra-almirante Riveros, cuyos buques estaban bastante léjos del lugar del desastre, envió inmediatamente sus lanchas a socorrer a los náufragos; pero los marinos neutrales, ingleses, franceses e italianos, que estaban fondeados mucho mas cerca, acudieron prontamente i pudieron salvar de la muerte a cincuenta i cinco personas entre oficiales, marineros i soldados. El comandante del buque, tres guardia marinas, dos injenieros i cerca de cien marineros, perecieron en el naufragio.

El *Loa* era un excelente buque mercante que el gobierno de Chile habia tomado en arriendo i armado provisoriamente para hacerlo servir de crucero con oficiales i marineros de la marina nacional. La pérdida del buque, que fué necesario pagar, i mas que todo la de los tripulantes, causaron una profunda impresion en la escuadra, i la llenaron de dolor durante algunos dias. El contra-almirante chileno, puso luego en accion a sus buzos i trabajadores, i consiguió sacar del fondo del mar los cañones, una parte de la carga, i muchos objetos importantes del buque perdido.

La catástrofe del *Loa*, en cambio, fué durante dos dias objeto de las burlas en prosa i verso de algunos de los diarios de Lima; pero el 5 de julió un suceso de diverso carácter vino a llamar preferentemente su atencion.

Hemos contado mas atras que despues de las victorias de Tacna i de Arica, el jeneral en jefe del ejército chileno habia enviado al Callao uno de sus buques con un número considerable de heridos peruanos para que fueran atendidos por sus familias. El arzobispo de Lima, presidente de las ambulancias de la Cruz Roja en el Perú, solicitó del contra-almirante Riveros que se permitiera salir del puerto al transporte *Limeña* para ir a traer los heridos que quedaban, i los cadáveres de los jefes que habian muerto en la defensa de esa plaza. El permiso fué concedido inmediatamente. El 5 de julio volvia al Callao el transporte peruano despues de haber desempeñado su comision. En Mollendo habia dejado algunos heridos i varias familias que deseaban trasladarse a Arequipa, i llegaba al Callao con 140 enfermos i con los cadáveres de Bolognesi, de Moore i de otros oficiales. El desembarco de los heridos, i los honores fúnebres tributados a los muertos, preocuparon por algunos dias a las poblaciones de Lima i el Callao, i distrajeron por un momento la atencion de los diarios de la propaganda de insultos contra Chile. Mas aun: *El Nacional* de Lima llegó a publicar estas palabras: «El jefe chileno de Arica comandante Valdivieso, ordenó que se hiciesen los honores debidos a los restos de nuestros héroes. Ademas proporcionó todas las facilidades para el embarque de los heridos, acom-

pañándolos en persona a bordo, i enviando dos reses para que pudiesen disfrutar de carne fresca durante el viaje. Lo valiente no quita lo cortes. La hidalguía aun entre enemigos siempre será respetada i ennoblece a aquellos que la poseen».

Estos aplausos a la jenerosidad de los vencedores, los primeros i quizá los únicos que hemos hallado en la prensa del Perú, no fueron de larga duracion. Pocos dias despues, los diarios peruanos renovaban la guerra de denuestos i de provocaciones que mantenian desde dieciocho meses atras; i ántes de dos meses la lucha sangrienta i destructora habia recomenzado. Las operaciones bélicas enfrente del Callao, suspendidas intencionalmente por la escuadra chilena durante cerca de tres meses, aun despues de ser nuevamente provocada por los peruanos con la celada que produjo la pérdida del *Loa*, volvieron a renovarse desde que Chile se convenció de que su enemigo no creia llegada la hora de la cordura.

En efecto, en los dias 30 i 31 de agosto, 1 i 3 de setiembre, el crucero chileno *Angamos*, armado de un cañon de largo alcance, lanzó con calculados intervalos sobre la dársena i las baterías de la plaza, hasta noventa bombas que destruyeron un ponton, que causaron algunos daños i que mantuvieron a la guarnicion i a los habitantes del Callao en la mayor zozobra. Los fuertes de tierra no podian contestar los fuegos del crucero chileno; pero el último dia de bombardeo, los marinos de la plaza hicieron salir en contra de aquél, las lanchas cañoneras que tenian a su disposicion. Uno de los buques bloqueadores, la corbeta *O'Higgins*, se puso en movimiento sobre ellas, i las obligó a volver a guarecerse bajo el fuego de los fuertes.

Miéntas tanto, la escuadra chilena mantenía rigurosamente bloqueados los puertos vecinos al Callao. La cañonera *Covadonga*, que cerraba el de Chancaí, situado un poco mas al norte, divisó en la tarde del 13 de setiembre una lancha i un bote que estaban cerca de tierra. La lancha fué echada a pique de un cañonazo; i el bote, que estaba abandonado, fué conducido al lado de la *Covadonga*. El comandante de este buque, dió la órden de izarlo; pero en el momento de ejecutar

esta operacion, estalló un torpedo de dinamita. La cañonera chilena, cuyo costado habia sido abierto, comenzó a sumerjirse en el acto dando apénas tiempo a veintinueve de sus tripulantes para tomar uno de los botes del buque. Remando activamente con rumbo al sur, a pesar de los fuegos de rifle que se les dirijian de tierra, llegaron felizmente a Ancon, donde los tomó a su bordo la cañonera *Pilcomayo* que bloqueaba este puerto. Veinte de los náufragos, i entre ellos el comandante de la *Covadonga*, perecieron ahogados ó muertos por la fusilería peruana, i los restantes, en número de 43, alcanzaron a llegar a tierra i fueron tomados prisioneros.

La pérdida de la *Covadonga* tenia poca importancia en sí misma. Era un buque viejo i pequeño, pero mui apreciado en Chile por los gloriosos recuerdos que simbolizaba. El 21 de mayo de 1879 habia sostenido combate con la fragata encorazada *Independencia*, arrastrando a ésta a los escollos en que se destrozó. La muerte de una parte de la tripulacion de la *Covadonga*, llevó nuevamente el duelo a las naves bloqueadoras. Los buzos de la escuadra, apoyados por la cañonera *Pilcomayo* que puso en fuga a las tropas de tierra que quisieron impedir esta operacion, estrajeron del fondo del mar en los dias subsiguientes los cañones, los rifles i los sables de la nave perdida.

Este trájico accidente fué celebrado en Lima i en el Callao como una victoria. «Comienza a volverse la oracion por pasiva, exclamaba *El Nacional* el 15 de setiembre. El carro triunfal de Chile se detiene. ¡A las armas, pues, ciudadanos! ¡A las armas! La *Covadonga* está sepultada para siempre. Con ella comenzaron los triunfos pasajeros de Chile: con ella va a dar principio la gloriosa campaña que pondrá término a tantos crímenes, tanta farsa i tanta bambolla de heroismo falsificado»⁶.

6. En esos mismos dias la prensa de Lima publicaba la noticia del naufragio del monitor *Huáscar* que a la sazón se hallaba en Valparaiso limpiando sus fondos i tomando cañones mas poderosos que los que hasta entónces cargaba. Segun *La Opinion Nacional* de Lima del 17 de setiembre, una barca sueca habia visto a la altura del puerto del Cobre unos mástiles flotantes;

Tanto entusiasmo produjo el efecto de envalentonar a los marinos peruanos, i de incitarlos a acometer empresas mas atrevidas que las que habian intentado hasta entónces. Los chilenos habian desembarcado en la isla de San Lorenzo, que, como dijimos, está situada enfrente del puerto, formando entre ella i la tierra firme un canal de poco mas de dos millas de ancho. En esa isla habian establecido sus almacenes de depósito, custodiados por una pequeña guarnicion. El 16 de setiembre, algunas horas ántes de amanecer unos doscientos soldados peruanos, embarcados en algunas lanchas cañoneras, atravesaron el canal i tomaron tierra en la isla con el mayor sijilo. La guarnicion chilena, inferior en número, se colocó inmediatamente en una altura cercana al lugar del desembarco, i desde allí rompió de improviso el fuego sobre los asaltantes. Sorprendidos éstos en su empresa, tomaron en el acto la fuga abandonando algunas de sus armas, ganaron sus embarcaciones i se dirjieron rápidamente al Callao. Las lanchas chilenas advertidas por las descargas de fusilería del proyecto del enemigo, acudieron prontamente al sitio del peligro, pero solo alcanzaron a disparar algunos cañonazos sobre los fujitivos que corrian a colocarse bajo el amparo de sus fuertes.

En la noche siguiente, las lanchas peruanas en número considerable todavía, prepararon otra sorpresa sobre las naves bloqueadoras, sin duda para aplicarles algunos torpedos. Pero las embarcaciones menores de los chilenos, saliéndoles al encuentro, las detuvieron en su camino, las acosaron por todos lados con sus cañones i con sus rifles i las obligaron a retroce-

i como en los dias anteriores habia ocurrido allí una gran tempestad, i como el *Huáscar* habia pasado por esos lugares en su viaje a Valparaiso, era seguro que habia naufragado i que los mástiles eran los últimos restos de su arboladura. El pueblo de Lima mui propenso a dejarse engañar por esas ilusiones, creyó perfectamente la noticia del naufragio del monitor chileno.

Un mes despues, los plenipotenciarios peruanos que habian ido a Arica para las negociaciones de que hablaremos mas adelante, vieron entrar al puerto al monitor que creian perdido, i que sin embargo llegaba recién pintado i con nueva artillería. No acertaban a creer que fuera una realidad lo que estaban viendo, tan convencidos estaban de que el *Huáscar* habia naufragado.

der a toda prisa para buscar su salvacion cerca de tierra. Las baterías del puerto rompieron tambien sus fuegos sobre las lanchas chilenas; pero la oscuridad de la noche, si bien aumentaba la confusion del combate, fué causa de que éste produjera tan pocos estragos que los chilenos no tuvieron mas que un solo herido. Las pérdidas de los peruanos, que su prensa ocultó obstinadamente, debieron ser superiores. Despues de este segundo fracaso, los defensores del Callao, convencidos de que no podian burlar la vijilancia del enemigo, se abstuvieron de nuevos intentos de sorpresa de ese jénero.

La obstinada persistencia de los peruanos para prolongar esta guerra a pesar de todos los desastres sufridos, la jactancia de su prensa i de sus proclamas que no hablaban mas que de los triunfos que iban a alcanzar en breve tiempo, la aplicacion de torpedos por medios reprobados en la guerra, puesto que no esponian a sus autores a ningun peligro, habian decidido al gobierno chileno a proceder mas enérgicamente contra el enemigo, como contaremos mas adelante. En esta virtud, ordenó el bombardeo de los puertos vecinos al Callao, que estaban resguardados por tropas peruanas, i desde los cuales se organizaban esas acechanzas.

Para cumplir estas órdenes, el 22 de setiembre, la fragata *Cochrane* se apostó enfrente de Chorrillos, la cañonera *Pilcomayo*, en Chancay i el blindado *Blanco Encalada* en Ancon, i comenzaron el bombardeo de estos tres puertos. Los dos últimos sufrieron averías de consideracion, pero no así el primero que era el mas importante de los tres. Situado éste sobre un alto barranco, i resguardado al sur por un morro mas elevado aun, el *Cochrane*, para precaverse contra los torpedos que se decia haber en la bahía, tuvo que colocarse a una distancia considerable de tierra, i que dirigir sus fuegos por elevacion. Por tanto, sus punterías fueron poco seguras: de las ochenta bombas disparadas, solo trece cayeron en el pueblo i causaron algunos daños. Los peruanos habian colocado en esas alturas diez cañones de campaña; pero sus fuegos, aun mejor dirigidos de lo que eran, no podian causar grandes averías en un buque de las condiciones de la encorazada chilena. Solo uno

de sus tiros tocó a ésta; i éste apénas le ocasionó un daño insignificante en las obras de madera.

Así, pues, el bombardeo del 22 de setiembre, no tuvo otro resultado positivo que exaltar la vanidad nacional de los defensores de esos puertos. Creyóse firmemente que los cañones de campaña colocados en Chorrillos habian derrotado a la fragata chilena; i la prensa de Lima, tan dispuesta a convertir en grandes triunfos los mayores desastres de sus armas, lanzó entónces el grito de ¡victoria! «La marina de Chile, decia con este motivo el diario oficial de la dictadura peruana, ha escrito ayer una página mas de vergüenza en su ignominiosa historia de la presente guerra». I luego, atribuyendo a Piérola este imajinario triunfo, agregaba:

«Chorrillos debe su salvacion a la enerjía i actividad del jefe del Estado, circundado por nuestros marinos i nuestros soldados, que han vuelto a demostrar todo lo que el pais tiene que esperar de ellos para castigar en un dia mui próximo la insolencia i el crimen de nuestros tan pérfidos como gratuitos enemigos».

«Eso que el gobierno concibió i ejecutó, decia otro diario, *La Patria* de Lima, debe estimarlo el pais como una revelacion de lo que se concebirá i ejecutará en defensa suya cuando llegue el dia de la venganza.— El pais debe, pues, mantener firme su fe en la seguridad del triunfo definitivo, porque así se le ha ofrecido i porque tal será el premio que reciban los que no desconfiaron de su propio esfuerzo. Nó, el Perú no puede ser vencido en la presente guerra, porque el Perú defiende la justicia, i la justicia es Dios».

Las ilusiones del gobierno de la dictadura i del pueblo de Lima despues de este pretendido triunfo llegaron a rayar en verdadera locura. El diario oficial de Piérola en su número de 4 de octubre, profetizaba que a esas horas debia haber caído ignominiosamente el presidente de Chile, víctima de una revolucion popular, i lo que era mas cómico todavía, compadecia jenerosamente a «ese hombre infortunado».—«La explosion de tan justo sentimiento, decia con este motivo, ha debido ser tremenda en Chile, i el bamboleante gobierno de

Pinto es mui difícil que haya podido resistirla. A esta hora, el infortunado presidente Pinto habrá descendido las gradas del palacio de Santiago, llevando el remordimiento de haber desencadenado en su país las tormentas populares de que él ha sido la primera víctima. . . Chile se encuentra ahora en una pendiente, en la que nada puede detenerlo ya. La hora del desengaño i del castigo ha sonado ya para él. . . Si el arrepentimiento i un noble propósito de reparar los daños causados por su insensata ambicion, no hacen escuchar a Chile sus advertencias, mui pronto recibirá su merecido escarmiento». El diario oficial del Perú acababa por recomendar a Chile que aprovechase «los amistosos oficios de una nacion amiga» para implorar la clemencia de su afortunado rival.

Cuando esto se escribía en Lima en el diario oficial de la dictadura ¿debe estrañarse que los ajentes del Perú en el extranjero publicasen cada semana un triunfo fantástico de sus ejércitos? ¿Había la menor seriedad en un gobierno que se habia trazado esta línea de conducta? Los triunfos ilusorios de las armas peruanas, por una parte, i las esperanzas en una revolucion que segun anunciaban los diarios de Lima, debia estallar en Chile, eran el tema constante de la prensa de esa ciudad. I, lo que parece increíble, el populacho i mucha jente de un rango mas elevado, se dejaban engañar con este sistema de falsas noticias, destinado, segun se decia, a «retemplar el patriotismo». Así se comprenderá el efecto terrible que debia producir en esa poblacion cada uno de los desastres que experimentaba el Perú.

Despues de estos combates, el bloqueo del Callao i de los puertos inmediatos, volvió a un largo periodo de monotonía i de calma, que no interrumpieron los nuevos esfuerzos de las autoridades de tierra para aplicar torpedos a las naves chilenas. El 10 de octubre, el blindado *Cochrane* hizo estallar a 200 metros de su costado un torpedo automático lanzado contra él. Dos dias despues, la cañonera *Pilcomayo* echaba a pique en Ancon una balandra peruana que parecia ocultar una máquina de guerra de la misma especie. La vijilancia intelijente

de los marinos chilenos iba a hacer imposible todas las acechanzas que se fraguaban contra ellos ⁷.

En esos momentos, las operaciones de la guerra llamaban también preferentemente la atención de los beligerantes hacia otros puntos. De ellas vamos a hablar en los capítulos siguientes.

7. Aunque la relación de todos estos incidentes del bloqueo del Callao tenga poco interés, i aun con temor de fatigar la atención de nuestros lectores, no hemos podido prescindir de referirlos para presentar el cuadro completo de las operaciones marítimas i militares de la guerra del Pacífico.





CAPITULO IV

Operaciones i aprestos militares en tierra, de Julio a setiembre de 1880

Una pequeña division chilena espediciona a Tarata, i aniquila i dispersa a las montoneras peruanas.—El dictador del Perú llama a las armas a toda la poblacion de Lima i crea el ejército de reserva.—Entusiasmo con que esta idea es recibida por la prensa.—El gobierno peruano anuncia por todas partes su próxima victoria sobre los chilenos.—El arzobispo de Lima ofrece al gobierno las joyas de los templos.—Importancia real de este ofrecimiento.—Organizacion curiosa dada al ejército de reserva.—Amenazas constantes contra Chile, recargadas despues de la primera revista de la reserva.—Organizacion del ejército de Arequipa.—Aprestos de Chile para la campaña sobre Lima.—Falsas noticias que se hacian circular en Lima sobre estos aprestos.

Despues de las batallas de Tacna i de Arica, el ejército vencedor quedó acampado en estas dos ciudades, tomando algun descanso de las imponderables fatigas de la campaña anterior. Las penosas marchas al traves de los abrasadores arenales del desierto, las privaciones que habia sido preciso, sufrir, i hasta el cansancio de las bestias de carga, exijian algun tiempo de reposo bajo un clima que en esa estacion (junio i julio) era bastante benigno. El enemigo habia abandonado

aquella rejion, i todo hacia creer por el momento que mejor aconsejado por sus últimos desastres, el gobierno peruano se inclinaria a poner término a una guerra que le costaba tantos i tan estériles sacrificios i tan repetidas derrotas.

Un dia se supo en el campamento de Tacna que una montonera enemiga habia asaltado de improviso a cuatro oficiales i un médico del ejército que viajaban desprevenidos en las cerranías de la cordillera vecina. Dos de los oficiales fueron hechos prisioneros; pero los que salvaron, pudieron llevar la noticia de esta inesperada sorpresa. La tropa que salió en persecucion de aquella montonera, no consiguió darle alcance. Pero luego se supo que en el pueblo de Tarata, en medio de las montañas, se habian reunido algunas fuerzas peruanas, i que preparaban otros ataques de la misma naturaleza.

El jeneral Baquedano dispuso inmediatamente que marchase una pequeña division sobre aquel lugar. Un batallon de infantería, 75 jinetes, dos cañones i dos cirujanos militares formaron esta division. El 19 de julio se puso en marcha bajo las órdenes del coronel don Orozimbo Barbosa. El viaje por aquellos caminos era sumamente penoso i ademas lleno de peligros. Las cerranías ofrecian a cada paso ásperos desfiladeros en que era mui difícil marchar con artillería, i sumamente fácil al enemigo organizar la resistencia o preparar una sorpresa. El coronel Barbosa, sin embargo, anduvo mas de dos dias sin encontrar otra cosa que los vestijios de los guerrilleros peruanos que parecian huir replegándose hácia Tarata.

El tercer dia de marcha, esto es el 21 de julio, i cuando ya se hallaba a legua i media de ese pueblo, la division chilena fué recibida por un vivo aunque desordenado fuego de fusil que se le hacia desde lo alto de un portezuelo bastante escarpado. El enemigo ocupaba posiciones excelentes, detras de rocas que lo hacian casi invisible, i cerraba perfectamente el camino que conduce a Tarata. La artillería no podia funcionar en el lugar que ocupaba el coronel Barbosa, i fué preciso intentar otro medio de desalojar al enemigo. Una columna

de 200 infantes i de 50 jinetes, hizo una fatigosa vuelta por aquellos cerros, fué a ocupar los alrededores de la ciudad, para tomar al enemigo por la retaguardia. El resto de la division comenzó en seguida a trepar por el desfiladero. Después de un tiroteo de tres cuartos de hora, las fuerzas peruanas se desbandaron en precipitada fuga dejando en el campo 26 muertos, i 24 prisioneros, uno de los cuales era el jefe de ellos, el coronel don Leoncio Prado, hijo del ex-presidente del Perú, i un subteniente. Los restos de las fuerzas peruanas lograron sustraerse a la persecucion por lo escabroso de aquellos cerros, pero Tarata quedó abierta a los vencedores. Se juzgará de la calidad de las tropas peruanas que habia en este lugar, diciendo que a pesar de las ventajosas posiciones que ellas ocupaban, los chilenos no tuvieron mas que un muerto en la refriega.

Ocupada Tarata el mismo dia, el coronel Barbosa avanzó hasta Ticaco, envió partidas en diversas direcciones sin hallar enemigos, i permaneció en esos lugares hasta que pudo convencerse de que no habia en todos los alrededores un solo hombre en estado de organizar ni de oponer la menor resistencia ¹. Desde ese dia no volvieron a aparecer montoneras en muchas leguas a la redonda de los territorios que ocupaban los chilenos. Las tropas peruanas que en esos momentos trataban de reorganizarse, estaban mui léjos de esos lugares, en Lima i en Arequipa.

En efecto, en esos mismos dias el dictador Piérola desplegaba una grande actividad para organizar un ejército formidable en la capital del Perú. Habia llegado allí la noticia de que en Chile se hablaba de una próxima e inevitable expedicion a Lima, de que se formaban nuevos cuerpos de tropas con este objeto, i de que la opinion pública pedia una accion enérgica i decisiva en la marcha de las operaciones. Aunque no se daba entero crédito a estas noticias, i aunque la prensa

1. En el cuadro que nos hemos trazado en este libro no podemos hacer entrar mas pormenores sobre esta expedicion. El lector puede hallarlos en una interesante relacion publicada en *El Ferrocarril* de Santiago de 20 de agosto de 1880.

peruana no cesaba de repetir que Chile no estaba en situación de acometer una empresa de tamaño magnitud, el gobierno de la dictadura quería estar preparado contra todo evento.

Había en esos momentos entre Lima, el Callao i sus alrededores un ejército disponible de nueve a diez mil hombres, que podía elevarse fácilmente al doble o mas, con nuevas levadas hechas en esas ciudades o en las provincias vecinas. Indudablemente, para resistir a las tropas chilenas, que en el curso de la guerra habían desplegado a no caber duda las dotes de solidez i disciplina, se necesitaba un ejército en regla, soldados diestros en la maniobra i en el ejercicio de las armas, i oficiales competentes i animados de un verdadero espíritu militar. Pero, para esto se necesitaban recursos de dinero de que no podía disponer el gobierno del Perú. La ocupación por los chilenos de las salitreras de Tarapacá i de casi todos los depósitos de guano por una parte, la ocupación o el bloqueo de los principales puertos de esa república por otra, habían cegado casi por completo sus principales fuentes de entradas. Agréguese a esto que el gobierno del Perú pagaba entónces las consecuencias de treinta años de imprevision i de desórdenes financieros. Le era imposible levantar empréstitos en el exterior. Su papel moneda había llegado al colmo de la depreciación, i las nuevas emisiones habrían reagravado mas aun si esto fuese posible, aquella desastrosa situación. En el cambio sobre Europa, el peso se tasaba en 6 i 5 peniques. El comercio pasaba por una crisis horrible, aumentada por la guerra. Ante este estado de cosas, Piérola no podía aumentar indefinidamente su ejército de línea, porque aun sin pagar a los soldados, le habría ocasionado gastos que no podía satisfacer. Se limitó, pues, a aumentar hasta donde le fuera dable el número de sus tropas, i llamó a todo el mundo a las armas, creando la institución que él llamó reserva.

Este fué el origen de un famoso decreto dado el 27 de junio de 1880, que tenía por objeto llamar al servicio de las armas a todos los habitantes de Lima. Pero era menester que este llamamiento fuese acompañado de alguna pomposa declara-

cion del poder i de los recursos militares del Perú, i por eso fué encabezado con las siguientes líneas:

«Nicolas de Piérola, jefe supremo de la república i protector de la raza indíjena.—Considerando: Que teniendo Lima sobrados elementos para defenderse por sí sola contra cualquiera tentativa de agresion del enemigo, es conveniente colocarla en condiciones de realizarlo sin esfuerzo; a fin de ponerla a cubierto de ella i permitir al gobierno emplear el ejército activo como lo aconseje la mas rápida prosecucion de la guerra; decreto etc., etc.»

Se declaraba en seguida a la ciudad i provincia de Lima en pié de defensa militar, i se mandaba que todos los peruanos habitantes de ella de 16 a 60 años, sin distincion de condicion, clase o empleo, procedieran a enrolarse en la reserva movilizada o sedentaria en el improrrogable plazo de quince dias. Todos los reservistas quedaban obligados a concurrir diariamente desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde a los ejercicios doctrinales. Durante estas horas debian permanecer cerrados los almacenes, tiendas i casas industriales. La penalidad aplicada a los infractores de este decreto debia ser tremenda. Solo quedaban exceptos del servicio los eclesiásticos, los médicos, farmacéuticos i empleados de los hospitales, i algunos funcionarios de la administracion pública. Por el mismo decreto, el dictador exijia la entrega de todas las armas que se hallasen en poder de particulares, bajo conminacion de ser considerados traidores a la patria i de quedar sujetos a las penas de tales «los que no cumplieren con entregarlas o con no declarar su existencia en ajeno poder». Esta última medida era del todo innecesaria, porque el Perú tenia abundantes depósitos de armas, i porque seguia recibiendo nuevas remesas por los puertos del norte:

La prensa de Lima aplaudió este decreto con el mismo entusiasmo con que habria celebrado la mas espléndida victoria de sus armas. ¡El Perú está salvado! se decia por todas partes. El diario oficial de la dictadura, dando cuenta de este entusiasmo, se espresaba en los términos que siguen: «El llamamiento que el jefe supremo de la República ha hecho a los ve-

cinos de la provincia de Lima para organizar la defensa de la capital, ha sido acogido con todo el patriótico entusiasmo que era de esperarse de las actuales circunstancias... La confianza que su actitud inspira al gobierno, no solo deja espedita su libertad de accion, sino que será un motivo mas de reflexion i de duda para la realizacion de los quiméricos proyectos de nuestros invasores... Este tierno e imponente llamamiento satisface en gran parte las aspiraciones del patriotismo, responde a las exigencias del presente i difunde el aliento allí, donde los reveses últimamente sufridos lo habian atenuado o estinguido».

Mas léjos, todavía, fueron los otros diarios en su confianza en la victoria i en sus amenazas a Chile. «La guerra comienza hoi, decia *La Patria* de Lima, puesto que se la mira con toda la seriedad que ella reclamaba desde el principio». «Los chilenos, decian otros, encontrarán indefectiblemente su tumba en Lima». Esos diarios parecian olvidar que esta misma amenaza, con las mismas palabras, habia sido hecha a los chilenos ántes de la campaña de Tarapacá, i repetida con particular insistencia ántes de la campaña de Tacna. «Nuestra firme conviccion en el próximo triunfo, decia *El Nacional* de Lima con este motivo, vale mas que todas las escuadras i cañones del enemigo».

Desde ese día, el gobierno de la dictadura se mostró alentado por la mas absoluta confianza en el poder de sus recursos, i en la seguridad indeclinable de su próximo triunfo. De allí se orijinó un verdadero diluvio de notas i de circulares despachadas de las oficinas de gobierno, i destinadas a anunciar a todas partes la inevitable derrota de los chilenos en la próxima campaña ². El ministro del culto se dirijió al arzo-

2. Parece que las monjas de Lima, viendo el estado de las cosas con mas claridad que el gobierno peruano, no abrigaban la misma confianza en la victoria, i que creyendo al pié de la letra todas las absurdas exajeraciones de la prensa, estaban persuadidas de que los chilenos iban a invadir i a saquear sus claustros. El sub-prefecto de Lima quiso calmar su inquietud anunciándoles la próxima i segura victoria de las armas peruanas; i al efecto dirijió a todas las abadesas de los monasterios la siguiente circular:

bispo de Lima para darle estas seguridades en los términos siguientes:

«El gobierno, que tiene la indefectible convicción de nuestro triunfo, a medida de ella está resuelto a no detenerse ante consideración, ni estorbo de ninguna especie, para realizar la provisión de elementos de combate i proseguirla sin tregua, hasta alcanzarlo, dure lo que dure i cueste lo que cueste. Cualesquiera que sean nuestros contrastes, el único límite a la resistencia puede ser la existencia de los peruanos, i, si el enemigo quiere vencernos, ha de saber, desde ahora, que para asentar su triunfo, necesita no dejar en pié un solo hombre en el Perú.»

La confianza en la victoria habia llegado tambien hasta el arzobispo de Lima. En su contestación a la nota del gobierno, se felicita del inquebrantable propósito del jefe supremo del estado, persuadido, dice, de que Dios otorgaria la victoria definitivamente al Perú. Con este motivo, ofrecia al gobierno las joyas de los templos; pero exijia tambien que las señoras se desprendieran de sus alhajas i las personas acaudaladas de una parte de su fortuna. «La iglesia ofrece las joyas de sus templos, dice con este motivo, ¿qué mucho que las señoras ofrezcan las suyas i los acaudalados una parte de su fortuna, i todos algo, por pequeño que sea, para conservar limpia la frente de la patria i circundarla de laureles al fin de la jorna-

«A la superiora del convento de... Reverenda madre: La maledicencia que se ensaña con la jente inocente i virtuosa, viene esparciendo noticias alarmantes que irritan e inquietan los espíritus, i éstas se propagan hasta los claustros donde hai mas campo para darle crédito, en razon de la poca facilidad de ponerse al corriente de la política. El deseo de tranquilizar el ánimo de su R. i de las dignas esposas de Jesucristo que forman la comunidad de ese inviolable convento, me ha decidido a dirigirme a su R. para ensancharla manifestándole que no debe abrigar temor alguno de la profanación de sus claustros con la guerra, pues la capital se halla perfectamente resguardada para contener al enemigo, caso que en su inícuo alevosía intentara atacarla. Nuestras desgracias del sur no se repetirán en Lima; confie su R. en ello, i siga tranquila junto con sus virtuosas hermanas, en sus prácticas relijiosas, pidiendo al Todopoderoso por el rápido triunfo de nuestras armas.

«Con sentimiento de respeto i consideración me es honroso suscribirme de su R. mui atento i seguro servidor.—*Mariano C. Bustamante.*»

da?» Mas tarde veremos repetirse estas mismas exigencias en términos amenazadores. La prensa de Lima, alentando los malos instintos de la plebe, que constituia la fuerza del poder de la dictadura, llamó ladrones enriquecidos con la explotación del erario nacional a los capitalistas peruanos que en aquella situación, no se desprendían de sus tesoros, i provocaba imprudentemente los crímenes i saqueos que debían seguirse a la derrota.

La misteriosa reserva con que el gobierno de la dictadura peruana dirijía todo lo relativo a la administración de los fondos públicos, no teniendo que dar cuenta a nadie de los gastos que hacía, no nos permite apreciar la importancia del ofrecimiento de las joyas de los templos, con que, sin embargo, se hizo mucho ruido para estimular nuevos donativos i para infundir temor i desconfianza al enemigo. Pero tenemos razones para creer que él no llevó un gran contingente de recursos al tesoro peruano. Los templos de ese país, muy ricos en la época del coloniaje, habían caído mucho de su antigua opulencia. La guerra de la independencia, primero, i luego las constantes i prolongadas guerras civiles habían dado cuenta de una gran parte de esos tesoros; pero el despilfarro que desde muchos años atrás había invadido todos los ramos de la administración pública, había sido su más formidable enemigo. Creemos, sin embargo, que los bienes de las iglesias suministraron alguna plata labrada que sirvió al dictador para intentar una complicada e infructuosa operación financiera con que esperaba dar valor al papel moneda. Consistió ésta en hacer acuñar algunos miles de pesos en monedas de plata, del valor de veinte centavos de peso, con el nombre de *incas* i con esta inscripción, alusiva a las circunstancias: *Prosperidad i poder por la justicia* ³.

3. Se comprenderá mejor la deplorable situación financiera del gobierno de la dictadura por los dos hechos que pasamos a referir.

Había entonces en Chile cerca de 3,000 prisioneros peruanos entre jefes, oficiales, soldados i marinos, a todos los cuales les debía su gobierno muchos meses de sueldo. El gobierno chileno se había encargado de hospedarlos i de alimentarlos pagando doce pesos mensuales por soldado, 23 pesos por oficiales hasta capitán i 28 pesos por jefes de capitán para arriba, lo que le ocasionó

El cumplimiento de los decretos del dictador respecto a la organizacion de la reserva no se hizo esperar largo tiempo. Don Juan Martin Echeñique, «coronel de infantería de ejército, prefecto del departamento de Lima i comandante en jefe del ejército de reserva», i don Julio Tenaud, jefe de estado mayor de este mismo ejército, ordenaron con fecha de 9 de julio, que desde el domingo 11 hasta el sábado 17 de ese mismo mes se presentasen, bajo las penas mas severas, todos los peruanos habitantes de Lima a inscribirse en sus cuerpos respectivos. Debía darse principio a la inscripcion, para «revestirla de la mayor solemnidad», con una gran fiesta militar, salvas de artillería, músicas, etc. Segun las disposiciones de este decreto, la reserva se distribuiria en diez divisiones i dos brigadas, formada cada una de ellas por hombres de profesiones u oficios análogos o semejantes ⁴.

naba un desembolso considerable. En cerca de un año que duró la detencion de los prisioneros de Tacna i de Arica i en mas de un año que duró la de los que fueron tomados en la campaña de Tarapacá, no recibieron de su gobierno mas que una remesa de dos mil libras esterlinas con que no se alcanzó a pagar ni siquiera medio mes de sueldo a cada uno de ellos. El gobierno de Bolivia, por su parte, no envió jamas un solo peso a sus soldados i jefes prisioneros.

Hé aquí el otro hecho. El antiguo arzobispo de Lima don José Sebastian de Goyeneche, fallecido en 1872, habia dejado una fortuna colosal, de muchos millones i habia legado 50 mil pesos a los establecimientos de beneficencia de Lima, i 150 mil a los de Arequipa. El dictador Piérola, por decreto de 6 de julio de 1880, i considerando, dice, que la inmensa fortuna de la familia del arzobispo se formó en el Perú, que este prelado usufructuó las dos ricas mitras de Arequipa i de Lima, que el Perú tenia comprometida en la guerra su integridad, su honra i su soberanía, i por último, que la dictadura estaba investida de facultades omnímodas, i entre ellas de las de lejislador, correspondiéndole por tanto el poder de «declarar la voluntad interpretativa de los testadores», manda que los 200 mil pesos de estos legados «se hagan efectivos dentro de tercero dia, computándolos en metálico, segun el valor de la circulacion monetaria en la época del testamento, i se apliquen a las necesidades de la guerra, por via de préstamo», i para pagarlos en mejores tiempos. La entrega debía hacerse en oro o plata sellada, o en buenas letras sobre Lóndres, por un valor igual i sin pérdida en el cambio.

4. Para que se comprenda mejor esta curiosa distribucion de los soldados de los ejércitos de reserva del Perú, copiamos en seguida íntegros los arts. 2.^o i 3.^o del decreto dado por el prefecto de Lima el 9 de julio de 1880. Hélo aquí:

«Art. 2.^o Los ciudadanos de la 1.^a division, comandada por el señor coro-

La prensa de Lima entre tanto, no tenía palabras con que encomiar a los autores de estas disposiciones. Según ella, esos decretos, así como los pasos dados para reconstruir la confederación Perú-boliviana, iban a producir el asombro i el terror en Chile, demostrando a este país cuán quimérico sería el pensamiento de atacar a Lima. «El Perú, decía *La Patria* de ese mismo día, renace en cada reves, engrandeciendo su causa, a la vez que arroja los cimientos de una revolución

nel don José Unánue, i que se formará de los señores vocales i jueces, abogados i bachilleres, empleados judiciales, procuradores i escribanos, i ama-nuenses de abogados i de escribanos, concurrirán al palacio de justicia.

«Los de la 2.^a división, comandada por el señor coronel don Pedro Correa i Santiago, i que se formará de los propietarios, banqueros, jefes de casas de comercio, de almacenes i empleados i dependencias de éstos, concurrirán a la plaza de San Pedro.

«Los de la 3.^a división, comandada por el señor coronel don Serapio Orbegoso, i que se formará de los profesores i estudiantes, concurrirán a los claustros de la Universidad.

«Los de la 4.^a división, comandada por el señor coronel don Juan de Aliaga i Puente, i que se formará de los arquitectos, empresarios de obras públicas, carpinteros i albañiles, concurrirán a la plaza de Santa Ana.

«Los de la 5.^a división, comandada por el señor coronel don Juan Peña i Coronel, i que se formará de los sastres, sombrereros, zapateros, talabarteros i trenzadores, concurrirán a la plazuela de San Agustín.

«Los de la 6.^a división, comandada por el señor coronel don Ramon Montero, que se formará de los plateros, hojalateros, maquinistas, herreros, caldereros, fundidores i molineros, concurrirán a la plaza de Bolívar.

«Los de la 7.^a división, comandada por el señor coronel don Dionisio Derteano, que se compondrá de los empleados de la administración pública i beneficencia, periodistas, tipógrafos, i demas dependientes de imprentas, concurrirán a la plaza principal.

«Los de la 8.^a división, comandada por el señor coronel don Juan Arrieta, i que será compuesta de los dulceros, biscocheros, pasteleros, panaderos, sirvientes de casas i hoteles, i dueños de fondas i chinganas, concurrirán a la plazuela del Teatro.

«Los de la 9.^a división, comandada por el señor coronel don Bartolomé Figari, que se compondrá de los tapiceros, pintores, empapeladores, barberos, mercaderes ambulantes i los de oficios que no están especialmente determinados en esta resolución, concurrirán a la plazuela de Santo Domingo.

«Los de la 10.^a división, comandada por el señor coronel don Antonio Bentin que se formará de los empleados i operarios i peones de ferrocarril i tranvías, de los de las empresas del gas i del agua, lo mismo que los plomeros i gasfiteros, concurrirán a inscribirse en la plazuela de Monserrate.

«Los ciudadanos de la brigada de artillería, comandada por el señor coro-

colosal en la constitucion internacional del continente... Pero aun pudiera atribuirse esa actitud puramente al gobierno. Para que no quepa duda alguna respecto del verdadero sentimiento el pais, el domingo próximo presentará Lima el mas grandioso de los espectáculos acudiendo al llamamiento de la autoridad para alistarse en las filas del ejército destinado a la defensa nacional. El bando promulgado señalando lugar para el alistamiento, ha movido con un solo impulso a toda la ciudad, i no queda entre sus habitantes ninguno que

nel don Adolfo Salmon, que se formará de la compañía de bomberos de Lima, carroceros, compañía Cosmopolita, Cruz Roja, carreteros i aparejeros, concurrirán a la plazuela de la Micheo.

«Los ciudadanos de la brigada de caballería, comandada por el señor coronel don Juan Francisco Elizalde, que se formará de los aguadores, dueños i peones de caballerizas, albitares, cocheros i camaroneros, concurrirán a la plazuela de San Lázaro.

«Art. 3.º Todo ciudadano que no sea jefe u oficial de algunos de los cuerpos en organizacion, está inevitablemente obligado ainscribirse en el gremio a que pertenezca, no pudiendo hacerlo enningun otro.»

Los datos estadísticos que apuntamos a continuacion servirán para dar a conocer el número aproximativo de soldados con que podia contar el ejército de la reserva organizado en Lima.

Segun el censo del Perú de 1876, el departamento de Lima tenia una poblacion de 226,992 habitantes. Haciendo abstraccion de los extranjeros, de las mujeres, de los niños i de los ancianos de mas de sesenta años, la poblacion viril del departamento, obligada a enrolarse en la reserva sin excusas ni escepcion de ningun jénero, habria debido dar un ejército de 40,000 hombres. Pero los decretos que recordamos solo se referian a la provincia de Lima, esto es, a una de las seis secciones en que está dividido el departamento del mismo nombre, cuya poblacion, segun el censo citado, era de 122,326 habitantes. Así se comprenderá que el ejército de reserva no alcanzó a contar mas que 18,000 individuos inscritos; i que mediante las licencias acordadas por favor, solo contó algo como la mitad de ese número en la víspera de las batallas que tuvieron lugar en los alrededores de la capital.

En los diarios peruanos de esa época, se habla a veces de la poblacion de la ciudad de Lima haciéndola subir a 200,000 almas. Segun el censo citado de 1876, la ciudad no tenia mas que 100,156 habitantes, distribuidos en la forma que sigue: extranjeros 15,378; indios 19,630; negros, 9,008; mestizos, 23,120; peruanos de raza blanca, 33,020.

Al leer el decreto del prefecto Echeñique de que hemos copiado las principales disposiciones, se creeria que Lima era una especie de colmena en que todos los habitantes tenian una ocupacion. Sin embargo, la estadística revela que es mui difícil que haya en el mundo una ciudad de igual poblacion con un número mayor de vagos. El censo lo estima en 62,243.

no tome puesto, cualquiera que sea la escala en que se sirva. Hé aquí la repuesta mas elocuente a las ilusiones chilenas i a su jactancia pretenciosa: la organizacion del espléndido ejército de reserva que en breve será una realidad precursora de la buena fortuna que al cabo coronará la causa de la justicia, en contraposicion al acaso que hasta ahora ha dado triunfos al enemigo».

Se habia anunciado por los diarios que la reserva se compondria de 50,000 hombres. Sin embargo, las inscripciones ejecutadas en virtud de estos decretos, alcanzaron a cerca de 18,000 hombres nominales, i a un efectivo que segun los mejores cálculos, no pasaba de 15,000. Los ejercicios del ejército denominado de la reserva comenzaron en Lima el 18 de julio. Los soldados fueron provistos de buenas armas, i algunos cuerpos llegaron a manejar regularmente; pero no pudo establecerse jamas la sólida disciplina a que no pueden alcanzar las tropas organizadas en esas condiciones. La asistencia a los ejercicios, que se efectuaban cada dia despues de un toque de campana en la catedral, fué exacta i formal en los primeros tiempos; pero el entusiasmo de unos i el terror de otros a las penas con que los amenazaban, comenzaron a desaparecer en breve. Las faltas fueron tan frecuentes i numerosas, que el gobierno tuvo que conminar de nuevo a los soldados de la reserva con los mas severos castigos, sin conseguir tampoco el resultado que buscaba con sus amenazas.

Sin embargo, dos meses mas tarde la opinion pública estaba profundamente convencida de que el Perú estaba preparado i listo no ya para rechazar una invasion de los enemigos, sino para invadir a Chile i ocupar militarmente a Santiago, su capital. «Calcúlese, decia un diario de Lima el 22 de setiembre, cuál habrá sido el despecho i furia de los chilenos, al considerar que han malgastado tiempo, sangre i dinero en golpes infructuosos, i que cuando creian tener vencido al Perú, se alza éste mas altivo, mas imponente que nunca... Como cuadrilla de bandoleros que acechan el momento oportuno para lanzarse sobre la codiciada presa, los chilenos se creen a las puertas de Lima; pero como la justicia, como fuerza ven-

gadora que persiguen al criminal hasta su escondite para hacerle espíar sus crímenes, nosotros estamos mas cerca de Santiago que ellos de Lima».

Esta confianza ciega en el poder irresistible del Perú i en el próximo triunfo de sus armas en la campaña inmediata, fué todavía mucho mayor despues del 24 de setiembre. Este dia, aniversario de la patrona de las armas nacionales, pasó el dictador una ostentosa revista que llenó de entusiasmo a la poblacion de Lima, i que, segun decia un diario, «ostentó su poder i la grandeza de su patrotismo». «Todo ciudadano, agregaba mas adelante, es hoi un soldado que no tiene mas objetivo que la guerra a muerte a las hordas invasoras. El deseo de combatir es unánime, i solo se abriga el temor de que nuestros alevosos contrarios no se aproximen jamas a las puertas de la capital donde está ya preparado su hundimiento. Un pueblo que así piensa es un pueblo invencible. En él se encierran todos los secretos de la victoria i todos los esplendores de la libertad. Es el Paris de 93 que manda lo mejor de sus hijos para aniquilar las aguerridas huestes del despotismo en los campos de Jenmapes i Valmy. Es Moscow que con el incendio de sus palacios detiene aterrado i estupefacto a Napoleon en medio de los triunfos. En la historia de la presente campaña, no habrá pájina mas bella ni de mas fecunda enseñanza que la ofrecida por Lima».

De estas arrogantes seguridades en el poder de sus ejércitos, los periodistas peruanos, creciendo cada dia en entusiasmo, pasaron luego a las mas violentas amenazas. «El Perú, decia un diario el 25 de setiembre, se ha levantado como un solo hombre, i la capital de la república ha visto realizarse el mayor de los prodijios de la vida democrática: el pueblo que se defiende por sí mismo. ¿Puede Chilé, en desagravio de sus crímenes, ofrecer al mundo un espectáculo semejante? ¿Podrá Chile, jamas, elevar a la alta categoría de ciudadano libre ese tipo de perversion moral, que es su molde, i que se llama el *roto*?... ¿Serian esas turbas de sacrílegos, violadores, incendiarios i asesinos, que forman la crema de sus rejimientos, las que Chile empuje hácia nosotros para ganar ese botin que

pregonan sus voceros, gritando: ¡A Lima! ¡A Lima!... Que vengan, sí, los espera un castigo tremendo, histórico i ejemplar».

I reforzando el tono provocador i conminatorio, se escribía el 30 de setiembre lo que sigue: «El sentimiento nacional quiere que la resistencia al enemigo sea sin tregua ni descanso, que no se atienda al número, ni a los elementos bélicos; que cada pueblo, cada villa, cada hombre se defienda contra Chile, como se defiende el honor i la vida, como se defiende la civilización contra la barbarie. El sentimiento nacional quiera que en la presente guerra, el mundo vea la enorme superioridad moral que ha existido siempre i existe del Perú a Chile.

«Es necesario castigar con mano vigorosa los atentados de Chile contra todo derecho; es necesario no prodigarle mas una jenerosidad que lo estimula a cometer crímenes mayores; es necesario desplegar todo el vigor de la justicia vilmente escarnecida para que el castigo de Chile sea histórico, tremendo i ejemplar. Para conseguir eso i mas, si fuere necesario, tenemos dos valerosos ejércitos que se han organizado en esta misma capital con los contingentes venidos de los otros departamentos; tenemos la reserva, i tenemos otro ejército en el sur, nubecilla que dentro de poco descargará sobre las huestes de Chile una tempestad de horrores»⁵.

La nubecilla a que se alude en las líneas anteriores era un cuerpo de unos cinco o seis mil soldados, organizados de cualquiera manera i reunidos en Arequipa.

En esos momentos, en efecto, el Perú completaba con ménos aparato, i tambien con ménos resultado, otro ejército en el territorio de Arequipa. Temíase que éste fuera en realidad el teatro elegido por los chilenos para una nueva campaña, i se creía alcanzar a poner esa ciudad i su provincia en estado de resistir la invasion con las tropas salvadas de los anteriores desastres i con los contingentes que pudieran suministrar las

5. Aun con temor de hastiar a nuestros lectores, hemos repetido estas citaciones i fragmentos de los diarios de Lima para dar a conocer por medio de ellos el tono de arrogante amenaza, i la confianza que allí se abrigaba en el poderde sus ejércitos.

provincias vecinas. Desde luego se acordó dar a esas tropas la denominación «de primer ejército del sur», nombre fatídico en todo el curso de la guerra. Lo había llevado el que bajo las órdenes del general Buendía había sido derrotado en la campaña de Tarapacá; i mas tarde se había dado el mismo nombre a las fuerzas aliadas Perú-bolivianas que fueron destruidas en la campaña de Tacna. Pero el gobierno de la dictadura creía borrar el recuerdo de esos desastres con estas puerilidades, i en vez de llamar a las tropas de Arequipa tercer ejército del sur, se continuó designándolas con el nombre que dejamos indicado.

Desde fines de junio habían ido llegando allí los fujitivos de la derrota de Tacna, después del viaje mas penoso que es posible imaginar, por los desfiladeros de la sierra, hasta que pudieron tomar el ferrocarril que conduce de Puno a Arequipa. Formaban unos 1,500 hombres en el mas lastimoso estado de desnudez, desmoralizados por la derrota, estenuados por la fatiga; i poco decididos a volver a entrar en combate.

La prensa de la localidad, sin embargo, imitando el tono enfático de los diaristas de Lima, tenía elojios para todos, aun para los batallones que en Tacna habían vuelto caras al comenzar el combate, i que por lo mismo eran los que llegaban mas completos a Arequipa; i a todos incitaba a volver de nuevo a la pelea. «Estas fuerzas, sagradas reliquias de nuestro primer ejército, decia con este motivo, están reparando sus quebrantos para emprender nueva guerra, tan tremenda como lo es la sin par criminalidad chilena. Vosotros que habeis jurado al pié del lábaro nacional defender la integridad, volved luego a afrontar las balas enemigas, hasta rescatar nuestro territorio profanado por el invasor». El jefe de las fuerzas derrotadas i cada uno de los veintitres coroneles que las acompañaban, tenían su parte en los pomposos aplausos que se les tributaban. «Capitanes como el general Montero, decian, son el honor i el prestigio de nuestras lecciones».

Antes de mucho tiempo, sin embargo, Montero i algunos de los coroneles que lo acompañaban, siguieron su viaje a Lima. Arequipa quedó con los restos del ejército derrotado,

i luego con los cuerpos que formaban la llamada division del coronel Leiva, i sobre la cual habian fundado tantas esperanzas los defensores de Tacna poco ántes de su derrota. Allí se reunieron tambien otros continjentes, que completaron el número de poco mas de cinco mil hombres, si bien los diarios de la ciudad hablaban de un número casi doble. Aunque habia en Arequipa muchos jefes militares, coroneles o tenientes coroneles, el verdadero comandante era el prefecto del departamento, doctor don Pedro A. del Solar, amigo íntimo i partidario acérrimo de Piérola.

En Arequipa tambien se provocaba al ejército de Chile en los términos ardorosos i ultrajantes que empleaba la prensa de Lima. Allí tambien se decia: «Vengan cuando quieran los chilenos, i aquí encontrarán su tumba», frase tantas veces repetida, como ya dijimos, en Iquique, en Tacna, en Lima i en todas las ciudades del Perú donde se publicaba un periódico. Créase en Arequipa que cuando llegase el momento del peligro, el ferrocarril de Puno, que llega hasta cerca de las fronteras de Bolivia, le traeria de este pais algunos millares de soldados dispuestos a defender la alianza. Sin embargo, cuando un poco mas tarde se anunció como cosa cierta que los chilenos se proponian expedicionar sobre Arequipa, no solo no se movió un solo hombre de Bolivia, sino que la prensa de este pais acusó al gobierno del Perú de imprevision porque los dejaba a ellos (los bolivianos) espuestos a sufrir las consecuencias de una invasion.

Pero Chile no habia pensado un solo momento en semejante expedicion. Sabia perfectamente que ella, a pesar de las amenazas de la prensa de esos lugares, no presentaba sérias dificultades; pero no queria hacer campañas que no habrian tenido otro objeto que satisfacer una vanidad pueril. Chile buscaba en la guerra la manera de llegar a una paz sólida i estable con los ménos sacrificios posibles; i desechara toda empresa que no condujese a ese resultado.

Dos pareceres tenian dividida la opinion pública en Chile. Querian los unos, i estos eran los mas numerosos, que se llevara resueltamente la guerra a Lima, para desbaratar de un

solo golpe, tremendo i decisivo, el centro del poder i de los recursos del enemigo. La empresa, se decia, debe costar sangre i dinero; pero es menester acometerla pronto para evitar mayores sacrificios i mayores gastos.

Otros pensaban que Chile debia quedarse en las posiciones que habia conquistado en las dos campañas anteriores, hostigar al enemigo con el bloqueo de sus puertos, demostrarle su impotencia para moverse de sus atrincheramientos i para reconquistar las provincias que habia perdido, i obligarlo al fin a pedir la paz. La dictadura peruana, decian éstos, se sostiene porque el Perú abriga la esperanza de derrotar a los ejércitos chilenos, si éstos van a buscarla en sus campos fortificados. El dia en que Chile declare que no quiere ir a atacarla, ella comprenderá que no tiene poder ni recurso para salir de sus posiciones i mucho ménos para recuperar los territorios perdidos. Este plan agregaban, será ménos brillante, ménos rápido talvez; pero es mas seguro i mas económico.

El gobierno oyó estas opiniones; pero cuando vió que la gran mayoría del pais, representada por la prensa i por las cámaras, optaba por el primer arbitrio, se decidió por él con toda resolucion, i puso manos a la obra. Para llevarlo a cabo, se necesitaba enviar a Lima un ejército de 25,000 hombres, perfectamente armados i equipados, provistos de cuanto se pudiera necesitar en la campaña, dejar entre Tarapacá, Tacna i Arica una division de 6,000 hombres para atender a cualquiera eventualidad, i tener en Chile una reserva de 10 a 12 mil soldados, listos a acudir a donde fuese necesario. Sin estrépito ni aparato, se dispuso la movilizacion de numerosos batallones de guardia nacional, poniéndoles por primeros o segundos jefes a oficiales probados en la campaña, se crearon nuevos cuerpos, i se desplegó tal actividad en su instruccion i disciplina que ántes de tres meses estaban aptos para entrar en combate. Todas las provincias rivalizaron en ardor para enviar su continjente, sobre los que habian suministrado desde el principio de la guerra. Merced a este entusiasmo i a la accion decidida de la administracion pública, el personal re-

querido para ejecutar este plan, se completó en mui breve plazo.

No faltaban las armas ni las municiones para esta empresa; pero era necesario atender a los mil ramos del servicio de la guerra i de la administracion militar. El ministro de guerra don José Francisco Vergara se trasladó a Tacna para dar impulso a los aprestos de la campaña, i allí fueron llegando los continjentes de tropas i de material que salian de Valparaiso. El jeneral en jefe don Manuel Baquedano adiestraba entre tanto el ejército a fin de tenerlo presto para el momento en que fuera necesario partir.

Estos trabajos emprendidos i ejecutados con tan tranquila seguridad, preocupaban como era natural, a la opinion pública, i fueron objeto de repetidas discusiones en el congreso i en los diarios. La impaciencia llevaba a muchos a hacer cargos al gobierno acusándolo de tardanza en la direccion de las operaciones i en la terminacion de los aprestos; i esas acusaciones fueron mas de una vez incómodas para el gobierno que no podia resignarse a dar publicidad a sus aprestos ni a los planes de campaña.

Todo aquello no tenia, en verdad, nada de extraordinario. Era el libre ejercicio del réjimen parlamentario que en Chile no habia sufrido la menor alteracion por causa de la guerra. La prensa i el congreso, como hemos dicho ántes de ahora, continuaban gozando de las mismas facultades i de las mismas garantías que en las épocas de la mas perfecta paz. Sin embargo, los gobernantes del Perú mecidos siempre por las mas singulares ilusiones, dieron a estos hechos, como vimos en el capítulo anterior, las mas estraviadas esplicaciones. Creyeron que el gobierno chileno, impotente para llevar adelante la guerra, iba a sucumbir bajo el peso de la indignacion del pais que se veia engañado por sus administradores. El mismo diario oficial de la dictadura peruana, daba pábulo a esos rumores, obedeciendo al errado sistema de mantener engañado al pais; i al fin llegó a dar crédito a las falsas noticias que él mismo propalaba. «El pueblo chileno, se escribia oficialmente en Lima en los primeros dias de octubre de 1880,

se ha levantado para exigir el cumplimiento de las promesas con que se le habia pedido su sangre, i que el gobierno no puede cumplir».

No era esto todo. El ejército chileno de Tacna estaba cansado de la vida de cuartel i de campamento, i ansiaba porque se continuaran las operaciones militares. Cuando se anunció allí que probablemente no se emprenderia la campaña sobre Lima porque se pensaba seguir otra línea de conducta, algunos jefes, muchos oficiales i muchísimos soldados, que habian entrado al servicio obedeciendo solo a la voz del patriotismo, solicitaron volver a sus hogares satisfechos de haber cumplido su deber. Sin embargo, todos ellos renunciaron a este propósito cuando supieron que la expedicion a Lima tendria lugar indefectiblemente.

Los ajentes que el Perú mantenía en Tacna, entre los pobladores peruanos de la ciudad, comunicaron a Lima este movimiento de la opinion presentándolo bajo el prisma de sus ilusiones. «Los oficiales i soldados chilenos, se decia, no quieren hacer la campaña sobre Lima. Temen el resultado de esta empresa, i solo piensan en volverse a sus casas». Así se comprenderá que poco mas tarde, cuando llegó el caso de embarcar las tropas i de emprender la marcha, se escribiese seriamente en Lima, i que se creyese jeneralmente, que una division del ejército chileno se habia sublevado, negándose a embarcarse.

Contra las esperanzas i las ilusiones del gobierno peruano, la expedicion sobre Lima estaba resuelta en Chile desde el mes de agosto. Se hacian pacientemente los aprestos necesarios, i debia llevarse a cabo con toda regularidad, i con una precision verdaderamente matemática.





CAPITULO V

La expedicion Lynch, setiembre i octubre de 1880

Alistase una division chilena para expedicionar a las provincias del norte del Perú.—Confíase su mando al capitan de navío don Patricio Lynch.—Desembarca en el puerto de Chimbote, penetra en el interior del territorio enemigo e impone una contribucion de guerra a una rica propiedad de esa rejion.—Absurdo decreto de Piérola amenazando con fuertes penas a las personas que pagasen esa contribucion.—Lynch hace destruir el establecimiento que se negaba al pago.—Marcha a Supe i se apodera de una cantidad de pertrechos del enemigo.—Los capitalistas peruanos hacen intervenir en su favor la diplomacia estranjera demostrando que sus propiedades pertenecian a neutrales.—Lynch descubre el engaño en que se habia hecho caer a los ministros diplomáticos estranjeros.—Captura siete millones de pesos en papel moneda del gobierno del Perú.—Desembarco en Paita i destruccion de las propiedades del Estado.—Plan de operaciones propuesto por la prensa de Lima para destruir a la division del comandante Lynch.—Difícil desembarco en el puerto de Eten.—Proclamas i amenazas del prefecto de Lambayeque.—A pesar de ellas, los chilenos recorren todo el departamento sin encontrar resistencia en ninguna parte.—Penetran en el departamento de La Libertad, cuyos pobladores pagan puntualmente la contribucion de guerra.—Desorganizacion i fuga de las fuerzas reunidas para resistir a los chilenos.—Los expedicionarios vuelven al sur despues de una campaña de dos meses.—Resultados de esta expedicion.—Nueva expedicion a Moquegua.—Esta ciudad paga la contribucion de guerra.—¿Sobre quién pesa la responsabilidad de estas exacciones?—Violaciones del derecho de jentes cometidas por los peruanos.

Cuando el gobierno de Chile adelantaba los aprestos de que hemos hablado en el capítulo anterior, no habia perdido por completo la esperanza de hacer entender al enemigo que era llegado el caso de poner término a una guerra tan funesta ya para la alianza perú-boliviana. Creia entónces que todavía era posible demostrar prácticamente al enemigo la imposibilidad en que se hallaba para defender el territorio peruano no ya contra un ejército numeroso sino contra pequeñas divisiones. Este fué el objeto de una expedicion que las quejas, los insultos i las lamentaciones de los documentos oficiales del Perú, i de los escritos de su prensa, han hecho famosa. Esta misma circunstancia nos obliga a dar algunos pormenores.

A fines de agosto de 1880 estaban listas en los puertos de Iquique i de Arica las fuerzas que debian formar esta division. Componíanlas 1,900 hombres de infantería, 400 jinetes, tres cañones Krupp de montaña con su respectiva dotacion de soldados i oficiales, una seccion del cuerpo de ingenieros militares i una ambulancia completa con sus médicos, cirujanos i sirvientes. Formaba toda la division un total de 2,600 hombres. Dos grandes trasportes convoyados por las corbetas de guerra *Chacabuco* i *O'Higgins*, debian conducir estas tropas. El mando de ellas fué confiado al capitán de navío don Patricio Lynch. Aparte de las indicaciones que se le hicieron sobre los puntos en que convenia operar, el comandante Lynch debia reglar su conducta a las instrucciones jenerales que constituian el código de guerra del ejército de Chile ¹.

1. El gobierno de Chile habia distribuido desde el principio de la guerra a todos sus oficiales, como dijimos en otra parte, las *Instrucciones para los ejércitos de Estados Unidos en campaña*, a fin de que ajustaran a ella su conducta. Para que se conozca el carácter de estas reglas, nos parece conveniente reproducir aquí el juicio que acerca de ellas da BLUNTSCHLI en la introduccion de su *Derecho internacional codificado*. Dice así: «Aparecieron durante la guerra civil que desoló a Estados Unidos estas instrucciones que se pueden considerar la primera codificacion de las leyes de la guerra continental. El proyecto de estas instrucciones fué preparado por el profesor Lieber, uno de los jurisconsultos i filósofos mas respetados de América. Este proyecto fué revisado por una comision de oficiales i ratificado por el presidente Lincoln. Contiene prescripciones detalladas sobre los derechos del

Habiendo dicho muchas veces los escritores peruanos i sus agentes en el extranjero que el comandante Lynch es un soldado grosero i brutal, debemos, contra nuestro sistema de no distraernos con hechos estraños a la guerra, comenzar nues-

vencedor en pais enemigo, sobre los límites de estos derechos, etc., etc., (en una palabra, sobre todo lo concerniente a la guerra...) Son mucho mas completas i desarrolladas que los reglamentos en uso en los ejércitos europeos. Como desde el principio hasta el fin contienen reglas jenerales relativas al derecho internacional en su conjunto, i como ademas guardan relacion con las ideas actuales de la humanidad i la manera de hacer la guerra entre los paises civilizados, sus efectos se estenderán mas allá de las fronteras de Estados Unidos i contribuirán poderosamente a fijar los principios del derecho de la guerra».

En la imposibilidad de reproducir aquí todas estas instrucciones, vamos a copiar algunos de los artículos relacionados con las operaciones de la division del comandante Lynch.

Art. 1.º Una ciudad, un distrito, un pais, ocupados por el enemigo, quedan sujetos, por el solo hecho de la ocupacion, a la lei marcial del ejército invasor su ocupante; no es necesario que se espida proclama o prevencion alguna que haga saber a los habitantes que quedan sujetos a la dicha lei.

«Art. 7.º La lei marcial se estiende a las propiedades i a las personas, sin distincion de nacionalidad.

«Art. 8.º Los cónsules de las naciones americanas i europeas no se consideran como agentes diplomáticos; sin embargo, sus personas i cancillerías solo estarán sujetas a la lei marcial, si la necesidad lo exige; sus propiedades i funciones no quedan exentas de ella. Toda infraccion que cometan contra el gobierno militar establecido, puede castigarse como si su autor fuese un simple ciudadano, i tal infraccion no puede servir de base a reclamacion internacional alguna.

«Art. 10. La lei marcial da al ocupante el derecho de percibir las rentas públicas i los impuestos, ya, sea que éstos hayan sido decretados por el gobierno espulsado o por el invasor.

«Art. 13. La guerra autoriza para destruir toda especie de propiedades; para cortar los caminos, canales u otras vias de comunicacion; para interceptar los víveres i municiones del enemigo; para apoderarse de todo lo que pueda suministrar el pais enemigo para la subsistencia i seguridad del ejército.

«Art. 21. Todo ciudadano o nativo de un pais enemigo es, él mismo, un enemigo, por el solo hecho de que es miembro del Estado enemigo; i como tal está sujeto a todas las calamidades de la guerra.

«Art. 37. El invasor victorioso tiene derecho para imponer contribuciones a los habitantes del territorio invadido o a sus propiedades, para decretar préstamos forzosos, para exigir alojamientos, para usar temporalmente en el servicio militar las propiedades.

Art. 45. Toda presa o botin pertenecen, segun las leyes modernas de la guerra, al gobierno del que ha hecho dicha presa o botin».

tra relacion haciendo una rectificacion a este respecto. Este oficial despues de haberse incorporado casi en su niñez en la marina chilena i de haber servido en la guerra contra la Confederacion Perú-Boliviana en 1838, completó sus estudios, por recomendacion del gobierno de Chile, en la marina de guerra de la Gran Bretaña. Sirvió con lucimiento en la guerra contra la China, i volvió a su pais con una sólida instruccion náutica, i con el grado de teniente de la marina inglesa ². La distincion de sus modales i de su trato, su facilidad para hablar idiomas estraños, i la franqueza i la tranquilidad de su carácter, le granjearon amigos entusiastas entre los estrañeros i entre los cónsules con los cuales tuvo que tratar en su espedicion, i con algunos de los cuales, por otra parte, tuvo que sostener sérias discusiones. Despues de la ocupacion de Iquique, en noviembre de 1879, habia desempeñado el cargo de gobernador de esta plaza; i allí se habia hecho estimar de nacionales i estrañeros por su celo en el cumplimiento de sus obligaciones i por la suavidad i por la rectitud de su administracion.

El 4 de setiembre partió de Arica la division espedicionaria. Sabiendo que poco ántes se habian desembarcado armas para el gobierno peruano en el puerto de Chimbote, el comandante

2. De la foja de servicios del capitán de navío don Patricio Lynch, ascendido a contra-almirante el 5 de abril de 1881, tomamos las palabras siguientes:

«En 1838 salió de Valparaiso en la division naval destinada a bloquear el puerto del Callao. Durante el bloqueo asistió a los ataques parciales contra las fuerzas del Callao, bajo las órdenes del comandante don Leoncio Señoret i tomó parte en el abordaje i toma de la *Socabaya* i destruccion del bergantin *Congreved*, i navegó cónstantemente en las aguas de la república peruana protejiendo las operaciones del ejército restaurador hasta su regreso a Valparaiso.

«En 1840 se embarcó en un buque de guerra de S. M. B. i partió a Inglaterra para instruirse en el servicio de la marina de esa nacion.

«Fué trasbordado a un buque de la escuadra que la Inglaterra mandó contra la China en la guerra que aquella nacion sostuvo durante tres años, i se halló en nueve combates i en la toma de Canton, Chusart, Nanghoo i Nankuto, llevando siempre la bandera inglesa, por lo que recibió una medalla del gobierno de S. M. B.»

Posteriormente tuvo el mando de varios buques de la marina chilena, i desempeñó el cargo de gobernador marítimo de Valparaiso.

Lynch se dirigió allí, i en efecto llegó en la mañana del día 10. Inmediatamente desembarcó una parte de sus fuerzas sin hallar resistencia, por haber huido la corta fuerza que lo guarnecia, tomó posesion del pueblo declarándolo centro de las operaciones de su division, del ferrocarril i del telégrafo; i despreciando los avisos que le dieron algunas personas de hallarse cerca tropas peruanas, se internó el mismo día a la cabeza de unos 400 hombres hasta las haciendas del Puente i Palo Seco. Estas hermosas estancias destinadas al cultivo de la caña i a la fabricacion de azúcar, para lo cual poseia ricas maquinarias i depósitos, eran de propiedad de don Donisio Derteano, amigo personal de Piérola, i comandante, como hemos visto, de una de las divisiones de la reserva que se organizaba en Lima. Allí impuso una contribucion de guerra por valor de cien mil pesos, dando al efecto tres dias de plazo para que los administradores se procurasen el dinero, o a falta de éste, buenas letras sobre Lóndres o sobre Valparaíso.

Miéntas tanto, algunas partidas de caballería de la division chilena recorrian los campos i pueblos inmediatos, sin encontrar por ninguna parte la menor resistencia. Las autoridades peruanas huian al interior, con el pretexto de organizar la defensa. Una de esas partidas avanzó hasta Virú, a once leguas de Trujillo. Aunque esta ciudad habria podido defenderse contra los invasores, nadie pensó en otra cosa que en huir al interior, dando el primer ejemplo de ello las autoridades del departamento. El ferrocarril del estado fué puesto gratuitamente al servicio de todos los que abandonaban la ciudad en medio de la mas completa confusion. Los chilenos habrian podido entrar a Trujillo sin disparar un tiro.

La noticia de estos hechos fué trasmitida a Lima por el telégrafo. Produjo allí una honda impresion, i un despecho indescriptible en el gobierno de la dictadura. Sin vacilar un instante, dictó Piérola un decreto el 11 de setiembre cuya parte dispositiva está consignada en estos términos: «La entrega de toda suma al enemigo por el hacendado del Puente, cualquiera que sea la forma en que se verifique, será perse-

guida i penada como delito de traicion a la república. Declárase, ademas, *ipso facto*, de la pertenencia del Estado, toda propiedad en la que se suministrase al enemigo, dinero o especies que no tomare éste a viva fuerza i por sí mismo».

Este decreto se presta a sérias observaciones. Piérola parecia desconocer por completo que segun las doctrinas mas elementales del derecho de jentes él no podia legislar sobre el territorio de que habia tomado posesion el enemigo, i que los habitantes de ese territorio estaban obligados a obedecer al jefe que lo ocupaba ³. El decreto de 11 de setiembre, era bajo este aspecto, la repeticion testual de los decretos de marzo de este mismo año, por los cuales habia pretendido impedir la esportacion de guano, i de salitre de las provincias ocupadas por el ejército de Chile, condenando a la pena de confiscacion a las naves de cualquiera nacionalidad que esportaren ese artículo ⁴. Por otra parte ¿tenia el dictador peruano derecho para imponer por sí i ante sí la pena de confiscacion contra sus nacionales que pagasen la contribucion de guerra bajo la fuerza de la ocupacion extranjera? Por mucho que se quieran ampliar las facultades de la dictadura, ellas no alcanzan hasta violar el derecho de propiedad por un simple decreto. Así, veremos mas tarde que despues de las primeras operaciones practicadas por el comandante Lynch, nadie se acordó del decreto del dictador.

Parece que el propietario de las haciendas del Puente i Palo Seco no tenia ninguna fe en la eficacia de la resolucion dictatorial. Contestando sobre este asunto a su administrador, le dice que hai en esos establecimientos «valiosos intereses de terceros neutrales comprometidos bajo la fe de su palabra i por obligaciones comerciales, i que los ha impuesto de lo que pasa a fin de que los resguardaran hasta donde les sea

3. BLUNTSCHLI (*Derecho internacional codificado*) dice espresamente lo que sigue: «Art. 544. Cuando el enemigo ha tomado posesion efectiva de una parte del territorio, el gobierno del otro Estado deja de ejercer allí el poder. Los habitantes del territorio ocupado están eximidos de todos los deberes i obligaciones respecto del gobierno anterior, i están obligados a obedecer a los jefes del ejército de ocupacion».

4. Véase mas atras, part. II, cap. XI.

posible». Estas palabras significaban simplemente que el propietario tenia contraídas fuertes deudas a favor de neutrales i que esta circunstancia debia eximirlo de pagar la contribucion de guerra. Pero, este espediente fué mui luego mas latamente desarrollado por la astucia de los negociantes, de tal suerte que pocos dias mas tarde no habia en el norte del Perú una casa, una hacienda, un camino, un canal que no se dijera propiedad de ingleses, de franceses o de italianos.

Espirado el plazo que fijó el comandante Lynch para el pago de la primera contribucion que habia impuesto, recibió del administrador de aquellas haciendas, que era uno de los hijos del propietario, una carta que envolvia una negativa absoluta. En defensa de ella alegaba dos razones, el decreto de Piérola que prohibia pagar la contribucion de guerra, i las deudas que el interesado tenia a favor de neutrales. Pero, el comandante Lynch no se dejó enredar por estas resistencias. El mismo dia 13 de setiembre contestó al reclamante una breve carta que contiene estas palabras: «En vista de su comunicacion, he dado ya las órdenes del caso para que se proceda a la destruccion de la propiedad de su señor padre. No he tomado en consideracion, como una atenuacion a su resistencia al pago de la contribucion exigida, la orden del jefe supremo de la república que me comunica en su carta, porque esa orden no tiene valor alguno segun las prescripciones del derecho de la guerra. El señor jefe supremo de la república del Perú podrá disponer lo que estime conveniente en el territorio sometido a su soberanía; pero no puede exigir obediencia en la parte del territorio ocupado por nuestras armas. Suponer lo contrario seria hacer ilusorio el derecho de la guerra. El jefe supremo del Perú no salva con su decreto los intereses de su padre. Si con él pretendió impedir a nuestras fuerzas obtener el pago de las contribuciones que tienen el derecho de exigir, para su objeto, mas acertado habria sido que protejera con sus armas el territorio amagado por nuestras armas».

La orden de destruccion fué inexorablemente cumplida. La tropa cargó una cantidad considerable de azúcar, de arroz

i de otras especies; i en seguida se hicieron saltar los edificios con pólvora i dinamita. En uno de ellos habia encerrados unos 200 trabajadores chinos, empleados en el cultivo de la caña, algunos de ellos con grillos i cadenas en virtud de penas discrecionales aplicadas por sus patrones, sin intervencion alguna de la justicia, i segun las prácticas bárbaras ejercidas con estos trabajadores, cuya condicion era semejante sino peor que la de los antiguos esclavos ⁵. Esos infelices fueron restituidos a la libertad, i se declararon dispuestos a seguir a los expedicionarios. Absolutamente inútiles para manejar las armas, debian sin embargo, prestar útiles servicios como hombres conocedores de las localidades.

Antes de pasar adelante, debemos consignar un hecho que

5. Un distinguido viajero frances que recorrió el Perú durante los años de 1876 i 1877, ha consagrado dos pájinas de su libro a comparar la suerte del esclavo negro con la del trabajador chino. Permitasenos extraer algunas líneas para esplicar el levantamiento jeneral de estos últimos contra sus opresores con motivo de esta guerra.

«El negro era esclavo por toda su vida: el chino no lo es mas que por un tiempo determinado. Pero esta ventaja está contrabalanceada por un hecho innegable: el nuevo sistema suprime la sola garantia que se poseia contra la crueldad de los señores i el abuso de su autoridad. Esta garantía era el interes de prolongar las existencias útiles, de no debilitar por un exceso de trabajo las constituciones que reproducen un capital considerable. Este cálculo, por horrible que sea, era lójico i constituia una garantía en favor de la raza negra. Con los chinos esta garantía desaparece. Que el chino resista a la tarea durante ocho años, hé allí todo lo que exige el interes. I que estos ocho años se prolonguen mas allá de su límite legal, por cuentas fantásticas de herramientas quebradas, de vestidos usados, etc., etc., hé ahí la principal preocupacion del que compra i emplea chinos. La estadística prueba que apénas un tercio de estos hombres llega al fin del contrato: el resto sucumbe... El chino deja su pais i, por una triste mistificación, firma un compromiso de ocho años durante los cuales está a la disposicion absoluta de un señor. Las estipulaciones de sueldo son ilusorias: los hacendados pagan ordinariamente a los chinos en vestidos i en alimentos avaluados en precios fantásticos. El gobierno del Celeste Imperio impide la esportacion de mujeres, i por tanto los chinos no tienen compañera. Encerrados como rebaños, los chinos viven en galpones bajo la amenaza del látigo i del revólver. Por desgraciados que hayan sido en su pais, es imposible que ninguno de ellos haya soñado siquiera la espantosa miseria que le espera en la servidumbre peruana» CH. WIENER, *Pérou et Bolivie, récit de voyage etc.*, páj. 34.

M. Wiener ha previsto en su libro el peligro que envolvia para el Perú la existencia de la esclavitud disimulada de los chinos.

revela la poca eficacia que los hacendados del norte del Perú atribuían a los decretos del dictador Piérola. El 14 de setiembre, i por lo tanto el día siguiente de consumada la destrucción de aquellos establecimientos, llegaba a Chimbote un buque italiano, la *Arquímedes*. A su bordo iba un comisionado con encargo de pagar la contribucion de guerra impuesta a las propiedades que acababan de ser destruidas. La actitud asumida por Piérola era causa de que aquella proposicion llegase demasiado tarde.

El arrogante decreto del dictador del Perú no habia hecho mas que agravar los males de la situacion, provocando a los expedicionarios a ejecutar otros actos en que talvez no pensaban al principio. El mismo día 13 de setiembre, el comandante Lynch hizo sacar de la aduana de Chimbote las mercaderías depositadas, que pertenecian a neutrales, i entregó a las llamas el edificio que era de propiedad fiscal. Fuera de estos actos de duro rigor militar, no se cometió allí otra violencia. Los soldados chilenos cumplieron las órdenes de sus jefes sin ejecutar un solo desman. Los extranjeros, i entre ellos el cónsul de Estados Unidos, felicitaron al comandante Lynch por la disciplina de su tropa, que se habia abstenido de cometer los excesos casi siempre consiguientes a la ocupacion de una ciudad.

En Chimbote supo Lynch que en Supe, puerto del departamento de Lima, situado a treinta leguas de la capital, se habia desembarcado en esos días una partida considerable de armas i de pertrechos para el gobierno del Perú. Sin demorarse un solo instante, se embarcó en la misma tarde (13 de setiembre) con 400 hombres i se dirijió a ese puerto con un transporte i una corbeta de guerra, dejando en Chimbote el resto de sus fuerzas. Al desembarcar en Supe el 14 de setiembre, descubrió que el día anterior, los hacendados vecinos al puerto habian retirado empeñosamente las armas i pertrechos para dirijirlos a Lima. Lynch se adelantó en la noche hasta la hacienda de San Nicolas, i allí halló en efecto 300 cajones que contenian 200 mil tiros de rifle, últimos restos de la remesa de municiones que ya se habian remitido a la capital. No

siendo posible trasportarlos por carecer de bestias de carga, los hizo destruir. Habria querido tambien imponer una contribucion de guerra a aquella propiedad, convertida así en almacén de depósito del gobierno peruano; pero no hallando con quien tratar, por haberse ocultado los dueños o los administradores, mandó rápidamente destruir los establecimientos i edificios, i en seguida, haciendo tomar en los campos vecinos el ganado necesario para la mantencion de sus tropas, volvió a Supe, donde se embarcó de nuevo. El 16 de setiembre se hallaba otra vez en Chimbote ⁶.

Allí recibió el comandante Lynch dos noticias bien desagradables. La cañonera chilena *Covadonga* habia sido echada a pique en Chancai por un torpedo peruano, mediante una estratajema que no aprueban las leyes de la guerra. En la noche anterior, uno de sus soldados, que se alejó un poco del campamento, habia sido cobardemente asesinado a puñaladas i garrotazos. En el primer momento, apresó a tres individuos en quienes recaian sospechas de complicidad en este asesinato, i estaba dispuesto a hacerlos fusilar; pero temeroso de cometer una injusticia, se abstuvo de recurrir a este arbitrio extremo, i se limitó a recomendar a su tropa que evitase en adelante el caer en celadas de esa naturaleza.

Ya no tenia objeto la permanencia de la division chilena en Chimbote. Así pues, despues de haber destruido una parte del material del ferrocarril que conduce a Huaraz, respetando, sin embargo, el muelle i la estacion, Lynch entregó al cónsul de Estados Unidos las llaves de los almacenes en que quedaban depositadas las mercaderías neutrales sacadas de la aduana, encomendó a los estranjeros la policia de órden

6. Como hemos visto, Lynch habia ido a Supe con 400 hombres que no encontraron la menor resistencia en todo aquel distrito, i que solo lo abandonaron cuando vieron que ya no tenian nada que hacer en esos lugares, i sin que nadie los inquietara en lo menor. Dos meses despues, el 9 de noviembre, el diario oficial de la dictadura peruana, en su propósito de cantar victorias en todas partes, publicaba un largo artículo para demostrar la cobardía de los chilenos en cada una de sus operaciones, i decia estas palabras: «En Supe, los 3,000 hombres de Lynch huyen precipitadamente a solo la noticia de la aproximacion de fuerzas de esta capital».

de la poblacion, abandonada, como ya dijimos, por sus autoridades, i en la mañana del 17 de setiembre se hizo al mar con todas sus fuerzas.

No se habia alejado mucho del puerto, cuando fué alcanzado por un buque de guerra norte-americano que le llevaba comunicaciones de los ministros diplomáticos de Inglaterra, de Francia i de Estados Unidos acreditados cerca del gobierno del Perú. Eran éstas reclamaciones o mas propiamente representaciones en que se le pedia que eximiese del impuesto de guerra a tales o cuales propiedades que pertenecian a neutrales, o cuyos propietarios debian grandes sumas de dinero a tales o cuales extranjeros. Segun algunas de estas reclamaciones, varios de esos establecimientos aparecian de propiedad esclusiva de un extranjero que era simplemente el mayordomo o administrador. Al material rodante del ferrocarril de Chimbote a Huaraz, segun otras, aunque propiedad del gobierno peruano, se le daba por dueño a un norte-americano que en realidad era el usufructuario de su explotacion. El comandante Lynch, pudo haber contestado que segun las reglas del derecho de jente, la propiedad de neutrales en un pais enemigo corre los mismos riesgos de guerra que la de los ciudadanos del pais enemigo ⁷, principio que reconocia francamente el ministro de Estados Unidos en su nota de 14 de setiembre de 1880 i que no negaba ninguno de los reclamantes. Pero, empleando una gran sagacidad, habia recojido en los lugares que acababa de recorrer, todos los documentos suficientes para probar el engaño a que se habia inducido a los agentes consulares i diplomáticos; i no quiso perder la ocasion de revelar la verdad a esos funcionarios, presentando

7. «Están sujetos a pagar las contribuciones de guerra, dice Bello, no solamente los ciudadanos, sino los propietarios de los bienes raices, aunque sean extranjeros; porque siendo estos bienes una parte del territorio nacional, sus dueños se deben mirar como miembros de la asociacion civil, sin embargo de que bajo otros respectos no lo sean». BELLO, *Principios de derecho internacional*, part. II, cap. IV, núm. 3.

· Véanse sobre esto el art. 7 de las instrucciones del gobierno de Estados Unidos de que hemos dado cuenta en una nota anterior.

al efecto pruebas incontestables, que no dejaban lugar al menor jénero de dudas.

Recibió tambien el comandante Lynch en ese lugar otra comunicacion del ministro de Estados Unidos, escrita sin duda alguna a pedido del gobierno peruano. Decia en ella que se habian dado los primeros pasos para negociar la paz bajo la mediacion de su gobierno; i que en vista de estas circunstancias, «seria prudente i favorable a la pronta conclusion de la paz, evitar toda depredacion. i causas de encono que no sean obligatorias por sus órdenes». Lynch, sea que estuviese al cabo de estos hechos, o que supiese ya bajo qué reservas el gobierno de Chile habia indicado que no rechazaria la mediacion (de que hablaremos en el capítulo siguiente), se limitó a contestar cortesmente que miéntras no recibiera otras instrucciones superiores, tenia que obedecer las únicas que hasta entónces se le habian dado.

Al salir de Chimbote, Lynch sabia, por las comunicaciones sorprendidas al enemigo, que el gobierno del Perú esperaba una valiosa carga que debia traerle de Panamá el vapor *Islai* de la compañía inglesa, que estaba para llegar a ese puerto. En esta seguridad, esperó a dicho buque no léjos de la costa, lo detuvo el dia 18 de setiembre, i sacó de sus bodegas los 28 cajones que buscaba. Cuatro de ellos contenian estampillas de franqueo postal fabricadas en Estados Unidos por valor de 375,000 pesos, i los 24 restantes encerraban la suma considerable de 7.290,000 pesos en billetes de papel moneda de diversos valores, igualmente fabricados en Estados Unidos. Tenian éstos todos los requisitos i contramarcas necesarios para lanzarlos inmediatamente a la circulacion. Pero esos billetes, sin embargo, no estaban destinados a servir para una nueva emision legal, puesto que tenian una fecha anterior de algunos años, i que por su dibujo i por sus señales, eran la reproduccion de los que circulaban de tiempo atras en el Perú. Todo hacia creer que se les destinaba a una operacion ilícita, a hacerlos circular como papel moneda de una emision anterior, ocultando al comercio i al pais que se habia aumentado en mas de siete millones de pesos la emision auto-

rizada por las leyes anteriores. El comandante Lynch comprendió en el acto la importancia de la presa que acababa de hacer; i poco mas tarde tuvo motivo para confirmarse en su sospecha. Los billetes apresados circulaban en todo el Perú como moneda corriente, depreciados es verdad, como todo el papel moneda peruano, pero en las mismas condiciones que el papel entónces circulante.

La efectividad de este pensamiento financiero de la dictadura peruana se hizo evidente poco tiempo mas tarde. La prensa de Lima, sometida al réjimen dictatorial, no daba mas noticias que las que el gobierno queria hacer publicar. Desde el primer desembarco de los chilenos en Chimbote, publicaba cada dia la noticia de todos los actos de éstos, exajerando extraordinariamente las destrucciones, i lanzando al enemigo los mayores insultos i las mas arrogantes provocaciones i amenazas. Sin embargo, esa prensa guardó la mas estudiada reserva sobre la captura de los siete millones de pesos en papel moneda; i el Perú no supo nada sobre el particular durante meses enteros, hasta que revelaron este hecho los diarios de Chile.

Efectuada esta importante presa, los expedicionarios se dirijieron a las islas de Lobos, para impedir allí todo carguío de guano por cuenta del Perú; i en la madrugada del 19 de setiembre fondeaban en el puerto de Paita. Tampoco hallaron en este lugar la menor resistencia. Las autoridades habian huido al interior llevándose el material rodante del ferrocarril. Antes de desembarcar, Lynch apresó casi en la misma bahía el vaporcito *Isluya*, que trataba empeñosamente de huir de la escuadrilla chilena. Los papeles de ese buquecillo no estaban en regla; i, aunque llevaba indebidamente la bandera norte-americana, habia estado empleado en el trasporte de armas para el Perú. En seguida desembarcó en el puerto; i dejando allí sus tropas, avanzó él mismo con la caballería hasta la estacion de Huaca, donde destruyó todo el material rodante del ferrocarril que conduce a Piura, para aislar al enemigo i para hacer imposibles o difíciles sus movimientos.

En Paita, impuso a la ciudad la contribucion de guerra de

diez mil pesos, nombrando al efecto una comision de comerciantes con quien entenderse. Esta comision espuso que los vecinos se negaban a pagar el impuesto por temor a los castigos con que los habia amenazado el gobierno del dictador. Lynch hizo entónces sacar de la aduana las mercaderías que pertenecian a neutrales, cargó en sus buques una parte considerable de las que eran propiedad peruana, i mandó poner fuego al edificio así como a la prefectura i a la estacion del ferrocarril que pertenecian al Estado. Se abstuvo de incendiar las propiedades particulares porque una sola que hubiera ardidido habria comunicado el fuego a todo el pueblo, por ser construido de materiales fácilmente combustibles.

¿Qué hacian entre tanto las autoridades peruanas de esa rejion? Un coronel sub-prefecto de Paita, habia huido al avistarse los chilenos en el puerto. El prefecto de Piura habia hecho otro tanto, llevándose las fuerzas que allí habia, i dejando la ciudad a cargo del alcalde municipal. No hallamos en los documentos rastro alguno de que los fujitivos prepararan la menor resistencia. Por lo que toca al alcalde de Piura, el único acto suyo que hemos descubierto es una proclama de 23 de setiembre en que anunciaba que los chilenos se habian retirado de Paita. Esta noticia volvió la tranquilidad a la ciudad; pero sus habitantes que habian visto la fuga de todas las autoridades de la provincia al anunciarse que los chilenos estaban en el puerto vecino, no debieron quedar mui confiados en las palabras con que se terminaba la proclama aludida. «Piuranos, decia allí el alcalde don Manuel Antonio Arca; podeis contar siempre con el apoyo de las autoridades encargadas de velar por vuestros intereses». ¡Qué mas amarga burla podia hacerse entónces a esas poblaciones que veian huir a todas sus autoridades, al solo anuncio de que los chilenos estaban cerca!

En Lima, estos sucesos habian producido la mayor irritacion; pero a juzgar por los escritos de la prensa i por los decretos del gobierno, la opinion jeneral no queria comprender que el Perú no se hallaba en situacion de mantener la guerra, i mucho ménos de recuperar las provincias que habia perdido

en el sur, ni de espulsar a los chilenos de las provincias del norte. Léjos de pensar en un avenimiento aceptable en aquellas circunstancias, la vanidad nacional seguía soñando en triunfos por todas partes, i en la inmensidad de los recursos nacionales para llevar las cosas a una victoria definitiva. Respecto de las operaciones de que eran teatro las provincias del norte, la prensa de Lima propuso un arbitrio que se consideraba excelente i eficaz. Los hacendados de esas provincias, residentes en Lima, organizarían allí un comité central, i éste otros comités subalternos que armarían a todos sus habitantes, hombres i mujeres, para hacer a los chilenos una guerra implacable de esterminio, sin piedad, sin mirarse en medios de ningún jénero, guerra que debía destruir hasta el último soldado de las huestes invasoras ⁸.

Estos consejos podían ser mui patrióticos i mui varoniles;

8. *La Opinión Nacional* de Lima del 19 de setiembre, trazaba en los términos siguientes el plan de operaciones que debía seguirse.

«Es preciso en el día, organizar las guerrillas i no dejar en tranquilidad a las huestes enemigas.

«La sorpresa, la astucia, el engaño, todo, todo debe ponerse en práctica, para concluir con los asaltantes.

«Cualquiera medio debe ponerse en acción para concluir, i no dejar ni la menor huella de unas lecciones que dejan atrás en perversidad a las cáfres i beduinas.

«Nuestros guerrilleros, o mejor dicho, montoneros, organizados con los elementos proporcionados por los agricultores, pueden prestar importantísimos servicios.

«Bien montados, regularmente armados i conocedores palmo a palmo de nuestras comarcas, tendrán no solamente en jaque a nuestros enemigos, sino que los diezmarán, sembrando en ellos el pánico.

«A favor de las sombras de la noche o de la espesura de nuestros bosques, batirán a los enemigos.

«No es posible, repetimos, reparar en los medios.

«Nuestras miras, nuestro fin único no debe ser otro que acabar con los chilenos.

«Que la bala, la lanza, el puñal, la piedra, el palo, el fuego, en fin, cuanto pueda crear nuestro odio, nuestra venganza, sirvan para estirpar a la raza maldita de la América! . . .

«Que en las playas como en el desierto, que en las villas como en las ciudades i en los bosques como en los valles, no encuentren los merodeadores otra cosa que la muerte! . . .

«Que nuestras mujeres se conviertan en otras tantas Judith, i que nuestros

pero en aquellos momentos sobraban los consejeros i en cambio faltaban quienes ejecutasen los planes tan ardorosamente recomendados. Así, pues los hacendados de las provincias del norte, residentes entónces en Lima, en vez de apelar al peligroso arbitrio de organizar las guerrillas, que se creían tan eficaces contra la expedición Lynch, persistieron en otro plan que juzgaban más práctico. Consistía éste en simular transferencias de sus propiedades a nombre de algunos extranjeros, i en colocarlas de esta manera bajo el amparo i la protección de los ministros diplomáticos.

Mientras tanto, el comandante Lynch había salido de Paita el 22 de setiembre. Después de tocar otra vez en las islas de Lobos, llegó al puerto de Eten en la mañana del día 24. Esperaban hallar aquí una vigorosa resistencia, i creía que sus tropas tendrían al fin que trabar uno o muchos combates. Desde días anteriores, el prefecto del departamento de Lambayeque había publicado una belicosa proclama en que después de insultar a los chilenos llamándolos «salvajes, ladrones, hambrientos», recordaba a sus gobernados que habiendo «jurado sacrificarlo todo en aras de la patria», era llegado el

odio, nuestra venganza, nuestra vista sola, sean capaz de envenenar las aguas que beban en los arroyos de nuestros valles! . . .

«Que los torpedos i máquinas infernales, destrocen en nuestros puertos sus naves, i que en las playas o a donde quiera que sienten su planta impura, no haya sino un laberinto de minas! . . .

«Que los ingenieros i mecánicos i peones de nuestras haciendas, se conviertan en otros tantos zapadores! . . .

«Es necesario volarles sus parques, arrebatarles o destruirles sus armas i elementos de movilidad, degollarles sus caballos o envenenar el agua que beban, i en fin, sembrar en las huestes chilenas la muerte, la desolación i el espanto, poniendo en juego una astucia refinada i un valor espartano!

«Es preciso que no tengan hora ni momento seguro para morir! . . .

«Que caminen sobre un abismo, listo a tragarlos para siempre en su negro seno.

«Que el techo que los cubre, el terreno que pisan, la luz que los rodea i el aire que respiran, se infeste, corrompa i ponga fin a su negra existencia! . . .

«Debemos convertirnos en una especie de dioses vengadores e inventar males i desgracias que los abrumen! . . .

«Que los jóvenes, las mujeres, los niños i hasta los ancianos, se conviertan en verdaderas máquinas de destrucción! . . .

momento de correr contra el enemigo. Su proclama se terminaba con estas enfáticas promesas:

«Fuerzas de reserva: El honor i el deber que el patriotismo nos impone están a término de prueba. La invasion chilena se acerca; i para tan supremo instante, reglemos nuestra conducta por la que observaron nuestros hermanos del sur, que con heroismo i valor inimitables supieron llenar su consigna de morir por la patria. Para entónces i en todo caso, contad siempre que ocupará la vanguardia vuestro conciudadano i amigo.—*José Manuel Aguirre.*»

Lynch esperaba, pues, ser atacado en este puerto o en sus alrededores; i se confirmó en esta idea desde que se acercó al fondeadero. El puerto de Eten ofrece por la marejada constante i formidable, el mas peligroso desembarcadero. Para obviar esta dificultad, se habia construido allí en años atras un estenso muelle por donde era posible llegar a tierra con comodidad. Las escalas i pescantes de ese muelle, sobre el cual flotaba la bandera inglesa, habian sido retirados con anticipacion. Las máquinas del ferrocarril que conduce al interior, comenzaron a alejarse arrastrando todo el material rodante de la línea, a pesar de algunos cañonazos que le disparó la corbeta *Chacabuco*. Todo hacia creer que los expedicionarios iban a encontrar allí una vigorosa resistencia, que era mui fácil organizar en esos lugares para rechazar el desembarco.

Pero, el comandante Lynch no era hombre para arredrarse por esas dificultades ni por las amenazantes proclamas del prefecto de Lambayeque. Improvisó una escala, i con el mayor peligro de su jente, hizo trepar dos hombres al muelle, i mandó comenzar el desembarco costara lo que costara, haciendo subir uno a uno a sus soldados. Apénas habian pisado tierra los tripulantes de la primera lancha, 30 o 35 hombres, apareció por el lado del pueblo una columna de unos 200 o 300 soldados de infantería i de caballería, que rompieron sus fuegos a una gran distancia. Los chilenos se desplegaron inmediatamente en guerrilla, i se dispusieron a disputar palmo a palmo el terreno que pisaban, dando tiempo a que desem-

barcaran algunas otras partidas. No fué, sin embargo, necesario disparar un solo tiro. Al ver la actitud de los chilenos, la columna del prefecto de Lambayeque huyó en el mas espantoso desórden, dejando libre el desembarcadero. La marejada era tan violenta, con todo, que cuando llegó la tarde, solo habia tomado tierra un batallon de 550 hombres, que pudo ser sorprendido i destrozado durante la noche, i que, sin embargo, permaneció en la mayor tranquilidad.

Una vez en tierra, el comandante Lynch envió una nota al prefecto de Lambayeque en la cual le decia que resuelto a no hacer daño alguno a las poblaciones de aquel departamento, esperaba que se conservaran en su puesto las autoridades civiles, i que se le pagase una contribucion de guerra de ciento cincuenta mil pesos para no tener que ejecutar acto alguno de hostilidad. Le prevenia ademas que estaba resuelto a castigar con la mas rigurosa severidad cualquier acto de insidia como aplicacion de dinamita o materias explosivas a los ferrocarriles o a los lugares por donde transitaren sus tropas, para lo cual habia decidido fusilar tres peruanos por cada soldado chileno que perdiera por tales medios. El prefecto contestó negativamente, declarando al jefe chileno en los términos mas arrogantes, que estaba resuelto a resistir con toda enerjía a las pretensiones de los chilenos. Despues de esta declaracion, el prefecto Aguirre, que segun se supo despues, era mui mal querido en el departamento de su mando, se retiró al interior, alejándose mas i mas de los invasores a medida que éstos comenzaron a avanzar.

El desembarco de las tropas en esas condiciones demoró, tres dias de un trabajo continuo. Fué necesario construir pescantes para levantar uno a uno a los soldados; i con este espediente se facilitó la operacion. En la tarde del 26 de setiembre, cien soldados de infantería, llevando a su cabeza a don Federico Stuen, jefe de los ingenieros de la espedicion, emprendieron la marcha en busca de las máquinas i carros del ferrocarril. Sin esperar que estos llegasen, el comandante Lynch, con otros 600 hombres, se puso resueltamente en camino para Chiclayo, la capital i la ciudad mas importante del

departamento, i llegó a ella en la tarde del 27 de setiembre. Allí fué recibido por los extranjeros que formaban la guardia de propiedad, porque todas las autoridades habian huido. Sus tropas, incluso otro batallon, la caballería i la artillería que llegaron luego a reunírsele, fueron convenientemente hospedadas. Pero cuando impuso al pueblo la contribucion de guerra de 20,000, se le objetó que en virtud de los mandatos del dictador, nadie podia pagar la menor suma de dinero. Esta negativa produjo al dia siguiente la destruccion de varios edificios públicos i particulares.

Este último escarmiento hizo desaparecer muchas resistencias. El comandante Stuen, que a la cabeza de cien hombres, se habia adelantado atrevidamente al interior en busca del material rodante del ferrocarril, atravesó varios pueblos sin que nadie se le opusiera, i por el contrario recibiendo víveres para sus tropas. Desplegando una grande actividad, fué recojiendo los carros i locomotivas; i aunque éstas se hallaban desmontadas, i sus piezas ocultas en varios lugares, supo descubrirlas i sus operarios pusieron en pocas horas las máquinas en buen estado de servicio. En ninguna parte halló la menor resistencia, que sin embargo habria sido fácil oponer a una columna tan reducida. Léjos de eso, el pueblo de Lambayeque pagó sin la menor dificultad la contribucion de 4,000 pesos que se le habia impuesto, i 1,000 el de Ferriñafe. Muchos hacendados de aquellas inmediaciones imitaron este ejemplo, o entregaron especies de un valor correspondiente.

Las fuerzas chilenas volvieron a Eten el 4 de octubre trasportadas por el ferrocarril. En los ocho dias que habian permanecido en el departamento de Lambayeque, habian esperado en vano los efectos de las hostilidades con que las habia amenazado en sus notas i en sus proclamas el prefecto Aguirre. Pequeñas partidas de tropa habian recorrido diversos puntos del territorio; i en ninguna parte habian encontrado contra quien disparar un tiro. En Eten, el comandante Lynch, al devolver los carros i locomotivas, exigió de la empresa del ferrocarril una contribucion de guerra de 3,250 libras esterlinas. El caso estaba previsto. Desde dias atras los empresarios

habian arreglado las cosas para presentar el ferrocarril como propiedad de negociantes extranjeros, un italiano i un ingles, buscando de este modo la proteccion de las referidas legaciones. Pero Lynch se habia apoderado en Eten de los libros i papeles de la empresa, i en ellos habia hallado el oríjen de estas falsas trasferencias, el plan de hostilizar a los chilenos destruyendo los medios de desembarque, i retirando al interior el material rodante, i por último el contrato celebrado en 1867 con el gobierno del Perú para la construccion de la vía, mediante el cual la compañía se habia comprometido testualmente a no «cambiar jamás su carácter permanente de sociedad nacional, ni recurrir en ningun caso a reclamaciones diplomáticas». En vista de estas pruebas que destruian por completo todo el plan de la empresa, tuvo ésta que pagar la contribucion exigida.

En la misma tarde del 4 de octubre, salieron de Eten por el camino de tierra las fuerzas espedicionarias con direccion al vecino departamento de La Libertad. Pasaron por Pueblo Nuevo, Guadalupe i San Pedro, deteniéndose en cada lugar para percibir las contribuciones de guerra impuestas a las ricas haciendas de aquellos alrededores. Todos pagaban las cuotas asignadas en buenas letras sobre Lóndres o sobre Valparaiso, en plata amonedada, en plata u oro de chafalonía, o en especies. Por fin, el 16 de octubre se emprendió la marcha sobre la ciudad de Trujillo. Un mes ántes, cuando las fuerzas espedicionarias se hallaban en Chimbote i en sus alrededores, i cuando algunas partidas chilenas avanzaron hasta Virú, las autoridades de Trujillo, i un gran número de sus vecinos, abandonaron desordenadamente la ciudad. Ahora se decia que habia allí 4,000 hombres dispuestos a hacer una heroica defensa, i aun se anunciaba que el mismo Piérola habia salido de Lima con un refuerzo de tropas para castigar ejemplarmente a los invasores. El prefecto del departamento de La Libertad, coronel don Adolfo Salmon, habia anunciado al gobierno de Lima el 7 de octubre las medidas de defensa que tomaba, i concluía con estas palabras: «El pueblo de Trujillo, enterado de lo que pasa, permanece tranquilo, lo cual me

prueba la confianza que tiene en que velo por su seguridad, comprometiéndome así mi gratitud personal». La prensa de Lima habia publicado este telegrama como el anuncio de una próxima victoria.

El comandante Lynch llegó a creer que estos aprestos serian formales, sobre todo cuando al acercarse al valle de Chicama, el 17 de octubre, fué recibida su division por seis tiros de rifle que se le dispararon de un bosque vecino. En el acto dió colocacion a sus tropas; i como divisase sobre un cerro inmediato a siete individuos armados que parecian estar de avanzada, hizo disparar un cañonazo en esa direccion. Los exploradores enemigos tomaron la fuga; i las guerrillas chilenas que salieron en su persecucion, volvieron pronto con dos prisioneros i con la noticia de que las fuerzas del prefecto Salmon se habian dispersado en todas direcciones al ver la division chilena. El camino del valle de Chicama hasta la ciudad de Trujillo, quedaba despejado. Los espedicionarios, en efecto, avanzaron tranquilamente hasta Paijan, desde donde el comandante Lynch impuso las contribuciones que debian pagársele.

A pesar de que toda resistencia era imposible, algunos paisanos que estaban ocultos en un bosque de los alrededores de ese pueblo, hicieron fuego sobre un grupo de soldados chilenos que pasaban desprevenidos, sin herir a ninguno de ellos. Contestados los tiros por éstos, cayó uno de los asaltantes i los otros se dispersaron. En otra parte, algunos paisanos tomaron descuidado a un soldado chileno que se habia separado de sus compañeros, lo llevaron a un bosque, i habiéndolo amarrado a un árbol, le dieron de garrotazos, i lo dejaron mal herido. El comandante Lynch, apresó a dos de los instigadores de este crimen i les hizo dar 120 azotes. Despues de este castigo, no volvió a hacerse sentir ningun acto de hostilidad.

En esos dias, la prensa de Lima estaba en espectacion de los sucesos de Trujillo a cuya probable resistencia daba al mayor importancia. El 20 de octubre anunciaba que el prefecto Salmon quedaba con sus fuerzas en Ascope, i amenazaba el flanco de la division chilena que se hallaba a dos leguas

de distancia. La batalla, se decía, es inminente. El hecho era cierto en cuanto a la distancia, pero toda batalla era imposible. Lynch ocupaba ese día el pueblo de Chocope, i de allí hizo salir unos quinientos hombres para ocupar el pueblo de Ascope. Este solo movimiento decidió la dispersion completa i definitiva del enemigo. El prefecto Salmon, que habia creído poder organizar alguna resistencia, se habia visto solo i abandonado, i ya no tuvo mas arbitrio que tratar, haciendo valer al efecto la amistad personal que en otro tiempo lo habia ligado al comandante Lynch.

Desde dias atras, algunos extranjeros establecidos en esos lugares habian servido de mediadores en esos negocios, i habian conseguido que el comandante Lynch redujera la cuota de las contribuciones impuestas a esas propiedades. Agréguese a esto que en esos momentos habian llegado al puerto del Malabrigo algunos buques chilenos, i que éstos llevaban a Lynch la órden de volver inmediatamente al sur del Perú a fin de que estuviese listo para la nueva campaña que se iba a abrir. Fué necesario detener la marcha a tres leguas de Trujillo, con tanta mayor razon cuanto que esta ciudad i los hacendados de los alrededores pagaban el todo o al ménos una buena parte de la cuota impuesta como contribucion ⁹. Las

9. Nada demuestra mejor que el hecho siguiente el ningun caso que entonces se hacia del decreto de Piórola de 11 de setiembre contra los que pagasen la contribucion de guerra. La hacienda de Mocan, propiedad de don Nemesio Orbegoso, ministro de gobierno i policia del dictador, pagó la cuota que se le habia impuesto. Cuando se tuvo noticia de este hecho en Lima, los hacendados que habian sufrido perjuicios enormes por haber obedecido ese decreto, alzaron el grito contra esta conducta de un ministro de estado. Orbegoso declaró que él no tenia noticia de lo que habia ocurrido, i pidió informe al prefecto de Trujillo, el cual a su vez manifestó que tampoco él sabia nada. Pero luego se buscó una explicacion apropiada para el caso. Un respetable hacendado aleman, don Luis G. Albrecht, habia servido de mediador en estas negociaciones entre el prefecto de Trujillo i el comandante Lynch, i mediante su prestigio i su honorabilidad, habia conseguido de éste que rebajase el impuesto i que no ocupase la ciudad de Trujillo. Se dijo que este caballero habia pagado por él i por todos los demas la contribucion de guerra. En nota de 2 de noviembre, el ministro Orbegoso explicaba así los hechos al dictador, agregándole que como su hacienda debia fuertes sumas a una casa alemana, era posible que Albrecht, sin comunicárselo al propietario i

fuerzas expedicionarias, despues de destruir el puente del ferrocarril que habia en el valle de Chicama, para no ser molestados en su marcha, dieron la vuelta a la costa, i se embarcaron en los puertos de Malabrigo i de Pacasmayo en los dias 26 i 27 de octubre. Su escuadrilla se habia reforzado con otros buques que habian llegado de Chile, i pudieron embarcar, junto con las mercaderías tomadas como contribucion de guerra, cerca de 400 chinos que les habian servido de guias durante la campaña, i que no querian quedar en esos lugares temerosos de los castigos i venganzas que no habrian tardado en caer sobre ellos. El 1.º de noviembre, los expedicionarios llegaban al puerto de Quilca, donde debian esperar órdenes de su gobierno.

Tal es la historia de la expedicion Lynch. Una division de 2,600 hombres habia recorrido durante dos meses los departamentos mas ricos i poblados del Perú, sin que en ninguna parte se organizara una fuerza capaz de oponerle la menor resistencia, i sin mas pérdidas que la de tres hombres, uno asesinado en Chimbote i dos que se ahogaron al embarcarse en el puerto de Pacasmayo, a consecuencia de la violenta reventazon de las olas. Como producto financiero de la expedicion, i como resultado de las contribuciones de guerra, los expedicionarios volvian con 29,050 libras esterlinas, 11,428 pesos en moneda de plata, 5,000 pesos en papel moneda del Perú, con algun oro i plata en barra i chafalonía i con una carga considerable de mercaderías i productos de aquellas provincias en que figuraban mas de 2,500 sacos de azúcar, 600 de arroz i muchos fardos de algodon, cascarilla, tabaco, etc., etc. Deben contarse ademas como producto de la expedicion, los siete millones de pesos en papel moneda capturados al gobierno peruano, i que circularon fácilmente en el resto de la guerra ¹⁰.

a sus administradores, hubiera querido resguardar los intereses de esa casa efectuando el pago. Así, pues, los hacendados peruanos hacian servir las deudas verdaderas o falsas a favor de los extranjeros, para escusarse de pagar la contribucion de guerra; o para escusarse de haberla pagado desobedeciendo los decretos del dictador.

10. Al referir los sucesos concernientes a la expedicion Lynch, hemos te-

Las provincias del norte, aparte de aquellas pérdidas i de las destrucciones consiguientes a los decretos lanzados por el gobierno de la dictadura que no habia sabido o que no habia podido defenderlas eficazmente, tuvieron que sufrir las consecuencias de la sublevacion de los trabajadores chinos que privaban de brazos a su agricultura.

La prensa de Lima que habia estado anunciando cada dia la próxima derrota i destruccion de las fuerzas que mandaba Lynch, reconoció al fin que las correrías de una division de ménos de tres mil hombres en aquellas provincias era una mengua para ese pais. Entónces pidió un castigo tremendo i ejemplar para los mandatarios de esos distritos, como si ellos fuesen los responsables del abandono en que el gobierno de la dictadura habia dejado las provincias para reconcentrar todos los elementos de su poder en Lima. Un diario de esta ciudad, *La Opinion Nacional* trazaba con este motivo el 16 de diciembre, el cuadro de esta campaña, con los insultos de siempre a Chile i los chilenos, en los términos siguientes: «La opinion pública ha devorado con el rubor de la vergüenza i el jemido de la cólera, los detalles de la espedicion chilena al norte del Perú: vergüenza i cólera que hasta hoi habia ocultado con discreta misericordia, pero que ya manifiesta en toda su fuerza, para coadyuvar a la accion represora del gobierno. Estamos en presencia de lo increíble, de lo inesperado, de lo inverosímil: una cuadrilla de salteadores ha recorrido nuestro litoral desde Paita hasta Supe, ha penetrado a sus vâlles, ha destruido valiosas riquezas, ha llenado sus buques de âmplico botin, lleva en sus carteras gruesos tesoros, i todo ello no le

nido siempre a la vista, como lo hemos hecho tambien al escribir las otras partes de este libro, los documentos peruanos i los documentos chilenos. Los partes oficiales del comandante Lynch i de los oficiales que operaban bajo sus órdenes, han sido publicados en Santiago en el *Boletin de la Guerra de Pacífico*, junto con la correspondencia de este jefe con las autoridades peruanas i con los cónsules i ministros diplomáticos extranjeros. Pero he utilizado igualmente una estensa relacion de toda la campaña consignada en una carta familiar de don Clotario Salamanca, médico de la espedicion chilena, Esta carta ocupa nueve columnas de *El Ferrocarril* de Santiago del 12 de noviembre de 1880.

cuesta ni un hombre, ni una gota de sangre, ni siquiera un amago de represalia. El espíritu tradicionalmente valeroso de esas comarcas, se ha mostrado en esta vez indigno de su historia i de su fama»¹¹.

Otra expedición análoga a la anterior, aunque de menores proporciones, se había efectuado en esos días en otra parte del territorio peruano. El teatro de operaciones fué el valle de Moquegua que los chilenos habían ocupado anteriormente.

Hemos referido en otra parte¹² que en abril de 1880, cuando el ejército chileno emprendía la campaña sobre Tacna, las tropas que debían quedar en esos lugares, evacuaron la ciudad i el valle de Moquegua a causa de la insalubridad del clima. Se instalaron en efecto en el puerto de Pacocha, i allí permanecieron meses enteros en la más completa tranquilidad. Las fuerzas peruanas volvieron poco después a ocupar a Moquegua, i aun apresaron a un oficial chileno que dirigía la conducción de algunas cabezas de ganado. Pero más tarde, esa ciudad, en comunicación con las tropas peruanas de Arequipa, servía de objetivo de las ilusiones del dictador del Perú, que creía que por allí se podía hostilizar por varios medios al ejército chileno de Tacna. En efecto, en Moquegua se trataba entre otras cosas de fomentar la desertión en el ejército chileno, ofreciendo por carteles impresos 20 pesos a los soldados que se presentasen con sus armas i 10 a los que llegasen desarmados, asegurándoles además que hallarían trabajo donde les conviniera. Se creía, i la prensa de Lima lo repetía cada día, que las tropas chilenas cansadas de la inacción en que se

11. Para calmar la irritación de los ánimos, Piérola mandó encausar ante un consejo de guerra a los prefectos de Lambayeque i de La Libertad por no haber «puesto a las fuerzas invasoras la menor resistencia ni hostilidad alguna como han podido i debido hacerlo con los elementos que tenían a su disposición i en virtud de las órdenes que habían recibido». Este decreto, idéntico a los que se daban en el Perú después de cada desastre, fué publicado el 13 de diciembre, pero se le puso la fecha de 18 de noviembre para que no se creyese que había sido arrancado por la excitación que produjo en Lima la lectura de los partes del comandante Lynch publicados en los diarios de Chile.

12. Véase más atrás, part. II, cap. XI.

hallaban desde meses atras, estaban desmoralizadas i prontas a dispersarse.

Con este motivo, se resolvió en el campamento de Tacna el hacer una nueva espedicion a Moquegua. El 1.º de octubre salió de Arica el comandante don José de la C. Salvo, i en la mañana siguiente llegaba a Pacocha, i organizaba allí una columna de cerca de 600 hombres sacados de los cuerpos que guarnecian este puerto. Pocas horas mas tarde se ponía en marcha para Moquegua. En el camino se le juntaron un escuadron de caballeria, una batería de cañones de montaña i las bestias de carga para la conduccion de bagajes, que habian salido de Tacna por el camino de tierra. Las avanzadas enemigas que los espedicionarios hallaron en su marcha, huyeron precipitadamente dejando el camino completamente espedito.

El 6 de octubre, a medio dia, entraban los espedicionarios a Moquegua sin disparar un tiro. La guarnicion peruana de la ciudad habia huido rápidamente, dejando por todas partes carteles impresos destinados a fomentar la desercion en las tropas enemigas ¹³. Inmediatamente hizo notificar al pueblo que los propietarios i vecinos se reuniesen el siguiente dia para tratar de asuntos que interesaban a la localidad.

Verificada esta reunion el 7 de octubre, nombróse allí depositario de la autoridad pública al síndico de la municipalidad. En seguida, el comandante Salvo espuso que el pueblo debia suministrar víveres a su division para ocho dias, i pagar ademas en el término de cuarenta i ocho horas una contribucion de cien mil pesos. Cediendo, sin embargo, a las peticiones de los vecinos que representaban las pérdidas que habian sufrido en sus negocios por los bloqueos i por las operaciones militares, rebajó la cuota a sesenta mil pesos. Por lo demas, tanto a esa reunion como a una comision de señoras que se le

13. Esos carteles decian testualmente como sigue:

«*Aviso importante.*

«La prefectura de la provincia litoral de Moquegua, ofrece dar a los desertores del ejército chileno que se presenten armados, una gratificacion de veinte soles, i sin armas diez; i ademas tendrán los mismos seguridad de trabajo libremente donde les convenga».

acercó despues, declaró que su tropa no cometeria acto alguno contra las personas, i en efecto castigó con la mayor severidad los desmanes de tres soldados contra los cuales se quejaron unos vecinos.

El pago de la contribucion comenzó a hacerse el dia siguiente; pero fué necesario ampliar el plazo hasta el 14 de octubre. La suma fué al fin pagada íntegramente en dinero, en plata labrada, i en algunas alhajas. Fueron entregados igualmente el ganado i especies para la mantencion de la tropa.

Entre tanto, se anunció en Moquegua que venian fuerzas peruanas de Arequipa; i fué necesario colocar avanzadas en todos los caminos, i dar aviso a Tacna. Salió de esta ciudad el coronel don Pedro Lagos con los refuerzos necesarios para rechazar cualquier ataque de los peruanos. Pero no habiendo el menor peligro, esas tropas volvieron a Tacna de la mitad del camino. Solo Lagos llegó a Moquegua en los momentos en que la columna chilena dejaba esta plaza (14 de octubre) despues de haber desempeñado su comision. Las tropas chilenas regresaron tranquilamente unas a Pacocha, i otras a Tacna.

Moquegua tuvo todavía que pasar por nuevos sacrificios luego que se retiraron los chilenos. El prefecto de Arequipa, como hemos visto, no habia sabido defender esa ciudad en los dias que habia estado bajo el poder del enemigo, i cuando imposibilitada para toda resistencia, tenia que pagar a éste el impuesto de guerra. Cuando ya no habia chilenos a quienes combatir, envió a Moquegua algunas tropas, e impuso a la poblacion otra contribucion de 60,000 pesos en castigo de haber pagado anteriormente igual suma al enemigo. Era aquello el colmo de la injusticia.

Cuando se leen estas dolorosas pájinas de la historia de nuestros dias, se siente el corazon oprimido i amargado. Tanto Lynch en las provincias del norte del Perú como Salvo en Moquegua, encargados de duras comisiones, habian tenido empeño en evitar los ultrajes a las personas i los desmanes de sus soldados, de donde resultó que los estranjeros, i entre ellos los cónsules, informaron ventajosamente de la moralidad

i disciplina de la tropa. Pero, la imposición de estas contribuciones, recayendo muchas veces sobre personas ajenas a la política, nos hacen condenar la guerra i sus inexorables leyes.

¿Quiénes son los responsables de estos males? No es difícil dar contestación a esta pregunta. Los gobiernos que desatendiendo los verdaderos intereses de su país, preparan las guerras engañados por los cálculos mas erróneos, celebran alianzas secretas, i a la sombra de ellas perturban la paz de sus vecinos, por pacíficos que éstos sean. El responsable de estos daños era el mismo Perú que desde 1873 habia preparado el incendio que debia devorarlo; i que despues de los grandes desastres que habia sufrido en la campaña, se obstinaba en mantener una guerra insensata que habia de costarle nuevas derrotas i nuevos sacrificios. Cuando el vencedor suspendiendo las hostilidades durante meses enteros, habia querido darle algunos días de calma para que pudiese meditar sobre su situación, el Perú habia provocado de nuevo los rigores de la guerra con sus arrogantes proclamas, con sus torpedos i con sus proyectos de alianzas quiméricas. No era extraño que sufriese las consecuencias de su errada obstinación ¹⁴.

Los escritores peruanos, tanto en Lima como en el extranjero, se han empeñado en probar que las contribuciones impuestas por los chilenos son una violación de todas las leyes

14. Las contribuciones impuestas al enemigo en dinero, i las requisiciones en especies, en víveres, etc., para atender a las necesidades de los ejércitos, han sido en todo tiempo uno de los males mas terribles de las guerras. Segun un informe del ministro del interior a la Asamblea nacional de Francia poco despues de la última guerra con la Alemania (1870-1871), los treinta i cuatro departamentos de aquel país que fueron invadidos por los alemanes, pagaron a éstos 39 millones de francos como contribuciones de guerra, impuestas en diversos lugares; 49 millones como impuestos ordinarios percibidos por las autoridades alemanas, i 327 millones como requisiciones para el sustento del enemigo, en todo 415 millones de francos; i esto aparte del enorme rescate impuesto como indemnización en el tratado definitivo de paz. Véase el *Journal des économistes*, noviembre 1871, páj. 324.

En la jurisprudencia internacional, la *contribucion* de guerra consiste en lo que los habitantes del país ocupado están obligados a pagar ordinariamente en dinero, para el sostenimiento del ejército de ocupación i segun una cuota fijada; i la *requisición* es la petición hecha por la autoridad de poner a su disposición caballos, ganados, carros, forrajes u otros objetos.

internacionales. Nos parece que esto es colocar la cuestion en mal terreno. La facultad de imponer contribuciones de guerra a los habitantes de un territorio enemigo por el jefe de ejército que lo ocupa, i de exijir su pago con toda severidad en caso de resistencia, será todo lo que se quiera, pero está autorizada por el derecho internacional moderno i por la práctica de todás las naciones. Esta lei no tiene mas que una medida, i es la que dictan la humanidad i la prudencia. Chile fué severo, quizá, con su enemigo, pero esa severidad fué provocada por los imprudentes decretos del gobierno del Perú que prohibian bajo las mas terribles penas el pagar esas contribuciones, pretendiendo así legislar contra todo derecho, sobre un territorio que no estaba sujeto a su jurisdiccion efectiva, por hallarse ocupado por el enemigo, i que aquel gobierno no podia defender. Los jefes chilenos no podian ni debian dejarse burlar en sus operaciones, por los absurdos decretos que daba el dictador del Perú.

Pero ya que hablamos de violaciones del derecho internacional, queremos, ántes de pasar adelante en la narracion de los hechos, recapitular sumariamente las que los chilenos han sufrido de sus enemigos, algunas de las cuales merecen llamar la atencion.

El mismo dia en que Bolivia declaraba la guerra, el presidente Daza disponia por un simple decreto la confiscacion de los bienes de los chilenos, medida que se ejecutó con todo rigor, violando así los principios mas obvios del derecho de jente ¹⁵.

Las estipulaciones hechas por dos Estados en prevision de una guerra, i para reglar sus relaciones durante la lucha, obligan a las dos partes, i ninguna de ellas puede violarlas sin co-

15. «Los bienes poseidos en el territorio de una de las partes beligerantes por los súbditos del otro, continúan protegidos por las leyes, i no pueden ser confiscados sin una violacion del derecho internacional». HEFFTER, *Le droit international de l'Europe* (Berlin, 1873), § 125.

Los defensores de la alianza Perú-boliviana han dicho que en 1865 Chile confiscó los bienes de los españoles residentes en este pais; pero el hecho es absolutamente inexacto, porque jamás se ejecutó, ni se decretó siquiera tal confiscacion.

meter una infraccion del derecho internacional ¹⁶. El Perú habia celebrado con Chile un tratado solemne en 1876; i por el artículo 17 se habia estipulado testualmente lo que sigue:

«Si llegase el caso de una guerra entre las dos Repúblicas, éstas, con el deseo de disminuir sus males estipulan desde ahora i para entónces lo siguiente:

«1.º Rotas las hostilidades, los ciudadanos de cualquiera de las partes que residan en el territorio de la otra, tendrán el privilegio de permanecer en él i continuar en su jiro i ocupaciones habituales, miéntras se conduzcan pacíficamente i no conculquen las leyes de la guerra. En caso de que su conducta los hiciere justamente sospechosos i el gobierno del pais juzgase conveniente hacerlos salir, les concederá el término de doce meses contados desde la notificacion de la orden para que durante él puedan arreglar sus negocios i retirarse con sus familias i sus bienes, para lo cual se les dará salvoconducto. Este favor no comprenderá a los que obrasen de un modo hostil.»

Se recordará como cumplió el Perú este compromiso. Declaró la guerra a Chile el 6 de abril de 1879, i nueve dias despues decretó la espulsion, sin escepcion alguna, de todos los chilenos residentes o establecidos en el Perú, dándoles para verificarlo, el plazo de ocho dias, que en algunos lugares fué reducido a dos ¹⁷.

El derecho de jentes condena en la guerra el empleo de los medios de destruccion que por procedimientos mecánicos,

16. «Las convenciones hechas entre dos estados para regularizar sus relaciones en prevision de una guerra, obligan a las partes contratantes, i ninguna de ellas puede dispensarse de cumplirlas». P. FIORE, *Nouveau droit international publié suivant les besoins de la civilisation moderne*. Part. II, libro II, cap. III.

17. Véase mas atras, part. II, cap. II.

Conviene advertir que el tratado de 1876, de que hemos copiado ese fragmento, habia sido ratificado por el congreso i el gobierno del Perú en febrero de 1877; pero el congreso de Chile no le habia prestado todavía su sancion cuando estalló la guerra. Sin embargo, el gobierno chileno cumplió por su parte este compromiso, absteniéndose de tomar medida alguna contra los ciudadanos peruanos que residian en éste pais, aun despues de haber sido espulsados los chilenos del Perú.

por decirlo así, destruyen masas enteras, sacrificando un gran número de vidas ¹⁸. Los peruanos usaron en Arica, i mas tarde en sus atrincheramientos en las inmediaciones de Lima, las minas de dinamita, algunas de las cuales eran encendidas por alambres eléctricos que partian de un hospital colocado bajo el amparo de la cruz roja, lo que importaba tambien una violacion de la lealtad con que debe hacerse la guerra.

Por último, si el derecho de jentes moderno autoriza ciertos medios de destruccion aplicados a las naves de guerra, como los torpedos, parece exigir que su aplicacion importe un acto de audacia, en qué el que los maneja esponga su vida i no proceda como el belijerante que envenena las aguas de una fuente. Cuando los chilenos fueron a bloquear el Callao, sus lanchas entraron audazmente al puerto i fueron a aplicar torpedos a las naves enemigas, esponiéndose por tanto a todos los peligros que podia envolver un acto semejante. Los peruanos emplearon tambien los torpedos, pero en condiciones bien diferentes, lanzándolos al mar como boyas flotantes, o colocándolos artificiosamente en embarcaciones menores en que no habia una sola persona, i en que por tanto nadie corria el menor peligro.

Si bien es cierto que en casi todas las guerras se ejecutan, aun en las operaciones perfectamente lícitas, trasgresiones mas o ménos graves del derecho internacional, i que por lo mismo merecen alguna atenuacion, las violaciones del carácter de las que acabamos de señalar, deben condenarse absolutamente.

18. «Las leyes de la humanidad proscriben el uso de los medios de destruccion que de un solo golpe, i por un medio mecánico, destruyen masas enteras de tropas, i que reduciendo al hombre al rol de ser inerte, aumentan inútilmente la efusion de sangre».—HEFFTER, obra citada, § 125.





CAPITULO VI

Las negociaciones de Arica, octubre de 1880

En los primeros días de la guerra, la Gran Bretaña ofrece su mediación a los beligerantes: Chile la acepta, i el Perú la rechaza.—Después de las repetidas victorias de Chile, la ofrece el gobierno de los Estados Unidos.—El ministro norte-americano cerca del gobierno del Perú, hace un viaje misterioso a Chile.—La mediación es ofrecida a Bolivia.—El gobierno de Chile acepta extra-oficialmente la mediación i propone las bases indeclinables bajo las cuales podia tratar.—Plan del dictador del Perú al aceptar la mediación.—El gobierno de Chile la acepta oficialmente i nombra sus representantes.—Los plenipotenciarios de los aliados se resisten al llegar a Arica.—Abrense al fin las conferencias en Arica.—Los representantes de Chile presentan sus proposiciones.—Discusión a que ellas dieron lugar.—Ruptura de las negociaciones.—Actitud de la prensa de Lima durante las negociaciones.—El gobierno i la prensa del Perú apelan a la América exigiendo su ayuda contra Chile.—Repetidos manifiestos de las cancillerías peruana i boliviana para obtener nuevas alianzas.

Las potencias extranjeras que mantienen relaciones comerciales con los tres países beligerantes, habían seguido con vivo interés el desenvolvimiento i la marcha de la guerra del Pacífico. Esta guerra, en efecto, les causaba grandes inquietudes por la paralización i por los perjuicios que sufría su comercio, i mas de una vez se habían sentido estimuladas a ofrecer sus

buenos oficios para llevar las cosas a un avenimiento. En los primeros días de la guerra, la Gran Bretaña, había llegado a ofrecer su mediación. Chile recibió favorablemente esta amistosa proposición; pero el Perú, seguro como estaba de obtener la victoria, se negó perentoriamente a aceptar ese ofrecimiento. Parecía, pues, que sólo después del desenlace de las operaciones militares, podrían las potencias amigas hacer valer sus buenos propósitos en favor de la paz.

Cuando se supo en el extranjero el resultado de la segunda campaña de la guerra, esto es la destrucción en Tacna i Arica del segundo ejército de los aliados Perú-bolivianos, se creyó que era posible inducir a la paz a los beligerantes. Esta vez tomó la iniciativa el gobierno de Estados Unidos, de acuerdo según parece con algunos gobiernos europeos. Al efecto, encargó a sus agentes diplomáticos en Chile, en Bolivia i en el Perú que ofreciesen simultáneamente a los gobiernos de estos tres países la mediación amistosa, i en forma de buenos oficios, para llegar a una paz definitiva. Las instrucciones concebidas en este sentido, fueron dadas por telégrafo por el gabinete de Washington en los últimos días de julio de 1880, es decir poco tiempo después de tenerse en Europa i en Estados Unidos los informes positivos de los grandes desastres sufridos por los aliados a fines de mayo i a principios de junio.

El 6 de agosto, el ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Chile, Mr. Tomas Osborn, comunicó al gabinete de Santiago los sentimientos de su gobierno respecto de la paz, ofreciendo su mediación en los términos que dejamos indicados. El gobierno de Chile contestó por su parte que creía también que era llegado el tiempo de poner término a la guerra, que en este sentido estaba dispuesto a aceptar la mediación; pero que vista la actitud asumida por el Perú proclamando la guerra a todo trance, era de creerse que éste se resistiera a entrar en negociaciones, i que aun en caso de aceptar la mediación, era posible que los aliados se resistiesen a aceptar las condiciones del pacto que naturalmente debía imponerles la victoria.

En Lima, el representante de Estados Unidos Mr. Isaac P.

Christiancy, hacia en la misma época idénticas jestioncs cerca del gobierno de Piérola. Manifestó éste confidencialmente que aceptaba la mediacion; pero que ántes de declararlo oficialmente, deseaba saber lo que a este respecto pensaba el gobierno de Chile. Mr. Christiancy no vaciló un instante; i en la madrugada del 16 de agosto zarpó del Callao en la corbeta de guerra de su nacion *Wachusets*. Nadie supo en el primer momento el objeto de este viaje, que era el tema de mil conjeturas. Las incurables ilusiones del pueblo peruano, tomaron con este motivo mayor vuelo; i por todas pártes se decia alternativamente que el ministro americano venia a notificar al gobierno de Chile, que Estados Unidos no consentia de ninguna manera que la guerra del Pacífico se convirtiese en guerra de conquista; o a exigir conminativamente a Chile reparacion inmediata i terminante por los pretendidos ultrajes que, segun los diarios peruanos, habia sufrido el consulado norte-americano en Arica. *La Opinion Nacional* de Lima del 21 de agosto, dando cuenta de estas dos versiones, se regocijaba con la idea de los conflictos en que iba a verse envuelto Chile, i concluia con estas palabras: «Sea lo uno o lo otro, lo cierto es que Chile solo cuenta hoi con el cinismo de su petulancia, i con el desprecio de los pueblos cultos i honrados que han principiado ya a lanzar sobre él su terrible veredicto».

El dia siguiente de la partida de Mr. Christiancy, el 17 de agosto, el dictador Piérola celebró en Lima una larga conferencia con los ministros de Francia, de Inglaterra i de Italia, igualmente interesados en la negociacion de la paz. Esta conferencia fué tambien objeto de muchos comentarios, sin que nadie pudiera, sin embargo, explicarse su verdadero objeto. Allí les comunicó el dictador los pasos dados para llegar a la negociacion; i como los tres ministros diplomáticos deseaban igualmente cooperar a ella, el dictador obtuvo que dos dias mas tarde (19 de agosto) saliera para Arica la corbeta de guerra francesa *Hussard* llevando comunicaciones para el gobierno de Bolivia referentes a este asunto. En efecto, el presidente de este pais, sometiéndose en todo a las indicaciones que se le hacian de Lima, aceptó en términos semejantes a los

que habia usado el Perú, las propuestas de mediacion que a nombre de su gobierno le hizo el jeneral Cárlos Adams, ministro de Estados Unidos en La Paz.

Entre tanto, Mr. Christiancy, procediendo con la mas esmerada reserva, desempeñaba en Chile su comision en los últimos dias de agosto. Supo entónces que el gobierno chileno, por su parte, estaba dispuesto a aceptar la mediacion i a hacer proposiciones de paz bajo condiciones indeclinables. Una de ellas era la incorporacion definitiva i absoluta de los territorios de que estaba en posesion hasta el rio Camarones, esto es de las provincias de Antofagasta i Tarapacá. Pero se le manifestó tambien que, como en vista de la actitud del Perú, parecia que este país vacilaria talvez en tratar bajo estas condiciones, Chile estaba resuelto a continuar la guerra hasta llegar a este resultado. Mr. Christiancy quiso saber si el gobierno de Chile estaria inclinado a suspender las hostilidades mientras se negociaba la paz, o al ménos hasta que el Perú declarase si aceptaba o no estas bases de tratado, i se le contestó negativamente. Chile temia que la negociacion fuese un expediente de los políticos peruanos para ganar tiempo, i estaba resuelto a permanecer invariable en su plan de operaciones. En virtud de esta franca declaracion, casi en los mismos dias de la partida de Valparaiso del ministro norte-americano Christiancy, salia de Arica la expedicion chilena que llevaba el comandante Lynch a los puertos del norte del Perú.

Aunque Mr. Christiancy habia visitado al presidente de Chile i tratado a sus ministros, sus conversaciones no tuvieron nada de estrictamente oficial. Pero por el órgano del mismo presidente de Chile, don Aníbal Pinto, quedó impuesto de la resolucion de este gobierno. Supo ademas que en caso de entrar en negociaciones, Chile convenia en que las conferencias de los plenipotenciarios se celebrasen a bordo de un buque de guerra norte-americano, i en presencia de los ministros de Estados Unidos en Chile, en Bolivia i en el Perú, pero que exijia que ese buque estuviese fondeado en el puerto de Arica, i que los plenipotenciarios del Perú i de Bolivia fuesen allí precisamente en un trasporte desarmado, con un

pase libre que les daría el contra-almirante chileno que bloqueaba el Callao. Antes de pasar adelante, debemos advertir que esta exigencia del gobierno de Chile no era dictada por un simple sentimiento de orgullo para obligar al enemigo a tratar delante de un puerto en que flameaba la bandera chilena. Arica estaba unida a Santiago por el telégrafo; i el gobierno chileno no quería desprenderse de esta ventaja de estar al corriente día a día i casi hora a hora, de la marcha de las negociaciones, i de dar a sus representantes todas las advertencias que pudieran convenirles.

El diplomático norte-americano estaba de vuelta en Lima el 11 de setiembre. El día siguiente, *La Opinión Nacional*, dando cuenta del viaje a Chile de ese alto funcionario, decia lo que sigue: «Chile ha aceptado la mediación con el carácter de buenos oficios; no sabemos si ha propuesto o nó bases concretas de paz». Pero, lo que no sabia la prensa de Lima, lo sabia el dictador Piérola. No podia dejar de conocer las bases indeclinables que Chile habia propuesto para aceptar la paz; i aunque estaba resuelto a rechazar esas bases perentoriamente, quiso aceptar la mediación i adelantar las negociaciones, obedeciendo a un plan que no carecia de habilidad, pero que no tuvo mucha eficacia.

Vivian entónces los estadistas i diplomáticos peruanos soñando con alianzas en todas partes. El tesoro del Perú pagaba diarios en Buenos Aires, en Guayaquil, en Panamá; i esos diarios disertaban en cada número sobre la necesidad imprescindible en que se hallaba la América toda de aliarse con el Perú. La causa de esta república, se decia, es la causa de América. Chile hace guerra de conquista, i la América no puede tolerar que se viole así el derecho público americano que, segun las doctrinas de Piérola, no reconoce el derecho de conquista ¹.

1. Este horror a la conquista habia nacido en el Perú solo despues de sus derrotas. En los principios de la guerra, la prensa de Lima i todos sus hombres públicos no hablaban mas que de la desmembración i repartición del territorio chileno. El 16 de abril de 1879 se celebró en esa capital un gran meeting a que concurrieron las autoridades civiles, militares i eclesiásticas; i allí se declaró que el fin de la guerra debia reducir a Chile a la porción territorial comprendida entre los paralelos 27 i 47 de latitud sur, «territorio

Los agentes del Perú en el extranjero, dejándose engañar por los mismos escritos que ellos estimulaban i pagaban, mantenían las ilusiones del gobierno de la dictadura. Llegó a creer éste que el día en que Chile pronunciase oficialmente las palabras de anexion o de conquista, la América se levantaria como un solo hombre para ir a colocarse al lado del Perú.

Seguro de llegar a este resultado, el dictador Piérola aceptó oficialmente la mediacion con fecha de 16 de setiembre. En la nota que dirijió con este motivo al representante de Estados Unidos, le decia que a pesar «de la completa seguridad del Perú en el éxito final de la guerra, aceptaba la mediacion» solo por deferencia a aquel gobierno amigo, i por haber sido ya aceptada por Chile. En este documento, como en todos los que emanaban del gobierno peruano, el ministro de relaciones exteriores de la dictadura, se habia empeñado en agrupar todos los ultrajes posibles contra su enemigo. Mr. Christiency cometió el error de no devolver una nota de esa naturaleza tan contraria a los usos diplomáticos i al objeto pacífico de la negociacion, i a la cual se le daba una lujosa publicidad en los

suficiente, se decia, para la escasa poblacion de dos millones i medio escasos con que cuenta esa republiquilla». Segun esas declaraciones, el Perú debia tomar posesion de los territorios que se estienden al sur del paralelo 47. «El Perú, se decia con este motivo, encargado de rejir los destinos continentales, debe poseer el Estrecho de Magallanes para mantener a Chile constantemente sometido a su vijilancia».

Mas tarde todavía, el Perú persistia siempre en sus proyectos de quitar a Chile una parte de su territorio. Uno de los primeros actos de la dictadura de Piérola fué el enviar un nuevo ministro plenipotenciario del Perú a la República Arjentina, a quien dió sus instrucciones con fecha de 21 de enero de 1880. Esas instrucciones tomadas en Lima por los soldados chilenos, han sido publicadas como lo hemos dicho mas atras. El primer deber del nuevo plenipotenciario seria «el conseguir la alianza de la República Arjentina en la actual guerra que Bolivia i el Perú sostienen contra Chile». Para interesar en esta empresa a aquella República, el Perú le ofrecia apoyarla para que resolviese segun su conveniencia la cuestion de límites que tiene pendiente con Chile, i en caso necesario le ofrecia en cesion perpetua una porcion del territorio del norte de Chile (desde el paralelo 24 hasta el 27) para que tuviera costas i puertos en el Pacífico. Esta negociacion estaba pendiente, es decir todavía se esperaba que la República Arjentina entrase en la alianza bajo esas condiciones, cuando la dictadura peruana mostraba tanto horror por el derecho de conquista.

diarios de Lima. El gobierno de Chile pudo, i talvez debió, suspender allí las negociaciones. No lo hizo, sin embargo, creyendo, contra todas las apariencias de las cosas, que no debía desesperarse de llegar a la paz.

El 6 de octubre supo oficialmente el gobierno de Chile que los del Perú i de Bolivia habian aceptado la mediacion en debida forma. El siguiente dia, contestó al representante de Estados Unidos en Santiago que habiéndose llenado este requisito previo, Chile la aceptaba tambien por su parte, con el carácter de buenos oficios, i sin que esto importase suspension de hostilidades. Inmediatamente dió el cargo de representante a don Eusebio Lillo, que desempeñaba el cargo de gobernador civil de Tacna i Arica, al intendente de Valparaiso don Eulojio Altamirano, i al ministro de la guerra don José Francisco Vergara, que, como hemos dicho mas atras, se hallaba en el campamento del ejército chileno del norte en representacion del gobierno. Segun estaba pactado de antemano, los tres se hallaron reunidos en Arica a mediados de octubre, reunidos con Mr. Osborn, el ministro de Estados Unidos en Chile, que debia asistir a las conferencias.

El presidente de Bolivia, movido tambien por un sentimiento de orgullo nacional, se habia resistido a aceptar oficialmente la mediacion, temiendo que ésta fuese rechazada por Chile. Pero cuando supo por la legacion norte-americana que el gobierno de este pais convenia en concurrir a las conferencias, se habia apresurado a nombrar sus plenipotenciarios. Encargó su representacion a don Juan C. Carrillo, ministro de relaciones exteriores, i a don Mariano Baptista, antiguo ministro de Estado. Ambos tomaron el ferrocarril de Puno, en compañía de Mr. Adams, el ministro de Estados Unidos en La Paz, i llegaron a Mollendo en tiempo oportuno. Allí debian juntarse con los plenipotenciarios peruanos que venian del Callao. Aunque el presidente Campero continuaba cultivando frecuentes relaciones con el dictador del Perú, éste le ocultó cuidadosamente las bases propuestas por Chile para negociar la paz. El gobierno de Bolivia estaba entónces persuadido de que la mediacion de Estados Unidos era casi

una verdadera intervencion, i de que las negociaciones se resolverian sometiendo a arbitraje todas las dificultades que mantenian el estado de guerra. Los plénipotenciarios bolivianos fueron, pues, a las conferencias bajo un engaño, pero de buena fe.

Con fecha de 29 de setiembre habia nombrado tambien el Perú sus representantes. Eran éstos don Antonio Arenas, miembro de la corte suprema de justicia de Lima, i el capitán de navío don Aurelio García i García ². El 1.º de octubre salió del Callao la corbeta de guerra norte-americana *Lackawanna*, llevando a su bordo al ministro Christiancy; i a su lado, i con el competente permiso del contra-almirante que bloqueaba el puerto, salió tambien el transporte peruano *Chalaco*, conduciendo a los plenipotenciarios peruanos. Dando cuenta de estos hechos, *El Nacional* de Lima decia lo que sigue: «Las conferencias tendrán lugar a bordo del buque de guerra de Estados Unidos que sale tambien hoi, llevando al honorable Christiancy, i en un lugar de la costa entre Pacocha i Callao, que designen los representantes de Norte América. Los plenipotenciarios de los belijerantes acudirán al lugar que se

2. El nombramiento de éste último ofrecia alguna dificultad que el dictador allanó con su fecunda inventiva para este jénero de detalles. El capitán de navío García i García habia figurado en toda la guerra con poco lucimiento. En Chipana (el 12 de abril de 1879), mandando dos buques de guerra i montando él mismo la corbeta *Union*, habia huido delante de la cañonera chilena *Magallanes*. Enviado en seguida a los mares del sur en busca de dos buques que venian de Europa con armas para el gobierno de Chile, se habia vuelto sin conseguir su objeto. En Angamos (el 8 de octubre de 1879) habia abandonado al *Huáscar*, huyendo a toda prisa a Arica. Por último, el 18 de noviembre del mismo año, marchando en convoi con la *Pilcomayo*, abandonó igualmente a este buque, que tambien cayó en poder de los chilenos, i él huyó al Callao. Por esta serie de fugas i aun parece que por otras en las guerras cíviles, en el Perú se le llamaba comunmente *Corria* i *Corria*. Como habia sido en tiempos anteriores enemigo político de Piérola, éste, poco despues de subir al poder, lo mandó encausar para que diera cuenta de sus actos durante la guerra. García i García se hallaba, pues, procesado; pero el 1.º de octubre publicaba *El Nacional* de Lima un decreto del dictador al cual se le habia puesto la fecha de 30 de julio, i por el cual se le absolvía «definitivamente de todo cargo i responsabilidad, sin que el presente proceso pueda en ningun tiempo ni circunstancia serle de nota en su carrera ni en su nombre».

designe, en trasportes de guerra de sus respectivos países, desarmados. Los ministros de Estados Unidos en Lima, La Paz i Santiago asistirán a las conferencias. El gobierno del Perú ha declarado que, puesto que Chile no ha suspendido como debió las hostilidades al aceptar la mediacion, el Perú las entiende continuadas, sin perjuicio de las negociaciones».

En estas líneas es fácil ver el propósito de eludir hasta en sus mas mínimos detalles las condiciones bajo las cuales Chile habia aceptado la mediacion. Habia exigido que las conferencias tuvieran lugar en la bahía de Arica. La circunstancia de ir allí en un transporte desarmado, no rejia mas que con los plenipotenciarios de Bolivia i del Perú. El dictador peruano se resistia tenazmente a someterse a esta condicion, haciendo de ella una cuestion de dignidad nacional ³.

Los plenipotenciarios del Perú salieron de Lima sin conocer los planes de Piérola. No tenian siquiera noticia cierta de los arreglos en que habian intervenido los diplomáticos norte americanos para fijar el lugar en que debian verificarse las conferencias. El gobierno peruano les habia entregado un pliego de instrucciones completadas por algunas notas suple-

3. El dictador Piérola, perfectamente al cabo de todas las condiciones exigidas por el gobierno chileno al aceptar la mediacion, anunciaba que éste no habia querido suspender las hostilidades durante las negociaciones; pero guardaba la mas profunda reserva sobre las bases que con el carácter de inamovibles, habia propuesto Chile para tratar. Al mismo tiempo, Piérola se empeñaba, como se ve por los documentos publicados mas tarde, en eludir el cumplimiento de las condiciones fijadas por Chile para celebrar las conferencias. En nota de 29 de setiembre, el gobierno dictatorial decia lo que sigue al ministro plenipotenciario de Estados Unidos: «Mi gobierno entiende que las conferencias deben tener lugar en un punto de la costa entre el Callao i Pacocha, que será designado por los plenipotenciarios de los Estados Unidos i al cual concurrirán los plenipotenciarios de los estados beligerantes en trasportes desarmados». Mr. Cristiancy le objetó el dia siguiente que no era eso lo convenido con el gobierno de Chile, el cual entendia que las conferencias debian verificarse en Arica, i le preguntaba qué deberia hacerse en el caso en que los representantes chilenos exigiesen el cumplimiento de esta condicion. El gobierno de Piérola contestó el mismo dia 30 de setiembre las palabras siguientes: «Mi gobierno da tal importancia a este asunto que en la hipótesis remotísima de exigir Chile que las negociaciones se celebren en Arica, el Perú se veria privado de asistir a esas conferencias». Sin embargo, Piérola tuvo que desistir mas tarde de este propósito.

mentarias; pero ellas estaban concebidas con una gran vaguedad i en un espíritu tal que parecia que el Perú fuese el vencedor en la guerra. Se limitaban a recomendar a los plenipotenciarios que sometiesen a arbitraje todas las dificultades pendientes; i que en caso de tratarse del pago de indemnizacion de guerra, se autorizase al árbitro para que él designase quien debia pagarla, si Chile o el Perú, i a cuanto debia montar. En ningun caso, decian las instrucciones, se someterá a arbitraje por parte del Perú la menor cesion de territorio. Por lo demas, allí no indicaban siquiera los otros puntos que debian ser resueltos en un tratado de paz. Como los plenipotenciarios peruanos comprendiesen que sobre aquellas bases no podrian llegar a resultado alguno en las negociaciones, Piérola les dió ademas otras instrucciones de carácter reservado que hasta ahora no han visto la luz pública.

En el puerto de Mollendo se reunieron con los representantes de Bolivia, i se detuvieron allí algunos dias, esperando, decian, a los plenipotenciarios chilenos. Estos, miéntras tanto, permanecian en Arica, persuadidos de que en este puerto tendrian lugar las conferencias, como estaba convenido. En esta cuestion de amor propio, en que, como se ve, la razon no estaba de parte del Perú, se perdió cerca de una semana. El ministro Osborn, que como decano por antigüedad sobre sus otros dos colegas, los ministros norte-americanos en Lima i en La Paz, debia presidir las conferencias, resolvió al fin terminantemente que se cumpliese lo acordado, es decir, que las conferencias se celebrasen en Arica. El gobierno del Perú se vió forzado a ceder; pero aun entónces encubrió este contraste de sus pretensiones por medio de un espediente. Pasó una nota a los representantes del Perú en que los autorizaba para que fuesen a Arica, por cuanto, agregaba, se habia comprometido a ello el gobierno de Bolivia.

Esta cuestion de simple vanidad nacional fué causa de que se retardara algunos dias la apertura de las conferencias. Los representantes de Chile aprovecharon esta leccion, comprendiendo que para luchar contra los artificios de sus adversarios, debian adoptar una línea de conducta franca i resuelta,

i encaminar las cosas a una solucion inmediata i definitiva.

En efecto, en la primera conferencia, celebrada el 22 de octubre, a bordo de la corbeta norte-americana *Lackawanna*, despues de los discursos de estilo en que Mr. Osborn hizo oir en un lenguaje honrado i sincero el anhelo de Estados Unidos por el restablecimiento de la paz en estos paises, el representante de Chile don Euljio Altamirano espuso que para facilitar i para acelerar el debate, habia apuntado en una minuta las principales condiciones de la paz, convencido de que aprobadas éstas, las restantes no ofrecerian la menor dificultad. Ese documento decia testualmente como sigue:

«1.^a Cesion a Chile de los territorios del Perú i Bolivia que se estienden al sur de la quebrada de Camarones i al oeste de la línea que en la cordillera de los Andes separa al Perú i Bolivia hasta la quebrada de la Chacarilla, i al oeste tambien de una línea que desde este punto se prolongaria hasta tocar en la frontera Arjentina, pasando por el centro del lago de Ascotan.

«2.^a Pago a Chile por el Perú i Bolivia, solidariamente, de la suma de veinte millones de pesos, de los cuales cuatro millones serán cubiertos al contado.

«3.^a Devolucion de las propiedades de que han sido despojadas las empresas i ciudadanos chilenos en el Perú i Bolivia.

«4.^a Devolucion del trasporte *Rimac*.

«5.^a Abrogacion del tratado secreto celebrado entre el Perú i Bolivia el año 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las jestioncs practicadas para procurar una Confederacion entre ámbas naciones.

«6.^a Retencion por parte de Chile de los territorios de Moquegua, Tacna i Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto se haya dado cumplimiento a las obligaciones a que se refieren las condiciones anteriores.

«7.^a Obligacion de parte del Perú de no artillar el puerto de Arica cuando le sea entregado, ni en ningun tiempo, i Compromiso de que en lo sucesivo será puerto esclusivamente comercial.»

Los diplomáticos de la alianza no estaban autorizados para

aceptar estas condiciones. La política artificiosa del dictador Piérola los había tenido a ciegas de las bases que Chile había indicado de antemano para tratar. En vista de las proposiciones que los plenipotenciarios chilenos presentaban como indeclinables, habrían podido terminarse allí mismo las conferencias de Arica. Pero los representantes de las repúblicas aliadas, pidieron tiempo para estudiar esas proposiciones, i se separaron quedando convenidos en celebrar una segunda reunión.

Tuvo ésta lugar el 25 de octubre. Todo el debate versó sobre la primera de las bases que dejamos copiadas. Los representantes del Perú i de Bolivia, en largos i estudiados discursos, la rechazaron resuelta i terminantemente. Aunque hicieron oír en su apoyo diversas razones, i entre ellas la de que el Perú, si bien había «sufrido algunas contrariedades en la guerra», todavía no había sido vencido, el principal argumento de su defensa fué la condenación del derecho de conquista. Para ello invocaban las teorías de derecho público americano inventadas por el Perú después de sus recientes derrotas, teorías según las cuales todas las repúblicas del mismo oríjen, debían garantizarse mutuamente su integridad territorial ⁴.

4. Uno de los plenipotenciarios peruanos, don Aurelio García i García, sostuvo con grande aplomo que el Perú no había intentado nunca apoderarse de los territorios extraños, porque siempre había querido respetar lo que él llamaba el derecho público americano. Su aseveración no fué aceptada por los representantes de Chile; pero no quisieron éstos entrar en esta discusión histórica. Un mes después, *El Fénix*, periódico de Quito, en su número de 27 de noviembre de 1880, escribía las palabras siguientes juzgando las conferencias de Arica:

«Una de las cosas más notables de estas conferencias es la aseveración que hace el señor García i García, ministro peruano, de que su gobierno ha respetado, posponiendo sus propios intereses, la integridad del territorio ecuatoriano; sin embargo de que hasta ahora retiene sin título ni derecho alguno la estensa i rica provincia de Jaén, de que se ha apoderado de Iquitos i de que ha avanzado hasta Andoas. En 1858 el jeneral Castilla declaró la guerra al Ecuador con el pretexto de reparar las injurias que dijo se habían irrogado al representante del Perú; mas sin haber alcanzado victorias en ningún combate, negoció con el jeneral Franco los ricos territorios de Canelos, invocando una cédula rota por las armas de Colombia en los campos de Tarqui. El pueblo ecuatoriano se levantó como un solo hombre contra esa inicua negociación, i el ejército i la escuadra peruana regresaron a sus playas sin haber

Los plenipotenciarios de Chile no sabian entónces, que en esos mismos dias, miéntras dós representantes del Perú ostentaban en Ariçca su horror por la conquista, i su respeto por la integridad territorial de los estados americanos, se hallaba en Buenos Aires otro plenipotenciario del Perú solicitando infructuosamente la alianza arjentina contra Chile, i ofreciendo en pago de esa alianza la desmembracion i mutilacion del territorio chileno. El gobierno de la dictadura, habia tenido, como se ve, mui buenas razones para mantener rodeado del mas impenetrable secreto todo cuanto se referia a los infructuosos trabajos de su legacion en Buenos Aires.

Pero ya que no pudieron hacer valer este argumento, que habria venido a echar por tierra todo el sistema del derecho público americano construido por los estadistas del Perú i de Bolivia, los representantes de Chile defendieron cón tanta moderacion como firmeza las proposiciones que habian presentado. Seria largo i hasta inoficioso el reproducir aquí los discursos que fueron pronunciados, i que rejistran los protocolos de las conferencias tantas veces publicados.

Los plenipotenciarios chilenos, sin salir de la mas estricta moderacion, recordaron los hechos que habia traido la guerra, i esos hechos demostraban segun ellos que la contienda no podia tener mas que la solucion propuesta. Chile habia llevado ántes que nadie la industria de sus hijos a los territorios disputados, i ella habia descubierto riquezas que nadie imaginaba. Léjos de ausiliar esas industrias dando paz i seguridad a los trabajadores chilenos, en uno i otro pais, en el Perú i en Bolivia, se habia establecido un réjimen de mala voluntad contra ellos que les habia causado los mayores per-

conseguido otro resultado que la pérdida de grandes capitales en una campaña tan injusta como desatentada. Ha olvidado, por otra parte, el señor García la conducta que observó el Perú con la gran República de Colombia, los manejos que empleó para que Guayaquil se anexara al Perú, i la agresion a mano armada que terminó con el tratado de Tarqui, en el cual dió el jeneral Sucre, vencedor, un claro testimonio de su jenerosidad i de los sentimientos fraternales de Colombia en favor del Perú. Se fijaron las bases de la demarcacion entre ámbas repúblicas; mas el Perú no pensó nunca en el cumplimiento de lo estipulado; por lo que Bolívar dijo una ocasion, que Sucre sabia vencer, pero no aprovechar de la victoria.»

juicios i que al fin habia llegado hasta despojarlos de sus propiedades. Chile habia creído por largo tiempo vencer estas dificultades por medio de tratados solemnes; pero esos pactos no habian sido cumplidos por sus contendores. Léjos de eso, cuando mas interesado se mostraba en favor de la paz i en vencer esas resistencias por la discusion tranquila, Bolivia i el Perú habian celebrado en 1873 una alianza secreta contra Chile. Persuadidos de que éste no podria resistirles, consumaron nuevas violencias, i pusieron a Chile en la dura necesidad de tomar las armas a pesar de sus inveterados instintos de evitar toda guerra i de mantener la paz a todo trance. Fuerte sobre todo por la justicia de su causa, Chile habia aceptado la guerra sériamente; i haciendo sacrificios sin cuento de dinero i de sangre, habia alcanzado la victoria i estaba en el deber ineludible de indemnizarse de esos sacrificios i de colocarse en una situacion que lo pusiera a cubierto de nuevas dificultades i complicaciones como las que lo habian rodeado desde el primer día en que la industria chilena comenzó a explotar la riqueza de esos territorios. Uno i otro objeto, la indemnizacion de los enormes gastos de la guerra, i el afianzamiento de la tranquilidad i de la paz para el porvenir, no podian alcanzarse mas que por un solo medio, entrando Chile en posesion definitiva i absoluta de esos territorios que poblaban sus hijos desde muchos años ántes que sus soldados hubieran ido a plantar allí su bandera. Esta era la resolucion fija e invariable del gobierno i del pueblo de Chile; i si no podia conseguir este resultado por medio de las negociaciones pacíficas, estaban determinados a seguir la guerra hasta alcanzarlo. Aunque tal era la esencia de los discursos de los representantes de Chile, guardaron éstos las formas convenientes para no envenenar la discusion.

Los representantes de Bolivia i del Perú habian previsto esta respuesta, i aun habian intentado la defensa del tratado secreto de 1873. Pero llevaban a la reunion otro plan con que habian esperado envolver a los representantes de Chile en sérias dificultades. Consistió éste en proponer que todas las dificultades pendientes se sometiesen a la resolucion de un

árbitro, i que éste fuera el gobierno de Estados Unidos. Como hemos dicho mas atras, asistian a las conferencias de Arica los plenipotenciarios de esta república en Chile, en Bolivia i en el Perú, i aun el primero de ellos presidia la discusion; pero los tres habian declarado que segun las instrucciones de su gobierno, ellos debian limitarse a ejercitar sus buenos oficios sin tomar parte alguna en el debate. El rechazo de la proposicion de arbitraje ofrecia, pues, algun embarazo; pero los representantes de Chile combatieron esa proposicion con razones oportunas. Chile habia invocado el arbitraje ántes de la guerra: lo habia estipulado por pactos anteriores, i apeló a él cuando vió venir el peligro de una ruptura. Entónces no se le hizo caso; a sus jestioness para que un árbitro resolviera las dificultades pendientes con Bolivia, en 1879, el gobierno de este pais habia contestado decretando la confiscacion de las propiedades de la compañía chilena de Antofagasta ⁵. Recordando lijeramente estos hechos, los plenipotenciarios de Chile dijeron que el arbitraje que entónces no se quiso aceptar, habria servido en esa época para impedir la guerra; pero que era mal medio para ponerle término cuando la jus-

5. Todos estos hechos, a que se hizo alusion con la mayor templanza en las conferencias de Arica, han sido referidos detenidamente en los capítulos que forman la primera parte de este libro.

Debemos consignar aquí que los plenipotenciarios peruanos no tenian ninguna fe en la proposicion de arbitraje, que la hacian por mera fórmula; i que si hubiese sido aceptada por Chile habria nacido la gravísima cuestion de fijar la materia sobre la cual debia recaer el arbitraje. En las instrucciones que Piérola les habia dado con fecha 29 de setiembre de 1880, i que han sido publicadas mas tarde, se encuentran estas palabras: «Es entendido que, en el caso de arbitramento, no será jamas por nuestra parte materia de él, ni en forma alguna, la adquisicion de Chile de territorio nacional.»

I en una nota complementaria de esas instrucciones escritas el mismo día 29 de setiembre, el ministro de relaciones exteriores del Perú, fijaba las bases del arbitraje en los términos siguientes: «V. V. S. S. tendrán mui particular cuidado al redactar el acta de compromiso, si a tal punto fuera dado arribar, de que en lo relativo a indemnizacion quede categóricamente espresado que se somete al árbitro la decision de si debe o no haber indemnizacion entre los aliados i Chile, i en el supuesto de haberlas quién debe pagarlas.»

Se comprenderá, pues que los plenipotenciarios peruanos tuvieron razon sobrada para manifestar a Piérola, como contamos mas atras, que con tales instrucciones era imposible llegar a la paz.

ticia i la victoria habian robustecido i confirmado los derechos de una de las partes. Chile, por mas respeto que le mereciera el gobierno de Estados Unidos, no podia someter a arbitraje el valor de los sacrificios que le costaba la guerra, ni la sangre de sus hijos.

Todavía se propuso otro arbitrio para arribar a la paz. Uno de los plenipotenciarios bolivianos, reconociendo lealmente que la victoria daba derecho a Chile para reclamar la indemnizacion correspondiente por los sacrificios que le costaba la guerra, indicó que éste quedase en posesion de los territorios ocupados miéntras sus productos le pagasen todos los gastos hechos hasta entónces. Este arbitrio habria dado lugar a un semillero de nuevas i complicadísimas cuestiones para el porvenir, que Chile queria evitar a todo trance. La esperiencia de muchos años le habia enseñado que con los políticos de las repúblicas aliadas no se podian mantener situaciones transitorias, ni tratados que dejasen nada pendiente o por resolver. El recuerdo de la conducta observada por Bolivia con los pactos de 1866 i de 1874, le servia de leccion para normar su conducta futura. Pero, los plenipotenciarios chilenos no tuvieron siquiera necesidad de discutir esta base. Los representantes peruanos, cuyas instrucciones no le permitian aceptarla, guardaron sobre ella el mas estudiado silencio, dejando entender así que no estaban de acuerdo con sus aliados sobre este punto.

La proposicion de arbitraje dió lugar a una franca declaracion de parte del ministro norte-americano que presidia la conferencia. Dijo éste que el gobierno de Estados Unidos no pretendia hacerse árbitro de la contienda, i que su mediacion se habia reducido a acercar a las partes para que pudieran entenderse en una discusion templada i conveniente. La conferencia estaba, pues, terminada, i las negociaciones no podian seguir adelante. Los plenipotenciarios se reunieron nuevamente el 27 de octubre, pero casi no hicieron otra cosa que firmar los protocolos de las conferencias anteriores, i declararlas terminadas. En la misma tarde recibia el gobierno de Chile el siguiente telegrama:

«Arica, octubre 27 de 1880.—Señor ministro de relaciones exteriores: Todo ha concluido en la conferencia de hoy. Los plenipotenciarios del Perú i de Bolivia han insistido en el rechazo absoluto de nuestra primera base. En consecuencia, las conferencias han terminado. Mañana parte el *Chalaco* con los plenipotenciarios del Perú i de Bolivia, i en el próximo vapor partirá nuestro secretario llevando todos los documentos.—*Altamirano.*»

Este resultado no causó gran sorpresa en Chile, donde la opinion pública no esperaba que las negociaciones condujesen a la paz. El gobierno, por su parte, habia creído un momento que al enviar los aliados sus plenipotenciarios, el Perú i Bolivia estaban resueltos a aceptar las condiciones transmitidas por el ministro norte-americano. Pero, desde que vió a los plenipotenciarios del Perú detenerse en Mollendo, i buscar medios de eludir la condicion de negociar en Arica, comprendió que se habia tratado de engañarlo burlando al mismo tiempo la buena fe de la mediacion de los Estados Unidos. Si pudo abrigar todavía alguna ilusion sobre la lealtad de sus enemigos, el tono de la prensa de Lima en esos mismos dias debió convencerlo de que habia poco que esperar.

En efecto, desde que se iniciaron las negociaciones, los diarios de Lima, que eran la expresion del gobierno dictatorial del Perú, se mostraron mas ardientes i exaltados contra Chile. Recrudesció la guerra de insultos i de provocaciones, llevándola a un tono mas alto todavía del que se habia empleado hasta entónces. «Mientras nuestros plenipotenciarios hacen el sacrificio de escuchar las impertinencias de los de Chile, en relacion con una paz fementida, decia el 6 de octubre *La Patria* de Lima, cumplamos con la obligacion de aguardar resueltos al enemigo de nuestra fortuna. ¡¡Para qué hacernos ilusiones! Las negociaciones de paz en las aguas de Islai, serán solo una quimera. Chile será siempre lo que fué desde su orijen.—La paz no es posible con la emulacion dejenerada en envidia. Chile no ha podido ver con ojo indiferente, ya que no de estimacion, la preponderancia, ni ménos la prosperidad positiva del Perú. Una pasion de la peor lei le ha venido aji-

tando hasta hoi, i le ajitará miéntras exista como pueblo en América: Chile ha sido siempre envidioso: el Perú fué siempre la causa de su desesperacion. Chile juró ante la borrascosa ajitacion de su espíritu envidioso, que esterminaria al Perú: Cain no tuvo un discípulo mas aventajado. Para conseguir su propósito, Chile se hizo mendigo del Perú; aparentó la mas cordial fraternidad con él; explotó hasta donde quiso la jenerosidad del Perú. El mismo se redujo a la miseria, para conseguir los medios de realizar su sueño de envilecimiento; en una palabra, como su porvenir dependia de la ruina del Perú, nada omitió de abominable con ese intento. . . . El gran dia se acerca. El dia destinado por la Providencia para hacer sentir a Chile, una vez por todas, toda la enormidad de su crimen. Tal es nuestra fe i nuestra conviccion». En medio de este tejido de insultos i de amenazas, inspirado por el gobierno de la dictadura, i envuelto en frases cuyo sentido no es fácil comprender, habia un hecho claro i manifesto. El gobierno del Perú estaba perfectamente seguro de que las negociaciones no conducirian a la paz.

Al fin, el 29 de octubre llegó a Lima la noticia de que las negociaciones quedaban rotas; pero que Chile habia declarado oficialmente sus propósitos respecto de los territorios disputados. Fué aquel un dia de alborozo para el gobierno i para los periodistas del Perú que creian ver alianzas por todas partes contra los planes de Chile. «Las repúblicas sud-americanas, decia ese mismo dia *La Patria* de Lima, quedan notificadas por Chile de que la guerra de conquista, verdadera herejía en el derecho público de América, es un hecho i amenaza para todos. El equilibrio sud-americano ha sido roto por Chile con pérvida mano, i el precedente histórico que su política usurpadora proclama, no tardará mucho en volverse contra su mismo autor».

La prensa de Lima habria debido declarar francamente que en la presente crisis, el Perú estaba pagando las consecuencias del desgobierno de sesenta años, de las revueltas de cada dia, de las camorras i guerras insensatas con todos sus vecinos, i de una política turbulenta i pendenciera que lo

habia llevado hasta celebrar la alianza secreta de 1873. Sin embargo, con la esperanza de alcanzar el apoyo de las otras repúblicas americanas del nuevo mundo, llevó su locura hasta proclamar que en la guerra del Pacífico defendia los intereses americanos. «Ya no se trata de una cuestion de honra, decia *El Nacional* el 30 de octubre. Se trata de salvar los intereses americanos de la voráGINE espantosa en que están espuestos a zozobrar, si llegaran a lejitimarse i a codificarse con el triunfo de Chile, los principios que éste ha defendido en las conferencias de Arica. El Perú que siempre ha sido el mas celoso i avanzado defensor de los intereses sud-americanos, cuando estuvieron comprometidos, tiene un nuevo motivo para no rendir su espada a un enemigo mas baladron que osadó, si no para seguir defendiendo con brío los sagrados derechos de la alianza, los trascendentales intereses de la América del sur i los principios del derecho internacional moderno que Chile ha intentado profanar.»

No se detuvo aquí la prensa peruana en esta proclamacion de la guerra americana. El 3 de noviembre otro diario de Lima declaraba cómplices de Chile a los estados americanos que no acudieren a ausiliar al Perú i a Bolivia en la contienda. Se nos permitirá copiar todavía algunas líneas de este escrito «El Perú, decia, ha sido siempre el centinela avanzado del derecho público americano, el obrero infatigable, el sostenedor tenaz del equilibrio americano. El Perú ha sido inflexiblemente celoso de la integridad territorial de las otras repúblicas; el Perú ha sido el propagandista del derecho americano. Es, pues, indispensablemente necesario que la América se levante para protestar airada contra la perversidad de Chile. —El Perú lo exige, no para reprimir materialmente a Chile, que cuenta para ello con los elementos necesarios, sino para que caiga sobre él la sancion moral de América... No vencerá Chile, pero es indispensable que ántes sea juzgado, vencido i condenado por la sancion espontánea i colectiva de las secciones de América. Si Chile, amparado por la fuerza bruta, amenaza hoi la existencia del Perú, i hai espectadores inertes que presencian el sacrificio de la víctima por bandidos que

hacen el oficio del salteador, esa misma fuerza es una amenaza contra ellos, contra los que se hacen cómplices por omisión»⁶.

El gobierno dictatorial participando de estas ilusiones de su prensa, llegó a creer que habia conseguido el objeto que tuvo en vista al aceptar la mediacion de Estados Unidos. El diario oficial de la dictadura, en su número de 4 de noviembre, se felicitaba del resultado de esas combinaciones en los términos que siguen: «Las exorbitantes pretensiones de Chile, que llevarán el escándalo i la alarma a todos los Estados de América, no habian revestido, sin embargo, una forma oficial; i ésta es una de las ventajas de las negociaciones celebradas en Arica. Hoi ya nadie se podrá engañar sobre los fines perseguidos por Chile en esta larga i sangrienta guerra».

Temiendo que estas ardorosas proclamaciones de la prensa de Lima contra Chile no circulasen en toda la América, el gobierno de la dictadura peruana recurrió a las comunicaciones diplomáticas. Con fecha de 5 de noviembre, lanzó dos circulares que merecen recordarse, la una dirigida a los representantes de las potencias extranjeras en Lima i la otra a los ministros i cónsules peruanos en el extranjero. El estilo descomedido e inconveniente de los escritos de la prensa diaria, habia comunicado su contagio a todos los documentos públicos del Perú, ya fueran decretos, comunicaciones i proclamas, i habia penetrado hasta la correspondencia diplomática que el gobierno dirigia a los ministros extranjeros. En esta ocasion, el ministro de relaciones exteriores de la dictadura, don Pedro José Calderon, se empeñó en esforzar un poco ese tono. La circular a los representantes de las naciones amigas, tenia por objeto, segun sus palabras, el «denunciar a Chile ante la comunidad de las naciones civilizadas, porque ya era tiempo de refrenarlo ejemplarmente». La temeraria i fementida»

6. Como si no bastaran por sí solas todas las palabras insultantes que contiene el diccionario de la lengua, los diaristas de Lima se empeñaban en reforzarlas con los recursos de la tipografía, i hacian imprimir con itálica o con mayúsculas aquellas voses o frases que tenian un significado mas duro i destemplado.

conducta de Chile, añadia, hija del «enfermizo i febril delirio de sus pasiones» lo ha precipitado a «esta guerra fratricida con afrenta de la civilizacion i de la humanidad», atropellando «el derecho público americano» que sostiene el Perú; pero «el mundo i principalmente la América juzgará definitivamente» de las pretensiones de Chile. Probablemente, los ministros extranjeros se limitaron a acusar recibo de esta comunicacion; pero el de Bolivia, don Melchor Terrázaz, contestaba pocos dias despues mostrándose mui satisfecho de las esplicaciones dadas por el gobierno del Perú, i esperando tambien que la América entera se pronunciaría en poco tiempo mas en contra de Chile.

En su nota a los representantes del Perú en el extranjero, el ministro Calderon hacia nuevamente la historia, poco fiel es verdad, de las causas de la guerra; i formaba un paralelo entre «el Perú que se glorifica, dice, de haber iniciado, casi desde su nacimiento a la vida independiente, con las mas amplias i elevadas miras, la fraternidad real i efectiva de las repúblicas americanas», i Chile, «repleto de odio i de envidia contra el Perú, cuya superioridad no puede desconocer sin borrar la historia i sin ahogar la voz de una fama que ha pasado a proverbio universal; ebrio de sangre i devorado por la hidrópica sed de nuestras fabulosas riquezas, que proclama el asalto a esta capital, considerándola el último baluarte de la defensa del Perú».

Segun el encargo espreso consignado en esa circular, los representantes del Perú en el extranjero, debian dar lectura de ella a las cancillerías ante las cuales estaban acreditados, i aun dejarles copia de este tejido de insultos groseros contra la república de Chile. El plenipotenciario peruano en Buenos Aires, don Evaristo Gómez Sánchez, creyó sin embargo, que ese documento no era tan conducente como convenia, i quiso reforzarlo con otro manifiesto absolutamente suyo. A pretexto de impugnar la circular en que el gobierno de Chile daba cuenta del fracaso de las negociaciones de Arica, Gómez Sánchez escribió con fecha de 15 de diciembre un largo despacho

en que amontonaba contra Chile las mas vehementes acusaciones.

El plenipotenciario peruano residia en un pais en que una gran parte de los habitantes no podia estar al corriente de los hechos que habian producido la guerra del Pacífico. Se creyó por esto autorizado para presentar esos hechos bajo una luz que no era por cierto la de la verdad. Segun él la industria i el capital de los chilenos no habia tenido parte alguna en la esplotacion de las salitreras de Tarapacá. El Perú, añadia, no se hallaba en estado de insolvencia, porque mui léjos de eso siempre habia pagado puntualmente sus obligaciones, aseveracion que el diplomático pudo corroborar con el hecho de que desde 1872 el Perú habia suspendido el pago de los intereses i de la amortizacion de su inmensa deuda exterior. Pero la parte mas trascendental de su nota, era aquella en que defendia el derecho público americano inventado por el Perú despues de sus derrotas. Como se sabe, desde un año atras, el diplomático peruano se hallaba empeñado en solicitar para su patria la alianza arjentina sobre la base de despojar a Chile de una porcion de su territorio; i sin arredrarse por el constante rechazo de sus pretensiones, insistia aun con la mayor obstinacion por llegar a este resultado. Sin embargo, en la nota a que nos referimos consagraba los mejores pasajes de su elocuencia diplomática a condenar con toda enerjía el principio «bárbaro i absurdo» de que la victoria da derechos al vencedor ⁷, i a implorar de nuevo que la República Arjentina se pusiera de pié para ausiliar al Perú, cuya causa, segun él, habia llegado a ser la causa americana.

7. Segun esta teoría, Chile, que habia sido arrastrado a la guerra por todo jénero de maquinaciones, habia hecho grandes sacrificios de sangre i de dinero hasta obtener las mas brillantes victorias para dejar las cosas como estaban ántes de la guerra, para dejar a sus enemigos en situacion de volver a ofenderlo al dia siguiente de firmada la paz, i sin poder ni aun reclamar de ellos la indemnizacion de los sacrificios a que lo habian obligado. Esta teoría, hemos dicho, fué inventada por el Perú cuando sus constantes derrotas no le permitian hacer valer las que habia proclamado en el principio de la guerra, en los dias en que pensaba mutilar a Chile por el norte i por el sur, para que «el Perú, encargado de rejir los destinos continentales, lo mantuviera constantemente sometido a su vijilancia», como se escribia en Lima

Todo esto era elocuencia i papel perdidos. Algunos diarios apoyaban las pretensiones del ministro del Perú; pero los hombres mas notables de la República Argentina sabian demasiado bien lo que valia este americanismo invocado tan a destiempo, i se negaron a comprometer a su pais en una lucha que no era suya. Así, pues, a pesar de tantos esfuerzos para hallar nuevos aliados, el Perú debia encontrarse solo el dia del peligro, i lo que era mas doloroso, abandonado por el mismo aliado antiguo que lo precipitó a la guerra.

En efecto, el gobierno de Bolivia, desde la derrota de su ejército en Tacna, parecia desligado de todas las obligaciones de la guerra. No habia dado otro signo de continuar en su alianza con el Perú, que el haber enviado sus representantes a las conferencias de Arica. Se creyó tambien en deber de dirijirse en esta ocasion a las naciones americanas. Este fué el objeto de una larga circular firmada por el ministro de relaciones exteriores don Juan C. Carrillo el 1.º de diciembre de 1880. En ella desarrollaba latamente las teorías del derecho público americano inventado por el Perú, i proclamaba que la América debia acudir prontamente en ayuda de la alianza Perú-boliviana para destruir los planes de Chile ⁸.

Pero, si tal era, a juicio de los estadistas de La Paz, el de-

en abril de 1879. Un diario mui serio i prestigioso de Buenos Aires, *La Nación*, en su número de 25 de enero de 1881, juzgaba esta teoría peruana en los términos siguientes:

«Igualmente son insensatos i criminales los gobiernos que, despues de comprometida la guerra i de haber alcanzado la costosa victoria, declaran a la faz del pueblo que han hecho sacrificar, que esa victoria no da derechos, porque esto importa lo mismo que condenar la razon de la guerra, ofreciendo en espiacion al vencido la sangre i el oro de los vencedores. Para eso no se hace la guerra.»

8. Esta larga circular es curiosa por mas de un motivo. Ella es un testimonio del desconocimiento de los usos diplomáticos de la cancillería boliviana. El ministro Carrillo consignaba allí algunos recuerdos históricos ultrajantes para la Gran Bretaña, i se permitia pronunciar una ardiente censura contra la Alemania por su conducta en la guerra de 1870-1871, diciendo sin qué ni para qué, las palabras siguientes: «La Prusia, llevada no obstante, por sus excesos, se atrajo sobre sí, la reprobacion universal». . . Probablemente, no habrá otro pais de la tierra donde la secretaría de relaciones exteriores sea capaz de cometer inconveniencias de este calibre.

ber de todas las repúblicas americanas ¿cuál sería el deber de Bolivia, aliada al Perú por el tratado secreto desde 1873, i directamente provocadora de la guerra de 1879, en que el Perú habia tenido que sufrir tantos i tan abrumadores desastres? El ministro Carrillo se guardaba bien de decirlo; pero el gobierno de Bolivia se encargó de demostrar con el hecho de que manera comprendia su mision de nacion americana i de aliada del Perú. En los momentos en que la cancillería de La Paz firmaba esa circular, la guerra habia tomado proporciones colosales: 25,000 soldados de Chile marchaban sobre Lima, i la América entera se obstinaba en no ver en la guerra del Pacífico mas que una contienda provocada por las maquinaciones imprudentes de dos repúblicas que no pueden vivir sin revueltas i enredos en el interior i en el exterior. Bolivia se quedó encerrada en sus montañas, sin enviar un solo soldado al teatro de las operaciones militares, sin hacer un solo esfuerzo por socorrer a un aliado que a esas horas imploraba auxilios de cualquiera parte. Así era como Bolivia comprendia el deber de defensor de la que llamaba «causa americana».





CAPITULO VII

Marcha de la expedicion chilena sobre Lima, noviembre i diciembre de 1880

El ejército chileno se aumenta con nuevos cuerpos de tropas.—Organizacion dada al ejército de operaciones.—Auméntase la escuadra con nuevos trasportes.—Actividad de los aprestos de la expedicion en Arica.—Partida de la primera division del ejército chileno.—Su desembarco en Paracas.—A pesar de las amenazas del jefe peruano de Pisco, los chilenos se apoderan de esta ciudad sin disparar un tiro.—Ocupacion de Ica i su valle.—Ocupacion de Chincha i de Tambo de Mora.—En Lima se anuncia el desembarco de los chilenos en Pisco como una victoria del Perú.—Arrogantes amenazas de la prensa peruana.—Zarpa de Arica el resto del ejército chileno.—Toca en Pisco i va a desembarcar en Curayaco.—Una division chilena avanza hasta Lurin, i ocupa un campamento apropiado para operar la reunion de todo el ejército.—El ejército peruano, fortificado en los alrededores de Lima, no opone ningun embarazo a estos movimientos.—Marcha atrevida i feliz del comandante Lynch al traves del territorio enemigo.—Reconcentracion de todo el ejército chileno.—Poder i enerjía desplegados por Chile en estas circunstancias.—El ejército peruano de Arequipa.

En la tarde del 27 de octubre de 1880, cuando los representantes de Chile volvian de la última conferencia que habia tenido lugar en la bahía de Arica, don Eulojio Altamirano comunicó por el telégrafo al jefe del ejército chileno de Tacna

que las negociaciones diplomáticas quedaban rotas. «Está bien! contestó lacónicamente el jeneral Baquedano; iremos a Lima a buscar la paz». En esos momentos estaban reunidos en Tacna i sus alrededores 20,000 soldados chilenos que con frecuentes ejercicios i revistas, perfeccionaban su instruccion militar.

En efecto, las negociaciones de Arica no habian suspendido un instante los aprestos bélicos de Chile. Léjos de eso, en todas las provincias seguian organizándose nuevos cuerpos de tropa, especialmente de infantería, elevándose a rejimientos algunos batallones, i completando la dotacion de los otros. Cuando estos cuerpos, despues de dos o tres meses del mas empeñoso trabajo de toda hora, habian adquirido una regular práctica militar, se les enviaba al norte, a Tacna i a Arica, para que a la vista de los cuerpos perfectamente disciplinados que habian hecho la campaña anterior, completaran su instruccion i se adiestraran en grandes ejercicios i revistas, i aprendieran las maniobras combinadas por divisiones. Estos trabajos, ejecutados con un teson incansable, i bajo la direccion de oficiales intelijentes i activos, moralizaban al soldado i lo preparaban para las fatigas de la nueva campaña.

El jeneral Baquedano no habia abandonado un solo día el campamento del norte. Despues de las grandes victorias de Tacna i Arica, en los meses de suspension de hostilidades que se siguieron a esos sucesos, le habria sido fácil volver a Chile a tomar algunos días de descanso en el seno de sus amigos i relaciones. Sin embargo, se mantuvo invariablemente al frente de sus soldados, velando sin cesar por su disciplina i por su organizacion a fin de estar siempre prevenido para las futuras eventualidades de la guerra. Desde que comenzaron a llegar allí los nuevos cuerpos de tropas en los meses de setiembre i de octubre, redobló su actividad. Los constantes ejercicios militares los pusieron pronto en el pié de verdaderos cuerpos veteranos.

Elevado de esta manera el ejército de operaciones a un efectivo de mas de 25,000 hombres, sin contar con las reservas que debian quedar en Tacna i en Chile, el ministerio de

la guerra decretó, con fecha de 29 de setiembre, su distribución en tres grandes divisiones de las tres armas que debían mandar los jenerales don José Antonio Villagran i don Emilio Sotomayor i el coronel don Pedro Lagos. Cada una de estas divisiones, era formada de dos brigadas bajo el mando de un jefe especial. Las tres divisiones tenían su estado mayor i sus ingenieros particulares; pero todas ellas quedaban colocadas bajo el mando del jeneral en jefe don Manuel Baquedano, i del estado mayor del ejército. Púsose éste bajo la dirección del jeneral de brigada don Márcos Maturana que hasta entonces habia permanecido en Santiago como director de las maestranzas militares, prestando en este carácter los servicios mas constantes e intelijentes en el equipo de las tropas.

Aumentado así el ejército, se aumentó tambien por decreto de 23 de setiembre el cuerpo médico del ejército, dándole una nueva organizacion. Formáronse cuatro grandes ambulancias, cada una de las cuales tendria para su servicio cuatro médicos, seis practicantes, dos farmacéuticos, i la dotacion correspondiente de administradores i sirvientes. Se organizó ademas un hospital volante con el mismo número de empleados.

Con igual actividad se atendia a las necesidades de la provision i equipo del ejército. La intendencia jeneral establecida en Valparaiso remitia al norte los caballos, las bestias de carga i de tiro, el vestuario, los víveres, los forrajes i todos los artículos necesarios para una campaña emprendida en las condiciones bajo las cuales era preciso expedicionar. El soldado debia llevarlo todo desde su fusil i sus municiones hasta el agua para él i sus animales. La prevision se llevó hasta los mas pequeños detalles para que el ejército no careciera de nada.

Aunque Chile estaba ya provisto de un abundante material de guerra, continuaban llegando de Europa nuevas remesas de armamento i de municiones elaboradas en las mejores fábricas i segun los últimos inventos. Eran trasportadas de Inglaterra i de Alemania en buques de vapor fletados expresamente. Como llegaban a los puertos de Chile en los dias en

que se organizaba la nueva expedición, el gobierno los tomó en arriendo, i los convirtió en trasportes, como lo habia hecho con todos los vapores que pudo prócurarse en el Pacífico. Algunos de éstos eran buques excelentes i espaciosos, capaces de llevar mas de mil hombres. Pero no bastaban para la conducción del ejército i para el carguío de los bagajes. Fué necesario comprar o alquilar naves de vela que debian ser conducidas por los buques de vapor i por todos los vaporcitos remolcadores que fué posible proporcionarse en la costa de Chile. Los marineros chilenos de la marina mercante que se hallaban en los diversos puertos, acudieron llenos de ardor i de entusiasmo a completar las tripulaciones de estos nuevos trasportes.

Para facilitar el desembarco de las tropas i el carguío del material de guerra i de los bagajes, se habia construido un número considerable de lanchas, de muelles portátiles, de pescantes i de gruas, de carros de carga i de toneles para la conducción del agua. Todos estos artículos, que se trabajaron con una actividad incansable, se iban reuniendo gradualmente en el puerto de Arica, punto designado para la partida de la expedición.

La ruptura de las negociaciones de paz el 27 de octubre, dió nuevo impulso a todos estos trabajos. En los primeros dias de noviembre, ya estaba reunido en Tacna casi todo el ejército expedicionario; i en el vecino puerto se hacian los aprestos para la partida. «El aspecto de la ciudad de Arica i de su puerto, escribia el corresponsal de uno de los diarios chilenos, forma en estos dias profundo contraste con el aire de inaccion que reinaba poco ántes, cuando las negociaciones de paz i el fastidio de un largo i monótono acuartelamiento habian principiado a enervar algunos corazones. Ahora renace el entusiasmo, porque al fin se ve aproximarse la deseada expedición a Lima. Las tropas de la primera division, que están designadas para marchar a vanguardia del ejército, llegaban desde el 11 de noviembre a Arica en largos convoyes de carros i en medio de la entusiasta algazara de los alegres soldados. Las bandas de música llenaban los aires con los

acordes del himno nacional; las calles se veían sembradas de afanosos militares que se dirijian a distintos puntos a completar sus preparativos o a desempeñar sus comisiones. En los sitios de embarque se apiñaban los soldados, los caballos los bagajes i la artillería, miéntras el ministro de la guerra, dando el ejemplo de la celeridad i del trabajo, presidia personalmente las engorrosas tareas del embarque. La rada ofrece tambien un espectáculo de fiesta i de alegría. Los numerosos vapores lanzan al cielo espesas columnaš de humo con el trabajo de sus pescantes i condensadoras. Los trasportes de vela se ven rodeados de embarcaciones menores; i los remolcadores, arrastrando largos rosarios de lanchas llenas de soldados, de caballos i de toda clase de arreos, circulan por entre los claros de los treinta i tantos buques que pueblan la bahía».

Al fin, en la mañana del 15 de noviembre zarpaba de Arica la primera division compuesta de 8,600 hombres de desembarco i trasportada por diez buques de vapor i siete de vela. Aunque algunos de los trasportes habian sido provistos de buena artillería para resistir cualquier ataque inesperado durante la navegacion, el convoi iba ademas defendido por las corbetas de guerra *Chacabuco* i *O'Higgins*. Se temia entónces fundadamente que aprovechándose los peruanos de la rapidez de algunos de los buques que tenian en el Callao, i de las neblinas que en las altas horas de la noche envuelven este puerto, burlasen el bloqueo i fuesen a hostilizar a los trasportes chilenos. De allí habian nacido estas precauciones del estado mayor chileno.

Despues de cuatro dias de la mas tranquila navegacion, en la mañana del 19 de noviembre comenzaron a entrar los buques de la escuadrilla expedicionaria al puerto de Paracas situado a diez millas al sur de Pisco, i separado de él por una pequeña península que se interna en el mar. Era aquel dia el primer aniversario de la victoria de Dolores o San Francisco i los soldados consideraban esta circunstancia como un augurio de triunfo en la nueva campaña. Era tambien ese el lugar en que el jeneral San Martin, partido de Chile a la cabeza de

poco mas de cuatro mil hombres, habia desembarcado el 8 de setiembre de 1820 para dar la libertad al Perú.

La escuadra largó sus anclas en la bahía de Paracas a las diez de la mañana. Inmediatamente comenzó el desembarco de las tropas. Desde allí se divisaba un extraordinario movimiento de los trenes del ferrocarril en el vecino puerto de Pisco, i el estallido de una mina de dinamita con que se habia pretendido cortar el muelle que hai en él. Se decia ademas que habia allí muchos torpedos, i que los alrededores del pueblo estaban sembrados de minas esplosivas. A pesar de todo, uno de los buques de la escuadra, llevando a su bordo al comandante Lynch, se trasladó en el acto a Pisco a intimarle rendicion, i una pequeña columna mandada por el teniente coronel don Roberto Souper, avanzó resueltamente por el camino de tierra, cortó el telégrafo e interrumpió toda comunicacion por el ferrocarril. En un cerrito vecino a la costa se divisaba un cuerpo compacto de tropas peruanas de infantería i de caballería; pero algunos cañonazos dirigidos por la corbeta *Chacabuco*, las dispersaron en pocos minutos.

Sin embargo, el jefe militar de Pisco, coronel don Manuel A. Zamudio, parecia determinado a resistir resueltamente. A la intimacion verbal que le hizo el comandante Lynch desde el puerto, contestó por escrito las palabras siguientes: «Puede V. S. proceder a tomar la plaza a viva fuerza: un solo peruano no arriará el pabellon a las huestes invasoras». Una respuesta semejante dió a otro parlamentario que por la via de tierra envió el comandante Souper sin conocer el resultado de la primera intimacion. A pesar de esto, este jefe, dotado de ese ardor que no conoce nunca peligro, queria ocupar a Pisco esa misma tarde; pero el estado mayor de la division, creyendo que en realidad se hallaria allí una resistencia seria, le dió orden de suspender el ataque hasta el dia siguiente cuando estuviesen en tierra todas las tropas. Souper pasó la noche con sus fuerzas a corta distancia del pueblo. Aunque por varios conductos se anunciaba que el coronel Zamudio tenia a sus órdenes cerca de 2,000 hombres, Souper no fué inquietado por nadie.

En la mañana siguiente avanzó el comandante don Patrio Lynch a la cabeza de la primera brigada de la division, resuelto a ocupar a Pisco a viva fuerza. No habia andado mucho, cuando se presentaron algunos extranjeros que le hicieron saber que durante la noche el coronel Zamudio habia huido con todos sus soldados, que Pisco estaba abandonado, i que si bien los fujitivos habian dejado algunas minas en la ciudad i sus alrededores, era fácil desmontarlas. Las tropas chilenas entraron, pues, a la ciudad sin disparar un tiro, se hospedaron en las espaciosas bodegas del ferrocarril o en los caseríos de las haciendas inmediatas, i recorrieron los campos de los alrededores, donde hallaron ganado, aves domésticas para el alimento del soldado, i potreros de alfalfa para los animales. De todas partes acudian los trabajadores chinos que a la vista del abandono de los campos por los propietarios i por sus administradores, creian que era llegado el momento de recobrar su libertad. Algunos de ellos comenzaron el saqueo de varias casas, i fué necesario que los jefes chilenos los reprimiesen con toda enerjía. Así, pues, la ocupacion de Pisco i sus inmediaciones, a pesar de las enfáticas amenazas del gobernador Zamudio, no habia costado una sola gota de sangre.

El dia siguiente, 20 de noviembre, salia de Paracas para el interior el jefe de la segunda brigada de la division, coronel don Domingo Amunátegui, a la cabeza de un rejimiento de infantería i de un escuadron de caballería. El objeto de esta expedicion era ocupar a Ica i sus alrededores, donde, segun se suponía, podian reunirse tropas peruanas. Aunque esta ciudad estaba unida a Pisco por un ferrocarril, el enemigo habia retirado al interior el material rodante, i fué necesario hacer la marcha a pié. Despues de dos dias i medio de penosa marcha por el árido desierto llamado pampa de Chunchaga, las tropas chilenas penetraron en Ica sin disparar un tiro. Las autoridades habian huido con anterioridad hácia la sierra, i los extranjeros residentes en el pueblo se habian encargado de conservar el órden. Allí se hallaron las locomotivas i los carros del ferrocarril; pero los fujitivos las habian desarmado, ocultando algunas de sus piezas en lugares apartados,

llevándose al mismo tiempo los aparatos telegráficos. Los maquinistas que llevaba la espedicion hicieron prodijios de actividad, montaron las locomotivas, repusieron la via férrea que habia sido cortada en tres partes, i el 25 de noviembre quedaron establecidas las líneas del ferrocarril i del telégrafo. La division que ocupaba a Pisco, pudo así contar para el caso necesario con la abundancia de provisiones que podia suministrarle el rico valle de Ica. En todos aquellos contornos no se hallaba nadie que quisiera oponer la menor resistencia. Todos los soldados peruanos habian tomado la fuga.

Miéntras el coronel Amunátegui ejecutaba esta operacion, otro cuerpo chileno de solo 500 hombres bajo las órdenes del comandante de caballería don Tomas Yávar, se habia dirigido al norte, a poca distancia de la costa, para ocupar las poblaciones de Chincha alta, Chincha baja i Tambo de Mora, cuyos alrededores ofrecen abundantes recursos. Un buque de la escuadra siguió tambien hácia este último puerto con unos doscientos hombres de desembarco para socorrer a aquellas fuerzas si fuere necesario. Tampoco encontró resistencia alguna esta espedicion; ni costó mas sangre que la del sub-prefecto de Tambo de Mora, don Agustin Matuti, que, segun parece habia sido el terror de aquellos lugares. Apresado cuando huia, se sintió dominado por el miedo, i acabó por perder el juicio i por suicidarse degollándose con una navaja, dentro de una casa que se le habia dado por lugar de detencion ¹.

En estos lugares se hallaron tambien víveres i ganado en regular abundancia. Tanto allí como en Pisco i en Ica, los

1. Segun se descubrió mas tarde por la correspondencia interceptada, este funcionario estaba comprometido en un proyecto de envenenar las aguas donde debian beber los soldados i los caballos del ejército chileno. Creyendo que este plan estaba en conocimiento de los oficiales chilenos, Matuti no cesaba de pedirles perdon i de protestar su inocencia de todo acto de hostilidad. A pesar de que se le dijo que no tenia nada que temer por su vida, él no cesaba de demostrar sus recelos de que lo fusilasen, i acabó por suicidarse.

Por lo demas, i aunque se sabia que por el interior habia fuerzas peruanas los vecinos de aquellas localidades no ejercieron acto alguno de hostilidad. Léjos de eso, suministraron víveres, vino i forrajes para las tropas chilenas, ofreciendo esos artículos muchas veces gratuitamente, o pidiendo por ellos precios mui moderados.

jefes chilenos compraban estos artículos a precios convenientes, i los pagaban con los billetes capturados por Lynch a bordo del vapor *Islai*. Ese papel moneda circulaba por todas partes en las mismas condiciones que el que habia emitido en años atras el gobierno del Perú.

La noticia del desembarco de los chilenos llegó a Lima el mismo dia 19 de noviembre trasmitida por el telégrafo. El público de la capital se imponia hora a hora de todas las ocurrencias de Pisco; pero no se le contaba la verdad de lo que estaba pasando. El coronel Zamudio anunciaba a las dos de la tarde que se habia resistido a capitular con el enemigo; i poco despues agregaba estas palabras: «Ha comenzado el bombardeo. Todas las fuerzas están en sus puestos. Resistiremos hasta morir». Los diarios publicaban estos telegramas, acompañados de comentarios destinados a probar que los chilenos serian rechazados. Permítasenos copiar en seguida lo que decia ese dia un boletin de *La Patria* de Lima:

«Al fin cumplen su promesa las vándalos de Sud-América: nosotros cumpliremos tambien la nuestra. La resistencia de Pisco será solo la voz de ¡atras! que los defensores de la patria den a sus enemigos; i esa resistencia será tan enérgica i sangrienta como lo exige el patriotismo. No dudamos que los defensores de Pisco cumplirán con su deber. Hai allí las fuerzas necesarias para rechazar los ataques, i esas fuerzas irán aumentando sucesivamente con los contingentes de soldados i de armas que llegarán en momento oportuno. De pié ciudadanos! El dia que aguardábamos impacientes se acerca: la América, el mundo esperan que el Perú será digno de la justa i noble causa que defiende.»

Al fin, el dia siguiente ya no era posible ocultar la verdad. Los chilenos habian ocupado a Pisco i se hacian dueños de toda la comarca sin hallar la menor resistencia. Pero, era necesario «retemplar el patriotismo» de la capital, i explicar las cosas de otra manera. Zamudio, decian los diarios de Lima, se ha retirado batiéndose palmo a palmo i causando los mayores estragos en las filas de los invasores. Estas noticias se comunicaron inmediatamente a Panamá, i de allí se transmi-

tieron a Europa i a Estados Unidos, presentando como una señalada victoria de las armas peruanas el desembarco de los chilenos en Pisco ². La entrega a discrecion de ese puerto, donde casi no se habia disparado un solo tiro contra los invasores, donde la guarnicion i las autoridades habian huido al menor amago de peligro, fué preconizada como una resistencia heroica i noble, i sirvió durante muchos dias de tema a los diarios de Lima para proclamar la resolucion en que estaban de sucumbir ántes que tolerar que los chilenos pisasen el suelo sagrado de la patria.

Las versiones que se daban del desembarco de los chilenos en Pisco, i que tanto se diferenciaban de la verdad, tenian por objeto, levantar el espíritu público, «retemplar el patriotismo», como entónces se decia. «No tenemos conocimiento de los pormenores del desembarque de los chilenos en Paracas i del combate que han tenido necesidad de librar, con una parte reducida de nuestras fuerzas, para tomar posesion de Pisco, decia *El Nacional* de Lima el 22 de noviembre. Pero hai un hecho cierto e incontestable: un hecho que debe revelar al enemigo cuán erizado de dificultades i peligros está el camino que conduce a Lima. Ese hecho es que en Pisco, el patriotismo peruano, ha formulado, con las armas en la mano, la mas vigorosa protesta contra la invasion chilena. Pisco sabia demasiado que su resistencia seria infructuosa por la inmensa superioridad de los invasores. Sin embargo, les ha librado combate desigual i heroico. Les ha hecho comprender que no impunemente se profana el suelo patrio cuando su custodia está encomendada a ciudadanos de gran espíritu, de alma templada i resueltos a llevar la guerra a la última estremidad ántes de consentir en la desmembracion del territorio nacional. Despues de la impunidad con que las huestes

2. En el mes de diciembre *Le Journal des Débats* de Paris publicaba las líneas siguientes: «Segun un despacho recibido de Panamá por la legacion del Perú, los peruanos se han opuesto al desembarco de los chilenos en Pisco. Ellos han perdido 150 hombres i los chilenos 450». Volvemos a repetir lo que hemos dicho en el testo. El desembarco i la ocupacion de Pisco no costó la vida a una sola persona en ninguno de los dos ejércitos, porque no hubo combate ni resistencia.

chilenas se habian paseado en Moquegua, en Quilca, en los departamentos de Huaraz, Lambayeque i Libertad, era necesaria la resistencia en Pisco para que se viera que aun el Perú está en pié, defendiendo con brío sus derechos autonómicos i el equilibrio continental de la América del Sur. La resistencia de Pisco ha venido, por otra parte, a dar razon al sentimiento público. Todos han deseado que, desde los primeros momentos del desembarque de las fuerzas chilenas, se hiciese sentir sobre ellos todo el peso de nuestra indignacion i la fuerza de voluntad de que estamos poseidos para disputarles todos los pasos que conducen a Lima. La pérdida de Pisco no debe sorprendernos en manera alguna. Por otra parte, en la defensa de esa ciudad no han faltado los corazones. Ha faltado el número simplemente. El alma del Perú no está vencida. Sus facultades se han reconcentrado en Lima para castigar ejemplarmente a los que han pisoteado con escándalo los fueros sagrados de la humanidad. Siguiendo el ejemplo de Pisco, los pueblos, los caseríos i las haciendas diseminadas en el trayecto de sesenta léguas que nos separan de aquel puerto, deben convertir en un via-crúcis todas las jornadas del ejército chileno. Nada de contemplaciones con el enemigo, aun en el caso de que éste ofrezca garantías a las personas pacíficas»³.

3. Los otros diarios de Lima fueron todavía mas ardorosos en sus arrogantes amenazas contra los chilenos. En la imposibilidad de reproducir íntegros los largos escritos que entónces se dieron a luz, nos limitaremos a copiar algunos fragmentos.

La Patria del 20 de noviembre decia lo que sigue: «El pérfido enemigo que pretende justificar sus crímenes con el éxito de sus armas, pisa ya con su inmundanda planta el departamento vecino a nuestra capital. Sesenta leguas nos separan de él; sesenta leguas que deberán regar con su sangre ántes que reciba el ejemplar castigo que merece. Vienen azuzados por la codicia, vienen repletos de envidia, vienen con el alma saturada de todos los apetitos inmundos que forman su delicia. . . Vengan, pues; ahogaremos en su sangre los estímulos de sus torpezas i de sus infamias. Importa sobremanera reconcentrar en una sola todas nuestras voluntades. . . La guerra debe ser desde este dia nuestra única i constante preocupacion. Urje ya que empuñemos todos el arma del soldado i que el aspecto marcial de la ciudad, a toda hora i en todo momento, sea la manifestacion auténtica de lo que preocupa nuestro espíritu i de la firme resolucion que hemos adoptado. A otros toca el de-

Pasada la primera excitacion del momento, el diario oficial de la dictadura, comenzó a examinar, en su número de 24 de noviembre, la situacion del Perú. «Chile, decia con este motivo, ha hecho esfuerzos desesperados, i solo ha conseguido reunir las pocas fuerzas con que pretende atacar a uno de los ejércitos del Perú, sin acordarse que este pais tiene todavía dos ejércitos mas.

«Chile, añadia, es demasiado pequeño para sojuzgar, por dos o tres victorias, a naciones como el Perú i Bolivia, que disponen de inmensos elementos i del suficiente patriotismo para defender su integridad i su honra. Si para alcanzar su triunfo sobre sus invasores es preciso que corran todavía torrentes de sangre, el Perú está resuelto a esos sacrificios, señalando al anatema del mundo i de la historia a la pérfida e ingrata nacion chilena. Si Chile está unido por el vil sentimiento de la codicia, creyendo tener en esta vergonzosa union un

ber de organizar la defensa para obtener la victoria; a nosotros corresponde el deber de ejecutar obediente, lo que se nos mande, para hacernos dignos del triunfo que esperamos. El rifle, el ejército, el cuartel; hé ahí, desde ahora, nuestro ídolo, nuestro culto, nuestro templo».

La Opinion Nacional del mismo dia no era ménos belicosa: «La deseada expedicion chilena sobre Lima es ya un hecho, decia. El patriotismo va, pues, a tener su suspirada hora de prueba i de venganza: va a traducir en plomo i en metralla todo el odio, toda la indignacion, toda la cólera que la desgracia nos ha obligado hasta hoi a guardar en el alma, hasta que se ofreciera la oportunidad de esteriorizarla con la altivez de la victoria. Ha llegado esa oportunidad i nos encuentra, felizmente, retemplados en el fuego sagrado de esa noble consigna: la cumpliremos como la hemos cumplido en todas partes. Pero Lima debe pensar mas en el triunfo que en el sacrificio. El triunfo es la promesa de su fuerza, de su valor, de su lejendario espíritu: el sacrificio seria la estremidad improbable, inesperada, hasta inverosímil. I no hai en ello jactancia: hai conviccion... La perla del Rimac no ha sido, no es solo la rica joya de Sud-América: se ha sabido trasformar en la Judit de la Escritura. De su seno ha partido contra Chile el primer grito de guerra i de aquí saldrá tambien el último grito de castigo... Nadie quedará atras en tal demanda: todos querrán el primer puesto. I cuando a eso estamos decididos ¿podrá Chile penetrar en nuestros dominios? NÓ: nunca, nunca! Al ménos no lo presenciará, no puede presenciarlo ningun peruano: ántes la muerte!»

Debe advertirse que en las sangrientas batallas que tuvieron lugar cerca de Lima no sucumbió ninguno de estos vocingleros periodistas que habian sido los principales provocadores de la guerra.

elemento de triunfo, Bolivia i el Perú lo están por el noble i jeneroso sentimiento del amor a la patria i a la independencia, que eleva a los hombres a la altura del heroísmo.»

Miéntas tanto, en Chile se escribian muchas ménos amenazas i aun se dejaban sin contestacion las que publicaban los diarios de Lima o solo se reproducian en son de burla en Santiago i Valparaiso; pero se marchaba directamente a la realizacion de los planes militares. Así, pues, en esos mismos dias, en vez de perder el tiempo en escribir i en leer arrogantes proclamas, la primera division del ejército ocupaba, sin disparar un tiro, todo el valle de Pisco i los distritos vecinos, i el resto del ejército se preparaba para salir de Arica.

En este puerto se ejecutaban en esos momentos grandes trabajos con la mayor actividad. Bajo la direccion de los ingenieros del ejército, se hicieron nuevas construcciones en el muelle para facilitar el embarco de la tropa i el carguío de los cañones i demas bagajes pesados del ejército, se construyeron para la conduccion de los animales grandes balsas con capacidad para cien caballos cada una, i se hicieron modificaciones en los trasportes a fin de darles mas espacio para los hombres i las bestias. Mediante estos esfuerzos, el 27 de noviembre, aun sin esperar la vuelta de los trasportes que llevaron la primera division, estaba embarcada i zarpaba del puerto la primera brigada de la segunda division compuesta de 3,400 hombres. Este nuevo convoi era formado de seis naves, escoltadas por dos buques de guerra, las cañoneras *Magallanes* i *Abtao*. Esas tropas desembarcaron tambien en Pisco, esperando allí la otra mitad del ejército que debia partir en breve del puerto de Arica.

Pero, por mas actividad que desplegara el estado mayor para hacer salir el resto del ejército expedicionario, fué necesario esperar algunos dias mas para concluir los grandes aprestos i reunir todas las fuerzas i las naves que debian trasportarlas. Algunos de los cuerpos del ejército llegaban en esos momentos de Valparaiso; al mismo tiempo que se terminaban las reparaciones en los trasportes, i que se embarcaba el parque de artillería i el inmenso tren de bagajes. Antes de

mediados de diciembre, todos estos aprestos estaban terminados, i la segunda mitad del ejército lista para zarpar al norte.

El plan del jeneral Baquedano era desembarcar en Chilca, a 45 quilómetros al sur de Lima, con la segunda i la tercera division de su ejército, miéntras la primera, a las órdenes del jeneral Villagran, como ya hemos dicho, se dirijia por tierra desde Pisco. Esta combinacion tenia el doble objeto de facilitar el transporte del ejército que por la escasez de naves no podia ir todo embarcado desde Pisco, i de desembarazar los alrededores del puerto de Chilca de cualquiera fuerza peruana que intentara oponerse al desembarco de la segunda i de la tercera division. En esta virtud, el jeneral en jefe impartió sus instrucciones a Villagran el 7 de diciembre, recomendándole que se pusiera en marcha ántes del 14 para que el movimiento se ejecutase con toda regularidad. En Pisco no debia quedar mas que la artillería de campaña i la primera brigada de la segunda division para ser trasportadas por mar.

En la tarde del 14 de diciembre zarpaba de Arica la segunda mitad del ejército con todo el tren de bagajes i el estado mayor del ejército. El convoi era compuesto de cinco naves de guerra, los buques acorazados *Blanco* i *Cochrane*, la corbeta *O'Higgins* i las cañoneras *Abtao* i *Magallanes*, i veintiocho trasportes de vapor i de vela. La marcha de esta escuadra se hizo con toda regularidad, a pesar del embarazo que producía el remolque de los quince buques de vela que acompañaban al convoi. Despues de cuatro dias de navegacion, 18 de diciembre, entraba la escuadra en el puerto de Pisco para embarcar la artillería i la brigada de la segunda division, que segun las instrucciones del jeneral en jefe debian hallarse allí.

En este lugar, esperimentó el jeneral Baquedano una gran contrariedad. La primera division, que segun sus órdenes debia haber marchado a Chilca por tierra, habia salido con esa direccion el 13 de diciembre, i su primera brigada mandada por el capitan de navío don Patricio Lynch, avanzaba resueltamente con ese rumbo. Pero una parte de esa division, con

el jeneral Villagran a su cabeza, se hallaba todavía en Tambo de Mora. El jeneral Baquedano, contrariado por esta tardanza, i sin querer buscar esplicaciones que la disculpasen, dispuso en el acto que esas fuerzas volviesen a Pisco para ser reembarcadas, i poco despues dió órden a su jefe de regresar a Chile. Parece que la causa principal de esta determinacion, era el haber objetado el jeneral Villagran el movimiento que se le ordenaba, declarando que lo ejecutaria dejando a salvo su responsabilidad por las consecuencias. «Responsable de una órden, decia Baquedano en una de sus notas, es únicamente el jeneral en jefe que la imparte, sin que tenga el ejecutor el derecho de calificarla, puesto que cumple con su deber limitándose a obedecerla».

Miéntas tanto, se ejecutaba en Pisco el embarco de las tropas que estaban allí listas para marchar al norte. El 20 de diciembre zarpaba de nuevo la escuadra, i el dia siguiente entraba en la bahía de Chilca. Nada hacia presumir que el desembarco del ejército encontraria en este puerto la menor dificultad. La costa estaba desierta; i las primeras noticias que se recibieron, revelaron que no habia fuerzas enemigas en los alrededores. Estos primeros informes que fueron confirmados por una descubierta de 25 hombres que bajó a tierra, ocupó el pequeño pueblo de Chilca i cortó el telégrafo que comunicaba con Lima. Dado este estado de cosas, el estado mayor chileno creyó que convenia desembarcar algunas leguas mas al norte todavía, para ahorrar a la tropa el cansancio consiguiente a la marcha por los abrasadores arenales de aquella costa, que por otra parte ofrecian mucha dificultad para el trasporte de la artillería.

Para realizar esta operacion, una lancha a vapor, apoyada por el buque acorazado *Cochrane*, emprendió el reconocimiento de la costa del norte en busca de un desembarcadero cómodo. Halló en efecto una pequeña caleta llamada Curayaco, enteramente desierta, en donde la tropa podia bajar a tierra sin dificultad, si bien no se prestaba para la descarga del parque i de los bagajes. En efecto, en la mañana del siguiente dia 22 de diciembre, comenzaba el desembarco del

ejército con todo orden, i sin hallar la menor resistencia. El hilo telegráfico que comunicaba esos lugares con la capital del Perú, fué cortado ántes de medio día por las primeras tropas que llegaban a tierra.

El desembarco, ejecutado con gran rapidez, se continuó todavía el día siguiente con toda felicidad. La primera brigada de la segunda division, que fué la primera en llegar a tierra, habia avanzado hácia el norte el mismo día 22 de diciembre bajo las órdenes del coronel don José Francisco Gana. Despues de un corto tiroteo de avanzadas en que los peruanos abandonaron su puesto casi sin combatir, ocupó el 23 las márgenes del rio Lurin. Con este movimiento quedaba asegurada la provision de agua para el ejército, i establecido un campamento cómodo para operar la reunion de todas las divisiones i para efectuar en la costa vecina, libre ya de enemigos al sur de aquel rio, el desembarco de la artillería de campaña i de los bagajes, víveres i municiones. El plan estrictamente defensivo que se habia impuesto el dictador Piérola, sin querer sacar el ejército de sus trincheras i fortificaciones, habia permitido, pues, a los chilenos colocarse en una buena situacion para terminar sus aprestos en aquellas localidades.

Faltaba todavía que llegase la primera division. Se recordará que una parte de ella habia seguido el camino de tierra bajo las órdenes del comandante Lynch. La otra porcion se embarcó en Pisco el 25 de diciembre, en dos buques de la escuadra, i llegó a Curayaco el día siguiente. Eran éstas las fuerzas que con el coronel Amunátegui habian hecho la espedicion a Ica, de que hemos hablado mas atras, i que bajo el mando del jeneral Villagran habian avanzado hácia el norte hasta Tambo de Mora, de donde las habia hecho retroceder el jeneral en jefe. En Pisco quedaron solo un batallon de infanteria i algunas partidas de jinetes.

La marcha de la brigada del comandante Lynch a traves del territorio enemigo, forma uno de los episodios mas interesantes i mas audaces de toda esta campaña. Habia salido de Pisco el 13 de diciembre con fuerza de cinco mil hombres. Hasta Chincha i Tambo de Mora, la marcha no ofreció difi-

cultad, porque no solo no habia enemigos que combatir, sino porque el pais ofrecia agua, víveres i forrajes para los hombres i los animales. Pasados estos lugares, las fuerzas chilenas se dividieron en dos cuerpos porque los pozos que debian hallar no ofrecian agua para toda la tropa. Aun así, fué necesario que se adelantase con una corta partida el ingeniero don Arturo Villaruel para ir abriendo nuevos pozos con que surtir de agua a las tropas. Al acercarse al valle de Cañete, las avanzadas chilenas fueron acometidas por fuerzas enemigas, i aun perdieron un hombre que cayó prisionero por haberle muerto su caballo. El comandante Lynch avanzó entónces con algunas tropas i dispersó fácilmente esas fuerzas; pero supo entónces que el dictador Piérola habia hecho salir tropas de caballería de Lima a las órdenes del coronel don Pedro José Sevilla, i que éste tenia encargo de armar montoneras de paisanos i de hostilizar sin descanso a los invasores ⁴. El gobierno de Lima, que sabia perfectamente que desde el desembarco de los chilenos en Pisco no se les habia opuesto en ninguna parte la menor resistencia, se lisonjeaba con la espe-

4. Se formará idea de las instrucciones del coronel Sevilla por los telegramas siguientes firmados por el director jeneral de telégrafos del Perú, i que cayeron en manos de los chilenos.

«(Recibido en Cañete el 18 de diciembre de 1880).—Telegrama de Lima.—«Señor Romero: ¿Es positivo el avance del enemigo? Dile a Sevilla que lo que ha perdido a todos en la opinion pública i del gobierno ha sido las retiradas vergonzosas, sin disparar un solo tiro. Que resista, que hostilice al enemigo, aunque solo le queden diez hombres i se limite a hacer guerra de montonero si no puede mas. Todos acá tenemos confianza en su conocida inteligencia, valor i prudencia. Que sé que el gobierno está decidido a premiar a todo el que se maneje con heroismo, para que esto sirva de estímulo a oficiales i tropas.—*Paz Soldan*.

«(Recibido en Cañete el 18 de diciembre).—«Señor Romero: Dile a Sevilla a mi nombre que todo el mundo tiene acá fijada su atencion en él, i que esperan saldrá con honor nuestro pabellon i que procederá con la prudencia i tino que todos se complacen en reconocer en él. Ojalá se les hostilice ahora eficazmente.—*Paz Soldan*.

«(Recibido en Cañete el 18 de diciembre).—«Señor Romero: Me alegro de resolucion de coronel Sevilla; hazle presente que nadie espera combates campales, ni triunfos, sino resistencia ántes de retirarse, i que si logra tomar prisioneros i mandarlos a Lima, se hará héroe i retemplará el entusiasmo que hoi está en aumento en Lima.—*Paz Soldan*.»

ranza de que el coronel Sevilla, que en las frecuentes guerras civiles habia adquirido la reputacion de héroe, defenderia en esta ocasion la honra del Perú.

En efecto, en todo el curso de su marcha la brigada del comandante Lynch halló las señales del plan de hostilidades del enemigo. En los valles en que habia agua, los caminos estaban empantanados e intransitables. En todos los bosques habia montoneras que hacian fuego sobre sus soldados. Pero estas resistencias estaban tan léjos del heroismo que exijia el gobierno del Perú, que en los diversos tiroteos que los chilenos tuvieron que sostener contra enemigos ocultos detras de los árboles, i que con frecuencia atacaban en la noche, solo perdieron dos hombres muertos i tres lijeramente heridos ⁵. En cambio, el comandante Lynch no solo escarmentó resueltamente a los montoneros, sino que castigó ejemplarmente a los pueblos i haciendas en que aquéllos se organizaban, les impuso contribuciones de guerra, sacó ganados para sus tropas i para llevar al ejército, i acojió en sus filas a todos los agricultores chinos que se sublevaban contra sus opresores.

Teniendo que marchar con mucha prudencia para evitar las acechanzas del enemigo, que atravesar llanuras arenosas i ardientes, laderas escarpadas, o terrenos intencionalmente empantanados, que arrastrar su artillería i los bagajes, i sin poder andar jamas sino al paso de sus infantes, la brigada del comandante Lynch siguió avanzando con toda regularidad, sin dejar un solo rezagado, i al amanecer del 25 de diciembre llegaba a Curayaco. El jeneral Baquedano le dió allí mismo el mando de toda la primera division, honor a que se habia

5. Conviene advertir que si la resistencia encomendada al coronel Sevilla no tuvo el heroismo que se le exijia, él no perdió oportunidad de comunicar a Lima las noticias mas curiosas de las hazañas que estaba ejecutando. A cada paso hacia retroceder i ponía en fuga vergonzosa a los chilenos. Leyendo en los diarios de Lima los telegramas que publicaban con la firma de Sevilla, i en que están consignados estos repetidos combates, terminados siempre por el triunfo de los peruanos, que en algunas ocasiones segun decian, habrian quitado sus banderas al enemigo, hemos creido que al darlos a luz, los periodistas se complacian en adornarlos con rasgos de heroismo de su invencion para «retemplar el patriotismo» de la capital.

hecho particularmente acreedor por esta última operacion. En esta marcha de treinta leguas del territorio enemigo, i a pesar de la aparatosa resistencia decretada por el gobierno del Perú, solo habia perdido, como dijimos, tres hombres. En cambio, llevaba consigo 200 bueyes, algunos caballos, 600 burros i mas de 1,000 chinos, todos los cuales fueron mui útiles en el resto de la campaña para el carguío i conduccion de los bagajes del ejército.

Con la reunion de esta primera division, el ejército chileno acampado en Lurin contó 25,800 hombres de las tres armas, con 80 cañones i 8 ametralladoras, i 361 empleados civiles, médicos, cirujanos, proveedores, farmacéuticos i sirvientes de ambulancias. Ya hemos dicho que en Pisco habian quedado otros 800 hombres, de manera que el ejército expedicionario sobre Lima i sus inmediaciones se puede avaluar en una cifra aproximativa de 26,500 soldados.

Al emprender esta campaña, la república de Chile no habia llevado, como se ha dicho, todo su poder i todos sus recursos para esponerlos en un solo combate. Léjos de eso, si el ejército de operaciones hubiera sufrido cualquier contraste en los alrededores de Lima, ántes de quince dias habria recibido refuerzos considerables para recomenzar las operaciones. En esos momentos existia en Chile con el nombre de ejército del centro, un cuerpo de cerca de diez mil hombres que bajo las órdenes de jefes i oficiales entendidos i empeñosos, completaban su instruccion militar. Componíanlo tres rejimientos i doce batallones de infantería con un efectivo de 9,200 soldados, una brigada de artillería i dos escuadrones de caballería. Chile, por otra parte, no habia abandonado los territorios que ocupó despues de sus victorias anteriores. En Tacna, Arica, Pisagua, Iquique i Antofagasta, quedaban tambien, bajo las órdenes del coronel don Luis Arteaga, mas de cinco mil soldados, que se consideraban mas que suficientes para defender esos territorios de cualquier ataque que pudiera prepararse en Bolivia o en Arequipa.

Los enemigos de Chile habian creído que por haber vivido este país constantemente en paz, por no haber tenido cada

dia revoluciones i motines militares, no tendria poder ni elementos para defenderse de la coalicion de peruanos i bolivianos. Sin embargo, Chile, cuyo ejército permanente ántes de la guerra se elevaba a 2,440 hombres, habia desplegado recursos abundantes para tener sobre las armas mas de cuarenta mil soldados perfectamente vestidos i equipados, los habia disciplinado con el mayor esmero i habia enviado al mayor número de ellos al traves de los mares a defender su honra i su bandera a cerca de quinientas leguas de distancia.

Esta empresa, incomprendible para los pueblos que viven sumidos en las borrascas de la guerra civil, juzgada imposible por los enemigos de Chile, era sin embargo el fruto natural de la paz, de la organizacion interior del pais, de la seriedad i honradez de la administracion. Estas condiciones habian creado el verdadero patriotismo, no el que consiste en proclamas i amenazas, en insultos i en provocaciones grotescas, sino el que se funda en la abnegacion para aceptar todos los sacrificios en el nombre sagrado de la patria. Este patriotismo, mui diferente por cierto del de los enemigos de Chile, habia permitido al gobierno acometer esta empresa sin solicitar empréstitos esteriores, sin suspender el pago de los intereses de su deuda extranjera, pagando al contado todo lo que compraba, i lo que parece casi incomprendible sobre todo en los pueblos hispano-americanos, manteniendo incólume el réjimen constitucional, con prensa i con cámaras libres, sin ajitarse ni conmoveirse por la exaltacion de algunos oradores, ni por la intemperancia de algunos periodistas, porque todos los chilenos, todos los oradores del congreso, todos los escritores de la prensa, diverjentes en muchos detalles de política interior o sobre el modo de dirigir la guerra, no tenian mas que un móvil, el triunfo i la prosperidad de la patria.

Hemos dicho que los territorios ocupados por Chile despues de sus anteriores victorias, quedaban defendidos por mas de cinco mil soldados. En un principio se habia creido que esas fuerzas serian insuficientes para ponerlos a cubierto de un ataque combinado de las tropas que podian llegar de Bolivia i del ejército peruano de Arequipa con que hacia tan-

to ruido la prensa de Lima. El gobierno chileno habia recojido las mejores noticias i sabia perfectamente que no tenia nada que temer ni de uno ni de otro lado.

Bolivia no se hallaba en situacion de acometer empresa alguna. Faltaban soldados i armas; i la escasez de recursos pecuniarios habia llegado a los últimos límites de la miseria. Se pronunciaban muchos discursos, se escribian numerosas proclamas, se hacian circular en el interior i en el exterior frecuentes manifiestos en que se sostenia la necesidad de mantener la alianza Perú-boliviana i de seguir haciendo la guerra a Chile; pero se conservaba intacto el desbarajuste i el desgobernio. Así se comprenderá que al paso que el gobierno de Bolivia llamaba a las armas a todos los pueblos americanos para que acudiesen a defender el Perú, él no le envió un solo soldado, ni otro socorro que un torrente de escritos i de amenazas contra Chile.

El ejército de Arequipa, organizado segun la táctica creada por las guerras civiles del Perú, no podia infundir muchos temores. Habia allí diecisiete coroneles, pero faltaban los soldados, o el número i la disciplina de éstos eran mui deficientes, si bien formaban trece batallones nominales de infantería, cinco escuadrones de caballería i un rejimiento de artillería. El jefe de todas estas fuerzas era el coronel don Segundo Leiva, el mismo que en mayo anterior habia hecho concebir tantas esperanzas a los jenerales aliados del campamento de Tacna.

A imitacion de lo que entónces se hacia en Lima, en Arequipa se trató de organizar las reservas, llamando al servicio militar a todos los hombres en estado de cargar las armas. Esta medida produjo gran resistencia en algunos puntos del departamento. En Quilca, segun los telegramas sorprendidos por los chilenos, hubo a mediados de octubre un levantamiento que casi costó la vida al gobernador local, apellidado Brieseño, que se empeñaba en dar cumplimiento a esas órdenes. Miétras tanto, urjia organizar la resistencia porque en esa época se creia, segun un falso rumor esparcido por los ajentes

de Chile, que una division del ejército de este país se proponia operar sobre Arequipa.

Piérola dió entónces el cargo de jefe superior, político i militar de los departamentos del sur al doctor don Pedro Alejandro del Solar, hombre de toda su confianza; i éste volvió a Arequipa a organizar la defensa de esas provincias. Leiva fué separado ignominiosamente del mando de las tropas i reemplazado por el coronel don José de La Torre. Solar distribuyó sus fuerzas en cinco divisiones, organizó i reunió de las provincias vecinas nuevas fuerzas de caballería i de artillería, creó una columna de guerrilleros que puso a las órdenes de un oficial cubano, dispuso que en todas las escuelas i colejos se enseñase a los niños la j gimnástica militar, i dió principio a las fortificaciones de la ciudad, comenzando por hacer abrir un ancho foso que, segun se decia, iba a ser «la tumba de los chilenos», palabras repetidas hasta el cansancio en todos los lugares que amenazaba el ejército enemigo. De Arequipa salieron en todas direcciones partidas de descubierta para anunciar la aproximacion del invasor.

Todas estas medidas que la prensa de la localidad i las correspondencias que se enviaban a los diarios de Lima, señalaban como la obra de un gran jenio militar, no habrian bastado para poner a Arequipa a cubierto del ataque de una sola division del ejército chileno. Pero éste no pretendia ejecutar una operacion enteramente inútil, que le habria impuesto el sacrificio de marchas penosas al traves de ásperas montañas o de arenales abrasadores, i que le habria hecho perder un tiempo precioso que debia aprovechar en otra campaña mas importante. Le bastaba al jeneral chileno saber que el llamado ejército de Arequipa, compuesto de cinco a seis mil hombres mal armados i peor vestidos, i que no recibian pago alguno, no podria salir de sus atrincheramientos i mucho ménos intentar una campaña contra Tacna. El ejército chileno marchaba, pues, a Lima en la seguridad completa de que no dejaba peligro alguno a sus espaldas.





CAPITULO VIII

Los aprestos de resistencia en Lima i el Callao, noviembre i diciembre de 1880

Infructuosas diligencias del gobierno peruano para aumentar su escuadra.— Un inventor norte-americano propone al Perú la construccion de buques aéreos.—El dictador Piérola mantiene encerrados en el Callao los buques que quedaban al Perú, permitiendo así a los trasportes chilenos recorrer el mar sin el menor peligro.—Cañoneo del 3 de noviembre.—Nuevo combate de las lanchas cañoneras en el Callao (6 de diciembre).—Bombardeo de la plaza los dias 9, 10 i 11 de diciembre: se rompe el cañon del *Angamos*.—El gobierno del Perú se atribuye la victoria en cada uno de estos combates.—Organizacion del ejército de Lima.—El ejército de reserva queda reducido a la mitad de su número por las licencias acordadas por el gobierno.—Plan defensivo de Piérola,—Fábricacion de cañones, de minas i de bombas automáticas.—Construccion de fortalezas en los contornos de Lima.—Suntuosa inauguracion de la ciudadela Piérola.—Bendicion de la espada de Piérola.—Proclama singular del dictador del Perú.—El nuevo bombardeo del Callao viene a turbar la fiesta.—Llega a Lima la noticia del desembarco de los chilenos en Curayaco.—Piérola asume el mando del ejército peruano i dicta numerosas providencias militares.—Descripcion de las líneas de fortificaciones peruanas de Chorrillos i Miraflores.—Confianza que estas fortificaciones inspiran al gobierno del Perú.—Perturbacion producida en Lima por el estado de guerra.—La prensa se desencadena contra los ricos acusándolos de ladrones.—Da consejos militares para derrotar infaliblemente a los chilenos.

En esos momentos, la dictadura peruana habia terminado tambien sus aprestos para defender a Lima, i creia estar per-

fectamente segura de la victoria. Vamos a dar cuenta de estos trabajos.

Durante muchos meses, el gobierno del Perú se había alagado con la esperanza de comprar buques en el extranjero i de formar una escuadra respetable con que resistir a la de Chile. Con este fin mantenía numerosos agentes en Europa i en América; i éstos agentes que costaban al tesoro del Perú un desembolso considerable, mantenían las ilusiones del gobierno. Piérola había creído que podría organizar una escuadra con naves de guerra compradas en Portugal, en Italia, en España, en Turquía, en Dinamarca i hasta en la China. Sin duda, la empresa en que estaban empeñados los agentes de la dictadura, era de mui difícil realizacion, i apenas habrían podido llevarla a cabo con el desembolso inmediato de fondos mui considerables, de que el Perú no podía disponer. La fama de mal pagador que se había conquistado por la suspension del servicio de su deuda, era causa de que en ninguna parte se quisiera venderle nada a plazo.

Aunque los afanes de los agentes del Perú hubieran conseguido otro resultado, siempre habría existido la dificultad de sacar esos buques de los puertos europeos. Don Francisco Canevaro, comisionado con este objeto en Inglaterra, había creído en meses atrás poder salvar este inconveniente usando para el caso la bandera arjentina. Al efecto, en enero de 1880 solicitó del ministro arjentino en Lóndres, don Manuel R. García, que prestase el nombre oficial de su legacion a fin de que las naves de guerra que saliesen para el Perú de los puertos europeos, llevasen la bandera de aquella nacion. El agente peruano se comprometía a manejar este negocio con la mas esmerada reserva. Su pretension, sin embargo, fué perentoriamente rechazada por el ministro arjentino, segun aparece en las propias comunicaciones de Canevaro (de 16 de enero de ese año) que cayeron en poder de los chilenos. El gobierno peruano se imaginó entónces que su representante en Buenos Aires podría conseguir este resultado. Fueron tales sus ilusiones a este respecto, que la prensa de Lima llegó a anunciar, como dijimos en otra parte, que en el mes de mayo siguiente,

el Perú tendría una poderosa escuadra, capaz, se decía, de reconquistar el dominio del Pacífico. El gobierno arjentino; sin embargo, confirmó lo que habia hecho su ministro, esto es, desechó redondamente la pretension peruana.

Cuando el dictador Piérola habia perdido toda esperanza de crear una nueva escuadra, recibió de Estados Unidos una curiosa propuesta que era la mas amarga burla de su situacion. Un ciudadano norte-americano, Mr. Blackmann, del estado de Tenessee, se ofrecia a construir un buque aéreo, especie de globo de guerra que navegando por la rejion de las nubes, marcharia con la rapidez de 25 millas por hora, i llegaria a destruir la escuadra chilena. El proyecto tenia la ventaja de que el inventor no exijia anticipos de dinero. El gobierno del Perú tramitó este asunto en los últimos dias de junio de 1880; pero ignoramos si aceptó la proposicion.

Es verdad que el Perú no tenia una escuadra capaz de recomenzar la guerra marítima; pero conservaba en la bahía del Callao once buques, tres de los cuales habrian podido, por su lijereza i por sus condiciones, ser fácilmente aprovechados para hostilizar a los chilenos. Mandados por oficiales entendidos i resueltos, habrian burlado el bloqueo favorecidos por las neblinas frecuentes en esos lugares en las altas horas de la noche, i habrian podido embarazar la accion de los trasportes enemigos, que se ocupaban entónces en conducir tropas sin hallar jamas la menor dificultad en esta operacion. Piérola, sin embargo, no quiso arriesgar una sola de sus naves. Las mantuvo constantemente encerradas en el muelle dársena, i por tanto espuestas a los fuegos de la escuadra chilena en los frecuentes cañoneos de que era teatro la bahía.

En los primeros dias de noviembre, uno de los trasportes chilenos encalló accidentalmente en la isla de San Lorenzo. Las lanchas de la escuadra comenzaron a trabajar para ponerlo a flote; i las baterías del puerto mas inmediatas a ese lugar, rompieron sus fuegos el 3 de noviembre sobre las embarcaciones chilenas para impedir aquella operacion. Esta fué la señal de un pequeño combáte. El monitor chileno *Huáscar* se adelantó a las otras naves de la escuadra; i con los ca-

ñones de largo alcance con que habia sido dotado últimamente, hizo algunos disparos sobre las fortificaciones, que fueron contestados inmediatamente. Este cañoneo, sin embargo, no causó daño alguno a los buques chilenos; i entre tanto pudieron adelantarse los trabajos hasta sacar el trasporte del lugar en que estaba varado.

Despues de este insignificante combate, se pasó un mes entero sin accidente alguno en la bahía. Cada noche, las lanchas cañoneras de los chilenos rondaban escrupulosamente el puerto para impedir que las naves peruanas intentasen romper el bloqueo, e iban a colocarse cerca del muelle dárse-na para vijilar a los buques que allí habia. Al amanecer del 6 de diciembre, dos lanchas peruanas preparadas de antemano, salieron de improviso del dique, i protegidas por los fuegos de tierra, trabaron el combate contra las dos lanchas chilenas que estaban de servicio. Reforzados pronto los peruanos por otras dos embarcaciones, salieron tambien de la escuadra chilena otras dos lanchas. Se sostuvo la pelea encarnizadamente con los fuegos de rifle i de los pequeños cañones, sin ventajas apreciables para ninguno de los combatientes, a pesar de que los peruanos estaban apoyados por la artillería i por las ametralladoras de tierra. Pero en esas condiciones, la desventaja de los chilenos era mui grande; i fué necesario que avanzasen algunos buques de la escuadra para romper el fuego contra las fortificaciones de la plaza i para favorecer la retirada de sus lanchas. Este pequeño combate, que sin embargo habia durado dos horas, costó la vida a dos chilenos, uno de ellos aspirante de marina, i a un número mayor de soldados peruanos que perecieron en las lanchas i en uno de los buques estacionados dentro del dique. Una de las lanchas chilenas, que habia recibido una bala de cañon, se fué a pique al llegar a la isla de San Lorenzo; pero luego se la puso nuevamente a flote. Convenientemente reparada, siguió sirviendo en el bloqueo del puerto.

El combate se renovó en la bahía del Callao el 9 de diciembre. Ese dia los fuertes de tierra celebraban la inauguracion de una ciudadela en los alrededores de Lima. Los marinos

chilenos creyeron que las repetidas salvas de artillería eran una provocación a combate. El crucero *Angamos*, aprovechando su cañón de largo alcance, mantuvo sus fuegos sobre los buques peruanos que permanecían guardados en el muelle dársena, i en dos de los cuales causó algunas averías. El cañoneo se renovó el 10 i el 11 de diciembre. El último de esos días, el monitor peruano *Atahualpa* dejó su fondeadero acompañado por cuatro lanchas cañoneras, como si quisiera presentar combate, pero con el verdadero propósito de atraer hacia otro punto los tiros del crucero chileno. Algunos de los buques bloquedores, avanzaron también por su parte a la bahía i sostuvieron el fuego contra esas embarcaciones i contra los fuertes de tierra sin recibir daño alguno. El combate no tuvo otras consecuencias; pero cuando el *Angamos* hacía el último disparo, su cañón se partió por el medio, ocasionando la muerte del teniente don Tomas Pérez, e hiriendo a tres individuos. «El cañón, dice un escrito técnico que tenemos a la vista, se dividió en el tubo interior de acero i en la medianía del anillo que sostiene a los muñones, lanzando hacia el mar, por el lado de estribor, la parte anterior del cañón, i también por babor la parte posterior o culata»¹. Hasta el momento en que escribimos, no se ha podido saber con firmeza la causa de esta avería, si bien se ha hecho de ella el objeto de un serio estudio.

Como es fácil comprender, estos combates no tenían una grande importancia, ni podían dar un resultado de mediano valer. Su único objeto era ocupar constantemente a la guarnición del Callao, e impedir que los buques peruanos intentasen salir del puerto, como se decía que pensaban hacerlo un día u otro. Sin embargo, la prensa de Lima daba cuenta de estos sucesos como de otros tantos triunfos de sus armas.

r. El cañón del *Angamos*, construido en Inglaterra en las célebres maestranzas de Armstrong, se cargaba con 90 libras de pólvora, i era el primer ensayo de un descubrimiento reciente. En Inglaterra se le había probado cincuenta veces; i en la guerra del Pacífico hizo 271 disparos, inutilizándose en el último. Los ingenieros se encargaron de estudiar estos hechos para aprovechar las lecciones de la experiencia en la construcción de las piezas de artillería del mismo sistema.

Contábase que en cada cañoneo tales o cuales buques chilenos, que no habian sufrido el menor daño, llevaban rotos sus cascos, o desmontados sus cañones i con un número considerable de muertos i de heridos. Para que fuera mayor todavía el entusiasmo que producian estas falsas noticias, despues de algunos de esos combates, el dictador Piérola decretaba premios i promociones para los oficiales i soldados que habian tomado parte en ellos. I en seguida, se comunicaban al extranjero las noticias mas fantásticas acerca de estos pretendidos triunfos.

Refiriéndose al último combate, una correspondencia escrita en Lima el 19 de diciembre, i remitida a un diario de Panamá que recibia una fuerte subvencion del gobierno del Perú, contaba que la cañonera *Pilcomayo* habia sido agujereada por una bomba que mató a varias personas, que uno de los cañones del *Huáscar* habia reventado causando la muerte de mucha jente, i que el *Angamos* quedaba mui destrozado. «Dos lanchas peruanas que juntas apenas podrian cargar dos toneladas, añadia resumiendo estas noticias, han puesto en retirada a seis naves poderosas, una de ellas monitor». No es, pues, extraño que el populacho de Lima que creia firmemente estas noticias mandadas publicar por el gobierno, estuviese persuadido de que cada uno de estos pequeños encuentros en la bahía del Callao era un triunfo espléndido de las armas peruanas; i que adquiriese la conviccion de que el enemigo, dominado ya por el miedo, se desbandaria cobardemente en el primer combate sério que tuviese lugar en tierra o en mar. Esto era lo que anunciaba cada dia la prensa de Lima.

En esos mismos dias, Piérola hacia los últimos aprestos para la defensa de la capital. Con los continjentes de tropa reunidos empeñosamente en toda la república, el ejército de línea del Perú llegó a contar en noviembre de 1880 poco mas de veintiseis mil hombres. Piérola los habia distribuido en tres cuerpos bautizados con los nombres de ejército del sur, del centro i del norte. El primero de ellos era formado por los cinco o seis mil hombres que, segun dijimos en el capítulo

anterior, quedaban en Arequipa bajo las órdenes del coronel don José de la Torre. El ejército del norte, mandado por el jeneral don Ramon Vargas Machuca, no habia sido destinado, como parecia indicarlo su nombre, a la defensa de las provincias setentrionales del Perú, que habia recorrido una division chilena sin encontrar la menor resistencia. Léjos de eso, permanecia en Lima junto con el denominado ejército del centro que mandaba el coronel don Juan Nepomuceno Vargas. Aunque cada uno de estos cuerpos no pasaba de un efectivo de diez mil hombres, estaba distribuido en cinco divisiones compuestas de tropas de las tres armas. Solo la abundancia de jefes que tenia el estado mayor del Perú i el deseo de darles a todos colocaciones de honor, esplica el hecho de fraccionar en diez divisiones un ejército de poco mas de veinte mil hombres. Este ejército, aunque en jeneral mal vestido, contaba con armas excelentes, i tenia una regular instruccion militar.

Al lado de éste se hallaba el ejército llamado de reserva, bajo las órdenes del coronel don Juan Martin Echeñique. Formábanlo los cuerpos organizados en Lima con grande aparato en el mes de julio. Su número, que habia alcanzado a cerca de dieciocho mil hombres, no pasaba ahora de diez a doce mil, pero distribuidos igualmente en diez divisiones. La instruccion de estos cuerpos no correspondia a las esperanzas que en ellos fundaba el gobierno de la dictadura. Aunque todos los individuos de la reserva estaban obligados a concurrir diariamente a los ejercicios doctrinales, i aunque los decretos que organizaron estos cuerpos establecian que no habria excepcion para nadie, se introdujo desde los primeros dias de su creacion, el mismo desórden que existia en todos los ramos de la administracion pública del Perú. El gobierno consintió en que muchos reservistas abandonaran el pais, i los jefes de los cuerpos dieron numerosas licencias para dejar de asistir a los ejercicios. Resultaba de aquí que el mayor número de los hombres de fortuna o de valimiento, quedó eximido del servicio militar, i que éste fué obligatorio solo para las personas que no podian hacer valer influencias cerca del gobierno.

Esta irritante desigualdad llegó a producir un serio descontento que se dejó traslucir hasta en la prensa, a pesar de estar ésta sometida al régimen dictatorial ². Todo esto había influido grandemente en la demoralización de la reserva, i en la extraordinaria disminución de su número.

El ejército con que podía contar Piérola para la defensa

2. Véase lo que a este respecto decía *El Nacional* de Lima en su número de 2 de diciembre de 1880 en un extenso artículo de que extractamos el fragmento siguiente:

«Una de las causas de no poco disgusto jeneral, ha sido la injusta concesión de permisos con pretextos chicaneros para eludir el servicio militar en las presentes circunstancias.

«Todo el mundo ha reprobado semejante hecho, porque todo el mundo comprende estas dos verdades: que *nadie* se halla escluido para no prestar el contingente de su fuerza; que *necesitamos* oponer *toda* la resistencia posible, todo el mayor número posible para tener seguro el triunfo.

«¿Cuántas licencias han sido concedidas?

«Al saber los demas que sacrificando todo jénero de comodidades, que teniendo familia ni mas ni ménos que los fujitivos, que siendo tan peruanos como éstos, se hallan todos los dias con el fusil al hombro, sufriendo los rigores del sol, las nubes de polvo, i en fin, todo jénero de fatigas, al saberlo, decimos, i ver que otros mui a sus anchas se iban cargando sus fortunas, sus familias, ni mas ni ménos que si ellos fueran los amos i los que quedaban los criados, ¿qué se ha debido experimentar en el espíritu?

«¿Qué clase de sentimientos, qué juicio se ha debido formar en el alma de los que agachando la cabeza eran testigos de semejante cosa?

«Unos a la fiesta i otros a la raspa; unos todos los dias al trabajo i otros todos los dias acostados al sol.

«Unos sin poder faltar un solo dia al ejercicio, i otros pudiendo largarse a Guayaquil, a Europa, al interior, etc., etc.

«¿Cuál es el privilejio que tiene nadie sobre nadie?

«Su fortuna.

«Si se fueran i nunca mas regresaran a este Perú, mui en buena hora; pero los primeros que han de venir i por bandadas a la noche buena del triunfo; los primeros que han de tener el cinismo de regresar a pedir las plazas vacantes en los puestos públicos, plazas vacantes por los que morirán en el combate; los primeros que han de regresar a especular con los que desnudos o hambrientos hubiésemos quedado, han de ser aquellos que mediante influencias obtuvieron, so pretexto de pocos dias, su licencia definitiva para no asistir a la defensa de Lima.

«¿Quiénes son ellos para no servir a la patria?

«¿Cuáles sus privilejios?

«Mas tarde querrán tener derecho como los que espusieron su vida.

«Necesitamos saber cuántos fuimos los justos entre los doscientos mil habitantes que tiene Lima».

de Lima, montaba, pues, a poco mas de treinta mil hombres, fuera de otros dos mil que guarnecian el Callao. Pero la prensa de la capital i la de las provincias, así como los diarios que el gobierno del Perú tenia subvencionados en el extranjero, hablaban de cuarenta a cincuenta mil soldados. Esas tropas tenian, como ya hemos dicho, un buen armamento; i si su temple i su disciplina hubieran sido mejores, habrian podido medirse con buen éxito en campo raso con el ejército que iba a atacarlos. Pero el dictador del Perú estaba resuelto a aprovecharse de todas las ventajas de su posicion, i queria mantenerse a la defensiva, i batirse detras de parapetos i trincheras formidables para no dejar al enemigo ninguna probabilidad de triunfo.

Al efecto, hizo estudiar por hombres competentes todo el terreno de los alrededores de Lima para utilizar las alturas, los canales, los cercados de los campos, con el objeto de convertir en defensas militares todos los accidentes naturales i todas las construcciones de los hombres. Aunque contaba con una buena provision de cañones i de ametralladoras, mandó desembarcar la artillería de los buques de su escuadra, e hizo construir nuevas piezas en un establecimiento industrial de Lima. Los cañones fundidos allí, aunque de bronce, i faltos de esa seguridad i precision de movimientos de la artillería de las grandes fábricas, dieron buen resultado, i permitieron al gobierno peruano contar con mas de 300 piezas de todos calibres para la defensa de la ciudad.

Lima tenia desde tiempo atras magníficas maestranzas para la elaboracion de bombas, granadas, i cartuchos de fusil i de ametralladoras. En ellas se fabricó un material de guerra que unido al que se habia hecho venir del extranjero, habria servido para satisfacer las necesidades de un ejército dos veces superior al que iba a entrar en campaña. Fabricáronse igualmente allí bombas automáticas para sembrar con ellas los caminos que debia recorrer el enemigo. Por su construccion, estas bombas debian hacer esplosion al primer choque, a la simple presion del paso del hombre o de las patas de los caballos. Ellas i las minas de dinamita, preparadas tambien para

estallar bajo los piés de los soldados que pasasen sobre ellas, eran los medios de defensa que inspiraban mas confianza al gobierno del Perú.

Al disponer la fortificacion de los alrededores de Lima. Piérola esperó conocer a punto fijo el rumbo que llevarian los chilenos para reconcentrar allí el mayor número de sus elementos de defensa. Pero desde luego, dispuso la construccion de varias fortalezas que segun sus cálculos debian servirle irremediamente, cualquiera que fuese el punto por donde atacasen los chilenos, i que sin embargo, fueron completamente inútiles en los dias de prueba i de combate. Dos de esas fortalezas fueron construidas en dos cerros que se alzan uno al noreste de la ciudad, con el nombre de San Cristóbal, i otro al oriente con el de San Bartolomé. El primero, sobre todo, con una altura de 420 metros i con laderas escarpadas, fué convertido en una formidable fortificacion a la cual se dió el nombre de «ciudadela Piérola». La prensa de Lima, guardándose escrupulosamente de dar noticia de sus elementos de defensa, no trepidó en anunciar que ella seria el fundamento de la rejeneracion del Perú i la tumba de los chilenos, pueblo desgraciado, decian los diarios, que marcha irresistiblemente a su ruina ³.

3. El entusiasmo de los periodistas de Lima por la ciudadela Piérola, que al fin no prestó ningun servicio, rayó en el delirio, e inspiró los escritos mas singulares en alabanza del dictador. Se nos permitirá reproducir un fragmento de un artículo del diario *La Patria* de 13 de diciembre. Hélo aquí:

«La rejeneracion no es la obra de un dia, ciertamente, pero en solo un año se han colocado los colosales cimientos de granito que con asombrado entusiasmo hemos todos contemplado (La ciudadela Piérola).

«Esa colosal obra es, realmente, una esperanza; porque la rejeneracion es intelijencia, actividad i moralidad: i lo grande, lo atrevido de la concepcion, i la increíble rapidez con que se ha ejecutado, i la admirable economía con que se ha realizado, exceden las mayores exigencias, i marcan el verdadero deslinde, entre la antigua éra de indolencia, descuido i derroches, i la nueva éra de rejeneracion.

«Ese espléndido monumento es, tambien, una revelacion, altamente consoladora para el patriotismo; porque es la medida visible, tangible, i concentrada en un solo punto, de lo que no se puede ver, ni tocar, ni concentrar en un lugar dado.

«Es verdad que no todo está hecho, que entre el Perú de medio siglo i la

La inauguración de cada uno de estos trabajos, así como cada revista de alguno de los cuerpos del ejército, era motivo de una gran fiesta militar en que el dictador lanzaba a sus soldados las más ardorosas proclamas, llenas de amenazas contra Chile. Desde que se tuvo noticia del desembarco de los chilenos en Pisco, este movimiento de los espíritus fué más intenso todavía. Por fin, el 1.º de diciembre, los diarios publicaban un decreto espedido por Piérola el día anterior en el cual mandaba que en seis días más quedasen acuartelados todos los cuerpos de la reserva, bajo las más severas penas para los refractarios. Este fué el motivo de otra ostentosa parada militar que se verificó el mismo día 1.º de diciembre para dar lectura al mandato del jefe supremo. «Todo el mundo, decía *El Nacional* de Lima, recibió esta noticia con manifiesto regocijo i todos espresaron la idea de ver llevado a cabo el acuartelamiento. La reserva de Lima está llamada a ser como la famosa guardia imperial de Napoleón, mucho más que esa guardia imperial, i lo será siempre que a ello los encargados de dirigirla con el ejemplo, la constancia i la asiduidad invencible contribuyan».

Pero la más solemne fiesta de esta naturaleza tuvo lugar

era nueva, hai un abismo de sangre i lágrimas, no colmado aun, pero podemos esperar que ese abismo se colmará con la sangre de 20 o 30 mil culpables (los chilenos), e instrumentos ciegos del crimen, i con las lágrimas de un pueblo desgraciado, del Cain de Sud-América (Chile).

«El edificio del mal puede subsistir durante algun tiempo, pero llega un momento en que la ola avanza i derriba todo lo que no se funda en la verdad i en la moral, porque hai una lei de justicia que tiene que cumplirse, i esta lei es el castigo de la iniquidad, en todas sus formas.

«Los flancos de la montaña de granito están, ya, encargados de conservar a los pósteros el nombre de Piérola; i, en los siglos venideros, la locomotora partirá de ésta i atravesará la otra montaña, la del Amazonas, impulsada, no por los millones del derroche de la vieja era, sino por el sudor del trabajo de la era nueva.

«I, cuando dentro de quinientos años, un ejército de un millón de enemigos marche sobre la capital del nuevo Perú, ese ejército será detenido i sofocado por los cien gigantes de granito que circundan la ciudad de los reyes, desde la Punta Pancha hasta el morro Solar; i los ecos de la montaña llevarán de una a otra América un nombre victorioso, el nombre victoriado por un pueblo agradecido, el nombre de Piérola».

el 9 de diciembre con motivo de la bendición de la ciudadela Piérola, i de la espada que iba a desenvainar el dictador. «Nunca vió la capital peruana, decia *La Patria* de Lima, en los tres siglos i medio que cuenta de existencia, un espectáculo tan grandioso como éste, cuya realidad excede a cuanto pudiera imaginarse de extraordinario; nos oprime la majestuosa solemnidad del acto que hemos visto ejecutarse. Ajita nuestro espíritu el patriótico entusiasmo que la augusta ceremonia ha hecho revivir en todos los peruanos: la palabra es impotente para espresar lo que sentimos. Cien mil espectadores, Lima entero que ha sido actor i testigo a la vez en esta grandiosa escena, ha experimentado las indecibles emociones de este memorable día que fijará una pájina en los anales de su historia».

En efecto, desde el amanecer la ciudad estaba engalanada de banderas, como si se celebrara una gran victoria. Todas las tropas estaban sobre las armas, i formaban calle desde el palacio de gobierno hasta la ciudadela Piérola. A las ocho de la mañana todas las corporaciones eclesiásticas, civiles i militares salieron de los salones de palacio formando séquito al dictador. Marchaba éste rodeado de un numeroso cuerpo de edecanes, jenerales i coroneles, i se dirijia al cerro de San Cristóbal. Al pié de él se habia construido una espaciosa galería donde tomaron asiento los funcionarios civiles i eclesiásticos, miéntras Piérola i su estado mayor subian el cerro para llegar a las fortalezas de la cumbre. Las bandas de música atronaban los aires junto con las salvas de artillería, que contestaban las lejanas baterías del Callao, de Chorrillos i de Miraflores. En la cumbre del cerro estaban todos los estandartes del ejército con sus escoltas respectivas. Allí, el vicario jeneral castrense, doctor don Antonio García, abrió la ceremonia con un largo i belicoso discurso en que en nombre del cielo anunciaba la derrota inevitable de los chilenos.

La fiesta comenzó por la bendición de las banderas i de las armas del ejército. El doctor García tomó despues en sus manos la espada de Piérola, i la bendijo con el mayor recojimiento. Una vez bendita, la devolvió al dictador con toda la

solemnidad que la ceremonia requería. Pasóse de allí a la bendición de los fuertes i del estandarte de la ciudadela Piérola, i entónces resonaron de nuevo las salvas de artillería i las músicas militares. «No pueden espresarse en toda su estension i sublimidad, decia un diario de Lima, las emociones que experimentaron en aquellos solemnes momentos, cuantos presenciaban tan grandioso espectáculo». «La bendición de la espada de Piérola, decia una correspondencia escrita en Lima en esos dias, ha llenado de confianza a esta ciudad que ve en el jefe supremo al unjido del Señor, encargado de defenderla contra sus perversos enemigos».

La ceremonia no se terminó con esto solo. Tuvo lugar allí mismo una misa solemne durante la cual el vicario castrense, con la hostia sagrada en la mano, bendijo de nuevo a los ejércitos del Perú, en medio de otra salva de artillería. Terminada la misa, el jefe supremo don Nicolas de Piérola pronunció una proclama que conviene conocer íntegra. Héla aquí:

«Conciudadanos: El renacimiento de los pueblos está siempre marcado por períodos de durísima prueba, tanto mas dura cuanto mas radical i completa es la transformacion a que dan paso.

«Año i medio há que soportamos los dolores i las heridas de esa prueba, a cuyo término se hallan la rejeneracion dentro i la victoria mas completa fuera.

«Entre el Perú de medio siglo i la éra nueva abierta delante de nosotros, hai un abismo de lágrimas i sangre no colmado aun. ¡Atras el viejo réjimen! la vida vieja, que nos ha traído hasta mirar hollado nuestro suelo, bloqueados nuestros puertos, saqueadas nuestras indefensas poblaciones, profanado nuestro hogar por quien debiera temblar a nuestro enojo solo. ¡Adelante! el Perú que soñaron nuestros padres, el Perú que alzaron sobre el soberbio pedestal de Ayacucho, dando la libertad a un continente.

«Os hablo desde la improvisada ciudadela, levantada sobre el coloso de granito a cuyas plantas se asienta la capital de la República: coloso de granito que será de hoi mas el centinela imperturbable de nuestros derechos soberanos: cifra ci-

clópea del inmenso porvenir que nos aguarda, como el deslinde gigantesco de la éra nueva.

«Os lo he dicho varias veces i no me cansaré de repetirlo porque es mi conviccion de toda hora:—el Perú para ser grande en el continente i en la historia, no ha menester sino adquirir la conciencia de su propia fuerza.

«Puede i debe serlo.

«Es preciso que lo sea. I lo será.

«Este mismo sol que alumbra la afanosa i sangrienta tarea de hoi, es el que alumbró la lejdendaria epopeya de Ayacucho. I como entónces sellamos la emancipacion de un continente; como entónces consagraremos ahora el imperio de la justicia i del derecho en América.

«Un pueblo fratricida, pueblo rebelde a la civilizacion cristiana, pueblo sin la conciencia de los destinos del mundo de Colon, aprovechó de nuestro descuido para apoderarse de parte de nuestro suelo i de nuestros tesoros, llamando conquista a lo que no es sino la cuitada ocupacion del salteador, juzgando *duradera* la criminal fortuna de una hora.

«En la ebriedad de un efímero éxito para nadie mas sorprendente que para él mismo, entregándose a atentados i desmanes que afrentarán al siglo en que vivimos, ha caido en la ceguedad del que corre en pos de su castigo.

«Ese pueblo está loco.

«Ha soñado ocupar la ciudad de Pizarro, la ciudad de los titanes del año veintiuno e imponer desde ella la lei al Perú i a la América del Sur.

«Ha soñado venir a Lima. I vendrá. Porque hai una lei de justicia que tiene que cumplirse; porque es preciso que reciba el escarmiento que merecen los que asaltan al indefenso i pacífico labriego, los que arrancan como botin de un triunfo no obtenido, las joyas de la prometida i la secular reliquia a la anciana matrona que la guarda como recuerdo de familia. Las lágrimas de nuestras matronas i de nuestras vírjenes reclaman castigo, i la sangre de nuestros mártires está clamando venganza i escarmiento.

«Camaradas del ejército movilizado i de la reserva:

«A vosotros os toca ser los ejecutores de esa justicia; instrumentos escogidos i benditos del renacimiento de un pueblo i del escarmiento de los que le ultrajan por robarle.

«El Perú i la América os tienen confiados sus destinos. El cielo acaba de bendecir vuestras armas, i los flancos de esta montaña de granito están esperando vuestros nombres para conservarlos, con esa memoria que no pesa ni muere, al atónito respeto de nuestros pósteros.

«Mostraos dignos de ellas; de la patria que os las ha confiado, de los que en Ayacucho la hicieron libre, para que vosotros la hiciéseis grande, respetada i feliz.

«Peruanos todos:

«Chile puede faltar a todas las leyes i a todos los respetos, porque no tiene ayer ni tendrá mañana.

«Dice que va a llamarnos al combate. Corramos a él, como acuden los leales i los buenos; como acuden los que guardan las gloriosas tradiciones de tres imperios; los que se han sentado en el trono de Manco Capac, de Pizarro, de los libertadores de su continente.

«En la cima de esta montaña acabamos de enarbolar el glorioso pabellon de la república. Jurad conmigo aquí que me acompañareis, sin escepciones, a sacarle triunfante en la pelea o a sucumbir defendiéndola ⁴.—*N. de Piérola.*—Lima, diciembre 9 de 1880.»

4. Esta curiosa proclama se presta a observaciones que solo nos es dado indicar lijeramente en esta nota. Piérola, como la mayor parte de los caudillos que han escalado el poder despues de un motin de cuartel, se creia sériamente el rejenerador del Perú. En éste, como en muchos otros documentos de su gobierno, habla solemnemente de la nueva éra inaugurada por él, i que viene a poner término al abismo de lágrimas i sangre. Pero esta conciencia de su importancia política, casi no merece fijar nuestra atencion.

No sucede lo mismo en lo que respecta a las alusiones históricas que contiene su proclama. En este punto es indispensable detenerse un momento.

Dice Piérola que Chile, el pueblo rebelde a la civilizacion, se habia aprovechado del descuido del Perú para apoderarse de una parte del territorio de este último pais. No es posible concebir una adulteracion mas audaz de los hechos. Chile habia entrado en posesion de las provincias peruanas de Tarapacá i de Tacna, no por una sorpresa sino despues de dos penosas campañas en que destrozó en numerosas batallas, i en su propio territorio, a dos ejércitos peruanos cuyos jefes habian provocado desde muchos meses atras

Después de pronunciar este discurso, el dictador bajó del cerro, i acompañado por toda su comitiva, volvió al palacio donde lo esperaba un suntuoso banquete. Cuando se brindaba allí con un entusiasmo loco por los triunfos futuros del Perú, llegó la noticia de que la escuadra chilena, creyendo talvez que las salvas de ese día eran una nueva provocacion a combate, habia recomenzado el bombardeo del Callao. Los cañonazos que venian a turbar la fiesta de ese día, sirvieron para recordar al gobierno de la dictadura peruana que se habia adelantado mucho para celebrar victorias que no habia alcanzado todavía.

a los soldados chilenos con los mismos insultos i las mismas amenazas que ahora les dirijia Piérola. La ocupacion de esas provincias después de un año de guerra, no podia ser el resultado de una sorpresa.

Cualquiera persona que sin conocimiento de la historia americana, lea la proclama de Piérola, creará al ver la historia de los titanes del año 21, i las demas alusiones a la época de la independencia hispano-americana, que el Perú fué el vencedor de Ayacucho, i el libertador del nuevo mundo. En el curso de esta proclama, Piérola repite tres veces esto mismo; sin embargo, nada está mas distante de la verdad.

En 1810 casi todas las colonias españolas que hoi constituyen las repúblicas americanas, se dieron gobiernos propios separándose de la metrópoli. El Perú, sin embargo, no solo no trató de segregarse de España, sino que hasta 1820 quedó siendo centro de los recursos i del poder de los opresores. Fué necesario que la independencia estuviere afianzada en las otras colonias, para que éstas llevasen allá el fuego revolucionario.

En ese año llegó al Perú una espedicion libertadora de poco mas de 4,000 hombres de desembarco. Habia sido organizada en Chile por la enerjía vigorosa e incansable del director supremo de este país, el jeneral don Bernardo O'Higgins, i mandada por el almirante Cochrane, jefe de la escuadra chilena, i por el ilustre San Martín, jeneral en jefe del ejército de tierra. Estos son los titanes que en 1821 tomaron posesion de Lima i proclamaron la independencia del Perú. Ninguno de esos titanes era peruano.

La admirable victoria de Ayacucho no es tampoco una gloria peruana. Fué ganada el 9 de diciembre de 1824 por el ejército colombiano que mandaba el jeneral venezolano don José Antonio Sucre sobre las tropas realistas que, aunque dirijidas por jefes i oficiales españoles, eran compuestas casi en su totalidad de soldados peruanos. Es cierto que en el ejército de Sucre habia una columna peruana; pero fué ella la única que vaciló en el combate i que comprometió la victoria.

El lector encontrará la confirmacion de estos hechos en cualquier compendio de historia de América; i si desea conocerlos en sus detalles puede consultar las importantes *Memorias del jeneral MILLER*, testigo i actor en estos grandes sucesos.

No pasaron muchos dias sin que las nuevas noticias que llegaban del sur fueran a revelar al gobierno del Perú que se aproximaba el momento de la prueba. Una parte de la division chilena que habia desembarcado en Pisco, avanzaba resueltamente hácia el norte recorriendo el territorio peruano sin hallar en ninguna parte una resistencia formal. Aunque la prensa de Lima publicaba cada dia las noticias de los triunfos que sobre esa division alcanzaban las columnas de montoneros peruanos, el gobierno sabia que esos triunfos erau simples invenciones de sus agentes, destinadas a «retemplar el patriotismo», como entónces se decia.

Por fin, en la tarde del 21 de diciembre, el telégrafo anunció a Lima que la escuadra chilena estaba en la bahía de Chilca, que reconocia la costa vecina i que se preparaba a comenzar el desembarco. Por un momento, se creyó todavía que todo aquello no pasaria de un simple ardid de guerra destinado a distraer la atencion del enemigo; pero a la mañana siguiente ya no hubo lugar a duda posible. Las tropas chilenas, decia el telégrafo, han comenzado a desembarcar su jente en Curayaco sin hallar la menor resistencia. Antes de medio dia se suspendió la trasmision de noticias. Los chilenos se habian apoderado del telégrafo i dejaban incomunicada a la capital del Perú.

Piérola desplegó inmediatamente una grande actividad. El mismo dia 22 de diciembre espidió nueve decretos, relativos todos a la organizacion de la defensa. El primero de ellos estaba concebido en los términos siguientes:

«Nicolas de Piérola, jefe supremo de la república i protector de la raza indijena.—Por cuanto ha llegado el caso de verificarlo, decreto:

«Asumo en la fecha el inmediato mando del ejército acantonado en el departamento de Lima.

«Las órdenes en todo lo relativo al servicio militar serán trasmitidas directamente por el estado mayor jeneral.

«Dado en la casa de gobierno en Lima, a los veintidos dias del mes de diciembre de mil ochocientos ochenta.—NICOLAS DE PIÉROLA.—*Miguel Iglesias.*»

Por el segundo decreto dispuso el dictador que los dos ejércitos llamados del norte i del centro, en vez de las diez divisiones en que estaban distribuidos, formaran solo cuatro grandes cuerpos a cargo de los coroneles don Miguel Iglesias, ministro de la guerra, don Belisario Suárez, don Justo Pastor Dávila i don Andres A. Cáceres. Al mismo tiempo nombró ayudantes de campo al jeneral Buendía, que aun estaba procesado desde un año atras por su conducta en la campaña de Tarapacá, al coronel Leiva, que acababa de ser separado del mando del ejército de Arequipa, i al ministro de gobierno, coronel Orbegoso. Los otros decretos tenian por objeto movilizar el ejército de la reserva, reunir todos los caballos que se encontrasen en la ciudad i sus inmediaciones, limitar a solo dos trenes diarios el tráfico público de los ferrocarriles para que las vías estuviesen a disposicion del gobierno, i a suspender el tráfico de los tranvías a fin de que sus caballadas sirviesen para el uso de la reserva. Todas estas medidas debian ejecutarse dictatorialmente, sin dar lugar a reclamaciones de ninguna clase. La defensa de la capital servia de razon para justificar todas estas violencias.

Desde dias atras estaba anunciada en Lima otra fiesta militar. El 24 de diciembre debia tener lugar una gran revista del ejército de reserva. En vista del desembarco i de la marcha de los chilenos hácia la capital, el dictador Piérola dió contra-órden, i mandó que la reserva saliese de la ciudad a tomar las posiciones que le estaban asignadas. Una correspondencia enviada esos dias de Lima a un diario de Panamá, daba cuenta de este movimiento en los términos siguientes: «El entusiasmo en Lima es intenso. Por la primera vez he oido aquí vítores espontáneos cuando salieron a su campamento los batallones de reserva el 26 de diciembre. En él figuran casi todos los jueces, abogados, médicos, banqueros, comerciantes, dependientes i artesanos de la ciudad. A los miembros de ese ejército de reserva pertenecen la mitad de las propiedades del pais: por consiguiente saben por qué pelean, i aunque bisoños, podrán ausiliar mui eficazmente al

ejército activo ⁵. Es posible que nunca llegue a oler la pólvora. El ejército de línea se encuentra en condiciones excelentes i deseoso de pelear. Es tan numeroso o mas que los invasores, i ha podido escojer sus posiciones, concurrencia de circunstancias que debe asegurarle la victoria si el enemigo pretende entrar a Lima inmediatamente».

Entónces, ya no cabia duda de que los chilenos atacarian por el sur a la capital del Perú. Piérola, sin descuidar enteramente las trincheras i baterías que habia hecho construir al norte de la ciudad, contrajo su atencion a las del lado opuesto. Aceleráronse con este motivo los trabajos de fortificacion por aquella parte, terminando rápidamente las obras comenzadas. En ellas fueron colocadas casi toda la artillería, las ametralladoras, las minas de dinamita i las bombas automáticas que se tenian preparadas.

Las fortificaciones peruanas en la rejion del sur de la capital, formaban dos magníficas líneas de defensa que debian inspirar, como inspiraban en efecto, la mas absoluta confianza en que no podrian ser tomadas por los invasores. Se habian aprovechado con rara habilidad todos los accidentes del terreno, i se habian ejecutado allí grandes trabajos que hacian casi inatacables esas posiciones. Como no es posible formarse una idea cabal de ellas por una mera descripcion, vamos solo a dar algunas noticias que se comprenderán mejor si se tiene a la vista un plano detallado de Lima i de sus alrededores.

La primera de esas líneas, situada a unos doce quilómetros de Lima, tenia una forma casi semi-circular, cuyo centro estaria al norte. Estaba formada por el coronamiento de una cadena de cerros bajos, de terreno suelto i movedizo, que rodea por el sur al valle de Chorrillos. Partiendo del morro Solar que se levanta al sur del pueblo de Chorrillos, se estiende al

5. En un diario de Arequipa, *La Bolsa* de 7 de enero de 1881, leemos las palabras siguientes: «En el batallon de los majistrados, abogados i doctores de la reserva de Lima, se cuentan 32 ex-ministros de Estado». Este hecho, revelaria solo la rapidez con que se cambiaban en el Perú los gobiernos. Creemos que son pocos los paises de la tierra en que se cuentan 32 individuos que hayan sido ministros de Estado, i que estén en edad de cargar las armas.

este, formando una curva, i luego se inclina bruscamente al norte, sin ofrecer en toda su estension, mas que tres pasos estrechos i por tanto de mui fácil defensa. En la cresta de esta cadena de cerros, se habia abierto un ancho foso que la recorria en toda su estension. Las tierras sueltas estraídas de ese foso, formaban a espaldas de él un espeso parapeto, detras del cual debia situarse la infantería para que pudiera hacer fuego de mampuesto i sin presentar el cuerpo de los soldados. De trecho en trecho, i sobre las eminencias mas elevadas, se habian construido diversos reductos formados de espesos murallones de sacos de arena. Allí estaban colocados cerca de 120 cañones de todos calibres, algunos de ellos de a 500 libras, cuyos artilleros se hallaban suficientemente defendidos contra los fuegos del enemigo. Como si estas obras no bastasen para la defensa de esas posiciones, delante de ellas, i casi en la falda de esos cerros i sobre todo en las obras que dan paso al traves de ellos, se habia abierto otro ancho foso que embarazaria estraordinariamente el asalto. Se habia ademas sembrado todo el terreno vecino de minas i de bombas automáticas ocultas con una lijera capa de tierra, para hacer volar a los cuerpos enemigos que intentaran acercarse a las fortificaciones.

Para que los enemigos no encontrasen ningun punto en que repararse, los zapadores peruanos habian destruido todas las tapias i cercados del campo vecino. De este modo, para acercarse a aquellas posiciones, tendrian los chilenos que recibir desde léjos el fuego de cañon i de fusil que les dirijiese un enemigo al cual no podrian ofender en manera alguna. En cambio, detras de la línea de fortificaciones, en los alrededores de las casas de la hacienda de San Juan, situadas a espaldas del centro de esa línea, habia bosques tupidos, i se habia dejado en pié los cercados i tapias para que, aun en el caso de tener que abandonar sus trincheras i bastiones, los soldados peruanos pudieran continuar batiéndose en esos lugares, o retirarse cómodamente casi sin poder ser perseguidos por la caballería chilena.

En esta línea de fortificaciones, que media una estension

de doce a trece quilómetros de largo, se colocaron las cuatro divisiones del ejército de línea del Perú. Aunque muchos documentos chilenos, engañados por las mismas exajeraciones de los diarios i de los documentos peruanos anteriores a las batallas, hacen subir su número a 25 mil hombres, nosotros creemos que en realidad no pasaba de 22 mil soldados, aun contando los cuerpos llegados a Lima en los últimos días ⁶.

La segunda línea de defensas estaba situada seis quilómetros mas al norte, i por lo tanto en la mitad del camino que media entre la primera línea i la capital. Estendíase en una direccion de noroeste a sureste, mas o ménos en una línea recta de seis a siete quilómetros de prolongacion. Las trincheras eran formadas de sólidas tapias, construidas en otro tiempo para deslindar las propiedades rurales, i aspilleradas ahora convenientemente para convertirlas en bastiones, detras de los cuales debia colocarse la infantería. En el curso de esta línea se habian construido seis reductos para la artillería. Eran formados éstos por anchos i profundos fosos llenos de agua, i por parapetos levantados con la misma tierra suelta i movediza que se habia sacado de los fosos. En ellos podian funcionar cómodamente 70 cañones, casi sin peligro para los artilleros.

6. Una correspondencia peruana, fechada en Lima el 21 de enero de 1881, i publicada por *La Estrella* de Panamá, describe prolijamente las fortificaciones de San Juan i Chorrillos, «detras de las cuales, dice, habia 24 o 26 mil hombres».—«Nadie de cuantos habian visto estas fortificaciones ántes de la lucha, agrega, se imaginaba que hubiese en Sud-América ejército capaz de tomarlas en pocas horas. Nadie creía que con semejantes obstáculos pudieran los chilenos llegar a Lima». Esta correspondencia, aunque muy hostil a los chilenos, es muy noticiosa, i constituye un importante documento histórico para conocer los combates subsiguientes por parte del Perú.

Hemos dicho arriba que la línea de fortificaciones peruanas tenia una estension de trece a catorce quilómetros (mas de dos leguas i media). Esta circunstancia habria sido un motivo de debilidad, si esa estension hubiera formado una línea mas o ménos recta, de tal suerte que las divisiones hubieran tenido que recorrer una gran distancia para auxiliarse mutuamente; pero formaba una especie de semicírculo, cuyo interior estaba presentado al enemigo, de manera que aun sus puntos estremos no distaban uno de otro mas de cinco quilómetros. Todo, pues, favorecia al ejército peruano en aquellas ventajosas posiciones.

El campo situado enfrente de esta línea, en una estension de mas de un quilómetro, habia sido despejado de árboles i de cercados, para que el enemigo no pudiera encontrar abrigo alguno. Estaba tambien cubierto de minas i de bombas automáticas, que reventarian bajo los piés de los que se atrevisen a marchar al asalto. A espaldas de las fortificaciones, como se habia hecho en la primera línea de defensa, se habian dejado en pié las tapias, para que en el caso poco probable de tener que replegarse a Lima, fuese posible embarazar todavía la marcha de los chilenos. En esta segunda serie de fortificaciones fué colocado todo el ejército de reserva. Su efectivo no pasaba de diez mil hombres, si bien la prensa peruana lo hacia subir a un número mas de doble ⁷.

Estas dos líneas de defensas, aunque separadas por una distancia que puede llamarse considerable, i destinadas a servir una en pos de otra, podian ausiliarse en pocos minutos. Estaban unidas entre sí i tambien con la capital, por el ferrocarril que conduce de Chorrillos a Lima. Para el trasporte de armas, de municiones i de soldados en las horas de la batalla,

7. Las exajeraciones de la prensa peruana i aun de los documentos oficiales, sobre el número de los soldados con que se contaba para la defensa de Lima, son capaces de estraviar el criterio del mas prolijo i circunspecto historiador. Así, en una estensa correspondencia enviada de Lima el 19 de diciembre a la *Estrella* de Panamá, diario subvencionado por el gobierno del Perú, se da cuenta prolija de la parada militar que tuvo lugar el dia de la bendicion de la ciudadela Piérola, i agrega lo que sigue: «Terminadas las ceremonias en el fuerte, el dictador regresó a palacio, i desde uno de sus balcones presencié el desfile del ejército. Dicen los militares que solo 25,000 hombres tomaron parte en la revista, pero creo que habia lo ménos 30,000. Como en ella faltaron divisiones enteras del ejército de línea i solo concurrir una tercera parte de las reservas, puede deducirse que en la batalla decisiva tomaron parte de 50 a 60,000 hombres».

Sin embargo, despues de las batallas que se dieron en aquellas líneas fortificadas, los peruanos han disminuido considerablemente el número de soldados que tenian en cada una de ellas. Así, Piérola, en una carta escrita en Jauja el 3 de febrero de 1881 al jefe de estado mayor de la reservadon Julio Tenaud, dice que en la primera de ellas habia 19 mil hombres i en la segunda estaba la reserva compuesta de 4 mil. Por nuestra prate creemos que en uno i otro caso ha habido exajeracion; ántes de las batallas aumentando el número, i disminuyéndolo despues de ellas, como se habia hecho respecto de la campaña de Tacna.

se habian construido carros blindados, especie de fortalezas rodantes, desde las cuales la tropa podria ir haciendo fuego de fusil i de ametralladoras, casi sin peligro alguno.

La sumaria descripcion que acabamos de hacer de las líneas de defensa en que tendria que estrellarse el ejército invasor, justifican la confianza absoluta que abrigaba el gobierno peruano en el éxito de la resistencia. Las correspondencias oficiales i particulares que en esos dias salian de Lima para el extranjero confirmaban esto mismo en los términos mas enfáticos i solemnes. «El jefe supremo del Perú, decia una de ellas, ha jurado que Lima será la tumba de los chilenos que no entren a ella en clase de prisioneros, i, a la verdad, juzgando por el estado de las defensas i por la clase de armas i pertrechos que aquí existen, deben necesitarse lo ménos 200,000 hombres para tomar la ciudad».

Miéntras tanto, la capital del Perú iba quedando casi desierta. Las familias acomodadas salian al extranjero, o se habian retirado a los pueblos de la sierra, a Tarma i a Jauja principalmente. Otras habian buscado asilo en los monasterios de monjas o en los buques neutrales. Lima no tenia mas autoridad que el alcalde municipal, ni mas guardia de propiedad que la que voluntariamente hacian los extranjeros. El comercio permanecia cerrado, a pesar de las órdenes repetidas del dictador para que los pequeños negociantes, italianos i chinos casi en su totalidad, abriesen al público sus despachos. Los diarios mismos se publicaban con mucha irregularidad, o estaban reducidos a pequeños boletines de noticias, llenos de las mas estravagantes invenciones de triunfos parciales sobre el enemigo, o de amenazas furibundas contra los intenos. Agréguese a todo esto que los víveres, poco abundantes desde tiempo atras a causa del bloqueo de los puertos, se habian hecho mas escasos todavía en el último tiempo.

La guerra habia producido, pues, en aquella ciudad una horrible perturbacion. Pero lo que se veia i se palpaba, no era mas que una parte del mal que existia en realidad, i de las amargas que aguardaban al Perú. A la sombra de aquel triste estado de cosas, habian jermiado las peores pasiones;

i el gobierno que sacaba su fuerza del apoyo del populacho parecia interesado en estimularlas i en fomentarlas.

En efecto, desde dias atras, la prensa se habia desencadenado contra las personas pudientes del Perú, a quienes hacia las mas tremendas acusaciones. Hemos dicho ya que los diarios acusaban con una gran violencia a los individuos que habian salido del pais, o que alegando enfermedades u otras causas, habian obtenido permiso para no formar en el ejército de la reserva. La prensa siguió repitiendo esas acusaciones en términos que debian producir mas tarde las mas funestas consecuencias. «Los pobres, decia *La Patria* de Lima, han contribuido con el todo, sacrificando gustosos hasta la existencia. Los ricos han encontrado en su posicion social, en sus enfermedades, en el favor i hasta en su cobardía indecente, razones que les impiden tomar parte en los ejercicios de la reserva».—«Hai individuos, decia en otra ocasion el mismo diario, quizás los mas obligados, aquellos a quienes la república ha favorecido en otros tiempos con jenerosidad talvez inmerecida, que en prevision de la suprema angustia, huyen desde ahora, procuran poner en salvo sus personas i sus bienes, quitándole a la patria eso mismo que le deben i de lo que necesita para asegurar la victoria... I bien ¿qué podrá decirse de los que ante ese espectáculo grandioso i digno de la patria, abandonan su puesto, desertan cobardemente de las filas ciudadanas, i huyen como reos a quienes persigue la justicia...? Nada puede salvarlos de la reprobacion; porque ellos no son dueños de sus vidas, ni de sus fortunas, pues todo lo que son i lo que valen se lo deben a la patria, i es crimen horrendo negarle a ella lo que necesita para salvarse. Réprobos son, i llevan sobre su frente la marca de Cain. Como a Cain les perseguirá siempre el remordimiento, i esta sancion justa i terrible la heredarán sus hijos i los hijos de sus hijos. La patria que ellos abandonaron en tan solemnes momentos, a su vez los abandonará tambien para que, como los hijos de la raza maldita, vayan errantes sin Dios, sin patria i sin hogar».

I *El Nacional* de Lima, haciéndose órgano de los mismos

sentimientos, decia lo que sigue el 30 de noviembre: «Desgraciados los que huyen del peligro, porque ellos arrastrarán por toda su vida el desprecio de sus compatriotas, como el infamante sambenito que merece su cobarde apostasía. Vosotros que vais a morir, dejad escritos los nombres de los que os abandonan en las postreras tribulaciones; ellos son los que orgullosos ántes, os salpicaban de lodo con las ruedas i caballos de sus lujosos carruajes, i hoi se marchan en vergonzosa retirada: quieren vivir para gozar de nuestros despojos. Malditos sean ellos!»

Una vez en este camino, la prensa de Lima llegó a los últimos excesos. Habia exijido donativos de dinero para atender a la defensa nacional. «Urje ya, decia un diario con este motivo, que demos a la patria cada cual lo que tiene, el pobre su óbolo i el rico su riqueza, sus dineros i sus joyas. I urje mas, porque es una gran vergüenza que no haya cobre para la patria i haya oro i plata para el chileno». I cuando se vió que las personas acaudaladas no acudian con sus fortunas a socorrer el tesoro del gobierno de la dictadura, la prensa los llamó ladrones, enriquecidos por los negocios fraudulentos con el Estado, i pidió en alta voz que se les despojase de sus bienes. La razon inmediata de esta rabia era porque los capitalistas se resistian a admitir el papel moneda de una nueva emision.

Este era el tema de un estenso artículo de *El Nacional* de Lima, de que vamos a extractar el fragmento que sigue: «Necesita dinero la movilizacion de la gran masa de los ejércitos; con dinero se da rancho a los soldados; dinero necesita el gobierno, i en Lima hai todavía muchos ricos que guardan sus caudales, quizá para pagar su rescate en vil moneda al enemigo, cuando con noble honor no supieron ofrecerlos a la patria. Esos grandes negociadores fiscales, esos judíos de las ferias financieras, aquellos que de las arcas nacionales hicieron su caja de Pandora, llevándose los bienes i dejándonos solo la...esperanza de morir de hambre, esos son los que ahora deben *reintegrar* los valores que tomaron a *crédito*; i si esperan que la policía les notifique, los peruanos ya tendre-

mos el derecho de apuntarles con el dedo con que se señala a los traidores. Aquellos egoistas, hombres de capitales i propiedades, no podrán *sacrificar* una cuarta parte de sus bienes para salvar de la ruina el total? ¡Ah, pobre patria! Cubre tu frente i oculta tu rubor. Quizá los que te prostituyeron en las horas de insensata bacanal, hoi en el dia de la honra i de la reparacion, se arrellenan con cinismo en sus butacas i te echan una sonrisa de desden, como única limosna de su espiacion. ¡Miserables; la justicia será tremenda para ellos, i entónces será el crujir de los dientes i el temblor del cuerpo i el frio de la muerte! La patria, i el gobierno en su representacion, tiene el derecho i la necesidad de exigirles la cuota proporcional que les corresponde. Como ciudadanos deben ofrecer su vida, como negociantes sus caudales» . . .

Estas provocaciones imprudentes, repetidas en términos mas o ménos apasionados por los otros diarios, excitaban las pasiones de la plebe, i preparaban a la ciudad de Lima dias de luto i de vergüenza. Pero este ardor de los periodistas peruanos contra los hombres acaudalados de su propio pais, no habia paralizado un solo instante su propaganda de odios i de amenazas contra Chile. Mui léjos de eso, nunca la prensa de Lima habia lanzado mas dicterios i provocaciones a su enemigo, ni nunca habia mostrado mas confianza en el triunfo seguro e inevitable. El diario *La Patria* hacia la revista de todos los elementos que poseia el Perú para alcanzar la victoria. «Tenemos, decia, todo lo que se necesita para escarmentar esas bandas de salteadores. Tenemos la *fuertza* necesaria para esterminarlos; tenemos rifles que los diezmen, cañones que los destrocen, minas esplosivas que esparzan al viento sus despojos, i zanjias profundas que inundaremos con su sangre i colmaremos con sus cadáveres. Tenemos eso i mas que eso: el secreto de nuestra *fuertza*».

Sin embargo, parece que no todo el mundo abrigaban en Lima la misma confianza en la disciplina i en la solidez del soldado peruano. Se sabia por la esperiencia de Tacna i de Arica que los parapetos i las trincheras servian de poca cosa si faltaba la resolucion de defenderlos bien. De aquí nació el

que en esos días aparecieran muchos escritores que desde las columnas de los diarios daban reglas seguras e infalibles para derrotar a los chilenos. «Hagamos de cuenta que acudimos a una gran cacería de tigres, decía el redactor militar de *La Patria*. Los araucanos (los chilenos) tienen la agilidad nerviosa, la ferocidad i la cobardía de estos animales. La salvación del cazador depende únicamente de su serenidad. Que no le aturda el tremendo ruido ni la violencia del salto de la fiera; que no cierre los ojos al dispararle el rifle o al clavarle el cuchillo en las entrañas. Si retrocede un paso, si vuelve el rostro, está perdido. I en trance tan infeliz, valdría mas que lo mataran sus propios compañeros para ahorrarle una muerte lenta i terrible bajo las garras del enemigo o su eterna agonía bajo el desprecio de su patria. Los soldados chilenos vienen a Lima aguijoneados por la codicia del saqueo, por la salvaje lubricidad de las bestias i por el odio a nuestra raza: los fáciles triunfos que han alcanzado hasta ahora, los alientan en la nueva campaña; i esperan intimidarnos i vencernos con la impetuosidad de sus ataques. Pero vienen con el inevitable susto que se ampara del ladron i del asesino ántes de la ejecución de un crimen; vienen temblando con la idea de nuestra fuerza i de nuestro coraje; vienen soñando con la explosión de nuestras minas. Una hora, una sola hora de valor reflexivo i de firme i ordenada resistencia, i la victoria es nuestra. Pendientes de nuestro valor i de nuestra serenidad están los laureles de la victoria i la admiración del mundo».

En los capítulos siguientes veremos cómo se cumplieron estas reglas para derrotar infaliblemente a los chilenos.





CAPITULO IX

San Juan i Chorrillos, 13 de enero de 1881

Desembarco del parque i bagajes del ejército chileno.—El jeneral Baquedano hace reconocer las posiciones enemigas.—Combate de Pachacamac: un regimiento peruano es cortado i dispersado.—Una pequeña division chilena reconoce con toda felicidad las fortificaciones situadas al oriente de Lima.—El jeneral chileno resuelve el ataque de las posiciones enemigas.—Estado de la opinion en el campamento peruano.—Se celebran como victorias de sus armas todos los reconocimientos que practicaban los chilenos.—En Lima i en el campamento peruano se anuncia que el ejército chileno, acobardado i desmoralizado, se retiraba para reembarcarse.—Proclama del jeneral Baquedano para anunciar a su ejército el próximo ataque de las posiciones enemigas.—Marcha del ejército chileno.—Plan de asalto de las fortificaciones peruanas denominadas de San Juan.—Reñida batalla en aquellas posiciones.—Victoria completa de los chilenos.—Ataque de morro Solar i de Chorrillos.—Derrota i destruccion de las divisiones peruanas que defendian estas posiciones.—Desorden i perturbacion que estas derrotas producen en la segunda línea de fortificaciones peruanas.—Consecuencias inmediatas de aquellas batallas.

Al terminarse el año de 1880 los ejércitos beligerantes de Chile i del Perú estaban casi a la vista. No los separaba mas que la distancia de catorce o quince quilómetros que median entre Lurin i Chorrillos. Por una i otra parte se hacian los últimos aprestos para el próximo combate.

Pero la situación de esos ejércitos era muy diferente. El del Perú, acampado desde días atrás delante de un valle fértil y ameno, estaba colocado en excelentes posiciones, resguardado por fortificaciones y parapetos formidables, y comunicado con Lima por el ferrocarril. El de Chile, por el contrario, acampaba recientemente en las márgenes del río de Lurin, en campo abierto y no tenía más provisiones y forrajes que los que había podido llevar consigo después de un largo viaje. En esos momentos no había desembarcado más que una parte de su material de guerra, de sus víveres y de sus municiones; de tal suerte que si el enemigo hubiera tenido la audacia de abandonar sus trincheras, y de llevar un ataque resuelto sobre los chilenos, las probabilidades de victoria, a lo menos en apariencia, habrían estado de parte del Perú. El dictador Piérola, generalísimo de los ejércitos de esta república, no quiso salir un solo instante de la más estricta defensiva, firmemente convencido de que este sistema conduciría a un triunfo seguro e inevitable.

El desembarco del parque del ejército chileno, de sus caballos, de sus bestias de tiro y de carga, de la artillería de campaña, de las municiones y de los víveres, se efectuaba en la caleta de Curayaco y en la playa de Lurin, con la más ordenada regularidad, a pesar de carecer esa costa de aparatos de descarga. El transporte de esos artículos desde la playa hasta los lugares en que estaban acampadas las diferentes divisiones, no sufrió tampoco entorpecimiento alguno, gracias al orden con que todo se hacía, y a las medidas que se habían tomado de antemano para regularizar este servicio. Pero tratándose del material completo para un ejército de 25,000 hombres, esta operación no podía dejar de ocupar algunos días ¹.

El estado mayor chileno había cuidado de desembarcar en los primeros momentos el material más indispensable para

1. Se formará una idea aproximativa de este trabajo por las cifras siguientes. Los bagajes del ejército chileno, sin contar los cañones ni los arreos de los animales, formaban un total de más de 24 mil bultos o cajones. Solo las municiones de la infantería ocupaban 10,026 cajones, la harina 2,530 sacos, los frejoles 1,664 sacos, el charqui 1,415 lios, el material de ambulancias

poner al ejército en estado de rechazar cualquier ataque, i de satisfacer la as necesidades mas urjentes de su alimentacion. Pero ántes de haber completado el equipo de sus tropas, no se hallaba en situacion de tomar la ofensiva. El jeneral Baquedano ocupó este tiempo de forzosa inmovilidad, en reconocer las posiciones enemigas, desplegando en este trabajo tanta actividad como intelijencia. Su propósito no era solo el de estudiar el terreno i conocer por qué punto habia de atacar las fortificaciones peruanas, sino ahuyentar a las avanzadas exploradoras del enemigo para tener a éste completamente a ciegas de los movimientos del ejército chileno. Las diversas expediciones que hizo partir de su campamento, consiguieron por entero este resultado. Líneas telegráficas tendidas con grande actividad, servian para mantener al cuartel jeneral chileno al corriente de lo que se hacia en todos los alrededores.

En efecto, el 24 de diciembre una columna de 500 hombres de infantería i de caballería, mandada por el teniente coronel don Baldomero Dublé Almeida, siguiendo las orillas del rio de Lurin hácia el oriente, ocupó el pueblo de Pachacamac i avanzó hasta Manchai, desalojando, despues de un sostenido tiroteo, a las avanzadas peruanas que ocupaban buenas posiciones, i tomándoles cuatro prisioneros. Desde ese dia, el flanco derecho del ejército chileno quedó despejado de enemigos exploradores, o éstos no volvieron a dejarse ver sino a una gran distancia.

El siguiente dia (25 de diciembre), el comandante don Ambrosio Letelier con un escuadron de caballería, siguiendo el camino de la playa, avanzó hácia el norte hasta ponerse a la vista de las fortificaciones peruanas que empezó a reconocer. Sostuvo allí un corto tiroteo con las avanzadas enemigas, i se retiró despues de haber desempeñado su comision.

1,400 bultos, el pan i galletas 1,387 sacos. Todo esto, así como los cañones, los caballos i las mulas, fué desembarcado en lugares que carecian de muelles de descarga, i que solo eran frecuentados por los contrabandistas. Los muelles portátiles, los pescantes i las grúas construidos en Chile, sirvieron para facilitar esta operacion que sin embargo tardó algunos dias.

Miéntas tanto, en el campamento chileno se tuvo noticia de que un rejimiento de caballería peruana venia del sur a incorporarse al ejército de Lima. Sabiendo que los caminos de la costa estaban ocupados por los invasores, las fuerzas peruanas se dirijian a la capital por el camino de Pachacamac, situado mucho mas al oriente. El coronel Barbosa, jefe de una de las brigadas del ejército chileno, recibió el encargo de cerrarles el paso; i en efecto, este jefe tomó tan acertadas medidas, que en la noche del 27 de diciembre el enemigo desprevenido se encontró delante de algunas compañías de infantería chilena, i tuvo que aceptar el combate. Era la columna peruana que bajo las órdenes del coronel Sevilla habia estado encargada de hostilizar en su marcha a la division chilena del comandante Lynch, i que volvia a Lima sin haber conseguido su objeto. El combate, sostenido en la oscuridad de la noche, fué fatal a las fuerzas peruanas. Perdieron éstas un jefe i quince soldados. El coronel Sevilla, catorce oficiales i 97 soldados cayeron prisioneros. El resto de su tropa se dispersó en los bosques vecinos para no volver a reunirse mas. De parte de los chilenos solo hubo un jefe muerto, el comandante don José Olano, i cuatro soldados heridos.

Los reconocimientos de las posiciones peruanas se continuaron sin descanso en los dias subsiguientes. Las columnas exploradoras, mandadas siempre por oficiales intelijentes, avanzaban ya por un lado, ya por otro, i completaban el estudio cabal del terreno donde tendrian que empeñar la lucha. Dos de los jefes de division, don Patricio Lynch i don Pedro Lagos, embarcados en la cañonera *Magallanes*, examinaron prolijamente por el lado del mar la porcion de aquellas fortificaciones que estaba allegada a la costa. El mismo jeneral en jefe, acompañado por su estado mayor i por una fuerte columna de las tres armas, practicó el 6 de enero de 1881 un gran reconocimiento en medio de un sostenido cañoneo que, sin embargo, no produjo daño alguno entre sus soldados.

Una vez reconocida en toda su estension la primera línea de defensa de los peruanos, i apreciándose perfectamente las dificultades del ataque de frente de esas posiciones, quiso sa-

ber el jeneral Baquedano si seria posible embestir la ciudad de Lima por el oriente, dando al efecto un gran rodeo para inutilizar así las fortificaciones enemigas. El coronel Barbosa recibió el encargo de hacer una esploracion por aquel lado, a la cabeza de 2,000 hombres de las tres armas. Debía hacer su viaje por el camino llamado de la Cieneguilla, caer al valle de Lima por el pueblo de Ate i acercarse hasta el fuerte de San Bartolomé, situado al sureste de la capital. En cumplimiento de esta comision, el coronel Barbosa salió de Pachacamac en la tarde del 8 de enero, dió un corto descanso a su tropa en Machai, i a la una de la mañana emprendió la marcha, favorecido por la luz de la luna, para llegar al amanecer a los lugares que debía reconocer.

Hé aquí como refiere esta esploracion el jefe de estado mayor del ejército chileno en su prolijo parte oficial de toda esta campaña: «Antes de bajar al valle (de Lima), aquella fuerza encontró obstruido el camino por un considerable número de minas automáticas que cubrian el campo i que estallaban bajo los piés de la tropa, al mismo tiempo que algunas guerrillas enemigas hacian fuego parapetadas tras de una triple trinchera de fosos que cortaban en toda su anchura el abra por donde jira el camino, miéntras que otras coronaban las alturas de uno i otro lado. La caballería enemiga aparecia en el valle por retaguardia de la infantería; i los cañones de los fuertes del sur de Lima (mas propiamente del sureste, esto es del cerro de San Bartolomé) disparaba granadas sobre nuestras filas. El coronel Barbosa ordenó inmediatamente el ataque, haciendo avanzar por derecha e izquierda algunas guerrillas de infantería para desalojar a las del enemigo que ocupaban las alturas, i cargando a los que se ocultaban tras de los fosos del frente con un peloton de granaderos a caballo, que en un momento las dispersó a filo de sable, matándoles 23 hombres, entre ellos tres oficiales. Rechazado el enemigo de todas sus posiciones i puesto en completa fuga, el coronel Barbosa desembarcó en el valle i cumplió el objeto de su mision, retirándose en seguida sin ser moleestado. En aquel encuentro el enemigo tuvo muchas bajas entre muertos i heri-

dos; por nuestra parte hubo 15 heridos por las balas i los polvorazos de las minas, de los cuales murió solo un soldado» 2.

Este importante reconocimiento, ejecutado con toda felicidad, reveló que el ataque i la ocupacion de Lima por el lado del oriente, era posible como operacion militar. Aquella parte de los alrededores de la capital estaba mal defendida. La pequeña division del coronel Barbosa, a pesar de las minas automáticas i del fuego de los fuertes, habia arrollado todas las resistencias; i si sus instrucciones se lo hubiesen permitido, habria podido entrar a la ciudad. Pero el ataque de Lima por aquel lado, ofrecia graves inconvenientes que fueron perfectamente reconocidos en el cuartel jeneral. La marcha de todo el ejército por aquellos caminos, no podia hacerse con la misma rapidez con que los habia recorrido la pequeña division del coronel Barbosa. Ese movimiento habria exigido a lo ménos cuatro o cinco días; i en toda la estension de ese camino, desde las orillas del rio Lurin hasta las del rio Surco, pequeño afluente del Rimac, no se hallaba una sola gota de agua. El ejército chileno habria necesitado ejecutar esta operacion llevando consigo todo su parque i todo sus bagajes, porque de no hacerlo así, habrian caido éstos indefectiblemente en poder del enemigo. Por otra parte, esa operacion dejaba al ejér-

2. No existen, o a lo ménos no se han publicado partes oficiales referentes a esta campaña por el lado del Perú. Para recoger las noticias de lo que pasaba en el campamento de Piérola, hemos tenido que limitarnos a la correspondencia de *La Estrella* de Panamá de que hemos hablado en una nota anterior, que aunque mui apasionada e inexacta en muchos detalles, contiene noticias que no se hallan en otra parte; i a una serie de artículos publicados en marzo de 1881 en *El Orden*, diario de Lima, con el título siguiente: *Lo que yo vi. Apuntes de una revista sobre las jornadas del 13 i 15 de enero de 1881*. Constituyen una relacion interesante i nutrida de hechos, contados sin grandes exajeraciones i sin baladronadas. Hablando del reconocimiento practicado por el coronel Barbosa, que los boletines de Piérola presentaban como un triunfo espléndido de las armas peruanas, dice simplemente lo que sigue: «El 9 hizo el enemigo un fuerte reconocimiento sobre nuestra estrema izquierda. El batallon peruano de Pachacamac, fué destrozado. Las bombas del fuerte de San Bartolomé contuvieron la marcha del enemigo; pero habia éste conseguido su propósito». Debemos advertir que lo que contuvo a la division del coronel Barbosa fué únicamente el cumplimiento de sus instrucciones que lo autorizaban solo para reconocer las posiciones enemigas i no para empeñar combate contra esas fortalezas.

cito chileno separado de la escuadra, cuya cooperacion le era indispensable, e iba a encerrarlo en Lima, comunicándolo con la costa por una porcion de territorio en que estaba acampado i fortificado todo el ejército enemigo. En vista de estas dificultades, el jeneral Baquedano desechó resueltamente este plan, i se determinó a atacar de frente las posiciones peruanas. La confianza que le inspiraban el vigor de sus soldados i la decision de sus jefes, lo alentaron para acometer esta empresa que un pecho ménos animoso que el suyo habria considerado quimérica. «Aunque mi resolucion a este respecto era inquebrantable, despues de hechos los estudios necesarios, dice él mismo, comuniqué mi plan a todos los jefes superiores del ejército, i tuve la satisfaccion de obtener su unánime aprobacion».

Resuelto ya este plan de ataque, el jeneral Baquedano, acompañado por el jefe de estado mayor i por los comandantes de division, hizo en la mañana del 10 de enero un último reconocimiento de las posiciones que estaba dispuesto a tomar por asalto. A la vista del terreno, señaló con toda fijeza, el camino que debia seguir cada division i los puntos que debia atacar. De vuelta a su campamento, dió todas las órdenes necesarias para que el ejército estuviera listo para emprender su marcha en la tarde del dia 12, a fin de que al amanecer del 13 de enero cayese de improviso sobre las líneas fortificadas del enemigo. Este aplazamiento de dos dias para efectuar el ataque, estaba perfectamente calculado i correspondia a un doble objeto. Servia a la vez para hacer cómodamente todos los preparativos para el ataque, i para acabar de desorientar al enemigo, que, como se sabia en el campamento chileno, estaba mecido por las mas singulares ilusiones.

En efecto, en esos instantes supremos para el Perú, el gobierno i el pueblo de Lima se creian mas seguros que nunca de la victoria. Pensaban que ni aun seria necesaria una batalla, porque el ejército de Chile estaba acobardado i solo queria tomar la fuga i dispersarse miserablemente. La prensa de Lima contaba con la mayor seriedad que la tercera division del ejército chileno se habia sublevado en Arica, negándose a

embarcarse para no hacer una campaña de que no se esperaba mas que un gran desastre. «Fué necesario, se decia, toda la enérgica actividad del ministro de la guerra de Chile para someter esa division i para hacerla salir de su campamento». I esta absurda invencion se hacia circular por todas partes para retemplar el ardor i el patriotismo de los defensores de la capital, i para hacerles creer que el ejército chileno no se hallaba en estado de presentar una batalla.

Por fin, se supo en Lima que todo el ejército chileno, unido i compacto, avanzaba resueltamente, que ocupaba a Lurin i que establecia allí su campamento sin que nadie lo inquietara. El diario *La Patria* contó al público de la capital estas graves ocurrencias en los términos siguientes: «Los enemigos se encuentran ya a dos jornadas de Lima: la tentativa de invasion ha dado principio; los lobos araucanos, con las fauces dilatadas, parecen percibir ya el olor de un festin próximo, que les lleva desde aquí la brisa primaveral. Como el insecto que percibe el fruto que ha de saciar su hambre, se arrastra hácia nosotros la víbora chilena; pero aquí se encuentra la poderosa planta que ha de aplastarla; aquí está el azote que ha de escarmentarla; aquí está el cuchillo que ha de rasgar de una vez la grosera venda que cubre sus ojos... No estamos desprevenidos, no nos faltan elementos, tenemos buenos directores, el entusiasmo invade nuestras almas; adelante, pues, i esperemos ansiosos el momento de la victoria... Gobierno: guiad al pueblo con tino i sagacidad... Pueblo: marchad sumiso, varonil i resuelto a defender vuestros derechos... Jefes i soldados del ejército: cumplid con vuestro deber... Matronas de Lima: preparad elementos para enjugar la sangre de vuestros esposos, hijos, hermanos... Judíos sin conciencia (los capitalistas), hijos espurios del Perú fuera del templo».

En Lima se publicaban cada dia boletines de noticias acerca de los reconocimientos practicados por las avanzadas chilenas. Pero léjos de atribuir a estas operaciones su verdadera importancia, se los pintaba como ataques proyectados i frustrados, i por lo tanto como victorias de las armas peruanas. Contábase al efecto que en cada una de esas pequeñas esca-

ramuzas, el ejército chileno había sufrido pérdidas considerables, i que se había visto obligado a retirarse apresuradamente. La opinion jeneral en Lima era que los jefes chilenos estaban desalentados, que no sabian por donde atacar, i que comenzaban a considerarse perdidos. El 4 de enero, uno de los buques de la escuadra chilena bombardeó el puerto de Ancon, situado al norte de Lima, echó a pique una lancha peruana, hizo grandes destrozos en la poblacion i ocasionó algunas pérdidas en las tropas que la guarnecian. Este ataque contribuyó a perturbar mas la opinion de la capital. Sobraron jentes que creyesen que los chilenos, convencidos de que no podrian hacer nada por el sur, pensaban talvez en cambiar su plan de operaciones, i en ir a efectuar su desembarco por el lado del norte.

El reconocimiento practicado el 9 de enero por el coronel Barbosa, fué motivo de preocupaciones mayores todavía. Se creyó firmemente en Lima que aquel había sido un ataque formal acometido por una gran division chilena; i aunque los jefes peruanos que defendian la ciudad por el lado del oriente, sabian mui bien que aquella division había destrozado las fuerzas que encontró delante, los boletines de noticias publicaron que los invasores habían sufrido un gran desastre con pérdida de 1,400 hombres, i con la desorganizacion completa de su division. Estas noticias fueron comunicadas al extranjero i publicadas con las apariencias de una gran victoria del Perú, en los diarios que el gobierno de este pais subvencionaba en Guayaquil i en Panamá ³.

3. *La Nacion* de Guayaquil, diario al servicio del Perú, publicó sobre esos pequeños combates, las noticias siguientes, fechadas en Lima el 12 de enero:

«*Batalla del puente de Verrugas.*—Una fuerte division chilena se destacó del grueso del ejército para tomar la direccion del ferrocarril de la Oroya, i destruir los principales puentes de esta obra.

«El movimiento de esta division fué conocido por los peruanos. Se destacó en su seguimiento unos cuantos batallones al mando del coronel Negron, los cuales alcanzaron a los chilenos cerca del puente de Verrugas, donde tuvo lugar un terrible choque, que puso fuera de combate 1,400 chilenos.

«El éxito mas completo coronó la bravura de las tropas peruanas en la accion del Puente de Verrugas.»

Los días 11 i 12 de enero fueron de completa quietud en el campo peruano. No se vieron por ninguna parte las avanzadas exploradoras de los chilenos, i aun se llegó a creer que estos desistían de todo proyecto de ataque. Un diario de Lima publicó las líneas siguientes:

«Mas que satisfactorio, motivo de lejítimo orgullo para el patriotismo es el entusiasmo que reina, así en las filas del ejército activo como en la de los ciudadanos que forman la reserva.

«Hemos decretado la victoria i venceremos; porque tal es la decision de todos los peruanos, porque el éxito no puede abandonar a los que abrigan la firme decision de no ceder sino

«Batalla de San Bartolomé.—El cañoneo del 9 dió lugar a una batalla formal. Mui temprano una division chilena compuesta de 4,000 hombres atacó a una avanzada peruana compuesta de 150 hombres: despues de un combate de hora i media, i cuando iba a ceder el campo la corta fuerza peruana, apareció el jefe supremo Piérola, con una division, tomando posiciones en los contornos i cerros de San Bartolomé, i consiguiendo despues de un largo i bien librado combate, una completa victoria. El batallon Piura es uno de los cuerpos que mas se han distinguido en la jornada.—Los chilenos, sin embargo, tuvieron tiempo para dejar desnudo a uno de sus jefes que quedó en el campo de batalla.»

I *La Estrella* de Panamá, con fecha de 22 de enero publicaba las siguientes noticias que se le habian trasmitido de Lima con fecha de diez dias atras:

«El domingo 9 del corriente, avanzó una parte del ejército chileno, que fué derrotado con pérdidas grandes. Otros combates ha habido, favorables al ejército peruano. El número de los derrotados chilenos pasa de 7,000 hombres; i esto al par que ha fortalecido el entusiasmo i la confianza en el ejército peruano, ha causado el abatimiento en las filas contrarias.

«Sin embargo del terror que se ha apoderado de los chilenos; sin embargo de su indecision, fruto de ese sentimiento, la hora de las grandes soluciones está próxima. Así lo quieren el patriotismo i el honor de los peruanos; así lo tiene resuelto la enerjía indomable del jefe supremo.

«En prueba de aquel terror, basta citar un hecho. El jeneral chileno Villagran se ha marchado para Santiago, a demostrar que es imposible que el actual ejército de Chile pueda, no ya tomar a Lima, no ya alcanzar ventajas siquiera precarias, pero ni aun salvar su honor militar en una batalla.

«Un ciudadano neutral, recién llegado a Lima, escribe a un comerciante de Panamá:

«Los chilenos están perdidos i sin esperanzas. Para tomar a Lima seria necesario un ejército de 80,000 de los mejores cuerpos europeos.»

Por mas que ello parezca increíble, debemos decir que estas falsas noticias eran las mismas que Piérola hacia circular en Lima i en todo su campamento para «retemplar el patriotismo» de sus soldados.

con la vida una pulgada de terreno al invasor, cuyo amilamiento crece de hora en hora.

«Chile está arrepentido de la aventura a que se ha lanzado. Dios ha permitido en su justicia, que la fatuidad ofusque a nuestros adversarios hasta traerles a las puertas de Lima.

«Aquí los espera el castigo de todas sus iniquidades i vandalaje.

«Ellos tiemblan acobardados tras de sus parapetos de Lurin, i si no se reembarcan para regresar a Chile o consagrarse esclusivamente a empresas de fácil merodeo, como las realizadas por Lynch, es por miedo a la universal rechifla.

«Vengan cuanto ántes a estrellarse en las bayonetas de los que defienden la integridad i la honra de la América republicana.»

Por momentos crecía entre los defensores de Lima la confianza de que los chilenos se retiraban, convencidos de que su situación era insostenible. «El 12 de enero, dice una de las relaciones peruanas que hemos citado anteriormente, reinó en el campamento la mas grande tranquilidad; no hubo falsa alarma: llegó, por el contrario, la noticia de que el enemigo, despues de varias correrías, se habia retirado mui adentro. No faltaba quien asegurase que se habian vuelto a embarcar». Parece casi inconcebible que estando los dos ejércitos separados por una corta distancia, i hallándose el jeneralísimo peruano en su propio territorio, no tuviese medios de cerciorarse de la verdadera posición del enemigo, llegando a creer que éste se retiraba, i volvía a embarcarse, en los momentos en que preparaba un ataque audaz i definitivo. Los jefes peruanos demostraron en esa ocasión la misma ineptitud que habian desplegado en toda la campaña. Habitados a la desorganización i al desorden de las contiendas civiles, no podían comprender todavía que estaban obligados a luchar contra un enemigo sério que en todas partes habia probado que sabia hacer la guerra.

Miéntas tanto, en el campo chileno se tomaban tranquila i reflexivamente todas las disposiciones del caso para el asalto de las fortificaciones enemigas. El estado mayor contó las

tropas disponibles para el ataque. Formaban éstas 23,129 hombres útiles ⁴, distribuidos en tres divisiones, de las cuales se sacó un cuerpo de reserva de tres mil infantes. A las doce del día 12 de enero, cuando todos los cuerpos del ejército estaban competentemente amunicionados i listos para marchar a la primera orden, el jeneral Baquedano anunció la partida en la siguiente proclama dirigida a sus oficiales i soldados:

«Vuestras largas fatigas tocan ya a su fin. En cerca de dos años de guerra cruda, mas contra el desierto que contra los hombres, habeis sabido resignaros a esperar tranquilos la hora de los combates, sometidos a la rigurosa disciplina de los campamentos i a todas sus privaciones. En los ejercicios diarios i en las penosas marchas a traves de arenas quemadas por el sol, donde os torturaba la sed, os habeis endurecido para la lucha i aprendido a vencer.

«Por eso habeis podido recorrer con el arma al brazo casi todo el inmenso territorio de esta república, que ni siquiera procuraba embarazar vuestro camino. I cuando habeis encontrado ejércitos preparados para la resistencia detras de fosos i de trincheras, albergados en alturas inaccesibles, o protegidos por minas traidoras, habeis marchado al asalto, firmes, imperturbables i resueltos, con paso de vencedores.

«Ahora el Perú se encuentra reducido a su capital, donde está dando hace muchos meses el triste espectáculo de la agonia de un pueblo. I como se ha negado a aceptar en hora oportuna su condicion de vencido, venimos a buscarlo en sus últi-

4. Hemos dicho mas atras que el ejército espelicionario que partió de Arica, era compuesto de cerca de 26,500 hombres. De ellos habian quedado cerca de 800 en Pisco. Descontando los enfermos, i las guarniciones encargadas de la custodia de los depósitos de víveres i municiones que fué preciso dejar en Lurin, las fuerzas destinadas al ataque de las fortificaciones peruanas, componian 23,129 oficiales i soldados de las tres armas.

Seguian tambien al ejército chileno unos 1,000 chinos que habian recobrado su libertad i que estaban dispuestos a acompañar i a servir a sus libertadores. Fueron, en efecto, mui útiles para recojer i trasportar heridos, distribuir víveres i municiones, dar indicaciones sobre las localidades, i para atender a las mil necesidades del servicio del campamento. En Lurin, donde habia un templo chino, celebraron una fiesta relijiosa segun sus ritos para pedir la proteccion del cielo en favor de los chilenos.

mos atrincheramientos para darle en la cabeza el golpe de gracia i matar allí, humillándolo para siempre, el jérmén de aquella orgullosa envidia que ha sido la única pasion de los eternos vencidos por el valor i la jenerosidad de Chile.

«Pues bien: que se haga lo que ha querido: si no lo han aleccionado bastante sus derrotas sucesivas en el mar i en la tierra, donde quiera que sus soldados i marinos se han encontrado con los nuestros, que se resigne con su suerte i sufra el último i supremo castigo.

«Vencedores de Pisagua, de San Francisco i de Tarapacá, de Anjeles, de Tacna i de Arica: adelante!

«El enemigo que os aguarda es el mismo que los hijos de Chile aprendieron a vencer en 1839, i que vosotros, los herederos de sus grandes tradiciones, habeis vencido tambien en tantas gloriosas jornadas.

«Adelante! A cumplir la sagrada mision que nos ha impuesto la patria! Allí, detras de esas trincheras, débil obstáculo para vuestros brazos armados de bayonetas, os esperan el triunfo i el descanso; i allá, en el suelo querido de Chile, os aguardan vuestros hogares, donde vivireis perpetuamente protegidos por vuestra gloria i por el amor i el respeto de vuestros conciudadanos.

«Mañana, al aclarar el alba, caereis sobre el enemigo; i al plantar sobre sus trincheras el hermoso tricolor chileno, hallareis a vuestro lado a vuestro jeneral en jefe, que os acompañará a enviar a la patria ausente el saludo del triunfo, diciendo con vosotros:—¡Viva Chile!—*Manuel Baquedano.*»

A las cuatro i media de la tarde, todo el ejército chileno, como movido por un solo resorte, estaba formado en divisiones a las márgenes del rio de Lurin, i pronto para partir. Media hora mas tarde rompía la marcha la primera division, i luego la seguian las otras en su orden numérico, llevando caminos separados, pero paralelos. La caballería, sin embargo, no debia salir hasta media noche a fin de evitar que las nubes de polvo que levantan los caballos, sirviesen para indicar al enemigo la proximidad del ataque. Despues de mas de cinco horas de marcha, favorecida por la luna llena, todo el ejército

tomó ordenadamente las posiciones que se le habian señalado de antemano, en las faldas de una cerranía bajas denominadas La Tablada, que se alzan al sureste de las fortificaciones enemigas, i a una distancia de cuatro quilómetros de ellas. Allí las tropas tomaron algunas horas de descanso sin ser inquietadas un solo instante. El ejército peruano, tranquilo en la confianza de que los chilenos no pensaban mas que en retirarse i en ganar de nuevo sus buques, no tenia partidas exploradoras, ni centinelas avanzadas, i pasó la noche ignorando que el enemigo se encontraba casi a tiro de rifle de sus posiciones.

Despues de media noche, el cielo se cubrió completamente con la espesa neblina que se levanta cada mañana en la costa del Perú. A las tres i media de la mañana, todo el ejército se ponía nuevamente en marcha para tomar el órden de ataque. La primera division, mandada por el capitán de navío don Patricio Lynch, i compuesta de poco mas de siete mil hombres, se dirijió a atacar la derecha del enemigo. La segunda division, mandada por el jeneral don Emilio Sotomayor, i compuesta de seis mil hombres, debia asaltar el centro de las posiciones peruanas. La tercera division, mandada por el coronel don Pedro Lagos, i compuesta de poco mas de cinco mil hombres, estaba encargada de situarse enfrente de la izquierda enemiga, i de impedir que las fuerzas de este flanco pudieran socorrer al centro de los peruanos. La reserva, apoyada por un rejimiento de artillería de campaña, quedó cerca del estado mayor jeneral, para acudir a donde fuese necesario.

La oscuridad de la mañana facilitó en los primeros instantes este movimiento; pero luego vino a embarazarlo. La segunda division, que tuvo que hacer una marcha mas larga, se atrasó en su camino. Un sirviente de las ambulancias, perdido en la oscuridad, cayó en manos de un piquete de soldados peruanos que no estaba léjos de su línea fortificada; i este accidente inesperado les hizo comprender que el enemigo estaba cerca. En el momento se hicieron en las trincheras peruanas las señales de alarma, i los soldados rompieron un vivo fuego de fusil, de cañon i de ametralladoras.

Avanzaba entre tanto la primera division en un órden imperturbable, con sus guerrillas al frente, sin hacer caso de los fuegos del enemigo. Cuando se halló a una distancia aproximativa de cuatrocientos metros de la línea de fortificaciones peruanas, i cuando comenzó a trepar las alturas en que éstas estaban colocadas, el comandante Lynch, mandó romper los fuegos de fusil, marchando al paso de carga al asalto de las trincheras. Las primeras luces del alba comenzaban a alumbrar el campo de batalla, cuando los chilenos llegaban a los fosos i bastiones del enemigo. Nada podia contener su ímpetu: saltan los fosos, asaltan los bastiones, i calando la bayoneta sobre los defensores de las fortificaciones, destrozan sus filas i les quitan una a una las posiciones que creian inespugnables. La escuadra chilena rompía tambien sus fuegos sobre las fortificaciones del flanco derecho de los peruanos, i la artillería de tierra disparando por elevacion para no ofender a los asaltantes, contribuía a aumentar la confusion del enemigo. Pero éste ocupaba aun otras alturas i otros parapetos, i allí seguía oponiendo una tenaz resistencia. Del centro de la línea peruana, que todavía no habia sido atacada, comenzaban a llegar refuerzos, robusteciendo considerablemente la resistencia. La primera division pudo hallarse seriamente comprometida ante la superioridad numérica del enemigo; pero ni el comandante Lynch ni sus soldados vacilaron un instante. Léjos de eso, sostuvieron el combate con el mismo ardor con que iniciaron el asalto.

Queriendo evitar que el enemigo pudiera rehacerse en aquel punto de sus primeros quebrantos, el jeneral Baquedano mandó avanzar inmediatamente los cuerpos de reserva. El teniente coronel don Arístides Martínez, que los capitaneaba, los hace marchar a paso de carga, llega al teatro del combate, i se reúne en momento oportuno a la primera division. Salvando entónces fosos i trincheras, Lynch i Martínez se apoderan despues de reñida pelea, de las posiciones en que la resistencia habia sido mas porfiada, i concluyen en dos horas la dispersion del enemigo en esa parte de su línea de defensa.

Casi en los mismos momentos en que llegaba la reserva

(las seis de la mañana) entraba también en combate la segunda división. Estaba un poco atrasada por las dificultades del camino; pero sus jefes i soldados querían indemnizarse de este forzoso retardo embistiendo con todo ardor a las fortificaciones que se les había ordenado asaltar. La primera brigada de esta división, mandada personalmente por el coronel don José Francisco Gana, i protegida por los fuegos de la artillería que quedaba a sus espaldas, cargó resueltamente en columna, por rejimientos desplegados, sobre las fuertes posiciones del centro del enemigo. Esa columna llegó a las alturas que ocupaban las trincheras i parapetos peruanos sin disparar un solo tiro. Rompiéndolos entónces con un empuje irresistible, penetra en el campo enemigo. Por medio de un movimiento audaz i bien ejecutado, pasando sobre las minas i las bombas automáticas de que estaba sembrado el suelo, envuelve a los batallones peruanos que estaban al lado izquierdo, los arrolla i los destroza completamente. La segunda brigada de esta misma división, mandada por el coronel Barbosa, llega también a tiempo para acabar de dispersar a los batallones que defendían esas formidables posiciones.

La tercera división había desempeñado puntualmente el encargo que se le dió de caer sobre las posiciones del flanco izquierdo de los peruanos si sus defensores trataban de socorrer al centro en el momento del combate. Las guerrillas de esta división, dirigidas por el coronel don Martiniano Urriola, habían mantenido el fuego por aquel lado, amagando al enemigo i obligándolo a no salir de sus trincheras.

Cuando el jeneral en jefe vió a las siete i media de la mañana que el centro de la línea enemiga estaba roto, dió orden al comandante jeneral de caballería, coronel don Emeterio Letelier, que a la cabeza de dos rejimientos marchase en persecucion de los fujitivos, e impidiese que éstos pudieran rehacerse. Aquella carga fué decisiva. A pesar de los obstáculos del terreno, la caballería chilena cayó como un rayo sobre los destrozados batallones que se retiraban a refugiarse en la segunda línea de defensa, i los sableó sin darles un instante de descanso hasta dispersarlos completamente, dejando el terre-

no cubierto de cadáveres. El enemigo habia sembrado de bombas automáticas aquella parte del campo; i sus explosiones hicieron daños considerables a los soldados chilenos. Pero estas hostilidades no produjeron otro resultado que exaltar su ardor, i estimularlos a continuar la persecucion de los fujitivos con mayor encarnizamiento.

A las nueve de la mañana, la batalla estaba terminada. Los chilenos ocupaban toda la línea de fortificaciones peruanas, cuyo centro eran las casas de la hacienda de San Juan, que dió su nombre a esta jornada. Solo en su estremidad derecha quedaba en pié la division que bajo las órdenes del coronel Iglesias, ministro de la guerra de Piérola, defendia a Chorrillos i el morro Solar, cerro escarpado que se levanta al sur de aquella poblacion. Los soldados chilenos, estenuados de fatiga despues de aquel penoso combate, i de una noche de marcha, en que no habian podido tomar mas que dos o tres horas de descanso, necesitaban algunos momentos de reposo. Sin embargo, era necesario llevarlos al nuevo ataque para consumir la victoria de aquel dia.

El dictador Piérola habia pasado la noche en Chorrillos. Al oir por la mañana los primeros tiros, se trasladó a San Juan, i llegó a tiempo para presenciar a la distancia la pérdida de sus posiciones. Entónces se replegó de nuevo a Chorrillos con los pelotones de fujitivos; i desde allí disponia la resistencia de las poderosas fortificaciones vecinas a esa ciudad.

Al sur del pueblo de Chorrillos, corre una cadena de cerros ásperos i cubiertos de tierra blanda i movediza, cuyo punto culminante es el morro Solar, con una altura de 270 metros. Esas alturas habian sido fortificadas con seis reductos armados de ametralladoras i de gruesa artillería, i defendidas ademas por un ancho foso de cerca de dos quilómetros de largo. Esas posiciones se hallaban guarnecidas por la division del coronel Iglesias, compuesta de 5,000 hombres, que todavía no habian entrado en combate; i allí habia acudido un número considerable de los dispersos i fujitivos de las otras trincheras, que no habian podido tomar el camino de la capital.

El comandante Lynch, con una parte de la primera divi-

sion, se acercó a ellas, i las reconoció por el lado por donde no habian podido ser exploradas anteriormente. A pesar de la superioridad numérica del enemigo i de las ventajas de las posiciones en que éste se defendia, se mantuvo en ese lugar, pidiendo al cuartel jeneral los refuerzos que consideraba indispensables para dar el asalto definitivo. La division peruana del coronel Iglesias hacia allí supremos esfuerzos de resistencia. La gruesa artillería de que disponia i sus ametralladoras, diezmaban desde las alturas las tropas de Lynch, i contenian su empuje.

Pero no tardaron en llegar los refuerzos. Reuniéronse primero todos los cuerpos de la primera division, luego los de la reserva con su comandante Martínez. El jefe de la tercera division, coronel don Pedro Lagos, acudió con una de sus brigadas, que mandaba inmediatamente el teniente coronel don Francisco Barceló, i ésta comenzó a trepar esas serranías en apoyo de las primeras fuerzas que habian empeñado el combate. Otra brigada de la segunda division, mandada por el coronel Gana, emprendia resueltamente el ataque del pueblo de Chorrillos. La escuadra chilena no podia ya batir con sus cañones esas alturas por temor de herir a los soldados que las escalaban; pero colocó ametralladoras en sus embarcaciones menores, i pudiendo éstas acercarse a tierra, favorecieron cuanto era dable el asalto.

Alli fué el combate mas tenaz i encarnecido de lo que habia sido en las primeras horas de la mañana. La subida de aquellas empinadas crestas, bajo el fuego destructor que se hacia de las alturas, presentaba dificultades casi insuperables. Sin embargo, los soldados chilenos, alentados por sus jefes i oficiales, i ausiliados por el fuego de la artillería de montaña que habia sido convenientemente colocada, trepaban aquellas ásperas laderas dejando montones de muertos i de heridos. Pero desde que llegaron a las cumbres de los cerros, cayeron sobre el enemigo con un ímpetu irresistible. Arrollándolo de posicion en posicion, i de fuerte en fuerte, lo arrojaron a las lomas del norte, las mas inmediatas a Chorrillos. Este punto estaba dominado por la artillería de campaña del ejército de

tierra, que perfectamente situada en el llano, hacia un fuego certero i tremendo sobre esas alturas. Rodeados de todas partes por las tropas de infantería, los últimos restos de la division peruana con el coronel Iglesias a su cabeza, hicieron todavía allí una corta resistencia, pero tuvieron que rendirse algunos minutos después de medio día.

Mientras tanto, la lucha se sostenia con igual encarnizamiento en el pueblo de Chorrillos. Esta pequeña ciudad, de cerca de cuatro mil habitantes, se levantaba a orillas del mar, i servia de residencia de verano a las familias acomodadas de Lima. Sus calles eran estrechas i mas o ménos tortuosas, pero sus casas eran casi en su totalidad edificios suntuosos, construidos con solidez i elegancia i amueblados con lujo. El dictador Piérola habia convertido en plaza militar aquella ciudad de recreo, apoyando en ella la estrema derecha de su línea de fortificaciones, i convirtiéndola en depósito de pertrechos de guerra, i por fin en centro de la última i mas tenaz resistencia de aquella larga i encarnizada batalla. Piérola, cuyo papel en toda la jornada habia sido meramente pasivo, se habia replegado, a ese pueblo, como ya dijimos, i organizaba allí apresuradamente la defensa, convirtiendo las casas de la ciudad en otras tantas fortalezas. Las ventanas, los balcones, las azoteas estaban cuajadas de fusileros que debian romper sus fuegos sobre los chilenos tan pronto como éstos asomaran por las calles. El suelo estaba sembrado de bombas automáticas encubiertas con tierra, que debian hacer esplosion al primer choque de las pisadas del enemigo. Cuando hubo tomado estas disposiciones, i cuando vió que los chilenos avanzaban resueltamente a la ciudad, el dictador bajó a la playa con sus edecanes; i, por los despeñaderos de la ribera, se dirigió a Miraflores a reunirse con la reserva que quedaba en la segunda línea de defensa. Al partir, encargó a sus subalternos que se mantuvieran firmes en esa posicion, prometiéndoles que él mismo volveria pronto con los refuerzos que iba a buscar.

El ataque de la ciudad de Chorrillos fué quizá el episodio mas sangriento i terrible de los combates de aquel día. Desde

que las columnas chilenas comenzaron a penetrar en las calles de la poblacion, fueron recibidas por un diluvio de balas que caian de todas partes, de las azoteas, de las ventanas i de los balcones. Era necesario asaltar casa por casa, i cargar a la bayoneta sobre sus defensores. En algunas de ellas habia bombas automáticas que hacian esplosion al querer forzar las puertas: en otras habian sido cortadas o destruidas las escaleras, i los que intentaban asaltarla : sufrían el fuego continuo que se les dirijia desde arriba. Pero la artillería chilena rompió el fuego sobre esos edificios, i las granadas, produciendo el incendio, venian a favorecer la accion de los asaltantes. Los chilenos avanzaban siempre, arrollando por todas partes a los enemigos i dejando montones de cadáveres en cada casa de que se apoderaban por asalto. El incendio, que nadie trataba de cortar o de apagar, tomaba tambien grandes proporciones i quemaba junto con los edificios a los soldados que los defendian.

A las dos de la tarde ya los chilenos no tenian enemigos que combatir. La pelea habia durado en aquel lugar cerca de cinco horas. El pueblo, tanto en las calles como en las casas, estaba sembrado de cadáveres i de escombros, en medio de los cuales hacian de cuando en cuando esplosion las bombas automáticas de los peruanos. El incendio seguia su camino destructor; i los que hubieran intentado detenerlo, habrian corrido riesgo de perecer heridos por los cascos de las bombas que reventaban. Por otra parte, los soldados chilenos, enfurecidos por aquellas hostilidades, no querian hacer nada para contener el fuego, i aun parecian empeñados en que concluyese su obra de destruccion. La poblacion de Chorrillos ardió toda la tarde i toda la noche. La rojiza luz del incendio alumbraba hasta la mañana siguiente aquel cuadro de muerte, de horror i de desolacion. Solo tres casas del interior de la ciudad se salvaron de las llamas.

¿Qué pasaba entre tanto en la segunda línea de fortificaciones peruanas, es decir, a seis quilómetros del campo de batalla, donde estaba acampado el ejército de reserva del Perú? A falta de documentos oficiales, vamos a referirlo con

la ayuda de la relación de un ayudante de la reserva que con manifiesta sinceridad ha contado cuanto vió. Trascibimos fielmente su relato, suprimiendo solo algunos pormenores o accidentes que carecen de importancia.

«Amanecía apenas el día 13 de enero, dice, cuando el tendido galope de los caballos, el paso precipitado de los transeuntes, las carretas que se alejaban, i los gritos nos despertaron bruscamente.

«Un rumor sordo nos zumbaba al oído, a veces interrumpido por un ruido mas pronunciado—¡la batalla ha comenzado! gritamos todos. En un minuto estuvimos vestidos. Eran las cinco i media de la mañana. Recorrimos los cuatro reducidos. Todos hacian preparativos para la marcha, la manta repleta de cartuchos, los oficiales revólver a la cintura, algunas carretas con municiones en movimiento. No se oían sino los gritos de ¡viva el Perú! ¡viva el comandante jeneral! a Surco! gritaban los oficiales, i repetían mil frenéticas voces. Esperábamos la orden para emprender la marcha. Pero la orden no llegaba i eran las siete i media de la mañana. El fuego del lado de San Juan se hacia mas violento cada vez.

«Sobre todo en la izquierda de nuestra línea, dos baterías se hacian un fuego de los mas nutridos. La una cede, sin embargo; al presente el combate arrecia en la derecha. De pronto, a nuestro frente, como a una legua, vemos levantarse la columna de un humo denso i negro: San Juan estaba en llamas. No se disputan ya sino a Chorrillos, pensamos todos a un mismo tiempo. En efecto, los cuerpos de Dávila, Cáceres i parte del de Suárez habian cedido el terreno. Iglesias, abandonado, se sostiene heroicamente en las posiciones de Chorrillos.

«El primer fujitivo que encontramos en el pueblo de Miraflores fué un soldado raso; «vamos bien», nos contestó con voz desfalleciente, cuando le pedimos noticias del combate. Tres o cuatro heridos llegaron despues. No tardamos en conocer la triste realidad. El camino estaba sembrado de dispersos que huían en el mas espantoso desorden, unos heridos arrastrándose, otros pidiendo auxilio; unos con armas, otros sin

ellas, llenos de sangre i la ropa hecha pedazos, presentando el espectáculo mas desgarrador.

«Por el terraplen de la via férrea avanzaba un largo cordon de jente; por el medio de los potreros corrian soldados en grupos. Se les llamaba, pero no hacian caso; no respetaban las amenazas, sino los balazos. No era esa la actitud de un ejército victorioso. Un amargo desaliento se apoderó de nosotros. Varias compañías de los batallones se desplegaron en guerrilla i pequeñas fuerzas de caballería se escalonaron para cortar el camino de Lima a los fujitivos.

«Pero, a medida que el tiempo trascurre, se hacia mas doloroso el cuadro de esa multitud que huia despavorida por todas partes; la caballería llegaba a bandadas, las mulas cargadas de cajas de municiones, los cañones i ametralladoras rodados; caballos sin jinete a galope tendido; artilleros, coroneles, jefes de toda graduacion inundaban las avenidas del ferrocarril, formando una espantosa confusion. No era una division desbandada, como habíamos oido decir; era todo un ejército en fuga. Algunos batallones entraron íntegros en nuestra línea, i gran parte de una division quedó formada a la izquierda de la línea férrea.

«Serian las diez de la mañana cuando llegó Piérola con un reducido estado mayor, en el que se notaba a los jenerales Buendía i Segura i al coronel Suárez. Pasó a caballo por en medio de los batallones que lo vivaban frenéticamente. Mandó que desfilaran hácia los reductos i se parapetasen detras de las tapias intermediarias entre cada uno de ellos. Estos refuerzos vinieron a aumentar considerablemente nuestra línea. Mas de cinco mil dispersos habian sido recojidos a las doce del dia ya por la caballería, ya por los batallones de la reserva; otros se habian presentado voluntariamente. Veíase, sin embargo, muchos que se escapaban. Se les hacia tiros de rifle, pero se escondian en las zanjas i seguian huyendo.

«Atravesaba Piérola los rieles del tren cuando un soldado, que suponemos ébrio, se adelantó hácia él i prorrumpió en imprecaciones contra los jefes. «No me formen barullo», se limitó a contestar Piérola. I se alejó apresuradamente.»

En medio de aquel espantoso desorden, todos se disputaban sobre las causas del desastre, acusando unos a un jefe, otros a otro, aquéllos a la tropa; pero pocos se resignaban a creer que la batalla estuviese completamente perdida. Llegóse a contar que las posiciones de San Juan habian sido recuperadas por los peruanos; i todo el mundo creia estas absurdas noticias. «No sabian los que de buena fe esparcian estas nuevas, dice el mismo testigo, que los chilenos acababan de plantar su bandera en el Morro de Chorrillos. Sin embargo, quien lo hubiera dicho, habria pasado por un visionario. ¿Cómo podria creerse que nuestra línea tan preparada de antemano habia podido ser rota fácilmente, i que ocupando tan buenas posiciones, hubiera sido arrollado i destrozado nuestro ejército? No pudiendo cerrar ya los ojos a la realidad del resultado, unos exclamaban: «ha habido descuido: ha habido sorpresa».

Piérola i sus ayudantes se empeñaron en reunir los dispersos; i en darles colocacion en las trincheras i reductos de la segunda línea. Con gran trabajo pudo reorganizar un cuerpo de dos mil hombres, para hacerlo volver al combate. Poco despues de medio dia lo hizo marchar a Chorrillos en un tren de carros blindados, desde los cuales los soldados hacian fuego de cañon i de fusil. Eran los refuerzos que Piérola habia ofrecido a los defensores de esa plaza; pero cuando se dirijian a ella, vieron de léjos que el ejército chileno estaba vencedor en todas partes, i se volvieron apresuradamente a sus atrincheramientos. Solo entónces desaparecieron por completo las ilusiones de victoria que aun a la vista de tan gran desastre, se habian alimentado en el campamento de la reserva peruana.

Tal fué el resultado de la batalla de Chorrillos, o mas propiamente de la série de batallas que tuvieron lugar el 13 de enero. Despues de ocho horas de combate, el ejército chileno se habia apoderado a viva fuerza de aquellas poderosas posiciones que el enemigo consideraba intomables. La esplosion de las minas i de las bombas automáticas, aunque causó algunos estragos, no correspondió a las esperanzas que en ellas

se cifraban. El asalto de aquella línea de fosos i fortificaciones, defendidas por mas de cien cañones i mas de 22 mil hombres, costaba a los chilenos pérdidas dolorosas i considerables, 797 muertos i 2,512 heridos, i entre ellos se contaban algunos jefes de alto mérito, los tenientes coroneles don Baldomero Dublé Almeida, don Belisario Zañartu, don Tomas Yávar i don Cárlos Silva Renard, oficial jóven i valiente que se habia distinguido en toda la guerra, muertos o mortalmente heridos enfrente de sus soldados, i el ayudante de estado mayor teniente coronel don Roberto Souper que habia hecho la campaña desde sus primeros dias, desplegando en todos los combates el carácter de un héroe, i que cayó herido en el asalto de una de las trincheras peruanas en los primeros momentos de la batalla.

Pero las pérdidas del ejército peruano fueron incalculables. Sus muertos pasaban de cinco mil hombres, en su mayor parte caidos en el morro Solar i en Chorrillos; i sus heridos, al ménos los que quedaban en el campo de batalla, formaban un número poco menor. Habian perdido cerca de dos mil prisioneros, i entre ellos once coroneles, ocho teniente-coroneles i un gran número de oficiales. La dispersion de sus tropas fué tan considerable, que de todo el ejército de veintidos mil peruanos que entraron en combate, solo alcanzaron a reunirse, en la línea de defensa de Miraflores unos cinco o seis mil hombres, de tal manera aterrorizados, que costó, como hemos visto, un gran trabajo para contenerlos al pié de las fortificaciones. El material de guerra perdido en la batalla era verdaderamente enorme. Un oficial peruano, de cuya relacion hemos copiado algunas líneas poco mas atras, dice que el ejército perdió ese dia cerca de 120 cañones de todos calibres o ametralladoras.

Si en los momentos en que terminaba la batalla, es decir, a las dos de la tarde, hubiera sido posible hacer avanzar una parte del ejército chileno sobre la segunda línea fortificada de los peruanos, la campaña se habria concluido ese dia sin grandes dificultades. El desórden que reinaba en aquella línea no habria permitido oponer una resistencia formal. Este

había sido el plan del jeneral Baquedano; pero a pesar del empeño puesto por el estado mayor, i por causas estrañas a toda prevision, no pudo lograrse ese objeto. El combate no pudo ser empeñado en la mañana por todas las divisiones a la vez, lo que permitió que algunas fuerzas peruanas alcanzaran a replegarse al pueblo de Chorrillos, donde opusieron una resistencia que duró hasta la tarde. A esas horas, los soldados chilenos, que apenas habian tomado un corto descanso en la noche anterior, i que habian peleado durante ocho horas consecutivas, trepando cerros i asaltando trincheras, estaban estenuados de fatiga i no podian dar un paso mas. Fué necesario darles tiempo a que repusieran sus fuerzas ántes de llevarlos a nuevos combates i nuevos asaltos. Este momentáneo aplazamiento iba a dar algunas horas mas de vida a los últimos restos del poder militar del Perú.





CAPITULO X

Batalla de Miraflores: ocupacion de Lima, del 14 al 17 de enero de 1881

Situacion de Lima el dia de las batallas de San Juan i de Chorrillos.—Espectativas de paz en la poblacion.—Los boletines de la dictadura tratan de engañar a los habitantes de Lima sobre el resultado de las batallas.—El jeneral Baquedano envia a Piérola un parlamentario que no es recibido.—El estado mayor chileno se dispone para empeñar una nueva batalla.—Negociaciones amistosas del cuerpo diplomático de Lima.—El jeneral Baquedano concede un armisticio que debia durar todo el dia (15 de enero), para que el enemigo resolviese sobre sus proposiciones.—Pérfido plan de Piérola.—Empeña la batalla violando el armisticio.—Perturbacion producida por este ataque en el ejército chileno.—La division del coronel Lagos, apoyada por los cañones de la escuadra, resiste firmemente al ejército peruano.—Acuden otras divisiones chilenas i obtienen la victoria decisiva de Miraflores.—Confusion i desórden en Lima.—Fuga de Piérola.—El alcalde municipal de Lima estipula la entrega incondicional de la ciudad.—El populacho se entrega al saqueo en la noche del 16 de enero, e incendia algunos barrios de la capital.—Se repiten los mismos crímenes en el Callao.—El populacho incendia los buques peruanos.—Una division chilena ocupa a Lima i restablece la tranquilidad.—Otra division ocupa la ciudad del Callao.—Vuelven a Lima muchas de las familias que habian abandonado la ciudad.—Dispersion definitiva i completa del ejército peruano.—El órden queda afianzado en Lima i en el Callao.—Resultado jeneral de la campaña sobre Lima.

La capital del Perú pasaba en esos momentos por horas de angustia i de amargura. Habian abandonado la ciudad

casi todas las familias que tenían recursos i relaciones para salir al extranjero, para trasladarse al interior, o para asilarse a los buques neutrales en el Callao o en Ancon, pero quedaban muchas personas destinadas a presenciar el cuadro mas desgarrador que es posible concebir.

A las ocho de la mañana del dia 13, comenzaron a llegar a Lima los heridos de la batalla, i algunos grupos de dispersos que no habian podido ser detenidos en la segunda línea de fortificaciones peruanas. Estos últimos, soldados i oficiales, anunciaban la derrota de su ejército en los momentos en que el frecuente estampido del cañon anunciaba que la batalla no habia terminado todavía. Centenares de personas buscaban asilo en las legaciones extranjeras, que se encontraron repletas de jente, o salian apresuradamente de la ciudad para refugiarse en los pueblos o aldeas inmediatos. Cuando se tuvo la noticia cierta de la derrota, «la exitacion en Lima llegó a ser intensa, dice la correspondencia que hemos citado en el capítulo anterior; pero no hubo disturbios, aunque el populacho queria apedrear a las chilenas. Una murió de este modo». Eran infelices mujeres, que estaban domiciliadas en Lima desde años atras, algunas de ellas casadas con ciudadanos peruanos.

El populacho no podia esplicarse la derrota sino como un efecto de traicion, i acusaba de ella a los individuos afiliados en el partido opuesto a Piérola. Segun la correspondencia referida, las autoridades locales participaron de esta opinion i decretaron la prision de algunos individuos, allanando la efecto la legacion francesa donde se decia que estaba asilado uno de ellos. El jeneral González de La Cotera, antiguo ministro del presidente Prado durante los primeros meses de la guerra, fué acusado ahora, sin razon ni fundamento, de querer derrocar el gobierno de la dictadura en medio de la perturbacion producida por la derrota, i tuvo que trasladarse al Callao i que buscar asilo en un buque de guerra ingles para sustraerse a la furia del populacho. Fuera de estos incidentes, la tranquilidad pública no estuvo seriamente comprometida,

si bien no fué difícil prever desde entónces que se esperaban a la capital pruebas mas amargas i dolorosas.

Muchas personas hubieran querido evitar que se llegase a estos extremos. La derrota del ejército peruano que defendia las líneas fortificadas de San Juan i de Chorrillos, derrota que no entraba en las previsiones de nadie, habia hecho comprender que era llegado el momento de tratar, i de someterse a la lei del vencido. Se creia que todo conato de resistencia era una insensatez que traeria indudablemente al Perú la vergüenza de una nueva derrota, i las mas funestas consecuencias para la ciudad de Lima. «Las mujeres, que ántes querian la continuacion de la guerra hasta el último trance, dice la correspondencia citada, perdieron de improviso toda su confianza, i cambiaron de actitud, a causa sin duda de la conducta que los desertores habian observado en el campo. De su nueva manera de pensar, i de su deseo de que se arreglara la paz a costa de cualquier sacrificio, participaban casi todos los extranjeros».

Los que así pensaban, sufrieron luego un doloroso engaño. En la tarde del 13 de enero i en la mañana del 14, se publicaban en Lima boletines de noticias, en que, contra lo que todo el mundo veia i sabia, se trataba de presentar el espantoso desastre, como una batalla de resultado indeciso, en la cual el jefe supremo del Perú habia desplegado el mas sublime heroismo. Los chilenos, se decia, no han tomado por asalto las líneas fortificadas de San Juan i de Chorrillos. Como medida estratéjica, se añadia, Piérola mandó replegar sus tropas a las fortificaciones de Miraflores. Los defensores de Morro Solar i de Chorrillos, de los cuales no habia logrado escapar uno solo, quedando todos muertos o prisioneros, habian roto a la bayoneta, segun se contaba en Lima, las filas chilenas abriéndose paso por en medio de ellas ¹. Segun algunos de esos boletines, las pérdidas de los chilenos eran su-

1. Como muestra de estas audaces patrañas con que todavía se pretendia engañar a la poblacion de Lima, que conocia a esas horas la espantosa derrota del ejército peruano, copiamos en seguida uno de aquellos boletines.

«Lima, juéves 13 de enero.—Hemos abandonado el campamento por un

periores a las de los peruanos. Estos últimos habían tomado un número considerable de prisioneros al enemigo, i le habían quitado muchas armas. Los boletines concluían, como siempre, anunciando una próxima i definitiva victoria sobre los chilenos, que se presentaban como mui quebrantados i des-

corto tiempo con el objeto de satisfacer, hasta donde sea posible, la justa ansiedad en que está Lima, dando el presente número.

«A las cuatro i media de la mañana de hoi, grandes masas del ejército chileno de las tres armas, atacaron nuestras posiciones de San Juan con un fuego nutrido de artillería.

«El combate duró hasta las 10.30 A. M.

«A esa hora S. E. el jefe supremo, ordenó que nuestras fuerzas se replugaran sobre las fortificaciones de Miraflores.

«Así se hizo, quedando una parte en el morro de Chorrillos.

«S. E., acompañado de su secretario señor capitán de navío don Aurelio García i García, del cuerpo de ayudantes de campo i de varios jenerales, jefes i oficiales, cuyos nombres no mencionamos por no resentir aquellos que pudiéramos omitir, S. E. decimos, quiso ver por sí mismo el repliegue, i estuvo por algun rato bajo los fuegos enemigos.

«Corrió peligro de ser tomado, pues al dirigirse al cuartel, un batallón chileno le hizo fuego, i al tomar la dirección opuesta, sucedió lo mismo.

«Felizmente su serenidad lo salvó, con dos ayudantes heridos; habiendo caído un casco de bomba a su caballo i otro al de su señor hijo, subteniente Nicolas de Piérola.

«Los batallones Cajamarca, Guardia Peruana i Ayacucho, se han batido desde el morro Salto del fraile, contra todo el ejército chileno.

«Han alfombrado el malecón de Chorrillos con cadáveres del enemigo.

«A eso de las cinco, viéndose completamente cercados, dieron una carga a la bayoneta i se abrieron paso por entre todo el ejército enemigo, llegando hasta Miraflores, diezmados es verdad, pero después de haber hecho horroroso estrago en las huestes chilenas.

«Un ¡hurra! a esos valientes.

«La patria tiene que deplorar la pérdida de muchas i mui preciosas vidas.

«No nos es posible, sin embargo, dar una relación de los muertos i heridos.

«Nuestros ejércitos esperan tranquilos al enemigo en los recintos fortificados que se estienden desde Miraflores hasta Vásquez.

«Nuestro intrépido e intelijente jefe supremo está a la cabeza i él nos llevará a la victoria.—*Ernesto J. Casanave.*»

Estas falsas noticias con que se pretendía engañar al pueblo sobre el resultado de las batallas de San Juan i de Chorrillos, no eran, como podría creerse, la obra esclusiva de los periodistas de Lima. En la tarde del 14 de enero, el sub-secretario del ministerio de la guerra don Francisco J. Secada, comunicaba desde el palacio de gobierno el siguiente telegrama al prefecto del Callao.

«Señor prefecto: Nuestra línea continúa sin novedad de Miraflores a Vás-

moralizados. «Ya el enemigo acerca su planta aleve, decia uno de esos boletines. Mucho tiempo hemos estado esperando estos momentos, i nuestra enerjía debe retemplarse al aproximarse la hora de la venganza».

El ejército chileno, aunque habia sufrido dolorosas pérdidas, i aunque tenia sus ambulancias casi repletas de heridos, se hallaba en la mañana del 14 de enero en estado de empeñar inmediatamente un nuevo combate. Se sabia perfectamente en el campamento chileno que las tropas que guarnecian la segunda línea de fortificaciones peruanas, eran en jeneral mui inferiores en número i en calidad a las que habian sido derrotadas el dia anterior; i aunque las partidas exploradoras que fueron a reconocer esas posiciones, las describian como mui favorables para resistir a un nuevo ataque, se tenia la certidumbre de que los defensores no estaban en situacion de oponer una séria resistencia. Todas las noticias que llegaban al cuartel jeneral chileno, demostraban que la derrota del enemigo habia sido completa, i hacian presumir que en el campo de éste se queria la paz.

«Deseosos los vencedores de allanar el camino de las negociaciones, i de evitar demoras peligrosísimas, se despachó en la mañana del 14 al secretario del ministro de la guerra, don Isidoro Errázuriz, en compañía del coronel Iglesias, ex-ministro de la guerra de Piérola, hecho prisionero el dia anterior, con el encargo de declarar al jefe supremo del Perú que el ejército de Chile reconocia la bravura de la resistencia que se le habia opuesto en la batalla, i de invitarle a enviar al campo de los vencedores personas autorizadas para negociar la paz. El parlamentario chileno debia al mismo tiempo lla-

quez. Nuestra segunda línea intacta. El enemigo impotente para atacar. Esto lo prueba el haber solicitado la suspension de hostilidades. Las pérdidas del enemigo mayores que las nuestras. Su fuerza de caballería i parque, todo ha volado con las minas. Se sabe positivamente que el número de muertos de ellos pasa de 9,000 hombres.—(Firmado).—*Secada.*»

Como lo hemos dicho mas atras, las batallas de San Juan i de Chorrillos solo costaban al ejército chileno la pérdida de 797 muertos i de 2,512 heridos. Su parque estaba intacto, i engrosado ademas con mas de cien cañones quitados al enemigo. El gobierno de la dictadura peruana sabia perfectamente todo esto cuando daba estas falsas noticias para «retemplar el patriotismo».

mar la atención del gobernante peruano al peligro en que la prosecución de las hostilidades a las puertas de Lima iba a colocar a esta interesante ciudad, que peruanos i chilenos se hallaban empeñados en salvar de suerte igual a la de Chorrillos.

«El coronel Iglesias debía preparar i facilitar la entrevista del secretario del ministro chileno con el presidente del Perú.

«La entrevista no tuvo, sin embargo, lugar. El dictador peruano, que se encontraba en esa hora de la mañana visitando la línea de Miraflores, segunda i formidable posición del ejército peruano, desconocida todavía para los chilenos, declaró que no recibiría el parlamentario mientras éste no se presentase con poderes para negociar. I habiéndole sido transmitido por el órgano de uno de sus principales jefes, el mensaje de que era portador el secretario del ministro chileno, contestó que deseaba la paz i que el ministro o cualquiera otra persona, autorizadas por el gobierno de Chile para tratar, podían pasar al campamento peruano o iniciar por medio de una nota las negociaciones.

«Esta contestación, que revelaba completo desconocimiento de la situación militar, o pueril empecinamiento, destruía de un golpe toda esperanza de paz i preparaba el camino a nuevas tragedias i nuevos desastres. Colocado entre el campo de una tremenda derrota, i su capital en peligro i bajo la influencia del terror, el jefe supremo del Perú no podía usar ese lenguaje altivo sin faltar a su país, sin faltar a su dignidad de gobernante i sin faltar a la verdad de las cosas»².

Después de este desenlace de aquella tentativa de negociación, no quedaba a los chilenos que hacer otra cosa que prepararse para un nuevo combate. En efecto, el mismo día se adelantó el reconocimiento de las líneas enemigas, i el estado mayor tomó todas las disposiciones para ejecutar su asalto el día siguiente. El plan adoptado para el ataque se reducía

2. Copio este fragmento de una relación publicada en Lima pocos días después, con el título de *La campaña del ejército chileno en Lima*, dada a luz en cinco idiomas diferentes. Aunque muy compendiosa, contiene un resumen claro i bien hecho de las operaciones de la campaña.

a amagar al enemigo de frente con la primera división del ejército, apoyada por la artillería; mientras la tercera división, que había sufrido muy pocas pérdidas en la batalla del 13, iría a atacarlo resueltamente por el flanco izquierdo, al mismo tiempo que los cañones de la escuadra lo batían por su derecha. El general Baquedano, y su jefe de estado mayor, general Maturana, dieron las órdenes del caso, poniéndose de acuerdo con el contra-almirante Riveros, jefe de la escuadra. El coronel Velásquez, comandante general de artillería, fué a colocar sus cañones enfrente de la línea enemiga, en las posiciones menos desventajosas, «ya que era imposible encontrarlas buenas en un terreno plano y cortado a cada paso por arboledas y tapias». El ataque formal y definitivo tendría lugar a las doce del día siguiente.

Las tropas chilenas quedaron acampadas esa noche en San Juan, y al norte de Chorrillos. Una parte de la tercera división avanzó hasta los alrededores de Barranco, aldea de unos 150 o 200 habitantes, situada a medio camino de Chorrillos a Miraflores, y lugar de baños concurrido en los meses de verano por algunas familias de Lima, pero completamente desierta en esos momentos. Se sabía que esa aldea estaba sembrada de minas y de bombas automáticas, de tal suerte que constituía un peligro inminente para los soldados desprevenidos que quisieran entrar al pueblo, y mayor todavía en el caso probable de un nuevo combate. En la imposibilidad de desmontar esas minas, los soldados chilenos, tomando todas las precauciones del caso, allegaron fuego a los edificios poco antes de amanecer, y el incendio hizo desaparecer en poco tiempo esa pequeña población que el dictador peruano había convertido en máquina explosiva.

Había, sin embargo, motivos para creer que no tendría lugar un segundo combate. Era verdad que Piérola no había recibido al parlamentario enviado por el general Baquedano pero tampoco se había negado a tratar. Léjos de eso, había declarado que estaba dispuesto a oír proposiciones de paz. Pero se había pasado el día entero sin que el dictador perua-

no quisiese manifestar que comprendía la verdad de su situación.

A media noche se presentó en el campamento chileno un emisario con pliegos para el jeneral Baquedano. Lo enviaba el ministro plenipotenciario de la república del Salvador, decano del cuerpo diplomático de Lima. Decía en ellos que él i los ministros de Francia i de Inglaterra tenían encargo de sus colegas de pasar al cuartel jeneral a tratar un asunto urgente e importante, i que, en consecuencia, pedían que se les señalara la hora en que pudiesen pasar al campamento chileno a desempeñar aquella comision. Siendo mui avanzada la noche, el jeneral Baquedano contestó que la conferencia podria tener lugar a las siete de la mañana siguiente.

Como se ve, los ministros diplomáticos iniciaban esta negociacion, al parecer, por su propia cuenta i como si obraran por su sola inspiracion. Las cosas, sin embargo, habian pasado de mui distinta manera, como vamos a referirlo con la ayuda de las primeras revelaciones que se han hecho sobre estos sucesos.

En el campamento peruano de Miraflores se habia pasado la tarde del 13 de enero i todo el dia 14 en preparativos militares, distribuyendo las tropas salvadas de la derrota al lado de los cuerpos de la reserva, colocando mas artillería en los bastiones, i tomando otras medidas para la resistencia. Se sabia que el dictador se habia negado a recibir al parlamentario chileno, pero en los corrillos de los oficiales no se hablaba mas que de la necesidad de capitular. «Lo cierto es, escribe un oficial de la reserva peruana, en la relacion que hemos citado en el capítulo anterior, que la voz jeneral estaba porque se llegase lo mas pronto a una solucion pacífica, que debíamos someternos a nuestra suerte de vencidos, que bastante sangre habia corrido i que era locura sacrificar tan preciosas vidas.

«Oíanse en cada grupo estas consideraciones poco mas o ménos, cuando se esparció la noticia de que iba a reunirse junta de comandantes jenerales esta tarde misma, para decidir si se podia o no resistir con probabilidades de buen éxito.

Exitaba la curiosidad de todos, los juicios que de nuestra situación iba a espresar cada uno de los jefes que habían en parte contribuido a ella. Nos prometimos, pues, hacer lo posible para presenciar la sesión, o por lo menos no perder nada de lo que en ella se dijese.

«En efecto, no tardaron en llegar de sus divisiones i reunirse los jenerales Montero, Buendía i Segura; los coroneles Dávila, Montero, Cáceres, Suárez, Iglesias, Noriega, Figari, Pereira, Derteano, Correa i Santiago, La Fuente, Echeñique i muchos otros cuyos nombres se me escapan. (La conferencia tuvo lugar en una casa del pueblo de Miraflores en que estaba hospedado el dictador). Se formó en el salón un gran círculo. Se mandó despejar los corredores i cerrar herméticamente las puertas. De nuestro escondite, oíamos claramente la voz de S. E.

«Comenzó por esponerles, que los había reunido no para conocer sus ideas personales sobre la situación, ni si estaban listos para dar su vida si necesario fuera, de lo que no dudaba, sino para que le manifestaran el espíritu que animaba a las tropas i si podían éstas hacer una séria resistencia; añadiendo que, como condicion previa para entrar en negociaciones de paz, exijia el jeneral chileno la entrega inmediata de la línea de Miraflores, con todos sus reductos i defensas, pero que él rechazaba tan humillante proposición. Tres o cuatro de los jefes opinaron porque la tropa estaba mui desalentada e incapaz de sostener diez minutos de combate.»

Un coronel, entre otros, espresó con grande enerjía que todo intento de resistencia seria dar un día mas de vergüenza a las armas peruanas, i al vencedor una fácil victoria. El testigo que ha hecho estas importantes revelaciones, no pudo saber el resultado de aquella deliberación. La junta de guerra se terminó a las siete de la noche. A esa hora habían llegado a Miraflores algunos miembros del cuerpo diplomático de Lima. Comieron éstos en la mesa del dictador, i quedaron conferenciando con él sobre la situación de la capital. Es indudable que ellos se ofrecieron para interponer sus buenos oficios cerca del vencedor para evitar al Perú otro día de san-

gre i de derrota, i es tambien indudable que Piérola aceptó su jeneroso ofrecimiento a condicion de que el enemigo no supiese que él habia solicitado la mediacion. Aun en medio de aquel espantoso desastre, el dictador peruano queria conservar las apariencias de altanero orgullo que habia caracterizado su desgraciada administracion. Aunque no se conocen los pormenores de aquella conferencia, se sabe que de allí salió la nota que en esa misma noche dirijió al jeneral Baquedano el decano del cuerpo diplomático de Lima.

En la mañana siguiente (15 de enero), precisamente a la hora convenida, llegaba al campamento del estado mayor chileno, situado en las inmediaciones de Chorrillos, un tren extraordinario llevando bandera blanca. Bajaron de él los ministros plenipotenciarios del Salvador, de Francia i de Inglaterra. El jeneral Baquedano los recibió en conferencia particular, teniendo a su lado al ministro de la guerra don José Francisco Vergara, al secretario jeneral de ejército don Euljio Altamirano, a don Joaquin Godoi i a don Máximo R. Lira, que desempeñaban cargos de confianza cerca del jeneral en jefe.

Durante los primeros momentos, la conferencia versó sobre asuntos estraños al verdadero objeto que la habia provocado. Los diplomáticos estrañeros tenian el honroso propósito de evitar mayor efusion de sangre, i de salvar al Perú de una nueva i mas innecesaria derrota; pero querian tambien evitar todo paso que pudiera lastimar la vanidad nacional de los vencidos. Comenzaron por manifestar que el propósito que los llevaba allí, era pedir garantías para los muchos i valiosos intereses estrañeros radicados en Lima, así como para las personas de los neutrales. El jeneral Baquedano contestó que estaba dispuesto a respetar los intereses i personas de los neutrales, en cuanto fuese conciliable con las necesidades de las operaciones militares i con el lejítimo ejercicio de los derechos de belijerante. «Así, dijo el jeneral chileno, si el gobierno del Perú se obstina en hacer de la capital un centro de resistencia, yo estoi autorizado i resuelto a romper sobre ella las hostilidades sin conceder plazo alguno».

Pero este no era el objeto verdadero de la conferencia. Cuando se hubo tratado este asunto, los plenipotenciarios extranjeros indicaron que talvez les seria fácil inducir al gobierno peruano a abrir negociaciones. Al dar un paso de esta naturaleza, ellos deseaban saber cuáles eran las condiciones que exigiria Chile, para comunicarlas al dictador. A fin de hacer provechosas i prácticas estas negociaciones, conveniria estipular un armisticio. En todo caso, se agregó, se podría negociar bajo la mediacion de la diplomacia extranjera.

Pero los chilenos no podian ni debian tratar en otro carácter que el de vencedores. El jeneral Baquedano contestó inmediatamente a este ofrecimiento, con la rectitud i la entereza que habia demostrado en toda la campaña, sin apelar o ambigüedades ni a disimular sus intenciones. Declaró de toda punto inaceptable en aquellas circunstancias la mediacion de los diplomáticos de Lima. Manifestó que en ningun caso entraria a tratar con el enemigo si en el mismo dia no se le entregaba incondicionalmente la plaza del Callac, i que no acordaba mas plazo para recomenzar las hostilidades, que hasta las dos de la tarde de ese mismo dia, tiempo suficiente para que el dictador del Perú resolviese si queria aceptar o no la condicion anterior. Instado nuevamente por los diplomáticos extranjeros, el jeneral, por un acto de deferencia hácia ellos, accedió a ampliar ese plazo hasta las doce de la noche. Su compromiso se redujo a no romper los fuegos ántes de esa hora; pero esta simple suspension de hostilidades no obligaria a los ejércitos beligerantes a permanecer inmóviles en los puntos que ocupaban. Léjos de eso, el jeneral Baquedano declaró que cada uno de ellos podria efectuar los movimientos de tropas que creyere convenientes. Los tres ministros diplomáticos volvieron a Miraflores a las diez de la mañana, despues de prometer que transmitirian a Piérola las condiciones que exigia el jeneral chileno para entrar en negociaciones.

El dictador peruano seguia, entre tanto, tomando todas las medidas convenientes para robustecer su línea de fortificaciones. A las tropas que formaban la reserva, se habia unido, como hemos dicho, los cinco o seis mil hombres salvados

de la derrota del día 13. Piérola, además, hizo salir del Callao en esa mañana unos dos mil hombres de su guarnición, i parecía resuelto a presentar una segunda batalla a pesar del desaliento de algunos de los jefes que estaban bajo sus órdenes. Fuera de un corto tiroteo de avanzadas, provocado por las tropas peruanas durante la conferencia que ya hemos referido, no hubo ningún acto de hostilidad; i en los dos campos se creía jeneralmente que las negociaciones entabladas llevarían las cosas a un arreglo pacífico.

Cuando los ministros extranjeros llegaron al campamento de Miraflores, encontraron a Piérola acompañado por los almirantes Sterling i Du Petit Thouars, jefes de las estaciones navales de Inglaterra i de Francia, que parecían igualmente interesados en recomendar que se evitara una nueva batalla. Al saber la contestación que daba el jeneral chileno a las proposiciones de los diplomáticos, Piérola se abstuvo de dar una respuesta definitiva, pero siguió dictando sus órdenes militares. «Lo positivo es, dice el oficial peruano que ha referido estos hechos, que si Piérola se hubiese dejado arrastrar por consejos i opiniones que pocos tenían circunspección para silenciar delante de él, se habría hecho la paz en ese día». Dos horas después, Piérola se retiraba a almorzar en compañía de aquellos altos funcionarios extranjeros.

El jeneral Baquedano estaba persuadido de que sus proposiciones serían aceptadas por el gobierno peruano. No podía imaginarse que éste quisiera esponer sus reservas al peligro inminente de un seguro desastre, empeñando un nuevo combate con el ejército vencedor, repuesto ya de sus fatigas anteriores, i además engrosado con un pequeño contingente de tropas de refresco ³. Sin embargo, queriendo estar prevenido para todo evento, poco después de terminada su confe-

3. El 14 de enero llegaron por mar al campamento chileno las tropas de infantería i de caballería que en número de 800 hombres había dejado en Pisco el jeneral Baquedano. Estas fuerzas, amenazadas a principios de enero por las montoneras que el prefecto Zamudio había reunido en Humai, al interior del valle de Pisco, salieron en su persecución i las destrozaron i dispersaron, escarmentándolas severamente para que no volvieran a reunirse. Pocos días después, recibieron orden de marchar al norte a juntarse con el

rencia con los diplomáticos extranjeros, se adelantó con el jefe de estado mayor a reconocer las posiciones enemigas i a observar el terreno en que debería estender la línea de batalla del ejército chileno 4. Mandó en seguida que sus divisiones se preparasen para tomar las nuevas posiciones; pero como en virtud del armisticio concedido al enemigo, las hostilidades no se podian romper sino despues de las doce de la noche, se dejó ese movimiento para mas tarde, pensando sin duda ocultar a los peruanos la situacion definitiva que ocuparia el ejército de Chile. Solo unos 4,500 hombres de la tercera division, avanzaron algo mas, i fueron a colocarse en línea enfrente de la derecha de las posiciones peruanas. La artillería de campaña se habia situado un poco mas a retaguardia.

Desde el lugar que ocupaba el jeneral Baquedano, se distinguia perfectamente un gran movimiento de tropas en el campamento peruano. Llegaban de Lima trenes cargados de soldados, que componian la guarnicion del Callao, i éstos acu-

ejército que operaba sobre Lima, pero no alcanzaron a llegar a tiempo para tomar parte en la batalla del dia 13.

4. Aunque en el capítulo VIII de este libro hemos hecho una descripcion sumaria de las posiciones de Miraflores, queremos reproducir aquí, para la mas completa intelijencia, las líneas en que las describe con toda claridad el parte oficial del jefe de estado mayor chileno don Márcos 2.º Maturana. Dice así:

«El ejército peruano se encontraba fuertemente establecido en el campo atrincherado de Miraflores, apoyando su derecha al mar i estendiéndose háca su izquierda como cinco a seis quilómetros en direccion a Monterrico Chico, donde tenia posiciones artilladas con cañones de grueso calibre. Toda la línea formaba un cordon no interrumpido de trincheras hechas de los tapiales de cierro del campo, aspillados en toda su estension para que la infantería pudiese disparar sin ser vista, i apoyados fuertemente por formidables reductos guarnecidos por artillería e infantería i situados de distancia en distancia, a mil metros mas o ménos uno de otro de derecha a izquierda. Estos atrincheramientos estaban ademas defendidos por anchas i profundas zanjas que impedian el acceso a las trincheras, sin contar todavía con las minas automáticas que aquí, como en el campo de Chorrillos, cubrian el frente flancos i retaguardia de la posicion. Finalmente, apoyaban tambien aquel campo atrincherado la batería de costa de Miraflores, situada un poco a vanguardia de la poblacion del lado del mar, i las baterías altas de los cerros de Monterrico, Valdivieso, San Bartolomé i San Cristóbal, todos armados de gruesos cañones de largo alcance, cuyos fuegos dominaban la campaña en toda su estension».

dian a los bastiones i reductos a formar una línea de batalla sólida i espesa. A la una del dia, el ejército peruano estaba perfectamente preparado para el combate. De Lima se comunicaba a esas horas al prefecto del Callao el siguiente despacho telegráfico: «Del ferrocarril de Miraflores participan que dentro de pocos momentos comenzará el combate. La línea tendida solo espera la órden de hacer fuego. Mucho entusiasmo. — *Velasco.*» Piérola habia querido equilibrar sus fuerzas con las del enemigo atacando a éste de sorpresa, durante un armisticio, i cuando creia que estando diseminadas las divisiones del ejército chileno, seria fácil destrozarlas aisladamente.

El jeneral Baquedano observaba impasible todos los movimientos del enemigo. Su alma honrada i leal no acertaba a comprender que Piérola pudiera cometer la felonía de violar un armisticio. Algunos de los jefes que acompañaban a Baquedano, no cesaban de representarle el peligro que envolvian aquellos aprestos; pero él contestaba a todos comunicándoles su confianza. «Los peruanos, decia a unos, toman sus posiciones para la batalla de mañana. Mañana se las quitaremos». «Es posible, decia a otros, que el enemigo quiera hacer ostentacion de sus fuerzas para arrancarnos condiciones mas favorables en la capitulacion que de un momento a otro tendrá que celebrar». I en esta confianza honorable, pero de que era indigno el enemigo poco escrupuloso que tenia delante, se limitó a seguir disponiendo lo conveniente para la marcha de las otras divisiones de su ejército, a fin de tenerlas listas para el dia siguiente.

Hallábase el jeneral chileno a la derecha de la línea que formaba la tercera division, cuando poco despues de las dos de la tarde, de repente, i sin que nada anunciase la proximidad del combate, cayó sobre esta línea una lluvia de balas de rifle i de proyectiles de cañon lanzado de los bastiones i reductos de los peruanos. Creyendo que aquel fuego de las posiciones enemigas fuese solo el efecto de una equivocacion momentánea, el jeneral Baquedano i los jefes que estaban a su lado, dieron órden de no contestarlo, i aun hicieron cesar

el de algunas compañías que ya lo habían comenzado. Al cabo de pocos minutos ya no cupo duda sobre la verdad de la situación. Las tropas peruanas que acababan de llegar del Callao, emprendían un combate en regla, i las seguía toda la línea. Era aquella una verdadera batalla que se iniciaba para los chilenos bajo las condiciones mas desfavorables i terribles, la batalla de una division de 4,500 hombres escasos, contra un ejército de quince mil soldados que ocupaban sólidos bastiones i reductos ⁵.

5. Algunos dias despues de la batalla, Piérola trató de justificar su conducta sosteniendo en una nota dirigida a los diplomáticos de Lima, que fueron los chilenos quienes rompieron los fuegos en la batalla. Para no aceptar esta aseveracion, que no descansa mas que en su propio testimonio, he tenido en cuenta algunas graves consideraciones que pesarán sin duda en el ánimo del lector. 1.^a A la una del dia, es decir, una hora ántes del ataque, la línea peruana estaba tendida i esperaba la órden de romper los fuegos, como se ve por el despacho telegráfico dirigido al prefecto del Callao, i que hemos insertado mas atras. 2.^a El jeneral Baquedano, sobre todo despues de su triunfo del dia 13, tenia tanta confianza en la superioridad desus tropas que creia fundadamente que los restos del ejército del Perú no podrian ni siquiera presentarle una nueva batalla, i esperaba que éstos se rindieran sin combatir. No es, pues, admisible que en esas condiciones hubiese querido violar el armisticio que él mismo habia concedido al enemigo. 3.^a Aun dado el caso de que hubiera querido violar el armisticio, habria elegido para ello un momento favorable, en que hubiese tenido reunido todo su ejército, i no aquel en que solo podia disponer de poco mas de cuatro mil hombres, es decir, el momento único en que el enemigo podia obtener una victoria, como estuvo a punto de obtenerla por la sorpresa del ataque.

Conviene ademas advertir que la aseveracion de Piérola atribuyendo al ejército chileno la violacion del armisticio, solo consta de su nota al cuerpo diplomático de Lima, fechada en Canta el 20 de enero. Las relaciones peruanas que se han publicado hasta la fecha no contienen tal afirmacion. Pero hai mas todavía. Se han dado a luz dos cartas de Piérola en que refiere las batallas que tuvieron lugar alrededor de Lima, i otros documentos en que hace referencia a estos sucesos, i en ninguno de ellos atribuye a los chilenos la violacion del armisticio. Permítasenos reproducir aquí un fragmento de una carta escrita por Piérola el 21 de enero, i publicada por *La Estrella de Panamá*. Dice así:

«A pesar de haber reunido yo, de nuestro lado, cuantos elementos pude, i a pesar de que juzgué con ellos asegurado el triunfo, buena parte de nuestra tropa se vió envuelta en las colinas de Villa i San Juan, posiciones oportunamente elejidas, i el 13 del presente fuimos batidos allí con enormes pérdidas.

«Yo logré escapar milagrosamente, i, como fué posible, detener los restos

En efecto, hubo un momento en que las tropas que formaban esa division, debieron creerse definitivamente perdidas por aquel ataque tan desigual e inesperado. Pero el coronel don Pedro Lagos, que mandaba allí desplegó en el peligro la misma resolucion i la misma sangre fria que habia demostrado en toda la campaña. Desde el primer momento, i a pesar del vivo fuego que recibian sus soldados, tendió perfectamente su línea, i organizó la resistencia, dispuesto a mantenerse en ese lugar, sin retroceder un solo paso, i costara lo que costara, hasta el arribo de las otras divisiones del ejército chileno. El combate se empeñó, pues, resueltamente para impedir todo avance del enemigo fuera de sus posiciones fortificadas.

La noticia del armisticio se habia comunicado a la escuadra, i su jefe, el contra-almirante Riveros, habia bajado a tierra, en la confianza de que ese dia no tendrian nada que hacer los cañones de sus buques. Pero al saber que el armisticio habia sido violado por los peruanos, volvió apresuradamente a bordo, i mandó que la artillería de mar batiese sin descanso el flanco derecho de los agresores. Gracias a esta eficaz ayuda, la batalla pudo equilibrarse un poco, i sostenerse por mas de una hora.

Miéntras tanto, el jeneral Baquedano redoblaba sus órdenes para que avanzasen las otras divisiones de su ejército i para que acudieran en auxilio de las fuerzas empeñadas en el combate. El enemigo salia de sus parapetos por la izquierda de su línea, con intencion de envolver por el flanco derecho a la division chilena. Algunas compañías de tiradores de esta division, mandadas por el coronel don Martiniano Urriola, lograron contener este ataque, dando tiempo a que ese flanco fuera reforzado. Al fin, llegaron los cuerpos de la reserva, mandados por el teniente coronel don Aristides Martínez, i luego algunos batallones de la primera division, que, bajo las

de nuestras desbandadas tropas en la línea de atrincheramientos de Miraflores a Ate. Con ellos i con la reserva de Lima, al mismo tiempo que cerrá-bamos el paso a las fuerzas chilenas destacadas por la Rinconada, dimos el 15 una segunda batalla, entre Miraflores i la Calera, que duró desde poco ántes de las dos de la tarde hasta las seis».

órdenes de Lynch, avanzaban de Chorrillos a paso de carga. La defensa de la línea chilena se hizo desde entónces sólida i resistente. Un rejimiento de caballeria, mandado por el teniente coronel don Manuel Búlnes, hizo retroceder las fuerzas peruanas que amagaban el flanco derecho de los chilenos.

Pero no bastaba rechazar el desleal ataque del ejército peruano: era tambien necesario dar a éste el golpe mortal i definitivo. El coronel Lagos reúne algunos de sus destrozados batallones, i los lanza resueltamente al asalto de las fortificaciones enemigas. Hasta entónces era la extrema derecha de la línea peruana la que mas habia sufrido en las primeras horas de la refriega. Batida de frente por la division chilena, i de flanco por los fuegos de la escuadra, esa ala parecia vacilar. La impetuosa carga ordenada por el coronel Lagos i ejecutada resueltamente por los comandantes Barceló i Fuenzalida, obligó al enemigo a ceder la primera línea de sus posiciones. Pero a espaldas de éstas quedaba todavía otra línea de fortificaciones mas formidables aun, i que puso una resistencia mucho mas tenaz. A una señal de Lagos, la escuadra suspende sus fuegos para no dañar a los soldados chilenos; i los infantes se lanzan a la bayoneta destruyendo todos los obstáculos que encuentran a su paso i barriendo las fuerzas peruanas que comenzaban a desmoralizarse. Ocupadas esas importantes posiciones, los batallones de Lagos avanzan hasta el pueblo de Miraflores, donde habia estado el cuartel jeneral del enemigo, i arrollan a su paso toda resistencia. Temiendo fundadamente que este pueblo pudiese convertirse en lugar de retirada de los dispersos peruanos en las peripecias subsiguientes del combate, i que llegase en la noche a ser el teatro de una resistencia análoga a la de Chorrillos, los soldados chilenos le prendieron fuego por varias partes; i, sin darse un momento de descanso despues de tantas fatigas, marchan resueltamente a atacar por el flanco derecho el centro del enemigo.

Eran las cuatro i media de la tarde, i la faz de la batalla habia cambiado casi por completo. Lagos, sin embargo, iba a encontrarse en este segundo ataque con tropas que habian

sufrido ménos, i que por su número habrian podido envolver a la esquilhada division que los acometia. Pero los cuerpos de la reserva i los que formaban la primera division chilena, viendo que se acercaba el momento decisivo de la jornada, se lanzan por el frente al ataque de las posiciones del centro enemigo, con el empuje que sabian imprimirles los comandantes Martínez i Lynch. Estas fuerzas, ántes de llegar a los parapetos de los peruanos, tenian que atravesar un terreno sembrado de minas i de bombas automáticas. Muchas de ellas, en efecto, estallan bajo sus piés; pero nada las detiene un instante; i saltando sobre las trincheras peruanas, arrollan en pocos momentos a bala i bayoneta toda resistencia, i se apoderan de aquella parte de la línea. Las tropas enemigas, acometidas por el flanco por la division de Lagos, i de frente por los cuerpos de Martínez i de Lynch, no pudieron resistir largo tiempo, i se vieron forzadas a abandonar sus parapetos i bastiones dejando en ellos setenta cañones de todos calibres, i un crecido número de fusiles. Dos rejimientos de caballería chilena lanzados al ataque, terminaron la dispersion del enemigo hasta donde les permitieron avanzar las tapias que cerraban los campos vecinos. A las seis de la tarde, todo el campo de batalla estaba en poder de los chilenos.

En esta jornada, el dictador Piérola demostró la misma incapacidad militar que habia probado en Chorrillos. Al iniciarse el combate, salió apresuradamente del pueblo de Miraflores; i dejando a los jefes que estaban a sus órdenes el cuidado de sostener la pelea en la derecha, fué a colocarse a la izquierda de su línea de defensa, donde su persona no corria peligro. Sus subalternos lo han acusado mas tarde de haber permanecido allí turbado i confundido, sin acertar a dar una sola orden. En efecto, los esfuerzos hechos por los cuerpos peruanos de esa ala para envolver al ejército chileno, fueron débiles i mal dirigidos, dando tiempo a que entrasen en batalla las divisiones de Lynch i de Martínez, que decidieron la victoria.

Las fuerzas peruanas que habian sostenido el combate, eran en su mayor parte las tropas de línea que habian llega-

do esa mañana del Callao, i los cinco o seis mil hombres que salvaron de los desastres de San Juan i de Chorrillos. En esas fuerzas estaban enrolados muchos jóvenes estraños ántes de ahora al servicio militar, i que en el peligro demostraron gran valor. Los cuerpos de la reserva de Lima con que se habia hecho tanto ruido desde seis meses atras, estaban formados en la extrema izquierda de las posiciones peruanas bajo las órdenes del coronel Echeñique. Solo unos de mil hombres de esa reserva entraron en la pelea, i se batieron con el mismo denuedo que el ejército de línea. El dictador Piérola habia creído notar ese dia que aquellos cuerpos tenian mas deseos de volver a Lima que de combatir, i se abstuvo de hacerlos marchar a la pelea, prefiriendo que guarneciesen aquella ala de su línea, a una distancia considerable del teatro de la lucha. El mismo dictador ha asumido la responsabilidad de esta determinacion, justificando así la conducta de los jefes de esas fuerzas, a quienes se acusaba en Lima de cobardía i casi de traicion. Aquellos cuerpos, sin embargo, habrian tardado mucho para llegar al lugar de la batalla, i probablemente no habrian servido para otra cosa que para acelerar la dispersion del ejército, desmoralizado i quebrantado por el vigoroso ataque de las divisiones chilenas, que seguian engrosándose con las tropas que llegaban de San Juan i de Chorrillos. Así, pues, la mayor parte de la reserva se replegó sobre Lima sin disparar un tiro.

Cuando la batalla estaba a punto de terminarse, i cuando desaparecia la luz del dia, llegaba de Lima por la vía férrea un tren de carros blindados. Conducian éstos tropas de refresco con cañones i ametralladoras que hacian fuego desde las plataformas. Este refuerzo alcanzó a llegar hasta cerca del pueblo de Miraflores; pero el coronel Lagos, que se encontraba allí, tomó en el acto sus disposiciones para rechazar este último i desesperado ataque. Algunos de sus cañones rompieron de frente el fuego sobre el tren. Al mismo tiempo mandó que unas cuantas compañías de infantería corrieran a colocarse por sus flancos para impedir que los asaltantes pudieran bajar de los carros que ocupaban. A la vista de esta

resistencia, el tren de carros blindados se volvió precipitadamente a Lima, como lo habia hecho en la batalla de Chorrillos. Así, pues, esta máquina de guerra, en que se habian fundado tantas esperanzas, no sirvió de nada en toda la campaña.

La victoria de Miraflores costaba al ejército chileno dolorosas pérdidas, 499 muertos i 1,625 heridos, pertenecientes casi en su totalidad a las divisiones tercera i primera, que eran las que habian tomado parte principal en la batalla. Figuraban entre los muertos algunos oficiales de distincion, el coronel don Juan Martínez, que habia hecho con gran lustre toda la campaña al mando del rejimiento movilizado de Atacama, i el comandante don José María Marchant, que cayó peleando valientemente al frente de sus soldados.

Pero estas pérdidas, por dolorosas que fuesen, estaban indemnizadas de sobra con el resultado de la jornada. El ejército de Chile, atacado por sorpresa i durante un armisticio, habia revelado mas que en ninguna otra ocasion, su solidez i su disciplina, i convirtió en la mas espléndida victoria una batalla que segun todos los antecedentes, debió haber sido una desastrosa derrota. Aun puede decirse que jamas victoria alguna fué mas absoluta i decisiva. El ejército derrotado, como vamos a verlo, desapareció por completo, i para no volver a juntarse mas. Dejaba en el campo de batalla mas de dos mil muertos i heridos ⁶, un considerable número de pri-

6. No sabemos qué circunstancia dió oríjen a que en los dias subsiguientes a estas batallas se contara que en el ejército peruano servia un batallon de voluntarios italianos, i que este cuerpo habia sido pasado a cuchillo por los soldados chilenos durante el combate, segun unos, despues de la victoria, segun otros. Esta noticia fué publicada en algunos diarios de Chile, i transmitida por el telégrafo a Buenos Aires donde los residentes italianos son mui numerosos. Indignados éstos por la matanza de sus compatriotas, celebraron una reunion para protestar contra la supuesta barbarie de los chilenos. El ministro plenipotenciario del Perú aprovechó esta ocasion para pronunciar un discurso lleno de los insultos mas atrabiliarios contra Chile i los chilenos. Luego se supo que no habia habido tal cuerpo de voluntarios italianos, i que por tanto la matanza de que se hablaba, i con que se habia hecho tanto ruido en la prensa i en los meetings, era una pura invencion esplotada por los agentes del Perú para buscar simpatías a su causa.

sioneros, toda su artillería i gran parte de sus fusiles. Los fujitivos que salvaron de la derrota, aunque formaban la mayoría del ejército, i aunque la oscuridad de la noche, i las tapias que cerraban el campo en diversos sentidos no habian permitido perseguirlos tenazmente, corrian penetrados de que no habia posibilidad de oponer una nueva resistencia al ejército vencedor.

En Lima se esperaban con la mayor ansiedad las noticias de la batalla empeñada a las puertas de la ciudad. Los boletines que se repartian cada hora anunciaban los accidentes del combate, o mas bien de un combate imaginario, en que los chilenos perdian terreno i debian sufrir la mas espantosa derrota. A las tres de la tarde se publicaban como telegrama llegado de Miraflores las palabras siguientes: «Jeneral Baquedano prisionero. Todo va espléndidamente». Dos horas mas tarde se anunciaban con la firma de don Aurelio García i García, secretario jeneral de Piérola, los progresos de la imaginaria victoria en estos términos: «El batallon de marina rompió la línea enemiga. Paseó victorioso la quebrada de Barranco i volvió a su puesto. Triunfamos. Tres veces rechazado el enemigo, i la tercera en completo desórden, para no volver. Reserva espléndida».

Cuando se apagaban los fuegos del combate, muchas jentes que habian creido esos boletines de victoria, salieron de la capital a saludar a los vencedores, i a gozar de la satisfaccion del triunfo. Momentos mas tarde volvian envueltos en el desordenado torbellino de los fujitivos, i corrian a asilarse en las legaciones estranjeras, en los conventos i en otros lugares que, segun pensaban, respetaria el vencedor. Las tropas salvadas del desastre no obedecian a nadie. Dominadas por el terror, no pensaban mas que en buscar su salvacion en la fuga. No habria habido poder humano capaz de darles aliento i cohesion, ni siquiera para retirarse en cuerpos ordenados.

Piérola llegó tambien a Lima a las siete de la noche. Abandonaba el campo de batalla en la mas espantosa confusion, en medio del desordenado tropel de fujitivos que no reconocian a sus jefes ni obedecian a la voz de nadie. Aunque el jefe

supremo del Perú hubiese estado dotado de talentos militares, de que carecia por completo, habria tenido que renunciar a todo proyecto de una tercera resistencia. El mismo ha referido en el documento que hemos citado anteriormente, la imposibilidad en que se halló de organizar la defensa de la capital.

«Preparada tenia yo ciertamente i mui de antemano, dice allí, una tercera línea de combate con el apoyo de San Cristóbal, San Bartolomé, el Pino i la plaza del Callao. Pero tal propósito se fundaba en el natural supuesto de que en las dos anteriores líneas de Chorrillos i Miraflores (en el desgraciado, aunque de todo punto inesperado caso, de ser en ellas vencidos) nos quedasen fuerzas suficientes para obrar con ellas sobre los restos del ejército vencedor, sea que éste se decidiese a acometer el Callao, sea que prefiriese estacionar en el llano su artillería para bombardear la capital. Semejante caso se hizo evidentemente impracticable por la calidad i estado de nuestras tropas. . . La dolorosa esperiencia de las batallas del 13 i del 15, batallas que no se perderian en parte alguna del mundo, i el estado de las fuerzas que quedaban en la noche del 15, no permitian pensar en una nueva resistencia.» Para ser completamente exacto, Piérola debió decir que si él o algun otro jefe hubiera querido defender a Lima, no habria encontrado oficiales ni soldados que le obedeciesen: tan grandes eran el desórden i el desaliento que reinaban en la ciudad, i tan espantosa i absoluta la desorganizacion de su ejército.

Refiere ademas Piérola en aquella carta que esa misma noche tomó muchas medidas para el desarme de sus tropas, para la destruccion de los buques que estaban en el Callao, i de las fortificaciones de esta plaza i de Lima, i para la conduccion de armas al interior. La verdad es que el dictador solo permaneció cuatro horas en la capital; i que era tal el desórden i el desbarajuste que existia alrededor de él, que ni siquiera pudo recojer su correspondencia, ni los archivos públicos llenos de documentos secretos i mui comprometentes, que dejó abandonados i que cayeron en manos del vencedor. A las once de la noche salia de la capital acompañado por

mas de doscientas personas, casi todos empleados civiles i militares, i se dirijia a caballo a Canta para buscar un asilo en la sierra. Detras de él quedaban Lima i el Callao abandonados al enemigo, i mas aun que al enemigo, a un populacho desenfrenado cuyas malas pasiones exitadas por la prensa de la dictadura, iban a dar al Perú dias de lágrimas i de vergüenza.

Esa misma noche, i a las mismas horas, el jeneral Baquedano despachaba a Lima un emisario con pliegos para el decano del cuerpo diplomático. Anunciábale que la ruptura del armisticio por el ejército peruano lo desligaba de todo compromiso contraido en favor de la capital, i le devolvía su libertad de accion para proceder rigurosamente contra ella. En esta virtud, principiaria en poco tiempo mas el bombardeo de la ciudad hasta obtener su rendicion incondicional. Pero ántes que esta comunicacion llegara a su destino, el cuerpo diplomático residente en Lima pedia al jeneral chileno una nueva conferencia para tratar de la suerte de la capital. Accediendo a esta peticion, el jeneral Baquedano acordó que la entrevista tuviéra lugar el 16 de enero a las doce del dia, en el cuartel jeneral del ejército chileno, situado en los alrededores de Chorrillos.

Poco mas tarde de la hora fijada, se presentaron en el campamento los ministros plenipotenciarios de Francia i de Inglaterra, los almirantes de esas dos naciones, i el jefe de la estacion naval italiana, todos los cuales acompañaban a don Rufino Torrico, alcalde de la municipalidad de Lima. El jeneral Baquedano, por su parte, tenia a su lado al ministro de guerra don José Francisco Vergara i al secretario jeneral de ejército don Euljio Altamirano. La conferencia, celebrada con toda dignidad, sin cargos ni recriminaciones de ninguna clase, condujo en poco tiempo a una solucion definitiva.

El alcalde Torrico comenzó por esponer que la ciudad de Lima no se hallaba en estado de defenderse, que sus habitantes estaban convencidos de la inutilidad de cualquiera resistencia, i que en representacion de ellos venia a tratar de su entrega al jeneral vencedor. Pedia solo el plazo de veinticu-

tro horas para efectuar el desarme de los últimos restos del ejército peruano. El jeneral Baquedano concedió ese plazo, declarando que tomara posesion de la ciudad sin someterse a ninguna condicion, pero que cuidaria de hacer conservar el orden por medio de las tropas que la ocupasen. Esta estipulacion fué consignada en el acta que se levantó en el mismo dia 7. El alcalde Torrico, ademas, ofreció interponer su influencia personal cerca de la autoridad militar del Callao, a fin de impedir una resistencia que no podria conducir a otro resultado que a una inútil efusion de sangre.

Pero, desgraciadamente la entrega de aquellas dos ciudades no pudo efectuarse sin que desórdenes mucho mas terribles que los mismos combates hubieran ensangrentado sus calles. Despues de la derrota, algunos cuerpos del ejército peruano habian depuesto las armas; pero otros se habian dispersado con sus fusiles, en Lima i en sus alrededores, cometiendo en todas partes algunas depredaciones. En la capital i en el Callao, los soldados se quejaban de sus jefes acusándolos de cobardía; i repitiendo en todas partes que en esta desastrosa guerra solo el pueblo pobre se habia mostrado resuelto a sacrificarlo todo por la defensa de la patria. Las personas acaudaladas, se decia, se habian sustraído al servicio

7. Hé aquí el acta en que se estipuló la entrega incondicional de Lima:

«En el cuartel jeneral del ejército chileno en Chorrillos, se presentaron el 16 de enero de 1881, a las dos de la tarde, el señor don Rufino Torrico, alcalde municipal de Lima; S. E. el señor de Vorges, enviado extraordinario i ministro plenipotenciario de Francia; S. E. el señor Spencer St. John, ministro residente de su Majestad Británica; el señor Stirling, almirante británico; el señor Du Petit Thouars, almirante frances, i el señor Sabrano, comandante de las fuerzas navales italianas.

«El señor Torrico hizo presente que el vecindario de Lima, convencido de la inutilidad de la resistencia de la plaza, le habia comisionado para entenderse con el señor jeneral en jefe del ejército chileno respecto de su entrega.

«El señor jeneral Baquedano manifestó que dicha entrega debia ser incondicional en el plazo de 24 horas pedido por el señor Torrico para desarmar las fuerzas que aun quedaban organizadas. Agregó que la ciudad seria ocupada por fuerzas escojidas para conservar el orden.—(Firmados).—*Manuel Baquedano*.—*R. Torrico*.—*E. de Vorges*.—*J. F. Vergara*.—*B. du Petit Thouars*.—*Spencer St. John*.—*E. Altamirano*.—*J. Sabrano*.—*J. H. Stirling*.—*M. R. Lira*, secretario».

militar, habian huido cobardemente, i habian negado a la causa de la defensa nacional el concurso de sus tesoros mal habidos. Era aquel el fruto natural de la propaganda insensata que los escritores de la dictadura peruana habian hecho contra las jentes de fortuna que, como hemos dicho ántes, no formaban en las filas del partido que apoyaba a Piérola.

«Al caer la tarde del 16 de enero, pudo presajarse la tormenta que iba a desatarse sobre Lima. Grupos siniestros comenzaban a recorrer las calles, amenazando a los transeuntes i enrostrando a todos, los sacrificios que habian hecho por el Perú.

«Alentados mas tarde por el licor que les daban sus cabe-cillas, i sobre todo por la seguridad de quedar impunes, pues las autoridades habian desaparecido dejando a la ciudad abandonada a sus propios esfuerzos, el desórden no tuvo ya barrera alguna durante toda esa noche del 16 al 17.

«Protestando tener hambre, se lanzaron sobre las tiendas de víveres de los inermes asiáticos: las puertas fueron violadas a disparos de rifle o despedazadas a hachazos, saqueadas i por último entregadas al fuego.

«De ahí pasaron a los grandes i valiosos almacenes que acumulaban las joyas, telas i demas obras primorosas de manufactura china, los cuales fueron robados i quemados como aquéllos.

«Del numeroso comercio de esta nacion no han quedado en Lima mas que rastros humeantes i ensangrentados, porque al robo i al incendio se agregó necesariamente el asesinato de los infelices que intentaron salvar sus propiedades. Cálculase que no ménos de trescientos asiáticos fueron inmolidos en las calles de la ciudad i en las chacras circunvecinas.

«Uno de los mas acaudalados comerciantes chinos, cuando vió que sus almacenes ardian, hizo sellar sus libros de negocio en la legacion inglesa, i hoi prueba que ha sido víctima de una pérdida de ciento cuarenta mil libras esterlinas.

«Las calles de Bodegones, Melchormalo, Palacio, Polvos Azules, Zavala, Capon, Albaquitas, Hoyos i casi todas las

que quedan abajo del Puente, fueron otros tantos teatros de estas escenas de horror i desolacion.

«En esta última parte de la ciudad, no solo fueron asaltados i saqueados los almacenes asiáticos, sino tambien los de algunos italianos. En uno de ellos, perteneciente a súbdito de esta última nacionalidad, se encontró el cadáver de su dueño en la puerta del almacén.

«La luz del sol del día 17 vino a alumbrar tantos i tan funestos cuadros.

«La cuadra de Palacio se hallaba sembrada de cadáveres, lo mismo que la de Polvos Azules, i las demás invadidas; pero en donde había campeado el crimen bajo todas sus faces, había sido en Hoyos, Albaquitas i abajo del Puente, en donde las turbas habían destrozado lo que no podían poseer.

«A las primeras horas del día acudieron las bombas a los lugares incendiados con el fin de extinguir el fuego; pero las turbas comunistas, se oponían a viva fuerza a permitir que las bombas funcionasen.

«Tan nutrido era el fuego que hacían sobre el cuerpo de bomberos, que éste tuvo que abandonar el campo para salvar la vida, i entónces trataron de incendiar las bombas, logrando su intento con algunos carros.

«Un bombero fué herido por bala de rifle.

«Las colonias extranjeras que constituyen la guardia urbana de bomberos i salvadores neutrales, en vista de tantos crímenes i de que sus autores trataban de continuar su infame tarea de desolacion, asumieron en la mañana del 17 una actitud enérgica. Solicitaron armas i municiones, que el señor alcalde municipal don Rufino Torrico se encargó de proporcionarlas, e inmediatamente formaron algunas patrullas, que partieron a los lugares invadidos a disipar los grupos apostados en las calles, logrando contener la sangrienta bacanal que declinaba tambien por la fatiga del sueño i la embriaguez.

«Las colonias francesas, norte-americana, inglesa, española, suiza, colombiana i ecuatoriana, se distinguieron en este servicio, trabajando desde las cinco de la mañana, especialmente en el lugar mas peligroso, la calle de Hoyos, en donde

las turbas se habian reconcentrado, tanto por ser éste el lugar mas apartado del centro de la ciudad como por existir allí muchos establecimientos de asiáticos.

«Se calcula en cerca de un millon de soles el valor de los edificios destruidos, i en mas de cinco las especies robadas; pues solo del almacen del asiático Kin-Ton han desaparecido mas de dos millones en joyas i otros valores ^{8.}»

A la misma hora tenian lugar en el Callao escenas semejantes o talvez mas deplorables. Despues de la salida de las tropas que guarnecian este puerto, para concurrir al campamento de Miraflores, el Callao no tenia casi soldados para su defensa, i apénas habian vuelto unos pocos despues de la derrota. Pero el populacho, devorado por los mismos odios que los tumultuosos de Lima, estaba listo para ejecutar actos análogos.

En la tarde del 16 de enero, centenares de hombres, mujeres i niños, «armados hasta los dientes», segun la espresion de un periódico ingles de Lima, recorria las calles a los gritos de ¡viva el Perú! desarrajando con hachas i con sus fusiles las puertas de las tiendas i almacenes, i dejándolos enteramente vacíos. En medio de este desórden, se oia el estampido de las esplosiones de las minas con que se pretendia hacer saltar los fuertes i las baterías. El populacho prendió fuego a los buques peruanos que estaban dentro del muelle dársena, i el incendio duró toda la noche alumbrando aquel cuadro de horror ^{9.} Algunos marinos de esos buques se apoderaron de las embarcaciones menores, i pretendieron salir del puerto; pero atajados por las naves chilenas que lo bloqueaban, se entregaron prisioneros, prefiriendo sin duda esta suerte a las que podia haberles en tierra.

8. Copio esta relacion del impreso titulado *La campaña del ejército chileno en Lima*, citado anteriormente. No conozco ninguna descripcion mas completa de estos sangrientos disturbios en la capital del Perú.

9. Piérola ha contado, en la carta que hemos citado mas arriba, que ántes de partir de Lima en la noche del 15 de enero, él dió orden de quemar los buques de guerra que quedaban al Perú, si no era posible hacerlos salir del puerto. Creemos que esta aseveracion es, como ya dijimos, completamente falsa, i que los buques fueron quemados por el populacho del Callao sin orden alguna.

En efecto, las turbas amotinadas no se detenían ante ningún crimen; i del saqueo de los almacenes i pulperías habían pasado al asesinato de sus propietarios, chinos e italianos, en su mayor parte. Las calles i plazas mas comerciales de la ciudad fueron el teatro de estos atentados que se continuaron toda la noche i todo el día siguiente, sin que nadie pudiera refrenarlos. Muchos extranjeros habían logrado huir de la población para poner a salvo sus personas. Otros se habían ocultado felizmente; pero cuando vieron que el desorden tomaba mayores proporciones todavía, que los muertos se contaban por centenares, i que los asesinos, enajenados por la ebriedad, se preparaban para cometer nuevos atentados, se reunieron i formaron un cuerpo de guardia urbana para la protección de la vida i de las propiedades «puesto peligroso a la verdad, dice el periódico citado, i que desgraciadamente le costó la pérdida de un gran número de vidas; pero ese cuerpo produjo el efecto deseado de reprimir los robos i asesinatos que aun se cometían en la noche del día 17»¹⁰. Aunque hasta ahora no se han referido los pormenores de estos motines, se sabe que el del Callao fué mas sangriento i desastroso que el de Lima.

El jeneral Baquedano tuvo el 17 de enero noticia, por una nota del alcalde Torrico, de las tristes ocurrencias de esta última ciudad. «A mi llegada ayer a esta capital, decia ese funcionario, encontré que gran parte de las tropas se habían disuelto, i que había un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no había sido posible recojer. La guardia urbana no estaba organizada todavía i no se ha organizado ni armado hasta este momento. La consecuencia, pues, ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados i armados, han atacado las propiedades i vidas de gran número

10. Los desórdenes de Lima i el Callao, i sobre todo estos últimos, no han sido prolijamente referidos en todos sus pormenores, así es que ni siquiera se puede decir a cuánto ascendió el número de las víctimas de esos vergonzosos motines. El periódico inglés de Lima *The South Pacific Times* de 26 de enero, publicó una rápida reseña de las ocurrencias del Callao, i de allí hemos tomado las pocas noticias que consignamos en el testo.

ro de ciudadanos, causando pérdidas sensibles con motivo de los incendios i robos consumados. En estas condiciones, creo de mi deber hacerlo presente a V. E. para que, apreciando la situacion, se digne disponer lo que juzgue convenientes.

No fué posible demorar por mas tiempo la ocupacion de Lima. En el momento mismo, el jeneral Baquedano organizó una division de cuatro mil hombres, que puso bajo las órdenes del inspector jeneral de ejército don Cornelio Saavedra, con encargo de marchar inmediatamente sobre la capital. A las cuatro de la tarde del 17 de enero, la division del jeneral Saavedra penetraba en columna por las calles de Lima, en medio del mas profundo silencio. Millares de espectadores contemplaban desde los balcones i ventanas, desde las bocas calles i portales, el desfile de las tropas chilenas. Muchas personas temian que despues de haber salvado sus vidas i propiedades de la ferocidad de las turbas insurreccionadas, iban a ser víctimas de las matanzas i del saqueo por una soldadesca que la prensa de Lima habia pintado desde veinte meses atras como rebelde a toda disciplina, al mismo tiempo que rapaz i sanguinaria. Un gran número de vecinos de la capital habia puesto en el frente de sus casas grandes inscripciones para espresar que eran propiedades de neutrales, creyendo salvarlas así del anunciado saqueo de las tropas invasoras.

Sin embargo, la division chilena avanzaba en el mayor orden, i llegó a la plaza central de la ciudad sin lanzar un solo grito de victoria. Allí desfiló delante del jeneral Saavedra; i en seguida, cada cuerpo fué tranquilamente a hospedarse en el cuartel que se le habia designado. Un batallon de infantería, compuesto de antiguos policiales de Santiago, tomó a su cargo la custodia de la ciudad; i desde esa noche mantuvo el orden mas imperturbable en toda ella. Los revolucionarios del dia anterior, que en medio del desenfreno, del saqueo i de los asesinatos, gritaban ¡guerra sin cuartel a los chilenos! habian desaparecido. Lima, bajo la proteccion de las armas extranjeras, pudo gozar de una tranquilidad de que no habia disfrutado desde muchos meses atras.

Uno de los primeros cuidados del nuevo jefe de policía fué

recojer en cuanto era posible las especies robadas en las horas de saqueo del día 16. Esas especies fueron depositadas cuidadosamente; i el 19 de enero se publicaba por órden de la autoridad el siguiente aviso:

«En el cuartel que ocupa el batallon «Búlnes» (edificio de la Prefectura), se encuentran las especies que se están recojiendo, i que proceden de los robos perpetrados ántes que el ejército chileno tomara posesion de esta capital. Las personas interesadas pueden reclamar ante el señor comandante de dicho cuerpo don José Echeverría.» La poblacion de Lima pudo comprender desde entónces que los soldados chilenos no eran los bandidos de que hablaba la prensa peruana.

El pueblo del Callao necesitaba igualmente la proteccion de los soldados chilenos para recobrar su paz perdida. El 18 de enero entró allí la primera division del ejército vencedor. El coronel Lynch tomó el mando de la ciudad sin hallar la menor resistencia. Los habitantes que en los dias anteriores habian huido de la poblacion para salvarse del cuchillo de las turbas amotinadas, volvieron a sus casas, i contribuyeron al restablecimiento del órden. El coronel Lynch, al paso que aseguraba la confianza de las personas honradas, hizo apresar a los malhechores mas comprometidos en los asesinatos que habian ensangrentado esa ciudad, estableció fuerzas de policia i afianzó definitivamente la tranquilidad en la poblacion.

Los alrededores de Lima estaban llenos de jentes que habian abandonado sus casas en los dias anteriores, i que no querian volver a ellas aun despues de la ocupacion chilena, temiendo los atropellos i ultrajes de las tropas que se les habian pintado animadas por las peores pasiones. El pueblo de Ancon servia de asilo a mas de cinco mil personas, mujeres i niños casi en su totalidad, que vivian hacinadas en estrechas habitaciones, o en los arenales de la playa. De los buques de guerra neutrales fondeados en el puerto, se les suministraban algunos alimentos, i habian bajado varios piquetes de tropa para servir de salvaguardia de esas infelices familias, contra las turbas amotinadas de Lima, que, segun se temia, podian

llegar a esos lugares. El ministro de guerra don José Francisco Vergara llegó allí el 19 de enero, colocó una corta guarnición de soldados chilenos, e hizo demostrar a los fujitivos la conveniencia de volver a la ciudad, donde seguirían viviendo en la mas completa tranquilidad. En el mismo dia comenzaron a regresar a Lima. Allí encontraron que el órden estaba restablecido, i que los comerciantes abrian sus almacenes i sus tiendas como en los tiempos de la mas perfecta paz.

Miéntras tanto, el numeroso ejército peruano que se habia organizado para la defensa de Lima habia desaparecido por completo. El 18 de enero no habrian podido reunirse cien hombres armados en ninguna parte de aquellos alrededores. Los reservistas habian vuelto a sus ocupaciones ordinarias, i los soldados del ejército activo se habian dispersado para no reunirse mas. Muchos de ellos habian tomado el camino de las provincias de donde los habia sacado la guerra; i las noticias que llegaban a Lima dejaban ver los robos i depredaciones que esos dispersos iban cometiendo por los lugares de su tránsito.

Quedaban también muchas armas en manos de particulares. Ellas podian ser no la base de una resistencia, que ya habia llegado a ser imposible, sino la causa de algunos desórdenes. El jeneral Saavedra en Lima, i el coronel Lynch en el Callao dispusieron que en el término de dos dias se entregaran esas armas a las autoridades chilenas, i conminaron con la pena de muerte a todos los individuos que cometiesen actos de depredacion o de violencia. En Lima i en el Callao residian muchos oficiales i soldados que habian servido en el ejército del Perú i que habian tomado parte en la última campaña. Las autoridades chilenas, dejaron salir libremente al extranjero a los pocos individuos que solicitaron este permiso. Los restantes debian quedar en completa libertad despues de firmar en la prefectura el compromiso de «no volver a tomar las armas contra Chile en la presente guerra». Todo el mundo creia entónces que era ya imposible organizar el menor conato de resistencia en todo el Perú. Así se comprenderá que el registro abierto en la prefectura se cubrió ántes

de doce días con la firma de cinco jenerales, de nóventa i cuatro coroneles, de sesenta i cinco tenientes coroneles, de cerca de quinientos oficiales i de un número casi incalculable de soldados. El gobierno de Chile, por su parte, devolvió la libertad a todos los prisioneros que querian hacer igual declaracion, o que solo pretendian volver al Perú a residir en las ciudades o provincias ocupadas por el ejército chileno.

Al mismo tiempo, los ingenieros militares fueron encargados de desarmar las minas de dinamita i de recoger las bombas automáticas que quedaban enterradas cerca de las fortificaciones, sin haber hecho esplosion durante las batallas. Esas máquinas de guerra eran un peligro para los transeuntes. Así, una de esas bombas habia causado la muerte de un médico peruano que viajaba a Chorrillos. En el Callao, un torpedo colocado en el mar a poca distancia de la playa, mató a unos cuantos individuos que se bañaban en ese lugar. Después de algunos días de trabajo, desapareció todo motivo de inquietud por esta causa.

Estas medidas contribuyeron a restablecer la confianza en las ciudades de Lima i el Callao. Suspendido el bloqueo de este puerto, i abierta su aduana bajo la administracion de empleados chilenos, el comercio, paralizado por la guerra desde nueve meses atras, principió a renacer, aunque bajo el peso de una crisis horrible porque atravesaba el país desde algunos años atras i que la guerra habia reagrado.

Tal fué el resultado de esta campaña dirigida con tanto acierto i ejecutada con tanta rapidez i con tanta decision. Un mes después del desembarco de los chilenos en Curayaco, los ejércitos peruanos que defendian a Lima i al Callao habian sido destruidos i dispersados por completo; i la paz i el órden reinaban en esas poblaciones bajo la dominacion de los vencedores. El jeneral Baquedano, en su parte oficial, después de hacer la historia clara i compendiosa de toda la campaña, sin vanidad i sin baladronadas de ningun jénero resume en los términos que siguen las dificultades vencidas i las ventajas alcanzadas.

«No es fácil apreciar todavía el esfuerzo i la virilidad que

ha debido desplegar el ejército de mi mando para consumir esta obra. En mas de seis meses de preparacion, el gobierno del Perú, poderosamente auxiliado por la nacion entera, acumuló en torno de su capital i para su defensa todos los elementos necesarios para una resistencia tenaz, desesperada i suprema. Reunió un ejército numeroso, lo proveyó de armas escogidas, lo disciplinó i logró inculcarle el sentimiento de los grandes deberes que impone la patria cuando está sometida a la prueba de la desgracia. Rodeó a Lima con un doble cordon de fortalezas, aprovechando las defensas naturales del suelo i utilizando todos los inventos del arte de la guerra. Artilló todas las alturas i puso sus cañones i sus soldados al abrigo de sólidos parapetos. En los pasos que los cerros dejaban, abrió fosos i construyó trincheras. Sembró todos los caminos, todos los pasos accesibles, todos los lugares próximos a las aguadas, todas las posiciones que pudieran servir al enemigo, de minas automáticas que en ninguna parte permitiesen asentar los piés con seguridad. En una palabra, rodeó a Lima de fortificaciones formidables, i logró inspirar fe en la victoria, duplicando de ese modo las fuerzas de su ejército.

«Basta, pues, conocer los elementos con que contaba para su defensa la capital del Perú, para estimar debidamente la grandeza del resultado obtenido. I hai aun que tener en cuenta que las posiciones de Chorrillos i los reductos de Miraflores han sido tomados por un ejército inferior al enemigo en número, despues de marchas fatigosas i de dos batallas sucesivas, sin tener tropas de refresco que presentar en el segundo combate.

«El éxito ha sido completo. Del gran ejército enemigo no quedaron organizados, despues de Miraflores, mas de tres mil hombres, i éstos se dispersaron, habiendo rendido previamente sus armas. Por consiguiente, ese ejército desapareció no sin haber sufrido mas de doce mil bajas.

«En nuestro poder dejó un inmenso material de guerra. Nos hemos apoderado de doscientos veintidos cañones: en el Callao, de cincuenta i siete, desde el calibre de a mil hasta el de doscientas cincuenta; en los dos campos de batalla, de

cuarenta i uno, desde el calibre de seiscientos hasta el de treinta i dos; i de ciento veinticuatro piezas de campaña i de montaña, comprendidas en éstas diecinueve ametralladoras. Tenemos tambien recojidos hasta la fecha cerca de quince mil rifles de diversos sistemas, mas de cuatro millones de tiros i una buena cantidad de pólvora i de dinamita. Agregaré a esto que el poder naval del Perú ha desaparecido tan completamente que no le queda ya en el mar ni el mas pequeño falucho.»

Estas pocas líneas resúmen toda la historia de la campaña que acabamos de contar.





CAPITULO XI

Conclusion

Providencias gubernativas dictadas por Piérola en Canta.—Cont inua su fuga al otro lado de los Andes.—Su entrada solemne a Jauja.—El pueblo de Concepcion lo proclama jeneral.—Estado social i aislamiento de los pueblos del interior del Perú.—El almirante Montero en los departamentos del norte.—Se ve obligado a fugar de Trujillo.—Piérola propone iniciar negociaciones de paz con Chile.—Los representantes de Chile en Lima se niegan a tratar con él.—Creacion de un gobierno provisorio en Lima.—Piérola se niega a reconocerlo.—Convoca por su parte un congreso.—Instalacion del gobierno provisorio.—El ejército de Arequipa desconoce este gobierno.—El prefecto de este departamento declara traidores a la patria al gobierno de Lima i a los que reconozcan sus autoridades.—Anarquía i desórden en el Perú.—Piérola tiene que abandonar a Jauja huyendo de una division chilena.—Bolivia.—Actitud de Chile.—Conclusion.

La batalla de Miraflores habia puesto fin al poder militar del Perú. Razonablemente no se podia esperar que fuese posible organizar un simulacro de resistencia al ejército vencedor, i en efecto todo hacia creer que la paz se firmaria en mui poco tiempo mas. Sin embargo, la desorganizacion del Perú, las ambiciones de sus caudillos, la ausencia casi jeneral del verdadero sentimiento de patriotismo, han retardado el término de una situacion anormal i ruinoso para ese pais.

Dijimos en el capítulo anterior que en la noche del 15 de enero, cuatro horas después de consumada la derrota i la dispersion de su ejército, el dictador Piérola fugaba de Lima i se dirijia a la sierra. Esperando que se le reunieran en Canta los restos dispersos de sus tropas, desde el día siguiente de la derrota, comenzó a dictar mil providencias que mas que a alargar la resistencia, tendian a perpetuar en sus manos el mando supremo. Declaró que la capital del Perú i el asiento del gobierno seria el lugar en que él se hallase. Nombró secretario jeneral de la dictadura, encargado de todos los ministerios, al capitán de navío don Aurelio García i García. Dió al coronel don Juan Martín Echeñique el título de jefe superior i político de los departamentos del centro; i despachó al norte con un carácter análogo al contra-almirante don Lisardo Montero. Las otras providencias dictadas en Canta, tenían por objeto imponer contribuciones en esas localidades para atender a los gastos de la dictadura.

Desde allí dirijió también al cuerpo diplomático de Lima i a las autoridades eclesiásticas i judiciales de esa capital, las notas en que anunciaba la subsistencia de su gobierno.

Aunque el pequeño pueblo de Canta ¹ está situado en las fragosidades de la sierra i rodeado de montañas que habrían hecho muy difícil la marcha de las tropas que hubieran pretendido perseguir a los fujitivos, Piérola no se creyó seguro en ese lugar. El 22 de enero emprendia de nuevo la retirada, i trasmontando la cadena principal de los Andes, se internaba en el departamento de Junín, instalándose durante algunos días en el pueblo de Tarma, desde donde lanzó nuevos decretos sobre contribuciones. Con fecha de 27 de enero nombró allí prefecto de Lima, al coronel don José Agustín Beldoya, nombramiento irrisorio que no tenía mas objeto que ocultar los desastres de la última campaña a las poblaciones del otro lado de la cordillera. Por fin, de Tarma se dirijió el

1. Canta es la capital de la provincia del mismo nombre, una de las seis que forman el departamento de Lima. La población de esta provincia es de 16,653 habitantes, casi todos indios.

31 de enero a la ciudad de Jauja, donde fué recibido por el clero de la provincia con los honores de vencedor.

En Jauja encontró Piérola una pequeña imprenta que le sirvió para hacer publicar un periódico con los decretos que dictaba cada día. El primer número de ese periódico contiene la descripción de la entrada triunfal del dictador narrada en los términos siguientes:

«Gran número de personas a caballo salió a recibirlo a dos leguas de distancia sobre el camino, en donde el pueblo con música, vítores i flores se precipitaba a su encuentro. La ciudad se hallaba engalanada i materialmente cubiertos sus afueras, plazas, calles i balcones por todos sus habitantes, haciendo su trayecto bajo una verdadera lluvia de flores. Al llegar a la plaza principal, el clero de la provincia, teniendo a su cabeza al ilustrísimo señor arzobispo de Berito, revestido con el traje de ceremonia, esperaba a S. E. el jefe supremo, al secretario jeneral don Aurelio García i García, al jefe político militar de los departamentos del centro, coronel don Juan Martin Echeñique, i a las demas personas de su comitiva, en el átrio del templo principal. Habiendo llegado a él, el ilustrísimo señor Valle, con palabras tiernas i elocuentes, pronunció una alocucion, que sentimos no poder reproducir, pero que revelaba la complacencia de todos, i especialmente del clero, por la presencia de S. E. en ella, i por su hermosa conducta ántes i despues de las batallas últimamente libradas.»

Pocos dias despues recibia Piérola otra ovacion de un carácter análogo en un pueblo vecino.

Los habitantes de Concepcion, una pequeña aldea de la sierra, reunidos para deliberar sobre la situacion del país, acordaron el 14 de febrero declarar nulos todos los actos ejecutados por el jeneral del ejército chileno, i traidores a la patria a los peruanos que se sometieran a su autoridad; i conferir el grado de jeneral «al coronel don Nicolas de Piérola por su digno comportamiento en las batallas de Chorrillos i Miraflores», dándole ademas un voto especial de confianza.

No se comprende el entusiasmo con que despues de las es-

panteras derrotas de enero, era recibido Piérola en las provincias del otro lado de la sierra, sino conociendo el estado social de aquellas poblaciones. Indios sencillos e ignorantes, que ni siquiera entienden el idioma castellano, forman la gran mayoría de sus habitantes. Viven en aquella rejion como vivian hacen dos siglos, completamente estraños al movimiento político i a los sucesos que se desenvuelven en las provincias de la costa, con la cual tienen hasta ahora mui escasas comunicaciones. Esos pueblos, gobernados absolutamente por el alcalde i por el cura, como en los mejores tiempos de la colonia, parecian creados espresamente para dar ante los ojos del estranjero que no conoce esas provincias mas que de nombre, las apariencias de brillo i de prestigio al poder de Piérola, que a su título de jefe supremo habia añadido el de protector de la raza indijena. Agréguese a esto que la topografía de aquella rejion, las ásperas montañas que la cortan en todos sentidos, hacen mui difíciles las comunicaciones, i mas aun los movimientos de tropas; de tal suerte que Piérola podia estar mas o ménos seguro de que allí no seria atacado. A fin de conservar intacto su poder en aquellos lugares, el dictador ademas tomó las mas oportunas medidas para incomunicarlos con las provincias de la costa i para impedir que llegasen diarios i correspondencias de Lima, en que se contase la verdad acerca de los grandes desastres del Perú.

Pero al mismo tiempo, le era imposible intentar empresa alguna sobre las provincias situadas al occidente de los Andes. El coronel Bedoya, nombrado prefecto de Lima, se guardó bien de acercarse a la ciudad en que debia establecer su gobierno. El coronel Echeñique, nombrado jefe político i militar de las provincias del centro, permaneció al otro lado de los Andes; i las montoneras que se armaron en la sierra del departamento de Lima, fueron destrozadas en breve por un cuerpo de caballería chilena.

Solo el contra-almirante Montero habia llegado al territorio que se le encargaba gobernar. Saliendo de Canta el 20 de enero, i recorriendo las montañas en compañía de algunos oficiales i soldados, llegó hasta el departamento de la Liber-

tad, recojió los pocos fondos que halló en las tesorerías del estado, e impuso contribuciones de guerra a Trujillo i a varios otros pueblos. Aunque llevaba el propósito de establecerse en esa rejion i de organizar allí algunos cuerpos de tropa no logró realizar su intento, i tuvo que correr pocos dias mas tarde en la mas desordenada fuga. Del Callao habia salido una pequeña division chilena mandada por el comandante don Aristides Martínez. Habiendo desembarcado ésta en el puerto de Chimbote sin encontrar una resistencia séria, Montero i los suyos no pudieron hacer otra cosa que emprender la fuga al interior llevándose el dinero recojido i los presos de las cárceles para formar montoneras al otro lado de las montañas. Aquellos departamentos se sometieron a las autoridades chilenas. Estas les devolvieron la paz i la tranquilidad, refrenando al populacho que habia comenzado a cometer saqueos i depredaciones análogos a los de Lima i el Callao.

Miéntras tanto, Piérola no podia dejar de conocer la verdad de su situacion. El dinero recojido por las contribuciones impuestas a los pueblos del interior, no bastaba en manera alguna para organizar la mas pequeña resistencia. Las colectas reunidas por los curas de esa rejion no eran mucho mas considerables. En la ciudad de Huánuco, capital del departamento de Junin, los vecinos comenzaban a comprender i a manifestar que los proyectos militares del dictador eran una simple locura que iba a imponer el sacrificio mas estéril a esas pobres poblaciones. En esta situacion, Piérola se determinó a entablar negociaciones de paz. Por encargo suyo, el ministro diplomático de la Gran Bretaña en Lima, preguntó a las autoridades chilenas que mandaban en esta ciudad, si estarian dispuestas a recibir al doctor don Manuel Irigóyen como plenipotenciario del dictador. El plan de éste era tratar la paz bajo el amparo i la mediacion del cuerpo diplomático estranjero, reanudando las negociaciones iniciadas en Miraflores, e interrumpidas por el mismo Piérola, mediante la violacion del armisticio i una batalla tan sangrienta como innecesaria. Los representantes de Chile contestaron negativamente a esta proposicion.

Piérola llegó a creer que esta negativa importaba solo el propósito de Chile de negociar la paz sin la intervencion de los representantes extranjeros. En su deseo de mantenerse en el poder, no desesperó de llegar a entenderse con el enemigo para abrir las negociaciones. Con fecha de 8 de febrero, nombró «plenipotenciarios para las negociaciones de paz que deben poner término a la guerra con Chile, en que se halla empeñada la república» a tres jurisconsultos peruanos residentes en Lima. Habiéndose negado uno de ellos a aceptar el cargo, Piérola, por decreto de 18 de febrero, limitó el nombramiento a los otros dos.

En esos momentos, la representacion del gobierno de Chile estaba desempeñada en Lima por el ministro de guerra don José Francisco Vergara i por el secretario jeneral de ejército don Euljio Altamirano. Estos funcionarios declararon perentoriamente, el 22 de febrero, a los representantes de Piérola, que el gobierno de Chile estaba resuelto a no entrar en negociaciones con él. Las razones de este terminante rechazo eran de dos órdenes diferentes. Por una parte, Piérola habia ostentado una arrogancia i una falsía tales en todas las tentativas de tratos diplomáticos, que era imposible negociar con él. Despues de violar el armisticio de Miraflores, Piérola habia dirigido al cuerpo diplomático de Lima una circular llena de todos los insultos contra Chile i su gobierno que la prensa peruana habia publicado cada dia desde el principio de la guerra. Por otra parte, el gobierno de Chile queria celebrar una paz sólida i estable, i para ello deseaba entenderse con un poder que fuese la representacion jenuina del pais, i no con una dictadura nacida de un motin de cuartel i desprestijiada por las últimas derrotas.

La opinion pública de Lima, o mas propiamente la opinion de las clases acomodadas i cultas de la capital, se habia mostrado, en efecto, sumamente hostil al mantenimiento de la dictadura. El mismo dia 22 de febrero, ciento catorce vecinos de los mas acaudalados i respetables de la ciudad, habian celebrado una reunion en que acordaron formar un gobierno provisorio del Perú, que seria sometido a la aprobacion de

las provincias. Este gobierno debía ser unipersonal, i aunque provisto de la suma del poder público que las circunstancias parecían exigir, estaría obligado a hacer cesar el régimen de la dictadura, a restablecer el sistema constitucional i a convocar un congreso que a la vez que sancionara el nuevo orden de cosas, resolviese lo conveniente respecto de la paz exterior. La asamblea designó por 104 votos como presidente provisorio del Perú, al doctor don Francisco García Calderon jurisconsulto distinguido i hombre de alta posición social por su fortuna i por su carácter. El primer propósito de éste era negociar una tregua que debía durar hasta la reunión del congreso.

Piérola recibió al mismo tiempo en Jauja la noticia de dos hechos que minaban su poder; la creación de un gobierno provisorio en Lima i la negativa de los representantes de Chile para tratar con él. El patriotismo le imponía el sagrado deber de resignarse a la suerte de los acontecimientos, sea renunciando definitiva i absolutamente el mando de que estaba investido, sea declarando que se sometería a las decisiones del congreso nacional que iba a reunirse por la iniciativa de los vecinos de Lima. Pero, cualquiera de estas resoluciones exigía de su parte un acto de desprendimiento; i ya que no le era posible reconquistar de lleno todo su antiguo poder, prefirió convertirse en obstáculo de todo pensamiento de reconstituir el Perú i de salvarlo del abismo a que tanto él como los gobiernos anteriores lo habían precipitado.

En esta resolución, espidió el 1.º de marzo una serie de notas i decretos que revelan la rabia i el despecho de que estaba dominado. En unas, protestaba enérgicamente de la conducta de los representantes de Chile, que desconocían su carácter de jefe supremo del Perú; en otras, mandaba a los jefes políticos i militares sometidos a su dependencia, que negasen su obediencia al gobierno provisorio que acababa de crearse en Lima. Por un decreto de la misma fecha, convocaba una asamblea de diputados provinciales que debía reunirse el 6 de junio siguiente en el lugar que él designase. Poco después fué señalada para este objeto la ciudad de Huánuco.

Entre tanto, en Lima i en el Callao se aumentaban las adhesiones a la idea de fundar un gobierno provisorio. El 12 de marzo instalóse éste en el pueblo de Magdalena, que no estaba ocupado por las fuerzas chilenas. En medio de una sencilla ceremonia, García Calderon prestó el juramento de estilo, i pronunció un breve discurso en que recordando los desastres sufridos por el Perú i la gravedad de las circunstancias porque atravesaba el país añadía que no debía desalentar a los buenos patriotas este triste espectáculo, porque aun era tiempo de conjurar la tormenta buscando en la paz i el trabajo el remedio contra aquella situación. García Calderon organizó su ministerio, e inició sus trabajos administrativos con resolución de salvar al Perú de su ruina.

El primer acto del nuevo gobierno debía confirmarle la estimación del vecindario de Lima. El jefe chileno había impuesto a esta ciudad una contribución extraordinaria de guerra por un millón de pesos para sostener el ejército de ocupación. Este impuesto debía ser pagado por los vecinos; pero el presidente provisorio se ofreció a pagarlo por cuenta del Estado, pidiendo solo que se le acordaran plazos para procurarse el dinero mediante un empréstito interior.

Para comunicar su instalación a las provincias, el gobierno provisorio dirigió el 18 de marzo, una circular a los prefectos de que queremos transcribir los fragmentos siguientes para dar a conocer sus propósitos:

«El gobierno provisorio sabe que entra en el camino que conduce al sacrificio, i no vacila en seguirlo, porque considera que en cambio de personal peligro i sufrimiento para los miembros que lo componen, puede haber salvación para el Perú.

«La guerra, después de los desastres imprevistos e innerecidos de Chorrillos i Miraflores, sin elementos de ninguna clase, es un delirio culpable, que sacrificaría las fuerzas que aun quedan a la República, sin resultado positivo para la honra de sus banderas, ni para el resguardo de sus bien entendidos intereses.

«La paz, por dolorosa que sea, se impone hoy sin embargo como imperiosa exigencia de la triste posición a que han re-

ducido al Perú, mas que la victoria de sus enemigos, los culpables errores de sus gobernantes. Preciso es aceptarla con la firmeza necesaria, para buscar, a la sombra de ella, el restablecimiento de nuestra antigua prosperidad, levantando al Perú de su actual postracion. Ejemplo reciente nos ha dado un gran pueblo de Europa, que hoi ve, despues de diez años de paciente i noble labor, su nombre estimado i respetado hasta por sus adversarios.

«Para obra tan gloriosa, lo único que se necesita es que la familia peruana olvide el pasado i piense solo en el porvenir, aprovechando sesudamente de la ruda prueba a que la Providencia quiso someter a la República.

«La mision del nuevo gobierno es, pues, de paz, de orden i de confraternidad.

«En tan patriótica tarea, apela al concurso de todos los hombres bien intencionados; no pregunta a ninguno cuál ha sido su bandera, i solo exige abnegacion para asegurar el porvenir del Perú, que aun puede ser halagüeño si sus hijos así lo quieren.»

El gobierno provisorio fué reconocido en algunos departamentos; pero halló en otros la mas obstinada resistencia. Los partidarios de Piérola, i los prefectos que éste habia colocado en las provincias, no podian aceptar que él fuera privado del mando supremo del Perú. El jefe político i militar del sur, don Pedro Alejandrino del Solar, fué el mas ardoroso de todos los enemigos que se levantaron contra la creacion de un nuevo gobierno.

Sabemos que este funcionario tenia bajo sus órdenes en Arequipa un cuerpo de tropas de cinco a seis mil hombres. Durante la campaña sobre Lima, él se habia lisonjeado con la idea de dirijir una campaña contra Tacna, que creia mal defendida por los chilenos. Tuvo sin embargo que convenirse de que su ejército no estaba preparado para tal empresa i de que sus soldados no se hallaban dispuestos a acometerla. Las esperanzas de él i de los suyos, quedaron desde entónces cifradas en los grandes triunfos que iba a alcanzar Piérola en los alrededores de Lima. La prensa de Arequipa

hablaba de esas victorias con la mas absoluta seguridad ². Desde principios de enero comenzó a publicar las noticias mas antojadizas sobre las primeras operaciones de la campaña. Contaba que en un combate parcial los chilenos habian sufrido una derrota espantosa, i que los buques de su escuadra estaban ocupados en trasportar a Valparaiso los centenares de heridos. Era el mismo sistema de falsas noticias inventado en Lima para «retemplar el patriotismo».

Al fin se supo que el ejército peruano habia sufrido las derrotas decisivas de Chorrillos i de Miraflores. El jefe político i militar de los departamentos del sur, hizo desmentir solemnemente esas noticias. Un diario de Arequipa declaraba el 22 de enero, que la derrota de las armas peruanas era una farsa inverosímil inventada por los chilenos. Cuando ya no fué posible negar la evidencia de los hechos, el mismo diario hizo una descripcion fantástica de esas batallas. Contábase que los jefes de las estaciones navales extranjeras habian intervenido en la pelea para poner a raya a los chilenos, i que habian apresado a las naves de éstos para impedir que siguieran destruyendo brutalmente los puertos del Perú. El pueblo de Arequipa creia todas estas patrañas, i contaba como cosa segura con la proteccion armada de la Francia i de la Inglaterra.

Sin embargo, la actitud de Arequipa fué simplemente espectante. El jefe político i militar publicó las mas arrogantes proclamas anunciando de nuevo que iba a abrir «la tumba de los chilenos»; pero no movió un solo soldado, ni intentó empresa alguna contra los enemigos que ocupaban a Tacna. Sus tropas se mostraban tan poco dispuestas a entrar en campaña, que la desercion de oficiales i soldados aumentó considerablemente. Las autoridades de la provincia, enteramente adictas a Piérola, parecian dispuestas a seguir a éste sea que determinase continuar la guerra o que resolviese hacer la paz.

2. El 5 de enero de 1881 hubo en Arequipa una fiesta militar con salvas de artillería para celebrar el aniversario del natalicio de Piérola, el cual, segun la prensa de la localidad, estaba destinado a dar grandes dias de gloria al Perú.

Lo que les importaba principalmente era el que Piérola se conservase en el poder. Por lo demas, en Arequipa se tenia la confianza completa en que el gobierno de Chile no habria de querer perder tiempo i dinero en una espedicion absolutamente estéril a esas provincias. En Chile, en efecto, se creia fundadamente que tan pronto como se pusiera en marcha sobre Arequipa una division de su ejército, las tropas peruanas que allí habia, se replegarian a la sierra evitando un combate que no podian sostener. Como medida de hostilidad, bastaba que algunas naves chilenas mantuviesen el bloqueo de los puertos de esa rejion.

Cuando se tuvo noticia en Arequipa de la formacion del gobierno provisorio de Lima, los parciales de Piérola no pudieron dominar su cólera. El 13 de marzo, las tropas acuarteladas en esa ciudad asistian a una revista. El jefe político i militar les pronunció una ardorosa proclama contra «los ambiciosos i corrompidos que pretendian arrogarse la direccion del pais». «Tenemos, decia, a la cabeza del gobierno al ilustre ciudadano don Nicolas de Piérola, cuya firme i decidida voluntad conoceis bien: él ha hecho i continuará haciendo los milagros que opera el patriotismo: él nos llevará a la victoria». Como plan de campaña contra los chilenos, proponia el replegarse al otro lado de los Andes, donde los peruanos serian invencibles. El mismo dia los jefes militares firmaron un acta en que declaraban que desconocian al gobierno de Lima, i que solo aceptaban «como único gobierno legal al del señor doctor don Nicolas de Piérola». El acta fué firmada por veintisiete coroneles o tenientes coroneles, a cuyas órdenes estaban sometidos los seis mil hombres que formaban el ejército del sur.

Estas declaraciones eran la obra esclusiva del jefe político i militar de los departamentos del sur i de las tropas que estaban a sus órdenes. Cuando se quiso levantar una acta del vecindario de Arequipa en apoyo de esa resolucion, solo se pudieron recojer las firmas de algunos individuos mas o menos insignificantes i destituidos de toda representacion. Los habitantes notables de la ciudad no querian la prolongacion

insensata de la resistencia a Chile, que no hacia mas que ahondar la ruina del Perú, ni mucho ménos estimular la guerra civil que haria imposible la reparacion de tantos males. Sin embargo, avasallados por la fuerza militar, ellos eran impotentes para hacer sentir la influencia de sus opiniones. Así, pues, el prefecto Solar, pudo espedir pocos dias despues un decreto cuya parte dispositiva dice lo que sigue:

«ARTÍCULO PRIMERO. Declárase traidores a la patria a los que componen el gobierno provisorio formado en la capital de la república, i a los peruanos que le obedezcan o le presen apoyo directo o indirecto.

«ART. 2.º Las autoridades de la república capturarán a los individuos a quienes comprenda el artículo anterior, i cualquiera que sea su clase, jerarquía o condicion, los someterán a un consejo de guerra verbal, i se les condenará a muerte conforme al artículo 8.º del estatuto»³.

De esta manera, despues de los grandes desastres de la patria, cuando todas las voluntades deberian aunarse para salvarla de la ruina a que la arrastraron sus malos gobiernos, el Perú presenta el estado mas anómalo que es posible imaginar. El órden i la tranquilidad no existen mas que en las provincias que dominan las armas de Chile, i que sin embargo están rejidas por la lei marcial. Los efectos de esta lei no se han hecho sentir mas que para reprimir los robos, los saqueos i los incendios de un populacho desenfrenado. A su sombra la propiedad i la vida de los habitantes de esas provincias, están regularmente garantidas. El comercio ha comenzado a revivir, i la mayoría de los habitantes aceptan

3. Poco tiempo despues de la publicacion de este decreto, la prensa anunciaba que una partida de caballería del ejército de Arequipa, mandada por un oficial de origen cubano, habia penetrado en el vecino departamento de Ayacucho, i sorprendido en Lucanas a varios funcionarios nombrados por el gobierno de Lima i que marchaban a hacerse cargo de sus destinos, i fusilado allí mismo a siete de ellos. Esta noticia ha sido publicada por los diarios, pero no salimos garantes de su autenticidad. Sabemos sí que el prefecto Solar ha apresado en Arequipa a algunas personas importantes de la localidad, i aun a jefes militares porque no se mostraban partidarios ardorosos de Piérola.

esta situación como algo mucho mejor que el despotismo dictatorial a que estuvieron sometidos durante el año anterior. Pero este régimen provisorio, si bien asegura el presente, no da garantía alguna para el porvenir. Muy lejos de eso, todo el mundo comprende que el día en que las tropas chilenas evacuen las ciudades de Lima i del Callao, las turbas desenfundadas volverán a ejecutar los atroces desórdenes que se siguieron a las últimas batallas.

Desde su refugio de Jauja, Piérola imponía pesadas contribuciones a las provincias del interior, i mantenía en ellas el régimen dictatorial. Aun armó de cualquier modo partidas de montoneros, con las cuales pretendió extender su dominación hasta los pueblos de la sierra del departamento de Lima. Canta fué convertido en centro de las operaciones de estos montoneros. De allí bajaban por los valles vecinos a las montañas, i ejercían las mas violentas depredaciones sobre diversos villorios poblados en su mayor parte por indios. La aspereza de aquellas serranías facilitaba las correrías de aquellos montoneros.

El coronel don Pedro Lagos, que mandaba accidentalmente el ejército chileno de Lima, envió en los primeros días de abril algunas fuerzas de caballería contra esos montoneros. Guarecidos éstos en las cumbres de los cerros, se defendieron arrojando de las alturas grandes cantidades de piedras sobre los soldados chilenos, i luego tomaban la fuga para ir a asilarse en otras alturas, de que a su vez eran desalojados. Las tropas de caballería lograron al fin dispersarlos.

Pero esas montoneras podían reorganizarse mientras Piérola permaneciese al otro lado de la sierra, ocupando los pueblos de Huánuco, Jauja, Tarma i Cerro de Pasco. El coronel Lagos organizó una división de dos mil hombres que puso bajo las órdenes del comandante don Ambrosio Letelier, i la hizo partir para aquellos lugares. Esa pequeña división, sin casi tener que vencer otras dificultades que la de las marchas, fué tomando posesión de los diversos pueblos, estableciéndose al fin en el de Cerro de Pasco, el mas importante de ellos, i enviando guarniciones a los otros. Piérola i los pocos

hombres que lo seguían, tomaron apresuradamente la fuga al sur sin atreverse a oponer la mas lijera resistencia. Un coronel Aduvire, titulado prefecto de Junin, huyó con algunos soldados en direccion opuesta, dejando abandonada la ciudad de Huánuco, capital del departamento, que ocuparon los chilenos sin disparar un tiro.

A principios de mayo, todo ese vasto territorio estaba ocupado por los vencedores. Algunas cortas partidas de éstos habian perseguido a lo léjos a los últimos restos de las pocas fuerzas que habia podido reunir Piérola en el departamento de Junin. Parece que en algunas de esas localidades no se tenia la menor noticia de las ocurrencias de Lima, de los accidentes de la guerra i de las grandes derrotas de los ejércitos peruanos, a tal punto que para sus sencillos habitantes, de raza indígena en su mayor parte, Piérola era el jefe reconocido de toda la nacion, i Lima estaba sometida a su autoridad dictatorial.

En los valles de Pisco i de Cañete, i en otros puntos de donde habian huido las antiguas autoridades peruanas, los excesos del desórden i del desgobierno, han rayado en lo increíble. La prensa ha referido los crímenes perpetrados en aquellos lugares, los robos, los incendios, las matanzas de infelices asiáticos, con detalles i con colores que casi nos resistimos a creer. Los jefes chilenos que mandan en Lima, se han visto obligados a enviar fuerzas a esos lugares para restablecer la tranquilidad i dar garantías de órden a los pobladores pacíficos i honrados que sufrían las consecuencias del desbordamiento de las malas pasiones de un populacho desenfrenado. Pero este desquiciamiento social acabará de arruinar al Perú, si el patriotismo no se sobrepone a la anarquía que marcha a destruirlo todo.

La situacion de Bolivia no es mucho mas lisonjera. Constantes amagos de revuelta han hecho vivir al gobierno en una no interrumpida inquietud. La escasez de recursos no le ha permitido ausiliar al Perú en la crisis en que por causa de la alianza de 1873 se ha visto sumido. Allí como en Arequipa, de donde recibia las noticias de la guerra, la prensa boliviana

comenzó por negar la efectividad de los triunfos de los chilenos en los alrededores de Lima. I cuando ya no fué posible resistir a la evidencia de los hechos, la prensa provocó a los chilenos a que trasmontaran las montañas para batirse con ellos. Este fué el tema de una proclama del presidente Campero en que amenazaba a los chilenos no con el poder de los soldados de Bolivia, sino con las asperezas de la cordillera i con la insalubridad de su clima. La expedicion de una division chilena a aquellas localidades no ofrecia sin embargo sérias dificultades. Se sabia que su sola presencia bastaria para poner en fuga a todo el gobierno de Bolivia i a los pocos soldados con que cuenta. Pero el de Chile no ha querido acometer una empresa que debia costarle algun dinero i de la cual no habia de reportar ventajas efectivas, ni siquiera gloria militar, desde que sus tropas no hallarian con quien batirse.

Pero en Bolivia no han faltado algunos ciudadanos que se hayan dado cuenta cabal de la situacion del pais. En la prensa i en los consejos de gobierno se han oido voces de cordura que han representado la insensatez de prolongar por mas tiempo una situacion imposible en nombre de una guerra que no se puede hacer, i que arruina inútilmente el pais. El gobierno, por su parte, ya que no le ha sido posible hacer nada para ausiliar al Perú en la última campaña, ha creido cumplir sus deberes de aliado sometién dose a las indicaciones del gobierno peruano para mantener las apariencias de una alianza que se concluyó de hecho en la derrota de Tacna. En esta virtud, i aprovechándose de las facultades extraordinarias de que está revestido, ha desterrado fuera del pais a los individuos que en nombre de los mas altos intereses de la patria, demostraban la necesidad de procurar la paz. El vice-presidente de la república ha sido uno de los desterrados.

Chile, entre tanto, está en pacífica posesion no solo de los territorios de que debe quedar dueño definitivo, sino de las provincias mas ricas i pobladas del Perú. Al paso que sus tropas mantienen allí la tranquilidad i la paz, percibe las contribuciones bajo la administracion de empleados chilenos i

beneficia como propietario los recursos naturales del país, que formaban la riqueza de su gobierno. Las victorias le han permitido aniquilar el poder militar del Perú, i quedar en posesion de todas las provincias que ocupa sin temor de verse inquietado. Aun ha podido reducir su ejército i su escuadra, porque ya no les son necesarias todas las fuerzas que tenia en el Perú. Dos meses despues de las victorias de Chorrillos i Miraflores, volvía a Chile el jeneral Baquedano con mas de seis mil hombres de su ejército; i despues de recibir las ovaciones a que los hacian acreedores sus triunfos, dejaban éstos las armas para entrar de nuevo a las tranquilas ocupaciones de la paz.

¿Cuál será el desenlace definitivo de esta situacion? No es difícil predecirlo. El ejército chileno ocupará a Lima mientras haya esperanza de dejar un gobierno sólido i capaz de firmar una paz definitiva i de afianzar la estabilidad del Perú. El día que el gobierno de Chile adquiera la conviccion de que la anarquía es incurable en aquel desgraciado país, i de que el patriotismo gastado por sesenta años de corrupcion i de desgobierno, ha desaparecido del todo, reconcentrará una parte de sus tropas en los territorios que debe conservar como indemnizacion de guerra, bien seguro de que nadie habrá de disputarle su posesion, i dejará al Perú entregado a su destino. Ese destino es, por desgracia, demasiado sombrío. Pero, el patriotismo, manifestado no por las estériles declamaciones de la prensa, sino por la honradez i el trabajo, pueden todavía salvar al Perú de la ruina que le prepararon sus malos gobiernos.





INDICE

Historia de la guerra del Pacífico (1879-1881)

ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1880.....	5
PRELIMINAR	9

PRIMERA PARTE

Las causas de la guerra

CAPITULO PRIMERO

PÁJS.

La República de Chile.—Pobreza i atraso de este pais bajo el réjimen colonial.—Se adelanta a todos los otros estados hispano-americanos en el afianzamiento de la tranquilidad interior i de su organizacion administrativa.—Esplicacion que han dado de este hecho algunos publicistas europeos.—Progresos alcanzados por esta República.....	II
--	----

CAPITULO II

PÁJS.

Progresos industriales de Chile.—Los mineros e industriales de Chile comienzan a poblar el desierto de Atacama.—El gobierno de Bolivia reclama como suyo ese territorio.—Discusiones diplomáticas i amenazas de guerra en 1863.—Tratado en 1866.—Bolivia no cumple este tratado.—Rápido desarrollo de la industria chilena en el desierto.—La revolucion ocurrida en Bolivia en 1871 produce nuevos embrazos para el cumplimiento del tratado.—Se firma en La Paz el pacto complementario de 1872.—Nuevas concesiones que por él hacia Chile a Bolivia..... 19

CAPITULO III

El Perú estimula las intransijencias de Bolivia.—Deplorable situacion financiera del Perú en 1872.—Para salir de esa situacion, el gobierno pretende apoderarse de un modo u otro de las salitreras de Tarapacá.—Para impedir la intervencion de Chile en favor de sus nacionales, el Perú trata de suscitar complicaciones exteriores a esta República.—El Perú i Bolivia celebran un tratado secreto de alianza en febrero de 1873.—Esfuerzos de ámbos Estados para ocultar este pacto a Chile.—El gobierno del Perú estanca la esportacion del salitre.—Limita en seguida la produccion de salitre.—Convencido del mal éxito de estas medidas, resuelve comprar los establecimientos salitreros.—Los compra, pero no los paga.—Perjuicios que estas medidas causan a los capitalistas chilenos..... 27

CAPITULO IV

Cambio producido en la actitud de Bolivia respecto de Chile despues de estipulado el tratado secreto.—El congreso boliviano aplaza la discusion del tratado celebrado con Chile en 1872.—El gobierno de Chile entabla nuevas negociaciones i celebra el tratado definitivo de 1874.—Concesiones que Chile hacia por este pacto..... 37

CAPITULO V

PÁJS.

Revolucion ocurrida en Bolivia en 1876.—Elevacion del jeneral Daza a la presidencia de la República.—Condicion de los trabajadores chilenos en el desierto de Atacama.—Violencias de que eran víctimas de parte de las autoridades.—La administracion de justicia boliviana.—Creacion de nuevos impuestos en violacion de los tratados existentes...	43
--	----

CAPITULO VI

Juzgando a Chile envuelto en las mas sérias complicaciones, el congreso de Bolivia grava con otros impuestos las industrias chilenas del litoral.—El gobierno boliviano suspende los efectos de esta lei.—Poco mas tarde la manda poner en vigor.—Reclamaciones diplomáticas de parte de Chile.—Propone a Bolivia someter la cuestión a arbitraje.—El gobierno boliviano responde a estas proposiciones decretando el despojo de la compañía de salitres de Antofagasta.—Decreta la venta en remate público de los bienes de esta compañía.—El desembarco de 500 soldados chilenos impide la ejecucion del remate.....	49
--	----

SEGUNDA PARTE

Las operaciones militares

CAPITULO PRIMERO

ANTOFAGASTA I CALAMA, FEBRERO I MARZO DE 1879.

Desembarca en Antofagasta una columna de 500 chilenos.—
Las poblaciones vecinas se pronuncian por la causa de Chi-

le i espulsan a las autoridades bolivianas.—Todas ellas piden su incorporacion a la república de Chile.—El presidente de Bolivia recibe la noticia del desembarco de los chilenos, i la oculta para no turbar las fiestas del carnaval.—Se decretan la espulsion de los chilenos de Bolivia i la confiscacion de sus bienes.—El ejército boliviano se dispone a salir a campaña.—Los chilenos se apoderaron de Calama despues de un combate.—La escuadra chilena ocupa todo el litoral hasta la frontera del Perú. 55

CAPITULO II

DECLARACION DE GUERRA AL PERU, MARZO I ABRIL DE 1879.

Actitud de la prensa i del gobierno del Perú al saber la ocupacion de Antofagasta por los chilenos.—El presidente Prado.—Envío a Chile de una legacion encargada de ofrecer la mediacion del Perú.—Doble de esta política.—El plenipotenciario peruano niega la existencia del tratado secreto de alianza entre el Perú i Bolivia.—Se descubre la existencia de ese tratado.—Declaracion de guerra entre el Perú i Chile.—El gobierno del Perú espulsa a los chilenos de su territorio. 63

CAPITULO III

LOS EJÉRCITOS DE LOS BELIJERANTES ÁNTES DE LA GUERRA.

Situacion militar del Perú ántes de la guerra.—El ejército i la marina de Chile.—Inferioridad numérica de las fuerzas de este pais.—En qué consistia su verdadera superioridad. 71

CAPITULO IV

IQUIQUE, MAYO DE 1879.

La escuadra chilena establece el bloqueo de Iquique.—Sale al mar la primera division de la escuadra peruana.—Es rechazada por la cañonera chilena *Magallanes*.—Hostilidades ejercidas en la costa del Perú por las naves chilenas.—El almirante de Chile se dirige al Callao a provocar a combate a la escuadra del Perú.—El mismo dia ésta habia

salido para los puertos del sur conduciendo al presidente de la república.—Memorable combate de Iquique el 21 de mayo.—Pérdida de la fragata encorazada *Independencia* de los peruanos.—Aplausos que arrancó la conducta de los chilenos.—El monitor peruano *Huáscar* trata en vano de bombardear a Antofagasta, i se vuelve al Callao evitando el combate con una fragata chilena..... 75

CAPITULO V

TRABAJOS DE REORGANIZACION MILITAR DE LAS TRES REPÚBLICAS BELIJERANTES, DE MAYO A JULIO DE 1879.

Aprestos militares del gobierno de Bolivia.—Espide patentes de corso sin ningun resultado.—Imposicion de empréstitos forzosos i confiscacion de las propiedades de los chilenos.—Desgobierno con que se manejan estos fondos.—Reunion del ejército boliviano en La Paz.—Su marcha a la provincia peruana de Tacna.—El ejército peruano de Tarapacá.—El presidente Prado se prepara para salir a campaña.—Trabajos del congreso peruano.—El gobierno del Perú recibe los primeros refuerzos de armamento mediante la complicidad del gobierno neutral de Panamá.—El presidente Prado llega a Arica con un convoi considerable, i recorre toda la provincia de Tarapacá lanzando las mas ardorosas proclamas contra Chile.—Energía tranquila con que el gobierno chileno emprendió la creacion i la organizacion de su ejército.—Cuidado con que atiende todos los ramos del servicio militar.—Medidas financieras que le han permitido hacer frente a todas sus obligaciones i a los gastos de la guerra..... 87

CAPITULO VI

EL HUÁSCAR, DE JULIO A OCTUBRE DE 1879.

Escursion de la corbeta *Pilcomayo* hasta Tocopilla.—Nueva campaña del *Huáscar*.—Sorpresa nocturna en la bahía de Iquique.—Tercera campaña del *Huáscar*.—Daños causados en la costa setentrional de Chile.—Captura del tras-

porte chileno *Rimac*.—Infructuosa expedicion de la corbeta peruana *Union* hasta Magallanes.—Suspéndese el bloqueo de Iquique.—Bombardeo ineficaz de Antofagasta.—Reorganizacion de la escuadra chilena.—Proyectado ataque de Arica.—Captura del *Huáscar*.—Importancia de este hecho. 101

CAPITULO VII

PISAGUA, NOVIEMBRE DE 1879.

Estado de la opinion en Chile despues de la captura del *Huáscar*.—Actividad desplegada por el gobierno para preparar la marcha del ejército.—Embárcase éste en el puerto de Antofagasta.—Confianza de los aliados Perú-bolivianos en el poder de sus fuerzas.—Ventajas de su situacion para quedar a la defensiva.—Plan de ataque a Pisagua.—Topografía de esta plaza.—Desembarco de las fuerzas chilenas en medio de un reñido combate.—Victoria completa de los chilenos.—Consecuencias inmediatas de este triunfo.—Exploracion al interior: combate de Jermania.—Colocacion dada al ejército chileno.—Operaciones de la escuadra.—Captura de la corbeta peruana *Pilcomayo*. 117

CAPITULO VIII

BATALLAS DE DOLORES I DE TARAPACÁ, NOVIEMBRE DE 1879.

Confianza de los aliados en su próximo triunfo.—Plan de campaña adoptado contra los chilenos.—Ocupan éstos las serranías de la Encañada.—Dificultades de esta situacion.—Batalla de Dolores.—Victoria de los chilenos: sus consecuencias inmediatas.—Los peruanos abandonan la ciudad de Iquique que ocupan los chilenos.—Los restos del ejército peruano se retiran a la ciudad de Tarapacá.—Marcha a atacarlos una corta division chilena.—Sangriento combate de Tarapacá.—Resultados inmediatos de este combate.—Las fuerzas peruanas emprenden la retirada.—Los chilenos ocupan a Tarapacá.—Penosa marcha de los peruanos para llegar a Arica.—Toda la provincia de Tarapacá queda sometida a las autoridades de la República de Chile. 131

CAPITULO IX

CAIDA DE LOS PRESIDENTES DEL PERÚ I DE BOLIVIA,
DICIEMBRE DE 1879.

PÁJS:

El presidente del Perú cede al de Bolivia el mando del ejército aliado para que marche a atacar a los chilenos.—Sale a campaña el jeneral Daza.—Retirada de Camarones.—Al saber las victorias de los chilenos, el presidente Prado abandona a Arica i se marcha a Lima.—La escuadra chilena establece el bloqueo de Arica i recorre toda la costa del Perú.—Descontento en Lima.—Don Nicolas de Piérola se niega a aceptar un ministerio.—Ajitacion política en Lima.—Fuga del presidente Prado.—Sus causas.—Revolucion en Lima i en el Callao.—Piérola asume la dictadura.—Trabajos del contra-almirante Montero en Arica.—Descontento de peruanos i bolivianos contra el jeneral Daza.—Propone éste un nuevo plan de campaña que le permitiera volver a Bolivia.—Deposicion de Daza por sus tropas i por el pueblo de La Paz..... 153

CAPITULO X

MOQUEGUA I LOS ANJELES, DE ENERO A MARZO DE 1880.

Espedicion a Moquegua de una columna chilena.—Aprestos de Chile para una nueva campaña.—Situacion del ejército aliado en Tacna i Arica.—Disensiones entre peruanos i bolivianos.—Provocaciones i amenazas dirijidas a Chile.—Plan de campaña adoptado por los chilenos.—Desembarca su ejército en Pacocha.—Impresion producida en Lima por este suceso.—Espedicion de una division chilena a Mollendo.—Los peruanos abandonan a Moquegua i se fortifican en la cuesta de los Anjeles.—Descripcion de estas posiciones.—Son asaltadas i tomadas por los chilenos el 22 de marzo.—Importancia de esta ocupacion para la marcha de la campaña.—Operaciones marítimas.—Combates sin resultado en la bahía de Arica.—Bloqueo del Callao.... 179

CAPITULO XI

CAMPAÑA SOBRE TACNA, ABRIL I MAYO DE 1880.

PÁJ.S.

Reorganizacion industrial i administrativa de la provincia de Tarapacá.—Liberales concesiones hechas por el gobierno de Chile a los acreedores hipotecarios del Perú.—Disposiciones relativas a la explotacion del salitre.—Inútiles protestas del gobierno del Perú.—Medidas financieras de éste para procurarse fondos.—Sus trabajos para organizar nuevos ejércitos.—El ejército chileno se prepara a marchar sobre Tacna.—Grandes dificultades que les oponen la naturaleza i la topografía de aquellos lugares.—Reconocimientos practicados por la caballería chilena.—Combate de Buenavista.—Marcha del ejército chileno.—Trabajos que impuso la conduccion de la artillería.—Reunion de todo el ejército en las márgenes del rio Sama.—Muerte repentina del ministro de guerra don Rafael Sotomayor. . . . 201

CAPITULO XII

TACNA, MAYO DE 1880.

Situacion de los aliados en Tacna i Arica.—Disidencias entre los jefes peruanos i bolivianos.—Llega el jeneral Campero a ponerse al mando del ejército aliado.—Sus afanes para reorganizar el ejército i para prepararlo para la campaña.—Recibe un nuevo contingente boliviano.—Descripcion de las posiciones elejidas por el jeneral Campero.—Reconocimiento practicado por el estado mayor chileno.—Confianza que tenian en el triunfo algunos de los jefes aliados.—El ejército chileno se acerca al campamento de los aliados.—Sorpresa nocturna preparada por el jeneral Campero: se frustra.—Plan de ataque de los chilenos.—Batalla de Tacna (26 de mayo).—Resultados inmediatos de la batalla.—Los chilenos ocupan la ciudad de Tacna.—Llega a Lima la noticia de la derrota del ejército aliado. 217

CAPITULO XIII

ARICA, JUNIO DE 1880.

PÁJS.

La plaza de Arica i sus fortificaciones.—Las minas de dinamita.—El monitor *Manco Capac*.—La guarnicion de la plaza.—Instrucciones dadas al jefe de ésta.—Ignorancia en que quedó este jefe de los sucesos de Tacna.—Concibe la esperanza de defenderse en Arica miéntras le llegaban socorros.—Los chilenos restablecen el ferrocarril para marchar sobre Arica.—Frustrada esplosion de una mina de los peruanos.—Acampa en frente de Arica una division del ejército chileno.—El jeneral chileno pone sitio a la plaza i le intima rendicion.—La ataca sin resultado con la artillería de mar i de tierra.—Resuelve asaltar con su infantería las fortificaciones peruanas.—Los chilenos proponen nuevamente una capitulacion al enemigo: éste la rechaza.—Asalto de Arica (7 de junio).—El ejército chileno queda dueño de la plaza despues de un combate encarnizado.—Los marinos peruanos echan a pique el monitor *Manco Capac*, i en seguida se rinden.—Consecuencias de este combate..... 241

TERCERA PARTE

La campaña a Lima

CAPITULO PRIMERO

LAS REPÚBLICAS BELIJERANTES DESPUES DE TACNA I ARICA,
JUNIO DE 1880.

Confianza del Perú en el triunfo de sus armas.—Decreto del dictador Piérola contra sus enemigos.—La prensa de la dictadura acusa a Montero de ser el culpable de las últimas

derrotas.—Se desiste de esta acusacion.—Exajeraciones i errores con que la prensa de Lima contaba las batallas de Tacna i de Arica.—Algunas rectificaciones.—Seriedad de los documentos chilenos concernientes a la guerra.—La prensa extranjera subvencionada por el Perú.—Belicosa proclama de Piérola.—Llega a Bolivia la noticia de la derrota de su ejército.—Actitud del pueblo boliviano en los primeros días que siguieron al desastre: Campero es confirmado en la presidencia de la república.—Las falsas noticias que llegan del Perú alientan de nuevo a los bolivianos i los estimulan a proclamar la continuacion de la guerra.—La actitud de Bolivia en el curso de la nueva campaña.—Establecimiento de la dominacion chilena en Tacna i en Arica.—Estado de la opinion en Chile despues de las últimas victorias.—La prensa pide la campaña sobre Lima. 259

CAPITULO II

EL PROYECTO DE CONFEDERACION PERÚ-BOLIVIANA, JUNIO DE 1880

El Perú solicita en vano la alianza de la República Argentina.—Instrucciones dadas al ministro plenipotenciario del Perú.—Mal éxito de estas negociaciones.—La legacion peruana en Buenos Aires contrae sus trabajos a exitar la prensa periódica contra Chile.—Buscando amigos contra Chile, el Perú celebra un tratado con España.—Ineficacia de ese tratado para los planes del Perú.—El dictador peruano propone entónces el proyecto de Confederacion Perú-Boliviana.—Antecedentes históricos de esta Confederacion.—Aun despues de celebrado el pacto de alianza secreta, Bolivia i el Perú estuvieron a punto de declararse la guerra en 1878.—El jeneral Daza hace proposiciones a Chile en 1879 para abandonar la alianza.—Odios recíprocos de peruanos i bolivianos durante la guerra.—Bases de la proyectada confederacion.—El consejo de Estado de la dictadura peruana aprueba el proyecto; pero la opinion pública lo recibe mal.—En Bolivia es mal recibido.—Fracaso natural del proyecto. 277

CAPITULO III

BLOQUEO DEL CALLAO: COMBATES DELANTE DE ESTA PLAZA,
DE ABRIL A SETIEMBRE DE 1880.

PÁJS.

Las fortificaciones del Callao.—La escuadra chilena establece el bloqueo del puerto.—Primer combate contra las fortalezas de tierra (22 de abril).—Segundo combate (10 de mayo).—Bloqueo de los puertos vecinos.—Combate de lanchas cañoneras (25 de mayo).—Conducta tranquila del almirante chileno en estos combates.—Suspende los ataques a la plaza.—Un torpedo peruano echa a pique al crucero *Loa*.—Llegan al Callao los heridos peruanos de Arica.—Tercer combate contra las fortalezas (fines de agosto i principios de setiembre).—Naufragio de la cañonera *Covadonga* causado por un torpedo peruano (13 de setiembre).—Los peruanos intentan un desembarco nocturno en la isla de San Lorenzo i son rechazados (16 de setiembre).—Nuevo combate de las lanchas cañoneras (17 de setiembre).—Bombardeo de los puertos vecinos al Callao (22 de setiembre).—El gobierno i la prensa de Lima cantan victorias despues de cada uno de estos combates, i anuncian el aniquilamiento i la ruina de Chile..... 299

CAPÍTULO IV

OPERACIONES I APRESTOS MILITARES EN TIERRA, DE JULIO A
SETIEMBRE DE 1880.

Una pequeña division chilena espediciona a Tarata, i aniquila i dispersa a las montoneras peruanas.—El dictador del Perú llama a las armas a toda la poblacion de Lima i crea el ejército de reserva.—Entusiasmo con que esta idea es recibida por la prensa.—El gobierno peruano anuncia por todas partes su próxima victoria sobre los chilenos.—El arzobispo de Lima ofrece al gobierno las joyas de los templos.—Importancia real de este ofrecimiento.—Organizacion curiosa dada al ejército de reserva.—Amenazas constantes contra Chile, recargadas despues de la primera revista de la reserva.—Organizacion del ejército de Arequipa.—
TOMO XVI.—34

Aprestos de Chile para la campaña sobre Lima.—Falsas noticias que se hacian circular en Lima sobre estos aprestos. 317

CAPITULO V

LA ESPEDICION LYNCH, SETIEMBRE I OCTUBRE DE 1880.

Alístase una division chilena para espedicionar a las provincias del norte del Perú.—Confíase su mando al capitán de navío don Patricio Lynch.—Desembarca en el puerto de Chimbote, penetra en el interior del territorio enemigo e impone una contribucion de guerra a una rica propiedad de esa rejion.—Absurdo decreto de Piérola amenazando con fuertes penas a las personas que pagasen esa contribucion.—Lynch hace destruir el establecimiento que se negaba al pago.—Marcha a Supe i se apodera de una cantidad de pertrechos del enemigo.—Los capitalistas peruanos hacen intervenir en su favor la diplomacia extranjera demostrando que sus propiedades pertenecian a neutrales.—Lynch descubre el engaño en que se habia hecho caer a los ministros diplomáticos extranjeros.—Captura siete millones de pesos en papel moneda del gobierno del Perú.—Desembarco en Paita i destruccion de las propiedades del estado.—Plan de operaciones propuesto por la prensa de Lima para destruir a la division del comandante Lynch.—Difícil desembarco en el puerto de Eten.—Proclamas i amenazas del prefecto de Lambayeque.—A pesar de ellas, los chilenos recorren todo el departamento sin encontrar resistencia en ninguna parte.—Penetran en el departamento de La Libertad, cuyos pobladores pagan puntualmente la contribucion de guerra.—Desorganizacion i fuga de las fuerzas reunidas para resistir a los chilenos.—Los espedicionarios vuelven al sur despues de una campaña de dos meses.—Resultados de esta espedicion.—Nueva espedicion a Moquegua.—Esta ciudad paga la contribucion de guerra.—¿Sobre quién pesa la responsabilidad de estas exacciones?—Violaciones del derecho de jentes cometidas por los peruanos. 337

CAPITULO VI

LAS NEGOCIACIONES DE ARICA, OCTUBRE DE 1880

PÁJS.

En los primeros dias de la guerra, la Gran Bretaña ofrece su mediacion a los belijerantes: Chile la acepta, i el Perú la rechaza.—Despues de las repetidas victorias de Chile, la ofrece el gobierno de Estados Unidos.—El ministro norte-americano cerca del gobierno del Perú, hace un viaje misterioso a Chile.—La mediacion es ofrecida a Bolivia.—El gobierno de Chile acepta extra-oficialmente la mediacion i propone las bases indeclinables bajo las cuales podia tratar.—Plan del dictador del Perú al aceptar la mediacion.—El gobierno de Chile la acepta oficialmente i nombra sus representantes.—Los plenipotenciarios de los aliados se resisten a llegar a Arica.—Abrense al fin las conferencias en Arica.—Los representantes de Chile presentan sus proposiciones.—Discusion a que ellas dieron lugar.—Ruptura de las negociaciones.—Actitud de la prensa de Lima durante las negociaciones.—El gobierno i la prensa del Perú apelan a la América exijiendo su ayuda contra Chile.—Repetidos manifiestos de las cancillerías peruana i boliviana para obtener nuevas alianzas. 369

CAPITULO VII

MARCHA DE LA ESPEDICION CHILENA SOBRE LIMA, NOVIEMBRE I DICIEMBRE DE 1880.

El ejército chileno se aumenta con nuevos cuerpos de tropas.—Organizacion dada al ejército de operaciones.—Auméntase la escuadra con nuevos trasportes.—Actividad de los aprestos de la espedicion en Arica.—Partida de la primera division del ejército chileno.—Su desembarco en Paracas.—A pesar de las amenazas del jefe peruano de Pisco, los chilenos se apoderan de esta ciudad sin disparar un tiro.—Ocupacion de Ica i su valle.—Ocupacion de Chincha i de Tambo de Mora.—En Lima se anuncia el desembarco de los chilenos en Pisco como una victoria del Perú.—Arrogantes amenazas de la prensa peruana.—Zarpa de Arica

el resto del ejército chileno.—Toca en Pisco i va a desembarcar en Curayaco.—Una division chilena avanza hasta Lurin, i ocupa un campamento apropiado para operar la reunion de todo el ejército.—El ejército peruano, fortificado en los alrededores de Lima, no opone ningun embarazo a estos movimientos.—Marcha atrevida i feliz del comandante Lynch al traves del territorio enemigo.—Reconcentracion de todo el ejército chileno.—Poder i enerjía desplegados por Chile en estas circunstancias.—El ejército peruano de Arequipa..... 393

CAPITULO VIII

LOS APRESTOS DE RESISTENCIA EN LIMA I EL CALLAO, NOVIEMBRE I DICIEMBRE DE 1880.

Infructuosas diligencias del gobierno peruano para aumentar su escuadra.—Un inventor norte-americano propone al Perú la construccion de buques aéreos.—El dictador Piérola mantiene encerrados en el Callao los buques que quedaban al Perú, permitiendo así a los trasportes chilenos recorrer el mar sin el menor peligro.—Cañoneo del 3 de noviembre.—Nuevo combate de las lanchas cañoneras en el Callao (6 de diciembre).—Bombardeo de la plaza los dias 9, 10 i 11 de diciembre: se rompe el cañon del *Angámos*.—El gobierno del Perú se atribuye la victoria en cada uno de estos combates.—Organizacion del ejército de Lima.—El ejército de reserva queda reducido a la mitad de su número por las licencias acordadas por el gobierno.—Plan defensivo de Piérola.—Fabricacion de cañones, de minas i de bombas automáticas.—Construccion de fortalezas en los contornos de Lima.—Suntuosa inauguracion de la ciudadela Piérola.—Bendicion de la espada de Piérola.—Proclama singular del dictador del Perú.—El nuevo bombardeo del Callao viene a turbar la fiesta.—Llega a Lima la noticia del desembarco de los chilenos en Curayaco.—Piérola asume el mando del ejército peruano i dicta numerosas providencias militares.—Descripcion de las líneas de fortificaciones peruanas de Chorrillos i Miraflores.—Confianza que estas fortificaciones inspiran al gobierno del Perú.—Per-

turbacion producida en Lima por el estado de guerra.—La prensa se desencadena contra los ricos acusándolos de ladrones.—Da consejos militares para derrotar infaliblemente a los chilenos..... 415

CAPITULO IX

SAN JUAN I CHORRILLOS, 13 DE ENERO DE 1881.

Desembarco del parque i bagajes del ejército chileno.—El jeneral Baquedano hace reconocer las posiciones enemigas.—Combate de Pachacamac: un rejimiento peruano es cortado i dispersado.—Una pequeña division chilena reconoce con toda felicidad las fortificaciones situadas al oriente de Lima.—El jeneral chileno resuelve el ataque de las posiciones enemigas.—Estado de la opinion en el campamento peruano.—Se celebran como victorias de sus armas todos los reconocimientos que practicaban los chilenos.—En Lima i en el campamento peruano se anuncia que el ejército chileno, acobardado i desmoralizado, se retiraba para reembarcarse.—Proclama del jeneral Baquedano para anunciar a su ejército el próximo ataque de las posiciones enemigas.—Marcha del ejército chileno.—Plan de asalto de las fortificaciones peruanas denominadas de San Juan.—Reñida batalla en aquellas posiciones.—Victoria completa de los chilenos.—Ataque de morro Solar i de Chorrillos.—Derrota i destruccion de las divisiones peruanas que defendian estas posiciones.—Desórden i perturbacion que estas derrotas producen en la segunda línea de fortificaciones peruanas.—Consecuencias inmediatas de aquellas batallas..... 443

CAPITULO X

BATALLA DE MIRAFLORES: OCUPACION DE LIMA, DEL 14 AL 17 DE ENERO DE 1881.

Situacion de Lima el dia de las batallas de San Juan i de Chorrillos.—Espectativas de paz en la poblacion.—Los bole-

tines de la dictadura tratan de engañar a los habitantes de Lima sobre el resultado de las batallas.—El jeneral Baquedano envia a Piérola un parlamentario que no es recibido.—El estado mayor chileno se dispone para empeñar una nueva batalla.—Negociaciones amistosas del cuerpo diplomático de Lima.—El jeneral Baquedano concede un armisticio que debia durar todo el dia (15 de enero), para que el enemigo resolviese sobre sus proposiciones.—Pérfido plan de Piérola.—Empeña la batalla violando el armisticio.—Perturbacion producida por este ataque en el ejército chileno.—La division del coronel Lagos, apoyada por los cañones de la escuadra, resiste firmemente al ejército peruano.—Acuden otras divisiones chilenas i obtienen la victoria decisiva de Miraflores.—Confusion i desórden en Lima.—Fuga de Piérola.—El alcalde municipal de Lima estipula la entrega incondicional de la ciudad.—El populacho se entrega al saqueo en la noche del 16 de enero, e incendia algunos barrios de la capital.—Se repiten los mismos crímenes en el Callao.—El populacho incendia los buques peruanos.—Una division chilena ocupa a Lima i restablece la tranquilidad.—Otra division ocupa la ciudad del Callao.—Vuelven a Lima muchas de las familias que habian abandonado la ciudad.—Dispersion definitiva i completa del ejército peruano.—El órden queda afianzado en Lima i en el Callao.—Resultado jeneral de la campaña sobre Lima..... 469

CAPITULO XI

CONCLUSION.

Providencias gubernativas dictadas por Piérola en Canta.—Continúa su fuga al otro lado de los Andes.—Su entrada solemne a Jauja.—El pueblo de Concepcion lo proclama jeneral.—Estado social i aislamiento de los pueblos del interior del Perú.—El almirante Montero en los departamentos del norte.—Se ve obligado a fugar de Trujillo.—Piérola propone iniciar negociaciones de paz con Chile.—Los representantes de Chile en Lima se niegan a tratar con él.—Creacion de un gobierno provisorio en Lima.—Piérola se niega a reconocerlo.—Convoca por su parte un congre-

so.—Instalacion del gobierno provisorio.—El ejército de Arequipa desconoce este gobierno.—El prefecto de este departamento declara traidores a la patria al gobierno de Lima i a los que reconozcan sus autoridades.—Anarquía i desórden en el Perú.—Piérola tiene que abandonar a Jauja huyendo de una division chilena.—Bolivia.—Actitud de Chile.—Conclusion..... 503



UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to \$1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

MAY 26 1917

NOV 16 1917

NOV 1 1928

279981

E13

B13

v. 16

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

